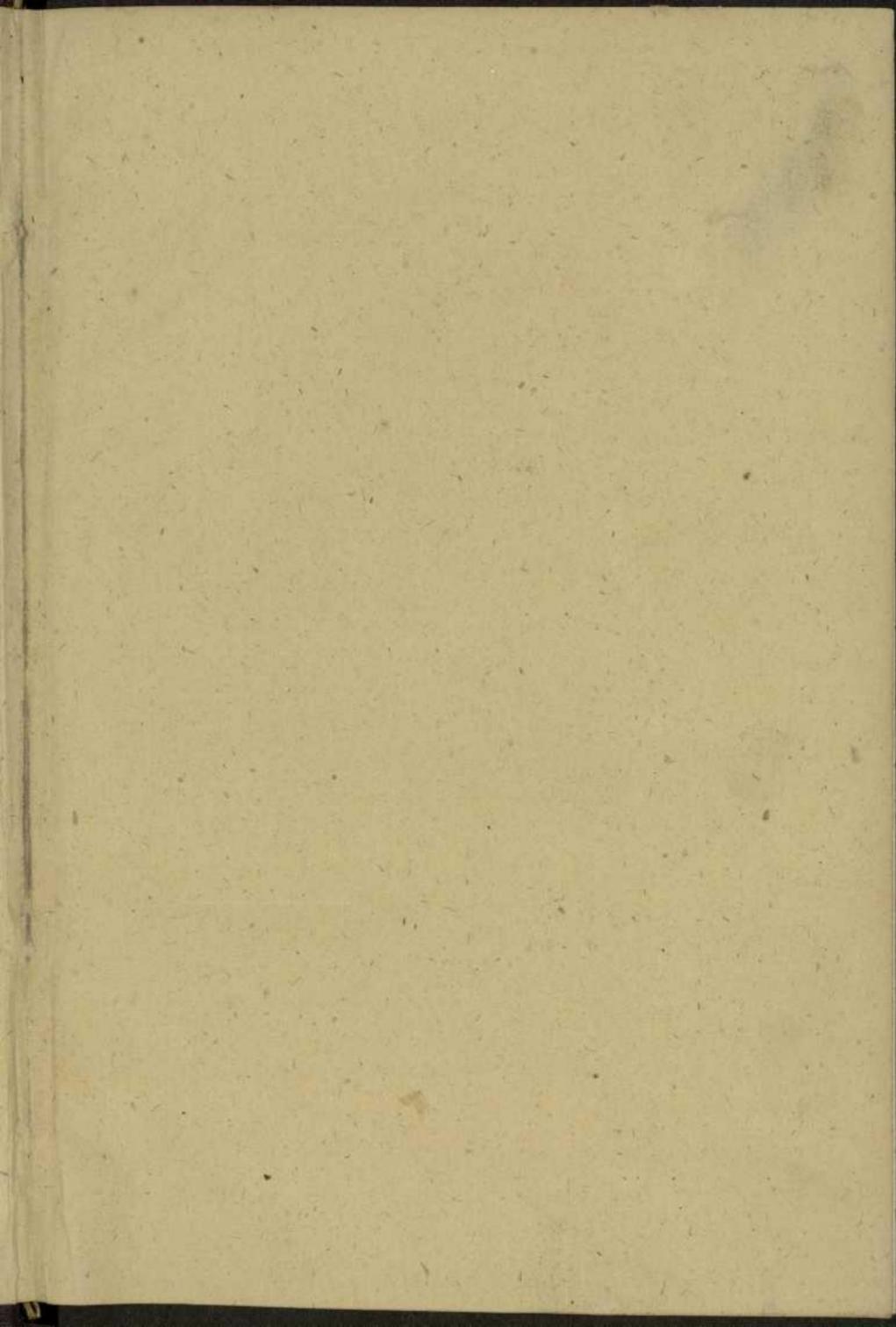


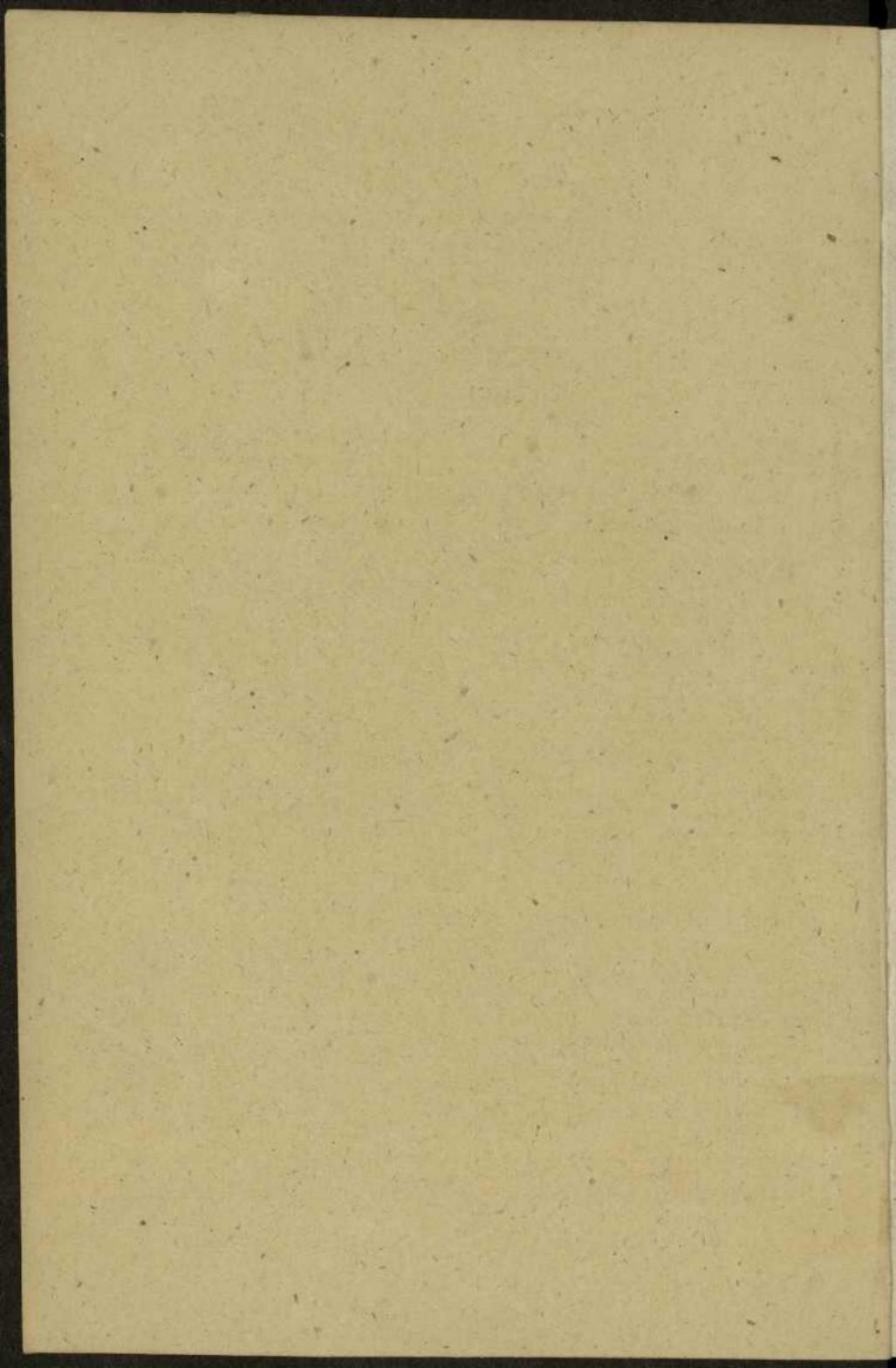


122

16122
~~8035~~

16352





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial.

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
La <i>Geografía Universal</i> , por Matte Brun, Balbi y otros.	2	<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1	<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3	<i>Juanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller.	2	<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>La Moral Social</i> , por Garnier.	1	<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	1
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio.	1	<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Guillemin.	2	<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Dumas.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2	<i>Obras selectas, erísticas, satíricas y juveniles</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	2
<i>Historia de Portugal</i> , por Bouchot.	1	<i>A Bordo y en Tierra</i> , por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
<i>Historia de Rusia</i> , por Romey y Jacobs.	2	<i>Lucia Harding</i> , por Fenimore Cooper.—Segunda parte de <i>A bordo y en Tierra</i>	4
		<i>Veinti años después</i> , por Dumas.—2.ª parte de <i>Los Tres Mosqueteros</i>	2
		<i>Los Amores de Paris</i> , por Feval.	2

EN PRENSA.

Historia de las Cruzadas.	El Vizconde de Bragelone.
Historia de Francia.	La Bruja del Mar.
Historia de los Estados Escandinavos.	El Corsario Rojo.
Historia de los Estados Unidos.	Los Piratas del Misisipi.
Historia filosófica de la Mujer.	—Botta-Rosa.
Historia Griega.	Recuerdos de un Médico.

EN PRENSA FUERA DE SECCION.

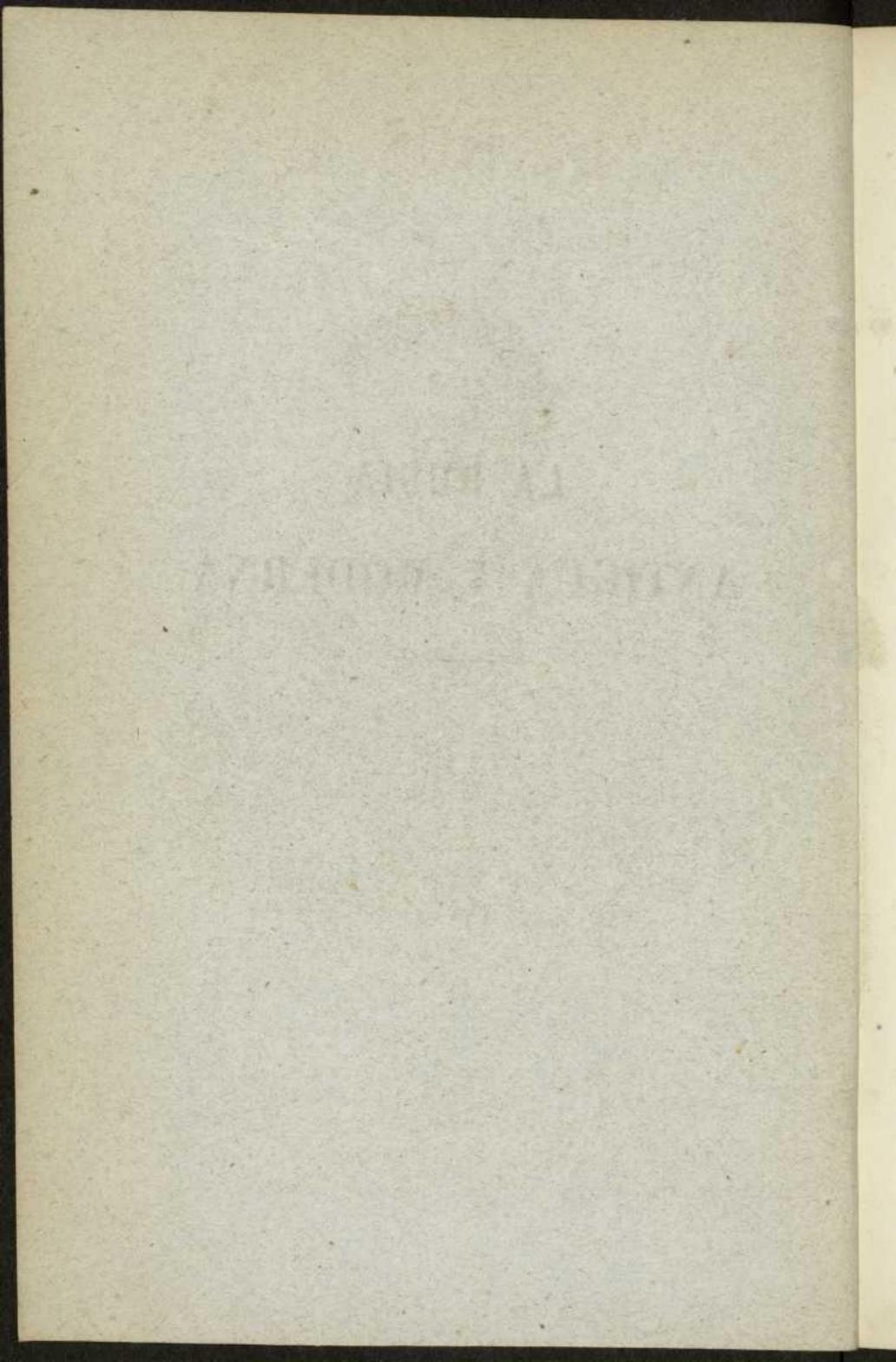
La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel.	40 tomos.
Publicados.	6 tomos.
Historia de los Sumos Pontífices, por A. Lud de Montor.	de 12 á 14 tomos.
Publicados.	3 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.

26
71

LA RUSIA
ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO II.





NICOLÁS I.



TOMO II.

27

LA RUSIA

ANTIGUA Y MODERNA,

POR LOS SS. CARLOS ROMEY Y ALFREDO JACOBS;

traduccion

de D. V. Gebhardt.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
EN EL PLUS ULTRA,
Rambla del Centro, 15.

1858.

LA RUSIA

ANTIGUA Y MODERNA

POR LOS SEÑORES CABALLEROS DON ALFONSO GARCÍA

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.
calle Guardia, 15.

BARCELONA
EN LA IMPRENTA DE

LUIS TASSO
CALLE DE LA GUARDIA, 15

1882

LA RUSIA

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO VI.

Desde Catalina I hasta Catalina II.

Usurpacion de Catalina I.—Pedro II.—Desgracia de Mentschikof.—Ana Ivanovna.—El favorito Biren.—Victorias del general Munnich en Polonia y en Crimea.—Ivan VI.—Regencias de Biren y de la duquesa Ana de Brunswich.—Isabel.—Tratado impuesto á la Suecia.—La emperatriz elige por su sucesor á su sobrino Pedro de Holstein.—Aumenta en Europa la influencia rusa.—Costumbres licenciosas de Isabel.—Pedro III.—Su matrimonio.—Ocultas intrigas de Catalina.—Revolucion de 1762.—Asesinato de Pedro III.

(Desde 1725 hasta 1762.)

La vida de Pedro el Grande es el hecho capital y como la base de la presente historia en los tiempos modernos; el creador de la Rusia habia comunicado tan poderoso impulso á la nueva nacion, que para conservar esta el lugar que acababa de adquirir en Europa, y para extender sus fronteras no debia hacer otra cosa que seguir el ancho y fácil camino que ante ella se ofrecia. Desde aquí en adelante, pues, tócanos referir el engrandecimiento sábiamente preparado y regularmente consumado de la Rusia Moderna; mas no se crea hallar en este nuevo período de su historia igual interés que en la época de Pedro I: el genio no luchará ya contra la naturaleza y contra las tradiciones; la naturaleza ha cedido, las tradiciones han sido vencidas, los boyardos y el clero son instrumentos pasivos en manos del despotismo, y hasta el despotismo obedece á las ideas y se humilla ante los

planes del czar. La historia que vamos á recorrer desde Catalina I hasta la época contemporánea, presenta instituciones semi-bárbaras, intrigas, revoluciones de palacio, un continuo escándalo en el interior, y en el exterior, brillo, una aparente grandeza y una fuerza real.

Mientras Pedro se agitaba entre las convulsiones de la agonía, Catalina, de acuerdo con Mentschikof, tomaba cuantas medidas creyó convenientes para asegurarse la posesion del trono, y su conducta fué tal que acreditó la opinion, falsa segun todas las apariencias, de que la emperatriz y el antiguo favorito habian apresurado la muerte del czar. Los miembros de la nobleza, partidarios del hijo de Alexis, habíanse reunido para escogitar los medios de ceñir la corona en las sienes del niño á quien creian poder dirigir segun su capricho, cuando Catalina se presentó entre ellos, hablóles con entereza de los derechos que su coronacion le conferia, y afirmó no desear el trono sino para conservarlo á Pedro Alexeievitch, hijo de un príncipe cuyo triste fin habia deplorado cual ninguno. Sus liberalidades, sus oportunos presentes acabaron de convencer á todos; el arzobispo de Novgorod, dando á los partidarios de Pedro la señal de la defeccion, se levantó y juró reconocer á Catalina como única soberana y emperatriz de todas las Rusias, y la asamblea, espantada ó seducida, imitó su ejemplo.

Mucho era haber atraído á sí á los primeros partidarios de su rival, pero era preciso además que Catalina se hiciese dueña tambien del senado, el cual, por una reaccion regular en todos los grandes cuerpos políticos fuertemente oprimidos, se disponia, aprovechando la muerte del soberano, para anular los últimos actos de su voluntad. Para conseguirlo, Catalina recurrió á la fuerza y á la astucia: mandó á los regimientos de Preobrajenski y de Semenovski que rodeasen el palacio, mientras que ella se presentaba sin previo aviso entre los senadores, á quienes dijo que, agradecida por el profundo dolor del senado, agobiada ella tambien de tristeza, y penetrada de zelo por el bien público, recomendaba á los senadores el gran duque Pedro Alexeievitch, prometiéndoles solemnemente darle una educacion digna de suceder al gran monarca cuya pérdida deploraba el Estado. Luego que terminó de hablar, Mentschikof tomó la palabra

y dijo que el senado no podía deliberar legalmente en presencia de la emperatriz; Catalina salió, y levantándose entonces el arzobispo de Novgorod, declaró que el emperador le había manifestado en varias circunstancias su intencion de transmitir el poder á su esposa, y que con este objeto la habia hecho consagrar, pues bien merecia reinar quien habia salvado el imperio en el Pruth. Los pareceres de la reunion se dividieron; Apraxin usó de la palabra en pro del jóven Pedro, pero Mentschikof, volviéndose hácia el arzobispo de Novgorod, exclamó: «Lo que acabo de saber de vuestra boca decide la cuestion; señores y padres, viva la emperatriz Catalina!» aclamacion que fué repetida de sala en sala hasta la plaza del palacio; Catalina rodeada de los grandes del imperio, salió á saludar al pueblo, y los jefes del ejército, del senado y del sínodo, la proclamaron emperatriz de todas las Rusias. Así subió al trono de Rurik y de Pedro el Grande la campesina de Marienburgo.

Sus primeros actos fueron levantar el destierro á la señora Balk, hermana de Moens, y al vice-canciller Schaffirof, relegado en Siberia por Pedro I, durante los últimos años de su reinado, y luego, á fin de bienquitarse con las tropas y el pueblo, mandó pagar todos los sueldos atrasados y disminuyó los impuestos. Algunas negociaciones prematuras para la adquisicion de la Curlandia, de cuyo territorio esforzose en vano Mentschikof para hacerse nombrar duque, y un tratado con el Austria, la España y la Prusia, constituyen toda la parte exterior del gobierno de Catalina, y si bien aquella alianza celebrada en Viena en 9 de agosto de 1726 y dirigida contra la Francia, la Suecia, la Dinamarca y la Inglaterra, no tuvo un resultado inmediato, prometia á la Rusia una intervencion frecuente y eficaz en los asuntos del Occidente y del centro de Europa, indicando en este concepto, los progresos de su influencia. A parte de aquel hecho, otro de los efectos políticos del anterior reinado, Catalina nada realizó grande ni útil, y desapareció en ella el ardor y la actividad que mostrara en vida de Pedro I. Entregada enteramente al lujo y á los placeres, rodeóse de favoritos: el joven príncipe polaco Sapiaha y un caballero livonio, llamado Lovenvold dividíanse sus favores, y abandonaba á Mentschikof el cuidado de los negocios. El ministro, libre del temor que su soberano le inspirara

en los últimos años de su reinado, satisfacía sin freno su codicia y avidez; cada día aumentaba sus inmensas riquezas, y creyendo no deber guardar consideracion alguna con grandes ni pequeños, agobiaba con dura opresion á la nobleza, que no debia tardar en castigarle cruelmente por sus culpables extravíos.

Catalina siguiendo la voluntad de Pedro, habia enlazado á Ana su hija primogénita con el duque de *Kolstein*; este tenia junto á sí un ministro astuto é intrigante, llamado *Bassevitz*, quien incitaba á su señor á disputar el poder á *Mentschikof*, con objeto de obtener él parte de la autoridad, y así fué que el duque y su ministro se aliaron con los enemigos del favorito, en cuyo número se encontraba *Ostermann*, westfalia de nacimiento, elevado por Pedro á la dignidad de vice-canciller, y designado por el monarca en su lecho de muerte como uno de los hombres mas útiles á la Rusia. *Ostermann* no podia perdonar á *Mentschikof* su arrogancia y altivez, sus continuas amenazas del *knout* y de la Siberia, y se habia prometido á sí mismo enviarle á aquél desolado pais; pero mientras llegaba el dia de realizar su promesa, arrastrábase á sus piés, no perdía ocasion de fingir por él y por sus intereses la mas profunda adhesion, y con objeto de hacerle mas y mas odioso, supo hacerle adoptar una medida que al mismo tiempo que le libraba de algunos enemigos personales, hacia caer sobre el ministro una terrible responsabilidad. *Tolstoi*, el mismo á quien Pedro enviara en otro tiempo á Nápoles, cerca de su hijo *Alexis*, *Bulturlin* y el conde de *Vier*, portugués al servicio de la Rusia y ministro de policia, contrarios los tres al partido del jóven Pedro, cuya venganza temian en cuanto habian sido los instrumentos del asesinato de su padre, fueron presos, encerrados en una fortaleza de Petersburgo, castigados con el *knout* y desterrados.

En esto cayó Catalina gravemente enferma ya á causa, segun se dijo, de haber sido envenenada por *Mentschikof*, que temia su desgracia, ya, lo que parece mas verosímil, de una imprudente provocacion de aborto (1). Sucedia esto en mayo de 1727; el

(1) *Lovesque* dice que la enfermedad de la emperatriz era causada por una úlcera en el pulmon; pero á medida que se acerca á la época que le era contemporánea, el historiador se hace circunspecto y guarda muchas consideraciones que le hacen perder parte de habitual veracidad.

estado de la emperatriz se agravaba cada día, y en breve supo la corte que le quedaban pocos días de vida; dos partidos formáronse entonces: el uno pretendía dar la corona á Ana y al duque de Holstein, el otro al jóven Pedro, hijo de Alexis y nieto de Pedro el Grande. Catalina, que había conservado entera conciencia de sus actos, debió indudablemente favorecer á su hija, mas luego de haber expirado (16 de mayo, computo ruso), prodújose un testamento que varios autores (1) han creído con muchas apariencias de razon, obra de Mentschikof, en el que se designaba como soberano al jóven Pedro, bajo la direccion de un consejo de regencia.

Catalina murió á la edad de treinta y ocho años, habiendo reinado dos y algunos meses (2); despues de llenar tan gran papel en la vida de Pedro el Grande, y de haber, en un momento de valerosa inspiracion, salvado el imperio, habia sido en el trono una mujer vulgar. Segun algunos de sus contemporáneos jamás habia sido otra cosa, y el secreto de su favor se halla consignado en estas pocas líneas del geneal Gordon: «Era una mujer muy hermosa y bien parecida, que si bien estaba dotada de cierto buen sentido, carecia enteramente del genio sublime y de la viva imaginacion que algunas personas le atribuyen. Su continua jovialidad fué la causa del grande amor que le profesó el czar; jamás se observó en ella un momento de tristeza, y amable para con todos, no olvidaba su primera condicion (3).»

PEDRO II (1727-1730).—El sucesor de Catalina fué un niño de trece años y medio; rodeado por hombres hechuras de Mentschikof, asediado continuamente por el ministro, abandonole el ejercicio del poder, y el favorito de Pedro I, el hijo del pastelero de Moscou, pudo creerse á su vez déspota de todas las Rusias. Su primer acto fué disolver el consejo de regencia que él

(1) Castera, *Introduccion á la historia de Catalina II* afirma que aquel testamento fué obra de Mentschikof unido con algunos nobles.

(2) Acababa de instituir la órden de Alejandro Nevski en favor de los servicios que no podia recompensar el cordon de San Andrés, y habia creado, conforme con los deseos de Pedro el Grande, una Academia de Ciencias que contó entre sus primeros miembros á ilustres sábios, tales como Delisle, Baer y Bernouilli. Estas medidas y el tratado de Viena fueron los únicos actos grandes de su reinado.

(3) Rabbe, *Resúmen de la hist. de Rusia*, p. 313.

mismo, á ser cierto que fuese obra suya el testamento atribuido á Catalina, habia instituido para contentar á sus cómplices; luego confinó al emperador en su propio palacio á fin de librarle de las sugerencias de los cortesanos; desterró á los duques de Holstein, y desposó á su hija con Pedro II. Sin embargo, mientras usaba despóticamente de su omnipotencia, sus enemigos solo pensaban en los medios de humillarle, y Ostermann, constante en su secreto odio, junto con Golovkin, Galitzin y Dolgorouki resolvieron su pérdida. Cierta dia que Mentschikof habia salido para su quinta de Oranienbaum para asistir á la dedicacion de una capilla, Ostermann se introdujo cerca del rey, preguntóle como podia tolerar la insolente tutela del ministro, y tanto le dijo, que el hombre que aquella mañana habia salido poderoso de San Petersburgo, cuando volvió por la tarde fué cargado de cadenas y desterrado á Siberia (1).

Los Dolgorouki reportaron todo el provecho de aquella revolucion palaciega; los nuevos ministros creyeron consolidar su favor enlazando al czar con una princesa de su familia, y mas felices que Mentschikof en apariencia, habian removido ya cuantos obstáculos se presentaban; Catalina Dolgorouki era ya la desposada del joven soberano, cuando este sucumbió á un ataque de viruelas durante la noche del 29 al 30 de enero, despues de un reinado cuyo único hecho notable fué la revolucion que precipitara á Mentschikof al destierro desde el colmo del favor.

ANA IVANOVNA (1730-1740).—¿A quién debia pasar el cetro de la Rusia muerto el último descendiente varon de Pedro el Grande? Debía ceñir la corona una de sus dos hijas Ana ó Isabel? Esta debia reinar algun dia, pero su vez no era llegada aun. Los grandes cuerpos del Estado, es decir el senado, los boyardos y los jefes del ejército acordábase en cada variacion de soberano, de sus antiguas ínfulas de independenciam, y buscaban en la familia imperial al personaje que les parecia menos fuerte y mas dispuesto á sufrir su tiranía; este motivo les hizo fijar los ojos, despues de muerto Pedro II, en Ana, hija de Ivan, hermano de Pedro I, con perjuicio de Ana y de Isabel, hijas de su grande soberano. Ostermann y Dolgorouki fueron los principales instru-

(1) Murió en su destierro en 1720.

mentos de aquella elección, y el segundo que había sido el feliz amante de la hija de Ivan, y que sin duda esperaba gozar durante el nuevo reinado del favor que adquiriera en tiempo de Pedro II, se encargó de marchar á Curlandia para anunciar á la princesa el voto de la nación.

Dícese que al penetrar cerca de Ana Ivanovna, Dolgorovki encontró cerca de ella á un hombre bastante mal vestido, al cual hizo señas de que se retirase, y como no se moviese, quiso agarrarle del brazo para obligarle á salir. Aquel hombre, Ernesto Juan Biren, nieto de un palafrenero de Jacobo III, duque de Curlandia, el mismo que en un país manchado por tantos crímenes y asesinatos, formóse tan gran reputación de ferocidad salvaje. Los Dolgorouki debían pagar muy caro el desprecio que el jefe de su familia había manifestado hácia aquel favorito.

Ana se apresuró á salir de Mittau, capital de la Curlandia y se dirigió á Moscou, donde no tardó en verse seguida de Biren, á pesar de haber prometido abandonar á aquel hombre, odioso á los Rusos por la bajeza de su cuna y por su origen extranjero. El primer cuidado de Biren fué auxiliar á Ana en sacudir el yugo que el senado y los nobles pretendían imponerle con la redacción de los artículos siguientes:—La emperatriz gobernará conformándose con las deliberaciones de un consejo soberano;—no podrá hacer por sí ni la paz ni la guerra;—no establecerá impuesto alguno ni dispondrá de empleo considerable sin el beneplácito del consejo;—no castigará con la muerte á ningún noble que no haya sido convicto de un crimen capital;—no podrá confiscar bienes ni disponer ni enajenar los de la corona;—no podrá contraer matrimonio ni elegir sucesor sin el consentimiento del consejo soberano.

Así, pues, la nueva emperatriz encontrábase bajo la dura tutela de una república oligárquica, y dirigió todos sus esfuerzos á emanciparse de aquel yugo; con sus liberalidades ganó á su causa á los soldados, sembró la discordia entre los miembros del consejo, hizo temer á la nobleza de segundo orden la opresión de las grandes familias, y logró hacer odiosos á los Dolgorouki por su dureza y ambición. Además de Biren, que se mantenía aun oculto, pero que sin embargo intrigaba incesantemente, Ana contaba en su partido algunos personajes influyentes los cuales,

acompañados de seiscientos caballeros de la nobleza secundaria se dirigieron á palacio y pidieron audiencia. Admitidos por la emperatriz, suplicáronla que convocase el consejo supremo para examinar algunos puntos relativos á la nueva constitucion, y reunidos el senado y el consejo sin pérdida de momento, el conde de Matveif, partidario de Ana, preguntó á esta en nombre de los nobles del imperio si habia sido ó no sorprendida por la capitulacion de Mittau, es decir, por las condiciones que Dolgorouki, en nombre del senado, le habia impuesto al anunciarle en la capital de Curlandia que habia sido nombrada emperatriz. Al oir estas palabras fingió Ana grande admiracion, y mandando leer los artículos de la capitulacion, preguntaba en cada uno de ellos si era conveniente para la nacion; los nobles contestaban negativamente, segun habian convenido de antemano, y exclamando entonces la emperatriz que habia sido engañada, rasgó el escrito como inútil, y dijo: «El imperio de Rusia ha sido gobernado siempre por un solo soberano, y yo que me siento en el trono, no por derecho de eleccion, como pretende el consejo, sino por derecho de herencia, quiero gozar de las mismas prerogativas que mis antepasados. Y cuenta, añadió, que cuantos se opongan al ejercicio de mi poder soberano, serán castigados como culpables del crimen de alta traicion.»

La asamblea contestó con aclamaciones á aquellas atrevidas palabras; tomáronse las oportunas medidas para vencer una resistencia que no podia ser temible en un país avezado desde mucho tiempo á la mas dura esclavitud, y expidiéronse correos á todas las provincias para comunicar la noticia del cambio ocurrido. El pueblo de Moscou, compuesto de mercaderes y de siervos emancipados, entregóse á la mas viva alegría; los cuerpos militares se regocijaron con el dinero que les habia sido distribuido; los senadores temieron lo bastante el knout y la rueda para no hacer la menor oposicion, y el imperio todo pareció contento y satisfecho. Al caer el dia en que se verificó esta revolucion cubrióse el horizonte de un vivo encarnado, y el pueblo en su supersticion, auguró que correría mucha sangre. Aquella vez no se engañó; Biren iba á reinar (1).

(1) *Memorias históricas, políticas y militares acerca de la Rusia*, por el general Manstein, t. I, p. 55-60.—Leclerc, *Hist. mod.*, t. II.—Levesque, t. V.

Ana, débil por carácter, no tenía ni la grandeza ni las elevadas miras de la soberana que veremos ocupar en breve el trono de los czares; pero como todas las mujeres que han reinado en Rusia, era voluptuosa, y abandonó el gobierno del imperio al hombre que había cautivado sus sentidos. La efímera constitucion que el senado había pretendido crear, acababa de desplomarse al primer choque del poder imperial tan fuertemente constituido por Pedro I, y el nieto de un palafrenero fué el verdadero dueño de la Rusia. En la época en que Ana era únicamente duquesa de Curlandia, Biren quiso agregarse al cuerpo de la nobleza curlandesa, pero rechazado por su odioso carácter, por su oscuro nacimiento y por la aspereza de sus costumbres, había jurado vengarse de semejante afrenta, y la fortuna le sirvió á medida de sus deseos. Sus primeras víctimas fueron elegidas entre los boyardos rusos, y nombrado chambelan, apoyado por Ostermann, servidor interesado de todos los gobiernos; por Munnich (1), mariscal de los ejércitos y gobernador además de Petersburgo y de la Ingria, y por Tcherkaski, uno de los grandes que se habian declarado por la emperatriz en la revolucion de 1730, complacióse en humillar y aniquillar á sus enemigos. Los Dolgorouki fueron sacrificados los primeros á su venganza; desterrados en un principio á Tobolsk, Siberia, é indultados luego, dos de aquellos príncipes perecieron en la rueda, dos fueron descuartizados, otros tres decapitados, y el resto de aquella familia, que fué bastante poderosa durante un momento para aspirar á la corona (2), fué despojado de sus bienes y relegado á un destierro. Biren hizo morir en los suplicios á

(1) Munnich era un noble alemán del condado de O'denburgo; después de hacer sus primeras campañas á las órdenes de Eugenio y de Marlborough, entró al servicio de Pedro el Grande. Bien ingeniero, superior como militar á la mayor parte de los extranjeros que servian en Rusia, habíase distinguido, como ya hemos dicho, por la construccion del canal de Ladoga, y no debia tardar en hacerse ilustre por sus victorias contra los Turcos y los Tártaros.

(2) Manstein refiere en sus *Memorias* que al morir Pedro II, los Dolgorouki creyeron poder sentar en el trono á Catalina, la jóven de su familia, á quien habian desposado con el czar. Ivan Dolgorouki desenvainó la espada y la proclamó emperatriz gritando: ¡*Viva Catalina III!* Como este grito no tuvo eco, volvió la espada á la vaina, y entonces fué cuando el jefe de aquella familia propuso conferir el cetro á Ana Ivanovna.

mas de once mil rusos, y desterró á un número mucho mayor; en vano era que la emperatriz postrada de hinojos quisiera aplacar al feroz advenedizo: su orgullo y su espantosa crueldad hicieron echar de menos el glorioso despotismo de Pedro I, y la dura opresion de Mentschikof. Sin embargo, durante algunos años vióse libre la Rusia de aquel monstruo sanguinario; Ana obligó á los curlandeses á nombrarle su duque soberano (1737), y allí pudo derramar torrentes de sangre para vengarse del ultraje que le hiciera la nobleza de Curlandia. A pesar de tales hechos, los cortesanos y aun los ministros extranjeros prodigábanle las mas viles adulaciones: «En las fiestas públicas, dice Castera, vióseles besar la mano del favorito y brindar por él de rodillas, diciendo: «Sea maldito el que no haga lo mismo, y no sea fiel y sincero amigo de S. A., monseñor el duque de Biren! (1)»

Los escándalos y las intrigas que agitaban á la Rusia no le impedían seguir su poderoso impulso, ejercer su influencia en los estados vecinos, y engrandecer sus fronteras. Antes de investir á Biren con el título de duque de Curlandia, la emperatriz había colocado á Augusto III, elector de Sajonia, en el trono polaco, y obligado á Estanislao Lekzinski á renunciar por segunda vez la corona. Además, sus ejércitos mandados por el célebre mariscal Munnich, habían conseguido grandes victorias contra los turcos y los tártaros de Crimea.

Muerto Augusto II (11 de febrero de 1733), las turbulencias que acompañaban cada eleccion soberana, habían agitado de nuevo la Polonia; y si bien eran muy numerosos los partidarios de Estanislao Lekzinski, la Rusia perseveraba en rechazar, en la persona del amigo de Carlos XII, á un rey nacional. Proscrito, errante por Europa, Estanislao hacia admirar su grandeza de alma en el seno de la desgracia; la fortuna había colocado en el trono de Francia á la hija de aquel rey caído, y sin duda los polacos contaron con la intervencion de Luis XV en favor de su suegro, cuando eligieron por unanimidad á Estanislao, soberano de Polonia. Sin embargo, el oro y las promesas rusas procuraban debilitar en Lithuania lo que la Rusia llamaba el partido francés, y dos

(1) Castera, t. I, p. 101.

obispos junto con algunos nobles protestaron contra la elección y pidieron auxilio á la emperatriz Ana, que esperaba con impaciencia la invitación de hacer penetrar sus tropas en Polonia, al mismo tiempo que los partidarios de Estanislao arrojaban de Varsovia al embajador ruso bajo pretexto de que urdía en su capital escandalosas intrigas. El ejército ruso, mandado por el conde de Lascy, se adelantó á marchas forzadas hasta el corazón de Polonia; pero Ana al decidirse por el jefe de la casa de Sajonia, cuyos intereses se hallaban desde Pedro el Grande, íntimamente ligados con los de Rusia, habia hecho firmar á su candidato la cesion de los distritos separados ya de la Curlandia, y la promesa de conferir la investidura del mismo ducado á la persona que ella designase. La corte de Viena, por su parte, que pretendia tambien ejercer cierta influencia en las elecciones polacas, consintió en olvidar sus antiguas contiendas con el elector de Sajonia, y en favorecer á Augusto III luego que este hubo firmado la Pragmática de Carlos VI.

La Francia y la Turquía hallábanse igualmente interesadas en la cuestion polaca, la una por sus lazos de familia, y la otra por su vecindad, por el interés que tenia en oponerse al engrandecimiento de la Rusia, y por la cláusula del tratado del Pruth (art. 3) que prohibia á los czares intervenir en los asuntos de Polonia; mas por desgracia la Turquía se limitó á hacer reclamaciones, y si bien la Francia intervino, lo hizo con muy débiles medios. Necesitábanse de quince á veinte mil hombres para defender Dantzick, donde se habia refugiado Estanislao, seguido de cerca por el ejército del conde de Lascy, y la Francia, á pesar de M. de Plelo, su embajador en la corte de Dinamarca, se limitó á enviar allí tres regimientos (unos dos mil hombres) cuyo heroico valor fué insuficiente contra las fuerzas de tierra y de mar desplegadas por los rusos. Los franceses no lograron penetrar en la plaza; aislados en la isla de Fervasseer, cercados por todas partes, agobiados por el número, viéronse obligados á capitular, y si bien debian ser desembarcados en un puerto neutral del mar Báltico, fueron conducidos cautivos á Cronstadt contra la fé de lo pactado (1). A favor de un disfraz, Estanislao logró salir de la ciudad á

(1) Algunos meses despues fueron enviados á Francia mediante la restitucion

través de mil peligros luego que adquirió la convicción de que no podía resistir por mas tiempo, y la plaza fué tasada en dos millones de escudos, uno de ellos como castigo de no haber impedido la fuga de Estanislao. Los partidarios de aquel rey dos veces proscrito, no opusieron ya una resistencia inútil á los opresores de la Polonia, y Federico Augusto III fué coronado bajo los pendones rusos, consagrando sus derechos el tratado de Viena, en 18 de setiembre de 1738 (1).

Durante el año anterior á aquel tratado, la emperatriz Ana, recogiendo los frutos de su intervencion, hizo conferir á Biren el ducado de Curlandia; el nuevo rey de Polonia se apresuró, en virtud de lo tratado, á concederle la investidura del mismo, de modo que el resultado de la nueva eleccion polaca fué para la Rusia la adquisicion casi completa de la Curlandia.

Aquellos triunfos hicieron creer á la emperatriz en la posibilidad de lavar la vergüenza de 1711, y de vengarse del tratado del Pruth; así es que al regresar Munnich á Rusia, recibió orden de dirigirse hácia Azof y de sitiar aquella plaza, bajo pretexto de que los tártaros habian pasado sus fronteras é invadido la Rusia meridional. Conforme á los tratados vigentes, la Rusia y el Austria debian combatir á la Turquía cada una por sus respectivas fronteras, y Munnich, poseído de guerrero ardor al encontrarse al frente de un ejército habituado á la disciplina y á las mas duras fatigas, quiso justificar la reputacion de gran general que le valiera la campaña de Polonia. Reunió sus tropas en Isoum, en las inmediaciones de las *lineas de la Ukrania*, continuacion de las fortificaciones elevadas por Pedro el Grande para defender el país

de una fragata rusa de que se habia apoderado una fragata francesa; sobre la expedicion francesa á Dantzick existe un documento muy raro y curioso titulado: *Viaje de las tropas francesas á Polonia*, por el caballero de Boencourt, alferéz de infantería del regimiento del Blaisis, y publicado en Edimburgo en 1830 con un prólogo y notas inglesas. Dicha obra escrita por un oficial de veinte años, refiere con gran sencillez y atractivo la valerosa lucha de los franceses mandados por el coronel de La Motte y M. de Plo, muerto este al pié de los muros de Dantzick: el autor cuenta los detalles de su cautiverio en Rusia, los sufrimientos de sus compañeros, cuyas dos terceras partes murieron de miseria y de frio, y hace de cuanto há visto una descripcion exacta é interesante.

(1) Manstein t. I, p. 146-137.—Rulhiere. *Hist. de la Anarquía de Polonia*, t. I, p. 146-158.

entre el Dnieper y el Donetz, confluente del Don; empezó fortificando el famoso astillero de Voronejo, situado á cien leguas al norte de Azof, en el Don, y construyendo otro nuevo en Briensk, á orillas del Dnieper; en seguida recorrió y reparó las líneas de la Ucrania, y pasando el Don en marzo de 1736, mandó al conde de Lascy que pusiera sitio á Azof, mientras que él invadía la Tartaria al frente de cincuenta y cuatro mil hombres.

Grande empresa era por cierto el conducir á semejante ejército á través de un país desprovisto de las cosas mas necesarias á la vida, donde faltaba con frecuencia el agua, donde hacia muy difícil la marcha la necesidad de arrastrar en pos de sí infinitos carros con provisiones y bagajes, y donde en fin no cesaban los tártaros de hostigar á las tropas. A pesar de tantas dificultades, Munnich continuaba adelantando, sin perder nada de su confianza en el éxito de su expedicion; sus soldados, extenuados de fatiga, se negaron á seguirle, y varios regimientos quisieron retroceder, fingiendo haberse declarado entre ellos varias enfermedades. El general conminó entonces á los enfermos con la pena de ser enterrados vivos, y luego que hubo sido aplicada á tres soldados, cesaron las enfermedades como por encanto, y el ejército pasó adelante (1), llegando de este modo á las líneas construidas para defender la Crimea.

El istmo de Perecop, que une la península al continente, tiene de ancho siete verstas (siete kilómetros), y en él habian construido los tártaros temibles fortificaciones defendidas por torres y artillería: tomadas á viva fuerza, el ejército ruso adelantóse hácia el centro de la península, sufriendo inauditas privaciones al atravesar los desiertos de la Crimea septentrional. «La mayor parte de los rios, dice el biógrafo del general Munnich, tienen su origen en lagos salados; pocos son los que ofrecen agua potable y apenas se encuentran manantiales. Las llanuras están cortadas por cordilleras tan próximas unas á otras que un corto número de tártaros bastaba para detener en su marcha todo el ejército ruso (2).» Finalmente, al llegar á Koslov apoderáronse los ru-

(1) Rulhiere refiere este hecho en su Hist. de Polonia. El biógrafo del general niega su exactitud, pero lo creemos probable de parte de Munnich, célebre por su dureza y por el desprecio en que tenia la vida del soldado.

(2) *Vida del conde de Munnich*, por A. de Halem.

sos de considerables almacenes, y al ver la abundancia suceder á la escasez, quiso el general llevar á sus soldados hasta Baktschi-Serai, residencia de los khanes de Crimea, á pesar del descontento de gran número de jefes. Aquella ciudad se levanta entre dos altos montes en un estrecho valle regado por un riachuelo; sus casas están construidas, parte en el valle y parte en la montaña, y sus jardines, las torres de sus numerosas mezquitas, las rocas que parecen amenazar la ciudad, forman un conjunto de los mas pintorescos. Su fuerte posicion, empero, no la impidió ser tomada por asalto como las líneas de Perecop; y segun el terrible sistema de destruccion que seguia el general ruso, fué entregada á las llamas, sin respetar ni el colegio ni la biblioteca de los misioneros jesuitas. Simferopol, llamada entonces Ak-Metchet, ciudad situada á cinco leguas hácia el nordeste, experimentó la misma suerte, y sus mil ochocientos edificios quedaron reducidos á cenizas.

Baktschi-Serai fué el punto extremo de aquella expedicion, la primera que dirigieron los rusos contra la península de Crimea, que debia convertirse en breve en una de las mas ricas provincias de su imperio. Munnich, á pesar de su deseo de llegar hasta Kaffa, emprendió su retirada, y volvió á Perecop, donde se le reunió el conde de Lascy, vencedor y dueño de Azof.

Durante el siguiente año, Munnich puso sitio á Oczakof, en la boca del Dnieper, y tan audaz, tan pródigo de la sangre de sus soldados como en su primera campaña, atacó aquella plaza defendida por una artillería formidable y por una guarnicion numerosa. Una bomba produce en la ciudad un vasto incendio, y Munnich manda el asalto; las llamas hacen saltar sucesivamente tres polvorines, quedando sepultados bajo las ruinas una parte de la ciudad y gran número de sus sitiadores; algunos batallones rusos se niegan á pasar adelante, pero el general manda dirigir contra ellos una batería, y sus soldados obligados á combatir, se apoderan de la infortunada ciudad. Con su desprecio de la vida humana, con su tenacidad, el aleman Munnich se habia convertido en el perfecto tipo del general ruso.

En las dos campañas siguientes (1738 y 1739), el general consiguió una señalada victoria cerca del lugar que fué testigo de la funesta capitulacion de Pedro I; y despues de apoderarse de

Chokzim, conquistó toda la Moldavia, cuando las derrotas que experimentaban los generales austriacos, la pérdida de Belgrado y el tratado que la corte de Viena había firmado separadamente á consecuencia de algunas cuestiones con su aliado, obligaron á los rusos á evacuar las provincias de que se habían apoderado. En virtud del tratado de Belgrado (17 de octubre de 1739), fueron restituidas á la Puerta Chokzim, Oczakof y la fortaleza de Kinburn, conservando los rusos la plaza de Azof, con la condicion empero de ser desmantelada. «No se hizo mencion de Tangarok, dijo Mably, exacto apreciador de la política rusa, en su obra sobre el *derecho público*, y este silencio dejaba á la Rusia el derecho equívoco de construir allí una ciudadela. No se fijaban los límites del Dnieper á fin de que la Rusia pudiese algun dia establecerse allí con perjuicio de la Polonia; tampoco se hablaba de los asuntos de esta potencia, lo que parecia autorizar á la Rusia para influir en ellos como mejor le pareciese; mas los rusos renunciaban (art. 1 y 2) al privilegio de tener una escuadra en el mar Negro. Semejante tratado no guardaba proporcion con los triunfos obtenidos en las cuatro campañas, y creia la Rusia poder romperlo con el auxilio del Austria, cuando la muerte de Carlos VI, los apuros de María Teresa y la amenaza de una guerra por parte de la Suecia, hicieron que el gobierno ruso se creyese feliz en completar el tratado de paz de Belgrado con el de Constantinopla firmado en 1741 (1).»

Tales eran hace ciento veinte años, las fases de la lucha entre la Rusia y la Turquía, y los resultados, modestos todavía, de las victorias obtenidas por los generales moscovitas. Despues de la Turquía, entró en liza la Suecia, pues los enemigos del poderío ruso, á pesar de verlo cada dia mas fuerte, incurrian en la falta de no entenderse jamás, y hubiérase dicho que habian resuelto atacarle uno por uno. Si la Suecia hubiese tomado las armas en 1738, hubiera puesto á la corte de San Petersburgo en la mayor consternacion, pero perdió el tiempo en vanas negociaciones, y no resolvió la guerra hasta que la Rusia se halló en estado de sostenerla con ventaja. La emperatriz Ana no debia asistir á la

(1) Mably, *Derecho pub. obr. compl. t. V, p. 148.* -- *Vida del conde de Munnich* por J. de Halem. -- *Memorias de Manstein*, t. I.

nueva contienda, y murió á fines de octubre de 1740 á la edad de cuarenta y siete años.

Su gobierno habia sido opresivo y duro como el genio de Biren; Ana, dotada de un carácter afable y generoso, pero débil, habia sido dominada por el hombre sanguinario que habia convertido en su amante. En el exterior, su reinado fué glorioso, pues adquirió la Curlandia, aseguró en Polonia la influencia de la Rusia, ensanchó por el sur las fronteras del imperio, y si renunció á las provincias adquiridas en Persia por Pedro I, es preciso advertir que su posesion era muy costosa é insegura, que debíanse mantener en ellas numerosas guarniciones, y que Thamas Koulikhan amenazaba recobrarlas por la fuerza. En el interior, su administracion produjo fatales resultados; descuidóse la marina con tanto trabajo creada por Pedro I; los buques mal conservados se pudrieron en los puertos ó en los astilleros; las medidas favorables al comercio cayeron en desuso, y por fin, la emperatriz arruinó el tesoro por su magnificencia sin gusto y por sus insensatas prodigalidades.

IVAN VI, REGENCIAS DE BIREN Y DE LA GRAN DUQUESA ANA DE BRUNSWICK (1740-1741). Ana habia llamado junto á ella á su sobrina, hija de su hermana primogénita Catalina Ivanovna, y al reconocerla por su heredera, habíale dado su nombre enlazándola con Antonio Ulrico, duque de Brunswick-Luneburgo. Algunos meses antes del fallecimiento de la emperatriz, nació de aquel matrimonio un príncipe llamado Ivan, niño cuyo destino debía ser un modelo de miseria y sufrimientos, á pesar de haber sido proclamado gran duque de Rusia desde su nacimiento. Sabíase que la voluntad de Ana era que el tierno Ivan ciñese la corona bajo la regencia de su madre, pero, esto no obstante, Biren, de acuerdo con Ostermann, Munnich y otros influyentes personajes, resolvió usurpar el poder; y como Ana en sus últimos momentos, habia firmado un testamento redactado por Ostermann en nombre de su soberana, confiriendo la regencia á Biren, presentóse aquel al favorito luego que la emperatriz hubo expirado, suplicándole que aceptáse la alta dignidad que su ambicion tanto habia deseado, habiendo hecho firmar antes su súplica por los principales miembros del clero, los boyardos, los ministros, y todos los grandes personajes, á quienes Biren diezmaba sin piedad hacia tanto tiempo.

El nuevo título que de este modo adquirió el déspota solo sirvió para aumentar su orgullo y crueldad: léjos de guardar consideraciones al duque Antonio Ulrico, padre del tierno emperador, obligóle á dimitir todos sus empleos; apartó de su lado á cuantos podían inspirarle algun recelo, y descubrió su proyecto de hacer pasar el trono á su familia, procurando enlazar á su hijo y á su hija con los herederos de Pedro el Grande. Sus planes fueron contrariados por Munnich, uno de los hombres á quienes Biren debía la regencia, descontento por no habersele dejado la menor intervencion en el gobierno; resuelto á devolver á los duques de Brunswick los derechos de que contribuyera á despojarles, tramó una conspiracion, y la misma noche señalada para dar el golpe, dirigióse á cenar al palacio de verano del Regente. Durante la cena, Biren, que manifestaba cierta agitacion, preguntóle: «Señor mariscal, en vuestras campañas habeis emprendido algo importante por la noche?» Munnich creyó en un principio que su plan habia sido descubierto, pero, conservando toda su presencia de espíritu, contestó: «No recuerdo haber emprendido cosa extraordinaria durante la noche; pero siempre he tenido por principio aprovechar cuantas ocasiones creo favorables.» Al separarse de Biren marchó al palacio de invierno ocupado por el emperador y sus padres, y despues de encargar á la duquesa de Brunswick que atrajese á su partido, por medio de presentes, á los oficiales y soldados que se hallaban de guardia cerca del czar, volvió á la residencia del regente, seguido de un destacamento de veinte hombres, mandado por Manstein, entonces su ayudante de campo. Munnich, audaz y resuelto, penetra con su gente en las habitaciones interiores, reduce al regente á prision, se apodera de los dos hermanos de Biren, de su cuñado, el general Bismark, de Bestuef, el alma de su consejo; encierra al regente en Schlüsselburgo, le envia sin tardar á Siberia, y al despertarse los habitantes de San Petersburgo supieron que habian cambiado de señor.

La duquesa de Brunswik se declaró gran-duquesa y regente, y nombró á su esposo, el duque Antonio Ulrico, generalísimo de las tropas. Munnich fué elevado al cargo de primer ministro, mas Ostermann, que no podia ver sin envidia la fortuna del mariscal, no tardó en persuadir á la regente de que carecia de los

conocimientos indispensables para dirigir la administracion interior, y el vencedor de Crimea, obligado á renunciar parte de sus atribuciones, presentó su dimision, y preparó con su retirada la caida de la regente.

La Suecia, que, al morir la emperatriz Ana, se hallaba próxima á declarar la guerra á la Rusia, resolvióse entonces á romper las hostilidades. En aquel infortunado país, desgarrado por intestinas divisiones, el partido de la guerra acababa de adquirir el triunfo, aun cuando no se hallase en estado de sostener la lucha con ventaja: «En vísperas de atacar á una potencia como la Rusia, dice Manstein (1), la Suecia tenia muy escasas tropas en la Finlandia, que debia ser necesariamente el teatro de la guerra; además de esto, carecia de almacenes y de provisiones, tanto que las tropas destinadas á defender aquella provincia, no pudieron ser reunidas en un solo campamento.» Debemos advertir, empero, que la Francia, temiendo que la Rusia interviniera en los asuntos de Alemania en favor del Austria contra la cual entraba entonces en campaña, habia hecho á los suecos considerables anticipos en metálico para que empezasen las hostilidades. Declarada la guerra en 1.º de agosto de 1741, los rusos, mandados por el conde de Lascy, elevado al grado de mariscal, entraron en la Finlandia sueca, dispersaron á sus enemigos, y se apoderaron de la plaza de Wilmanstrand, limitándose á esto los resultados de la primera campaña. Aquella guerra no debia terminar hasta el reinado de Isabel.

Dueña del poder la duquesa de Brunswick habia imitado en su vida privada la escandalosa conducta de las dos soberanas que la precedieron. En vida de la emperatriz, su tia, habia concebido una violenta pasion por el conde de Lynar, embajador de Sajonia en Petersburgo, y Ana, que llegó á saberlo, rogó á Augusto III que le llamase á su corte; sin embargo, luego que la duquesa alcanzó la regencia, Lynar apareció de nuevo en Rusia, y auxiliada por su favorita Julia de Mengden, la regente se abandonó á su amor descuidando enteramente los negocios. Antonio-Ulrico dirigió en vano á su esposa vivas reconvencciones; la discordia se introdujo en palacio, y para colmo de desgracia, los ministros se

(1) *Memorias* t. II, p. 139.

hallaban tan divididos como los dos consortes: Ostermann temía á Galovin, Munnich tramaba continuas intrigas, y por todas partes nacian odios y facciones. En tanto el czar Ivan aun en la cuna, era olvidado de todos, hasta de sus padres, y urdiase secretamente en San Petersburgo una nueva revolucion.

Ana de Brunswick no parecia observar el peligro que la amenazaba; acababa de recibir una suntuosa embajada de Thamas-Kouli-khan, quien habia conquistado el imperio del Mogol despues de vencer á los Sofis y de establecerse en el trono de Persia. Thamas solicitaba la mano de Isabel hija segunda de Pedro el Grande, cuya rara belleza habia oido celebrar, y su embajador, escoltado por diez y seis mil hombres y por cien piezas de artillería y cargado de ricos presentes, se habia presentado en las fronteras del imperio. Los gobernadores de las provincias rusas hicieron detener el belicoso séquito en las orillas del Terek, y el embajador, seguido de tres mil ginetes, entró en Moscou, manifestó á la regente el objeto de su llegada, y ofrecióle en nombre de su soberano catorce elefantes, diamantes y pedrerías. La duquesa Ana, que meditaba en aquel momento trocar el título de regente por el de emperatriz, hubiera deseado alejar de sí una importuna rival, accediendo á la demanda del Shah, pero la voluptuosa hija de Catalina y de Pedro I no habia nacido para ocupar un lugar en el serrallo del conquistador asiático.

Isabel, hija segunda de Pedro I y de Catalina, habia venido al mundo en el mismo año de la victoria de Pultava; desposada con el duque de Holstein-Eutin, en 1727, pareció experimentar un vivo dolor por la muerte de aquel príncipe acaecida durante el mismo año; pero no tardó en consolarse, y lo que á no dudar causaria sorpresa á no estar relatando la historia de Rusia, escogió el objeto de su nuevo amor entre los simples guardias del regimiento de Preobrajenski. De elevada estatura y de magníficas formas, de rostro agraciado, afable y liberal, voluptuosa hasta el exceso tanto como supersticiosa, Isabel se habia grangeado el afecto del pueblo y del ejército, así por sus vicios como por sus bellas cualidades, y los guardias, entre los cuales habia elegido á su amante Alexis Razoumofski, eran ciegameute adictos á su persona. Su carácter frívolo la apartaba de las intrigas graves y complicadas, pero los ambiciosos obraban en su nombre, y cuan-

do á principios de 1741 estallaron las disensiones entre Ana, su esposo y los ministros, Isabel se encontró al frente de un partido considerable.

El marqués de la Chetardie, embajador de Francia, creyó entonces que una revolucion en Petersburgo, derribando á la regente, privaria á María Teresa de Austria del apoyo de la Rusia, y poniéndose de acuerdo con algunos agentes suecos (1) tramó una conspiracion cuyo principal instrumento fué un aventurero, francés, el cirujano Lestocq. La Chetardie proporcionó el dinero, Lestocq sedujo á algunos guardias de Preobrajénski, y señalóse la fiesta de la bendicion de las aguas, en cuyo dia se reunian las tropas en las orillas del Neva, para dar el grito de rebelion. Sin embargo, las indiscreciones de Lestocq no permitieron esperar el momento antes fijado, y la regente que supo lo que contra ella se tramaba, mandó á Isabel que compareciera ante ella, é interrogóla con severas palabras; mas dejóse por fin conmovida por el llanto y las promesas de la culpable princesa. Asustada Isabel por el peligro que acababa de correr, quiso abandonar todos sus planes, pero Lestocq le manifestó haber andado demasiado para retroceder, y como la viese aun vacilante, dibujó apresuradamente en un papel, en una parte, el retrato de la princesa coronada y sentada en el trono, y representóla en la otra con la cabeza rapada, cubierto el rostro con un velo, rodeada de horcas y de otros instrumentos de suplicio, diciéndole: «Elegid; lo uno esta noche, lo otro mañana (2).»

La vacilacion de Isabel cesó; mas, arrodillada la noche siguiente ante una imágen de la Vírgen, no podia resolverse á seguir á los conjurados. Lestocq y el conde Voronzof, uno de sus principales partidarios, la obligaron casi por fuerza á subir á un trineo, y la condujeron al cuartel del regimiento de Preobrajénski, el cual acogió á la princesa con entusiastas aclamaciones. Dirigióse en seguida al palacio de Invierno donde fué peor recibida, y como quisiese un tambor dar la señal de alarma, Lestocq, ó quizás ella misma, tuvo la feliz ocurrencia de romper la caja; un destacamento de granaderos apoderóse de la regente y de su

(1) La Suecia contaba con el frívolo carácter de Isabel para lograr la restitucion de algunas de las provincias que le arrebatara Pedro el Grande.

(2) Casters, t. I, L. 1.

esposo y les condujo á Schlüsselburgo; Ostermann, Golovkin, Munnich y todos los altos dignatarios adictos á la regente fueron reducidos á prision, al mismo tiempo que algunos soldados entraban en el aposento del tierno emperador á quien hallaron dormido; dícese que la inocencia y los encantos del niño fascinaron á aquellas almas feroces, y rodeando en silencio la cuna de Ivan, esperaron respetuosamente que se despertára. Condujéronle luego á Isabel, quien le tomó en sus brazos, le acarició y viéndole sonreír al estrépito de las aclamaciones que resonaban en las puertas del palacio, dijo: «Infeliz niño, ignoras que causan el tumulto los alegres gritos de los que te despojan del trono!» Coronado emperador en la cuna, encerrado á quince meses en una cárcel, Ivan VI se hallaba destinado á arrastrar una existencia miserable, terminada á veinte y tres años por el asesinato.

ISABEL PETROVNA (1741-1762). El mismo día de su elevación, Isabel publicó un manifiesto declarando que, en calidad de heredera de Pedro I, su padre, había tomado posesion del trono y lanzado á los usurpadores; y en un segundo manifiesto, en el que la nueva soberana se esforzaba en demostrar la justicia de su derecho, hizo saber que la princesa Ana, su esposo y sus hijos serian conducidos á Alemania. En efecto, la ex-regente salió de San Petersburgo, pero presa de nuevo en Riga, fué encerrada en la ciudadela de aquella plaza, y, despues de diez y ocho meses, trasladada con el duque de Brunswick, á una isla del Dvina, cerca del mar Blanco, donde murió en 1746.

Nombróse una comision para juzgar á Ostermann, á Golovkin, á Mengden y á Læwenvold (1), ministros y consejeros de la regente; el mariscal Munnich fué comprendido en la misma acusacion, á pesar de la especie de desgracia en que había caido durante el anterior gobierno, pues parece que el amante de Isabel, el cosaco Alexis Razoumofski no había perdonado á su general un antiguo castigo por una falta de disciplina. Munnich, á quien sus jueces no hacian otro cargo que haber derramado sangre para alcanzar sus victorias, irritado de su mala fe y de sus insidiosas

(1) Era el mismo noble livonio que había sido favorito de Catalina I; en aquel entonces era el amante de la señora de Lapoukin, una de las mujeres más hermosas de Rusia.

preguntas, exclamó: «Escribid vosotros mismos las respuestas que debo dar, y las firmaré;» en efecto, así se hizo, y fué condenado á ser descuartizado. Ostermann lo fué al suplicio de la rueda, y Golovkin, Levenvold y Mengden debian ser decapitados. Aquellas víctimas de la cuarta ó quinta revolucion que ensangrentaba el suelo de Rusia desde la muerte de Pedro I, es decir en un espacio de quince años, marcharon con valor á la muerte; Ostermann y Munnich, vestidos de encarnado, se hallaban ya al pié del patíbulo cuando supieron que se conmutaba su pena en la de destierro á Siberia, pues Isabel, que se distinguió por una mezcla singular de compasion y de crueldad, y á la cual los rusos han dado el nombre de clemente, acababa de hacer la solemne promesa de no permitir ejecucion capital alguna durante su reinado. Los condenados partieron, pues, para Siberia, y dícese que por estraña combinacion de la fortuna, si no fué un cálculo de sus enemigos, Munnich fué enviado al lugar de Peling, donde el año anterior habia desterrado á Biren. Este fué trasladado á Iaroslaf, y los trineos de ambos desgraciados se encontraron en los arrabales de Kasan, viéndose obligados á permanecer algun tiempo frente á frente al atravesar un puente; Biren y Munnich se reconocieron y se saludaron, y alejáronse en seguida sin haber pronunciado una sola palabra. Ambos habian experimentado las extremas vicisitudes de la fortuna rusa; ambos habian gozado del poder despótico, y sufrido los rigores de un espantoso destierro.

Las recompensas hácia los autores de la revolucion fueron tan prontas como las penas impuestas á los ministros del pasado régimen; los gentiles hombres de cámara de Isabel fueron elevados á chambelanes; el cirujano Lestocq fué nombrado primer médico de la corte, presidente del consejo de medicina y consejero privado, título que conferia el rango de general en jefe. Usando de su influencia hizo confiar el cargo de vice-canciller á Bestuchef, el cual no tardó en ser el mas íntimo consejero de Isabel; encanecido en las intrigas de la corte, habia participado de la fortuna de Biren, y supo librarse de su desgracia: «Era, dice Rulhiere, que ha pintado con vivos colores á la mayor parte de los personajes de aquella época, un genio vigoroso, pero sin cultivo, sin moral, sin el menor zelo por su propia reputacion,

un ministro amante con frenesí del lujo como lo fueron todos los cortesanos de su tiempo (1). El primer uso que hizo de su crédito y privanza fué para perder á Lestocq, á quien debía su poder y al cual envió desterrado en 1748 á la provincia de Arkhangel. La Francia le era odiosa, y obtuvo el despido de su embajador. La Chetardie, á pesar de la parte que tomara en la elevación de Isabel, entregándose luego por completo, ó vendiéndose por decir mejor al Austria y á la Inglaterra. La compañía de granaderos del regimiento de Preobrajenski fué ennoblecido, y los simples soldados gozaron del grado de tenientes, recompensa que exaltó hasta tal punto la insolencia de aquella turba pretoriana, que en su feroz embriaguez, pidieron la muerte de cuantos extranjeros se encontraban en San Petersburgo. Isabel se horrorizó al escuchar semejante petición, y esforzóse en calmar á aquellos salvajes legionarios, pero luego que hubo partido para Moscou, cometieron en la capital toda clase de excesos, y asesinaron á varios extranjeros que se hallaban al servicio de la Rusia.

A pesar de la solicitud de Isabel en satisfacer á sus partidarios, podía con razon temer que, elevada al trono por una revolución, fuese precipitada de él por nuevos ambiciosos, y si bien habia tratado de establecer en un manifiesto la justicia de su derecho, comprendia que el duque de Holstein, hijo de su hermana primogénita, debía reinar antes que ella. Para prevenir tales peligros le nombró su sucesor, y llegado á Rusia en 1742, abrazó el rito griego, el único que pueden profesar los soberanos rusos, y recibió el título de gran príncipe ó de gran duque. Llamábase Carlos Pedro Ulrico, pero al renovar su bautismo segun la religion griega, conservó únicamente el nombre de Pedro (2).

Con tales disposiciones, aseguró Isabel la paz en el interior de su imperio; en el exterior habia de terminar la guerra empeza-

(1) *Hist. de la Anarg. de Polon.* t. I, p. 179.

(2) Este gran duque que fué el infeliz Pedro III, nació en 1728 del matrimonio de Ana Petrovna, hija primogénita de Pedro el Grande y de Catalina, con el duque de Holstein. Habia algunas dudas sobre su nacimiento, como sucede en casi todos los soberanos rusos, y se le creia hijo del coronel Bruhmer, jóven sueco amante de Ana en los primeros tiempos de su enlace con el duque de Holstein.

da contra los suecos en tiempo de la regencia de Ana de Brunswick, y sus primeros actos fueron negarse á restituirles Viburgo y la Finlandia, y ordenar al mariscal de Lascy, el vencedor de Vilmanstrand, que continuase las hostilidades.

Los suecos no parecían ser ya los intrépidos soldados de Gustavo Adolfo y de Carlos XII; presa de intestinas facciones, extenuados por grandes derrotas, desprovistos de los recursos necesarios para luchar con su formidable vecino, hicieron debilmente una guerra que habían empeñado con temeridad. Lascy les arrojó de toda la Finlandia; evacuaron sin combate la fuerte posición de Frederiks-Hamm, y fortificados en número de diez y siete mil en líneas que parecían inespugnables, capitularon con deshonorosas condiciones, entregando sus armas y caballos al mariscal de Lascy, el cual solo contaba con igual número de soldados. En vano para contrarestar la ambición rusa, pretendió un partido político hacer revivir la union de Calmar, y ofreció al rey de Dinamarca la sucesion al trono de Suecia, vacante por muerte de Federico V. «Era importante para la Europa entera, segun observa Mably (1), oponer á la Rusia una masa de poder capaz de ocupar sus fuerzas en el norte.» La Polonia, la Suecia, la Prusia, tenían en ello idéntico interés, mas la fortuna de la Rusia frustró aquella combinacion. La dieta sueca, aterrORIZADA por las derrotas de sus ejércitos, creyó obtener condiciones mas ventajosas ofreciendo la corona al jóven duque de Holstein, sobrino de la emperatriz; pero la víspera del dia en que se le ofreció el trono de Suecia, Pedro había sido declarado heredero de Isabel; su destino queria que reinase en Rusia.

En su defecto, la dieta de Estocolmo puso los ojos en Adolfo Federico, obispo de Lubeck, de la familia de Holstein; pero semejante condescendencia no impidió que en el tratado de Abo (16 de junio de 1743) exigiese la Rusia la cesion de los distritos de Finlandia que conservaba todavía la Suecia, así como una alianza defensiva enteramente en su beneficio, y que ejerciese en el gobierno sueco una influencia tal que por un momento, dice Manstein (2), los rusos consideraron la Suecia como otra de sus provincias.

(1) *Derecho público de Europa*, ob. compl. t. XII, p. 113.

(2) *Memorias de Manstein*, t. II, p. 229.

El poder de la Rusia en aquella época, la influencia que ejercía en Europa, podrá apreciarse viendo el deseo de todas las potencias, Francia, Inglaterra, Prusia y Austria, de atraerla cada una á su partido. El reinado de Isabel vergonzoso si se consideran la inmoralidad de los ministros, el libertinaje de la soberana y las continuas intrigas de palacio, aparece en el exterior deslumbrante de gloria: los ejércitos rusos amenazan la Europa, su presencia activa ó suspende las negociaciones, penetran en el fondo de la Alemania, y adquieren por fin la señalada honra de vencer al gran Federico.

En 1742, temiendo el embajador de Austria, Botta, que Isabel, instada por los enemigos de María Teresa, tomase partido contra su soberana, organizó una conspiracion cuyo objeto era al parecer, sacar al jóven Ivan de su cárcel de Schlussemburgo y sentarle en el trono del imperio; entre los descontentos que tomaron parte en sus planes hallábanse dos mujeres, la cuñada del canciller Bestuchef, y la señora Lapoukin, favorita del desterrado Lovenvold, y célebre por su hermosura; pero Botta careció de tiempo para dirigir y consumir aquella revolucion, pues su gobierno le trasladó desde San Petersburgo á Berlin. Los conspiradores, abandonados á sí mismos, cometieron funestas indiscreciones; su conjuracion fué descubierta, y la *Clemente* Isabel se vengó de un modo terrible: Lapoukin, su esposa, su hijo y la señora Bestuchef fueron condenados al knout y á cortarles el extremo de la lengua, siendo además enviados á Siberia. La bella Lapoukin se encontraba entonces en cinta, é Isabel, que castigaba en ella el crimen de excederla en hermosura tanto como en el de haber conspirado contra su poder, asistió á su suplicio; quiso oír los gritos de su víctima y contar los golpes cada uno de los cuales abría un sangriento surco; la infortunada señora luchó contra sus verdugos y quedó horriblemente mutilada (1).

La parte que en la conspiracion habia tomado el embajador de Austria introdujo cierta tibieza entre Isabel y María Teresa, sin que esta, sin embargo, tuviese que deplorar por ello funestos resultados, en cuanto se apresuró á dar á la soberana rusa cuantas

(1) La vesque, t. V, p. 84.—Leclerc, *Hist. mod.* t. III.—Castéra, t. I, p. 121.—Rabbe p. 321.

satisfacciones le fueron exigidas. Botta fué destituido del puesto que ocupaba en la corte de Berlin, é Isabel, que odiaba á Federico por sus sarcasmos, se alió con la casa de Austria, é intervino con un ejército en la guerra de sucesion de Austria, que tocaba entonces á su término. Treinta y siete mil hombres penetraron desde Rusia en Alemania, y su presencia comunicó nueva actividad á las negociaciones; el tratado de Aquisgran, 1748, les dispensó de entrar en batalla.

Fiel á su rencor contra el terrible burlon á quien odiaban á causa de sus chanzas los soberanos todos de Europa, Isabel dió en 1756, plenas facultades á Bestuchef, que continuaba poseyendo su favor y confianza, para unirse al Austria y á la Francia contra Federico en lo que despues se llamó guerra de los siete años. El vice canciller, deseoso de anular las influencias favorables al rey de Prusia, y de dirigir con mayor facilidad las operaciones de la guerra, aconsejó á Isabel que por medio de un fácil golpe de Estado, privára al senado del conocimiento de los asuntos importantes, reemplazándole con un consejo especial de cuya formacion quedó encargado. Isabel, abandonada á sus placeres, ébria cada dia de tokay, y entregada cada noche á nuevos amantes, elegidos no entre los mas nobles y gallardos, sino entre los mas robustos, dejó obrar á su ministro, y los ejércitos rusos entraron en campaña.

Sabido es que empezó la contienda entre la Francia y la Inglaterra con motivo de la Acadia y de las márgenes del Ohio; sin declaracion de guerra, sin provocacion de ninguna clase, la Gran Bretaña cubrió el mar de corsarios, sorprendió á los buques mercantes franceses que navegaban bajo la fe de los tratados, y capturó en menos de un mes trescientas embarcaciones. La Francia contestó á tan inicua agresion con la conquista de Menorca, y la victoria naval alcanzada en Puerto Mahon, pero esto no era mas que el preludio de la lucha. Al rededor de ambos adversarios agrupóse la Europa entera, y dos enemigos que se detestaban tanto como la Francia y la Inglaterra, el Austria y la Prusia, fueron los primeros en sentir el ardor del nuevo incendio de la Europa. Sin embargo, por una anomalía de la política general, la Francia y la Prusia no se reunieron, segun las naturales condiciones de alianza, contra la Inglaterra y el Austria: Federico

era odioso á Luis XV y mas aun á la Pompadour, y no pudiendo ser el aliado de la Francia á causa de la favorita, echóse en brazos de la Gran Bretaña. El Austria, la constante enemiga de la Francia, sedujo á la favorita, y el vergonzoso gobierno de Luis XV, en vez de concentrar todos sus esfuerzos en una guerra marítima contra la Inglaterra, redujo la Francia á la condicion de satélite del Austria, de aliada de la Rusia, y sacrificó, sin compensacion de ninguna clase, los intereses generales de nuestra política en Europa. El historiador Lesur ha apreciado exactamente una de la fases impolíticas de aquella alianza: «Los verdaderos inconvenientes del tratado de 1756 fueron, dice, la accesion de la Rusia, la parte que tomó en una guerra á la que debia permanecer extraña, el pretesto que le proporcionó para destruir la influencia francesa en Polonia, y para violar impunemente el territorio de aquella república con el continuo paso de sus tropas, y sobre todo la natural desconfianza que debia inspirar á la Puerta Otomana aquella efímera union de la Rusia y de la Francia (1). Así pues, los dos extremos de la Europa se daban la mano en la contienda austriaca, y la admision de la Rusia en el número de las grandes potencias se hallaba implícitamente ratificada por su union con el gobierno francés, que hasta entonces se habia negado á celebrar con ella tratado alguno de alianza.

El ejército ruso, mandado por el feld-mariscal Apraxin, entró en 1757 en los Estados del rey Federico, se apoderó de Memel, mientras que la escuadra salida de Cronstadt, bloqueaba los puertos de Prusia. Los Rusos alcanzaron una victoria cerca de Gros-Iægersdorf á pesar de la habilidad del general prusiano y de la firmeza de sus tropas, quedando dueños del campo de batalla y apoderándose de veinte y nueve cañones. Su triunfo, empero, no tuvo consecuencias, pues Apraxin se replegó hácia Polonia y la Curlandia, donde tomó sus cuarteles de invierno. Semejante conducta disgustó tanto á Isabel, que destituyó á aquel general por no haberse aprovechado de su victoria, y le sujetó á una comision militar.

A la desgracia de Apraxin sucedió inmediatamente la de Bestu-

(1) *Progreso del Poderío ruso*, p. 221.

chef el cual á fuerza de abusar de su autoridad, habia disgustado, y quizás asustado, á la indolente Isabel. Esta princesa habia caído desde 1757 en un estado de postracion, resultado de sus excesos, que hacia prever su próximo fin, y Bestuchef meditó entonces una nueva revolucion de palacio, deseando escluir del trono al gran duque Pedro en beneficio de su hijo, bajo la tutela de su madre Catalina, de la cual hablaremos en breve. Isabel, advertida de tales proyectos, indignóse de que su ministro pretendiese disponer de la herencia imperial: los enemigos de Bestuchef no desperdiciaron la ocasion de perderle, y acusado á la vez de abuso de poder y de desobediencia respecto del gran duque, fué despojado de todos sus cargos y relegado á una de sus posesiones, confiriéndose su empleo á Voronsof, astuto cortesano que se habia distinguido por su odio contra Bestuchef.

El general Fermer reemplazó á Apraxin en la siguiente campaña, y, como su predecesor, pareció vencer á pesar suyo; tomó en Prusia la capital de Koenigsberg, puso todo el país á contribucion, apoderóse de Custrin, y ganó cerca de aquella ciudad contra las tropas prusianas una batalla que duró dos dias (25 y 26 de agosto de 1758). Esto no obstante, terminado el año, pidió su retiro pretestando la debilidad de su salud, y Soltikof tomó el mando de las tropas, con órden de obrar en un todo de acuerdo con los generales de María Teresa. Atacado cerca de Crossen, resiste durante cuatro horas á los vigorosos esfuerzos de los Prusianos, les mata mil quinientos hombres, hiere á un número doble, les obliga á abandonar veinte y un cañones, seis banderas y tres estandartes, y marchando en seguida contra Francfort del Oder se apodera de la plaza, y establece sus avanzadas hasta el pié de los muros de Berlin. Federico en persona trata de oponerse á la reunion de los rusos con los austriacos, pero al llegar á dos leguas de Francfort pudo ver al ejército de Soltikof junto con las divisiones de los generales Haddick y Landon. El dia 12 de agosto trábase una batalla cerca de Kunersdorf, mas despues de ocho horas de una encarnizada lucha, los Prusianos toman la fuga, y un general ruso vence al primer táctico de Europa. La pérdida de Federico fué de ocho mil muertos y de siete mil prisioneros, y el rey de Prusia pudo creerse amenazado con una próxima ruina.

¡Considérense los progresos que los rusos debían haber hecho en la carrera militar para ser cuatro veces vencedores, no por sorpresa, sino en encarnizadas luchas, de aquellos prusianos tan aguerridos, tan disciplinados, mandados por un gran guerrero ó por sus mejores generales! Inmóviles en su puesto de combate, firmes bajo el fuego de la infantería prusiana, eran ya los mas sólidos soldados, el instrumento de guerra mas intrépidamente pasivo de la Europa. Aquellos ejércitos rusos victoriosos de Federico bajo los muros de su capital, eran obra de Pedro el Grande y del general Munnich, y aun no hacia treinta años que habia expirado el fundador de la Rusia cuando conquistaban en el corazon de la Alemania la influencia en los destinos de Europa que Pedro habia deseado con tanto ardor para la Rusia.

Sin embargo, la jornada de Kunersdorf no produjo grandes resultados; una poderosa influencia detenía el brazo de los generales rusos en el momento en que parecían deber anonadar á Federico, y Soltikof se negó á desplegar la actividad que de él sollicitaban los generales austriacos; mas Tottleben, uno de sus tenientes, entró en Berlin en 1760, hizo prisionera á la guarnicion, y puso á contribucion la capital de Federico. Los rusos fueron menos felices delante de Colberg, en la costa de Pomerania, cuyo sitio hubieron de levantar; Soltikof abandonó entonces el mando, y reemplazólo Butturlin, quien no consiguió mejor éxito en 1761. El honor de apoderarse de aquella plaza valerosamente defendida y varias veces socorrida por los generales de Federico, estaba reservado al general ruso Romanzof; pero aquel triunfo debia ser el último que consiguiesen los rusos contra el gran monarca prusiano. Federico parecia vencido, no por el poder del Austria ó de la Francia, sino por el de la Rusia cuando la muerte de Isabel le salvó.

La emperatriz no supo la última victoria alcanzada por sus soldados; cuando llegó á San Petersburgo la noticia de la toma de Colberg, habia cesado de existir; su muerte acaecida en 25 de diciembre de 1761, y en 5 de enero de 1762, segun el estilo ruso, era ya un hecho previsto: desde muchos años, arrastraba una vida lánguida y postrada, pero sin variar sus costumbres en lo mas mínimo; por el contrario, sus excesos habian aumentado, y el último período de su existencia habia sido un contínuo libertina-

je. Siempre aletargada, solo daba señales de vida para embriagarse y satisfacer sus groseros apetitos: el regimiento de Preobrajenski no bastaba ya á los placeres de su lecho: «Varias veces, dice Levesque, iba á buscar sus amantes en las últimas clases de la nacion, y cierto dia tuvo el capricho de partir su tálamo con un kalmuko, excitada mas bien que disgustada por la fealdad particular de aquel pueblo.» Sus damas no tenian siquiera tiempo para desnudarla; cuando subian á su cerebro los vapores del vino, cuando salia de su habitual letargo, era preciso romper los cordones del vestido con que por la mañana habian cubierto su cuerpo ya sin formas, y llevar á la cama aquella Mesalina de cincuenta años y de insaciables deseos (1).

Por otra parte, devota, supersticiosa, asaltada á veces de repentinos terrores, tal era Isabel en los últimos años de su vida; despues de la batalla de Kunersdorf, derramó abundantes lágrimas por las desgracias de la guerra y la sangre que corria, y cuando comprendió que iba á morir, mandó abrir las cárceles que encerraban trece mil contrabandistas y veinte y cinco mil detenidos por deudas; disminuyó los impuestos, é hizo cuantiosas limosnas. Su reinado fué glorioso prescindiendo de los escandalosos hechos de su vida íntima; y la fundacion de la universidad de Moscou, de la academia artística de San Petersburgo, la proteccion dada á los escritores rusos, las victorias de sus generales y el engrandecimiento de su poder, elevan á Isabel á la altura de Pedro I y de Catalina II.

PEDRO III FEDOROVICH (enero-julio de 1762).—La secreta influencia que impidió á los generales rusos aprovechar sus victorias contra el rey de Prusia, era la admiracion sin límites que abrigaba el gran duque hácia aquel soberano. Apraxin, Fermer y Soltikof veian muy próximo el fin de Isabel, y temian que su presunto heredero hiciese expiarles cruelmente las victorias de sus armas. El sucesor de Isabel era un monarca singular: naturaleza incompleta, mezcla de elevados sentimientos y de imbecilidad, habíase propuesto por modelos á Pedro el Grande y á Federico, y para imitarles pensó deber convertirse, como el primero, en tambor y cabo, y ejercitar un peloton de soldados á la pru-

(1) Levesque, t. V.--Castera, t. I.—Rable-Rulhiere.

siana. Su primera educacion habia sido harto sólida para su débil naturaleza, pues educado, antes de que Isabel le nombrase gran duque de Rusia, en el amor á la igualdad, en la admiracion hácia el heroísmo, era entusiasta por tan nobles ideas, si bien, segun feliz expresion de un historiador (1), amaba lo grande con mezquindad. Tres años despues de haberle designado por su sucesor, Isabel pensó en casarle, y llamó de Alemania á Sofia Augusta de Anhalt-Zerbst, prima hermana del gran duque, á la cual dió, al servirle de madrina en el bautismo griego, el nombre de Catalina-Alexievna, tan célebre despues en toda Europa. La jóven princesa habia nacido el dia 25 de abril de 1729, en Stettin, de modo que solo contaba un año menos que el esposo que la destinaban. No fueron causas políticas las que motivaron aquella alianza; Isabel eligió á la hija del príncipe de Anhalt-Zerbst impulsada por un tierno recuerdo hácia el príncipe de Holstein-Eutin, su primero y mas vivo amor, el amante que la muerte le arrebatara en el momento en que iba á ser su esposo, y al cual se parecia extraordinariamente su sobrina Sofia Augusta.

Presentada la jóven á la corte de Rusia, agradó extraordinariamente al gran duque, y como él era tambien de gallarda presencia, parecia que el afecto debía ser recíproco; hallábase ya fijado el día del matrimonio, y dispuestos todos los preparativos con extremada magnificencia, cuando el gran duque fué atacado de repente de una violenta fiebre, y las viruelas, cruel azote de aquella época, le pusieron al borde del sepulcro. No murió sin embargo, pero quedó tan deforme y desfigurado, que debía ser para una jóven objeto de aversión y de disgusto, y si bien la ahijada de Isabel volvió á ver al gran duque con secreto horror, supo ocultar sus sensaciones, y se precipitó en sus brazos con fingidos trasportes de alegría. «Cuando se halló en su aposento, dice Castera, y conoció toda la extension de su desgracia, cayó desvanecida y estuvo tres horas sin sentido.» La ambicion ocupó entonces en el alma de Catalina Alexievna el lugar que el

(1) Rulhiere, *Hist. de la rev. de Rusia en 1762*. Este opúsculo leído por su autor á varios y elevados personajes excitó desde un principio animadísimos debates. Interesante tanto por la brillantez del estilo como por la verdad de los hechos que refiere, ilustra el carácter y las acciones de Pedro III, de Catalina II, de Orlof, y los dramáticos acontecimientos de la revolucion de 1762.

amor había llenado quizás en un principio, y celebrado el casamiento, la hija del príncipe mas pobre de Alemania se convirtió en gran duquesa y en heredera del imperio, pues en las capitulaciones matrimoniales, se estipulaba que, en caso de sobrevivir á su esposo sin tener sucesion, le reemplazaría en el trono.

Pedro nada poseía ya para seducir á una mujer jóven, hermosa y de talento; feo y de ideas muchas veces ridículas, tenía además una imperfeccion que asustaba su inespriencia, y que le impidió consumar su matrimonio. La corte lo ignoró todo en un principio; los dos esposos vivían aparentemente en el mayor acuerdo, y mientras Catalina buscaba en los sueños de su ambicion naciente un consuelo para sus desazones y disgustos, el gran duque dominado ya por su manía militar, pasaba las noches cerca de su jóven esposa haciendo centinela y ejercicios, ó entregado á diversiones pueriles, en las que pretendia hacerla tomar parte. La misma Catalina ha referido aquellas escenas, y, segun afirma Rulhiere, añadió: «Paréceme que podia yo servir para otra cosa.»

Catalina era de rostro encantador, de gracioso talle, de seductora presencia; nobles facciones, un perfil de notable belleza, la frente ancha y despejada, la nariz aguileña, la boca sonrosada y embellecida por magníficos dientes, la barba algo grande, ojos partidos en los cuales la luz hacia aparecer azulados reflejos, una tez fina y brillante, cabellos castaños y abundantes, tal era la mujer que Voltaire ha pintado con un solo verso:

«Le ciel est dans ses yeux, l'enfer est dans son coeur.»

(*El cielo está en sus ojos y el infierno en su corazón*)

Su fisonomía así expresaba el orgullo como la gracia y la bondad; y por su ambicion, su talento, su paciencia, por las grandes cualidades de su alma, Catalina era ciertamente una de las mujeres mas distinguidas que pisaron jamás las gradas de un trono.

Entre aquella mujer y el hombre á quien le habían dado por esposo, no podia existir el menor afecto, pero como Pedro era el único lazo que la unia al imperio, esforzóse aquella en ocultar la aversion que por él sentia y aun en disimular su nulidad, mientras que el canciller Bestuchef, Cirilo Razoumofski, hermano del amante de Isabel, y la mayor parte de los cortesanos pro-

curaban por todos los medios posibles degradar al príncipe á los ojos de su soberana. Sin embargo, sus sentidos no tardaron en despertarse, y al convertirse en rusa, la jóven alemana parecia haber tomado de su madrina Isabel y de las mujeres todas de la familia imperial de Rusia su fuerte temperamento y su sed insaciable de placeres. Mientras permaneció indiferente, pudo vivir con su esposo; pero el dia en que el amor nació en su corazón, aquel sargento prusiano, de asqueroso rostro, desfigurado por contínuos visajes, cubierta la cabeza con un sombrero de forma singular, y encerradas sus piernas dentro de inmensos botines, le pareció insoportable.

Oranienbaum, la suntuosa quinta levantada por Mentschikof en el golfo de Finlandia á cuarenta verstas (kilómetros) de Petersburgo, y á siete de Cronstadt, era la habitual residencia de los grandes duques; aquel hermoso palacio construido sobre un terraplen que domina el mar, y desde donde abarcan los ojos un vasto y admirable horizonte, habia sido convertido por Pedro en un cuartel en el que se encerraban cañones y otras armas compradas en Prusia, y un cuerpo de soldados alemanes. La mayor parte de los cortesanos del príncipe imperial participaban ó fingian participar de su manía, y habian hecho contraer al príncipe hábitos de juego y de embriaguez que hasta entonces no habia tenido, de modo que la residencia en que Catalina se hallaba retenida casi contínuamente, pues Isabel la alejaba de la corte el mayor tiempo posible, era para ella una intolerable cárcel. Casada en 1745 habia llegado al año 1752 sin que se hubiese verificado el menor cambio en su posición, y la impaciencia y la desazón la devoraban.

Sin embargo, entre los jóvenes que rodeaban al gran duque, habia uno que no se entregaba, como todos los demás, á los solos placeres de la mesa, del juego y de los ejercicios militares; el chambelan del príncipe, el jóven Soltikof (1), distinguíase por su afición á las bellas artes tanto como por la gallardía de toda su persona. Conocedor de la literatura francesa, sabia de memoria los mas bellos pasajes de Racine y de Voltaire, era, además, presun-

(1) Soltikof, primer favorito de Catalina II, no debe confundirse con el general del mismo nombre que hemos visto combatir y vencer á Federico el Grande.

tuoso, temerario para con las mujeres, y mas de una vez habia arrostrado en su amorosa carrera los desiertos de la Siberia. Orgullosa con los triunfos conseguidos en la corte muy poco austera de Isabel, Soltikof puso los ojos en la esposa de su señor, y la vanidad tanto como el amor le inspiró el designio de hacerla su querida. En un principio esforzóse en distraerla, en dar vida á su soledad de Oranienbaum y su fecunda imaginacion inventaba cada dia nuevas diversiones, cuidando de que la gran duquesa no ignorase que solo á él las debía, que solo le guiaba la esperanza de agradarla. La bella presencia y el ingenio de Soltikof habian llamado ya la atencion de Catalina, y sus obsequios acabaron de seducirla; esto no obstante, el jóven vacilaba en declarar su amor, y Catalina dió á lo que parece los primeros pasos. Soltikof acababa de perder á su padre, y antes de ausentarse visitó á Catalina; en su entrevista cruzáronse sus ardientes miradas, y Catalina dijo con expresion al gentil chambelan que abreviase su ausencia y que volviese cuanto antes á olvidar sus pesares en medio de una corte en la que sin él solo reinaba el disgusto y la tristeza.

Soltikof regresó pocos dias despues, afectando una profunda melancolía; su salud se alteró, parecia haber cambiado enteramente; y la gran duquesa no pudo menos que inquietarse, hasta que cierto dia en que se hallaron solos, Soltikof le confesó la passion que, segun él, le devoraba. Catalina le escuchó sin cólera; hasta le compadeció, y aconsejóle renunciar á un amor que tantas desgracias podia acarrearle; el jóven, al encontrar piedad donde temia el enojo, sintió aumentar su audacia, arrojóse á los piés de la princesa y abrazó frenéticamente sus rodillas. Catalina desprendiose de sus brazos, y huyó dirigiéndole las palabras de Monima á Xifares,

«Et meritez les pleurs que vous m'allez couter».

(*Hacedos digno del llanto que derramaré por vos*).

Pocos dias despues el gran duque y toda su corte de Oranienbaum fueron invitados para asistir á una fiesta en el castillo de Peterhof; Catalina fingió una indisposicion para no asistir á ella, y Soltikof permaneció á su lado. Entonces el chambelan

logró sus deseos, y Catalina, abandonando su sistema de prudencia y de reserva, se entregó á su primer amante (1).

Las indiscretas miradas de los cortesanos no tardaron en penetrar el misterio de aquel amor, pero Pedro se mostró airado por las calumnias, decia de que su favorito era objeto, y gracias á su ceguedad, Soltikof pudo entregarse á la dicha con que le brindaba su augusta querida, hasta el dia en que esta temió los resultados harto evidentes de su pasion. Para evitar entonces el peligro de un embarazo, convinieron los dos amantes en determinar á Pedro á sufrir la operacion que debia conferirle el uso de sus derechos de esposo, y Soltikof fué el que con su influencia pudo decidirle á ello; hasta aquel momento, ni los ruegos de la emperatriz su tia, ni las instancias de los cortesanos, ni el deseo de gozar de desconocidos placeres, ni la vergüenza de no parecerse al resto de los hombres habian podido vencer su resistencia. Nueve meses despues de la operacion que le hizo sufrir un diestro cirujano extranjerero, vino al mundo Pablo Petrovitch, si bien habia muchos motivos para creer que no le pertenecia este nombre, y que el futuro soberano de todas las Rusias era hijo del chambelan Soltikof (2).

El favorito de la gran duquesa se hallaba en el colmo de la prosperidad, cuando ya fuese que abusase de su fortuna, ya que se creyese dispensado de guardar iguales consideraciones que durante el tiempo pasado, reanimáronse los rumores que habian corrido acerca de sus relaciones con Catalina, y el canceller Bestuchef, que contiaba vendido al Austria y que odiaba á Pedro viendo en él al futuro aliado de la Prusia, quiso derribar al favorito, logrando en efecto hacerle odioso á Isabel. La desgracia de Soltikof fué, sin embargo, muy suave; encargado primeramente de una mision para Estockholmo, fué nombrado des-

(1) Segun Castera, Catalina habia amado antes á un napolitano, el marqués de Silva; pero Isabel, que llegó á saberlo, habia obligado á Silva á abandonar la Rusia.

(2) Fundados algunos escritores en la extremada ternura que Isabel manifestó constantemente hacia el niño, opinan que Pablo fué hijo de la emperatriz y de Razoumofski, habiéndole Isabel sustituido al hijo de Catalina. Por otra parte la semejanza de rostro y de carácter que existió entre Pedro III y Pablo, parece abogar en favor de la legitimidad de este último.

pues ministro residente de la Rusia en Hamburgo, y luego en Madrid, donde permaneció hasta la muerte de Isabel, á pesar de sus esfuerzos para volver á su patria.

Catalina que habia conocido por fin los placeres de los sentidos y los goces del amor que su esposo no podia proporcionarle, no reconoció ya freno en sus pasiones: Soltikof habia inaugurado la lista de favoritos que debia permanecer abierta y aumentarse con nuevos nombres, hasta el fin de su reinado. Esto no obstante, conservó por algun tiempo un vivo afecto hácia el chambelán; escribíale amenudo, y la ausencia parecia haber aumentado su ternura, cuando de repente la presencia de un extranjero llevado por la fortuna á la corte de Rusia, le hizo olvidar á su primer amante.

Estanislao Augusto Poniatowski octavo hijo de Estanislao Poniatowski, polaco, que en su juventud habia servido á Carlos XII, y de Constanza Czartoryski, perteneciente á una de las familias mas ilustres de Polonia, fué el dichoso sucesor de Soltikof. Joven bello y poseido de ambicion, el noble polaco habia llevado durante algun tiempo por la Francia su inquietud y sus vagas esperanzas, hasta que encarcelado por deudas, debió su libertad á los favores de la célebre señora Geoffrin; desde Francia pasó á Inglaterra y luego á Rusia, donde el amor le reservaba un reino, apareciendo en S. Petersburgo acompañado del embajador inglés, de Williams, uno de los hombres mas depravados de aquel siglo disoluto. Las seductoras cualidades de su persona, no tardaron en hacer viva impresion en el ánimo de Catalina, y él no lo desconoció; Isabel, instruida del naciente amor de la gran duquesa, mostróse mas severa por el decoro de su sobrina que por el suyo propio, y mandó á Poniatowski que saliera de Rusia; pero entonces Bestuchef, favoreció la pasion de Catalina, é hizo que volviera Poniatowski despues que, gracias á su influencia, hubo sido nombrado ministro plenipotenciario de Polonia. Desde entonces Catalina, abandonando todo pudor, no quiso separarse ya de su amante, y llegó hasta tal punto su escandalosa conducta que los rusos acusaban públicamente al joven polaco de ser el padre del hijo que aquella llevaba en su seno. Catalina dió á luz una hija, que murió casi al nacer.

Pedro, rechazado por su esposa, habia cesado de cohabitar con

ella poco tiempo despues de la operacion que le habia dado el uso de su virilidad, y habia tomado por querida á la hija del senador Voronzof, hermano del sucesor de Bestuchef en el cargo de canciller; pero á pesar de esto, sintióse indignado al saber la conducta de la gran duquesa, y corrió á implorar venganza de la emperatriz. Bestuchef acababa de caer en desgracia, y Catalina, privada de su mas firme apoyo y amenazada por la cólera del gran duque, vióse abandonada de todos los cortesanos; entonces pidió una entrevista á la emperatriz, á quien en iguales circunstancias, cuando tenia por amante á Soltikof, habia conmovido con sus lágrimas y convencido con sus negaciones; pero su peticion fué rechazada. Consternada y fuera de sí, dirigióse al embajador de Francia que gozaba de gran crédito en la corte de Petersburgo, mas este eludió su mision: sin apoyo, y rechazada por todos vióse obligada á seguir á Pedro que no le ocultaba su odio y á quien ella detestaba, hasta su palacio de Oranienbaum, donde Poniatowski penetró varias veces bajo distintos disfraces, hasta que un dia fué sorprendido y reducido á prision. Pedro quiso hacerle ahorcar, pero el Polaco invocó sus derechos de ministro plenipotenciario de una corte extranjera, y el príncipe, no atreviéndose á realizar su amenaza, recurrió á la emperatriz.

Entonces fué cuando Catalina mostró por primera vez la resolucion y firmeza de que despues dió tantas pruebas; haciendo frente al peligro, se presenta á su esposo, confiesa con audacia su falta, manifiéstale los funestos efectos que para él produciria un escándalo; se justifica recordándole su público trato con una favorita, y promete guardar en adelante ciertas consideraciones á aquella mujer, y hasta pagarle una pension. Pedro, dominado por un resto de ascendiente é instado tambien por su querida, permitió la evasion de Poniatowski, «de modo, dice Rulhiere, que un acontecimiento que debia perderla, dió á la gran duquesa una seguridad mayor y la ocasion de tener á sueldo, por decirlo así, á la favorita de su esposo. Desde entonces concibió nuevos designios, y empezó por manifestar al público la ineptia de aquel príncipe con tanto empeño como cuidado tuvo antes para ocultarla; cambiando de sistema, cifraba toda su ambicion en su hijo, y proyectaba hacer pasar el trono á aquel niño y desempeñar ella el cargo de regente. Para la realizacion de semejante

plan era necesario que Isabel desheredase á su sobrino, y no era pequeña dificultad el decidir á ello á la irresoluta y supersticiosa princesa..... Había, es cierto, el recurso de suponer un testamento al ocurrir su muerte, pero mientras se tramaba la intriga, la revolucion que derribó á Bestuchef, y la partida de Poniatowski, entregaron á la gran duquesa á sus propias fuerzas y la redujeron á vivir en la corte como en un desierto. Así pasó muchos años, teniendo relaciones conocidas únicamente con algunas jóvenes que, como ella, habían amado á los que componían la embajada polaca, y que no eran muy bien recibidas en la antigua corte á causa de los encantos de su persona; levantándose siempre con la aurora, entregándose días enteros á la lectura de buenos libros franceses, casi siempre sola, no estando mucho tiempo en la mesa ni en el tocador. En aquella época, empero, echó los cimientos de su futura grandeza, y ella misma confesó repetidas veces que adquirió entonces sus conocimientos en el arte de la intriga de una de sus damas que tenia el aspecto mas cándido é indolente que imaginarse puede. Tal era la posicion de Catalina al expirar la emperatriz Isabel (1).»

Hemos dicho ya que este acontecimiento acaecido en los primeros dias del año 1762, burló las previsiones todas de la política. Catalina no pudo ó no se atrevió á emprender cosa alguna para sustituirse ella ó su hijo á su esposo, y la emperatriz moribunda habia exigido su reconciliacion con Pedro, reconciliacion que fué obra de un hombre astuto y ambicioso, el conde Panin, caballero de origen italiano, quien despues de ser simple soldado en los guardias de caballería de la emperatriz Isabel, habíase elevado sucesivamente á los primeros cargos del imperio, obteniendo por fin el empleo de ayo del tierno Pablo Petrovitch. Bordeando con destreza entre las facciones de Bestuchef y de Voronzof, supo adquirir á la vez el favor del gran duque y de la gran duquesa; y si bien parecia inclinarse hácia el partido de Catalina, en la cual reconocia mas talento que en su esposo, procuraba en secreto su propia fortuna, y solo pensaba en los medios de dar la corona al jóven Pablo, con la esperanza de gobernar bajo el nombre de su discípulo. Aconsejó á Catalina que evitase con Pedro un

(1) *Hist. de la Rev. de 1762*, p. 23.

escándalo que habria podido ser causa de un divorcio, y de que se declarase bastardo á su hijo, al mismo tiempo que excitó á Pedro á guardar consideraciones para con su esposa y á hacerse proclamar por el senado, esperando de aquel modo atraer á sí la autoridad atribuida á aquel gran cuerpo del Estado. Pedro quedó por un momento seducido por la novedad de la idea, pero sus cortesanos le manifestaron que, dando al senado parte de la influencia en las elecciones imperiales solo lograria crearse inútiles obstáculos, que disgustaria al ejército, y que cambiaria el gobierno despótico y militar de la Rusia en una especie de administracion judicial. El príncipe fluctuaba indeciso entre ambas opiniones, cuando la fórmula consagrada de: *La emperatriz os ordena vivir*, anunció que Isabel ya no existia, y como no era aquel momento propicio para deliberaciones, Pedro montó á caballo y recorrió las calles de Petersburgo haciendo distribuir dinero á la multitud, siendo reconocido sin oposicion por el pueblo, el senado y el ejército.

Sus primeros actos sorprendieron á cuantos le conocian; léjos de entregarse á venganzas personales, volvieron de Siberia todos los desterrados en los anteriores reinados, como Biren, el anciano Munnich, Lestocq y otros muchos. Pedro pretendió reconciliar á los dos primeros, á quienes no habian hecho olvidar su odio veinte años de destierro, y cierto dia que les vió entre los cortesanos llamóles para beber juntos; llenáronse tres vasos, pero mientras el emperador llevaba el suyo á los labios, acercósele un hombre y le habló al oido; apurado el vaso marchó apresuradamente al sitio donde era necesaria su presencia, y los dos irreconciliables enemigos permanecieron frente uno de otro, con el vaso en la mano, sin decir una palabra, y con los ojos fijos en el lugar por donde Pedro habia desaparecido; miráronse luego, midiéronse con los ojos, y dejando sus vasos llenos, volviéronse la espalda.

A estas medidas de clemencia no tardaron en suceder ukases dictados sin duda por un buen deseo, pero tan intempestivos que debian producir necesariamente una desorganizacion general; Pedro creia poder reformar su imperio á fuerza de edictos, como su abuelo, sin preparacion alguna. « La mayor parte de las cosas que le perdieron, dice Rulhiere, solo fueron faltas por su recitacion, siendo realizadas despues por su esposa con

éxito y con gloria.» Creyendo útil despojar al clero de sus inmensos bienes, mandó por medio de un ukase que conmovió profundamente á sus pueblos supersticiosos; en una declaracion leida ante el senado, permitia á la nobleza ejercer ó no la profesion de las armas, y viajar fuera de Rusia sin autorizacion del soberano, lo que hasta entonces habia estado te prohibido; emancipábala de la servidumbre en que la habian mantenido sus antecesores, y abolia el terrible tribunal de la *cancillería privada* instituido por su bisabuelo Miguel Romanof, que desde hacia un siglo, tenia suspendidos los bienes y la vida de todo ciudadano ruso de estas dos solas palabras *slovo dielo*.

Estos últimos actos excitaron universales aplausos, pero la buena impresion que produjeran desapareció en breve ante las ^{altas} de la política exterior. Pedro III no solo abandonó la política de Isabel, y se apartó de la alianza austriaca sin sacar el menor partido de las victorias rusas, si no que mandó á su ejército de Alemania ponerse á las órdenes de Federico y combatir junto á los mismos enemigos á quienes venciera; no contento aun, devolvió al rey de Prusia sus ciudades y sus prisioneros, y le concedió una indemnizacion por sus derrotas; Federico, vencido, obtenia de su entusiasta discípulo ventajas que no se habria atrevido á esperar ni aun quedando vencedor, y finalmente, Pedro tomó públicamente el título de coronel al servicio de la Prusia, y llamó siempre á Federico el *rey mi señor*. En cambio de tales testimonios de su desatentada admiracion, recibió el nombramiento de general, resultado que estuvo muy léjos de compensar el mal efecto producido en los rusos por la alianza con una nacion que se habian acostumbrado desde mucho tiempo á considerar como enemiga.

Pedro, persistiendo en aquella conducta política, envió al senado la recopilacion de las leyes publicada en Prusia bajo el nombre de *Código de Federico*, con orden de aplicarlas cuanto antes en toda la extension de sus Estados, en cuya tentativa, inútil por otra parte, solo vieron los rusos el desprecio hácia sus leyes, y el amor hácia las extrañas. Para colmo de torpeza, el emperador manifestó sin rebozo su intencion de poner las fuerzas de su nuevo imperio al servicio del Holstein, patria de sus antepasados, y favorables disposiciones para la libre práctica de

todos los cultos, especialmente del luteranismo; al difundirse esta noticia elevóse en Moscou y en San Petersburgo un grito general de indignacion, y si fueron celebradas la clemencia y bondad del soberano despues de sus primeros actos, acusósele entonces de declarado enemigo del imperio y de las costumbres nacionales.

La artificiosa Catalina que, á pesar de su fingida reconciliacion, no habia abandonado sus designios, aprovechaba con destreza las faltas del emperador para atraerse la popularidad; desde la muerte de la emperatriz Isabel, mostrábase con asiduidad en las iglesias, y afectaba la mayor veneración hácia los usos populares, mientras que el palacio de Pedro resonaba sin cesar con los alaridos de una inmensa orgía; su esposo se hacia prusiano, y la astuta alemana se esforzaba en parecer rusa, buscando principalmente el apoyo de los guardias irritados por la preferencia que concedia Pedro á algunos soldados alemanes, y el del clero que solo veia en el soberano un despojador y un protestante. Maltratada por el emperador cada vez que debia mostrarse en la corte, parecia resignada á las mas extremas violencias, y algunas veces se la vió enjugar el llanto que, como á pesar suyo, brotaba de sus ojos; sus secretos partidarios se complacian en referir los supuestos peligros que corria, y en efecto, hallábase reducida á tal abandono, que no conservaba en apariencia la menor autoridad ni aun en lo interior de palacio.

Difficil es conocer las intenciones que abrigaba Pedro respecto de ella, en cuanto despues de su reconciliacion y de algunos homenajes públicamente tributados á la superioridad de su esposa, el príncipe habia vuelto á sus pasadas costumbres. Su favorita, Isabel Voronzof, se envanecia de ocupar en breve el lugar de Catalina; hablábase de divorcio; pero en otras ocasiones parecia que Pedro hubiese concebido el designio de abandonar el trono al infortunado Ivan, que desde su cuna expiaba en una cárcel el funesto honor de su real origen. El infeliz príncipe estuvo á punto de ser libertado durante los primeros años de su cautiverio por un monje que le visitaba á menudo, pero frustrada aquella tentativa, fué Ivan mas severamente custodiado; en 1756, Isabel quiso verle, y conducido secretamente á Petersburgo, la emperatriz habló dos veces con él sin darse á conocer. El

príncipe, que contaba entonces diez y seis años, era de elevada estatura y de interesante rostro, y tenia abundantes y rizados cabellos, y una voz de estremada dulzura. Isabel lloró al verle, pero su piedad se limitó á lágrimas, é Ivan fué de nuevo encerrado en el sombrío calabozo donde Pedro le visitó seis años despues. Aquella segunda entrevista no produjo mas favorable resultado que la primera, y el emperador, impulsado por su volubilidad, no tardó, segun se dice, en pretender designar para sucederle en el trono á su tio Jorge de Holstein, á quien habia llamado á su corte colmándole de honores, pues habiendo servido al rey de Prusia, podia hablar con él de las campañas de Federico.

Fuesen cuales fueran los proyectos atribuidos al emperador, parecia indudable que Pedro, próximo á empezar la guerra contra Dinamarca, no saldria de San Petersburgo sin haber encarcelado á Catalina, y declarado bastardo á Pablo Petrovitch, mas Catalina se habia propuesto ganarle por la mano, y mientras el emperador la amenazaba sin tomar partido alguno, dirigia, en medio de las prácticas religiosas y de la aparente austeridad de su vida, y desde el seno de sus misteriosos placeres, una doble conspiracion.

Catalina tenia junto á sí á una mujer llamada Ivanovna, encargada de satisfacer sus violentas pasiones, y era tal la destreza de la confidente, que los jóvenes que presentaba á su señora, gozaban de los favores de la gran duquesa sin saber nunca quien era. Habia entonces en la corte un oficial de oscuro nacimiento y de escasa fortuna, pero dotado de arrogante belleza; Gregorio Orlof, ayudante de campo del gran maestro de artillería, le habia arrebatado su querida, la princesa Kourakin, una de las mas seductoras beldades de la corte, aventura que le hizo perder su empleo y que por poco le cuesta el ir á trabar conocimiento con los páramos de la Siberia. Libre á duras penas de aquel castigo, Orlof entregóse de nuevo á sus costumbres de soldado; pasaba el tiempo jugando y bebiendo, cuando cierto dia se le antojó hacer el amor á la doncella de Catalina; esta lo participó á su señora, la cual se apropió los homenajes dirigidos á su criada, y ya fuese que Catalina solo viese á su amante por la noche, ya que adoptase un disfraz, es lo cierto que Orlof fué feliz durante mucho

tiempo sin sospechar siquiera la extension de su dicha, hasta que en una ceremonia pública, reconoció el militar en la emperatriz á la mujer que con tanto delirio le amaba. Orlof supo ser discreto, y á buen seguro que nadie en la corte habria imaginado ver al sucesor de Poniatowski en aquel hombre que pasaba el día entero en los bodegones, en medio de los soldados.

Allí era, sin embargo, donde se tramaba en parte, lentamente pero de un modo seguro, la revolucion que debía perder al desdichado Pedro. Catalina logró hacer nombrar á Orlof tesorero de la artillería, y el tesorero empleó los fondos de su caja en adquirir amigos, en crear partidarios á Catalina entre los soldados hostiles ya al emperador, y dispuestos en favor de una princesa que no desperdiciaba ocasion alguna para halagarles tratándoles con seductora familiaridad. Fingiendo sentir hácia su soberana mera compasion y servirla con desinterés, Orlof tramó una conspiracion en la que en un principio tomaron parte sus cuatro hermanos y uno de sus amigos llamado Bibikof; todos vendieron lo poco que poseian; dividiéronse el dinero de la caja de artillería, recorrieron todos los fregones de San Petersburgo, y sembraron el descontento y la sedicion entre todos los regimientos de la capital. Para asegurar el éxito de la tentativa, sedujeron á dos compañías del regimiento de guardias de Ismailof, y á su coronel, el cosaco Cirilo Razoumofski, hermano del amante de la emperatriz Isabel, nombrado, por influencia de este, hetman de los cosacos (1), pues si bien Razoumofski no se comprometió formalmente, aseguró ponerse á las órdenes de la emperatriz si esta reclamaba sus servicios en circunstancias graves. Orlof, manifestaba á su querida, en sus ignoradas entrevistas, los progresos que su causa hacia en las filas del ejército.

La segunda conspiracion que Catalina dirigia simultáneamente, tenia por instrumento á la princesa Daschkof, hermana de la favorita del emperador, jóven de diez y ocho años que desplegó una habilidad y una resolucion notables. Mientras Orlof seducia á los soldados, gestionaba ella cerca de los nobles y del clero, siéndole muy fácil encontrar partidarios entre aquellos eclesiásticos animados de un ciego odio contra el emperador. A

(1) Este cargo se restableció expresamente para él.

En la primera palabra, los jefes del clero, y sobre todo el arzobispo de Novgorod, prometieron cuanto se quiso; el conde Panin entró en la conjuración, y los embajadores de Francia, de Austria y de Dinamarca no escusaron el dinero, para favorecer una revolución que creían favorable á sus respectivos gobiernos.

Los conjurados deliberaron largo tiempo acerca del modo de realizar sus designios, y su perplejidad crecía al tratarse del medio como podrian desembarazarse del emperador. Razoumofski y Orlof proponían apoderarse de él en el palacio de Peterhof al salir de la orgía con que sin duda mandaria celebrar el día de la próxima fiesta de San Pedro; Panin habia reconocido las salas y aposentos para concertar el rapto; el teniente Passek, amigo de Orlof, se ofreció para dar muerte al emperador en medio de su corte, y dos veces se puso en emboscada para verificarlo, á pesar de habérselo formalmente prohibido. Otra dificultad, y por cierto no la menor, consistía en quien debia reemplazar á Pedro luego de haberle derribado; unos querían confiar á Catalina el poder soberano, pero otros acaudillados por Panin, exigían que se contentase con la regencia bajo pretesto de que no corría por sus venas la sangre de los czares. Panin, ayo del grande duque, esperaba con ello ejercer mayor influencia, pero la princesa Daschkof se encargó de su conversión: Panin perseguía con sus amorosas quejas á la jóven duquesa, pero esta habia rechazado siempre sus pasiones, no solo porque el conde contaba ya una edad muy poco seductora, sino porque habiendo sido en otro tiempo ebanista de su madre, creía, y con ella la corte toda, ser fruto de aquellas relaciones; sin embargo, como buena conspiradora, sacrificó sus escrúpulos, y consistió en entregarse al hombre reputado por su padre.

Ya iban á empezar las fiestas en Peterhof, y todo estaba pronto para la revolución, excepto fijar el momento en que debia estallar, cuando se supo que Passek acababa de ser preso; aquel conjurado, siempre violento en sus propósitos lo mismo que en sus palabras, habia hablado de la conjuración delante de un soldado, el cual se apresuró á denunciarle á la cancillería; y el 8 de julio, á las nueve de la noche, procedióse á la prisión de Possek, mientras que se expedía un correo para participar la noticia al emperador. Al saberla, temblaron los conjurados; la princesa Daschkof cor-

crió en busca de Panin, pero este no acertó á tomar resolucio- alguna; entonces la jóven se viste de caballero, se presenta á los hermanos Orlof, les determina á apresurar el momento de la re- volucion, y da aviso á Catalina, la cual muestra igualmente viril entereza. La emperatriz habitaba, en el extremo del jardín de Peterhof, un pabellon separado del palacio y edificado á orillas del golfo de Finlandia; Peterhof dista ocho leguas de San Peters- burgo, y Catalina habia mandado preparar una lancha en el mar y un coche en la puerta para huir á la primera señal. Eran las dos de la madrugada cuando Alexis Orlof, llamado el Acuchilla- do, á quien su hermano habia dado una llave del pabellon y ex- plicado los secretos caminos que podian conducirle á él con ma- yor prontitud y misterio, llega presuroso á su presencia con un billete de la princesa Daschkof: la emperatriz dormia profunda- mente, pero Alexis la despierta y la dice: «Vuestra Majestad no puede perder un momento, y debe seguirme cuanto antes.»

Catalina, dominando su agitacion, llama á Ivanovna; vístense las dos precipitadamente de modo que no puedan ser reconoci- das por los centinelas que custodian el palacio, y entran en el coche; Orlof se apodera de las riendas, y parten. El cansancio de los caballos, obligó á la emperatriz á terminar el camino á pié, y extenuada de fatiga y de inquietud, pero siempre dueña de sí misma, y llena en apariencia de tranquilidad y confianza, llegó á San Petersburgo á las siete de la mañana. Dirigióse al momen- to al cuartel de los guardias de Ismailof, y rodeada por los solda- dos, les dirige estas palabras con voz alterada: «Un gran peli- gro me obliga á implorar vuestro auxilio; esta noche queria el czar darme muerte junto con mi hijo, y solo he debido mi salva- cion á la fuga; reducida á tal extremo no me queda otro recurso que ponerme en vuestras manos.» Los soldados poseidos de in- dignacion, prometen morir por ella; en aquel entonces llega Ra- zoumofski y acaba de arrastrar al regimiento á la sedicion. El contagio comunicóse rápidamente entre las tropas; el regimien- to de artillería fué el único que mostró alguna vacilacion, y qui- so á pesar de las instancias de Orlof, esperar las órdenes del ge- neral que lo mandaba: era este un francés, llamado Villebois, quien no tardó en presentarse y en ceder como los demás.

Catalina rodeada de más de dos mil hombres de guardias y de

gran parte de los habitantes de Petersburgo, que tomaban parte en la nueva revolucion, como lo habian hecho con tantas otras, dirigióse á la iglesia de Kasan, donde se hallaba todo preparado para la consagracion solemne de la usurpadora. El arzobispo de Novgorod, revestido de sus hábitos sacerdotales y rodeado de su clero, la esperaba en el altar; púsole en la cabeza la corona imperial, proclamóla soberana de todas las Rusias con el nombre de Catalina II, y declaró sucesor suyo al gran duque Pablo Petrovitch; un manifesto publicado aquella misma noche decia que la emperatriz Catalina II, cediendo á los ruegos de sus pueblos, subia al trono de su amada patria para salvarla de su ruina; y los nobles que se hallaban en San Petersburgo, supieron al despertarse la revolucion y su triunfo. Todos se apresuraron á prestar homenaje á Catalina, la cual, despues de recorrer las filas de sus soldados, á caballo y llevando el uniforme de guardias, se instaló en el palacio que habitara la emperatriz Isabel.

¿Qué hacia Pedro en tanto que le arrebataban la corona y el imperio? Como si una invencible fatalidad le arrastrase al precipicio, habia despreciado todos los avisos, aun los procedentes del rey de Prusia, pues sabíase en Berlin, mejor que en San Petersburgo, lo que se tramaba. Pedro contestó á los agentes de Federico: «Si sois amigos míos no toqueis esta materia que me es odiosa.» La prision de Passek no bastó para abrir sus ojos, y mientras Catalina sublevaba al pueblo y al ejército, dirigíase alegremente en su carruaje desde Oranienbaum á Peterhof seguido de una jóven y bulliciosa comitiva: próximo ya á su palacio, un emisario, disfrazado de campesino, le entregó una carta participándole la fatal noticia.

Pedro, consternado, no tomó resolucion alguna; tuvo la debilidad de creer que la audaz Catalina podria consentir en partir con él el fruto de su victoria, y autorizó al canceller Voronzof, tio de su favorita, para negociar con ella una reconciliacion; pero su agente olvidó su mision, y declaróse fiel servidor de la emperatriz. Sin embargo, no estaba todo perdido; Pedro tenia junto á sí sus soldados alemanes, y además á Munnich, siempre enérgico y resuelto á pesar de su edad avanzada. El anciano general aconsejó al emperador que se pusiera al frente de sus tres mil Holsteineses y marchara contra San Petersburgo; mas Pedro,

desoyendo su consejo, prefirió dirigirse á Cronstadt para colocarse bajo el amparo de la guarnicion y de la escuadra. Envióse á un general para anunciar al príncipe, pero cuando llegó este con su séquito, su mensajero se encontraba preso, y cuando respondiendo al ¿quién vive? del centinela, dijo: *Yo el emperador.* — *Ya no hay emperador,* respondió el soldado. En efecto, la guarnicion, formada en la playa, confirmó la siniestra respuesta, y el silencio solo fué interrumpido por el unánime grito de *¡Viva Catalina!* y por la amenaza del almirante de disparar contra la embarcacion imperial en caso de no alejarse á toda prisa. Al oír estas palabras, Pedro quiere retroceder, pero uno de sus oficiales le dice: «Príncipe, saltemos á tierra; nadie se atreverá á hacer fuego contra nosotros, y Cronstad quedará en poder de V. M.» Munnich apoya vivamente este consejo; mas como si aquella revolucion hubiese despojado á Pedro de la facultad de tomar un partido animoso, el emperador se precipitó en la cámara del yate en medio de las aterrorizadas mujeres que le acompañaban, y sin dar tiempo para que levaran el ancla, mandó cortar el cable y alejarse á fuerza de remos.

Por tercera vez, Munnich conebió un proyecto que podía salvar al emperador; aconsejóle pasar á Suecia, ponerse al frente del ejército que se encontraba en Pomerania á las órdenes de Federico, y de recobrar con él su usurpada corona; mas por tercera vez tambien, Pedro mostró una débil vacilacion, y bajo pretexto de que su buque no podía conducirle hasta Suecia, hisongeándose por otra parte de una reconciliacion imposible con Catalina, regresó á Oranienbaum.

En tanto, Catalina completaba su victoria. Coronada aquella mañana en la iglesia de Kasan, por la tarde habia montado á caballo, y, con la espada en la mano y una corona de roble en la cabeza, habíase puesto al frente de las tropas, entusiasmadas por su audacia y hermosura. Su triunfo no era ya dudoso, y aquellos á quienes habia retenido la incertidumbre del resultado, acudian en tropel á prestarle homenaje. En un segundo manifiesto, Catalina justificó su usurpacion en nombre de los intereses de la Rusia, reconvinó al caido soberano por las reformas que ponian en peligro la religion ortodoxa, y acusóle de querer introducir el protestantismo, recordando por fin el tratado ce-

lebrado con la Prusia, la proyectada expedicion de Holstein, los edictos vejatorios, y las escandalosas costumbres de Pedro. La revolucion parecia ya consumada, cuando presentóse á la emperatriz un enviado de su infeliz esposo; este habia desoido las instancias de los soldados holsteineses que pedian marchar contra San Petersburgo, así como habia rechazado los consejos de Munnich, y el mejor medio que acudió á su mente, fué dirigir á Catalina una carta en la que confesaba sus errores, prometia portarse mejor en adelante, y ofrecíale el dividir con ella una autoridad que ya no era suya. La emperatriz no se dignó contestar, y entonces Pedro comisionó á uno de sus oficiales para ofrecerle el total abandono de sus derechos, con la única condicion de poderse retirar á Holstein junto con su querida y su favorito Goudovitch, recibiendo por toda contestacion el siguiente escrito con órden de firmarlo sin demora: «Durante mi corto reinado he conocido que mis fuerzas eran insuficientes para tal peso, y que era tarea superior á mis alcances el gobernar el imperio, no solo absolutamente, sino tambien de cualquier modo que sea. He visto igualmente el desmoronamiento que el mismo sufría, precursor de su total ruina y de mi eterna vergüenza, y despues de reflexionarlo madura y detenidamente, declaro por un acto de mi espontánea voluntad, á la Rusia y al universo entero, renunciar por toda mi vida al gobierno de dicho imperio, y á reinar en él soberanamente ó bajo cualquier otra forma de gobierno; en fe de lo cual lo juro ante Dios y los hombres, habiendo escrito y firmado esta renuncia con mi propia mano.»

Colmada su infamia con semejante acto de cobardía, sus soldados holsteineses fueron desarmados ante su propia vista; un chambelan de la emperatriz le hizo subir á un coche con su querida y su favorito, y le condujo á Peterhof. Durante el camino los soldados de su escolta gritaban con frenesí: ¡*Viva Catalina!* y al apearse, vió insultar á su favorito y arrebatarse su querida; mandáronle desnudar, y permaneció por algunos instantes en camisa y con los piés descalzos, expuesto á las burlas de la soldadesca, hasta que por último fué encerrado en una quinta situada á pocas leguas de Petersburgo. La revolucion quedaba, pues, enteramente consumada; los últimos cortesanos de Pedro se habian sometido, y el mismo Munnich indignado por la vileza de Pedro,

presentóse en la corte de la nueva soberana. Esta le distinguió entre la multitud, y le dijo: «Con qué, habeis querido combatirme? —Sí, señora, contestó con nobleza el veterano; pero mi deber es ahora combatir por vos.»

Sin embargo, aunque en apariencia fuese completo el triunfo, Catalina tenia mas de un motivo de inquietud. ¿Cuáles serian las disposiciones de los veinte mil rusos que se hallaban á las órdenes de Federico? ¿Cómo recibiría Moscou, el corazon de la antigua Rusia, la noticia de una revolucion que destronaba al nieto de Pedro el Grande en beneficio de una extranjera? San Petersburgo, pasado el primer momento de embriaguez, parecia sumido en el estupor, y Pedro, á pesar de su conducta, excitaba piedad desde el fondo de su cárcel, y encontraba entre la multitud algunos partidarios. Los marineros, á quienes nada se habia dicho de la revolucion, acusaban públicamente á los guardias de haber vendido á su emperador á precio de cerveza, y durante varias noches consecutivas los gritos de los amotinados turbaron el sueño de los habitantes. Pedro, aun encarcelado, era para los vencedores un obstáculo real, y su muerte fué decidida.

Alexis el Acuchillado y uno de sus amigos llamado Teplof, se dirigieron á la cárcel de Pedro diciéndole que comerian con él; antes de la comida sirvióse aguardiente segun era usanza en Rusia, y entonces Orlof y su cómplice echaron un veneno en el vaso del soberano; sin embargo, viendo que su accion era muy lenta, quisieron repetir la operacion, mas el infeliz que sentia arder sus entrañas y que comprendió su suerte, negóse á beber por segunda vez. Los dos asesinos recurrieron á la violencia: Pedro procuró defenderse y trabóse una espantosa lucha; para ahogar sus gritos, cogiéronle por la garganta y le derribaron, pero como Pedro se resistia con desesperacion, y sus verdugos querian ahogarle sin imprimir en su cuerpo una sangrienta huella, llamaron á dos oficiales jóvenes encargados de su custodia, uno de los cuales era Potemkin, el mas ilustre de los futuros sucesores de Orlof en los favores de la emperatriz; Orlof apretó entonces sus rodillas contra el pecho de su víctima, los otros tres pasaron una servilleta al rededor de su cuello, y Pedro quedó sin vida entre sus manos.

Catalina se hallaba en la mesa cuando Orlof azorado, cubierto

de sudor y de polvo, anuncióle el asesinato; levantóse, hízole pasar á un gabinete inmediato, habló con él algunos momentos, reconvítole por su emocion, y volvió serena y con la sonrisa en los labios para terminar su comida. El dia siguiente, el ejército y el pueblo supieron que Pedro III habia muerto de un cólico hemorroidal, dolencia á que se hallaba ya sujeto: Catalina derramó copioso llanto, y el cadáver vestido con el uniforme de coronel holsteinés, fué expuesto al público segun era costumbre. El pueblo pudo durante tres dias besarle la mano, á pesar de las evidentes señales de violencia que en el cuerpo se observaban, sin duda para que nadie pudiese usurpar el nombre de Pedro III, y el título de emperador tan funestos al que los habia llevado. En adelante, pues, se quitaba á la rebelion todo pretesto; nada se oponia ya á la ambicion de la soberana, y se inauguraba la era de la grande Catalina, de la Semirámide del Norte (1).

CAPÍTULO VII.

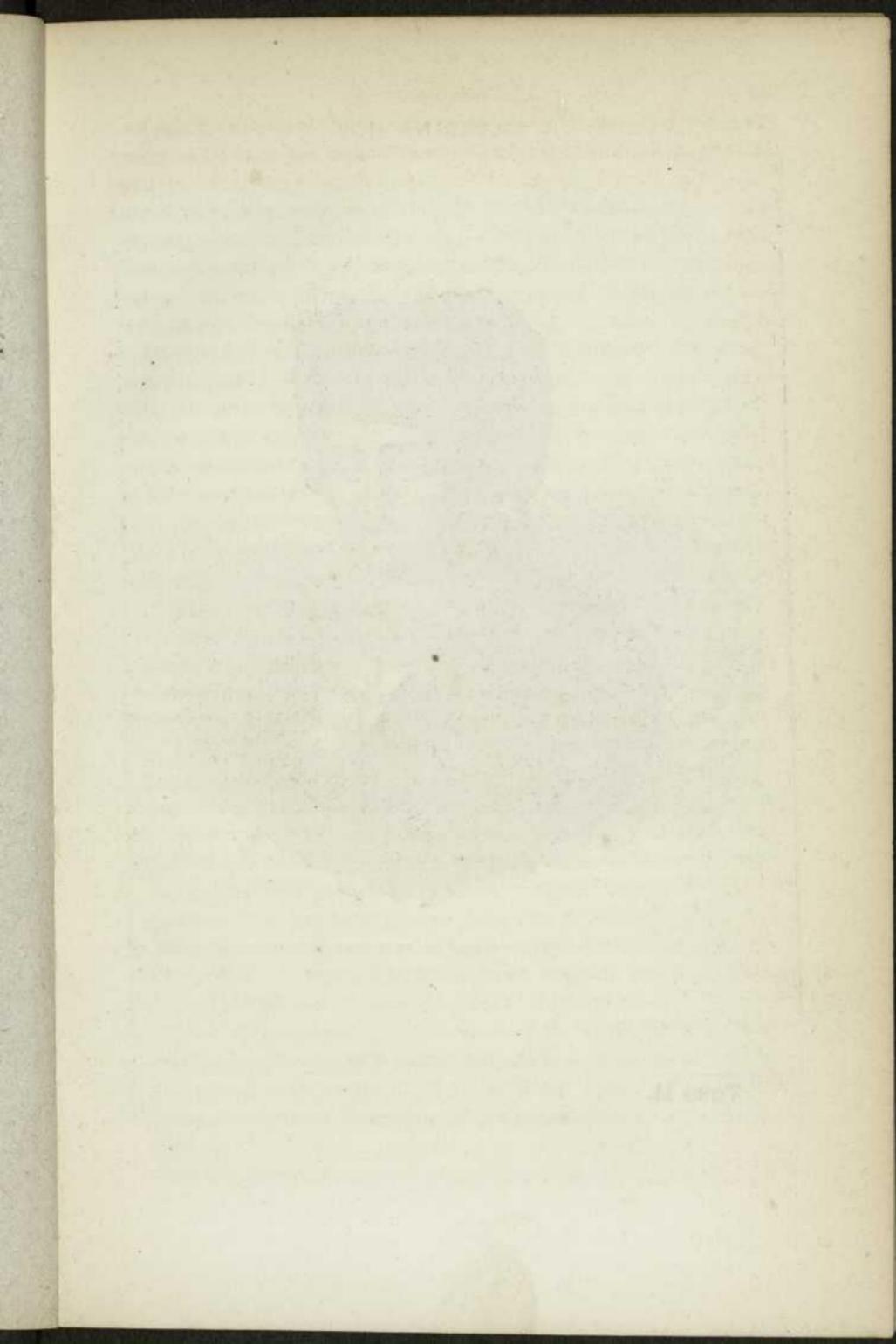
Catalina II.

Rarofaento de Catalina.—Intrigas y conspiraciones.—Situacion de la Europa.—Tratado entre Catalina y Federico.—Biren entronizado en Curlandia.—Muerte de Augusto III.—Elevacion de Poniatowski al trono de Polonia.—Asesinato de Ivan.—Estado interior de la Polonia.—Los disidentes.—Papel desempeñado por la Francia.—M. de Vergennes.—Mejoras y reformas en el interior del imperio.—Confederacion de Bar.—Crueldades y devastaciones de los Rusos en Polonia.—Guerra de Turquía.—Victoria de los Rusos.—Tchesmé.—Catalina y Voltaire.—Primeras proposiciones para la division de la Polonia.—Federigo y María Teresa.—Ultima lucha de los patriotas polacos.—Division de 1773.—Paz de Kalnardji.—Miseria en el interior del imperio.—Rebelion de Pugatchef.—Potemkin.—Escándalos palaciegos.—Poder y grandeza exteriores.—Paz de Teschen.—Neutralidad armada.—Invasion de la Crimea.—Nuevos favoritos.—Viaje á Crimea.—Nueva guerra con la Turquía.—Derrotas navales de los Suecos.—Derrotas de los Turcos.—Paz de Jassy.—Muerto de Potemkin.—Insurreccion de la Polonia.—Kosciuzko.—Division de 1793.—Favor de Piaton Zoubof.—Conquistas en Persia.—Muerte de Catalina II.

(Desde 1762 hasta 1796.)

Aquella alemana, convertida por el crimen, por su talento y por sus acertadas intrigas, en emperatriz de todas las Rusias, fué

(1) Rulhiere, *Hist. de la Rev. de 1702*.—Cisterna, *Vida de Catalina II*.—Rabbe, Resúmen de la *Hist. de Rusia*.—De Saldern, *Hist. de Pedro III*.



CATALINA II.



TOMO II.

verdaderamente una gran soberana; al verla apropiarse los designios de Pedro el Grande, y realizar por todos los medios el engrandecimiento de su nueva patria, hubiérasela creído destinada para aquel sublime puesto, y si la encontramos voluptuosa y débil en su vida privada; en su vida pública, en su papel político, aparece dotada de las mas altas cualidades, viva imágen de aquella Rusia cuyo exterior era todo grandeza, esplendor y poderío, mientras que en su interior solo habia escándalo y miseria.

Sus primeros actos revelaron su talento, y supo conjurar cuantos peligros la amenazaban en el nuevo trono en que se habia sentado. El mas inmediato de aquellos peligros estaba en la ambición de sus cómplices: verificada la revolucion, todos querian la mejor parte del botín, y reivindicaban la iniciativa de las grandes resoluciones tomadas en el momento supremo; todos, á creer sus dichos individuales, habian asegurado el triunfo con sus consejos y su energía; los tímidos, los irresolutos, eran, como siempre sucede, los que mas se evanescian, y si bien Catalina les recibió con su amable sonrisa y con benévolas palabras mientras creyó necesario no agriarles, no tardó en alejar de su lado á cuantas reputaba inútiles, eligiendo por ministros y consejeros á los hombres aptos para secundar sus nuevos designios, sin mirar el partido á que habian pertenecido durante los anteriores reinados. Como primera satisfaccion á la opinion pública, despidió los soldados alemanes de Pedro III; aquellos infelices amontonados en algunos buques, fueron arrojados por la tempestad á los escollos de la isla de Korlin, y aunque el gobernador de Cronstadt podia salvarles, acordóse, en medio de la tormenta, de un edicto imperial que prohibia socorrer á los extrangeros sin autorizacion, y se limitó á enviar un correo á San Petersburgo. La emperatriz reprobó en verdad aquel exceso de obediencia á la consigna; pero en tanto, las olas habian tragado tres mil víctimas extrangeras. Los rusos podian estar satisfechos.

Entre los conjurados que sirvieron á Catalina con mas valor y zelo, habia una mujer á quien hacian insoportable sus irrecusables servicios y sus elevadas pretensiones despues de la victoria. Los habitantes de Petersburgo que recordaban haber visto á caballo, al frente de los soldados, á la princesa Daschkof, le atribuian la mejor parte en el feliz éxito de la conspiracion, y enor-

gullecida ella con su brillante papel, pensaba que su favor no debia tener límites. Su primera peticion fué el título de *coronel* de la guardia, y á ella contestó Catalina con una orden de destierro á Moscou. Villebois, el comandante de la artillería, cuya influencia habia logrado en el momento decisivo arrastrar en pos de la emperatriz al cuerpo mas importante del ejército, cayó tambien en desgracia; otros varios conjurados sufrieron igual suerte, y los Orlof dividieron entre sí los primeros cargos del gobierno. Catalina trataba abiertamente á Gregorio Orlof como á su favorito, nombróle para el empleo que desempeñaba Villebois, y luego teniente general, confiando además, á sus hermanos el título de condes. Panin obtuvo tambien su parte en los favores imperiales; fué nombrado ministro, y conservó el cargo de ayo del gran duque. El anciano Bestuchef, el consejero de Isabel, fué de nuevo llamado al gobierno, considerándose útiles su ciencia en la intriga, y su grande experiencia en los negocios políticos. Razoumofski fué confirmado en el título de hetman de los cosacos. Munnich, á quien sus pasadas victorias, su destierro y la fidelidad con que habia servido al infeliz Pedro III, rodeaban de una noble aureola á los ojos de la Rusia, fué nombrado gobernador de la Esthonia y de la Livonia; en una palabra, Catalina se concilió todos los personajes influyentes, y supo burlar con gran destreza, oponiendo los unos á los otros, los ambiciosos que habian acariciado la esperanza de ejercer una autoridad soberana á favor de la revolucion. Dueña de los jefes del ejército y de la nobleza, aplicóse á ganar el clero, sin revocar sin embargo la gran medida que hiciera á Pedro tan odioso. El sínodo encargado de revisar el ukase de aquel emperador, limitóse á pedir una compensacion de los bienes confiscados en rentas vitalicias, y además de acceder á su solicitud, la astuta soberana no se mostró avara para con los eclesiásticos de distinciones y de honores.

Tantos cuidados, tantas gracias, no evitaron sin embargo distintas sublevaciones en el imperio. Moscou habia manifestado una alarmante indiferencia cuando el gobernador anunció á los soldados y habitantes reunidos en la plaza del Kremlin, la revolucion que derribaba á Pedro III, y su grito de *viva Catalina!* no habia hallado eco ni en el pueblo ni el ejército. Catalina, despues de distribuir en San Petersburgo las altas funciones, ar-

rostró sin temor el enojo de la antigua capital para hacerse consagrar, según costumbre, en el palacio de los czares; su presencia contuvo á sus enemigos, pero pudo ver entonces por sus ojos que el pueblo ruso no se había resignado todavía á su dominación. Las malas disposiciones de la multitud no tardaron en tomar un carácter más hostil.

La emperatriz acababa de regresar á San Petersburgo, cuando supo que se hacía circular un manifiesto firmado, á lo que se pretendía, por Pedro III en sus últimos momentos, en el cual designaba para sucederle al joven Ivan, quien en su cárcel de Schlus-selburgo parecía destinado á servir de instrumento á todos los partidos á causa de su real origen. Algunos guardias descontentos dirigían la conspiración, pero descubiertos y presos, sufrieron el knout y los azotes, y fueron luego lanzados á Siberia. Poco tiempo después de sofocada la primera conspiración, amenazó á Catalina un peligro de igual género si bien mucho más grave; los rebeldes aclamaban al joven Pablo Petrovitch, y pretendían sentarle en el trono usurpado por una extranjera, y Bestuchef, Ramouzofski y Panin, llegaron á alarmarse seriamente. Los tres se presentaron ante la emperatriz para revelarle la terrible trama, y proponerle los medios de conjurarla; pero Catalina, mostrando más tranquilidad y firmeza que sus consejeros, díjoles haber tomado ya las oportunas medidas, y tener ya en su poder á los principales conjurados. Los presos fueron condenados á ser despedazados, mas la emperatriz, *usando de su insigne clemencia* hizoles gracia de la vida, y se limitó á mandar que fuesen degradados, abofeteados por la mano del verdugo, y conducidos á Siberia; en el mismo ukase en que así lo dispuso, restablecía la pena de muerte, á pesar de su deseo de aparecer clemente, pues decía: «Reconociendo la insuficiencia de las penas ordinarias para reprimir los odiosos atentados contra la soberana, esta declara que en adelante no se conformará con el edicto de la emperatriz Isabel, prometiendo no condenar á muerte á criminal alguno (1).

Si en el interior afirmaba Catalina su poder por medio de rigores, no era en el exterior menos feliz en su conducta política, si

(1) Castera, t. II, l. V.

bien es cierto que los obstáculos de que parecía rodeada, eran mas aparentes que reales. Derribado Pedro III en nombre de la aversión de los Rusos hácia los Prusianos y su rey Federico, era natural que siguiese Catalina la senda que trazára la emperatriz Isabel; mas Catalina que sabia no tener interés alguno en una guerra, y sobre todo en una guerra contra Federico, que mas que enemigo era aliado natural de la Rusia contra el Austria, y especialmente contra la infeliz Polonia, aplicóse á satisfacer en lo posible el espíritu ruso sin indisponerse con Federico. Este comprendió sin trabajo la posición de la emperatriz, y en la reconciliación que esta deseaba, le ahorró en cierto modo la mitad del camino: desde mucho tiempo habia previsto la revolucion que entronizára á Catalina, y cuidábase muy poco de vengar al que se titulára su entusiasta discípulo. Catalina llamó los veinte mil rusos que Federico tenia en su ejército, y recompensó con pensiones y medallas á los que habian asistido á las jornadas de Iægersdorf, Kustrin y Kunersdorf, satisfacciones debidas al sentimiento público; pero en secreto prodigaba grandes distinciones al embajador de Federico, y estaba pronta á ponerse de acuerdo con aquel príncipe acerca de la política que deberia seguirse en Polonia cuando el trono se hallase vacante, lo que no podia menos de suceder en breve.

Si la elevación de Catalina habia parecido presagiar un rompimiento con la Prusia, debía por los mismos motivos, prometer mas estrecha amistad con el Austria y la Francia; mas tambien en esto quedó burlada la epinion general: María Teresa, *la soberana virtuosa, la buena madre de familias*, no ocultaba su desprecio hácia la que habia subido al trono por medio del asesinato de su esposo; decia siempre *esa mujer* al hablar de Catalina, y manifestaba respecto á ella una aversión profunda.

Tambien Luis XV, por un exceso de virtud harto singular en el huésped del Parque de los Ciervos, afectaba despreciarla; mas debe tenerse en cuenta que Catalina no podia desear, ni menos solicitar, la alianza de la Francia. Un erudito publicista ha expuesto con grande exactitud la incompatibilidad de los intereses de la Francia y de la Rusia. «La política de la Rusia, en el Norte, dice M. Laboulaye, ha sido el reverso de la nuestra, y su influencia ha aumentado á expensas de la de Francia. Nuestros alia-

dos eran la Suecia, la Polonia y la Turquía, tres naciones que la Rusia pretendía subyugar, tres barreras que deseaba allanar. La ambición de la emperatriz y de su consejo, era adelantarse por el Occidente y pesar sobre la Alemania, mientras que Luis XV, previendo en cierto modo el porvenir, quería alejar en lo posible á la Rusia de los asuntos europeos (1). El Austria, á la que la Rusia prestara grandes servicios en 1736, y desde 1756 hasta 1762, afectaba respecto de ella un ceño que la disgustaba de su alianza; mas si esto era así, si habia entre dichas potencias escasa simpatía, tampoco era de temer un rompimiento entre las mismas. La Europa próxima á celebrar la doble paz de Paris y de Hubertzburgo (febrero de 1763), se hallaba muy extenuada por una guerra de siete años para no aspirar á un reposo general; solo la Inglaterra reportaba de aquella guerra grandes beneficios, y los intereses de la Gran Bretaña y de la Rusia no se contrarrestaban todavía en parte alguna. Catalina, pues, mientras buscaba á su alrededor el apoyo que para sus proyectos necesitaba, evitó el crearse dificultades, no sin mostrar, empero, una invencible firmeza, y pareciendo dispuesta á no retroceder ante cualquier enérgica resolución; condújose segun sus propias palabras, *como una coqueta astuta*, y libre por entonces de inquietudes en el exterior, pudo entregarse con toda seguridad al cuidado de la administracion interior de sus Estados, y á meditar la ocupacion de la Polonia.

Castera (2) el historiador francés de Catalina, nos muestra á la

(1) M. E. Laboulaye, juico crítico de la *Hist. de Rusia*, por el doctor Ernesto Hermann, profesor de la universidad de Iena; *Diario de los Debates*, 14 de abril de 1835.

(2) Al llegar al presente período de la historia de Rusia, Leclerc y Levesque, nuestros dos principales guías en gran parte de esta historia, cesan de poder ser consultados con fruto; el primero, confuso y poco inteligible, solo ofrece documentos incompletos y únicamente se ocupa en presentar un exagerado panegirico de su ilustre contemporánea; Levesque, en la parte de este reinado que nos ha referido, se aparta de su habitual integridad. El historiador que mejor ha pintado la época de que tratamos, es Castera, quien escribió la historia de Catalina algunos años despues de la muerte de la emperatriz, con documentos originales y recuerdos vivos todavía. Su obra, 4 tom., Paris, 1803, es preciosa por su claridad y por los numerosos detalles que contiene, si bien quizás es harto extensa en su parte anecdótica. Además de Castera, han sido utilizadas para esta parte de la historia rusa la excelente obra de Rulhiere, *Hist. de la Anarq. de Polonia*; la mo-

emperatriz ocupada en reformas y trabajos útiles á su país desde los primeros dias de su reinado: «Procuró, dice, con estrechado zelo la buena administracion de sus vastos Estados, los progresos del comercio, el aumento de la marina, y sobre todo los medios de obtener dinero, pues su orgullo no le permitia renunciar al lujo asiático que ostentaba la corte de Rusia desde el reinado de Isabel, lujo que creia necesario para alucinar á las naciones extranjeras respecto de su verdadera situacion, mientras llegaba el tiempo de admirarlas con sus conquistas. Nada pasaba desapercibido para ella, añade el historiador, de cuanto podia contribuir á la prosperidad de su imperio, y aun en la época en que tenia poderosas razones para temer por su seguridad, ocupábase de los detalles del gobierno con tanta asiduidad y calma como si su poder hubiese debido ser eterno. Fundó hospitales, dió nuevo impulso al comercio y á la industria, construyó nuevos buques, y, viendo con dolor que la poblacion de sus Estados no era proporcionada á su vasta extension, que las tierras de sus mas fértiles provincias solo producian escasas cosechas por falta de brazos, publicó un decreto invitando á los extranjeros á establecerse en Rusia, concediéndoles considerables beneficios, el libre ejercicio de su religion, y la facultad de abandonar el país cuando quisiesen, y de llevar consigo las riquezas adquiridas con tal de que dejasen al fisco cierta parte de las mismas.»

Bestuchef, Panin y Munnich, eran los hombres de su consejo, y con ellos trataba de la política de las varias cortes de Europa, del proyecto de arrojar á los turcos, y tambien quizás de las futuras desmembraciones de la Polonia. La emperatriz tenia gran confianza en su fortuna y en la próxima realizacion de sus designios; Castera refiere que, poco despues del tratado de Hubertburgo, preguntó Catalina al embajador francés, M. de Breteuil, si creia en la duracion de aquella paz. El ministro contestó que la necesidad de reposo que por todas partes se hacia sentir, parecia indicarlo así; pero que ella podia juzgarlo mejor que él, en cuanto podia con sus luces apreciar el sistema político de las diferentes cortes, y con sus fuerzas dirigirlo á su antojo.—«¿Pensais, pues, dijo entonces Catalina con aparente modestia, que la

biografía de Catalina por W. Tooke, *Tooke's Life of Catherine II*, y gran número de memorias y de relaciones contemporáneas.

Europa tiene fijos los ojos en mí, y que gozo de alguna consideracion en las cortes extranjerass?» La contestacion no podia ser mas que afirmativa, y Catalina, que la habia escuchado con atencion, replicó con toda su imperial dignidad:—«En efecto, pareceme que la Rusia merece la atencion; tengo el ejército mas bello del mundo, y si ahora me falta dinero, lo tendré en abundancia dentro de pocos años. Mi natural inclinacion me impulsa mas á la guerra que á la paz; pero me contienen la humanidad, la justicia y la razon.» En seguida añadió que no se podria empezar á juzgarla hasta pasados cinco años, cuyo tiempo necesitaba para restablecer el órden en su imperio, y recoger el fruto de sus afanes.

Los cinco años que pedia Catalina para introducir el órden en el imperio y preparar su grandeza exterior, parecian apenas suficientes, tantas eran las dificultades de que se hallaba rodeada, pues si su extrema vigilancia y el terror de los suplicios lograba reprimir las rebeliones declaradas, la enemistad que le manifestaban los hombres mas distinguidos por su nacimiento desde que Orlof habia sido reconocido públicamente por su amante, era para ella una causa de continuos disgustos. Zelosos de la influencia de que gozaba el favorito, habíanse alejado todos de la corte, y escepto Panin, Munnich y Bestuchef, Catalina solo veía junto á sí soldados groseros y violentos, tanto que avergonzada de la deferencia que debia mostrarles, manifestó mas de una vez su repugnancia y pesar. Por otra parte, sus consejeros se esforzaban constantemente en atribuirse la mayor parte del poder: Panin no habia abandonado su idea favorita de una regencia sino para meditar un proyecto de gobierno mixto en el cual el senado constituido aristocráticamente y hecho inamovible, debia servir de contrapeso á la despótica autoridad de la emperatriz; al exponer su plan á Catalina, fingió esta una gran admiracion, pero nada decidió, y Bestuchef, temiendo que Panin conquistase una influencia superior á la suya, excitó á Orlof á combatir aquel designio, persuadiéndole de que podia aspirar á la mano de su amante y ceñir de aquel modo la corona. El soldado, que, en sus ambiciosos sueños, veíase ya sentado en el trono de los czares, convencióse muy fácilmente, y confió á Bestuchef el cuidado de sus intereses, cierto ya de su próxima grandeza. Con este moti-

vo el canciller hizo algunas insinuaciones á la emperatriz, la que evitó, segun practicara con Panin el contraer compromiso alguno; pero esto no impidió que Bestuchef redactase en nombre del pueblo ruso una exposicion á Catalina rogándola que librase á la nacion de las inquietudes que inspiraba la débil salud del jóven Pablo Petrovitch, tomando un esposo y dando al imperio nuevos herederos. De este modo, añadía la peticion, podria dar su mano al jóven Ivan y restituirle sus derechos; ó bien si semejante union ofrecia peligros por miedo de que Ivan fuese algun dia ingrato respectó de su bienhechora, elegir entre los fieles servidores que la rodeaban á un hombre de adhesion experimentada, y que debiese á ella sola su suprema fortuna. Los favorables á este designio hicieron circular al mismo tiempo el nombre de Orlof.

Panin, Razoumofski y Voronzof, que á pesar de la caida de Pedro III conservaban en la corte una grande influencia, alarmáronse al saber aquel proyecto que destruía su sistema oligárquico, y presentándose á Catalina, suplicáronla que no se sujetase á la voluntad de un esposo, que no enagenase en beneficio de uno solo el poder que debia á su firmeza y valor. La emperatriz fingió grande admiracion, dió gracias á sus servidores por el zelo que en su favor mostraban, y pretendió que Bestuchef habia obrado sin su auencia; con esto no volvió á hablarse del proyecto de Panin, y de nuevo supo contener Catalina á sus ambiciosos consejeros con el temor que les inspiraban sus reciprocos designios. Sin embargo, tales intrigas no dejaron de ir acompañadas de algunas turbulencias: para demostrar Panin la falsedad de lo dicho por Bestuchef acerca de la salud del gran duque, hizo salir á caballo, y la vista de Pablo excitó un motin entre los soldados, quienes quisieron proclamarle emperador, siendo precisos nuevos rigores para reprimir la sedicion naciente. Poco tiempo despues, el odio que Orlof inspiraba á gran parte de los guardias y cortesanos, tradújose por una tentativa de asesinato que solo la casualidad pudo frustrar; los conjurados habian seducido á un centinela, pero, mal designada la hora, hallábase reemplazado al presentarse aquellos, por un soldado que difundió la alarma, pudiendo los asesinos evadirse á favor de su uniforme de guardias.

Tiempo era ya de poner fin á tantas intrigas y conspiraciones sin cesar renacientes, llamando al exterior la atención de la Rusia; Catalina comprendió aquella necesidad de su situación, y mientras esperaba que la Polonia y la Turquía fuesen el vasto teatro de sus conquistas, ocupóse en robustecer la influencia rusa en el ducado de Curlandia. Hemos visto que aquella provincia polaca se habia convertido en una especie de feudo del imperio durante el reinado de Ana, mas luego de la desgracia de Biren, los Estados de Curlandia, considerando al antiguo favorito como muerto civilmente y depuesto de todos sus derechos, en virtud de las mismas insinuaciones del gabinete ruso, habian recobrado su autoridad y hecho un acto de independencia nombrando en su lugar á Carlos de Sajonia, tercer hijo del rey de Polonia. Este príncipe tenia en su favor la legal eleccion de los Estados, el libre homenaje de la nobleza, la solemne investidura del rey y de la república de Polonia; reunia en fin los títulos todos de legitimidad, pero faltábale el reconocimiento de Catalina, á quien no bastaba que fuese el duque de Curlandia el hijo del rey dado á la Polonia por la Rusia; queríale su hechura inmediata. Biren, llamado de Siberia por Pedro III, esforzábase en hacer revivir sus antiguos derechos cuando Catalina auxilióle con dos ejércitos que penetraron el uno en Polonia y el otro en Curlandia, y puso al mismo tiempo en secuestro los bienes del ducado. La nobleza de Curlandia que recordaba la crueldad de Biren, se negó á abandonar á Carlos, pero el gobernador de la Livonia intimó á este en Mittau, su capital, que evacuase inmediatamente el territorio, *atendido á que tal era la voluntad de la emperatriz* (1). Biren fué, pues, elevado por segunda vez al poder soberano, bajo la proteccion de las bayonetas rusas, y Augusto III sufrió la humillacion y el dolor de verse obligado á sancionar el despojo de su hijo dando la investidura á su competidor. El hijo de Biren sucedióle con el auxilio de iguales medios, pero, activo y pundonoroso, quiso abandonar una soberanía que no era mas que una triste esclavitud, y se refugió en Berlin; sin embargo, Catalina, que no juzgaba llegado aun el momento de reunir oficialmente la Curlandia al imperio, obligó al jóven Biren á llevar de nuevo

(1) *Memoria sobre los asuntos de Curlandia*, firmada por Augusto III en 10 de feb. de 1763.

su cadena, y á gobernar bajo la despótica fiscalizacion de la Rusia.

Tales eran los preludios de las audaces empresas de Catalina. Desde que las victorias de Munnich habian colocado á Augusto III en el trono de Polonia, aquella infeliz nacion entregada mas y mas á las influencias extranjeras, oprimida entre los tres poderosos vecinos que tendian á absolverla y destruirla, desgarrada por intestinas facciones, no habia cesado de marchar hácia su decadencia. Durante su reinado de treinta años, Augusto III, abandonado al libertinaje, extranjero, como su padre, á los intereses del país que debía gobernar, y desprovisto de talento, nada habia hecho para detener la Polonia en la fatal pendiente porque la arrastraban desde mucho tiempo sus funestas instituciones; y sin embargo, su muerte fué considerada como una calamidad pública, puesto que amenazaba entregar de nuevo el país á las inseparables turbulencias de las elecciones reales, ó ser causa de que subiese al trono un monarca apoyado por las armas extranjeras. La noticia de la muerte de Augusto III (5 de octubre de 1763) halló á los vecinos todos de la Polonia dispuestos á aprovechar aquel acontecimiento previsto largo tiempo hacia, y la postracion en que se encontraba la Europa desde los tratados de Paris y de Hubertzburgo, favoreció extraordinariamente los designios de la Rusia. El rey de Prusia estaba pronto á asociarse á ellos con tal de que se le adjudicase una parte; sin embargo, la hora de la discusion no habia llegado todavía; tratabase solo de ponerse de acuerdo para la eleccion de un nuevo rey, y Federico y Catalina lo comprendieron así mismo. Entre los dos grandes políticos reinaba entonces la mas completa union; ningun vestigio de las antiguas disensiones turbaba su perfecta armonía: Federico habia enviado la orden del *Aguila Negra* á Catalina, la cual la llevaba públicamente; en sus cartas, elogiaba su habilidad y su talento; en una palabra, hacíase el encomiador de la soberana que debia atraer en breve las miradas y recibir las adulaciones de la Europa entera.

El rey de Prusia y la emperatriz convinieron, pues, fácilmente acerca de la nueva eleccion, y Catalina eligió por rey de Polonia á un hombre que habia sido su amante cuando era solo gran duquesa. Poniatowski arrojado de Rusia á causa de aquella intriga habia presentado á su padre una carta de la gran duquesa

en la que esta decía: «Carlos XII supo distinguir vuestro mérito; yo sabré distinguir el de vuestro hijo, y elevarle quizás mas alto que el mismo Carlos XII (1).» Durante algun tiempo ambos amantes se escribieron apasionadas líneas; Poniatowski habia consagrado á Catalina un amor sincero y ardiente; rodeábase en Varsovia de objetos que le traian á la mente su recuerdo; habia pintado su retrato de memoria, y no dudaba de que su querida sentia por él la misma pasion. Fuera de sí de alegría al saber la revolucion de 1762, creyó que no tardaria en ser de nuevo llamado á San Petersburgo, y no vaciló en solicitar aquel favor; pero Catalina amaba ya á Orlof, y las esperanzas de Poniatowski se desvanecieron como el humo; sin embargo, estábase destinada una compensacion, y semejante compensacion era un trono.

Catalina y Federico sellaron su buena inteligencia con un tratado de alianza defensiva, cuya importancia toda se encerraba en un artículo secreto por el cual ambas potencias se obligaban á oponerse á que el reino de Polonia fuese jamás hereditario, y á no permitir que se cambiase su constitucion ni se introdujese en él el poder absoluto (2). Así pues, la infortunada Polonia estaba condenada á sufrir los fatales resultados de sus funestas instituciones, y sus enemigos se preparaban para impedir que buscara su salvacion en una saludable reforma. En el mismo tratado, la Prusia y la Rusia prometian proteger á los disidentes contra la opresion de la iglesia dominante, y por último, en otro pacto secreto, obligábase á procurar que recayese la eleccion en un descendiente de los antiguos reyes. Las cláusulas de aquel convenio, solemne atentado contra los derechos de una nacion independiente, eran el primer paso hácia la desmembracion de la Polonia.

¿Qué hacia la infeliz nacion en tanto que sus enemigos disponian de su suerte y preparaban su fúnebre porvenir? ¿Pensaba acaso en poner término á sus disensiones y en introducir las reformas en las que sus mismos adversarios veian para ella su salvacion? No: las contiendas políticas y religiosas ensangrentaban sus provincias, y entregábase con insensato furor á sus

(1) *La Polon. histor.* por M. L. Chodzko, p. 123.

(2) *Coleccion de Tratados*, por Martens, t. I, p. 89-94.—*Obras póstumas*, de Federico, t. V, p. 19 y 20.—*Lesur, Progresos de la Rusia*, p. 227.—*Castera*, t. II, l. V.

luchas intestinas; no es esto decir que no contase con animosos y leales ciudadanos: la familia Potocki era adicta al partido de la independencia y de las libres elecciones; pero carecia de fuerza contra los Czartoryski, unidos á los Poniatowski por lazos de familia, y prontos á sacrificar su patria á los intereses rusos, con tal de que el infame sacrificio les reportase honores y provecho.

En medio de estas influencias y de tales circunstancias abriéronse las elecciones de 1764; al reunirse la dieta de convocacion, entró en Varsovia un ejército ruso con el pretexto de mantener el orden y la libertad, mientras que el conde de Kayserling, embajador de Rusia, á quien Catalina habia escrito: «Querido conde, acordaos de mi candidato. Os escribo estas líneas á las dos de la madrugada; juzgad de ahí si la cosa me es indiferente,» recurria á todos los medios de seduccion. El elector de Sajonia, hijo de Augusto III, fué el único candidato extranjero que se presentó en las elecciones; pero Catalina le escribió «que no comprometiese su dignidad en un asunto del que no podia salir con bien,» y se retiró (1). Algunos ciudadanos, como el conde Branitzki, gran general de la corona, y el príncipe Radziwil, tomaron las armas para impedir que los rusos falseasen las elecciones; pero su valor individual era impotente contra las fuerzas militares que la Rusia habia acumulado en Polonia, y mas aun contra la venalidad y corrupcion de casi toda la nobleza, logrando con sus enérgicas protestas hacer mas tumultuosa la sesion de la dieta; mas no impedir el triunfo del candidato ruso. El conde de Malakowski, venerable por su canas y por sus virtudes, nombrado mariscal de la dieta, quiso restablecer el orden y expulsar de allí á los extranjeros, pero sus palabras fueron sofocadas por frenéticas voces, y los sables salieron de sus vainas. Makranowski, nuncio de Cracovia que se habia atrevido á pronunciar desde lo alto de la tribuna, elocuentes palabras en favor de la patria, fué amenazado por las espadas de los oficiales rusos, y despues de haberse defendido por algunos momentos, gritó, descubriendo su pecho: «Matadme si necesitais una víctima; al menos moriré libre como siempre he vivido».

(1) Tooke's *Life of Catherine II*, t. I p. 361.—Lesur, p. 225.

Un Czartoryski se interpuso para impedir aquella efusion de sangre. Las primeras sesiones de la dieta perdiéronse en injuriosos discursos y violentos altercados.

Catalina habia contestado á un Polaco que le decia ser Poniatowski nieto de un pobre intendente que, «aun quando fuese hijo de siervo, y siervo él tambien, debía reinar y reinaria (1),» al saber las borrascosas sesiones de la asamblea polaca, juzgó que las tropas con que habia inundado la Polonia, no eran bastante aun, é hizo penetrar doce mil hombres en Lithuania, al mismo tiempo que daba órden de dirigir nuevos refuerzos hácia Kief; medio seguro de imponer silencio á las dietinas de las provincias, cuya mayor parte, no menos tumultuosas que las de Varsovia, se rebelaban contra la influencia extranquera. La Polonia enmudeció entonces ante las bayonetas rusas, y la dieta de eleccion pudo abrirse en la llanura de Vola, lugar habitual de sus reuniones, cerca de Varsovia. El conde de Kayserling no asistió á ella por hallarse enfermo, pero comunicó á los nuncios una carta de la emperatriz, en la cual esta le recomendaba su candidato con grande instancia, y Poniatowski por su parte no se mostraba avaro de halagos y promesas. Segun la ley polaca, era preciso para ser proclamado que ni un solo palatino opusiera su voto, y quando al hallarse reunidos los senadores, los caballeros y todos los nobles, preguntó el primado por tres veces á quien querian por rey, contestaron todos con grito unánime: *al conde Poniatowski*.

El dia siguiente, 7 de setiembre de 1764, Poniatowski fué pro-

(1) Poniatowski, padre de Estanislao Augusto Poniatowski, era hijo natural de un Sapielha y de una judía; su padre le decia hijo del intendente de una de sus posesiones, y de aquí el doble desprecio con que era mirado á causa de la ilegitimidad de su nacimiento y de la baja condicion de su pretendido padre. Los Sapielhas eran los jefes del partido adicto á Carlos XII y al rey Estanislao, y quando Poniatowski tuvo la edad de empuñar las armas, su padre le condujo al ejército sueco, y no ignoramos la lealtad con que Poniatowski sirvió á Carlos XII desde 1708 á 1715. Vencido Estanislao ofreció su espada á Federico Augusto, quien le recibió con favor y distincion, y entonces fué quando una jóven de la familia Czartoryski se enamoró del gallardo guerrero que con tanta nobleza habia servido hasta el fin la causa de Carlos XII y de Estanislao, y le hizo su esposo á pesar de sus hermanos quienes mas tarde se reconciliaron con él. De aquel matrimonio nació Estanislao Augusto Poniatowski, an ante de Catalina II y rey de Polonia.

clamado rey bajo el nombre de Estanislao Augusto, despues de once meses de interregno, durante el cual Varsovia y las provincias polacas, presas de sus constantes agitaciones, y oprimidas por los ejércitos rusos, pudieron acostumbrarse á la ocupacion extranjera (1).

Poco antes de aquel triunfo, presagio de su próxima dominacion en Polonia, Catalina habia salido de San Petersburgo y penetrado por la Livonia hasta la frontera polaca con el pretexto de ver á Poniatowski, sobre cuya entrevista corrian ya los mas extraños rumores. Decíase que la emperatriz abrigaba el designio de tomarle por esposo, uniendo así la Polonia á la Rusia por medio de una alianza de familia, y mientras Orlof, despechado, se arrepentia de no haber cedido á los consejos de Bestuchef oponiéndose, segun los deseos del anciano consejero, á la elevacion de Poniatowski, Federico preguntábase á sí mismo con inquietud si habia sido burlado, y si Catalina iba de un golpe á confiscar la Polonia. Sin embargo, aquellas voces eran enteramente infundadas; la emperatriz no queria conferir á nadie los derechos de esposo; sabia que no era llegado el momento de reunir la Polonia al imperio, y su viaje reconocia una causa del todo distinta al deseo de ver á Poniatowski. El jóven Ivan, cuya desventurada existencia, Isabel habia respetado, y al cual Pedro III, en un momento de piedad, habia concedido mas aire y luz en su calabozo, inspirábale temores desde el fondo de su cárcel. El infeliz príncipe contaba entonces veinte y cuatro años, y su elevada estatura, la belleza de su rostro, la nobleza que respiraba toda su persona, su largo infortunio, afectaban vivamente al pueblo y á los soldados; quísose hacerle pasar por idiota, pero varios hechos atestiguaban la falsedad de este aserto, y mas de una vez habia oido Catalina resonar su nombre como una amenaza en las sublevaciones del ejército. La emperatriz resolvió hacer que desapareciese para siempre aquel motivo de inquietud.

Hallábase en Riga, únicamente ocupada en apariencia en sus negociaciones é intrigas referentes á la Polonia, cuando de improviso llegó de San Petersburgo un correo anunciándole haber

(1) Castera, t. II, l. X.—Rulhiere, *Hist. de la Anarq. de Polon.* t. II, l. VI.

tenido lugar en Schlusselfburgo una tentativa de sublevacion en favor del jóven Ivan, el cual habia hallado la muerte en medio del tumulto. Un oficial ruso llamado Mirovitch, nieto de un cosa-co de Mazeppa, que se encontraba de guardia en la cárcel del príncipe, habia seducido á algunos soldados, y presentándose con ellos en la puerta del aposento donde se hallaba el jóven Ivan, desarma á los centinelas, y apunta un cañon contra la puerta del calabozo. Los rebeldes y la guardia cambian algunos fusilazos, á cuyo estrépito dos oficiales encargados de la custodia inmediata del príncipe, se precipitan contra él espada en mano pretestando tener la orden de darle muerte en caso de cualquiera tentativa de sublevacion. Ivan, medio desnudo y sin armas, defendióse con el furor de la desesperacion; derribó á sus dos asesinos y arrancó á uno de ellos su espada; pero el otro le hirió por detrás y entonces pudieron consumar el infame atentado. En seguida abrieron los asesinos la puerta de la estancia, y mostrando á Mirovitch el ensangrentado cuerpo del príncipe, le dijeron: « Ved el czar á quien pretendiais proclamar. » Mirovitch rindió su espada, y el dia siguiente el cadáver del último vástago de la rama primogénita de los Romanof fué expuesto á la curiosidad del público, vestido con un simple traje de marinero, y sepultado luego sin la menor pompa.

La tentativa de Mirovitch fué considerada como una horrible farsa dispuesta de antemano para servir de pretexto al asesinato de Ivan; la impaciencia con que habia esperado Catalina al correo que le trajo la noticia, la orden dada con anticipacion para asesinar al príncipe, son pruebas que no pudieron debilitar ni á los ojos de los mismos rusos, las fingidas lágrimas que la emperatriz consagró á su víctima, ni el suplicio del principal actor de aquel drama. Mirovitch no obtuvo gracia, á pesar de que pareció esperarla hasta el último momento; su cabeza cayó en el cadalso, y si efectivamente fué un mero instrumento de Catalina, el hachadel verdugo le enseñó hasta donde llega, tratándose de servicios tales, el agradecimiento de los reyes.

Apesar de las grandes precauciones tomadas para apartar las sospechas de la persona de la emperatriz, el pueblo de Petersburgo, al regresar Catalina, manifestó con su glacial acogida y reprimidos murmullos, no ignorar la procedencia del crimen. Además, la

continua zozobra manifestada por el pueblo y el ejército acerca de la vida del gran duque, eran un incesante ultraje para la emperatriz; para su mayor tormento, el príncipe era poco circunspecto, y semejante á Pedro III por la irreflexiva vivacidad de su carácter, preguntaba á veces porque habian dado muerte á su padre, y porque su madre se habia apoderado del trono de que él era heredero. Estas palabras llegaban á oídos de Catalina, y junto esto con los disentimientos de su ministro y de su favorito debieron hacerle muy pesado el poder supremo, y servir de castigo al negro atentado que le diera el trono.

Orlof y Panin siempre odiosos el uno para el otro, turbaban con sus frecuentes contiendas el consejo real; Orlof, envanecido con su fortuna, trataba á los cortesanos todos con impertinente altivez, y Panin, mas que otro alguno, se hallaba expuesto á sus injurias y á sus violencias. Henchido de odio y de desprecio hacía el grosero soldado, el ministro empleaba toda su astucia, toda su paciencia, en buscar una ocasion para derribarle hasta que por último creyó haberlo conseguido. Orlof continuaba siendo amado por Catalina, la que en 1763 habia dado á luz un hijo, y constante entonces la emperatriz en sus amores, profesábale viva estimacion; sin embargo, Orlof no la correspondia; saciado de placeres, cansado de las zelosas exigencias de su querida, abandonábala semanas enteras para entregarse á la caza del oso y permitíase infidelidades que no trataba siquiera de ocultar. Catalina se vengó imitándole, y no tardó Panin en observar que miraba con complacencia á un jóven oficial llamado Vissotzki. Dirigido por los consejos del astuto ministro, Vissotzki fué feliz, é inspiró á la emperatriz una pasion bastante fuerte para hacer creer en la desgracia de Orlof; sin embargo, el antiguo amante quiso reconquistar su favor, y supo mostrarse tan zeloso y tierdano, tan peligroso y necesario, que recobró su ascendiente en el corazon de Catalina. Vissotzki fué despedido lleno de honores y de recompensas; Panin, juzgando en vista de aquella prueba, que la privanza de Orlof era inexpugnable, resignóse á humillarse y á adular al favorito, y como este, aunque violento era poco rencoroso, hubo entre ambos una especie de reconciliacion.

Catalina, ávida de los elogios públicos, deseosa de ser á los ojos de sus pueblos la protectora de la religion, y á los de la Europa

la amante de la filosofía, procuraba ocultar tantas intrigas, y tantas luchas en el seno de la corte, así como las debilidades á que le arrastraba el ardor de sus pasiones. En aquella época mantenía ya correspondencia con Voltaire y los mas ilustres extranjeros; habia ofrecido á D'Alembert la plaza de ayo del gran duque con veinte y cuatro mil libras de pension, y la facultad de terminar la Enciclopedia en San Petersburgo; proposiciones que D'Alembert tuvo la cordura de rehusar, é instruida de que Diderot se hallaba sin fortuna y obligado á vender su biblioteca para dotar á su hija única, compróle la biblioteca, le dejó el goce de la misma, y añadió á ello la pension de bibliotecario. Casi al mismo tiempo, envió al célebre cirujano Morand una coleccion de las medallas de oro y plata acuñadas en Rusia, para manifestarle su satisfaccion por las piezas de anatomía y los instrumentos de cirugía que le habia procurado. Casi todos los letrados y artistas de Paris recibieron ricos presentes, y todos á porfia celebraron su gloria y su munificencia.

La seducción que ejercia Catalina en Francia no se extendia hasta el gobierno de Luis XV; este rey conoció perfectamente el objeto á que tendia la conducta de la emperatriz en Polonia; adivinó sus designios, pero toda su oposicion se limitó á votos estériles, á vanas promesas. Choiseul solo pensaba en aprovechar contra la Inglaterra el Pacto de familia, y descuidó la Polonia, y aquel ministro, sagáz y prudente casi siempre, se engañó del todo en lo referente á la política de la Francia en el norte de la Europa. «El gobierno de Polonia, decia en sus instrucciones al embajador francés, M. de Paulmy, debe ser considerado como una anarquía; pero como esta anarquía es conveniente á los intereses de la Francia, toda su política, respecto de aquel reino, debe consistir por ahora en mantenerla y en impedir que no aumente su territorio potencia alguna á expensas de la Polonia (1).» Choiseul no veia que la eleccion de un rey, bajo la influencia rusa, conducia directamente á la desmembracion de la Polonia.

Poniatowski, coronado bajo la presion de los ejércitos rusos, pareció con sus primeros actos, querer que se olvidase la ilegalidad de su elevacion, y así fué como bajo los auspicios y la inspi-

(1) *Flüssau. Hist. de la Diplom. franc.* t. VI, p. 437.—Laboulaye. *Diario de los Debates*, 41 de abril de 1835.

racion de los Czartoyiski, verdaderos patriotas en aquellas circunstancias, intentó la dieta abolir el *liberum veto*, privilegio tan querido para la vanidad individual de los Polacos como funesto para su patria. Sin embargo, sin lograr bienquistarse con sus súbditos, Poniatowski se enemistó con Catalina y los Rusos, y la emperatriz exigió con una altivez que no admitia réplica ni dilacion, que llenase las condiciones á que debia su efímera soberanía. Tales condiciones eran el deslinde de las fronteras entre la Rusia y la Polonia, deslinde que trazado por Catalina, atribuia á la Rusia gran parte del territorio que por tanto tiempo habia estado en litigio entre los dos Estados; un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la República y la Rusia, y la participacion de los disidentes en todos los derechos de los católicos, y su entrada en el Senado.

Habia entonces en Polonia como en todos los países cristianos, sectas separadas de la religion dominante, como griegos no unidos, arrianos, luteranos y calvinistas, y el gobierno polaco las habia tolerado aun en la época en que las persecuciones hacian correr rios de sangre en los países extrangeros. En tiempo de Segismundo Augusto, en 1563 y en la dieta de Wilna, obtuvieron el privilegio de votar en las dietas de eleccion, pero mas tarde, en el siglo XVIII, la familia de Sajonia menos tolerante, las habia excluido de los cargos y dignidades del Estado. Falta é injusticia que no tocaba á la Rusia reparar, mas Catalina que veía en ello un pretexto para mezclarse mas y mas en los asuntos de Polonia, declaróse la protectora de los disidentes. En el tratado celebrado con el rey de Prusia en 1763, habia descubierto ya su intencion de apoyar sus derechos y reclamaciones, y tres años despues, presentó á la dieta sus protestas y memorias, reclamando su admision en el senado y en los cargos públicos. La dieta, en vez de desvanecer aquel pretexto de agitacion por medio de prudentes concesiones, agrió mas y mas la contienda, y Catalina, contenta por tener de aquel modo un motivo constante de intervencion, no apresuró el fin del altercado; sin embargo, mandó á un ejército penetrar en Polonia, y su embajador Nicolas Repnin, erigido en procónsul en aquel infortunado país, amenazó con la cólera de su soberana á Poniatowski, á los Czartoryski, y con ellos á los adversarios todos de la Rusia. El rey, despues de

haber mostrado cierto vigor é indignacion por el vergonzoso papel á que le sujetaba su terrible protectora, habia vuelto á su natural indolencia; su aficion á los placeres le arrastraba á ilimitados gastos, y, en el seno de su licenciosa corte, cifraba toda su gloria en inventar miserables distracciones en el momento en que una poderosa energía y una indisoluble union entre los partidos, hubieran bastado apenas para conjurar los peligros que amenazaban por todas partes á la desgraciada Polonia.

El desórden aumentaba cada dia; la conducta de Catalina era cada vez mas pérfida y astuta; despues de coronar á Poniatowski, sucitábale enemigos y protegía á sus adversarios. Fingiéndose querer levantar el destierro á los proscritos, halagaba á los competidores de Estanislao Augusto con la esperanza de derribarle del trono, y al cerrarse la dieta de 1766, en la que se habían propuesto algunas medidas saludables, el procónsul Repnin, despues de ofrecer á los enemigos de Estanislao y á los disidentes la proteccion de la emperatriz, prometió «librar á la Polonia de la opresion, y aniquilar el despotismo con que su rey la amenazaba.» El rencor y la envidia de los nobles que se habían opuesto á la eleccion de Estanislao Augusto, aprovecharon solícitos tan pérfida proposicion; los disidentes formaron varias confederaciones, al mismo tiempo que los católicos republicanos, es decir los enemigos del rey, se reunian en Radom, ciudad situada en las márgenes del Vístula, al sur de Varsovia, y elegian su jefe, bajo los auspicios de la Rusia. A contar desde aquel momento quedó entregada la Polonia á la guerra civil.

Agobiado de pesares, no acertando ó no pudiendo tomar una resolucion saludable, el infeliz Estanislao precipitóse de nuevo en brazos de la Rusia. Repnin exigióle que reconociera como legítima la confederacion protegida por la emperatriz; en vano contestó que, segun las leyes polacas, una asociacion formada sin permiso del rey equivalía á una rebelion, y que era imposible lo que se le pedia; el embajador le amenazó con la sublevacion de cien mil caballeros, y vióse obligado á ceder. No fué esto todo; para sancionar los actos de la confederacion de Radom, era necesaria la existencia de una dieta, y si bien esta se habia reunido el año anterior, y no debia convocarse, en virtud de la constitucion polaca, hasta 1768, la Rusia no se detuvo por tan peque-

ño obstáculo: Replin recordó en un manifiesto que «el corazón de S. M. I. solo deseaba la dicha del género humano, y que su soberana no renunciaba en lo mas mínimo á la resolucion de procurar la prosperidad de la república y de defender su libertad.» y en virtud del zelo manifestado en nombre de Catalina en pro de los intereses de la Polonia, hizo convocar por el rey una dieta extraordinaria, al mismo tiempo que mandaba entrar en Varsovia á doce mil rusos *para proteger la libertad de las deliberaciones* (octubre de 1767).

Al abrirse aquella dieta, Replin reclamó para los disidentes la igualdad de derechos políticos, conforme hiciera en todas las sesiones de la anterior, y el partido católico, insistiendo en su resistencia inspirada mas que por el fanatismo por sus patrióticos sentimientos, negóse á las concesiones exigidas. Soltyk, obispo de Cracovia, Zaluski, obispo de Kiovia, combatieron con vigor las demandas del ministro ruso, y el stratoste de Dolina y su hijo rechazaron con energía la dominacion extraña que pretendia imponerse á la Polonia; sin embargo, aquella misma noche invadieron su domicilio los soldados rusos, y reducidos á prision, fueron enviados á Rusia, donde permanecieron cinco años. Su crimen, segun un manifiesto del embajador, consistia «en haber atentado contra la dignidad de S. M. I., poniendo en duda la pureza de sus intenciones desinteresadas y saludables para la república.» En el mismo documento añadia Replin «que la confederacion podia contar con S. M., así para la conservacion y el mantenimiento de las leyes y libertades de la Polonia, como para la extirpacion de cuantos abusos se habian introducido en la forma de gobierno con perjuicio de las leyes fundamentales. S. M. solo deseaba la prosperidad del reino, y no cesaria de emplear sus fuerzas para conseguir aquel resultado, sin mas recompensa que la seguridad, la dicha y la libertad de la nacion polaca (1).»

A tales actos de violencia que lanzaban al destierro á los mas animosos ciudadanos, á aquel lenguaje en el cual se mezclaban el insulto y la ironía, contestó la aterrorizada dieta con una completa sumision; despues de algunas sesiones inútiles, nom-

(1) Laboulaye, *Juicio crítico de la Hist. de Rusia por el doct. Hermann*, *Diario de los debates*, 40 de mayo de 1853.—Rulhiere, *Hist. de la Anarq. de Polonia*—Castera, *Vida de Catalina II*. Chodzko, *Polonia ilustrada*.

bró á petición de Repnin una comision encargada de determinar los derechos de los disidentes, comision que recibia sus órdenes del embajador, en cuyo palacio se reunian los ministros plenipotenciarios de Prusia, de Inglaterra, de Dinamarca y de Suecia; luego de haberlas recibido, comunicábalas á la dieta, y esta cuidaba de no contradecirlas. Así obtuvieron los disidentes cuanto Repnin pidió para ellos, pero no se crea que bajo aquella aparente obediencia no fermentasen en todos los corazones el odio y la indignacion: el dia 29 de febrero de 1768, algunos nobles, tomando por divisa, *vencer ó morir*, invocando á Dios y á la patria, formaron la confederacion de Bar, llamada así del nombre de una fortaleza situada en el palatinado de Podolia, á veinte leguas del Dniester.

En el momento en que la Polonia recobraba su antiguo entusiasmo, la Francia parecia querer intervenir en su favor y prestarle decidido auxilio. Los proyectos de Catalina habian por fin conmovido á Choiseul, y la noticia de las vejaciones que Repnin, con mengua del derecho de gentes, hacia sufrir á la nacion cuyo huésped era, habia llegado á la Europa occidental, excitando viva indignacion entre todos los hombres á quienes no alucinaron las falsas protestas de la emperatriz de Rusia. El gobierno francés que no quiso ni debió á la verdad intervenir directamente, tomó el partido en apariéncia mas prudente, y despertó los temores y la enemistad de la Turquia, recibiendo con este motivo M. de Vergennes, embajador francés en Constantinopla, las siguientes instrucciones: «He visto con sentimiento, decia M. de Choiseul, que el norte de Europa se asocia á la emperatriz de Rusia, y que la Inglaterra y sus subsidios eran el cebo de que se sirve la emperatriz Catalina para establecer su despotismo. La Dinamarca, movida por el temor de la Rusia y por la ilusoria esperanza de obtener la parte del Holstein perteneciente al gran duque, se conforma bajamente con la voluntad de la czarina; la Suecia, por un cúmulo de circunstancias inauditas, solo obra en virtud de las órdenes de San Petersburgo; el rey de Prusia, con el cual se guardan ciertas consideraciones, sostiene tambien los proyectos de los Moscovitas... Veo con pesar que se prepara en el norte una liga que llegará á ser formidable para la Francia... El medio mas seguro de frustrar este plan y quizás de precipitar

de su usurpado trono á la emperatriz Catalina, consiste en suscitarle una guerra, servicio que en la actualidad solo pueden prestarnos los turcos (1).» Choiseul añadía que el embajador que daba autorizado para usar de cuantos medios juzgase conducentes á hacer declarar á los turcos contra la Rusia, y para disponer de las sumas que tuviese por conveniente.

El embajador francés manifestó al divan la injusticia y los peligros de que la Rusia violase los derechos de los Polacos é invadiese su territorio; observóle que las nuevas fronteras que Catalina pretendía imponer á la Polonia, abrirían á la agresiva política de la Rusia las provincias turcas del mar Negro, y le recordó por fin que en virtud de los tratados, la Turquía habia salido garante de las antiguas fronteras polacas. La Puerta, cuyo auxilio invocaban por su parte los confederados polacos, prestó oído á los consejos de Vergennes, y dirigió una nota á Estanislao Augusto para escitarle á pedir la suspension del arreglo de fronteras, prometiéndole apoyar sus reclamaciones. Por desgracia Poniatowski, que en aquel momento se esforzaba en reconciliarse con la Rusia, no quiso ofender á Catalina, y contestó rechazando los ofrecimientos de la Turquía, diciendo que no se trataba de alterar en lo mas mínimo las fronteras de la Polonia; semejante conducta sumió de nuevo al divan en su habitual apatía.

Choiseul al dirigir las anteriores instrucciones á su embajador, lo habia hecho impulsado, mas que por el deseo de salvar á la Polonia, por el temor de ver á la Inglaterra unirse con la Rusia y formar en el norte de Europa una liga contra la Francia. Desde el principio de su reinado, Catalina procuraba bienquistarse con la corte de Londres, deseaba su alianza; pero sabiendo que los ingleses codiciaban vivamente los beneficios de un tratado de comercio que abriese la Rusia á sus mercancías, hacía descarrar, retardaba la conclusion del tratado, y recibia subsidios en cambio de sus promesas; en una palabra, continuaba desempeñando el papel de *astuta coqueta*, cuando la tentativa de Choiseul en Constantinopla para suscitarle una guerra con los turcos, apresuró la celebracion del tratado. En el mundo, habia dicho Catalina despues de la paz de Hubertzburgo, no hay mas que la Ingla-

(1) Castera, t. II, l. VI, p. 226.

terra y la Rusia, y para justificar aquellas palabras que debian ser desmentidas por tantos hechos, ambas potencias dieron los primeros pasos hácia una íntima alianza, firmando un tratado de comercio que aumentaba los privilegios de los ingleses en Rusia, disminuía los derechos de importacion sobre sus mercancías, y les concedía grandes beneficios. Este fué el resultado del único acto inteligente hecho por la Francia en aquel primer período de los asuntos de Polonia.

— En medio de tantas intrigas, Catalina no descuidaba en el interior de su reino, ni el cuidado de la administracion, ni tampoco el de sus placeres; daba en Moscou justas, torneos y otras fiestas en las que los cortesanos rusos se esforzaban en cubrir su rudeza natural con las apariencias de la galantería caballeresca. Como Pedro el Grande, esforzábese en suavizar las costumbres y en cultivar las inteligencias; y desde 1767 á 1768, sucediéronse las reformas sin interrupcion, y creáronse gran número de establecimientos útiles. La jurisprudencia de *El Oulagenid*, muy confusa todavía, á pesar de las innovaciones que Pedro I habia en ella introducido, fué de nuevo revisada; la venalidad de los jueces, aquel azote de los tribunales rusos, que Pedro habia intentado reprimir en vano, fué severamente castigado; para quitar todo pretexto á la prevaricacion de los magistrados, aumentáronse sus pensiones, y con objeto de que el despacho de los negocios fuese mas rápido y sencillo, el senado y los colegios ó ministerios fueron divididos en varios departamentos, entre los cuales se repartian los trabajos de la administracion.

Algun tiempo despues, deseando Catalina redactar un nuevo código, mandó que todas las provincias del imperio enviasen á Moscou diputados con encargo de presentar, reunir y fundir en un solo cuerpo de leyes, los usos de los diversos pueblos sometidos á su imperio. La emperatriz presidió la apertura de aquellos Estados, pero abstúvose luego de asistir ostensiblemente á las deliberaciones de la asamblea, con objeto de que hubiera mas libertad en la discusion; empezóse por leer las instrucciones traducidas al idioma ruso, cuyo original, escrito en francés por la misma Catalina, ha sido depositado despues en la biblioteca de la Academia de San Petersburgo (1). Aquella tentativa de la em-

(1) «Malthonio y Rozetski, dice Castero, auxiliaron á la emperatriz en la redac-

peratriz para establecer en sus Estados una legislación uniforme, no carecía de grandeza; pero adolecía en cambio del defecto de ser en gran parte irrealizable: y en efecto, cómo sugetar á leyes estables los nómadas pueblos de las regiones tártaras y siberianas? Un diputado samayedo indicó con sencillez y exactitud semejante dificultad, y, al reclamar la simple práctica de las costumbres tradicionales que siempre habían bastado para su nación, dijo: «Nosotros somos sencillos y justos; ocupados tranquilamente en apacentar nuestros rengíferos, para nada necesitamos de un código; hacedlo si quereis, para los Rusos, nuestros vecinos, y para los gobernadores que nos enviáis, á fin de refrenar sus rapiñas y atropellos.»

La asamblea tuvo varias sesiones borrascosas; entre aquellos hombres llegados de todas las regiones de la Rusia, había algunos que tomaron formalmente su papel de reformadores, y pronunciáronse las palabras de emancipación de los siervos. En vano el conde Scheremetef, el mas rico propietario de Rusia, dió un bello ejemplo de desinterés apoyando aquella medida: varios nobles amenazaron atravesar con sus puñales á los que la propusieran; nadie consintió en hacer el voluntario sacrificio de parte de sus bienes, y Catalina, asustada por las ideas revolucionarias emitidas por sus diputados, se apresuró á enviarles de nuevo á sus provincias. La vía de las grandes reformas era mas peligrosa de lo que había creído, y quizás mas tarde, al hablar de Diderot, tenía razon al decir, «que los filósofos eran unos niños en política.»

Sin embargo, antes de separarse, la asamblea quiso dar á su soberana solemnes muestras de agradecimiento, y confirióle por aclamación los títulos de *Grande*, de *Sabia*, de *Prudente* y de *Madre de la Patria*; pero al suplicarle que los aceptase, contestó con fingida modestia, «que en caso de hacerse digna del primero, á la posteridad tocaba el concéderselo; que la sabiduría y la prudencia eran dones del cielo por los cuales dábase gracias cada dia

ción de aquellas instrucciones, y luego las tradujeron á la lengua rusa. Aquella obra está sacada de los escritos de Montesquieu y de otros filósofos franceses. Catalina profesaba tanto afecto á Montesquieu como odio hacia Juan Jacobo Rousseau, cuyos principios políticos temía, así es que aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para atacar sus escritos por su lado debil.

sin atreverse á atribuirselos, y finalmente, que el título de Madre de la Patria, el mas precioso para ella, era el único que podia aceptar, considerándolo como la mas dulce y gloriosa recompensa de sus trabajos y afanes en pro del pueblo á quien tanto amaba.»

En las instrucciones que redactara Catalina para la asamblea, hallábase entre otros privilegios concedidos á los diputados, uno harto singular que revela el estado moral de la Rusia; decia «que debian estar exentos del tormento durante toda su vida, á menos de mediar órden espresa de la emperatriz,» á cuyo privilegio se añadió, al cerrarse las sesiones, una distincion honorífica consistente en una medalla de oro. Todos los soberanos de Europa recibieron un ejemplar del famoso manifiesto redactado por la emperatriz, del cual esperaba esta hacerse un título de gloria, así á sus ojos, como ante los enciclopedistas y filósofos. En efecto, llegóronle felicitaciones de todas partes, y el rey de Prusia, que no ignoraba cuan sensible era á las lisonjas, y que desde que era su amigo mientras esperaba la ocasion de ser su cómplice, se las prodigaba con no menos gracia que facilidad, dirigióle una larga carta en la cual la colocaba entre Licurgo y Solon, llegando al extremo de decir en una comunicacion dirigida á su embajador: «La historia nos enseña que Semirámide capitaneó ejércitos; la reina Isabel de Inglaterra debe ser contada entre los grandes políticos; María Teresa de Austria manifestó grande intrepidez cuando su elevacion al trono, pero mujer alguna habia sido aun legisladora; tamaña gloria estaba reservada á la emperatriz de Rusia.»

Catalina, siempre activa, siempre solícita por ver y estudiar los recursos y las necesidades del imperio, recorria las provincias del Volga y visitaba Kasan, cuando recibió aquella lisonjera misiva, pues desde el fondo de las mas apartadas regiones de la Rusia, no cesaba de mantener una activa correspondencia con los soberanos y los hombres mas ilustres de todos los paises, especialmente con Voltaire. En las infinitas cartas que mediaron entre el gran escritor francés y la emperatriz rusa, esta no se muestra en nada inferior á aquel en cuanto á la gracia y al estilo, y á veces le aventaja por la habilidad y delicadeza con que engaña á los grandes *pensadores* franceses, haciendoles repetir una y mil

veces, sino creer, que la soberana del país mas despótico del mundo, es la mas entusiasta amiga de la humanidad y de la filosofía.

Por otra parte, sería injusto desconocer que su alma fué accesible con facilidad á las ideas generosas, y que estaba dotada con raras prendas intelectuales; las atrevidas concepciones de Pedro el Grande, el plan de inmensa dominacion en que aquel emperador pretendia abrazar al mundo entero, habia sido comprendido admirablemente por la czarina; esta hizo mas, se lo apropió, y quizas era mas apta para realizarlo que el mismo fundador de la Rusia, á causa de la flexibilidad de su genio. Como Pedro I, creia ser su imperio el lazo que debia unir la Europa y el Asia, y la privilegiada nacion que dominaria un dia en ambos continentes, así es que se esforzó en afirmar ó en llevar su influencia hasta las heladas regiones del Asia septentrional. El mismo Pallas, que debia mas tarde visitar y describir las salvajes provincias de la Siberia, fué enviado, en 1763, á los distritos del Volga, á los gobiernos de Orenburgo, de Ekaterineburgo y de Kasan, al mismo tiempo que Guselin y Guldenstœdt, sábios distinguidos, exploraban las márgenes del Don y de su principal confluente hasta el Dnieper, así como todo el país que se extiende desde Astrakan hasta las fronteras de la Persia. Durante el mismo año, la emperatriz mandó tomar posesion en nombre de la Rusia, de las islas Aleontienas, descubiertas hacia poco por los agentes de las dos compañías mercantiles establecidas en Katmschatka; de este modo invadía la Rusia, por el Oriente, la América del Norte, propiedad exclusiva todavía de la Inglaterra, de la España y de la Francia.

En aquel período de mejoras y reformas, la academia de ciencias de San Petersburgo recibió nuevos privilegios y fué invitada para unir á los nombres que ya la ilustraban los de varios extranjeros célebres; aumentóse tambien el número de alumnos de la academia artística instituida por Isabel, acerca de la cual nos permitiremos algunos detalles. Los reglamentos de la misma exigian que los alumnos ingresasen en ella antes de cumplir seis años, no siendo admitidos los que pasaban de esta edad, temiendo los malos efectos de una viciosa educacion primera; por espacio de tres años permanecian bajo la direccion de mujeres, y con-

fiados luego á preceptores, debian dedicarse bajo la suprema inspeccion de los miembros de la academia, al arte hácia el cual se sintiesen mas inclinados, y hacerse á eleccion suya, pintores, escultores, relojeros, fundidores de metales, ó fabricantes de instrumentos físicos ó matemáticos. Durante el tiempo de su permanencia en la academia eran alimentados y vestidos á expensas del Estado, y terminada su educacion á los veinte y un años, quedaban libres de establecerse donde mejor les pareciese. Los mas distinguidos por su aplicacion y talento recibian un título de nobleza, y los que habian obtenido los premios de la academia eran pensionados por espacio de tres años á fin de que viajasen por las principales ciudades de Europa. Aquellas recompensas concedidas al saber y al mérito, aquellos títulos de nobleza que igualaban á jóvenes pobres, pero inteligentes y laboriosos, con los hijos de los hoyardós, aquellos viajes por las capitales europeas, constituian el sistema de civilizacion adoptado por Pedro el Grande y puesto otra vez en práctica en medio de circunstancias que hacian mas fácil su realizacion.

Toda invencion útil, todo descubrimiento científico hallaban en la emperatriz un firme y seguro apoyo; Catalina fué una de las primeras personas de Europa que se hizo inocular la vacuna, y persuadió á su hijo, el gran duque Pablo, de que siguiera su ejemplo. La corte no tardó en imitar á su soberana, y aquella benéfica operacion fué en breve practicada en diferentes hospitales.

Tantos afanes, tantos trabajos, tantas y tan útiles empresas tenian quizás por objeto justificar á sus mismos ojos su sanguinaria usurpacion, y hacer olvidar á los rusos que habia subido al trono pisando el cadáver del nieto de Pedro el Grande; mas una tentativa de asesinato le probó que no todos los ódios se habian extinguido todavia. Un joven oficial descendiente de un hermano de Catalina I, y por consiguiente miembro de la familia imperial, creyóse destinado para vengar la muerte de Pedro III, y se dirigió á palacio varios dias consecutivos, permaneciendo oculto en un oscuro sitio que conducia á los aposentos donde se retiraba la emperatriz para estar sola. La ocasion no se le mostró propicia, y fué bastante imprudente para confiar su proyecto á otro oficial, quien corrió á advertir á Orlof; y sorprendido el jó-

ven en su emboscada con el puñal en la mano, fué conducido á la emperatriz. Esta, temiendo el contagio del ejemplo, quiso mantener oculto el atentado, y se limitó á enviar al asesino á Siberia (1).

Los sucesos políticos seguian su curso al mismo tiempo que los trabajos de legislacion y las reformas, y en breve debian complicarse con la guerra. Hemos dejado á la Polonia en el momento en que sus últimos ciudadanos, confederados en Bar, intentaban un supremo esfuerzo para librar á su país de la dominacion extranjera; mas por desgracia alucinados por la conducta de la astuta Catalina, protectora de los disidentes, los confederados confundieron los intereses de su patria con los del catolicismo, y convirtieron una guerra nacional y patriótica en una guerra religiosa. Su manifiesto enérgico y preciso resumia con dolorosa elocuencia los ultrajes y los sufrimientos todos de la pobre Polonia: «No bastaba que la nacion rusa hiciese penetrar á los disidentes en las dietas causando con ello un considerable perjuicio á la religion católica; no bastaba que desde la muerte del rey Augusto III, se celebrasen todas las dietas del Estado bajo la presión de los ejércitos rusos con gran vergüenza de la nacion.... que fuesen presos y encarcelados dos consejeros, dos obispos y un general y su hijo; que el príncipe Repnin diese á su soberana el título de *emperatriz de los griegos, de todos los países orientales y del ducado de Curlandia*; que se presentase continuamente la garantía de la emperatriz, garantía de que no tenemos necesidad alguna puesto que nos hallamos en paz, y no hemos ofendido á nadie ni violado tratado alguno.... No bastaba que durante muchos años, devastasen los rusos nuestro país, nuestras iglesias y nuestros hogares.... En el dia se nos dice que para conservar su garantía, la emperatriz dejará sus tropas en Polonia, y poco importa á la Rusia que nuestra patria perezca, que la religion quede abolida, que los habitantes y sus bienes sean dispersados, y que seamos todos tratados como un pueblo sometido por la fuerza de las armas.

«Tales son las causas que motivan nuestra confederacion; reclamamos la libertad de elegir á nuestros reyes sin la menor intervencion de la Rusia.»

(1) Castiera, *Vida de Catalina*, t. II, l. VI.

José Pulaski, stratoste de Warka, sus tres hijos, su sobrino Francisco Potolski, y Miguel Krasinski fueron los jefes militares de la confederacion, desplegando un valor y una energía á toda prueba. Cuatro de los Pulaski perecieron en el campo de batalla ó hallaron la muerte en los calabozos; el quinto, Casimiro, fué el terror de los rusos, é ilustró aquella guerra nacional tanto que su nombre ha quedado unido á la confederacion de Bar como la personificacion de las mas eminentes virtudes patrióticas y guerreras de la Polonia en sus últimos dias; pero todo el valor individual quedó sin fruto á causa de falta de unidad. Los rusos despues de haber encendido la guerra civil, se entregaren á los mas horribles excesos, cometieron las mas espantosas crueldades; la Polonia, en su parte oriental, solo presentó en breve un vasto campo de matanza, y los mismos confederados agravaban el mal devastando las posesiones de aquellos compatriotas suyos que profesaban distinta opinion religiosa. En las márgenes del Dnieper, donde los disidentes se hallaban en mayoría, hubo motines y matanzas espantosas; los campesinos, fanatizados por los popes rusos, daban muerte hasta á las mujeres y á los niños; los nobles, los sacerdotes, los judíos, partidarios de los católicos, eran ahorcados en los árboles en señal de ignominia, mientras que en otras provincias los siervos griegos, acostumbrados bajo la influencia de la Rusia, al oficio de delatores, denunciaban á sus dueños cuando firmaban estos secretamente el acta de adhesion, no atreviéndose á declararse abiertamente por temor de dejar expuestos á la venganza de los opresores á su familia y sus bienes. En medio de aquel trastorno general de la Polonia, el rey siempre débil é indeciso, quizás secreto partidario de los confederados, pero temeroso de la cólera de Catalina, y refrenado además por la férrea mano de Repnin, no sabia qué partido tomar. El senado fué el que, á pesar de su adhesion á la Rusia, hizo el primer acto valeroso en favor de los confederados, y envió á Mokranovski, uno de los mejores ciudadanos, para negociar con ellos. Su designio era hacer entrar el rey en la confederacion en caso de que fuese esta bastante fuerte, y salvar á aquellos animosos patriotas si la resistencia no ofrecia utilidad alguna. Sin embargo, aquella tentativa quedó sin resultado; Repnin, que parecia haber autorizado aquella negociacion, dió á sus tropas la órden de avanzar; tra-

báronse algunos combates entre las tropas imperiales y los confederados, y el anciano Mokranovski, queriendo servir á sus compañeros, partió para Francia donde solo recogió inútiles votos y estériles simpatías. Choiseul renovó á M. de Vergennes sus instrucciones para que redujera á la Turquía á intervenir en Polonia, pero se negó á obrar directamente.

Los confederados no desconocían que entregados á sí mismos, no eran sus fuerzas suficientes para combatir á la vez á los rusos y á los partidarios de la Rusia, é imploraron el auxilio de todos sus vecinos; pero Federico esperaba grandes beneficios de aquellos trastornos, para sentir la menor piedad de la desgraciada Polonia; dejando á Catalina que continuase su obra destructora, limitábase á contemplar atentamente los sucesos para intervenir en hora oportuna, y reclamar el premio de su condescendencia. A las instancias de los confederados, contestó, pues, con cruel ironía, «que la religion y la libertad debian haber quedado establecidas y firmadas por la última dieta; que por lo tanto solo podia considerar como perturbadores del orden público á los que, bajo pretexto de defender la libertad y la religion, exponian á la patria á calamidades infinitas, sobre todo, añadió, cuando no podian abrigar la menor esperanza de ser apoyados por las potencias extranjeras (1).»

Por lo que toca al Austria, veía con profunda inquietud las maquinaciones de Catalina y la conducta de Repnin; pero estenuada por la guerra, evitaba todo acto que pudiese crearle obstáculos nuevos, siendo preciso reconocer que no era cómplice la corte de Viena en los proyectos de ocupacion ó de desmembracion, y que si bien el ministro M. de Kaunitz se hallaba dispuesto á aprovechar cuantas eventualidades pudiesen presentarse, ni el emperador José II, ni su madre María Teresa, habian tomado la menor parte en las intrigas de sus ambiciosos vecinos.

Abandonados á sus solas fuerzas los confederados prodigaron en una lucha desigual su valor y su patriotismo; por otra parte, sus esfuerzos carecian de unidad, pues si bien todos los polacos se habian armado por la patria y la religion, no todos reconocian á los Pulaski por sus jefes; junto á la confederacion de Bar, Po-

(1) Hist. de Rusia, por el doct. E. Hermann, *Diario de los Debates*, 10 de mayo de 1853.

towski habia organizado la de Galiez, y ambas á pesar de ser una su causa, no obraban de comun acuerdo. En tanto los rusos recorrian las provincias, incendiaban los castillos y palacios de los confederados, apoderábanse de los nobles y se entregaban con ardor al saqueo; las armas, las municiones de guerra y las plazas fuertes estaban en su poder, y el débil Poniatowski no manifestaba ni un destello de energía para proteger á sus súbditos contra los crueles invasores á quienes llamaba sus aliados. Un polaco, defensor de la causa patria, quiso usar de su antiguo ascendiente sobre él para reanimar su valor, y el rey lloró, prometió unirse con la nacion, autorizó una conspiracion que tenia por objeto apoderarse de Repnin, pero acabó por hacer traicion al hombre generoso que queria salvarle y ponerle al frente de su pueblo.

El reducido ejército de Potolski fué vencido y dispersado, y su jefe tuvo que refugiarse en Moldavia. Repnin, fuera de sí al saber el peligro que habia corrido, mandó entrar nuevas tropas rusas en Varsovia, y llamó á cincuenta mil cosacos zaporogos, á cuyo furor abandonó el territorio polaco. Aquellos bárbaros ejercieron los mas espantosos excesos, y entregaron á las llamas tres ciudades, cincuenta villas y miles de casas. Todos los que no pertenecian á la religion griega eran pasados á cuchillo, y los judíos, comprendidos en la persecucion á causa de sus riquezas, fueron quemados vivos. En una ciudad del palatinado de Kiovia fueron asesinadas diez y seis mil personas sin distincion de sexo ni edad. «Al atravesar las aldeas, dice Rulhiére, veíanse únicamente mujeres asesinadas y niños pisados por los caballos. Un infeliz que logró salvarse de la carnicería, refiere que por cuantas ciudades pasó se hallaban los pozos cegados por cuerpos humanos (1).»

Los Pulaskis no fueron mas felices á pesar de su heróico valor; la capital de la confederacion, Bar, cayó en poder de los rusos, y mil doscientos de sus defensores fueron hechos prisioneros y trasladados á Siberia; el mismo Casimiro Pulaski vióse obligado á rendirse, y fué privado de su libertad contra la fe de lo estipulado con los rusos; pero los desastres de la confederacion de Bar

(1) M. Chopin *Unic. pint. Rusia*, t. I, p. 290.

no impidieron la formacion de otras ligas. «Parécense, decia Federico, á un enjambre de abejas que, dispersado en un punto, fórmasse de nuevo en otro.» En efecto, los oprimidos polacos se confederaban en los bosques, en las iglesias; las reuniones más fortuitas tomaban como por instinto un carácter político; todos los ánimos tendian hácia el mismo objeto. Los confederados, esparcidos por todas partes, hasta por la capital, acechaban los movimientos de los Rusos, y advertian á sus compañeros para que se dispersaran antes de ser atacados; pero faltaba dinero, y los recursos se agotaban cada dia. Cracovia tuvo á su vez sus confederados, y favorecidos por la fragosidad del país, los Polacos lucharon con menos desventaja, debiendo Replin dirigir todas sus fuerzas hácia aquella parte. Entonces fué cuando un imprevisto suceso hizo esperar á la infeliz Polonia un auxilio en que no contaba; las tropas rusas violaron el territorio turco, y si las instancias de M. de Vergennes, y el oro que difundió no pudieron arrancar al divan de su indolencia, aquel hecho produjo la guerra entre los dos imperios.

En la frontera de Bessarabia, un hetman tártaro, gobernador de la pequeña ciudad de Balta, animado de odio contra los rusos por instigacion de un emisario francés, impulsó á un cuerpo de confederados para que sorprendieran á una banda de cosacos zaporogos. Los polacos se replegaron hácia Balta, perseguidos por los rusos; la ciudad fué saqueada, y en la confusion del asalto perecieron gran número de musulmanes. El gobernador de Balta quejóse al sultan sin pérdida de momento; el pueblo y los genzaros obligaron á Mustafá á sacudir su indolencia, y el sultan, por toda declaracion de guerra, mandó encerrar en el castillo de las Siete Torres al ministro ruso residente en Constantinopla.

Al principiar la guerra, vióse al imperio Otomano desplegar recursos que deslumbraron por un instante; en pocos meses reuniéronse quinientos mil hombres de todas las extremidades del imperio, y la bandera del Profeta tremoló en las márgenes del Boryshteno. Aunque sorprendió á Catalina semejante ataque, una guerra con la Turquía se avenia con su política conquistadora, y como ha observado el historiador M. Chopin, existia íntima conexión entre sus proyectos sobre la Polonia y su engrandecimiento en Oriente. «Sin la Crimea y fuerzas respetables en

el mar Negro, la posesion de la Polonia era precaria; y por otra parte, el ensanche del imperio hácia el Bósforo presentaba en la frontera occidental hartos puntos vulnerables para que los beneficios de la conquista compensasen sus inconvenientes (1).» Sin embargo, entregada á sus maquinaciones en Polonia, la emperatriz hubiera deseado acabar antes con aquel país; mas, aceptando resueltamente la guerra, comunicó á los ministros de las potencias aliadas ó neutrales, un manifiesto en el que aseguraba haber sido injustamente atacada.

La Polonia debía inspirarle ya muy poca inquietud; Cracovia habia caido en poder de los rusos; Potolski, zeloso de los Pulaski, se negaba á reunir sus fuerzas con las suyas, y Radziwill acababa de ser sorprendido por los rusos en el acto en que se esforzaba en sublevar la Lithuania y en hacer olvidar por su patriótico ardor que aceptara por un momento los favores de Repnin. Los cuatro mil soldados que habia reunido fueron desarmados y luego incorporados en los ejércitos imperiales, medida que adoptó Catalina de buen grado, así para aumentar el número de sus soldados, como para que los polacos combatieran unos contra otros. Hizo mas aun, obligó al senado y á Estanislao Augusto á declarar la guerra á la Puerta, si bien aquel aliado sin ejército y sin dinero, no podia serle de gran utilidad.

Las hostilidades empezaron en la primavera de 1769; el general Isakof arrojó de la Nueva Servia á doce mil tártaros que habian tomado partido en favor de los turcos; Azof y Taganrok fueron puestos en estado de defensa; los astilleros del Don botaron al agua gran número de buques destinados á combatir las escuadras turcas en el mar de Azof, en el mar Negro y en el Archipiélago. Los cosacos de la Ukraina invadieron la Moldavia, y el príncipe Galitzin, que mandaba el principal ejército ruso, pasó el Dniester y atacó á treinta mil turcos bajo las murallas de Chokzin, pero fué rechazado, y los enemigos le persiguieron hasta la otra parte del rio. Tal fué el resultado de la primera campaña, no del todo favorable á la Rusia, y esto hizo que Catalina, temiendo nuevas complicaciones por parte de la Polonia exasperada por los excesos que los rusos no cesaban de cometer en ella, separase á Repnin de Varsovia.

(1) Ruhnere, *Hist. de la Anarq. de Polonia*, edic. de 1819, t. III, p. 80.

Abierta la siguiente campaña, 1770, los Rusos y los Turcos reportaron alternativamente lá ventaja; una segunda tentativa de Galitzin para apoderarse de Chokzin, no tuvo mejor éxito que la primera, pues adelantándose sesenta mil Turcos en auxilio de aquella plaza, vencieron á los Rusos y les persiguieron hasta Polonia, hasta que, vencidos á su vez, se retiraron hácia la Moldavia. Los Turcos mostraron en aquella guerra un valor notable, y con un poco de disciplina hubieran quizás conservado las ventajas de sus primeros triunfos; sin embargo, el desórden y la ignorancia de sus generales les perdió, y despues de diez meses de combates, hallóse su ejército casi destruido, debiendo abandonar sin resistencia la plaza de Chokzin que con tanto denuedo habian defendido.

En vez de proseguir en el Dniester, el Pruth y el Danubio aquella guerra de sitios lenta y poco provechosa, Catalina resolvió dar un gran golpe con el auxilio de su escuadra, queriendo, impulsada por un sentimiento de orgullo, enseñar los buques rusos á los mares europeos. «Mi escuadra, surcando el Mediterráneo, escribia á Voltaire, es un espectáculo nuevo, y la sábia Europa juzgará de ella por sus obras (1).» Quince navíos de línea, seis fragatas, gran número de buques de trasporte, de bombardas, y de galeras salieron de los puertos del Báltico, pasaron los mares del Norte, el Océano, el estrecho de Gibraltar, y despues de haber sido dispersados por las tormentas, reuniéronse de nuevo y ostentaron supabellon por todo el Archipiélago, bajo el mando de Alexis Orlof el Acuchillado, del almirante Spiridof, y del Inglés Elphingston. Desde el año anterior, Catalina habíase procurado auxiliares en las ciudades griegas, y no omitia medio ni recurso alguno, para que aquella guerra, de la cual dependian no solo la postracion de la Turquía y la suerte de la Polonia, sino tambien la opinion definitiva de la Europa respecto de la Rusia, tuviese un éxito correspondiente á sus vastas esperanzas. Construyéronse nuevas escuadras; enviáronse á los campamentos numerosos reclutas; Galitzin fué reemplazado en el Danubio por el conde Roumantzof, el cual tuvo por sucesor en Ucrania al general Panin, hermano del ministro, y finalmente dióse á Dolgorouki el mando de un tercer ejército.

(1) Correspondencia de Voltaire con la emperatriz de Rusia, carta XXIX.

Tambien los Turcos desplegaron fuerzas considerables; el Gran Visir se puso en persona al frente de los ejércitos, y pidió refuerzos á los Tártaros de Crimea, quienes acudieron en el momento oportuno para impedir que los Rusos se apoderasen de Bender. Romantzof mas feliz, empero, en otras empresas, tomó la ciudad de Jassy, capital de la Moldavia, y avanzó hasta Bahilow en las orillas del Danubio, en cuya plaza penetró. Sin embargo, estos triunfos eran de mediana importancia, y dos grandes batallas decidieron la suerte de la campaña: la primera se dió en las márgenes del Pruth, cerca del rio Larga y del sitio en que nueve años antes habia sido encerrado Pedro I con todas sus fuerzas. Los Turcos, en número de ochenta mil hombres, eran mandados por el khan de Crimea, y se habian atrincherado en una colina donde era casi imposible atacarles; Romantzof estableció su campamento junto á ellos, y durante mas de un mes, les ofreció inutilmente el combate. Los Turcos podian cansar á su enemigo y reducirle por hambre, pero llevados por su impaciencia, lanzan veinte mil hombres en persecucion del general ruso al fingir este un movimiento de retirada; vencidos y rechazados con pérdida vuelven á su campamento donde introducen el terror y el desorden, mientras que los Rusos alentados por su victoria, escalan á su vez la colina, arrojan de ella al enemigo, y se apoderan de gran parte de su artillería.

Los vencidos se retiraron hácia el Danubio, y el gran Visir pasando aquel rio, se apresuró á marchar en su auxilio, de modo que al avanzar Romantzof creyendo perseguir á un enemigo en derrota, hallóse de repente en presencia de un ejército de ciento cincuenta mil hombres, y su situacion era tanto mas crítica, en cuanto se habia visto obligado á destacar un considerable cuerpo de tropas para escoltar un convoy. El khan de Crimea, seguro de tomar el desquite de la derrota que habia sufrido, extendióse por la izquierda del ejército ruso, envolviólo para cortarle toda retirada, y resolvió, apesar de no tener delante de sí mas que diez y ocho mil Rusos, tomar tantas precauciones como si se tratara de combatir con fuerzas considerables. Durante la noche sus soldados rodearon su campamento con una triple trinchera, y al amanecer el dia, precipitáronse en masa contra el enemigo. El fuego duró cinco horas, y uno de los cinco cuadros que formaron los

Rusos quedó completamente destruido; entonces Romantzof, que no podia sostener con la artillería y la fusilería aquella lucha desigual, dió órden de atacar á la bayoneta; los Turcos, sorprendidos por la impetuosidad del ataque, retrocedieron y se encerraron en sus atrincheramientos donde combatieron con extraordinario valor; pero por fin el número cedió ante la disciplina, y la derrota de los Turcos fué completa. En su desatentada fuga, arrastraron al Gran Visir, dejaron en el campo de batalla una tercera parte de su ejército, y perdieron la mayor parte de sus municiones y bagajes, ciento cuarenta y tres cañones, y siete mil carros cargados de víveres, de los cuales tenian los Rusos apremiante necesidad.

Aquella victoria tomó el nombre de Kagoul de un riachuelo cerca del cual se hallaba situado el campamento de los Turcos (21 de julio de 1770).

Despues de aquel brillante hecho de armas, Romantzof, promovido al grado de mariscal, avanzó hácia el Danubio, pasó aquel rio, y envió á Repnin para apoderarse de Ismailof, mientras el general Panin entraba en Bender. La capital de la Bessarabia, Akerman, situada en las orillas del mar Negro, junto al desagüe del Dniester, cayó tambien en poder de los rusos; pero no eran estas las únicas y prósperas noticias llegadas en aquel entonces á San Petersburgo: dos victorias y la conquista de tres provincias fronterizas de la Turquía, la Bessarabia, la Moldavia y la Valaquia, parecieron acontecimientos de escasa importancia comparados con el gran triunfo naval de Tchesmé.

Al aparecer la escuadra rusa en el Mediterráneo, los Griegos se habian sublevado en masa; los Mainotos, descendientes de los antiguos Lacedemonios, tomaron las armas, y el Archipiélago entero imitó su ejemplo. Realizábase en aquel momento uno de los mas ardientes deseos de Pedro el Grande; los rusos hacian ondear su pabellon por el Mediterráneo, y aparecian á los ojos de los Griegos como libertadores.

La escuadra turca, compuesta de gran número de buques de alto bordo, de galeras, de fragatas y de embarcaciones de transporte, salió bajo el mando del capitán bajá, Gasi-Hassan, al encuentro de la escuadra rusa, obligóla á abandonar la isla de Lemnos cerca de la cual habia anclado, y dióla alcance el dia 5

de julio, en el Boghaz ó estrecho que separa la isla de Scio (la antigua Chios) de la costa de Asia. El navío que montaba el almirante Spiridof, atacó á la *Sultana* de 90 cañones en que se encontraba el capitán bajá; ambos buques se aferraron, y los efectos del abordaje fueron terribles por una y otra parte; ráfagas de balos y granadas barrian los puentes de los dos navíos almirantes; incendióse por fin el buque otomano, y como el ruso no pudo desprenderse con la rapidez necesaria, volaron ambos en un mismo momento. Los almirantes y algunos oficiales fueron los únicos que se salvaron de aquella espantosa catástrofe.

Aterrorizados por el incendio, los demás buques habian suspendido su fuego; pero no tardaron en atacarse otra vez con inaudito furor. La noche les separó y puso fin á la primera parte de aquella terrible lucha; pero durante aquella tregua, los turcos cometieron la falta de entrar en la bahía de Tcheshmé (la antigua Clazomeno), donde muchos de sus buques encallaron, y donde los demás no podian maniobrar por falta de espacio. Los rusos observaron aquel movimiento, y cerrando luego la entrada de la bahía á fin de impedir la salida á los turcos, segun consejo del inglés Elphingston, enviaron cuatro brulotes, que, bajo el mando de un oficial inglés, y protegidos por una division de la escuadra, se aferraron á otros tantos navíos, llenando en breve las llamas la bahía entera. El sol al levantarse, dice Castera, no vió su pabellon, y Orlof refirió á Catalina que despues del incendio de la escuadra, el agua de la bahía de Tcheshmé se halló cubierta de sangre (1). Los marineros y soldados que pudieron librarse de la muerte, se dispersaron por la Turquía Asiática, donde aumentaron los apuros del sultan con sus excesos y atrocidades.

Constantinopla ofrecia en aquel momento un triste espectáculo: su poblacion era diezmada por la peste, y los desertores y bandidos que la infestaban incendiaban cada dia un nuevo barrio á fin de entregarse impunemente al saqueo. Temíase que los Rusos forzasen el paso de los Dardanelos, lo que hubiera evitado á sus escuadras el inmenso rodeo que debian dar por el Báltico y el Océano, y confióse á un francés, ó al menos á un enviado de la Francia, al baron Tott (2), la defensa del estrecho. Enviar á Tur-

(1) Correspondencia con Voltaire, c. LVII.

(2) Había nacido en Hungría.

quía á un oficial aventurero, era cuanto creía poder hacer la Francia en favor de su antigua aliada.

El imperio turco se encontraba en una desorganizacion completa: los bajás de Carmania, en su frontera oriental, aprovechaban aquellos desastres para sustraerse del todo á su autoridad; la Siria meridional y la antigua Palestina se sublevaban desde San Juan de Acre hasta las llanuras de Esdraelon y las fronteras de Egipto; pero entre tantas rebeliones, la mas temible para el sultan, la mas favorable para los Rusos era, la del bajá de Egipto, el famoso Ali-Bey. Con menos ignorancia é impericia por parte de los generales rusos, los Otomanos hubieran sido lanzados al Asia, realizándose el ardiente deseo de Pedro el Grande sin que interviniere una sola nacion de Europa. Sin embargo, Orlof, en vez de secundar á Ali-Bey que le invitaba á sostener su rebelion, entretúvose en exigirle que reconociera á la emperatriz por soberana, desoyó los útiles consejos que le dieron sus consejeros griegos ó italianos, y excitó la desconfianza del bajá, tanto que éste solo pensó en celebrar separadamente la paz con el sultan mediante las condiciones mas favorables que posible fuese.

Alexis Orlof, envanecido con la victoria de su escuadra y embriagado con los laureles que acababan de conquistar para él sus oficiales ingleses, apresuróse á volver á Petersburgo para gozar de su triunfo. Su regreso fué celebrado con suntuosas fiestas; la emperatriz le confirió el sobrenombre de *Tchesmenski*, é hizo elevar en los jardines de su palacio una columna rostral en honor suyo. En cuanto á él, creyéndose ya un grande hombre, prometió forzar los Dardanelos, hacerse dueño de toda la Grecia, y arrebatarse el Egipto á los Otomanos; una nueva escuadra emprendió el largo y único camino que conducia entonces desde Rusia al Mediterráneo, y Orlof, colmado de honores, se dirigió á Viena, y desde allí á Liorna donde le esperaban sus buques (1771).

Sin embargo, antes de salir al mar y de perseguir á los restos de la escuadra turca, el almirante debía prestar á su soberana un servicio de otra clase. Habia entonces en Italia una princesa, hija de Isabel, nacida del matrimonio secreto de aquella emperatriz con el soldado Razoumofski; la niña educada en Rusia por el príncipe polaco Radziwil, contaba en aquella época diez y seis años, y vivia en Italia bajo el nombre de Señorita de Tarrakanof. Los pola-

cos, en medio de sus turbulencias, inquietaron mas de una vez á Catalina recordando que mientras reinaba en Rusia una alemana, existia olvidado un sucesor directo y legítimo de Pedro el Grande, y así fué que deseosa la emperatriz de desvanecer aquel continuo motivo de temor, mandó á Orlof apoderarse de la niña y enviársela. El almirante vió á la jóven, logró inspirarle amor presentándose á ella como un infeliz desterrado, representó una farsa infame, prometiéndole hacerla su esposa, y después de abusar de su juventud é inesperienza, la entregó á los emisarios de Catalina. La nieta de Pedro el Grande encerrada en un calabozo de Petersburgo, pereció ahogada por una avenida del Neva (1).

Catalina debió quedar satisfecha del zelo de su servidor: Ivan asesinado, la hija de Isabel encarcelada, no quedaba ya sucesor alguno de los Romanof con derecho para revindicar la corona. Todo favorecia, pues, á la Gran Catalina: la seguridad en el interior, adquirida en verdad con sangre; en el exterior la gloria y las conquistas, compradas estas en su mayor parte á expensas de odiosas maquinaciones; pero en medio de tan repetidos favores de la fortuna, agitaba á la emperatriz una constante preocupacion: queria ocupar un elevado sitio en la opinion de la Europa, y atraer sobre sí la admiracion universal; no contenta con ser grande, queria parecerlo. ¿Qué juicio formaban, pues, de sus victorias y de su grandeza los pueblos vecinos, Federico y la Francia, aquella nacion en cuyo seno dos ó tres hombres constituian entonces la opinion de la Europa?

¿Qué juicio formaba Federico? El anciano rey de Prusia temia seguramente á Catalina y la consideraba como una gran política, segun lo prueba, la inquieta atencion con que observaba sus movimientos todos; sin embargo, á pesar de las adulaciones y lisonjas que no cesaba de dirigir á su temible vecina, tenia en muy poco su gloria militar segun se desprende de las observaciones consignadas en las memorias publicadas despues de su muerte. «Los generales de la emperatriz, escribió, ignoran la castrametacion y la táctica; los del sultan son aun mas ignorantes, de modo que para formarse una idea justa de esta guerra, basta con que nos representemos á un tuerto que, despues de

(1) Castera, t. II, l. VI.

apalea á un ciego, adquiere sobre él decidida ventaja.» No olvidemos, empero, que quizás se mezclaba á este juicio un resto de despecho, pues Federico, el mismo que escribió las anteriores líneas, habia sido derrotado cuatro veces por los ejércitos de Isabel.

Para conquistar la opinion de la Francia, Catalina habia seducido con su benévola familiaridad, con los encantos de su talento, con la afectacion de los principios filosóficos, y hasta con la gracia de su estilo, á los hombres mas influyentes, como Voltaire, Diderot, Grimm y de Alembert. Este último tuvo con ella pocas relaciones, pero Grimm era su correspondiente en Paris; Diderot fué á visitarla en San Petersburgo, y mantuvo con Voltaire una correspondencia que duró mas de diez años.

Aquella correspondencia honra muy poco al célebre escritor; lo mismo que en sus cartas al rey de Prusia no se encuentra en ella ni una palabra de compasion hácia la noble y heroica Polonia. En sus cartas, Voltaire no es francés; parece no tener nocion ni inteligencia alguna de los intereses de su patria, y su único deseo durante el período de las guerras con la Turquía, es ver al sultan lanzado al Asia, y á la soberana rusa instalada en Constantinopla; con este motivo despierta el recuerdo de las cruzadas, y censura á los franceses y venecianos porque no se unen á la Rusia contra el turco. ¿Estaba verdaderamente alucinado por la gloria de Catalina? creia acaso en la sinceridad de los sentimientos filosóficos de una señora despótica de un imperio de esclavos? Conmoviáale la tan encarecida magnanimidad de los Orlof, ó sus elogios, sus adulaciones eran únicamente una remuneracion del honor que al escribirle le dispensaba una soberana? En aquella correspondencia, Catalina es superior á Voltaire, y dejando á un lado la forma viva y elegante de sus cartas, considerando solo el fondo de las mismas, se muestra mas aguda, mas oportuna y flexible que el ilustre francés, del cual se burla, y á quien convierte en instrumento para elogiar su grandeza y propagar su gloria. La emperatriz se complace en aparecérsese con el carácter de legisladora, en repetirle que el campesino ruso puede echar gallina en su puchero, que la Rusia abunda en recursos, al mismo tiempo que es fecunda en héroes. En 1769, á consecuencia de los obstáculos que le habia creado en Turquía el ministro francés, es-

cribió: «Caballero, no todos vuestros compatriotas opinan respecto de mí lo mismo que vos; conozco á algunos que tratan de persuadirse de la imposibilidad de que haga yo alguna cosa buena, y que torturan su imaginacion para persuadirlo á los demás... pero como mi gloria depende de mis principios, de mis acciones, y no de ellos, me consuelo de no merecer su aprobacion. Como buena cristiana que soy, perdono y compadezco á los envidiosos... Sabed que nuestros impuestos son tan módicos, que no hay campesino en Rusia que no coma gallina cuando se le antoja, y que, desde hace algun tiempo, se consumen en algunas provincias mas pavos que gallinas; que si ha aumentado el precio del trigo á consecuencia de haberse permitido su exportacion con ciertas restricciones para prevenir los abusos; aumenta tambien su cultivo cada año; lo mismo sucede con la poblacion, la cual en ciertas provincias ha aumentado de una décima parte en el espacio de siete años. Es cierto que tenemos guerra, pero hace mucho tiempo que la Rusia no se halla acostumbrada á la paz, y es notorio que sale de cada lucha mas floreciente y próspera. Nuestras leyes siguen su curso, y si bien es verdad que se han convertido en objetos secundarios, no por ello sufrirán el menor perjuicio, pudiendo aseguraros que serán tolerantes, y que no perseguirán, ni matarán, ni quemarán á nadie. ¡Dios nos libre de una historia análoga á la del caballero de Labarre! Los jueces que se atreviesen á pronunciar semejantes sentencias serian encerrados en una casa de Orates (1).»

Dos años despues de referir detalladamente los triunfos de su ejército y la gran victoria de Tchesmé, escribia lo siguiente en contestacion á una carta en que Voltaire se acusaba de haber puesto bajo su proteccion una remesa de relojes: «No riñais á vuestros proveedores porque me han enviado un excedente de relojes; semejante gasto no me arruinará, y seria por cierto una desgracia el verme reducida á no poder disponer de tan insignificantes sumas siempre que las necesite. Os ruego que no juzgueis nuestra hacienda por la de los demás Estados de Europa, casi arruinados, pues me hariais una injuria. A pesar de que hace tres años que estamos en guerra, todo sigue su ordinario

(1) Correspondencia con Voltaire, C. XXI.

curso; desde dos años á esta parte no se ha creado nuevo impuesto alguno, pues la guerra tiene su consignacion fija, y una vez establecida esta, no sufren las demás partes la menor alteracion (1).»

Al escribir Catalina esta carta (2 de agosto de 1771), sus ejércitos habian conseguido nuevos triunfos. Los turcos acababan de sufrir una derrota en Isatcha en el curso inferior del Danubio, y si bien el gran visir, avanzando hácia Bukharest, habia venido á los Rusos, no supo sacar partido de su victoria, y sus enemigos recobraron la ventaja en tres combates consecutivos. El gran visir se retiró entonces á las montañas de la Bulgaria, mientras que Romanzof, pasando de nuevo el Danubio, tomó sus cuarteles de invierno en la orilla derecha del rio, en Moldavia y en Valaquia, infortunados países convertidos hacia un siglo en un continuo campo de batalla.

Durante la misma campaña, las líneas de Perekop, que Munich habia forzado cuarenta años antes, no pudieron detener á Dolgorouki encargado de combatir al khan de Crimea. En recompensa de aquella hazaña recibió el general el sobrenombre de *Krinski*, y Romanzof, el de *Zadounayski*, es decir, el Transdanubiano: Catalina daba á sus generales, siguiendo la costumbre romana, el nombre de los países que habian sido teatro de sus brillantes acciones.

En el mar, en las márgenes del Danubio y en la península tártara, marchaban los Rusos de victoria en victoria, cuando un terrible azote atajó su triunfal carrera: la peste introducida en Moscou desde Bender, assolaba varias provincias del imperio, y la supersticiosa ignorancia de los Rusos aumentaba de dia en dia la intensidad del mal. En vano los generales y ministros negaban la existencia del contagio; la misma Catalina que escribia que la peste se encontraba permanente en Constantinopla, pretendia cerrar los ojos á la evidencia; la epidemia hacia cada hora mayor número de víctimas, hasta que fué preciso reconocer el mal y pensar en los medios de combatirlo. Orlof se ofreció á cumplir con semejante deber, y el dia mas glorioso de la existencia de aquel favorito fué ciertamente aquel en que, arrojando los peligros del

(1) Correspondencia con Voltaire, C. LXXXVII.

contagio, sujetó á medidas preservativas el ciego y supersticioso pueblo de Moscou, á pesar de las instancias de sus amigos y de las lágrimas de su real amante.

Los estragos del mal se extendieron hasta Polonia, y fueron para Catalina un nuevo pretexto para acumular fuerzas militares en aquel país, en cuyas fronteras mandó formar un cordon sanitario, y perseguir á los defensores de la libertad, condenados todos á una encarnizada proscripcion. Los oficiales rusos mostraban inaudita crueldad contra los diseminados restos de la confederacion de Bar, y uno de ellos llamado, Drevitz, cobarde en el campo de batalla, pero paciente, astuto y habil en la guerra de emboscadas que sostenian los últimos cuerpos de la confederacion, sobrepujó por la atrocidad de su conducta á los mas sanguinarios enviados de la emperatriz; dejaba divagar por la campiña á bandadas de infelices á quienes habia cortado ambas manos, y uniendo la ironía á la crueldad, hacia desollar vivos á los prisioneros, de modo que su piel representase el traje polaco (1).

Desde el año anterior se hallaba en parte decidida la suerte de la Polonia. Dividiendo aquel país con sus intrigas, ocupándolo con sus ejércitos, dueña de darle por rey á quien mejor le pareciese, como lo habia probado la eleccion de Poniatowski, Catalina esperaba extender á él su dominacion lentamente, como por hábito, y agregar á la Rusia todas las partes esclavas y orientales de su territorio. Animada por semejante esperanza, fácilmente se deja comprender que no pensase en invitar á sus vecinos al remate de la presa que codiciaba para sí; pero el rey de Prusia calculaba de distinto modo. Federico, cada dia mas alarmado por las victorias de los Rusos contra los Turcos á pesar de fingir gran desprecio hácia los generales y soldados que las conseguian, y no menos inquieto respecto de los asuntos de Polonia, provocó su desenlace, pues como ha consignado él mismo en el prólogo de sus Memorias, deseaba con ardor la adquisicion de una parte de aquel reino. «La guerra de los Rusos con los Turcos, dice, ha cambiado todo el sistema político de Europa; ha abierto un nuevo camino, y seria preciso hallarse sumido en letárgica estupidez para no aprovechar tan excelente ocasion. Aprovechéla pues, sin vacilar, y á

(1) Rulhiere, *Hist de la Anarg. de Polon*, t. III, p. 121.

fuerza de negociaciones, logré indemnizar á nuestra monarquía de sus pérdidas pasadas (difficil es acertar á que pérdidas puede aludir Federico), incorporando la Prusia polaca á nuestras antiguas provincias. Semejante adquisicion era para nosotros de grande importancia en cuanto unia la Pomerania á la Prusia oriental, y nos hacia dueños del Vístula, ganando en ello la doble ventaja de poder defender este reino, y de sacar considerables derechos de aquel rio por el cual se hacia todo el comercio de la Polonia (1).»

¿Qué podia hacer, empero, para detener la invasora accion de la Rusia? ¿Recurrir á las armas? Las últimas heridas de la Alemania chorreaban todavía sangre, y el éxito de la guerra era dudoso. Quedaba el medio de la division de la Polonia, del cual resultaria un engrandecimiento proporcion 1 para las potencias vecinas de la Rusia, y Federico, que pensaba en él hacia mucho tiempo, solo esperaba ocasion propicia para proponerlo.

Para imponer su adopcion á la Rusia, tenia necesidad de la cooperacion del Austria, y en 1769 tuvo su primera entrevista con el emperador José II, en Neiss, Silesia. Ambos soberanos hablaron con amargura de la politica agresiva de la Rusia; José manifestó que no consentiria en que los Rusos se estableciesen en Moldavia y en Valaquia, y desde entonces los dos estados alemanes, olvidando sus prolongados altercados, tendieron á una alianza (2). En la segunda mitad del siguiente año, reuniéronse de nuevo Federico y José, yendo este acompañado de M. de Kaunitz, uno de los hombres mas distinguidos del siglo XVIII en la ciencia de la diplomacia y de las intrigas políticas. Kaunitz manifestó tambien el descontento y la inquietud que inspiraban los triunfos de Catalina, y declaró que María Teresa jamás permitiria que la Rusia se convirtiese en vecina del Austria por la ocupacion de los principados danubianos.

Aquella conferencia tenia lugar pocos dias antes de saberse en Alemania el desastre de Tcheshmé, y al recibir la fatal noticia, Federico y José sintieron aumentar sus inquietudes. En

(1) Prólogo de las Memorias, Obras Postumas, t. V.—Véase la série de artículos publicados en el *Diario de los Debates*, por M. E. Laboulaye, acerca de la primera division de la Polonia

(2) Rulhiere, *Hist. de la Anarg. de Polon.*, t. IV, p. 154.

aquel entonces el sultan pidió al emperador de Austria su intervencion como mediador pacífico entre él y la emperatriz de Rusia, y Federico, apoderándose de aquel hecho, hizo temer á Catalina una coalicion de la Turquía, del Austria, y de la Francia (1), si la emperatriz no atraia á su política á ambos Estados alemanes en provecho de sus comunes intereses. El príncipe Enrique de Prusia, hermano de Federico, marchó á San Petersburgo bajo el pretexto de emprender un viaje de recreo, é hizo saber á Catalina que los comunes intereses que podian convertir á dos vecinos fuertes y envidiosos en adictos aliados, eran la division de la Polonia (2).

La mision de mediador pacífico aceptada por el emperador de Austria, no habia producido el menor resultado á causa de las exorbitantes exigencias de la Rusia; Catalina imponia las siguientes condiciones, al mismo tiempo que en el preámbulo que las precedia, hablaba de su extremada moderacion; cesion de las dos Cabardies de Azof, y de su territorio; independenciam de la Crimea; secuestro por veinte y cinco años de la Valaquia y de la Moldavia como indemnizacion de los gastos de la guerra (la emperatriz deseaba acostumbrar aquellas provincias á la dominacion rusa, al igual de lo que se habia practicado en Curlandia y se practicaba en Polonia); libre navegacion del mar Negro, y finalmente, una isla en el Archipiélago para formar en el Medi-

(1) En 1770, el duque de Choiseul envió á los Polacos el coronel Dumouriez y les pagó un subsidio de 6,000 ducados mensuales. Dumouriez desplegó grande actividad, logró unir y conciliar los varios partidos de los confederados, llamó á ingenieros franceses, y organizó, en una palabra, las fuerzas y la resistencia de la Polonia. Por desgracia, la caída de Choiseul, acaecida en diciembre de 1770, sumió de nuevo al gobierno de Luis XV en su habitual apatía, y la Polonia quedó abandonada á sus solos recursos. Dumouriez continuó aun durante algunos meses organizando las fuerzas polacas y combatiendo al lado de los mariscales de Polonia. —Ruhliere *Anarg. de Polon.*, t. IV. l. XII y XIV.

(2) Castera, t. II, p. 171, dice que Catalina, al escuchar las proposiciones del príncipe de Prusia, contestó: «Aterrorizaré la Turquía y halagaré la Inglaterra; cuidad vosotros de seducir al Austria para que á su vez cautivé á la Francia.» Sin embargo, semejantes palabras que han debido ser ideadas en vista de los acontecimientos, parecen poco verosímiles de parte de tan ilustrada política como Catalina, y dan una idea erronea del papel que desempeñó Catalina en la division haciendo creer que la aceptó pura y sencillamente segun las miras de Federico.

terráneo un depósito ruso, y para tener un centro de acción á fin de adquirir un día todo el territorio griego.

«La política rusa, dice acertadamente M. Laboulaye, es siempre la misma desde hace tres cuartos de siglo.»

A aquellas inadmisibles condiciones contestó el Austria firmando un tratado con la Turquía (6 de julio de 1771), por el cual se obligaba á tomar la ofensiva contra la Rusia, mediante la promesa de ser indemnizada de los gastos de la guerra, y de obtener, al celebrarse la paz, la restitucion de las provincias de que le privara el tratado de Belgrado; al mismo tiempo reunió tropas en Hungría, é hizo penetrar un cuerpo de ejército en dos señorías de Polonia sobre las cuales tenia la corte de Viena pretensiones, tan antiguas, como poco justificadas. Federico entró tambien en territorio polaco, pues no podia dispensarse, dice en sus Memorias, de imitar el ejemplo del Austria: bajo pretexto de impedir que la peste se comunicara desde Polonia á sus Estados, ocupó la Prusia polaca, y agobió aquella provincia con tantas y tan crueles vejaciones, que la ocupacion rusa pareció un bien comparada con la ocupacion prusiana. «Los excesos á que se entregan en Polonia las tropas prusianas, escribe un contemporáneo (1), llegan ya á su mas alto grado. Federico ha arrebatado de Polonia siete mil doncellas de diez y seis á veinte años, y exige que por cada cierto número de fanegas, se le entregue una doncella, una vaca, una cama y tres ducados en dinero. Semejantes rigores han llevado á los habitantes hasta la desesperacion, y levantando el estandarte de la confederacion contra los prusianos, han publicado un manifiesto en el cual espresan no ser su intento atacar á los rusos, sino á sus nuevos opresores.»

La doble intervencion armada del Austria y de la Prusia en Polonia desconcertó los planes de Catalina (2); conoció la necesidad de contemporizar con Federico, y por otra parte, no ignoraba que las provincias occidentales de la Polonia, no comprendidas topográficamente ni religiosamente en la esfera de actividad de la

(1) Essen, citado por Hermann en su *Hist. de Rusia*.—*Diario de los Debates*, 7 de junio de 1855.

(2) «Parece, dijo al saber la entrada de los Austriacos en Polonia, que en aquel país no hay que hacer sino inclinarse para recoger su cosecha.» *Ruthiere, Anarg. de Poloa.* t. IV, l. XIII.

Rusia, se librarían de su influencia por un tiempo indefinido. Comprendió también que una división consagrada por pactos políticos y por la complicidad de la Alemania, ofrecía grandes ventajas, en cuanto le permitía considerar al momento como de su propiedad la porción de territorio que se había arrogado, é impulsada por estas razones, admitió las proposiciones del rey de Prusia: «La Rusia, decía Federico, puede indemnizarse de lo que le ha costado la guerra con los turcos, no ocupando la Valaquia y la Moldavia, para lo cual debería conseguir tantas victorias contra los austriacos como contra los musulmanes, sino eligiendo la provincia de Polonia que mejor le pareciese, pudiéndose asignar á la emperatriz reina una provincia limítrofe de la Hungría, y al rey, la parte de la Prusia polaca que separa sus Estados de la Prusia real. Con semejante nivelación política, quedaría casi equilibrado el poder entre las tres potencias (1).»

No faltó en el consejo de la emperatriz quien opinó posible evitar la división y hacer á la Rusia única señora de Polonia; Pannin pertenecía al número de los que así lo creían; pero Catalina prefirió á los azares del porvenir, adquisiciones inmediatas, sabiendo además que en la división le tocaría la mejor parte.

¿Qué hacían, empero, los últimos defensores de la Polonia mientras que sus vecinos disponían de su suerte y estipulaban las condiciones de un infame tratado? Ya hemos dicho que después de los desastres de los confederados de Bar, habíanse formado en las provincias polacas otras varias confederaciones, y Casimiro Pulaski, convertido por la muerte ó el cautiverio de todos los suyos, en primer jefe de los confederados, habíase unido con Zaranba, uno de los ciudadanos que más se distinguieron en aquel período de la historia polaca por sus cualidades militares y sus virtudes patrióticas. Juntos habían conseguido algunas victorias, y desesperando de atraer á su causa á Poniatowski, siempre débil é indeciso, declararon vacante el trono. Los rusos desplegaron entonces contra los jefes polacos considerables fuerzas; un general célebre así por su ferocidad como por sus triunfos militares, Souvarof, derrotó á Pulaski y á Dumouriez, y disgustado este por las dificultades que sin cesar nacían de las disen-

(1) *Memorias*, p. 60.

siones de los polacos, é irritado tambien por su derrota, regresó á Francia, dejando á aquellos un corto número de oficiales y soldados franceses que protestaron inútilmente, con su valor individual, contra el abandono en que su gobierno dejaba á la Polonia. Pulaski acudió á un recurso extremo, y trató de apoderarse del rey Estanislao Augusto á fin de despertar el entusiasmo de la nacion entera; su tentativa se verificó en noviembre de 1771; pero, frustrada por falta de acuerdo entre los principales conjurados, no tuvo mas resultado que apresurar la desmembracion de la Polonia.

El enviado, ó por mejor decir, el procónsul ruso en Varsovia, Saldern, tan altivo y cruel como Reppin, instaba la pronta realizacion de aquel acto que Souvarof facilitaba por sus victorias, y por los horribles estragos que causaba en las provincias polacas. Establecido el tratado de division entre las cortes de San Petersburgo y Berlin en 17 de febrero de 1772, presentóse un obstáculo del todo inesperado; el Austria, despues de haber aprobado al parecer los planes de la Prusia, despues de hacer penetrar á sus tropas en Polonia, se negaba á sancionar lo pactado por las dos potencias. María Teresa, descontenta de su hijo, habia recobrado el ejercicio del poder, y su probidad habia rechazado la infamia que le proponian; su corazon sintió generosos remordimientos, y sus labios pronunciaron estas nobles palabras: «Cuando mi imperio se hallaba invadido y no sabia donde encontrar un asilo para dar á luz mi hijo, esperaba en mi buen derecho y en el auxilio de Dios; pero ahora que el derecho clama contra nosotros, que la justicia y la razon nos condenan, confieso que siento un tormento mayor que el que jamás esperimenté. Considere el príncipe de Kaunitz el ejemplo que dariamos al mundo si vendiésemos nuestro honor por una parte de la Polonia ó de la Valaquia.» En el momento en que la soberana austriaca protestaba contra la iniquidad que iba á consumarse, parecia á Federico una mujer cargada de años sin fuerzas ni resolucion. «María Teresa, decía el implacable político, el rey desprovisto de todo sentido moral, habia perdido la energía y firmeza de que diera tantas pruebas durante su juventud, empezaba á dejarse dominar por una devocion mística, y se hacia cargo á sí misma de la sangre derramada en las anteriores guerras.»

María Teresa no tuvo la gloria de sostener hasta el fin su noble propósito; Federico, *para manifestar que habia tomado un partido decisivo* (1), remontaba su caballería, y preparábase ostensiblemente para la guerra: era preciso, pues, auxiliar á la Polonia y combatir á la vez á Federico y á Catalina, ó ceder, aceptando, á pesar de las protestas, una parte de la presa en compensacion del honor. El dia 4 de marzo, la emperatriz reina accedió al tratado de division, y al pié de su firma, puesta en el tratado, añadió las siguientes palabras que han pasado á ser proféticas: «*Placet*, puesto que tantos y tan sábios personajes desean que así sea; pero mucho tiempo despues de mi muerte se conocerán los resultados de haber menospreciado cuanto ha sido tenido por justo y sagrado hasta ahora (2).»

María Teresa no se habia engañado; si la Rusia, fiel al sistema de lenta invasion que le trazaron Pedro y Catalina, desborda sobre la Turquía, amenaza la Alemania, que parece no comprenderlo, si hace frente á las unidas fuerzas de la Francia y de la Inglaterra; si á la hora en que estamos la barbárie moscovita combate con la activa y pacífica civilizacion del Occidente, es efecto de haber derribado Federico y María Teresa el dique que debia proteger la Europa contra el torrente del Norte.

La Francia y la Inglaterra deben ser ahora las protectoras de la Europa, aun cuando solo sea para reparar la conducta que observaron cuando se firmó entre las tres potencias el tratado divisorio. El duque de Aiguillon, indigno sucesor de Choiseul, y Luis XV, que ni siquiera tenia la excusa de la ignorancia, puesto que su correspondencia secreta atestigua que se hallaba perfectamente instruido en los asuntos de la Polonia, no sintieron un arranque de indignacion ni de cólera, no se apiadaron del país al cual se hallaba unida la Francia por lazos de familia y de amor. La Inglaterra debe partir con nosotros la culpa que la historia nos achaca ya, pues preocupada con las turbulencias que agitaban sus colonias americanas, creyendo que su comercio nada tenia que temer de un hecho realizado en el corazon del continente europeo, así que las tres cortes le hubieron garantido

(1) Son sus propias expresiones.

(2) *History of England*, Mahon, t. V. p. 387. *Dia 10 de los Debates*, 7 de junio de 1855.

que ninguna de ellas se apoderaria de Dantzik, manifestó una culpable y egoista indiferencia, desoyó los prudentes consejos de su embajador en Constantinopla, M. Murray, abandonó la Puerta á sus únicos recursos, y el Austria á sus irresoluciones, siendo así que un escaso auxilio hubiera salvado á aquella, y conducido á esta al camino que no se atrevia á seguir.

El convenio de 4 de marzo de 1772 fué seguido de un tratado definitivo firmado en 5 de agosto del mismo año en San Petersburgo, y el Austria resolvióse á ser cómplice de la Prusia y de la Rusia, olvidando tambien el tratado que con la Turquía estipulara en 6 de Julio de 1771. En efecto, para no faltar al honor á medias consintiendo en desmembrar la Polonia, y favoreciendo á la Turquía, olvidóse de restituir al Divan un subsidio de cinco millones de florines que de él habia recibido como primer adelanto de la guerra que prometiera declarar á la Rusia. Kaunitz mostrábase muy aficionado á las divisiones, y si hemos de dar fe á una carta escrita por el príncipe Galitzin á Panin (1), el ministro de María Teresa «pensó que quizás no habria necesidad de concretarse á la Polonia, si esta no pudiese proporcionar suficientes medios para realizar una division igual entre las tres cortes, pues podria despojarse de alguna porcion de territorio á algun otro estado que lo tenia de sobras.» La toma de posesion de las provincias que las potencias usurpadoras arrancaban á la Polonia, se habia fijado para el mes de setiembre de 1772, y para dar una apariencia legal á su iniquidad, las tres cortes imaginaron un singular expediente, colmo de irrision y de desprecio hácia la pobre Polonia: hicieron aceptar la desmembracion por la misma dieta, la que votó aquella medida como cuestion interior y medio de salvacion.

El dia 2 de setiembre de 1772, notificóse al rey y al senado el tratado de San Petersburgo, invitándole al mismo tiempo á convocar una dieta extraordinaria *que se ocupase en la completa pacificación de la república*. Dicha notificacion iba acompañada de una declaracion de Stackelberg, ministro de Rusia, sucesor de Repnin y de Saldern, en la que recordaba «las repetidas ocasiones en que las potencias vecinas de la Polonia habian sufrido las

(1) Citada en el t. V de la *Hist.* de M. Hermann.

consecuencias de los desórdenes de la república; enumeraba los servicios prestados á la Polonia por Catalina, la cual, de acuerdo con Federico, habia hecho todo lo posible para lograr la libre y legal eleccion de Estanislao, el candidato mas digno del trono, y el mas aceptable para sus conciudadanos y vecinos. Por desgracia, el espíritu de discordia habia frustrado las mas legítimas esperanzas; las facciones asolaban la república: no existia justicia, ni policia, ni comercio, y las tierras quedaban sin cultivo. La proximidad de tales desórdenes comprometia la existencia de los estados vecinos de la Polonia, y la inminente destruccion del reino amenazaba alterar la armonía de las tres cortes. En tan críticas circunstancias era urgente tomar un partido definitivo, y por esto las tres potencias se habian puesto de acuerdo para restablecer en Polonia el orden y la tranquilidad. Sin embargo, como al impedir la ruina y descomposicion arbitraria de aquel reino por un próspero resultado de la armonía que reinaba entonces entre ellas, las tres potencias no podian contar en adelante con tan feliz combinacion teniendo como tenian pretensiones respecto de varias partes de la república, habian convenido entre sí en aducir al mismo tiempo sus antiguos derechos y legítimas pretensiones relativas á las posesiones de la república, que cada una de ellas podria justificar en tiempo y lugar oportunos. En su consecuencia, S. M. el rey de Prusia, S. M. la emperatriz reina, y S. M. la emperatriz de todas las Rusias, despues de comunicarse recíprocamente sus derechos y pretensiones, y de fallar sobre ellas en comun, debian tomar un equivalente proporcionado á las mismas, y ponerse en efectiva posesion de las partes de la Polonia que les parecian mas convenientes para establecer en adelante entre sus estados un límite mas natural y seguro.— SS. MM. han creido de su deber anunciar sus intenciones á toda la nacion polaca en general, é invitarla tambien á desterrar ó á impedir al menos todo deseo de turbulencias y de seduccion, á fin de que reuniéndose legalmente en dieta, pueda cooperar con las tres cortes al sólido restablecimiento del orden y de la tranquilidad (1).»

Diez años de ocupacion y tiranía rusa no habian ahogado en

(1) Caslera publica integro este documento, t. II, l. VII p. 216.

los corazones polacos el amor á la patria y á la libertad, y los esparcidos miembros de las confederaciones, los últimos defensores de la Polonia, lanzaron un grito de indignacion al ver que iban á ser repartidos como vil ganado, en nombre de las mismas razones que hubieron debido protegerlos, la justicia, el derecho, la seguridad pública: una protesta unánime invocó en Varsovia el tratado de Oliva, especie de paz de Westfalia que habia establecido un siglo antes el equilibrio de los estados del Norte, y fijado los límites de la Polonia; el mismo rey unió su voz á los clamores generales; apeló del tratado divisorio á la Francia, á la Inglaterra, y hasta á las tres cortes usurpadoras; pero todo fué inútil. Federico habia dado orden de tratar militarmente á los Polacos que se rebelasen y á los nobles que intentasen oponer obstáculos á las innovaciones que se introdujesen en su patria. Los polacos acudieron entonces al último recurso, á la fuerza de inercia, y no reunieron su dieta, esperando quizás un auxilio extranjero, mas la corte de Viena propuso fijar la apertura de la asamblea para el dia 19 de abril de 1773, amenazando en caso de que los nuncios no se presentasen en Varsovia con dividir entre las tres potencias la Polonia entera: mientras esto sucedia, las tropas extranjeras invadieron todas las provincias polacas, aun las que no habian sido designadas para la desmembracion, y recibieron orden de vivir en ellas como en país conquistado.

Efectivamente la dieta tuvo su primera sesion el dia 19 de abril de 1773, pero entonces se presentó un nuevo obstáculo; no podia contarse con la unanimidad, pues era casi seguro que algun animoso ciudadano opondria su *liberum veto*, aunque fuese con riesgo de su vida, para anular las decisiones de la dieta. Por otra parte, si la abolicion del *liberum veto* era posible para déspotas que nada habian respetado, debia tenerse en cuenta que Repnin habia tomado algunos años antes bajo su proteccion aquel vicio de la constitucion polaca, y que la Rusia contaba utilizarlo con el tiempo. En tal situacion, los aliados allanaron la dificultad declarando á la dieta confederacion, de modo que la unanimidad cesaba de ser un requisito indispensable; además, para impedir el ruido y escándalo que podrian producir en el seno de la asamblea algunos entusiastas patriotas, rogose á aquella que nombrase una comision provista de plenos poderes para discutir y

establecer cuanto se referia al establecimiento del orden. Estanislao manifestó un resto de energía, y apeló de nuevo á la Francia y á la Inglaterra, de acuerdo con los Czartoryski y algunos senadores, pero amenazado con su deposicion, enmudeció, y ni siquiera tuvo valor para librarse de tan crueles humillaciones abdicando su corona. La comision votó en nombre de la confederacion cuanto exigieron las tres potencias (1), y en setiembre de 1773, la Rusia, la Prusia y el Austria declararon que sus justas pretensiones habian sido aprobadas y legalizadas por una asamblea polaca.

La primera desmembracion de la Polonia arrebatábale mas de cinco millones de habitantes; la parte que la Rusia se adjudicó (3,440 leguas cuadradas) contenia un millon ochocientos mil; la que tocó al Austria (2,700 leguas cuadradas) dos millones y medio, y finalmente la provincia con tanto ardor deseada por Federico solo contaba 900 leguas cuadradas y ochocientos sesenta mil habitantes. Estraño pareceria el desprendimiento del rey de Prusia á no recordar sus proyectos de peaje en el Vístula, y no considerando que su vecindad era muy peligrosa para Dantzick, á pesar de que á petición de la Inglaterra, el tratado divisorio habia consagrado la independencia casi absoluta de aquella plaza mercantil (2).

No bastaba desmembrar la Polonia; era preciso impedir que aquel desgraciado país tratase de rehacerse con el tiempo por medio de la concordia y de generosos esfuerzos, y con este objeto las tres potencias arrebataron á los mutilados restos de aquel reino, á los cuales consentian en dejar algunos años mas de agonía, el derecho de alterar en lo mas mínimo la antigua constitucion revisada y reformada por ellas. Escudadas en el ridículo pretexto de intervencion amistosa, declararon la corona de Polonia electiva perpetuamente, escluyeron toda candidatura extranjera, para que las fuerzas polacas no se uniesen con las de algun Estado vecino, establecieron entre el rey, el senado y la nobleza un pretendido equilibrio propio solo para eternizar las disensiones, confirmaron por fin aquel *liberum veto* que habia perdido á su víctima,

(1) Pulaski pasó á América y mandó una legion al servicio de los Estados Unidos, siendo muerto por una bala de cañon en el sitio de Savannah en 1779.

(2) Dantzick continuaba dependiendo de la Polonia, si bien solo de nombre; un escaso tributo era el único lazo de sujecion que con ella la unia.

y se manifestaron resueltas á mantener y conservar, con preferencia á todo, aquel funesto privilegio de la nobleza polaca.

Una vez tomadas estas medidas, quedó entre el Bug, confluente del Vístula, el curso superior de este rio, y el Vilia, confluente del Niemen, un territorio que llevaba todavía el nombre de polaco; pero la Polonia habia muerto, habia desaparecido toda barrera entre la Rusia y la Alemania: la ejecucion del testamento de Pedro el Grande habia ya empezado, y la Rusia penetraba poderosa y fuerte en la esfera de accion de la política europea.

Poco antes de las intrigas y últimas negociaciones relativas á la division de la Polonia, el palacio de San Petersburgo habia tenido su revolucion: Orlof no reinaba ya en él. El favorito habia disgustado á Catalina con su desprecio y altivez: no satisfecha aun su ambicion con los honores y las riquezas que le prodigaba su real amante, aspiraba á elevarse hasta el trono, ó al menos á formarse un reino en las provincias que las victorias de la Rusia iban á arrancar al imperio turco. Con semejante designio, tomó á su cargo el presidir las conferencias que debian verificarse en Foksani para tratar de la paz durante un armisticio estipulado entre ambos ejércitos, y Panin, que continuaba secretamente su enemigo, aprovechó su ausencia para perderle. Catalina á cuarenta y tres años conservaba todo el ardor de las pasiones juveniles, y al verse casi abandonada por Orlof, eligió otro amante en la persona de Vassilitchikof, su teniente de guardias, jóven sin talento y sin esperiencia, pero agradable para la emperatriz por su agraciado rostro, sus anchas espaldas y su vigor atlético. Panin que le juzgó apto para la realizacion de sus designios, prodigóle sus consejos, opuso aquella naciente influencia al antiguo hábito que abogaba por Orlof, y Catalina, ciegameute enamorada de su nuevo amante, le colmó de honores y le nombró su chambelan. Instruido Orlof de lo que sucedia por uno de sus amigos, creyó que bastaria su presencia para restablecer su favor, y, abandonando las conferencias que no producian el menor resultado á causa de las exorbitantes pretensiones de la Rusia (1), corrió á San Petersburgo; mas llegado á las puertas de la ciu-

(1) Las mismas que antes hemos indicado con motivo de la intervencion del Austria.

dad, un mensajero de Catalina le prohibió pasar adelante. Orlof herido de estupor, guardó un silencio feroz; habia soñado el imperio, y se veia precipitado de nuevo entre la muchedumbre; sin embargo, sin proferir una queja, se retiró á Grastchina, una de sus quintas, hasta que repuesto de aquel golpe inesperado, marchó á ostentar en pomposos viajes un lujo mas que real, mostrando á las cortes de Europa lo que producía el amor de Catalina. Vuelto á Rusia algunos años despues, intentó recobrar su favor; logrolo por un instante, pero aquel hombre por tanto tiempo amado por su soberana, aquel cómplice del asesinato de su esposo y de los placeres de su juventud, no tenia la fuerza ni el ardor juveniles, de los que Catalina se mostraba cada dia mas ávida, y olvidado otra vez, le veremos ceder definitivamente su lugar á Potemkin, destinado á sobrepujarle en favor, en despotismo, y en los mas monstruosos excesos de la omnipotencia.

Las negociaciones de Foksani no habian producido resultado alguno; poco despues fueron continuadas en Bukharest entre el mariscal Romanzof y el gran visir Mussum Oglou sin mejor éxito, y las hostilidades empezaron de nuevo en la primavera de 1773. Abierta la campaña, viéronse privados los turcos del auxilio de los tártaros de Crimea, cuyo khan se habia puesto bajo la proteccion de los Rusos, entregándoles las fortalezas de Kertch y de Yenikalé que abrieron á sus buques, dueños ya del mar de Azof, la entrada del mar Negro. A pesar de su defeccion, los turcos se hallaban en estado de combatir con mas ventaja que antes: el caballero de Tott, triunfando de su indolencia, habia logrado introducir el órden y la actividad en sus arsenales; el capitán bajá Gazi-Hassan, acababa de reunir y de armar una escuadra mas numerosa que la destruida en Tchesmé, y finalmente, el gran visir tomaba en persona el mando del ejército del Danubio. El éxito de la campaña de 1773 correspondió á tan animosos esfuerzos, y los turcos pelearon casi siempre con ventaja; en un primer encuentro en las orillas del Danubio, envolvieron á catorce mil rusos y les hicieron seiscientos prisioneros, entre los cuales se contaba un hermano de Repnin; Silistria, heroica entonces como en nuestros dias, rechazó á Romanzof que la sitiaba, y finalmente, el gran visir derrotó en la márgen izquierda del rio un considerable cuerpo de rusos.

Otra campaña semejante, y la Turquía hubiera quizás salido con honor de aquella guerra desastrosa, mas por desgracia los triunfos no continuaron: el sultan Mustafá III murió á principios de 1774, y su hermano Ald-el-Hamed que le sucedió, hizo varios esfuerzos para continuar con energía la guerra. Romanzof habia recibido considerables refuerzos, y con ellos se arrojó sobre la orilla derecha del Danubio, y mientras los generales Souvarof y Kamenskoï conseguian señalados triunfos, los turcos vencidos en todas partes, se desorganizaron, causándoles mas perjuicio la indisciplina que las victorias de los enemigos. El gran visir operó con tal desacierto, que fué acorralado en Schumla por las tropas de Romanzof, y cortado de sus almacenes y del grueso de su ejército, y no pudiendo retirarse, ni combatir, ni recibir socorros, decidióse á pedir la paz.

Los plenipotenciarios se reunieron en un lugar llamado Kainardji; en las nuevas conferencias, los rusos extenuados por la guerra, cedieron un poco de sus pretensiones de Foksani, y reclamaron la sesion de Azof, Tangarok, Kinburn, Kerteh, Yenikale, en el estrecho que une el mar de Azof con el mar Negro, y de las dos Cabardies, en el istmo caucasiano; la libre navegacion del mar Negro, el paso de los Dardanelos, con la condicion empero, de no tener mas que un buque armado en los mares de Constantinopla, y el reconocimiento por el sultan de la independencia de la Crimea, que codiciaba hacia mucho tiempo la ambicion de Catalina (1) (21 de julio de 1774).

Semejante tratado ponía en su colmo el poder de la emperatriz; la division de la Polonia, sus conquistas contra la Turquía, habian ensanchado considerablemente los límites del imperio al paso que las nuevas relaciones con los pueblos griegos del mar Negro y las escalas del Levante, abrian al comercio ruso un manantial de inmensas riquezas. La Rusia era no solo el imperio mas vasto sino tambien el mas poderoso, y la Europa entera celebraba la gloria de Catalina por medio de Federico cómplice y adulador interesado, del anciano Voltaire que, desde el fondo de su retiro, no cesaba de elogiar á la grande soberana, de Diderot que marchó á San Petersburgo para prestarle homenaje y hablar con

(1) *Recopilacion de Tratados de Martens*, t. IV, p. 607.

ella de legislación, de política, de libertad, de los derechos de los pueblos, sin considerar que así él como la filosofía toda eran vanos juguetes en manos de aquella mujer astuta, mas sagaz que todos los filósofos y políticos de Francia del siglo XVIII.

La prosperidad interior distaba mucho de corresponder á la gloria y grandeza aparentes. La peste habia assolado el mediodía de la Rusia y despoblado las ciudades y aldeas; la hacienda se hallaba agotada por la guerra y las prodigalidades de la soberana, y en el mismo momento en que sus maquinaciones agregaban á sus Estados una parte de la Polonia, la crueldad y opresion de sus gobernadores arrojaba del imperio á seiscientos mil de sus antiguos súbditos. Entre Kasan y Astrakan, en las llanuras del Volga que Catalina pretendia colonizar y poblar de infinitas ciudades, divagaban, desde los primeros tiempos de la Rusia, las nómadas tribus de los Tougouths ó Eleuths; colocadas bajo la dependencia del gobierno de Astrakan, tributarias de la corona, pagaban fielmente sus impuestos, daban al ejército valerosos soldados, y no pedian mas favor que vivir en paz bajo la ley de sus antepasados; sin embargo, el gobernador de Astrakan les sometió á la vigilancia de un delegado el cual ejerció con ellos las mas duras vejaciones, apoderóse de gran parte de sus ganados, insultó á su khan, y mandó azotar al ministro de aquel gefe. Los Tougouths elevaron inutilmente sus quejas hasta San Petersburgo, y reuniéndose entonces en consejo los ancianos de la horda, resolvieron abandonar el territorio ruso y emprender, á través del Asia, el largo camino que siguieran antes sus abuelos. Durante los últimos dias del año 1770 pusieronse en marcha; en vano se enviaron en su persecucion algunos regimientos encargados de detenerles ó combatirles; trescientos mil individuos de aquel pueblo murieron en el camino de hambre y de fatiga, pero la otra mitad atravesó los rios y los desiertos, y volvió á encontrar, bajo la proteccion de la China, al pié de los montes del Thibet, los pastos que abandonaron sus antepasados.

La peste, los apuros rentísticos, y la emigracion de seiscientos mil habitantes del imperio, no eran para Catalina los mas graves motivos de preocupacion. En las apartadas regiones que en tiempo de Alexis habian sido teatro de la temible rebelion de Stenka-Razin, se habian presentado sucesivamente seis impos-

tores bajo el nombre de Pedro III desde 1767 á 1774; el recuerdo de los Dmitris vivia aun entre el Volga, el Don y el Dnieper, y no faltaban aventureros dispuestos á revindicar la corona con riesgo de su cabeza. Los cinco primeros impostores habian sido presos fácilmente y ajusticiados; pero el sexto amenazó trastornar el imperio. Hijo de un cosaco del Don, habia servido como simple soldado de caballería en el ejército enviado por Isabel contra la Prusia en 1756; en 1769, despues de haber asistido á la toma de Bender, bajo las órdenes del general Panin, pidió su licencia, y habiéndosela negado sus superiores, desertó. Errante desde entonces por las llanuras de la Ukrania, avivaba su odio contra los dominadores del imperio por medio de sus frecuentes conversaciones con los siervos que deploraban la opresion de sus señores, los estragos de la peste, y las miserias de la guerra; entre el bajo clero, entre los sacerdotes que echaban de menos los antiguos usos y los antiguos privilegios, el cosaco Imeliano Pugatchef encontraba tambien innumerables descontentos.

Cierto dia, mientras servia en el ejército de Panin, un oficial ruso, despues de mirarle atentamente, le dijo: «Si el emperador Pedro III, mi señor, no hubiese muerto, creeria verle en tí.» En otra ocasion un monje exclamó á su vista: «¡Cómo! ¿sois acaso el emperador Pedro III?» El clero aprovechó con avidéz la ocasion que ofrecia la semejanza del Kalmuko con el emperador asesinado, para derribar á una soberana que les era odiosa, y varios de sus miembros excitaron á Pugatchef á presentarse como Pedro III, le indujeron á buscar partidarios, y le prometieron su decidido apoyo. El cosaco se persuadió con facilidad; visitó sucesivamente á los sectarios raskolnits de la Pequeña Rusia, siempre perseguidos y siempre dispuestos á la rebelion, y á los cosacos del Don, entre los cuales se habia levantado en otro tiempo el ejército de Stenka-Razin; preso y acusado de pretender excitar una sublevacion, fué encerrado en la cárcel de Kasan, pero, evadiéndose con el auxilio de los popes, reclutó su gente en el vasto espacio que se extiende entre el Volga y el Yayk (1), y al creerse rodeado de un partido numeroso, declaró públicamente ser Pedro III, escapado por milagro al puñal de los asesinos.

(1) Aquel rio se llama ahora el *Ural*: Catalina cambió su nombre como tambien el de las montañas que le dan origen para hacer olvidar la rebelion de los Cosacos.

Los cosacos del Yayk, quejosos de las vejaciones que desde Pedro I les imponían los agentes del gobierno ruso por su amor á su antiguo traje y á su larga barba, dieron la señal de la rebelion. Pugatchef destruyó las colonias militares que Catalina habia establecido entre los dos grandes rios tributarios del mar Caspio, y derrotó luego á un coronel y á un general enviados en su persecucion. Los siervos cuya emancipacion proclamaba, los sacerdotes que le habian impulsado á la rebelion, y cuyas esperanzas halagaba, declaráronse al momento en su favor; los Baschiros, pueblos cazadores que viven en territorio ruso, los Kirghis, las tribus tártaras trasladadas por órden de Catalina al norte del mar Caspio, abrazaron el partido del rebelde, y los campesinos empleados en las minas y fundiciones del Ural, los polacos desterrados á Siberia, que entreveían con placer una ocasion de guerra y de venganza, todos los descontentos en fin, acudieron en tropel á alistarse bajo sus banderas.

Aquel salvaje que, fundado en la fealdad de su rostro kalmuko, reivindicaba el trono de Pedro III, era un hombre muy apto para el papel que se habia apropiado. Fiel á las lecciones del clero de Podolia, afectaba una piedad profunda, usaba el hábito episcopal, bendecia á la multitud, y decia por todas partes que las crueles desgracias de su vida y sus prolongados sufrimientos le habian enseñado á amar la calma y la moderacion; que su único deseo era elevar al trono al gran duque su hijo, y castigar al mismo tiempo á la sacrilega extranjera que habia intentado derramar su sangre para asegurar su usurpacion. Los siervos y los hombres de pobre condicion hallaban junto á él merced y amparo; pero mostrábase inhumano y sanguinario con los nobles y los ricos. La provincia de Orenburgo fué entregada al pillaje por las feroces hordas que le seguían, y desde aquel extremo del imperio el espíritu de rebelion propagóse á las provincias del este y del centro, y tambien hasta Moscou que siempre habia detestado la dominacion de Catalina.

La primera noticia de aquella rebelion habia causado muy poca inquietud en San Petersburgo, creyendo reducir á Pugatchef con igual facilidad que á los impostores que le habian precedido; pero al saberse sus sucesivas victorias, y al tomar su empresa el carácter de una gran insurreccion de la clase servil, sobrecogió-

ronse todos los ánimos de terror y de espanto. Catalina afectaba una completa confianza, y sin embargo, jamás se habia encontrado en situacion tan peligrosa. Moscou, que para el pueblo ruso continuaba siendo la primera ciudad del imperio, solo contaba una guarnicion de seiscientos soldados; Romanzof, guerreando entonces en el Danubio contra los turcos, no podía marchar en su auxilio, y los generales Bibikof y Galitzin, enviados contra los rebeldes, no disponian de fuerzas suficientes para intentarlo. Por ambas partes los manifiestos inundaban el imperio; en uno de los suyos, prometia Catalina cien mil rublos á quien diese muerte al impostor, y éste promulgaba ukases en los cuales emancipaba de una vez á todos los siervos, y hacia acuñar medallas con su efigie y esta inscripcion: Pedro III *redivivus et ultor*.

Sin embargo, en aquel momento eran necesarios otros medios que manifiestos y medallas; si Pugatchef hubiese marchado contra Moscou de la que podia fácilmente apoderarse, habria sin duda conquistado el imperio; mas, embriagado con sus triunfos, seguro ya de su victoria, gastó el tiempo en vanas demostraciones, cometió contra los nobles inauditas crueldades, y al presentarse Bibikof, toda la nobleza de las ciudades del Volga corrió á reforzar el ejército de aquel general. Trabóse entonces entre los rebeldes y las tropas regulares una obstinada lucha, y despues de un combate indeciso bajo los muros de Orenburgo, Bibikof fué sorprendido y muerto. Galitzin acudió presuroso en auxilio de su compañero, y dispersados los rebeldes por sus tropas, Pugatchef buscó un asilo entre las selvas y las montañas. Reuniéronse allí sus errantes soldados, y con ellos reapareció mas formidable que nunca. Derrotado, empero, cerca de Kasan, cuyos arrabales habia incendiado, pasó el Volga y marchó al desierto, seguido por trescientos cosacos, restos de su ejército. Innumerables campesinos, Kalmukos y Baschiros corrieron otra vez á su lado, y aquella vez tomó resueltamente el camino de Moscou. Sin embargo, era ya tarde: acababa de firmarse la paz de Kainardji, y Romanzof se adelantaba á marchas forzadas para defender aquella plaza; no atreviéndose á presentar la batalla, Pugatchef se replegó de nuevo hácia el Volga, tomó y saqueó la ciudad de Saratof, y apoderóse de otras varias fortalezas, sembrando á su paso la muerte y el incendio. El astrónomo Lovitz que se ocupa-

ba en levantar los planos de un proyectado canal entre el Volga y el Don cayó en su poder, y le hizo levantar sobre la punta de las picas para que estuviese, dijo, mas cerca de las estrellas.

En su camino puso sitio á Tsaritzin, y esta ciudad situada á orillas del Volga inferior, hubiera sufrido igual suerte que Saratof, cuando se presentó Panin al frente de un ejército regular. Sorprendido Pugatchef en un desfiladero y completamente derrotado, despues de haber combatido con su habitual valor, arrojóse al Volga, pasó el rio á nado, y por tercera vez penetró en los desiertos del Volga y del Ural. Allí meditaba volver á empezar de nuevo aquella guerra de devastacion y de pillaje, cuando tres de los suyos, vendidos á los generales rusos, le sorprendieron y le entregaron al enemigo atado de piés y manos, despues de dos años (noviembre de 1774) de rebelion. Dueños del terrible Kalmuko, los generales rusos le enviaron á Moscou en una caja de hierro, y el senado junto con una comision instituida para juzgar al rebelde, condenáronle á tener sus manos y piés cortados, y á ser luego descuartizado vivo. Sin embargo, Pugatchef no sufrió aquel doble suplicio; el verdugo sintió piedad hácia aquel hombre que habia proclamado la emancipacion de los siervos, ó quizás creíale efectivamente su soberano y le decapitó; en castigo de su desobediencia cortósele la lengua, fué penado con el knout y desterrado á Siberia.

Durante el último año de la rebelion de Pugatchef, el palacio habia visto un cambio de favor que fué causa de grandes acontecimientos; Vassilitchcof despues de diez y ocho meses de privanza habia cedido su puesto á su antecesor Orlof, el cual no gozó de él mucho tiempo: por su astucia, por mil medios ingeniosos y pacientes habia un hombre encendido ardientes deseos en el apasionado corazon de Catalina, y aquel hombre era Potemkim.

La entrada de aquel hombre en el lecho de la emperatriz es una fecha memorable, no solo en la crónica íntima y en la vida escandalosa de Catalina, sino tambien en la historia de Rusia. Gregorio Alexandrovitch Potemkim habia nacido en 1736 de una familia de simples caballeros; soldado en los guardias de caballería, distinguióse por su zelo en la revolución de 1752; fué designado para custodiar á Pedro III, preso en Peterhof, y apretó con su rodilla el pecho del emperador junto con Alexis el Acuchi-

llado, elevándosele en recompensa al grado de coronel de los guardias de la corona. Todo en su conducta demuestra que desde aquel momento soñó la alta fortuna á que se hallaba destinado; su único objeto era acercarse á la soberana, agradarla, logrando por fin penetrar en el íntimo círculo en que la emperatriz, olvidando el peso de sus grandezas, se distraía de las fatigas del poder en compañía de algunos súditos privilegiados. Su elevada estatura, su noble presencia, su rostro gracioso y expresivo, hechizaron los ojos de la soberana, y al recobrar Orlof su favor, al reanudar con Catalina los lazos de la costumbre mas que del amor, mostróse el coronel mas atrevido, mas apasionado. Como en otro tiempo Soltikof, afectó una tristeza profunda, habló de tomar el hábito religioso, y derramó abundantes lágrimas. ¿Amaba realmente á Catalina? Su biógrafo lo afirma (1), pero es permitido pensar que amaba tambien el poder, y que deseaba gozar de sus encantos. Catalina tenia veinte años mas que cuando cedió al chambelan Soltikof, y como entonces dejóse conmever por las lágrimas y amarguras del amor. Potemkin participó del favor de Orlof, pero esto no le bastaba; queria que Catalina fuese únicamente suya. Su presuncion fué cruelmente castigada, pues los Orlof que veian comprometida su fortuna, le insultaron, le llenaron de golpes, y le privaron de un ojo. Apartado de la corte, Catalina sintióse conmovida al saber su desgracia; la ausencia dió mas vivacidad al amor que por él sentia, y en una ocasion en que Orlof se hallaba en la caza, llamó á Potemkin y le instaló definitivamente en su palacio, sin que por ello arrojase de él á su antiguo favorito; por el contrario, mantúvole á su lado, y procuró reconciliarle con Potemkin, ya fuese en recuerdo de su pasado amor, ya para no exasperar al hombre á quien tan alto elevara, ya para contener con su presencia la desenfrenada ambicion de su nuevo amante. En efecto, aprovechando este la pasion que habia sabido inspirar, atribuíase la direccion de todos los negocios, exigía costosas é innumerables gracias, hacia gala respecto de la emperatriz de una familiaridad las mas de las veces insolente, é imponia su despótica voluntad, no solo á la corte entera, sino tambien á Catalina. Sus primeros actos fueron tomar parte en el consejo, y

(1) *Vida del príncipe Potemkin feld mariscal al servicio de la Rusia, en tiempo de Catalina II.*, sin nombre de autor, Paris 1768.

ocupar el cargo de vice-presidente de la guerra, y luego, cuando hubo medido la extensión de su favor, ambicionó como Orlof el título de esposo; sin embargo, la debilidad de Catalina tenía un límite insuperable; sufría los caprichos, el enojo, y hasta según aseguran sus contemporáneos, los golpes de sus favoritos; pero había resuelto no enagenar jamás su despótica omnipotencia: la amante, indulgente y débil, convertíase en la altiva emperatriz cuando los que dividían su lecho querían participar de su trono, y Potemkim vió, como Orlof, frustrada su esperanza; pero más diestro que su rival comprendió la inutilidad de sus instancias, y solo pensó en sacar el mejor partido posible de su papel de favorito, el único á que podía aspirar.

Los desórdenes habían cesado por fin en el interior del imperio; Catalina y su nuevo amante hicieron un viaje á Moscou en 1775, poco despues de la ejecucion de Pugatchef, y el pueblo de aquella ciudad recibió friamente á su soberana, aclamando por el contrario al gran duque con trasportes de entusiasmo. Catalina llamó á la antigua capital del imperio al vencedor de los Otomanos, el inclito Romanzof, y colmóle de honores y presentes lo mismo que á Alexis Orlof y á cuantos generales se habían distinguido en la lucha. Todos los soldados y marineros de Tchesmé recibieron ricas gratificaciones y una medalla con la palabra rusa *bouil* (Estaba allí); levantáronse arcos de triunfo; públicos regocijos celebraron la gloria y el engrandecimiento del imperio, y Catalina, al disminuir las cargas públicas, abolió solemnemente los impuestos creados por las necesidades de la guerra.

La paz exterior y el reposo interior produjeron medidas legislativas y ukases de administracion. Dióse vivo impulso al comercio del mar Negro; los Rusos que se dedicaban á las empresas mercantiles, fueron exceptuados de la capitacion y del servicio militar, y los campesinos que se hacían mercaderes fueron emancipados con la condicion de pagar anualmente á la corona un reducido cánon. Publicáronse varias leyes protectoras de la agricultura y de la industria, y estableciéronse fábricas; las colonias del Volga destruidas por Pugatchef, se elevaron otra vez de sus ruinas, y edificáronse nuevas ciudades en todos los ángulos del imperio. Catalina planteaba, y en esto estriba la gloria de su reinado, los elementos todos de civilizacion, menos el que

parecian designar á su particular atencion los pasajeros triunfos de Pugatchef: la elevacion de los siervos á la clase de hombres y de pueblo, pues si bien es de presumir que semejante medida entrañaba todos los peligros de una revolucion, que mas que la obra de un reinado debia ser la obra del tiempo, tambien lo es que en los numerosos ukases de Catalina no se encuentra disposicion alguna referente á la emancipacion de las clases inferiores de la sociedad rusa, á no ser la accesion de los siervos poseedores de cien rublos á la última clase de los mercaderes (1).

Potemkim, que habia tomado en estas medidas una parte muy activa, era el personaje mas influyente, y en cierto modo el alma del consejo imperial, cuando se supo en San Petersburgo que la emperatriz tenia un nuevo amante, creciendo de punto la admiracion general al tener noticia de que Potemkim continuaba habitando en palacio y conservaba todo su favor.

Al elegir á Potemkim, Catalina habia hecho del título de favorito un empleo regular: el hombre que satisfacía sus deseos, recibia cien mil rublos el dia de su instalacion, y el primero de cada mes encontraba doce mil en su aposento; su mesa era diariamente servida para veinte y cuatro comensales, y el mariscal de la corte tenia orden de subvenir á todos sus gastos; en la embriaguez de sus sentidos, Catalina era mas que generosa, y mostraba una inaudita prodigalidad. Sin embargo, si su amor era para el elegido una fuente de riqueza, no dejaba de llevar consigo muchas y muy pesadas cargas: la emperatriz no era ya jóven, pues contaba cuarenta y cinco años, y si bien era todavia bella, ayudada por todos los recursos del arte, era zelosa, hacia que su favorito la acompañase continuamente, y no le permitia salir de palacio sin su permiso, ni hablar con ninguna otra mujer.

Librarse de las cargas del empleo y conservar sus beneficios, tal era el sueño de Potemkim desde que habia renunciado á la esperanza de ser el coronado esposo de la emperatriz. Un jóven Ukraino, Zavadofski, habia llamado la atencion de la emperatriz, y Potemkim recibió la orden de viajar; mas, léjos de obedecer, so-

(1) La iniciativa de semejante disposicion pertenece á Pedro el Grande. Los mercaderes se hallaban divididos en cinco clases: la primera comprendia los poseedores de 100,000 rublos; los de 50,000 la segunda; los de 20,000 la tercera; los de 10,000 la cuarta, y los de 400 la quinta.

licitó de Catalina su amistad á falta de su amor, y obtuvo permiso para quedarse en palacio conservando sus empleos y su voto en los negocios. Sin embargo, no contento aun y temiendo la influencia de su sucesor, pensó en evitar este peligro eligiendo él mismo al favorito, y el agraciado Servio Zoritz reemplazó á Zavadofski gracias á sus esfuerzos. Entonces tuvo lugar el mas escandaloso tráfico que se haya jamás verificado en un palacio soberano; Zoritz compró á Potemkim por cien mil rublos, la fortuna que esperaba de los favores de la emperatriz, y despues, cada nuevo atleta pagó el mismo tributo al antiguo amante, por los honores, las condecoraciones y riquezas con que la augusta emperatriz recompensaba sus noches de voluptuosos placeres.

En aquella época (1776), murió de parto la primera esposa del gran duque, y como en aquel momento se encontraba en San Petersburgo el príncipe Enrique de Prusia, por causas no del todo extrañas á la segunda division de la Polonia, Catalina, fiel al sistema prescrito por Pedro el Grande de elegir en Alemania sus alianzas de familia, encargó al hermano de Federico que procurase la union de su hijo con una princesa de Wurtemberg. El gran duque, seguido del mariscal Romanzof, partió para Berlin, de donde regresó á principios de 1777, acompañado de Sofia Dorotea de Wurtemberg, que tomó el nombre de María al abrazar el rito griego, y que debia ser madre de Alejandro, de Constantino y de Nicolás (1).

En medio de las intrigas palaciegas y de los preparativos de conquistas en el mediodía del imperio, Catalina nada omitía para aumentar su influencia en el norte, y empleaba cerca de las cortes de Dinamarca y de Suecia igual proceder que en Polonia y en Turquía: las maquinaciones, la corrupcion, el oro sembrado á manos llenas. La emperatriz habia hecho revivir la influencia que tuviera la Rusia en Dinamarca en tiempo de Pedro el Grande, y si bien al ceñir la corona declaró abandonar los proyectos de guerra que no habian sido una de las menores causas de la caida de Pedro III, mantenía suspendida semejante amenaza sobre la corte de Copenhague. El ministro ruso no tenia que hacer mas sino pronunciar la palabra Holstein para que todos se incli-

(1) Tuvo además otro hijo llamado Miguel, nacido en 1798 y cinco hijas.

naran ante su voluntad, y Saldern, el mismo que fué enviado despues á Varsovia, hizo sufrir á la corte danesa el cruel despotismo que ostentan los embajadores rusos entre sus vecinos débiles; su sucesor Philosophof le imitó, y si bien por un momento, Struensée, poderoso ministro, ensalzó el partido nacional y humilló á la faccion rusa, al ser decapitado el audaz favorito, parecia que la Dinamarca, como la Polonia, como la Crimea, debia convertirse en un preconsulado ruso, cuando otro ministro, Bernstorff compró á precio de oro á Philosophof y á Saldern: los embajadores tenian mision de corromper, y fueron corrompidos. Bernstorff logró sorprender á la misma Catalina, y bajo pretexto de que la posesion del Holstein la colocaba bajo la dependencia del imperio, persuadióla á que consintiera en el cambio de aquel territorio por los ducados de Oldemburgo y de Delmenhorst, cedidos poco despues por el gran duque Pablo al príncipe obispo de Lubeck. El tratado de permuta fué firmado en Kiel el dia 16 de noviembre de 1773, y fué aquella una de las raras circunstancias en que la Rusia ha salido perdiendo de una negociacion. La gravedad de los asuntos de Polonia, que absovia en aquel entonces toda la atencion de la emperatriz, no fué sin duda extraña á semejante resultado.

En Suecia, iguales maquinaciones que en Dinamarca. El reinado de Federico Adolfo (1743-1771) habia ofrecido una larga série de turbulencias, durante la cual las dos facciones de *gorros* y *sombreados*, adicta la primera á la Rusia, y la segunda á la Francia, se habian disputado el poder. El sucesor de Federico, Gustavo III, apoyado en el embajador de Francia, sacudió el yugo de la Rusia, y derribó de un solo golpe de Estado, el senado vendido al cande Ostermann (1), embajador ruso, y la faccion de los gorros entonces dominante. Ostermann y Razoumoufski, que le reemplazó algunos años despues, no cesaron de agitar la Suecia; todos los medios les parecian buenos para turbar el interior del Estado, y no contentos con ejercer una pública seducccion, predicaban abiertamente la rebelion. Tales excesos llegaron á su colmo en 1776; jamás plenipotenciario alguno habia hollado con mayor audacia el respeto hácia los soberanos, los deberes de la hospitali-

(1) Hijo del ministro de Catalina I.

dad y las obligaciones de su cargo (1). En la misma época, los considerables armamentos verificados en Cronstadt sembraron la alarma en Estokholmo, y Gustavo, dirigiéndose personalmente á Petersburgo, tuvo una entrevista con Catalina en la residencia imperial de Tsarsko-Zelo. La emperatriz aseguróle que solo abrigaba intenciones pacíficas, pero la fingida cordialidad de ambos soberanos ocultaba por una parte ambicion y orgullo, y por otra, enemistad y odio; y la contienda que debía lanzar de nuevo al campo de batalla á la Suecia y á la Rusia se hallaba únicamente suspendida. Gustavo III, que bajo cierto aspecto, cometió gravísimas faltas, tiene un gran mérito á los ojos de la historia: perteneció al corto número de soberanos que lucharon con valor durante el siglo XVIII contra la desenfrenada ambicion de la Rusia.

Si Catalina desperdiciaba la ocasion de combatir con la debilitada Suecia, debe atribuirse á que la ocupacion de la Crimea era la idea que en aquel momento acariciaba. Al separar á los tártaros de la soberanía otomana, la Rusia se habia procurado los medios de mezclarse en los asuntos de la Península, y en 1776 aprovechó las divisiones que excitara entre la familia de sus jefes para derribar al khan adicto á la Puerta, y reemplazarle por Sahim Gherai, eleccion que, forzosa como la de Poniatowski, debia producir iguales resultados. A Sahim-Gherai, opusieron los turcos el khan Selim-Gherai, y sus partidarios atacaron y dieron muerte á la guardia rusa, bajo cuya proteccion se encontraba Sahim. Catalina aprovechó tan excelente ocasion de intervencion armada, y las tropas rusas marcharon á pacificar la Crimea como habian pacificado la Polonia. El destronado khan buscó un asilo en Constantinopla, solicitó socorros, y ofreció tributar otra vez á la Puerta el homenaje que antes recibia; pero Romantzof manifestó al Divan que colocada la Crimea bajo la proteccion de la Rusia, la emperatriz no abandonaria á Sahim aun cuando debiese empezar de nuevo las hostilidades. No contento aun, el embajador ruso elevó pretensiones no menos injustas respecto de la Valaquia y la Moldavia, pues fundada Catalina en un artículo del tratado de Kainardji que le permitia ejercer un patronato di-

(1) Lesur, *Progreso del imperio ruso*, p. 226.

recto en favor de los habitantes griegos de ambos principados, atrajo á sus Estados á gran parte de los mismos, quiso hacer á los demás independientes, y pretendió impedir que los gobernadores ú hospodares fuesen depuestos sin causa conocida. A semejantes reclamaciones, añadió algunas quejas acerca de las trabas puestas por la Turquía al comercio ruso, de modo que la Rusia violaba los tratados y se quejaba á un tiempo mismo. El pueblo de Constantinopla, en furor, pedía á grandes gritos la guerra, y allanó la residencia del embajador ruso; pero extenuada la Turquía por sus pasadas derrotas, y disuadida de la guerra por M. de Saint-Priest sucesor de M. Vergennes, si bien no su imitador en política, cedió sobre el punto principal, y por el tratado de 10 de marzo de 1779, reconoció la absoluta independencia de la Crimea y la soberanía del khan elegido por los rusos. Por su parte, consintió la Rusia en desistir de sus pretensiones sobre la Valaquia y la Moldavia, pues Catalina que no había tenido otro objeto que asustar al sultan con numerosas demandas, se retiraba después de dar un gran paso hácia la conquista de la Crimea, con intencion de reaparecer en breve y completar su total invasion.

M. de Saint-Priest tuvo entonces la triste satisfaccion de merecer los favores y presentes de la Rusia por el zelo que desplegara en pro de los intereses de aquella potencia (1); no se crea, sin embargo, que hubiese traicion por su parte; su conducta era efecto únicamente de un cambio en la política francesa, y en las alianzas que desde la elevacion de Catalina habían agrupado los varios Estados europeos: la importante cuestion de la neutralidad armada acababa de desunir á la Rusia y á la Inglaterra, y antes de demostrar su influencia general declarándose protectora de los intereses mercantiles del mundo, la Rusia debía servir de mediadora á la Alemania.

Habíase encendido de nuevo la guerra entre el Austria y la Prusia á causa de la Baviera, revindicada por la primera de aquellas potencias, y Catalina decidida á intervenir en ella, intimó á María Teresa y á José que retirasen sus tropas de aquel Estado, y publicó un manifiesto en el cual pretendía hallarse interesada en la tranquilidad de la Alemania y en la conservacion del equi-

(1) Catalina le dió diamantes por valor de unos 60,000 rublos de plata, y le señaló una pensión. Castera, t. III l. IX, p. 53.

librio europeo, y decia querer garantir los resultados del tratado de Westfalia, que ni siquiera hace mencion de la Rusia. La presencia de tres ejércitos rusos en Polonia daba gran peso á su declaracion; reunióse un congreso sin pérdida de momento, y Catalina hizo que en él la representára el príncipe Repnin, su ordinario pacificador, y en 13 de mayo de 1779 firmóse la paz de Teschen entre la Prusia y el Austria bajo la presion de la Rusia.

Semejante hecho demuestra con evidencia el engrandecimiento del poderío ruso; pero cuando, por una parte, las naciones marítimas accedieron á la *neutralidad armada* y colocaron su comercio bajo la proteccion de la Rusia; cuando, por otra, la humillada Inglaterra cifró en su alianza sus esperanzas de salvacion y le propuso condiciones excepcionales para que rompiese el pacto que tan funesto le era; pudo Catalina creerse el árbitro de los destinos de Europa, y fué realmente la primera soberana del mundo.

La Inglaterra, desde sus victorias marítimas contra la Francia y la España, pretendia gozar de la absoluta dominacion de los mares; creia poder prescindir por el ascediente de su marina de toda alianza continental; sus arbitrarias medidas, sus altivas pretensiones, hicieron nacer en todas las cortes un sentimiento universal de repulsion, cuando estalló la insurreccion de las colonias de América. La alianza de la Francia y la España con los Americanos, la imponente actitud tomada por ambas potencias, y los primeros acontecimientos de aquella guerra, hicieron conocer al gabinete británico los malos efectos de su negligencia y le impulsaron á enviar á San Petersburgo uno de los mas famosos diplomáticos ingleses, el caballero Harris, luego lord Malmesbury, que ha dejado sobre aquel período de la historia europea los mas interesantes documentos (1). Harris encontró á Catalina intimamente unida con la Prusia, como era natural en el momento de la paz de Teschen, y aliada con la Francia, donde el gobierno leal y honrado, pero tímido de Luis XVI, habia reemplazado hacia cuatro años (2) á la escandalosa administracion de Luis XV. Panin, que continuaba ministro, consideraba de sumo

(1) *Diaries and Correspondance of James Harris first earl of Malmesbury.*

(2) Harris marchó á Petersburgo en 1778.

interés el buen acuerdo entre la Prusia y la Rusia, y como Federico odiaba á la Inglaterra, era difícil que la Rusia, mal dispuesta hacia muchos años para con la arrogante soberana de los mares que habia intentado varias veces oponerse á su comercio, pudiese aliarse con ella; esto no obstante, Harris sedujo á Potemkin, y lisongeóse de triunfar de la influencia de Panin con el auxilio del gran proveedor del lecho imperial.

Sin embargo, en materias políticas Catalina escuchaba más á sus ministros que á sus amantes, y Potemkin tan influyente en otras ocasiones, perdió entonces su trabajo. En vano Harris halagó las ambiciosas ideas de Catalina sobre Constantinopla, y trató de darle á entender que la corte de Londres podria entrar en sus miras; mas todo cuanto logró limitóse á grandes distinciones para él, á la promesa de una amistad sincera respecto de la Inglaterra. En aquel entonces ocurrió un incidente que fué causa de la famosa coaliccion de los neutrales: dos buques rusos fueron capturados en el Mediterráneo por los Españoles, y confiscados con todo su cargamento, y cuando Harris esperaba que aquella provocacion impulsaria á la Rusia á abrazar la alianza de la Inglaterra contra la España y la Francia, dicha circunstancia sugirió á Catalina y á Panin la idea de fijar por medio de leyes el derecho de los neutrales y de proteger aquella legislacion por la fuerza de las armas.

En un manifiesto de 26 de febrero de 1780, Panin estableció por primeros principios: 1.º En los buques neutrales puede navegarse libremente de puerto en puerto y por las costas de las naciones que se hallen en guerra; 2.º que los objetos pertenecientes á los súbditos de dichas potencias fuesen libres á bordo de los buques neutrales, escepto las mercancías de contrabando; 3.º que para determinar los caracteres de un puerto bloqueado solo se diese tal denominacion á aquel cuya entrada ofreciera un evidente peligro á causa de las disposiciones de las fuerzas que lo ataquen; 4.º si alguna de las potencias neutrales era hostilizada en su comercio, debian las demás unirse á ella en defensa del derecho comun...»

Esta declaracion fué enviada á todas las potencias marítimas sin que siquiera llegara á saberlo el caballero Harris; la Francia, la España, la Suecia, la Dinamarca, el Austria, el Portugal y Ná-

poles se adhirió sucesivamente á ella; mas el gabinete de Londres eludió toda clase de esplicación, disfrizó su contestacion y acabó por rechazarla enteramente. Sin embargo, en vista del aislamiento en que se encontraba ante gran parte de la Europa y sus colonias rebeldes, la Inglaterra ofreció poco despues á la Rusia reconocer la máxima contenida en el artículo 2.º de la declaracion: esto es que el pabellon cubre la mercancía, si consentia en celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra la Francia. Además, Harris propuso á Catalina la sesion de la isla de Menorca, sabiendo el deseo que abrigaba Catalina de poseer un puerto en el Mediterráneo donde pudiese preparar sus futuras agresiones contra la Turquía.

Catalina preferia, empero, á los ofrecimientos y servicios de la Inglaterra, de que hasta entonces habia prescindido, el papel de legisladora y protectora de los mares, y Harris gastó inútilmente sus guineas en seducir á Potemkin y algunos otros personajes sin que su influencia produjese los apetecidos resultados. El diplomático inglés ha insertado en sus Memorias un diálogo que revela la vigorosa inteligencia de la emperatriz, y en el cual conviene esta á la Inglaterra por su altivez, su reserva, y su egoismo; Harris, de cuyas palabras se deduce que la Inglaterra se juzgaba muy débil, se esfuerza en reanimar el odio de Catalina contra la casa de Borbon..... En que os perjudica, preguntóle la emperatriz, esa neutralidad, ó por mejor decir esa *neutralidad armada*? — En mucho, señora; establece nuevas leyes... Confunde á nuestros amigos con nuestros enemigos.... — Hostilizais mi comercio, capturais mis buques, y queréis que no me irrite cuando mi comercio es mi hijo! No hablemos mas de esto; no podríamos ponernos de acuerdo; mas escuchad lo que voy á deciros: haced la paz. pues la ocasion es oportuna. Entregaos á mí con absoluta confianza.... Deseo con ardor sacaros del apuro; pero es preciso que os presteis á ello, que me lo rogueis.... Abandonad todo rezelo, deponed toda altivez, ó de nada respondo; sed claros, francos y leales, y respondo de todo. — Vuestra Magestad Imperial abriga un alma harto elevada para abandonarnos; no consentirá jamás en que diga la posteridad que durante su reinado estuvo la Inglaterra próxima á su ruina sin haberla tendido una mano. — Estoy cansada de ser generosa; ¿debo serlo siempre sin

que nadie lo sea conmigo? Dejad mi comercio en reposo, no captureis los pocos buques con que cuento, que, segun os he dicho ya, son hijos mios; y si deseo que mi pueblo sea industrial ¿como puede oponerse á ello una nacion filósofa? — Haremos todo lo posible en favor de vuestros buques, pero supongo que Vuestra Magestad Imperial no pretenderá que todas las naciones gozen de igual derecho en virtud de la neutralidad armada. — Os repito que es una *nulidad armada*, y que la sostendré siempre. — Y levantándose, añadió: — Adios caballero, no olvidareis la importancia de nuestra conferencia... Dad un paso por vuestra parte; en mi calidad de mujer no exijo mucho (1).»

Aquella entrevista y las negociaciones que la siguieron no produjeron resultado alguno; la Inglaterra arregló sus asuntos sin la mediacion de la Rusia, y Catalina que habia conocido su poder por las instancias con que era solicitada su alianza, entregóse con nuevo ardor y confianza á la realizacion de sus designios contra la Turquía. Sin embargo, antes de seguirla en la última fase de su reinado exterior, debemos referir las nuevas revoluciones de su serrallo.

Despues de un año de favor, el Servio Zoritz habia cansado á Catalina, pero esta vacilaba en despedirle á causa de su carácter violento, y de la intencion que manifestara públicamente de dar muerte á su sucesor. El que aspiraba á su empleo era un teniente de policía llamado Acharof, hombre mas semejante á Hércules que á Apolo; pero, á pesar de tan recomendable circunstancia, fué rechazado. Entonces Potemkin, que necesitaba dinero, presentó á la emperatriz un húsar que servia bajo sus órdenes, pero Zoritz se encolerizó de tal modo, que Catalina, intimidada, no se atrevió á decidirse todavía; sin embargo, pocos dias despues, armada de todo su valor, concedió á Zoritz pensiones, una enorme suma en dinero contante y siete mil siervos, añadiendo á estos dones la orden de viajar, si bien no se resolvió á darle un sucesor hasta verle ausente, temerosa de sus violencias. «La corte y la ciudad solo se ocupaban de semejante acontecimiento,» dice Harris sorprendido de ver tan débil en amores á la mujer que admiraba tan fuerte en política.

(1) Esta conferencia tuvo lugar en francés: Harris la escribió luego de llegar á su casa.

Catalina mandó llamar á uno de sus antiguos favoritos de quien conservaba agradables recuerdos, pero Potemkin que le temia, sustituyole un hombre llamado Korkak ó Korsakof, y la emperatriz retiróse á un pueblecillo de Finlandia, perteneciente á Potemkin para saborear las primicias de su nueva pasion. Cansada del favorito al cabo de muy poco tiempo, presentáronse varios pretendientes á la vacante plaza, sostenidos unos por Potemkin, otros por Panin y Orlof, el cual habia acabado por resignarse á abandonar sus antiguas esperanzas lanzándose al vil y lucrativo comercio de Potemkin, y otros en fin, por sus hermosas y robustas formas. Aquel fué el momento del supremo escándalo; decíase que Catalina iba á tomar á la vez varios favoritos; tod jóven dotado de varonil belleza era la esperanza de su familia, y veíase á los rivales que solicitaban los fáciles favores de la emperatriz, estentar á su paso su atlética musculatura. Un aspirante que no habia logrado su deseo, dióse él mismo de puñaladas, y Catalina en quien hacían profunda impresion semejantes infortunios, experimentó, al saberlo, un vivo dolor. Finalmente, Korsakof tuvo por sucesor al jóven guardia Landskoi; Catalina contaba entonces cincuenta y un años, y en aquella edad de reposo y calma para las pasiones, vióselas entregarse con furor á su nueva pasion. Entre los amantes de su vejez, Lansdkoi fué el mas querido, el que le hizo experimentar mayores placeres; si bien es cierto que jóven y dotado de una belleza que rayaba en la perfeccion, poseia además, cualidades que Catalina no habia visto en sus predecesores: afable y desinteresado, era tambien generoso y noble, y su carácter no esplica el lugar que ocupó entre tantos hombres prostituidos. Su nombre es en la impura lista, el que menos desprecio inspira; bastante afortunado para no sobrevivir á su vergonzosa fortuna, no se le vió como á Zoritz ó á Korsakof retirado tranquilamente en sus haciendas, ostentando y derrochando las sumas que debían á sus complacencias para con una querida próxima á ser sexagenaria.

Mientras manchaban tantos escándalos el interior del palacio no cesaba de aumentarse en el exterior la influencia de la Rusia: en el rompimiento acaecido entre la Inglaterra y la Holanda, Catalina se declaró protectora de los holandeses, á pesar de que no se hubiesen estos adherido á la neutralidad armada, y ofreció

su mediacion que la Inglaterra no se atrevió á rechazar. Proscritos los jesuitas de Europa, la emperatriz les propuso ir á establecerse cerca de su trono, y dirigió en su defensa una carta al Papa, en la cual prometia su proteccion al jefe de la Iglesia latina: «...Vuestra Santidad, le decia, debe rechazar todo temor, pues sostendré con todas mis fuerzas los derechos que habeis recibido de Jesucristo (1).»

En medio de tales esfuerzos para extender su supremacia, Catalina no perdía de vista la Turquía ni la Crimea, objeto inmediato de su ambicion. En 1780, José II, cuya inquieta actividad no era ya refrenada por la moderacion de María Teresa, muerta hacia muy poco tiempo, visitóla en San Petersburgo, y fijó con ella el proyecto de una futura desmembracion de la Turquía y restauracion de las repúblicas griegas. Para hacer adoptar sus designios por aquel príncipe mas ambicioso que político, Catalina le prometia, ya favorecer el cambio de la Baviera contra los Países Bajos, ya sostener á pesar de la Inglaterra y de la Holanda sus pretensiones relativas á la abertura del Escalda, y á la posesion de Ostende, dondè proyectaba establecer un puerto militar.

Mientras realizaba tan vastos designios, las reformas, las medidas administrativas, las instituciones de toda clase, las construcciones de ciudades y de monumentos, las mejoras militares; se sucedian sin interrupcion, y en 1782, San Petersburgo, que desde su fundacion no habia cesado de engrandecerse y hermosearse, vió inaugurar la famosa estatua de Pedro el Grande, debida al cincel de Estéban Falconet, escultor francés. Desde los pantanos de la Carelia trasladóse á la plaza de Petersburgo una roca en bruto de peso tres millones doscientas mil libras, y encima de aquel grandioso pedestal, emblema de la naturaleza subyugada por el genio, se representó á Pedro, vestido á la romana, coronado de laureles y montando un brioso caballo que pisaba la serpiente, símbolo de la envidia. En el pedestal escribióse junto con la fecha de 1782, estas solas palabras que comprenden la historia de Rusia:

(1) Castera inserta la carta íntegra, t. III p. 110. Catalina promete en ella proteger á los Jesuitas, les invita á que se reúnan junto á ella, habla vagamente de la futura reconciliacion de ambas Iglesias, y termina con las singulares palabras que hemos citado.

PETRO PRIMO, CATHARINA SECUNDA.

Instituyéronse dos nuevas órdenes; la una, la de San Vladimiro, destinada á recompensar los servicios prestados en los empleos civiles; y la otra, la de San Jorge, cuyo gran cordon solo podia conferirse á los generales que hubiesen alcanzado una victoria á lo menos. Durante aquel tiempo, Potemkin fundaba la ciudad de Kherson, en la embocadura del Dnieper, y sentados los cimientos de aquella naciente poblacion en 1778, cinco años despues, estos en 1783, contaba cuarenta mil habitantes, y botaba al agua desde sus astilleros numerosos buques mercantes y de guerra.

Aquel establecimiento militar, dirigido contra la Turquía, era el principio del tercer acto y desenlace de la paciente conquista de la Crimea. Sahim-Gerai habia sido elevado á la dignidad de khan con el único objeto de servir de instrumento á la ambicion rusa, y apenas se halló en el poder cuando se presentó un embajador para desempeñar á su lado el papel de Repnin en Polonia, al mismo tiempo que se le conferia el cordon de Santa Ana y el grado de teniente coronel de los guardias de Preobrajenski, honores subalternos que le degradaban á los ojos de los tártaros, para quienes eran igualmente odiosos los rusos, sus costumbres y su gobierno. Los agentes de Catalina inspiraban al khan aficion á sus hábitos, á sus prodigalidades, á sus orgías, y sobre todo á su disciplina militar, y mientras que el inmoderado aumento de sus gastos excitaba universales murmullos, el embajador ruso irritaba el descontento de sus súbditos, favorecia sus conspiraciones, y obligaba por fin al espantado Sahim á fugarse á la isla de Taman, implorando el auxilio de la Rusia.

Aquella era la ocasion con tanta impaciencia esperada; las tropas reunidas mucho tiempo hacia para aquella expedicion, penetraron por todas partes hasta el corazon de la Crimea. Las disensiones intestinas impidieron á los tártaros el salir á la defensa de su territorio, y se limitaron á invocar el derecho de gentes; los invasores dejaban trás sí las mas violentas huellas á pesar de no oponer los tártaros la menor resistencia, y Sahim, halagado con promesas, fué enviado á Kaluga, cerca de Moscou, donde se vió expuesto á la mayor miseria y á los mas bárbaros tratamientos hasta que por fin fué abandonado á la venganza otomana:

lanzado á la frontera, fué capturado por los turces, enviado á Rodas, y condenado al último suplicio.

Para justificar aquella invasion preparada con tanta habilidad como perfidia, Catalina publicó un manifiesto en el que decia que «el amor del órden y de la tranquilidad habia llevado á los rusos á Crimea.. La natural inquietud y desasosiego de los tártaros habia minado el edificio que sus benéficos cuidados elevaron para su dicha, procurándoles la paz y la independenciam bajo la autoridad de un jefe elegido por ellos mismos... Finalmente, los gastos ocasionados por la necesidad de permanecer siempre armada para la proteccion de la Crimea, y el deseo de poner fin á tantas turbulencias, la obligaban á reunir al imperio ruso la península de Crimea y todo el Kouban, como justa indemnizacion de las pérdidas y gastos motivados para mantener en ella *la paz y la felicidad* (1).»

La península recobró su antiguo nombre de Táurida y el Kouban recibido el de Cáucaso; los tártaros fueron invitados á imitar la sumision, el zelo y la fidelidad de los pueblos que tenian la dicha de vivir bajo las leyes del gobierno ruso, y como se sublevasen gran número de ellos indiferentes á aquella paternal exhortacion, fueron pasados á cuchillo sin compasion. Potemkin, que habia preparado la invasion y que administraba la conquista, obtuvo el sobrenombre de *Táurico*, con el título de gran almirante del mar Negro.

La Turquía, indignada pero indolente, y abandonada á sus únicos recursos en cuanto la Francia, su antigua aliada, le aconsejaba conservar la paz (2), limitóse á refutar el manifiesto ruso, y en 1784 consintió en firmar otro tratado por el cual cedia sin combate la Crimea, el Kouban, nuevos derechos sobre el mar Negro, y 1.500,000 de sus súbditos.

El reposo que habia adquirido la Puerta á costa de tales concesiones, empleóse en reforzar los medios de hacerle la guerra. La Georgia no tardó en sufrir la suerte de la Crimea, y Heraclio y Salomon, soberanos de la Kachetie y de la Imerethia, seducidos por el oro al mismo tiempo que asustados por la imprevista presencia de los

(1) Castera, t. III, l. X, p. 194.

(2) La Francia acababa de salir con gloria de la guerra de América, y temia mezclarse en nuevas complicaciones.

ejércitos rusos, prestaron homenaje á Catalina. En Egipto, en el Danubio y en el Archipiélago, los cónsules rusos eran otros tantos emisarios encargados de corromper á los vasallos del sultán; Catalina protegía abiertamente á los hospodares desterrados como rebeldes; hacia destituir á aquellos á quienes no podía corromper, y cuanta mayor era la condescendencia del divan, elevábanse mas imperiosas las pretensiones de la Rusia. A estas cuestiones que los tratados no zanjaban, á estas usurpaciones siempre repetidas, uniéronse los ultrajes: en los círculos, en los teatros de la corte de San Petersburgo, el nombre otomano era entregado al odio y al ridículo; las artes todas celebraban la destruccion del imperio y de la religion de los califas; la imprenta daba á luz mil proyectos de division; la pintura representaba á Catalina reparando las ruinas de Grecia y hollando el estandarte del profeta. El segundo hijo del gran duque que habia recibido el nombre de Constantino, y sido amamantado por una nodriza griega, era el destinado para ocupar el trono de los emperadores de Bizancio; á Potemkin se le habia prometido el reino de Dacia, compuesto de la Moldavia, de la Valaquia y de la Táurida; y finalmente, los cortesanos veian ya trasladada la capital desde las heladas márgenes del Neva á las risueñas orillas del Pósforo.

Sin embargo, la muerte enviaba siniestros mensajes al seno de aquella corte embriagada de orgullo y de adulacion: Catalina veia disminuir cada dia el número de sus cómplices, y en breve debía quedar sola para sostener el peso del tiempo pasado. Panin murió en 1784, saciado de riquezas y de honores, y hacia dos años que Orlof habia perdido la razon; tratado por Catalina con admirable dulzura, entregado á mil extravagancias, estrañamente vestido, entraba en su aposento á todas horas, exclamando que los remordimientos habian apagado su razon, y que habia caido sobre él el juicio de Dios, horribles escenas que arrancaban copiosas lágrimas á los ojos de Catalina (1). Algunos meses despues, hirióla un infortunio mas cruel aun: perdió á Landskoi; atacado éste repentinamente de una enfermedad violenta, Catalina quiso cuidarle y pasar las noches á su cabecera; jamás hijo ni amante fueron cuidados con mas tierna solicitud. Murió, y Catalina, en-

(1) Castera, t. III, l. X, p. 151.

cerrada en la habitación mortuoria, desesperada, negándose á tomar el menor alimento, quiso tambien dejarse morir.

Singular espectáculo es el de aquella mujer á la vez sentimental y voluptuosa, dulce y altiva, débil por las pasiones, poderosa por el genio; y si su vida privada es una continua série de escándalos que debieron ejercer en las costumbres una perniciosa influencia y que nada puede justificar, es preciso no confundir á la emperatriz con Mesalina ni con Isabel ébria y abandonada en su lecho de lujuria al robusto Kalmuko y á los guardias Preobrajenski; su alma abrigaba mejores pasiones, y era susceptible de amor, de ternura y hasta de bondad.

Potemkin fué el único que logró consolarla, y se ha dicho que Catalina, al dejar el prolongado luto que se habia impuesto, se casó con él; semejante hecho no ha sido probado, pero sea cierto ó no, en nada alteró las relaciones del antiguo favorito y de la soberana.

El tratado secreto celebrado entre Catalina y José II cuando el viaje de éste á Rusia (1) habia despertado recelos en el anciano rey de Prusia, el cual no solo temia el futuro engrandecimiento de Catalina en Turquía, sino que abrigaba contra ella otro motivo de queja: la emperatriz le habia impedido apoderarse de Dantzick en el momento en que, á fuerza de trabas y vejaciones, arruinaba el comercio de aquella plaza y la obligaba á reconocer su dominacion. Para vengarse formó la liga llamada de los electores, en la cual tomaron parte todos los príncipes de Alemania, y que era una constante amenaza contra la ambicion de la Rusia. El rey de Inglaterra, cada dia mas descontento de Catalina, se apresuró á entrar en la liga en calidad de elector de Hannover, y Catalina, deseosa de castigarle, se negó por algun tiempo á renovar el tratado de comercio celebrado veinte años antes entre ambas naciones, del cual reportaban ambas grandes beneficios. Por el contrario, la Francia debió á la habilidad del conde de Segur, su ministro plenipotenciario en San Petersburgo, un tratado comercial que esceptuaba á las mercancías francesas de los enormes derechos impuestos por las aduanas rusas á los efectos extranjeros.

Aquellas estipulaciones provechosas para el comercio, la paz que reinaba en el imperio hacia algunos años, desenvolvian en las

(1) Semejante tratado lleva el nombre del lugar en que se celebró la entrevista, Mohilef á orillas del Dnieper.

provincias marítimas una prosperidad que, con otra administración en la hacienda, habría podido convertirse en real. Potemkin afirmó á Catalina que el imperio entero vivía en la abundancia, y para probarsele, indújola á emprender un viaje por las regiones meridionales. El famoso viaje, cuya gigantesca fantasmagoría excedió á cuanto habían imaginado hasta entonces para halagar á su soberano los mas ilustres cortesanos de Roma y de Bizancio, verificóse en 1787; el curso del Dnieper, obstruido por enormes rocas formando cataratas, llamadas los *Salto del Borysthenes*, quedó libre de aquellos obstáculos gracias á inmensos trabajos, y ofreció á las cincuenta galeras que conducían la soberana y su séquito, una fácil navegacion. Ambas orillas del rio, presentaban un alegre y animado espectáculo: veíanse lindas aldeas, magníficas ciudades á lo léjos, felices campesinos mezclando sus canciones y danzas á los rústicos trabajos, numerosos rebaños, prenda de bienestar y prosperidad; todo en una palabra, revelaba la dicha de aquellas comarcas, y Catalina no volvía en sí de su admiracion.

Sin embargo, aquellos cuadros no eran mas que apariencia, que una vana sombra evocada por un instante en medio del desierto por el oro y el capricho del déspota Potemkin. Aquellas lejanas ciudades eran miserables decoraciones de teatro; aquellas aldeas construidas para un solo día y nacidas la víspera, debían ser destruidas el dia siguiente; aquellos habitantes tan alegres y felices llevados de grandes distancias, marchaban bajo el látigo de parada en parada para reproducir á los ojos de la emperatriz su miseria convertida en contento, y sus sollozos en gritos de alegría. Partían, y el silencio del desierto recobraba sus derechos en aquella tierra admirada por su momentánea presencia.

El antiguo amante de Catalina, Poniatowski, habia querido ser de la fiesta, y esperaba á la emperatriz en Ranief, despues de una separacion de veinte y tres años. El rey de Polonia deseaba obtener algunos socorros y algunas concesiones en favor de su desmoronado trono: pero Catalina solo le dió el cordon de San Andrés. El emperador José II se habia dirigido tambien á Ekaterinoslaf para aumentar el número de los soberanos vasallos que seguían las huellas de la altiva emperatriz, y no contento con decir que su único deseo consistía en ser el mas ilustre de sus cor-

tesanos, no vaciló en adular á Potemkin, al cual confirió un lugar entre la antigua nobleza de Alemania creándole príncipe del imperio.

Llegada á Kherson, Catalina al recorrer el recinto de la ciudad leyó las siguientes palabras escritas con caracteres griegos en la puerta meridional: *Camino de Bizancio*. En la ciudad se encontraban gran número de extranjeros que parecían haber llegado para solemnizar el triunfal viaje: Franceses, ingleses, alemanes, españoles (1), polacos, tártaros, la Europa entera formaba el cortejo de la poderosa soberana de Rusia.

La emperatriz entró con pompa en Batschi-Serai y se hospedó con su séquito de emperador, de reyes y de príncipes, en el palacio del khan; por la noche vió de repente brillar en el horizonte inmensos surtidores de fuego: Potemkin había mandado iluminar una montaña (2). Al pasar por Pultava de regreso de aquella gran mágica escursion, dos ejércitos verificaron el simulacro de aquella batalla en que la paciencia y la cordura triunfaron del genio militar.

Al volver á Petersburgo, Catalina encontró la declaracion de guerra del divan. La Turquía había sacudido por fin su prolongada apatía; observó las intrigas urdidas en todas sus provincias por los agentes rusos; supó los futuros proyectos de restauracion griega y de coronacion del jóven Constantino en Constantinopla, y resuelta á no esperar que los rusos hubiesen terminado sus preparativos, tomó valerosamente la ofensiva. Los turcos presentaron en el Danubio un considerable ejército, y ochenta mil hombres se dirigieron á Oczakof, con objeto de cubrir aquella ciudad amenazada por la vecindad de Kherson, al mismo tiempo que entraban en el mar Negro diez y seis navíos, ocho fragatas y muchos buques de remos, bajo el mando del capitán bajá Gazi-Hassan, uno de los vencidos de Tchesmé, pero el mas valiente y entendido marino de Turquía. Los griegos, cuya fidelidad era

(1) Entre estos se encontraba el famoso Miranda, nacido en la America española; acusado por sus compatriotas de haber querido entregar la Habana á los ingleses, vióse obligado á huir, buscó un asilo en Rusia y luego en Francia, y fué sucesivamente general de Catalina y de la república francesa.

(2) Durante aquel viaje fueron fundados la ciudad y el puerto de Sebastopol en el lugar ocupado por una aldea tártara llamada Akhtiar.

justamente sospechosa, fueron desarmados, y un manifiesto invitó á los tártaros á volver bajo la dominacion del sultan.

La noticia de la guerra fué recibida en Petersburgo con extraordinaria alegría: la emperatriz la habia previsto hacia mucho tiempo y la esperaba con impaciencia. Sus preparativos estaban terminados hacia mucho tiempo, y al paso que tenia numerosas tropas en el Kouban, que otras se dirigian á Crimea, sus ejércitos se hallaban escalonados desde Kaminiéh á Balta. Potemkin, general en jefe de todas aquellas fuerzas, tenia á sus órdenes á Souvarof y á Repnin, los mejores generales rusos, pues Romanzof habia preferido presentar su dimision antes que obedecer al favorito. Una escuadra compuesta de ocho navíos de línea, doce fragatas y doscientos buques menores, penetró en el mar Negro, al mismo tiempo que otras dos fuertes escuadras, mandadas por oficiales ingleses, se preparaban á salir de Cronstadt.

Además, la alianza de José II aseguraba á la emperatriz un poderoso auxilio: aquel ambicioso y mal aconsejado soberano deseaba tanto como Catalina la guerra contra los turcos, y ochenta mil Austríacos marcharon contra la Moldavia; todo parecia presagiar la ruina del imperio otomano; sin embargo, como si no fuesen bastantes aquellos preparativos militares y aquellos terribles armamentos, Catalina recurrió á su arma ordinaria: invocó la justicia y publicó un manifiesto en el cual reconvenia á la Turquía por su injusta agresion... Provocada por la ofensiva conducta del Divan, vefase reducida bien á su pesar, á recurrir á las armas, como al único medio que le quedaba para mantener los derechos que á costa de tanta sangre habia adquirido, y vengar su dignidad ofendida por la violencia de que habia sido víctima su ministro (1) en Constantinopla. Inocente de cuantos males originase la guerra, tenia derecho de esperar, no solo el auxilio de la divina Providencia y de sus aliados, sino tambien los votos del mundo cristiano para el triunfo de la justa causa que debia defender.» En apoyo de aquel manifiesto que invocaba contra los otomanos al cielo y á la tierra, Catalina hizo publicar varias profecías de los patriarcas Jeremías y Nicon, vaticinando la próxima ruina de Constantinopla. Organizábase una cruzada semejante á la que

(1) Segun la bárbara costumbre de los Turcos, habia sido encerrado en el castillo de las Siete Torres.

terminara de un modo tan funesto á orillas d el Pruth en 1711.

Los dos embajadores franceses, M. de Segur en San Petersburgo, y M. de Choiseul-Gouffier en Constantinopla, emplearon en vano indecibles esfuerzos para conjurar el peligro que amenazaba la Turquía. Las hostilidades habian empezado al pié de los muros de Kherson y de Oczakof; los turcos creyeron sorprender la fortaleza de Kilburn que defendia á Kherson por la parte del Oeste, mas fueron rechazados por Souvarof, quien se distinguió por su valor tanto como por su ferocidad. Potemkin habia atacado á su vez la plaza fuerte de Oczakof (1788).

Sitiada y tomada aquella ciudad por Munnich durante la guerra de 1733, habia sido restituida á los turcos por el tratado de Belgrado, y dueños estos otra vez de ella habíala fortificado de un modo formidable. Potemkin pensó vencer los obstáculos naturales precipitando contra la plaza á sus innumerables soldados; mas como sus operaciones, hijas de una concepcion gigantesca, eran conducidas con la falta de órden y de actividad que caracterizaba su talento, fueron en un principio infructuosas. En tanto un hijo de Romanof se apoderaba de Chokzim, y los turcos veian destruida su escuadra del mar Negro, á pesar de haber combatido con valor desesperado. Las tripulaciones de los buques que habian encallado para librarse del general desastre, fueron pasadas á cuchillo por Souvarof, cuya cruel vigilancia guardaba la costa.

La toma de Oczakof en 1789 coronó dignamente aquellos triunfos; despues de diez meses de una defensa heroica, aquella ciudad fué tomada por asalto y entregada á una matanza que duró tres dias y tres noches, mientras que Souvarof alcanzaba el renombre de Rinniski derrotando á los turcos en las orillas del Rinnik, en el momento en que acababan de dispersar á treinta mil austriacos. Como en las anteriores guerras, estos eran menos afortunados que sus aliados, y á pesar de los esfuerzos de su soberano que pretendia ser un segundo Carlos V, y á quien habian exaltado algunos triunfos obtenidos al abrirse la campaña, eran continuamente derrotados, aumentando sus reveses la gloria de las armas rusas.

Sin embargo, mientras las fuerzas de Catalina se hallaban de aquel modo ocupadas en el mediodía del imperio, el rey de Suecia se armaba, y de acuerdo con la Inglaterra y la Prusia se

preparaba para sorprender San Petersburgo. Una inquietud general habia por fin sobrecogido á la Europa al contemplar el famoso viaje de Crimea y al proclamar Catalina su cruzada mas política que religiosa contra el imperio otomano. La Francia minada por la sorda agitacion que debia en breve estallar y producir su gran revolucion, unida entonces á la Rusia por su reciente tratado de comercio, permanecia simple espectadora del debate. La Inglaterra, irritada á la vez á causa de la neutralidad armada, de los privilegios otorgados á la Francia, y de la suspension de sus convenciones mercantiles, prometia subsidios á la Turquía, prohibia á sus oficiales y marineros el alistarse en favor de la Rusia, pero no intervenia directamente. La Prusia imitaba semejante conducta; Federico II habia muerto en 1786, y Federico Guillermo II su sobrino y sucesor intrigaba en Polonia y mostrábase muy poco benévolo respecto de la Rusia; pero tampoco se declaraba de un modo formal y positivo. La España, cuya dignidad habia sido ofendida varias veces por la corte de San Petersburgo, habia prometido vengarse prohibiendo á los buques rusos la entrada del estrecho de Gibraltar; pero hallábase muy estenuada por las últimas guerras para poder realizar su resolucion. La Dinamarca, amenazada por el enorme engrandecimiento del poderío ruso, sufría aun la influencia del tratado que le abandonara el Holstein, y no pensaba en empuñar las armas; Gustavo III fué el único entre los vecinos de la Rusia que se atrevió á declararle la guerra y á hacer una diversion en el norte, mientras que la guerra de Turquía retenia sus escuadras y ejércitos en el mediodía.

Hemos hablado anteriormente de la conducta y de las intrigas de los agentes rusos en Estockholmo, y del primer viaje de Gustavo III á Petersburgo en 1777; la neutralidad armada habia por un instante aliado á la Suecia y la Rusia sin poner fin sin embargo á las maquinaciones rusas, y en 1783 verificóse una segunda entrevista en la ciudad de Frederiks-Kanim, á solicitud de Catalina. La emperatriz que preparaba entonces sus armamentos contra la Turquía, propuso á Gustavo que permaneciera neutral obligándose á ayudarle despues de la guerra á apoderarse de la Noruega; pero Gustavo fiaba muy poco en las promesas rusas, y cuando vió desprovistas de tropas las provincias bálticas, juzgó muy favorable la ocasion de arrancar á la Rusia algunas conce-

siones para desperdiciarla. Cometi6, empero, una grave falta; no esper6 para publicar su declaracion de guerra la marcha de las escuadras de Cronstadt, que debian dejar sin defensa la ciudad de San Petersburgo, y desplegando en todo grande vigor y actividad, atraves6 el golfo de Bothnia en 23 de junio de 1788, desembarc6 en Finlandia, y se adelant6 al frente de un ejército. Catalina amenazada en su capital, manifest6 grande energia: reuniéronse apresuradamente las guarniciones de las ciudades vecinas; la escuadra del almirante Greig, destinada al Mediterráneo, recibió orden de combatir la escuadra sueca, y en efecto, encontro la el dia 17 de julio á la altura de Hogland; trabada la batalla, la victoria por mucho tiempo indecisa, se declaró por los rusos, y los suecos se refugiaron en Sweaborg, donde fueron bloqueados durante el resto de la campaña. A pesar de aquel señalado triunfo, cundia la alarma en San Peterburgo: Gustavo avanzaba á traves de la Finlandia rusa, y solo se encontraba á pocas jornadas de la capital cuando propuso las siguientes condiciones: que Andres Razoumofski fuese castigado de un modo ejemplar por sus intrigas en Estockholmo; que la Finlandia y la Carelia, cedidas á la Rusia por los tratados de Neustadt y de Abo fuesen restituidas á la Suecia; que la corte de Petersburgo celebrase la paz con la Puerta bajo la mediacion de la Suecia, con los pactos estipulados en el tratado de Kainardji, y devolviendo á la Crimea su independencia; y finalmente, que la Rusia se desarmara y que la Suecia continuase armada despues de la firma del tratado. Catalina contest6: «Aun cuando el rey de Suecia se hallase en Moscou, le haria ver lo que puede una mujer como yo sobre los restos de un grande imperio.» Al mismo tiempo llam6 veinte mil hombres de Turquía, y enviólos á Finlandia, pero tales fuerzas habrian sido insuficientes si la traicion de los generales suecos no hubiese auxiliado á Catalina.

Gustavo, al verificar la revolucion que poco despues de su exaltacion al trono habia hecho su poder absoluto, olvid6 suprimir un artículo de la antigua constitucion que prohibia al rey emprender guerra alguna ofensiva sin autorizacion de los Estados, y la mayor parte de sus jefes, descontentos del despotismo de su soberano, apoyáronse en dicho artículo para abandonarle en el preciso momento en que iba á poner sitio á Frederiks-Hamm, de-

clarando que si bien marcharian en defensa de la Suecia amenazada, no se creian obligados á seguirle en sus aventureras expediciones. Gustavo intentó en vano inspirarles mejores sentimientos; sus ruegos y sus amenazas fueron igualmente inútiles, y fuera de sí de furor y de cólera, debió volver á Suecia, perdiendo la ocasion de vengar á Carlos XII y á su nacion. En el siguiente año, despues de haber concentrado en sus manos todas las fuerzas de la monarquía por medio de un segundo golpe de Estado, invadió de nuevo la Finlandia; pero la oportunidad habia ya pasado, su empresa se frustró, y su hermano Carlos sufrió en el mar una grave derrota. En la campaña de 1790 los triunfos y los reveses se equilibraron, y Gustavo, perdida ya la esperanza de imponer á los rusos ventajosas condiciones; viendo destruida parte de su escuadra y agotado su tesoro, firmó en Werela-Slatt y en 14 de agosto de 1790 un tratado de paz en virtud del cual la Suecia y la Rusia permanecieron en sus límites respectivos; el único favor que le otorgó Catalina fué el derecho de comprar trigo en Livonia (1).

La fortuna de Catalina acababa de vencer el mayor peligro que la hubiese jamás amenazado; la paz de Werela era un triunfo mas positivo que la conquista de una Provincia, en cuanto le permitia emplear todas sus fuerzas en la guerra contra los Turcos. Potemkin y sus generales, dueños de Orzakof y de Bender, vencedores en Moldavia y en Valaquia, habian sitiado á Ismail, una de las plazas fuertes que defienden la línea del Danubio. Una mujer habia vaticinado que la plaza caeria dentro de tres semanas en poder de los Rusos; pero Potemkin dijo saber un modo mas positivo para adivinar el porvenir, y al mismo tiempo, envió á Souvarof la órden de apoderarse de Ismail dentro de tres dias. El general ordena el asalto sin pérdida de momento; rechazado, vuelve otra vez al ataque; vencido de nuevo, hace otro esfuerzo, y por fin al tercer dia se apodera de los muros en cuyo pié se hallaban tendidos quince mil Rusos. Subyugada la resistencia de los Otomanos por aquel valor feroz, la infeliz Ismail se convirtió en el vasto sepulcro de sus habitantes y de su guarnicion; el *botin fué inmenso*, treinta y cinco mil Turcos fueron pasados á cuchillo, y los restos de la poblacion trasladados á Rusia.

(1) Castera, t. III, l. 10.

El general Galitzin derrotaba en tanto á los Turcos en Matzin, Bulgaria; los griegos se sublevaron en todos los ángulos del imperio; las ambiciosas esperanzas de Catalina parecían próximas á realizarse; presentáronse algunos diputados para ofrecer al terno Constantino el imperio de la Grecia, y el niño aceptó balbuceando la ofrenda que el destino no debía ratificar. En efecto, la Europa se había al fin conmovido; ciento cincuenta mil Prusianos se reunieron en las fronteras de Bohemia.

Potemkin colmado de honores y de hazañas, abandonó el ejército á principios del año 1791, y se dirigió á San Petersburgo para gozar de su triunfo; Catalina le recibió con transportes de alegría, prodigóle fiestas y presentes y dióle un palacio y un traje adornado de diamantes valorado en cuatro millones de francos. Potemkin ostentó un lujo que escedía á cuanto se había visto jamás en la corte mas fastuosa de Europa.

En esto los Rusos continuaban derrotando á sus adversarios; apoderáronse de Anapa y de Soudjouk-Kalé, en las fronteras de Crimea y del Kouban; Repnin reportó una gran victoria en Matzin, Bulgaria, en el mismo lugar en que Galitzin venciera á los enemigos al principiar la campaña, y Potemkin, celoso de la gloria de aquel general, é irritado al mismo tiempo por la importancia del nuevo favorito Platon Zoubof, volvió á tomar el mando del ejército con intencion de marchar contra Bizancio. Sin embargo, la guerra era ya imposible: el hambre, la peste, la sangre derramada en la toma de Oczakof y de Ismail habian diezmando á los Rusos lo mismo que á sus adversarios, sin contar que Catalina deseaba tomar su parte de los últimos girones de la Polonia, y meditar en la ejecucion de uno de los mas atrevidos y grandiosos proyectos que su genio hubiese aun concebido. Trataba de enviar un ejército á través del país de los Usbeks y del reino de Cachemira para restablecer el trono del Mogol y arrojar á los Ingleses de la India (1). La Inglaterra tuvo conocimiento del proyecto, y en su terror solo pensó en bienquistarse con la Rusia, á cuyo efecto propuso á Catalina su mediacion, que fué aceptada, para restablecer la paz entre ella y los Turcos. Las primeras negociaciones fueron infructuosas, pero por fin lograron los pleni-

(1) Cuadro histórico, político y moderno del imperio Otomano por sir William Eton, t. III, p. 269.—Lesur, *Progreso de la Rusia*, p. 295.

potenciarios ponerse de acuerdo, y cuando Potemkin, ciego de furor al ver terminar aquella guerra de la que esperaba un imperio, llegó al campamento, Repnin y el gran Visir acababan de estipular las condiciones de la paz cuyos preliminares fueron firmados poco después en Galatza el día 9 de febrero de 1792, y seguidos del tratado definitivo de Jassy. En virtud de lo convenido en el mismo, los límites de la Rusia se ensancharon hasta el Dniéster, y Orzakof fué abandonada á Catalina (1), los privilegios concedidos á los cristianos griegos de la Moldavia y de la Valaquia fueron confirmados bajo la proteccion y garantía de la Rusia, exceptuando á los mismos habitantes de todo tributo respecto de la Puerta por espacio de dos años, y facultándoles para vender sus bienes y retirarse á Rusia. Además, la Puerta abandonó la Georgia y el Cáucaso, y pagó una indemnizacion de doce millones de piastras por los gastos de la guerra.

Potemkin no vió la celebracion de la paz de Jassy; enfermo hacia mucho tiempo á consecuencia de sus excesos, llevaba de una parte á otra del imperio su febril actividad en busca del reposo y de la salud que no cesaban de huir á su presencia. Rodeado de médicos, de mujeres que se esforzaban en distraerle, de una turba de cortesanos prontos á satisfacer sus menores deseos, entregábase á la vez al libertinaje y á la devocion; ya queria hacer penitencia en un monasterio, ya encontrándose estrecho en medio del vasto imperio del cual era casi el dueño, hablaba de conquistar el mundo. La mayor parte de los soberanos de Europa le habian colmado de favores y solicitaban su amistad; adornábase con el cordon de sus órdenes, y recibía sus presentes como un legítimo tributo. Maltrataba á sus cortesanos y oficiales, les injuriaba y golpeaba á la menor palabra, al menor gesto que le disgustase, «era, dice M. de Segur, que ha trazado admirablemente su retrato, avaro y espléndido, déspota y popular, duro y benéfico, orgulloso y afable, en una palabra era una mezcla de las mas opuestas cualidades... Fatigado del peso de su existencia tenía envidia de lo que no hacia, y sentia tedio por lo que ejecutaba. No sabia gozar de reposo ni disfrutar de sus ocupaciones...

(1) En aquel territorio llamado Nueva Rusia, edificose la ciudad de Odesa en 1796 por el almirante Ribas. El duque de Richelieu que después de la emigracion habia fijado su residencia en Rusia, fué nombrado gobernador de aquella plaza.

Los caprichos de su carácter daban una originalidad inconcebible á sus deseos, á su conducta, á su modo de vivir (1).» Sus riquezas eran inmensas, su lujo tenia algo de gigantesco; su mesa costaba 1000 rublos diarios, y se hallaba atestada de los manjares mas delicados y de los mas raros frutos. Cuando daba fiestas, arrojaba al pueblo grandes sumas de dinero; pero en medio de tanta magnificencia, aquel Lúculo salvaje no pagaba sus deudas y maltrataba á sus acreedores. Por sus pasiones, sus vicios, sus excesos y sus inmensas concepciones, sobresale como un coloso entre un pueblo de gigantes esclavos. Aquel hombre ávido de goces sensuales, insaciable de poder, hastiado por la intemperancia y la exageracion, aparece como un Dios material formado de oro y de fango, y ocupa de derecho un lugar entre los grandes hombres de aquella Rusia que, á contar desde los doscientos años de su existencia, no ha concebido otro ideal que la despótica dominacion del mundo.

Refiere su biógrafo que, sintiendo empeorar su mal, creyó conservar la vida que le abandonaba y domar su enfermedad, reemplazando el régimen que le impusieran los médicos por vinos generosos, licores fuertes, carnes saladas y comidas en las que devoraba la mitad de un carnero. Su mal empeoró, y en breve debió abandonarse toda esperanza de salvarle; encontrábase entonces en Jassy, y esperando que el cambio de aires le seria provechoso, hízose trasladar á Oczakof, expirando en el camino el día 15 de octubre de 1791, á los cincuenta y cinco años de edad.

La noticia de su muerte produjo en Catalina un efecto terrible; desmayóse repetidas veces, y manifestó un dolor que rayaba en espanto: quizás al ver caer al hombre á quien colocara mas inmediato á ella en el imperio, sintió las amenazas de muerte suspendidas sobre ella; quizás al volverse hácia el tiempo pasado que con tanta rapidez huyera, al contemplar aquel espacio, tan vasto y tan limitado á la vez, en el cual aparecian el asesinato, la inmoralidad y la perfidia, preguntóse si mas allá de la embriaguez, de los placeres y de la omnipotencia de este mundo, existia un

(1) Retrato de Potemkin por M. L. P. Segur, en el apéndice de la Historia de Catalina II.

CAPÍTULO VII.

tribunal donde eran juzgadas las iniquidades de los soberanos, y ante el cual habian comparecido ya dos de sus grandes cómplices, Gregorio Orlof y Potemkin. Para distraer su dolor al mismo tiempo que para obtener la compensacion de la paz de Jassy, que consideraba desventajosa, Catalina fijó su atencion en los asuntos de Polonia.

Federico Guillermo II, que seguia con prudencia el sistema de engrandecimiento que le legara su tio, habia aprovechado los acontecimientos de Rusia para aumentar su influencia en Polonia; aspiraba á la posesion de Thorn y Dantzick, pero deseando hacerse popular en el mismo país cuya desmembration realizara su tio con tanta habilidad como perfidia, y sabiendo cuan odioso era en Varsovia el nombre ruso, hizo que su embajador desvaneciera en 1788 toda idea de union con la Rusia, calificó la influencia en los asuntos de Polonia de opresion extranjera, y declaró que «su designio era de volver á la Polonia su gloria y su libertad, y librar la Europa de la ambicion de los Bárbaros del Norte (1).» La Polonia, reanimada por las imprevistas esperanzas que le infundia uno de sus opresores, creyó renacer; desde la primera division la mayoría de los Polacos habian sentido hervir en su corazon el amor hácia la patria que estaban próximos á perder, y habian entrado en el último y mas honroso período de su historia en el cual fueron inútilmente prodigados tanto patriotismo, tanto valor y tanta abnegacion.

La dieta que se habia reunido en Varsovia á principios de 1788, resolvió modificar la funesta Constitucion, causa primera de todas las desgracias de la patria, y al mismo tiempo solicitó la alianza de Federico Guillermo, el cual si bien se apresuró á manifestar sus benévolos deseos respecto de este punto, reclamó además la celebracion de un tratado de comercio cuyo resultado no debia ser otro que la cesion de Thorn y de Dantzick. Semejante pretension reveló á los Polacos el grado de confianza que debian inspirarles las promesas de su nuevo aliado, no tardando en conocer que lo mismo habian de temer la amistad de Federico Guillermo, como la perfidia de su antecesor y la ambicion de Ca-

(1) Leonardo Chodzko, *Introduccion de la historia de las legiones polacas*.—*Cuadro histórico y político de la Europa durante el reinado de Federico Guillermo II*, citado por Lesur, p. 291.

talina. Esta, zelosa de la influencia que la Prusia parecia adquirir en Polonia, inquieta al mismo tiempo por los síntomas que se anunciaban, creyó prudente disimular su descontento y sus temores para evitar que sus ejércitos se hallasen entre el fuego de los Turcos y las armas de los Polacos; al efecto, fingió mayor moderacion hácia aquel país al que trataba antes con tanta altivez, y hasta le propuso la celebracion de una alianza ofensiva y defensiva. Sin embargo, los Polacos que cifraban mayores esperanzas en una union con la corte de Berlin, celebraron con ella un tratado en marzo de 1790, en virtud del cual se obligaba el rey de Prusia á garantir la libertad de las dietas y la integridad de la Polonia (1); luego, en 3 de mayo de 1791 promulgaron su nueva constitucion, segun la cual el trono se convertia en hereditario, y las dinastías eran las únicas electivas; el rey debia rodearse de ministros responsables; la religion católica era declarada religion del Estado, y las demás eran toleradas; preparábase la emancipacion de los siervos; los plebeyos podian ocupar toda clase de empleos civiles y militares, por cuyo medio adquirian la nobleza; la nobleza formaba dos cámaras legislativas; finalmente, destruíanse los abusos de la antigua oligarquía y todo anunciaba el principio de una nueva era. ¡Hermoso, pero cortomomento para la Polonia! Rayo de sol en medio de la tempestad, como dice Lesur.

Aquella constitucion recibida con entusiasmo por la nacion entera sin distincion de clases, solo tuvo por enemigos á algunos nobles adictos á la Rusia, cuya ambicion veíase á pesar suyo privada de las probabilidades de subir al trono. Estos discolos formaron en Targowica una confederacion á la cual se atribuyen justamente las últimas desgracias de la Polonia, y Catalina, que á causa de sus mismas iniquidades, reclamaba el mantenimiento de la antigua constitucion, obligó á Estanislao Augusto á unirse con los confederados de Targowica, escribiéndole «que no le perdonaria el haber burlado sus esperanzas hasta que se habria unido con los confederados que al frente de los Rusos, iban á destruir la constitucion del 8 de mayo, y restablecer la precedente de que habia salido garante (2).»

(1) *Recopilacion de los tratados de Martens*, t. III, p. 461.

(2) *Tookes Life of Catherine II.*

Tan débil y pusilánime como siempre, Estanislao no se atrevió á desobedecer; ochenta mil Rusos entraron en Polonia, y la discordia agitó de nuevo á aquel desgraciado país en el momento en que tenia necesidad de todas sus fuerzas y de toda su energía para rechazar la opresion extranjera. El ejército nacional, compuesto de cincuenta ó sesenta mil hombres á las órdenes de José Poniatowski, sobrino del rey, y uno de los héroes de la Polonia en sus últimos dias, y por Kosciuzko que, despues de pelear en América bajo el mando de Washington volvía para derramar en defensa de su patria su sangre generosa, dió á los Rusos varios combates en que el heroismo de los Polacos triunfó muchas veces de la superioridad numérica de sus adversarios; pero Estanislao Augusto dió orden á su ejército de retirarse ante el enemigo, y mientras el rey hacia así traicion á su propia causa, los patriotas polacos supieron á la vez que el tratado de Jassy permitia á Catalina dirigir todas sus fuerzas contra ellos, y que Federico Guillermo, en cuya fé contaban aun, se unia con su implacable enemiga. El emperador de Alemania, Leopoldo II, ocupado en restablecer el orden en sus Estados y en organizar una coalicion contra la Francia, y menos ávido de engrandecimiento que sus súbditos, era el único que se manifestara favorable á la Polonia; pero muerto á principios de 1792, Francisco II, su jéven sucesor, se dejó seducir por Catalina, y decidióse la segunda division de la Polonia. Las cortes de Petersburgo y Berlin pretendieron justificar aquella segunda iniquidad con el pretexto de que la nueva constitucion polaca contenia los demagógicos principios que agitaban la Francia; y á los ojos del rey de Prusia, que ni un momento perdía de vista el objeto que se propusiera, la ciudad de Dantzick, foco principal del *jacobinismo*, debía ser colocada bajo la autoridad de una monarquía fuertemente organizada (1).

Como en la época de la primera division, los ejércitos rusos y prusianos invadieron el suelo polaco; el Austria desempeñó en aquella ocasion un papel pasivo, y esclusivamente dedicada á la guerra contra la Francia, dejó á sus antiguos cómplices que obrasen en su nombre. El dia 9 de abril de 1793 un manifiesto

(1) *Memorias de Oginski*, t. I, c III, p. 225.—Chodzko, *Hist. de las legiones polacas*, t. I, p. 36.

anunció á los polacos que «Sus Magestades la emperatriz de Rusia y el rey de Prusia, con el asentimiento de Su Magestad el emperador de los Romanos, no habian hallado otro medio para su seguridad respectiva que el de estrechar á la Polonia en límites mas reducidos, fijándole una existencia y proporciones convenientes á una potencia de segundo orden...» También entonces fué preciso que la Polonia ratificase ella misma su ruina, y sus opresores le mandaron convocar en Grodno una dieta que legitimase su usurpacion. Los invasores fueron obedecidos: el rey declaró que no *cooperaría* al desmembramiento de la Polonia, pero que se *adhería* á él, y luego aconsejó con lastimero acento ceder á los deseos de la Rusia; sin embargo, la dieta, despues de consentir en los sacrificios que Catalina exigia, vacilaba en conceder á Federico semejante satisfaccion, y entonces los embajadores de ambas potencias, haciendo rodear por sus tropas el edificio en que se hallaba reunida la asamblea, amenazaron á sus miembros con pasarles á cuchillo, si en el mismo dia 2 de setiembre de 1793 no autorizaban á los diputados para firmar definitivamente el tratado de cesion en favor de Federico Guillermo. A pesar de tales amenazas algunos miembros se atrevieron á declarar que no votarian hasta que pudiesen hacerlo en libertad, y Lieven, el ministro ruso, mandóles prender y conducir fuera de Grodno, custodiados por sus cosacos. Los Polacos fueron tratados por todas partes como rebeldes; el rey, prisionero en Varsovia, quedaba reducido á la calidad de amnistiado, y por fin, la dieta de Grodno recibió orden, antes de separarse, de disponer la reduccion del ejército polaco á doce ó quince mil hombres.

La medida habia sido colmada; tan acerbas pruebas habian despertado la energía de los Polacos, y en el mismo acto de adhesion, firmado en Grodno, los diputados dejaron oír las mas amargas quejas acerca del cautiverio del rey, de las violencias cometidas contra los miembros de la dieta, y de los excesos ejercidos en Polonia por las tropas extranjeras. Aquel memorable documento terminaba con estas palabras: «En semejante situacion declaramos solemnemente que, en la imposibilidad de impedir la opresion, ni aun con peligro de nuestras vidas, dejamos á nuestra posteridad, quizás mas afortunada que nosotros, la mision de salvar la patria; con esta esperanza, aceptamos el pro-

yecto que nos ha sido presentado por el embajador ruso, aunque contrario á nuestros votos, á nuestras leyes y á nuestras opiniones (1).» La Polonia contestó al momento á la excitacion hecha para el porvenir; el pueblo de Varsovia y el ejército se sublevaron animados por un mismo entusiasmo, y eligieron por generalísimo al glorioso Tadeo Kosciuzko.

Kosciuzko se encontraba en Sajonia, y dirigiéndose sin pérdida de momento á las fronteras de su patria, logró burlar la vigilancia de los agentes rusos y entrar en Kracovia la noche del 23 de marzo de 1794, mientras que otro patriota, el brigadier de caballería Antonio Madalinski levantaba el estandarte de la independencia en los distritos del Bug. Desde aquel instante aparecieron numerosos manifiestos y proclamas dirigidos al ejército, á la nacion y á las mujeres polacas; enviáronse comunicaciones á las cortes de Dinamarca, de Suecia y de Inglaterra, á las repúblicas de Francia y de los Estados Unidos, y tambien á la corte de Viena; y en seguida el ejército polaco, organizado á toda prisa, compuesto de campesinos armados con picas y hoces, cuatro veces menos numeroso que el ejército ruso que ocupaba la Polonia, tomó enérgicamente la ofensiva. Su denuedo fué recompensado en Raglawice por una primera victoria; doce mil Rusos fueron derrotados por cuatro mil Polacos sin artillería y mal armados, y perdieron tres mil hombres y doce cañones, siendo tal el entusiasmo, que un cuerpo de campesinos se apoderó de su batería peleando únicamente con hoces. El efecto moral de aquella victoria fué inmenso; la Polonia entera prorumpió en un grito de independencia; Varsovia arrojó de sus muros á sus despotas dominadores; Vilna, imitó su ejemplo, y la Lithuania pudo por algunos momentos respirar con libertad. Tres generales rusos fueron sucesivamente derrotados; la Samogitia se adhirió á la declaracion de independencia; la Polonia renacia; un sentimiento de patriotismo y de libertad regeneraba todos los corazones.

Al recibir tan inesperada noticia, Catalina dió orden á sus generales de hacer en aquel pueblo rebelde un terrible escarmiento; Federico Guillermo se adelantó en persona al frente de cuarenta mil hombres, unióse con los rusos, anonadó á los polacos con la superioridad del número, entró en Kracovia por traicion,

(1) Lesur, p. 203.

consiguió una segunda victoria, y marchó contra Varsovia con un ejército de cincuenta mil hombres.

La poblacion de aquella ciudad desplegó un denuedo sobrehumano; los ciudadanos de todas clases, los miembros del consejo supremo, el clero, los artesanos, todos tomaron parte en los trabajos de la defensa, dirigidos por Kosciuzko, y las mujeres, en p'é en la humeante brecha, animaban á los sitiados y les daban víveres y municiones. Despues de cincuenta y tres dias de trinchera, de varios asaltos y combates en que casi siempre habia reportado la victoria el pueblo que combatia por su libertad, supóse que toda la gran Polonia se habia sublevado, y el rey de Prusia, temiendo ser cogido entre la ciudad y los rebeldes, levantó vergonzosamente el sitio. El general Dombrowski se lanzó en su persecucion, apoderóse de Bomberg é hizo temblar en su capital á Federico Guillermo. Sin embargo, aquel fué el último triunfo de los polacos; los rusos se habian apoderado de Vilna en agosto de 1794, y Souvarof se adelantaba á marchas forzadas contra Varsovia. Kosciuzko marchó contra los rusos, y encontróles en Maciejovice, con fuerzas décuplas de las suyas á las órdenes del general Fersen; trabóse la batalla, y por ambas partes combatióse con no visto encarnizamiento: los numerosos batallones rusos, su formidable artillería, su tenacidad, su disciplina parecieron ceder mas de una vez ante el irresistible entusiasmo de los esforzados polacos; pero Fersen oponia sin cesar tropas descansadas á sus extenuados enemigos; los polacos fueron cayendo uno por uno en su puesto de batalla; Kosciuzko, jefe y soldado, alentando á los suyos con su ardor patriótico, combatiendo en los sitios de mayor peligro, cayó en el campo de batalla ensangrentado y cubierto de heridas: dicese que en aquel momento el generoso ciudadano desesperó del porvenir, y exclamó: *Finis Poloniae*. Jamás nacion alguna habia tenido tan heroicos funerales (octubre de 1794).

Cuantos sobrevivieron á aquella triste jornada, encerráronse en Varsovia en el arrabal de Praga. Souvarof se lanzó con todas sus fuerzas en persecucion de aquellos sangrientos restos; apoderóse del arrabal, é hizo pasar á cuchillo no solo á la gente armada, sino á todos los habitantes de Praga sin distincion. Quince mil Polacos de todas edades y sexos fueron inmolados por

el vencedor, y la retaguardia de la division de Souvarof marchó con los piés bañados en sangre todo el trecho del arrabal antes de penetrar en Varsovia. Kosciuzko y los patriotas prisioneros fueron encerrados en las cárceles de Petersburgo, y la Polonia quedó pacificada por el exterminio de sus habitantes. Domwroski, uno de los generales que habian sobrevivido á la ruina de la patria, propuso reunir los restos del ejército polaco, apoderarse del rey, y atravesando la Alemania, buscar un refugio entre los ejércitos republicanos de la Francia; pero sus sublimes palabras fueron desoídas; los últimos soldados polacos, dispersos por la Europa, fueron á verter su sangre por la gloria ó libertad de las naciones extranjeras, y la Rusia, de acuerdo con sus aliados (1), pudo fraccionar y dividir el territorio de aquella orgullosa nacion, triste y vacío como un campo sepulcral.

En virtud del tratado estipulado entre las tres potencias, la Rusia se adjudicó cuanto quedaba á la Polonia entre el Niemen y el Bug, y además la Samogitia y la Curlandia, que desde mucho tiempo sufría, como hemos visto, la soberanía de la Rusia, y que fué definitivamente reunida al Imperio. En marzo de 1795, Estanisko Augusto, que durante treinta años habia sido el vil juguete de las intrigas y de la ambicion rusa, fué relegado á Grodno con una pension de la Rusia (2); en 25 de noviembre de 1795 firmó su abdicacion que fué seguida de las últimas convenciones relativas á la division entre las tres potencias, y la Polonia desapareció completamente del catálogo de las naciones.

Al paso que desmembraba la Turquía y dividía la Polonia, Catalina, la gran protectora de Europa, manifestó la intencion de oponer un dique á los desbordamientos de la Francia. Al ver los resultados de la revolucion habia cesado de ser filósofa, y resuelto formar una coaliccion de reyes contra aquella república no menos amenazadora por sus ideas que por sus ejércitos. Su vecino Gustavo III, siempre caballeresco y dominado por un irreflexivo entusiasmo, acariciaba la idea de restablecer á los Borbones en su trono; Catalina le prometió doce mil soldados y un subsidio anual de 300,000 rublos, y el esforzado monarca iba á

(1) El Austria, abjurando su neutralidad, acababa de hacer entrar un ejército en Polonia.

(2) Murió, en 1798.

lanzar sus escasas fuerzas contra las fronteras de Francia cuando fué asesinado en su palacio, en marzo de 1791. La emperatriz ocupada entonces en la guerra de Turquía y en sus proyectos sobre la Polonia, difirió el tomar las armas contra la Francia republicana; pero acogió con señaladas muestras de benevolencia al conde de Artois, á Choiseul-Gouffier, y á Saint-Priest, ambos embajadores en Constantinopla, á Esterhazy, á Colonné, tan vano y presuntuoso en Petersburgo como en Versalles, y á gran número de jóvenes nobles que solicitaron servir en sus ejércitos contra los turcos.

Libre la emperatriz de obrar contra la Francia por la conquista de la Polonia, vaciló antes de provocar á las armas republicanas cuyo irresistible ímpetu habia destruido los planes de la coalicion. En 1793 determinóse á renovar con la Inglaterra sus antiguas convenciones mercantiles, comercio que verificándose por Archangel, Riga, Revel y Narva, era á la vez uno de los mas lucrativos para la Inglaterra y mas útiles para su marina. Los ingleses importaban en Rusia los productos de su suelo, de sus fábricas y de sus colonias de ambas Indias, como tambien los vinos y aguardientes de Francia y de otros varios paises de Europa, llevándose en cambio trigo, pieles, hierro, cáñamo, brea y maderas de construccion. Además, sus factorías, establecidas en Moscou, Toula, Kusan y Astrakan participaban de los beneficios del comercio y de la pesca del mar Caspio, resultando de aquellas relaciones comerciales entre la Rusia y la Inglaterra, considerables beneficios para ambas naciones. Dos años despues de aquella primera prenda de reconciliacion, Catalina celebró con la Gran Bretaña, en febrero de 1795, un tratado en virtud del cual unieronse á la escuadra inglesa dos navíos y ocho fragatas, con la condicion de que el gabinete de San James le pagase un subsidio anual de un millon de libras esterlinas y cubriese todos los gastos de la escuadra.

Mientras la Europa se convertia en una vasta hoguera, Catalina, aislada y dispuesta á aprovecharse de los acontecimientos, engrandecia sus fronteras orientales. Su reinado, como el de Pedro el Grande, terminó con una guerra y conquistas en Persia. Como hemos dicho, la emperatriz Ana restituyó á la Persia las tres provincias de que se apoderára Pedro I, ya fuese que juzga-

se imposible mantener en ellas la dominacion rusa, ya, como han pretendido algunos escritores (1), que el favorito Biren y el embajador ruso en Persia, Galitzin, hubiesen vendido aquellas conquistas. De semejante hecho resultó una prolongada interrupcion del comercio ruso con la Persia, hasta que en tiempo de Isabel, en 1744, los ingleses lo reanimaron al adquirir la facultad de navegar por el mar Caspio, al establecer una factoría en las costas pérsicas y al llegar con sus caravanas hasta Samarkand y Bokhara, en Tartaria. Los rusos á su vez establecieron factorías, lanzaron á las aguas del mar Caspio gran número de pequeños buques, organizaron un vasto comercio, é hicieron á los ingleses una ruinoso competencia.

En 1781, Catalina fijó su atencion en aquel rico país y trató de extender su dominacion por la costa occidental del mar Caspio para completar su sistema de ocupacion del Cáucaso, mas encontró una inesperada resistencia. El eunuco Aga-Mahmoud, que gobernaba entonces la Persia, abrigaba, como en otro tiempo Narsés, un alma vigorosa en un cuerpo mutilado, y dejando á los Rusos establecerse en Asterabad, principal ciudad del Mazanderaan, y elevar allí una fortaleza, sorprendióles luego por traicion, y obligóles á reembarcarse despues de llenarles de ultrajes. La corte de Petersburgo se vengó de aquel insulto suscitando enemigos al eunuco y fomentando discordias en Persia, tanto que en 1788, Potemkin hizo sostener por un ejército ruso las pretensiones de un rival de Aga-Mahmoud que intentaba sublevar el Ghilan. Sin embargo, Mahmoud reprimió aquella rebelion, y apropiándose los antiguos planes del gran Nadir contra la Rusia, resolvió apoderarse de la provincia de Astrakan y cerrar el mar Caspio á los Rusos; pero sus tentativas, que no fueron secundadas por la Puerta, quedaron infructuosas. Las hostilidades quedaron entonces interrumpidas durante algunos años entre la Persia y la Rusia, sin que tratado alguno hubiese reconciliado á ambas naciones, y Catalina, libre de otros cuidados, intentó en 1796, vengarse de Mahmoud y realizar su plan primitivo de conquista en las costas del mar Caspio. Valeriano Zoubof, hermano de su favorito, penetró en el Daghestan al frente de un numeroso

(1) Castero, t. III, l. X, p. 454.

ejército, puso sitio á Derbend, y habiéndose apoderado de una torre que defendia la ciudad á cuya guarnicion hizo pasar á cuchillo, los habitantes asustados abrieron sus puertas, y un anciano de ciento veinte años, el mismo que á principios del siglo habia entregado Derbend á Pedro I, presentó las llaves á Valeriano Zoubof. La Rusia tuvo de este modo un pié en Persia, y pocos años debian transcurrir antes que aquel país, como la Turquía, cediese á la ambicion rusa sus mas ricas provincias.

La Persia no era el único punto del Asia á que Catalina dirigia sus miradas; habia reanudado con la China las relaciones inauguradas en otro tiempo por Pedro I, é interrumpidas en parte despues de la muerte de aquel emperador. En 1770, la pequeña ciudad de Kiachta, situada en los confines de la Siberia y de la China, convirtióse en punto de reunion de los mercaderes rusos y chinos, y en teatro de un activo comercio entre ambos imperios; adquiriendo los rusos en cambio de sus pieles y de algunos productos europeos, oro, plata, pedrerías, telas, té y los objetos de la industria China. Catalina obtuvo autorizacion para enviar á Pekin á un archimandrita y varios jóvenes rusos para instruirse en el idioma chino y servir de intérpretes entre ambas naciones; sin embargo, la proteccion concedida á los Tourgouths por el emperador Tchien-Long y los desórdenes que los rusos cometieron en distintas ocasiones en las fronteras de China, turbaron la buena armonía entre las dos naciones, no restableciéndose la intelijencia y el comercio entre ambos imperios hasta 1788 y 1789.

Catalina favoreció tambien las expediciones marítimas de Kamtschatka, y mandó hacer las primeras tentativas de establecimiento en la parte occidental de la América del Norte; finalmente, envió al Japon al teniente Laxmann bajo pretexto de conducir á aquel país á varios náufragos que una tempestad habia arrojado á sus costas; pero en realidad para anudar relaciones comerciales con aquel imperio cerrado á todos los extranjeros escepto á algunos mercaderes holandeses. Así, pues, á fines de su reinado, Catalina extendia su dominacion inmediata desde las fronteras de la Prusia á los mares del Japon, habiendo engrandecido el imperio que le legaron Pedro el Grande é Isabel, con la mitad de la Polonia, con la Crimea, con las provincias turcas lindantes con el Dniester, con una parte del Cáucaso, y con al-

gunos territorios persas. En el momento de su muerte, preparábase para entrar en la alianza de la Inglaterra y del Austria contra la república francesa.

Mientras la Rusia no cesaba de extender su influencia y de aumentar su territorio, la soberana continuaba entregándose á todos los placeres; los años no habian calmado el ardor de sus sentidos; sus deseos conservaban toda su energía, y desde el borde del sepulcro aferrábase con frenesí á las voluptuosidades del mundo (1). Al terminar su vida, su cuerpo habia tomado deformes proporciones, y su rostro un siniestro color encarnado. Ídolo degradado por el tiempo, veíase presa de asquerosos achaques, y en aquel estado de postración y de ruina, cubierta de diamantes é inundada de perfumes, sacrificaba todavía á los amores. Sus aposentos del eremitorio veían reemplazados los suntuosos y cortesanos festines (2) con verdaderas saturnales. En aquella época Platon Zoubof era el amante titular y el señor del imperio desde la muerte de Potemkin; su hermano Valeriano y su amigo Soltikof le auxiliaban en el desempeño de aquella impura mision, y Catalina, á la edad de sesenta y cuatro años, pasaba sus dias y sus noches en compañía de aquellos jóvenes mientras sus ejércitos vencían á los turcos y devastaban la Polonia.

Cual hubiera sido el límite de sus escándalos? Nada podía haberlo prever aun, cuando sucumbió á un ataque de apoplejía fulminante el 17 (computo ruso, 5) de noviembre de 1796.

(1) Castera ha publicado un circunstanciado estado de los dones que la emperatriz hizo á sus favoritos titulares; el total se eleva á 92,820,000 rublos, (el rublo valia entonces 5 fr.)

(2) Las habitaciones llamadas el Ermitorio ocupaban un ala entera del palacio imperial y se llegaba á ellas por una galeria llena de cuadros preciosos. Las demás piezas consistían en dos magníficos salones, y en un comedor en el que se comía en mesas llamadas de confidencia, es decir que se obtenía lo que se deseaba pidiéndolo y golpeando el suelo. Esta sala comunicaba con un jardin de invierno cubierto de árboles, frutos y flores de todos los países. En el Ermitorio habia tambien un teatro; Catalina que gustaba de aquella diversion, habia compuesto algunas comedias en francés que han sido publicadas bajo el título de *Teatro del Ermitorio*, 2 tom. en 8.^o Castera t. II, p. 170.

CAPÍTULO VIII.

Desde Pablo I hasta Alejandro I.

Feliz principio del reinado de Pablo.—Repentino cambio en su conducta.—Hácese jefe de la segunda coalicion.—Hazañas de Souvarof en Italia.—Derrota de Korsakof en Zurich.—Pablo se aparta de improviso de la coalicion y se une con Bonaparte.—Es asesinado.—Alejandro I.—Reformas administrativas.—Alejandro se une con la Inglaterra y el Austria.—Batallas de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland.—Tilsitt.—Erfurth.—Division del mundo entre Napoleon y Alejandro.—Nuevas contiendassentre ambos emperadores.—Campana de 1812.—Los Rusos asolan su territorio. Incendio de Moscou.—Retirada del ejército francés.—Paso del Berezina.—Campanas de 1813 y 1814.—Alejandro en Paris.—La Santa Alianza.—Congreso de Viena y de Verona.—Abandono de la Grecia sublevada contra la Turquía.—Ultimos años de Alejandro.—Su muerte.

(Desde 1796 hasta 1825.)

Si Catalina hubiese podido prever su fin cercano, es probable que Pablo no la habria sucedido, pues durante su reinado no le habia dado jamás prueba alguna de amor y confianza; habíale tenido por el contrario bajo la mas vergonzosa tutela y en la mas completa ignorancia de los negocios. El presunto heredero de un gran imperio, relegado á la residencia de Gratschina (1), vivia rodeado de verdaderas privaciones materiales, y mientras que los amantes de su madre derrochaban inmensos tesoros, veíase él reducido á treinta mil rublos de pension pagados en papel. Catalina habia extendido su dura tiranía hasta sobre la vida privada de su hijo; por orden suya, la gran duquesa su esposa habia debido ir á Tsarsko-Zelo en cada uno de sus alumbramientos, y sus hijos, educados cerca de su abuela, estaban del todo sustraídos á la influencia paternal. Catalina manifestaba vivo amor al mayor de sus nietos, al jóven Alejandro, y varias circunstancias hacian presumir que le elegiria por su sucesor con preferencia á su padre. Sin embargo, la muerte no lo quiso así, y Pablo, que habia abandonado Gratschina á la primera noticia de aquel acontecimiento, se apoderó del cetro sin la menor oposicion.

Con su rostro contraído, su nariz de kalmuko, sus ojos á la vez

(1) Aquel palacio adquirido otra vez per Catalina al morir Gregorio Orlof, era ta residencia ordinaria del gran duque.

vivos é inquietos, el nuevo emperador recordaba las facciones de Pedro III; en la parte moral, la semejanza era mas notable aun; Pablo, como su padre, estaba dotado de buenos instintos y animado del deseo de hacer bien; pero su debilidad intelectual, sus repentinos cambios, los mas irregulares caprichos que puede engendrar en un cerebro enfermizo el ejercicio de un poder absoluto, accesos de espantoso furor, continuos terrores, apagaron en breve los rayos de razon y de justicia que habian hecho concebir risueñas esperanzas al principiar su reinado, y prepararon la sangrienta catástrofe que debia ser su desenlace.

Sus primeros actos revelaron mucha dignidad y grandeza de alma, y empezó por mandar reparar solemnemente la memoria de su padre. Segun hemos dicho, Pedro III habia sido sepultado sin honores, vestido con el uniforme de oficial holsteinés sin monumento, sin inscripcion y casi ocultamente en una tumba del monasterio de San Alejandro-Neuski. Pablo hizo indicar por los monjes ancianos el abandonado sepulcro; abrióse el atahud en su presencia, y abismado en mudo dolor, contempló largo tiempo el imperial cadáver, y mandó luego trasladarlo al palacio de Petersburgo; el nombre de Pedro III, que nadie se habia atrevido á pronunciar durante treinta y cinco años, apareció de repente en el programa en que se prescribian los honores fúnebres que debian tributarse á Pedro y á Catalina; al leerlo, y al ver á ambos esposos colocados en un lecho suntuoso, espuestos por espacio de muchos dias á la piedad pública, hubiérase creído que los dos acababan de expirar á un tiempo. Algunos de los asesinos de Pedro III existian todavía, y el mas célebre de todos, Alexis Orlof, residia en Moscou; el emperador mandó comparecer en San Petersburgo para asistir á los funerales de su víctima, y el pueblo todo presenció aquella escena de luto y de venganza. Orlof pasó la noche cerca del cadáver, y pudo repasar en su memoria lo que el asesinato de su soberano le habia reportado durante su larga privanza; al dia siguiente formó parte del lúgubre cortejo, y segun un testigo ocular (1), «andaba á pasos lentos é inseguros con los ojos clavados en tierra, las manos juntas, llevando pintada en su rostro la palidez de la muerte.» El fúnebre cortejo se dirigió

(1) El coronel Masson autor de las *Memorias secretas*.

desde el palacio á la ciudadela; los cuerpos de Pedro III y de Catalina fueron depositados uno al lado de otro en el mismo panteon, con la inscripcion siguiente:

DIVIDIDOS DURANTE SU VIDA, UNIDOS POR LA MUERTE.

Despues de tan solemne reparacion, Pablo abrió las puertas de la patria á muchos desterrados á Siberia; en seguida, visitó en su cárcel á Koseiuzko, y abrazando al héroe polaco, anunciele su próxima libertad; lo mismo hizo con Ignacio Potocki, y devolvió á sus hogares doce mil Polacos (1).

Los modales del emperador, hasta entonces violentos é impetuosos, tomaron de repente, respecto de su esposa, de sus hijos y de cuantos le rodeaban, un carácter mas afectuoso; abolió la antigua ley de sucesion (2), restableció el orden de primogenitura, y declaró que las mujeres solo pudiesen reinar á falta de herederos varones.

Todo iba bien hasta entonces: Pablo prometia desvelarse por los intereses públicos, y la Rusia esperaba, despues del deslumbrador reinado de Catalina, poseer un soberano ocupado en los trabajos legislativos que, á pesar de las repetidas tentativas de la emperatriz, habian sido la parte débil de su gobierno. Sin embargo, como Pedro III, sufrió Pablo perniciosas influencias, y dejóse dominar por las mismas inclinaciones soldadescas, por igual pasion de reformas, mal entendidas casi siempre. Parecia haberse propuesto destruir cuanto hiciera su madre, y estendiéndose su sed de alteraciones hasta la geografia del imperio, cambió el nombre y los límites de varios gobiernos, y redujo su número á cuarenta y uno, sin tener en cuenta los gloriosos nombres que habian merecido á muchos de ellos las victorias de Catalina. Modificó el sistema de administracion pública, y su misma familia no pudo librarse de sus fantásticos furores: despues de haber nombrado á su hijo, el gran duque Alejandro, gobernador de Petersburgo, despojóle de aquel cargo, y sugetole á una severa vigilancia, extendiéndose su recelo hasta la emperatriz, que mas de una vez fué tratada con un rigor del todo injustificado.

(1) Memorias de Oginski.

(2) Establecida por Pedro el Grande.

No satisfecho aun, publicó un ukase espresando el modo como debía escribirse la fórmula oficial de sus títulos, y su orgullo se ofendia por la omision de las menores formalidades. Su prodigalidad escedia á la de la misma Catalina, y mandó trabajar noche y dia en un palacio construido bajo el plan de la residencia favorita del gran Federico, al que dió el nombre de palacio de San Miguel. El uniforme introducido por Potemkin en el ejército llenaba, así las exigencias del servicio, como las del clima, y Pablo lo substituyó con el uniforme aleman. Los ejercicios militares eran su pasion favorita, y cada mañana pasaba cuatro horas mandando maniobras á su guardia, arrojando sin gaban ni abrigo alguno un frio de quince á veinte grados, y dando sus audiencias en la plaza del palacio rodeado de sus tropas. Su odio hacia la Francia era estensivo hasta el traje, cuya introduccion en su imperio databa de las relaciones de Catalina con nuestro país.

En virtud de un tratado con la Persia, renunció á las conquistas que hiciera Catalina en las orillas del mar Caspio, y aprontó todos sus recursos para combatir á la república francesa, que acababa de dictar á la primera coalicion la paz de Campo-Formio. En 1798 alióse con el Austria y el reino de Nápoles, y en seguida con la Turquía, cuando Bonaparte se halló en guerra con aquel imperio á consecuencia de su expedicion á Egipto; la Inglaterra entró en la alianza á principios de 1799, y Pablo se encontró ser el jefe de la segunda coalicion europea. Una de las circunstancias que mas contribuyeron á exasperar al singular déspota contra la Francia, fué la ocupacion de la isla de Malta, pues á pesar de su culto cismático, habíase declarado protector de los caballeros de San Juan de Jerusalem, y aceptado el cargo de gran maestro de la propia orden (1).

Encendióse, pues, la guerra, y la Francia y la Rusia encontráronse por primera vez en los campos de batalla. Un ejército reunido en Galitzia por disposicion de Catalina y á cuyo frente se encontraba el anciano Souvarof, recibió orden de dirigirse hacia Italia á pequeñas jornadas, y aquel ejército, compuesto de cincuenta mil hombres, adelantóse á través de los hielos del inmier-

(1) Aquel suceso dió motivo al *Viaje á Rusia* del abate Georzel, quien sirvió de acompañante á una diputacion de la Orden enviada al emperador.

no, precedido de una singular y maravillosa fama. Souvarof se reunió cerca de Verona con el ejército austriaco de Kray al cual acababa de dar la victoria la impericia de Scherer.

El ejército austro-ruso fuerte de ochenta mil combatientes, llegó á Cassano y venció á treinta mil franceses mandados por Moreau; el Directorio acababa de confiar los restos del ejército de Scherer á aquel entendido general, cuya derrota fué una inevitable consecuencia de las faltas de su antecesor. Los franceses perdieron en aquel encuentro siete ú ocho mil hombres y una considerable artillería: despues de aquel triunfo, Souvarof se encaminó hácia Turin.

Moreau, que solo contaba con algunos miles de soldados, hizo vanos esfuerzos para detener su marcha; pero su prudencia logró al menos mantener sus excelentes posiciones, hasta el momento en que, entrando Macdonald en Lombardia al frente de treinta y cinco mil hombres, apoderóse de Módena, Parma Placencia y de todo el territorio. Aquellos acontecimientos obligaron al grande ejército austro-ruso á replegarse á marchas forzadas desde el pié de las montañas hasta las orillas del Trebia.

Trabóse allí una batalla que duró dos dias; los rusos mostraron en ella la tenacidad y el desprecio de la muerte que desde hacia ochenta años constituian sus grandes cualidades militares. Estrechando sus filas á medida que las aclaraba el fuego del enemigo, rechazaron dos veces mas allá del rio á los franceses, que lo pasaron otras tantas. Estos, ni por la impetuosidad de sus ataques, ni por la superioridad de su fuego, ni finalmente por el valor de los jefes, ni por la intrepidez de los soldados, pudieron triunfar de la impasibilidad rusa, contra la cual se habian estrellado la disciplina prusiana y la táctica de Federico el Grande.

Despues de aquella victoria, Souvarof inundó el país de proclamas, estraña mezcla de palabras místicas y de ridículas bravatas; en nombre de la fé Ortodoxa invitaba á los toscanos y ligurios á reunirse con él para exterminar á los descreidos franceses, viendo por desgracia, secundados sus deseos. Los franceses experimentaban todas las desgracias consiguientes á las derrotas; mientras que Moreau y Macdonald emprendian su retirada, la Lombardia, la Toscana y el Piamonte eran teatro de una vas-

ta reaccion realista, y si Souvarof, aprovechando sus ventajas, como era de esperar, hubiese perseguido á los franceses que se retiraban penosamente á causa de su carencia de recursos, es probable que habria terminado en aquella campaña la conquista de Italia, y tambien penetrado en el mediodía de la Francia. Sin embargo, prefirió entretenerse en atacar las plazas fuertes del Piamonte, y mientras los franceses hacian su último esfuerzo para salvar las que todavía resistian, adelantóse Joubert mas allá de Novi con una division de veinte mil hombres.

Impulsado por sus pocos años, Joubert, contra la opinion de los demás generales, creyó deber combatir contra las fuerzas reunidas de Souvarof y del austriaco Kray. «Es un jovencito, decia el veterano general hablando de Joubert; ya que viene á la escuela, démosle una leccion.» Desgraciadamente para las armas francesas su fortuna justificó aquella bravata, y Joubert cayó herido de un balazo en el momento en que, arrastrado por su valor impetuoso, poníase al frente de un batallon, gritando, *adelante granaderos!* Los franceses despues de oponer á las considerables masas rusas y austriacas una rara intrepidez, y hecho espantoso destrozo en las filas enemigas con su artillería ligera, viéronse obligados á ceder ante el número, habiendo vendido caramente la victoria (agosto de 1799). Souvarof habia entrado en Italia con cuarenta mil hombres, y cuando reunió sus fuerzas para pasar el San Gotardo y reunirse con Korsakof, solo encontró á doce mil soldados en estado de seguirle á Suiza. Treinta mil hombres, llegados de las apartadas márgenes del Volga para engrasar las llanuras lombardas, pagaron el sobrenombre de Itálico con que aquel nieto de Atila fué recompensado por su señor. Pablo I, fuera de sí de alegría, ordenó, al conferirle el título de príncipe, que se considerase á Souvarof como el mas grande de los generales antiguos y modernos.

Aquellos triunfos, aunque muy caramente comprados, impulsaron á Pablo á redoblar sus esfuerzos. «Hemos resuelto, dice en un manifiesto, nos y nuestros aliados destruir el impío gobierno que domina en Francia.» En efecto, cuatro ejércitos abandonaron los confines asiáticos para ir á derribar por distintos caminos el gobierno republicano.

Dos ejércitos rusos atravesaron la Polonia, la Bohemia, la Mo-

ravia y el sur de Alemania para penetrar simultáneamente en Francia por el este y el mediodía; los otros dos, llevados por escuadras, debían reconquistar las islas de la Grecia, Nápoles, Malta y la Holanda.

El ejército que marchaba por el Rhin constaba de mas de cuarenta mil hombres escogidos, y componíanlo en su mayor parte los famosos batallones de granaderos que creára Potemkin (1), y que habian dado los sangrientos asaltos de Oczakof y de Ismail. Aquel ejército, mandado por Korsakof (2), habia recibido orden de operar de acuerdo con el archiduque Carlos respecto del plan general de la campaña, y en la época de su llegada á Alemania, Jourdan acababa de ser derrotado, y el mismo Massena, retrocediendo ante el victorioso archiduque, veíase obligado á pasar otra vez el Limmat. Los austriacos, dueños de Zurich, se encontraban ya en el centro de la Suiza, y los rusos, al reunirse con el general austriaco, quisieron presentar batalla sin pérdida de momento.

En aquella jornada Massena salvó la Francia como Villars la habia salvado en Denain. Los republicanos bajaron de las colinas inmediatas á Zurich, y pasaron el Limmat frente de aquella ciudad para atacar á los rusos, siendo su marcha tan rápida y tan impetuoso su ataque que desordenaron las primeras filas enemigas. Rota tambien el ala derecha de los rusos, por la parte de Baden, y envueltas sus baterías, Korsakof, acudiendo á una maniobra familiar á los tácticos rusos y que varias veces les habia surtido buen éxito en sus guerras contra los turcos, formó en la llanura un cuadro de mas de quince mil hombres; sin embargo, la artillería francesa, hábilmente dirigida, arrolló en pocos momentos aquella masa erizada de bayonetas; filas enteras caían exánimes, y los rusos, pisoteando á sus moribundos camaradas al estrecharse para conservar el orden, combatian con la misma regularidad que en el ejercicio, y caían y morian en el mismo puesto que habian ocupado (3).

(1) Potemkin que mostraba en todo igual exageracion, habia creado dos cuerpos escogidos compuestos de 40000 granaderos el uno y de 40000 cazadores el otro.

(2) Este Korsakof no debe confundirse con el amante de Catalina que llevaba igual nombre.

(3) La artillería francesa que tanto contribuyó á la victoria, estaba mandada por el general Foy, entonces comandante de aquella arma.

Cuando el fuego de los franceses hubo mutilado á aquella masa humana, los generales republicanos ordenaron un ataque general á paso de carga, acabando la caballería de romper y dispersar al enemigo: desde aquel momento la victoria no fué ya dudosa, y los vencedores entraron en Zurich persiguiendo al enemigo. La noche suspendió la matanza; mas los rusos se rehicieron el día siguiente, y secundados por algunas tropas de refresco, quisieron hacer suya la victoria; y en efecto, otra vez permaneció esta indecisa, pero al caer el día, fueron los rusos derrotados y acuchillados de nuevo. Su fanático furor se negaba á admitir cuartel, y ninguno se rindió que no estuviese herido, desarmado ó derribado. Los soldados, al caer, cogían una santa imágen que llevaban suspendida al cuello, la besaban y rezaban algunas oraciones, y sin duda fué un singular espectáculo para los soldados republicanos el ver despues del combate aquellas reliquias en el pecho ó en las manos de sus adversarios, cuya actitud revelaba haber sido su último pensamiento un acto de devocion.

En tanto Souvarof habia subido el San Gotardo y, seguido de su ejército, bajaba por su vertiente como un torrente destructor; su rápida marcha fué admirada por los generales franceses, y la division Lecourbe, que ocupaba los puertos del San Gotardo en Italia y en el valle del Rhin, desde el nacimiento de aquel rio hasta la altura de Glaris, pasó prontamente el Reuss, y apoyóse en la falda del monte Rigi. Souvarof, dueño de los tres pequeños cantones, amenazaba ya la derecha del ejército francés cuando supo el desastre de Korsakof delante de Zurich; al recibir semejante noticia, entregóse el anciano á furiosos trasportes, y sus palabras reanimaron los restos del ejército vencido, que, reforzados con el cuerpo llamado de Condé, llegado á Constanza, se atrevieron á suspender su retirada y á intentar de nuevo la suerte de las armas.

El vencedor Massena marchó contra aquel nuevo enemigo, y Souvarof, desesperando de penetrar con sus doce mil hombres hasta Korsakof á través de un ejército victorioso, debió emprender á su vez la retirada. Massena queria atraerle fuera de los desfiladeros con la esperanza de hacerle prisionero junto con el gran duque Constantino que le acompañaba, pero todo fué inútil: Souvarof se retiró como un leon cargado de años que se

vuelve amenazador y terrible siempre que los cazadores le estrechan de muy cerca. No fué vencido, ni jamás lo habia sido, y pocos hombres han tenido semejante gloria despues de haber hecho la guerra, como él, por espacio de cuarenta años (1).

La expedicion de los rusos á Holanda no fué mas feliz que la de la Helvecia; derrotados en Castricum, perdieron á su general en jefe y á gran número de prisioneros. Entonces quedó desvanecida la terrible aureola que la distancia y una vaga celebridad habian formado en rededor de los ejércitos rusos.

Al llegar á San Petersburgo la noticia de tantos desastres, la cólera y la indignacion invadieron el alma de Pablo I; su orgullo humillado, la gloria de su reinado y de sus armas comprometida llevaron hasta el extravío su resentimiento y su furor. Destituyó en masa á todos los oficiales que faltaban en las filas sin cuidarse de si se hallaban muertos ó prisioneros, y abandonó á los soldados como un botin conquistado, no dignándose hacer el menor paso para cangearles. Dispuesto por las relaciones de sus generales á imputar sus reveses á la cobardía de sus aliados, Pablo colmó de injurias á los ministros de aquellas varias potencias, permitiéndose los mas sangrientos sarcasmos contra la coalicion, y acabó por abandonar la gran contienda de los reyes con tan poco tacto como la habia abrazado.

La catástrofe de los ejércitos rusos, la desgracia de tantos jefes distinguidos, la muerte ó cautiverio de otros, la vergüenza que parecia caer sobre la Rusia, acostumbrada desde mucho tiempo á contar solo victorias en sus anales militares, aumentaron en mucho los motivos de descontento que inspiraba aquel turbulento y singular reinado que amenazaba al imperio extenuado de hombres y dinero con una próxima decadencia. En breve multiplicó Pablo sus actos equívocos y contradictorios; mostróse alguna vez cruel y sanguinario á pesar de no serlo por naturaleza, y zeloso hasta el exceso del poder que por tanto tiempo esperara, ejerció mas que nunca un despotismo insoportable hasta en los mas insignificantes detalles.

De repente concibe en favor de la Francia y de su jefe un entusiasmo y una admiracion que borrarón cuanto odio le habian antes inspirado: apasionado por la gloria militar, manifiéstase cie-

(1) *Memorias secretas* del coronel Mâsson.

go entusiasta por el vencedor de Marengo, y alarmada ya la política inglesa con semejantes disposiciones, irritóse aun mas vivamente cuando Pablo, despues de celebrar con la Suecia un tratado de neutralidad armada, proclamó de nuevo el axioma puesto en vigor veinte años antes por Catalina : el *pabellon neutral cubre la mercancía*, y embargó algunos buques ingleses para castigar á la Gran Bretaña de haber tomado y conservado Malta, de cuya isla continuaba titulándose gran maestro. La Suecia, la Dinamarca y la Prusia se adhirieron al nuevo tratado de neutralidad, y como en aquel momento acababa de celebrarse la paz de Luneville, entre la Francia de una parte y el emperador de Austria y el cuerpo germánico de otra, la Inglaterra veía desvanecerse toda su antigua influencia en el continente ante las victoriosas armas de Napoleon.

La generosidad de Bonaparte que envió á su país á los prisioneros rusos sin mediar rescate alguno, vestidos y equipados de nuevo, acabó de seducir á Pablo ; estableciéronse amistosas relaciones entre la Rusia y la Francia, y en breve el gabinete de San James vió confirmados sus temores por los armamentos que se hacian en los puertos orientales del imperio ; Pablo meditaba un vasto plan de ataque contra el poder inglés en la India, y preparáronse á hacer atravesar la Persia á un poderoso ejército, pero la muerte no le dió tiempo para verificarlo.

Se ha acusado á la Inglaterra de no haber sido estraña al crimen que al poner fin á la vida de aquel emperador, libróla al mismo tiempo de graves apuros ; pero además de que no apoya hecho alguno su pretendida complicidad, bastan para explicar el asesinato de Pablo el odio y el terror que habia inspirado á una corte entre la cual se mantenía vivo el recuerdo del asesinato de Pedro III y de las revoluciones que ensangrentaran la Rusia en el espacio de un siglo.

En un acceso de sus violentos furores, Pablo habia amenazado con el último suplicio á la mayor parte de los grandes que le rodeaban, y uno de los hombres mas influyentes de su corte, el conde Pahlen, resolvió explotar los odios y temores á que el despota habia dado origen, y lanzar al hijo primogénito del emperador en la conspiracion que debia tramar y conducir con sorprendente habilidad.

Pahlen estaba dotado de un talento sutil y profundo, de una audacia que nada intimidaba y de una presencia de ánimo imperturbable; antiguo militar, conservaba de su profesion modales rudos y familiares muy propios para seducir á los soldados y á la multitud, y gobernador de San Petersburgo y director de policia podia manejar sin excitar sospechas los hilos de una vasta conjuracion. Púsose de acuerdo con el conde Panin, vicecanciller, encargado de los negocios extranjeros, y pretextando el interés del Estado, afirmando que la Rusia iba á perecer en los repentinos cambios de política inspirados por los caprichos de cada dia, temiendo sobre todo por sus fortunas y hasta por sus vidas, resolvieron ambos derribar al soberano.

Para reemplazar á Pablo se pensó en el mayor de los grandes duques, en Alejandro, jóven de veinte y cinco años, que oscurecido constantemente por su padre, solo era conocido por su carácter dulce y su genio tímido en la apariencia y muy fácil de conducir; sin embargo, para no ser tratado el dia siguiente del crimen como un asesino vulgar, era indispensable mezclar al jóven en la conspiracion, y en esto estribaba la dificultad, pues parecia imposible que Alejandro, tal como se habia mostrado hasta entonces, consintiese jamás en prestarse á un atentado contra su padre. Durante largo tiempo Pahlen se limitó á desenvolver á los ojos del gran duque las faltas todas del emperador, á esponerle los desórdenes que de ellas resultaban, á hacerle concebir temores por su seguridad personal y por la de su madre y hermanos, hasta que cierto dia le declaró que si Pablo continuaba dirigiendo la Rusia á merced de sus caprichos, el Estado caeria infaliblemente en un precipicio. En efecto, el infeliz soberano hablaba entonces de lanzar 80 000 hombres contra Berlin, á fin de activar las resoluciones de la Prusia respecto de los neutrales, y considerándose como el único árbitro del continente, fatigaba con sus exigencias al mismo primer Cónsul, su nuevo aliado, queriendo que tomase á la Rusia por única mediadora en sus negociaciones. En nombre, pues, de la salvacion del Estado Pahlen rogó al gran duque que consintiera en apoderarse de las riendas del gobierno que su padre manejaba con tanta imprudencia, obligándose por un solemne juramento á deponer á su soberano pacíficamente á asegurarle un seguro asilo, y á respetar siempre su vida.

Pahlen sabia que no cumpliría semejante juramento, y por cierto que á no poder alegar Alejandro la excusa de su inesperienza y de su juventud, la historia no dejaría de reconvenirle por haber olvidado que en su país habian sido sangrientas todas las revoluciones de palacio.

Alentado con el semi-consentimiento arrancado á su futuro soberano, el jefe de la conjuración se ocupó en buscar cómplices para su intento. Platon Zoubof, último favorito de Catalina, y su hermano Nicolás, acostumbrados desde mucho tiempo á transigir con su conciencia, fueron los dos primeros instrumentos elegidos por el mismo. Otros muchos descontentos fueron llamados á San Petersburgo sin manifestarles, empero, de un modo preciso el objeto de la conspiración. Uno de los principales personajes que se asociaron entonces á las ideas de Pahlen, fué el general Beningsen, el cual hizo olvidar mas tarde en las guerras contra la Francia la participacion que tuviera en el crimen. Beningsen, que no era ruso, sino Hannoveriano habia disgustado al emperador por algunas irregularidades en el servicio, contra cuyas faltas, Pablo se mostraba excesivamente riguroso; retirado en sus posesiones, Beningsen habia jurado tomar venganza del autor de su desgracia, y al hacerle Pahlen las primeras proposiciones, corrió á secundar sus proyectos con su temible energía.

Acercábase el momento designado para realizar la conjuración; los conspiradores habian resuelto aprovechar el dia en que se hallase de guardia el regimiento de Semenovski adicto al gran duque Alejandro; pero era preciso apresurarse, pues ya fuese desconfianza instintiva, ya tuviese Pablo alguna vaga noticia de lo que se tramaba, llamó á Pahlen y le dirigió estas singulares preguntas: «Estabais en Petersburgo en 1762 (año del asesinato de Pedro III)?—Sí, contestó Pahlen con imperturbable sangre fría.—Qué parte tomasteis en los sucesos de aquel año? añadió el emperador.—La de un oficial subalterno de caballería en las filas de su regimiento. Fui testigo y no autor de aquella catástrofe.—Pues bien, repuso Pablo acompañando sus palabras con una mirada de desconfianza: se trata de reproducir hoy la revolucion de 1762.—Lo sé, contestó el conjurado, tengo noticia de la conspiración y formo parte de la misma.—¡Como! exclamó Pablo: ¿teneis

parte en la conspiracion?—Sí, para saberlo todo mejor y velar con mas eficacia por vuestra salvacion.»

La calma de aquel hombre desconcertó al emperador, quien quedó inquieto y agitado; pero libre de toda sospecha respecto del jefe de los conjurados.

Otra falta de Pablo apresuró la catástrofe y proporcionó en cierto modo á los conjurados la excusa del interés público: el embajador de Rusia en Berlin acababa de recibir la orden de amenazar á la Prusia con una inmediata invasion armada si no se decidia á obrar con vigor contra la Inglaterra. Era entonces el dia 23 de marzo, y Pahlen y Beningsen resolvieron no diferir por mas tiempo la realizacion de su proyecto. Reunieron á los conjurados, militares en su mayor parte, en un banquete que se prolongó largo tiempo, y á los postres, Pahlen, que hasta entonces habia guardado el mas absoluto silencio con los cómplices subalternos, descubrióles el plan de la conjuracion; enumeró las locuras de Pablo, mostró suspendida la muerte sobre la cabeza de sus mas leales servidores por el mas insignificante motivo, y al Estado zozobrando á impulsos de su política insensata; afirmó que el gran duque Alejandro habia dado su entero asentimiento á lo que iba á practicarse, y aquellos hombres, excitados por el vino, aplauden sus palabras; divídense en dos bandas de treinta hombres cada una, dirigida la primera por Pahlen y la segunda por Beningsen, y se encaminan al palacio de San Miguel que el monarca habia mandado construir con tanta rapidez, como si hubiese querido ver terminado el lugar que debia servirle de sepulcro.

Beningsen se adelanta mientras que Pahlen y los suyos forman una especie de reserva; el palacio de San Miguel estaba custodiado como una fortaleza, pero los soldados se hallaban comprados, y las puertas se abren ante los conspiradores. Dos servidores acostados á través de una puerta y que no se habia pensado en seducir, quieren defender á su soberano; pero el uno cae acribillado de heridas, y el otro huye prorumpiendo en gritos que despiertan á Pablo é introducen el espanto en su corazon. En aquel momento los conjurados se hallaban en el dintel de su aposento; el infeliz soberano quiere huir, y se precipita hácia una puerta secreta que comunicaba con el aposento de su esposa, pero

entonces recuerda con desesperacion que, impulsado por su desconfianza, la habia mandado tapiar; sin refugio, sin defensa contra los puñales de los hombres cuyas amenazas llegan ya á sus oidos, se oculta detrás de una mampara. Platon Zoubof se precipita hácia el lecho imperial, y al encontrarlo vacío, exclama con terror: «el emperador ha huido; estamos perdidos!» Pero Beningsen que reconocia atentamente el aposento, descubre á Pablo, y dirigiéndose contra él con la espada en la mano, le presenta su abdicacion.—Habeis cesado de reinar, le dice; el gran duque Alejandro es nuestro emperador, y en su nombre os intimo que renunciéis al imperio y firmeis vuestra abdicacion. Solo así respondo de vuestra vida.—El emperador aterrado pregunta por qué ha merecido semejante violencia, y entonces empiezan las injurias y la enumeracion de las quejas de cada uno. Varios conjurados levantan la mano contra su señor, pero en aquel momento oyen ruido, y creyendo que su víctima iba á ser socorrida, huyen còbaramente dejando solo á Beningsen con el emperador. Sin embargo, no era un socorro lo que llegaba, sino la segunda partida que á su vez queria tomar parte en el crimen. Otra vez se intima á Pablo que firme su abdicacion, y mientras el infeliz se resiste en medio de los hombres medio ébrios que por todas partes le rodean, se apaga la única lámpara que iluminaba aquella escena. Dos conjurados se precipitan contra el soberano que, á ejemplo de Pedro III, se defiende con vigor y desesperacion; uno le rompe el cráneo con el pomo de la espada, el otro le aprieta la garganta con un pañuelo, y cuando la luz iluminó de nuevo aquella horrible escena, Pablo se agitaba en las últimas convulsiones de la agonía.

Pahlen fué el único conjurado que se negó á entrar en palacio, y cuando supo que todo habia terminado, mandó tender el cadáver en el lecho, colocó centinelas en la puerta del aposento con órden de prohibir la entrada á todo el mundo hasta á los miembros de la familia real, y se dirigió á la residencia de Alejandro.

Este príncipe se hallaba devorado por la mas viva ansiedad; habíase dejado arrancar su consentimiento para la deposicion de su padre, y prestaba oido á los confusos rumores, á los lejanos gritos del asesinato; asegúrase que toda su vida oyó el sordo

eco de un crimen en el que era mas infeliz que culpable, y que aquel lúgubre recuerdo fué siempre una herida abierta en su corazon. Al ver á Pahlen precipitóse á su encuentro, y su silencio se lo explicó todo; anonadado dejóse caer en una silla, derramó abundantes lágrimas, y dirigió amargas reconvenciones al jefe de los conjurados. Su hermano Constantino, que hasta entonces lo habia ignorado todo, entró en aquel momento, y mezcló sus quejas y reconvenciones á las de su hermano, hasta que Pahlen, dirigiéndose con resolucion á Alejandro, le dijo:—Bastante tiempo habeis llorado como un niño; venid á reinar—y le arrancó de aquel sitio para presentarle á los soldados. El ejército, descontento de la minuciosa tiranía de Pablo, y acostumbrado por otra parte á las revoluciones palaciegas, aceptó de buen grado aquel cambio de jefe. Resonaron los gritos de *¡Viva Alejandro!* y el nuevo soberano se preparó para recibir el juramento de sus súbditos en el palacio de Invierno, en tanto que Pablo con la cabeza cubierta con un gran sombrero, oculto el cuello y las manos con el corbatín y los guantes de uniforme, fué expuesto al público, segun era costumbre: así como Pedro III habia muerto de un cólico, Pablo habia sucumbido á una apoplejía fulminante (1).

ALEJANDRO I (1801—1825). Pablo habia de tal modo fatigado los ánimos de todos con sus fantásticos furores, con los repentinos cambios de su política, que la elevacion de su hijo, á pesar del crimen que la produjera, fué saludada desde un extremo á otro de Rusia con aclamaciones de alegría y de esperanza. Los elogios del nuevo soberano estaban en todos los labios; la magestad de su persona, su carácter, su excelente educacion, sus principios filosóficos, eran asunto de las conversaciones todas. El mismo autor de aquellas *Memorias secretas* que tratan á la Rusia con tanta amargura, no puede menos de pintar al jóven emperador con halagüenos colores, reflejo de los votos y de la esperanza que cifró en él la Rusia entera desde los primeros días de su reinado.

«En el jóven príncipe, dice Masson, se encuentran casi todos los dotes que nos seducen en Telémaco... y quizás podríamos re-

(1) Thiers, *Hist. del Cons. y del Imp.* t. II. Rabbe, *Hist. de Alej. I.*, t. I.

convenirle por los mismos defectos que Fenelon presta á su discípulo, si bien, mas que defectos, son la carencia de algunas cualidades no desenvueltas todavía, ó arrancadas de su corazón por los miserables que le han rodeado. Aseméjase á Catalina en su grandeza de sentimientos y en su inalterable igualdad de carácter; como ella posee un golpe de vista exacto, y penetrante, una discrecion rara, que quizás raya en disimulo, efecto, mas que de su corazón naturalmente franco é ingénuo, de la posicion mortificada en que se halló entre su padre y su abuela. Tiene de su madre la estatura, la belleza, la amabilidad y la beneficencia; pero en nada se parece á su padre por el cual debió sentir mas temor que afecto. Pablo que presumia las intenciones de Catalina en favor de su hijo, miróle siempre con cierta prevencion, tanto mas, en cuanto no encontraba en él ni su carácter ni sus gustos. La naturaleza le ha prodigado las mas amables cualidades... Su carácter dulce, pero pasivo, carece de la resolucion y confianza que va en busca del hombre de mérito; siempre modesto y circunspecto, es de temer que llegue á dominarle el mas importuno ó el mas atrevido, que suele ser el mas ignorante ó el mas malvado. Cediendo con harta facilidad á impulsos extraños, no se abandona lo bastante á los de su alma y de su razon. Diríase que al perder á sus maestros y sobre todo al coronel La Harpe, su primer preceptor, al cual debe sus conocimientos, ha perdido tambien los deseos de instruirse. Un matrimonio harto precoz ha podido amortiguar su energía, y á pesar de sus bellas disposiciones se halla amenazado con ser un dia presa de los cortesanos (1).»

Alejandro, al subir al trono, hallaba trazado su papel por los sentimientos y las necesidades de sus súbditos. Pedro el Grande habia creado la Rusia; Catalina habia extendido y consolidado sus conquistas, habia establecido de un modo irrecusable y manifiesto el poderío del imperio ruso, su influencia, y tambien, preciso es decirlo, su preponderancia en Europa. Sin embargo, el tiempo de las conquistas habia ya pasado: la Rusia distaba mucho de hallarse por sus instituciones al nivel de su poder, y necesitaba ante todo de un príncipe legislador que no mezclase,

(1) *Memorias secretas sobre la Rusia*, t. 1, p. 270-273.

como habian debido hacer Pedro I y Catalina II, los trabajos guerreros á los cuidados administrativos, y que se esforzase en apresurar, por decirlo así, la obra del tiempo, y en madurar las instituciones de la Rusia, semibárbaras aun. Alejandro parecia destinado por su carácter á ocupar en el catálogo de los Romanof el puesto de legislador, y los primeros actos de su reinado anunciaron en efecto un vasto sistema de reformas.

Empezó por suprimir el sistema de absurdas vejaciones y terrores introducido por su padre, destituyó á la mayor parte de los instrumentos de que se sirviera, é instituyó un consejo permanente, orfjen del consejo del imperio. Suavizó los rigores de la censura, y concedió mayor libertad para la introduccion de libros extranjeros; redujo á la vez los impuestos y los gastos de la corte, y suprimió por un año el reclutamiento militar; hizose presentar por los jefes de administracion cuentas é informes detallados, y mandólos publicar, medida enteramente nueva en Rusia; abolió el tormento, suprimió la confiscacion de los bienes hereditarios, declaró solemnemente su repugnancia á donar campesinos, y no permitió insertar en los periódicos las ventas de siervos como se habia hecho hasta entonces. Aplicóse tambien á la reforma de los tribunales, estableció penas pecuniarias contra los majistrados prevaricadores, constituyó el senado en alto tribunal de justicia, dividiólo en siete departamentos para apresurar la conclusion de las causas, restableció la comision lejislativa instituida por Catalina para la redaccion de un código, publicó reglamentos en beneficio de la navegacion, aumentó y mejoró las comunicaciones interiores, favoreció la instruccion pública creando varias universidades y gran número de escuelas secundarias, y abolió la prohibicion de viajar por el extranjero impuesta por su padre á sus súbditos todos. Además, estableció las bases de una clase de servidores libres, permitiendo á los nobles vender á sus siervos la libertad y porciones de terreno que debian poseer en toda propiedad, y finalmente, bajo sus auspicios, su madre María Fœdorovna fundó hospicios, establecimientos de educacion, y dió libre curso á su natural beneficencia (1).

Tal fué el feliz principio de aquel reinado. Podíase creer que la

(1) Hist. int. de la Rusia bajo los emp. Alejandro y Nicolas, p. H. Schnitzler.

Rusia, replegándose sobre sí misma, iba á entregarse al gran trabajo interior que era, y es aun en el dia, la primera de sus necesidades; pero por desgracia no fué así: para adoptar aquella vía y marchar por ella con perseverancia, habrian sido necesarias una firmeza y una elevacion de miras que Alejandro no poseía. En efecto, durante todo su reinado le veremos preferir constantemente al papel modesto, pero útil á sus pueblos de emperador de Rusia, el mas deslumbrador de jefe de la coalicion europea, como lo probaron los repentinos cambios que siguieron á la muerte de Pablo. El odio entre los Ingleses y los Rusos convirtióse en la mas perfecta inteligencia; no se habló ya ni de la devolucion de Malta ni de los derechos de la neutralidad; un ukase levantó el embargo decretado sobre sus buques, y se les devolvió la posesion de sus bienes y de sus privilegios. El último tratado de comercio fué restablecido con todas sus ventajas, y los célebres actos de la neutralidad armada fueron anulados en junio de 1801, por medio de una convencion marítima en que no se hizo mencion del famoso artículo 2.º, á saber: que el pabellon cubre la mercancía; acto de debilidad y verdadera falta! Al reconciliarse con la Inglaterra, Alejandro manifestó deseos de no malquistarse con la Francia, y al mismo tiempo que un tratado regularizó la respectiva situacion del imperio ruso y de la república francesa, el emperador apresuraba la celebracion de la paz de Amiens, pasajera tregua entre odios irreconciliables (marzo de 1802).

Durante aquel mismo año, Alejandro decretó la definitiva reunion de la Georgia al imperio (1); en aquella medida que era únicamente la consagracion de un hecho consumado en tiempo de su padre, encontramos el proceder político de Catalina II: un manifiesto declara «...que el emperador no reúne aquel reino á su imperio para aumentar su poder, sino únicamente para establecer en él la justicia y la seguridad de las personas...» Las guerras contra la Persia y la Turquía no tardaron en revelar el motivo que impulsára á la Rusia á apropiarse aquella rica provincia y fuerte posicion al mediodía del Cáucaso. Grandes medidas militares completaron los trabajos de 1802, y la Europa pudo

(1) Hablaremos de este suceso al tratar de las guerras del Cáucaso en tiempo de Nicolas.

presentir que la Rusia desempeñaría en breve un papel mas activo que el de mediadora.

La Francia y la Inglaterra conservaban de sus prolongadas contiendas una viva enemistad que agriaba mas y mas el odio, en cierto modo personal, de Pitt y de Napoleon, sin ver que los intereses de ambas naciones eran menos opuestos en el fondo de lo que ellas mismas creian; el imperio de los mares pertenecia definitivamente á la Inglaterra, y no podia serle disputado; la Francia no pretendia á él si bien procuraba conservar los restos de su poder colonial, y poseia en cambio una vasta influencia que derramaba por todo el continente europeo sus costumbres é ideas. Si la Inglaterra debía considerar su industria y su comercio como la condicion de su existencia, no sucedia lo mismo respecto de la Francia, país agrícola tanto como mercantil, que podia bastarse á sí mismo. La Francia y la Inglaterra combatian, pues, mas por costumbre tradicional que por necesidad; ambos pueblos se detestaban como en los tiempos de Eduardo III y de Enrique V.

Los pactos de la paz de Amiens no habian sido cumplidos; estipulóse en ellos que Malta seria neutralizada en beneficio del comercio de las naciones ribereñas del Mediterráneo, y los ingleses se negaban á evacuar aquella fuerte posicion; conservaban además el cabo de Buena Esperanza, que debía ser restituido á la Holanda, y la ciudad de Alejandría; y finalmente, el gabinete de San James no ocultaba la proteccion que concedia á los émi-grados, quienes cifraban en el extranjero, en las conspiraciones y en la guerra civil la realizacion de sus deseos. La Rusia, por su parte, tampoco llenaba sus compromisos, y habiendo durante la segunda coaliccion, en tiempo de Pablo I, puesto guarnicion en las Siete Islas (islas Jónicas), organizadas en repúblicas, habíase convenido que luego de firmado el tratado de Amiens, del cual se habia constituido en mediadora, retiraria sus tropas de Coreyra y de las demás islas: esto no obstante, desoyendo las representaciones de la Francia, persistia en mantenerlas allí, considerando aquel territorio como un puesto militar destinado á facilitarle la ejecucion de sus designios contra la Turquía y el Peloponeso.

El primer Cónsul que preveia nuevas hostilidades por parte de la

Inglaterra, apresuróse, luego que le hubo sido declarada la guerra (16 de mayo de 1803), á enviar embajadores á Rusia y á Prusia para proporcionarse la alianza, ó al menos la neutralidad, de ambas potencias. Las negociaciones no parecian seguir muy buen camino, y agravóse la enemistad de la Francia con el resto de Europa, cuando, por una parte, vióse el primer Cónsul amenazado con máquinas infernales y conspiraciones, y por otra, súpose el abominable y sangriento suplicio del infeliz duque de Enghien.

El cuerpo germánico, desorganizado é impotente, no se atrevió á reclamar contra aquella inaudita violacion del derecho de las naciones, y Alejandro se encargó de hacerlo. El ministro de Rusia en Paris, M. de Oubril, escribió á M. de Talleyrand: «Que el emperador Alejandro, como mediador y garante de la paz continental, acababa de notificar á los Estados del Imperio que consideraba el rapto del duque de Enghien como un atentado contra su seguridad é independencia, y que no dudaba de que el primer Cónsul tomara prontas medidas para tranquilizar á los gobiernos, dando explicaciones satisfactorias acerca de un suceso que podia considerarse como el siniestro presagio de los peligros que amenazaban la independencia y la salvacion comunes.» Bonaparte solo contestó con cargos y acusaciones: admiróse del derecho de policia general que se arrogaba la Rusia, cuando la Alemania ni siquiera se quejaba, y preguntó si al ser asesinado Pablo I habia dejado oír la Francia la menor reconvenccion. El cambio de notas continuó con igual acritud hasta á mediados de 1804 en cuya época la Rusia presentó su ultimatum á la Francia concebido en los siguientes términos.

«Que, conforme á lo estipulado en la convencion secreta de 2 de octubre de 1802, evacuasen las tropas francesas el reino de Napoles, respetándose su neutralidad durante toda la guerra. — Que se estableciesen sin pérdida de momento y de acuerdo con el emperador de Rusia, las bases destinadas al definitivo arreglo de los asuntos de Italia. — Que recibiese el rey de Cerdeña sin dilacion alguna las indemnizaciones que le habian sido prometidas. — Que en virtud de la obligacion de mútua garantía, se obligase el gobierno francés á retirar sus tropas del norte de la Alemania y á respetar el cuerpo germánico.»

Esta era evidentemente la política de Catalina: extender sobre la Alemania y aun sobre la Italia la acción de la Rusia, su influencia y su protección, y esta política, al chocar contra la Francia, cuyo ambicioso jefe acababa de trocar con una corona hereditaria la dignidad vitalicia de que se había revestido, debía ser causa de una guerra formidable. Alejandro no lo ignoraba, é hizo en su consecuencia grandes preparativos: había conservado veinte mil hombres en las islas Jónicas, y una escuadra sublevaba la Albania y el país de los Montenegrinos; Sebastopol fué declarado puerto exclusivamente militar; los astilleros de Cronstadt desplegaron grande actividad, y el ejército de tierra fué aumentado hasta quinientos mil combatientes, cuya mayor parte fué reunida en las fronteras del Oeste, en las antiguas provincias desmembradas de la Polonia. En una guerra contra la Francia, que extendía sus poderosos brazos hasta el extremo de la Alemania, el lado vulnerable de la Rusia eran sus provincias polacas, afanosas de reconquistar su libertad, deseando con ardor una reconstitución política, y esto hizo que Alejandro procurase hacerlas suyas con su benévolo proceder: publicó varios ukases en favor de los campesinos; los sacerdotes griegos cuidaron en los lugares en que los católicos estaban en minoría de unir las ideas de nacionalidad á las de religión, y finalmente, los judíos, que eran muy numerosos y muy ricos, obtuvieron el título de súbditos rusos. A juzgar por las Memorias de uno de los mas ilustres Polacos de la emigración de 1794 (1), Alejandro inspiraba á los patriotas grandes esperanzas, y procuraba ganar sus corazones por medio de su afabilidad y benevolencia. Luego veremos lo que mas tarde creyó deber hacer en favor de la Polonia.

Desde 1802 á 1805, época de la tercera coalición, Alejandro continuó las reformas interiores que tan bien inauguraran los actos de su reinado. Habíase establecido en Dorpat una universidad alemana, multiplicáronse las escuelas públicas en todas las ciudades del imperio, y finalmente, el código, la obra de M. Chopin, siempre terminado y siempre por hacer, debió sufrir una nueva revisión. Alejandro se esforzó en adherir los siervos á la corona, mejorando de aquel modo su suerte, y preparando su emancipa-

(1) Miguel Ogiński, t. II, l. VIII, cap. I.

cion; los derechos impuestos sobre las mercancías fueron considerablemente reducidos por lo que toca al mar Negro y al mar de Azof, y á tan acertadas medidas debió Odesa los inmensos progresos de su prosperidad mercantil (1).

La administracion judicial sufrió tambien profundos cambios; la lentitud de los procedimientos era objeto de repetidas quejas, y Pablo I habia organizado en 1796 tres comisiones en el senado para fallar el inmenso número de causas pendientes. El príncipe Lapoukin propuso á Alejandro abolir aquellos tres departamentos interinos que habian dado pocos resultados, y aumentar el senado con dos clases mas, de modo que formase nueve grandes divisiones, seis de ellas establecidas en San Petersburgo, y las otras tres en Moscou. De este modo fué de nuevecientos el número de los senadores.

La guerra interrumpió aquellos trabajos legislativos: Alejandro se negaba á reconocer á Napoleon Bonaparte el título de emperador; el embajador francés salió precipitadamente de San Petersburgo, y las hostilidades parecieron deber empezar cuanto antes. Sin embargo, el novel emperador no destinaba sus terribles golpes ni contra la Rusia ni contra la Alemania que acababan de formar con la Inglaterra (mayo y agosto de 1805) la tercera coalicion; su ejército reunido en Bolonia amenazaba á la Inglaterra con un desembarco. Sabido es que las dilaciones del almirante Villeneuve, los vientos y la fortuna libraron á la nacion inglesa del golpe que parecia deber anonadarla, y Bonaparte volvióse contra la Alemania.

El archiduque Fernando, el general Mack y el archiduque Juan acababan de entrar en campaña con noventa mil hombres, ocupando á la vez la Baviera, los pasos del Tirol y las orillas del Adige. La Prusia se hallaba pronta á empuñar las armas, y ambos soberanos, Alejandro y Federico Guillermo, habian solemnizado su tratado de Potsdam con un juramento en el sepulcro de Federico el Grande (octubre de 1805), al mismo tiempo que la Inglaterra se unia con la Suecia. Todo el Norte de la Europa se conjuraba contra la ambicion de Napoleon y la grandeza de la Francia.

(1) Chopin, *Univ. pint.* t. II p. 422.

Sin embargo, Napoleón hacia frente á todos sus enemigos, y aquella campaña, inaugurada con la capitulación de Ulm terminó con la memorable jornada de Austerlitz. El ejército ruso que tomó parte en aquella batalla, era mandado por el general Kutusof, y su vacilación auxilió maravillosamente al emperador francés, dándole tiempo para reunir sus fuerzas dispersas y replégarse hácia el terreno que habia elegido para su campo de victoria. Treinta mil rusos sepultados entre los hielos de un lago que rompieron con su peso, quince generales muertos ó prisioneros, sus bagajes y su artillería (2 de diciembre de 1805), tal fué el precio con que pagó Alejandro en aquella campaña el título de protector de la Alemania.

El Austria, provocadora de la guerra, fué la primera en desertar la causa de la coaliccion. Soberano de una nacion cuyos fastos no abundan en victorias, Francisco II no vaciló en presentarse en la tienda de Napoleón para solicitar humildemente la paz; estipulose entonces un armisticio, y por primera vez debieron evacuar los rusos el territorio austriaco y retirarse á la otra parte de los montes Krapaks. El ministro de Prusia, salido de Berlín para el cuartel general de los aliados, dirigióse al de Napoleón al saber la suerte de sus armas, y le felicitó por su victoria. «La fortuna ha cambiado la direccion de vuestras palabras,» exclamó el vencedor de Austerlitz. En 26 de diciembre de 1805 la paz de Presburgo puso fin á las hostilidades entre el Austria y la Francia, quedando disuelta desde aquel momento la tercera coaliccion.

La Rusia pidió tambien la paz: á principios de 1806 entabló negociaciones y firmó un tratado en Paris por medio de su embajador; mas negóse luego á ratificarlo alegando fingidos pretextos, en quanto solo habia querido ganar tiempo para reorganizar sus fuerzas y vengar la humillacion de Austerlitz.

Durante aquella corta tregua formose una cuarta coaliccion, y la Prusia, abjurando una neutralidad que jamás habia parecido sincera y haciendo un prodigioso esfuerzo, presentó un ejército de doscientos cincuenta mil hombres; mas la batalla de Jena frustró (octubre de 1806) de un modo desastroso las esperanzas y el entusiasmo de la nacion prusiana. Entre todas las jornadas que han ilustrado desde 1792 á los ejércitos franceses, ninguna como

aquella, dejó menos honor á los vencidos; tan completa fué su derrota y rápida su fuga. Diez dias despues, los vencedores entraban en Berlin.

El emperador Alejandro acudió en auxilio de su infeliz aliado, y rusos y franceses se encontraron de nuevo en las márgenes del Vístula; los segundos, despues de ocupar la plaza de Thorn, alcanzaron la victoria en cuatro combates sucesivos, y la jornada mas importante de Eylau, inauguró la campaña del siguiente año (8 de febrero de 1807). El ejército ruso en Polonia, que antes de aquel encuentro se componía de ciento sesenta mil hombres, sufrió pérdidas numerosas; pero las de los franceses fueron aun mas considerables. Al cabo de pocos dias la toma de Dantzick y la victoria de Friedland, mas decisiva que la de Eylau, produjeron la entrevista de ambos emperadores á orillas del Niemen y la paz de Tilssit (7 de julio de 1807).

Aquella paz fué especialmente dictada por el deseo de Napoleon de encadenar la Rusia á su sistema continental, grande combinacion europea que parecia deber ser la ruina de Inglaterra. A la tiranía marítima de aquella nacion, Napoleon habia imaginado, despues de Jena, oponer el bloqueo continental: cerrar á sus productos el continente entero, y hacerla morir de inanición en medio de sus riquezas, tal era su gigantesco proyecto. Sin embargo, para *vencer así el mar por la tierra*, debia tener bajo su yugo, no solo la Prusia y el Austria, sino el único aliado que quedaba á la Inglaterra, el imperio en cuyo seno hallaban sus mercancías un inmenso mercado; la jornada de Eylau no habia sido decisiva; Friedland, á pesar de serlo mas, no bastaba para imponer á la Rusia la voluntad de la Francia, y el resultado que aquella vez no le daba la victoria, Napoleon esperó alcanzarlo por medio de la seducción.

A pesar del juramento de Potsdam y del interés que la hermosa reina de Prusia, principal autor de aquella guerra, inspiraba al emperador Alejandro, su caballeresco defensor, no reinaba entre los aliados la mayor armonía. Los rusos acusaban á los prusianos de haberse batido mal, y estos en cambio achacaban á los rusos su devastadora derrota; finalmente, unos y otros se quejaban de los ingleses, quienes, despues de excitarles á la guerra, les habian abandonado casi á sus propios recursos. En medio de

aquel general descontento, la coalicion estaba próxima á disolverse, y aquel momento fué el elegido por Napoleon para seducir y arrastrar por medio de proyectos y esperanzas vagas, pero infinitas, el ánimo vivo y lijero de Alejandro. A aquel vencido cuyas derrotas eran á la verdad mas honrosas que las del Austria y de la Prusia, gracias al obstinado valor de sus soldados, Napoleon dejó entrever la division del mundo. ¿Qué interés, decia, tenian la Francia y la Rusia en combatirse, separadas como se hallan por una inmensa extension de territorio? ¿Estaba acaso en rivalidad de ambicion marítima ó continental? Seguramente que no tanto, ni de mucho, como la Inglaterra y la Rusia desde que esta potencia habia extendido su poder por el Báltico y el mar Negro.

El dia 25 de junio de 1807 verificóse en una balsa, en medio del Niemen, que separaba á ambos ejércitos, la primera entrevista de los dos emperadores; abrazáronse, y durante dos dias vivieron juntos dividiendo entre ellos el mundo llevados por sus proyectos para el porvenir. El mundo no era bastante vasto para su ambicion; el uno debia ser *emperador de Occidente* y *emperador de Oriente* el otro; el rey y la reina de Prusia desposeidos de sus Estados, reducidos á algunas ciudades, teniendo solo cerca de sí los restos de su ejército, obtuvieron de la proteccion de Alejandro y de la piedad del vencedor, el conservar parte de su reino.

Como observa M. Thiers (1) hubo en Tilsitt tres clases de estipulaciones: un tratado público entre la Francia de una parte y la Rusia y la Prusia de otra.—Artículos secretos añadidos á dicho tratado.—Un oculto tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Francia y la Rusia, el cual debia quedar envuelto en el secreto mas absoluto mientras ambas partes no estuviesen de acuerdo para divulgarlo. El tratado público entre la Francia, la Rusia y la Prusia contenia las siguientes disposiciones: Restitucion al rey de Prusia, en favor del *emperador de Rusia*, de la antigua Prusia, de la Pomerania, del Brandeburgo, de la Alta y Baja Silesia.—Cesion á la Francia de todas las provincias situa-

(1) *El Consulado y el Imperio*, t. VII, l. XXVII. Los documentos que han servido á M. Thiers para esta parte de su historia, son en su mayor parte extractos de las memorias contemporáneas y manuscritos, siendo permitido creer que su estudio ha facilitado al historiador presentar las célebres conferencias de Tilsitt bajo su verdadero punto de vista.

das en la izquierda del Elba, para constituir con ellas, junto con el gran ducado de Hesse, un reino de Westfalia, en beneficio del hermano menor de Napoleon, Jerónimo Bonaparte.—Abandono de los ducados de Posen y de Varsovia para formar un estado polaco que, bajo el título de gran ducado de Varsovia, debia darse al rey de Sajonia, con un camino militar á través de la Silesia que diese paso desde Alemania á Polonia.—Reconocimiento por la Rusia y la Prusia de Luis Bonaparte y de los demás hermanos de Napoleon en los diferentes reinos que se les habian dado sucesivamente en Holanda, Nápoles y Westfalia.—Restablecimiento en sus dominios de los príncipes de Oldenburgo y de Mecklenburgo (parientes del emperador Alejandro); pero ocupacion de su territorio por las tropas francesas para la ejecucion del bloqueo continental. Finalmente, mediacion de la Rusia para establecer la paz entre la Francia y la Inglaterra, y mediacion de la Francia para restablecerla entre la Puerta y la Rusia.

Los artículos secretos restituian á los franceses las bocas del Cattaro; estipulaban el abandono de las siete Islas que en adelante debian pertenecer á la Francia en toda propiedad; prometian reconocer á José, rey de las Dos Sicilias, y concedian á la Prusia un reducido aumento de territorio en el Elba y en los alrededores de Magdeburgo en caso de que el Hannover fuese reunido al reino de Westfalia.

Por fin, el tratado secreto, el mas importante de todos, contenia la promesa de parte de la Francia y de la Rusia, de hacer causa comun en toda circunstancia; de unir sus fuerzas de tierra y mar en cualquier guerra futura; de tomar las armas contra la Inglaterra si esta potencia no consentia en la paz conservando á Malta, ó no devolviendo sus colonias á la España y á la Holanda; de hacer la guerra á la Puerta si esta no aceptaba la mediacion de la Francia, y en este último caso, *de sustraer*, dice el tratado, *las provincias de Europa á las vejaciones de la Puerta, excepto Constantinopla y la Romelia*. Ambas potencias se obligaban á intimar en comun á la Suecia, á la Dinamarca, á Portugal y hasta al Austria que se asociaran á los proyectos de la Rusia, esto es, que cerrasen sus puertos á la Inglaterra y le declarasen la guerra.

Este fué el famoso tratado de Tilsitt: desde aquel momento pa-

recia que solo habia puesto en el mundo para la Rusia y la Francia; pero al volver la vista al tiempo pasado, considerando á la vez la respectiva posicion de ambos imperios, atendiendo el fin que la Rusia se proponia y las esperanzas que abrigaba desde hacia un siglo, comprendiase toda la desigualdad de la division, y cuan falsas y perjudiciales para la Europa entera eran en realidad las nuevas combinaciones políticas de Napoleon, en apariencia vastas, profundas, y hasta dirigidas por especiosos motivos. Posible era que Napoleon se hiciese emperador de Occidente, que extendiese por sí mismo ó por medio de su familia su dominacion ó su influencia desde Portugal hasta el Vístula y el Danubio; pero ¿aquel imperio fundado por el hombre mas extraordinario que haya aparecido en el mundo, tenia acaso elementos de duracion, debía sobrevivir al genio que lo constituyera? Fácil es la contestacion, mientras que por el contrario, la realizacion de aquel imperio de Oriente meditada y lentamente edificada, no por el genio de un hombre, sino por los laboriosos esfuerzos de una dinastía que habia contado entre sus soberanos á Pedro I y á Catalina II, habrian sido hechos duraderos, sentados sobre mas sólidas bases que el efímero imperio de Napoleon. Debía, pues, llegar un dia en que se rompiese fatalmente el equilibrio entre el Oriente y el Occidente; y ¿en provecho de quién se habria consumado semejante hecho? De la Francia? de la civilizacion? No, sino en beneficio de los hombres del Norte, de los Rusos bárbaros aun.

El tratado de Tilsitt establecía, pues, una particion desigual, y los proyectos de Napoleon, aun cuando se hubiesen realizado, no compensaban la pérdida de nuestras alianzas naturales con la Suecia y la Turquía, ni el abandono de la Polonia.

En efecto, la Polonia cifraba todas sus esperanzas de resurreccion en las victorias de los Franceses; las legiones polacas, organizadas poco despues de la division de 1795 por el heroico Dombrowski, habian combatido en Italia, en la Europa toda, y creian hacer revivir su exánime patria adhiriéndose á la fortuna de la Francia. Napoleon habia pasado el Vístula y arrollado los Rusos hasta el Niemen; ¿pero qué hacia en favor de la Polonia? Acabamos de ver que en las estipulaciones de Tilsitt,

los ducados de Posen y de Varsovia reunidos formando un estado polaco, eran cedidos al rey de Sajonia; dábase nueva vida á un fragmento de la Polonia; medida incompleta que hería únicamente á la Prusia y susceptible de producir con la Rusia futuras contiendas sin hacer de la Polonia ni de la Sajonia una barrera asaz fuerte contra la ambicion moscovita, y sobre todo no ligando á la Francia de un modo indisoluble los pobres polacos, á quienes Alejandro prodigaba, por su parte, las promesas y las esperanzas.

En cuanto á la Turquía, Napoleon, al abandonar á las ambiciosas miras de Alejandro aquella nacion á la que creia no poder regenerar ni colocar al nivel de los pueblos europeos, habia prohibido formalmente á su aliado la ocupacion de Constantinopla, no ignorando que poner aquella ciudad en poder del soberano de la Rusia era confiarle no solo la llave del Oriente, sino tambien la dominacion del Mediterráneo; era arruinar á la vez la costa meridional de Francia, y el porvenir de sus nuevas adquisiciones en Italia, y en las mismas costas albanesas. Alejandro quedaba, pues, autorizado para apoderarse de la Valaquia, la Moldavia y la Bulgaria; pero debia detenerse en la línea de los Balkanes. Napoleon contaba demasiado en su fuerza; no pensaba lo bastante en el porvenir, y no se preguntaba quien se opondria despues de él á la ambicion rusa en el camino á que él mismo la lanzaba.

Despues de la alianza pasajera y anti-natural que habia unido por un momento al czar y á la Puerta durante la ocupacion del Egipto por los Franceses, y que se rompió en 1802, cuando la paz de Amiens, la Turquía y la Rusia habíanse de nuevo entregado á sus antiguos rencores. En 1803, el sultan Selim habia cometido la falta de otorgar á los Rusos la libertad de navegacion por el Phaso en la Mingrelia, y apoderándose estos de Anakria, posicion de grande importancia, establecióronse sólidamente entre el mar Negro y el mar Caspio, y tuvieron abiertos dos caminos para sus conquistas futuras, el uno hácia la Persia y el otro hácia la Turquía de Asia.

Entonces fué cuando volviendo al sistema de Catalina con la tenaz insistencia distintiva de los proyectos rusos, reclamó Alejandro la proteccion de los súbditos griegos en toda la Tur-

quía europea. Al escuchar semejante demanda, Selim manifestó viva indignacion, y el divan, ó al menos aquellos de sus ministros que no se hallaban vendidos á la Rusia, declararon unánimemente que era preciso sepultarse entre las ruinas de Constantinopla antes que firmar con tan vergonzoso tratado la destruccion del poder Otomano; sin embargo, aquella animosa resolucion no tardó en desvanecerse al considerar que á causa de sus mismas imprudentes concesiones, el enemigo ocupaba las puertas del imperio y acampaba en sus fronteras; que dentro de ocho dias el ejército de Odessa podia estar bajo los muros del serrallo, mientras que las islas Jónicas, la Morea, la Thessalia, el Epiro y las provincias transdanubianas, desde mucho tiempo minadas por la política rusa, levantarían el estandarte de la rebelion.

La decision de negociar y contemporar, impuesta por tales reflexiones, era mas necesaria aun atendido el estado interior del imperio y de las provincias de Asia: el bajá de Trebisonda acababa de declararse independiente con las armas en la mano; la Turquía parecia tocar el abismo en que debia precipitarse, cuando la Rusia cesó de insistir en sus exorbitantes pretensiones, obligada á pensar en su propia seguridad con motivo de los acontecimientos de Europa. En efecto, corria entonces el año 1805, y Napoleon, despues de la toma de Ulm y de una continuada série de victorias, habia entrado en la capital del Austria; el emperador Alejandro, instado para que acudiese en auxilio de su aliado, apresuróse á llamar las tropas que empezaban á reunirse en Crimea, y el embajador ruso en Constantinopla, en vez de dejar oír amenazas y de declarar la guerra, pidió la renovacion por ocho años del tratado de 1798 que se hallaba próximo á expirar. El divan, con su debilidad acostumbrada, consintió en la celebracion de aquella tregua, cuando llegó á Constantinopla la noticia de la batalla de Austerlitz.

El emperador de los Franceses fué reconocido entonces en aquella capital, donde sus victorias habian causado una satisfaccion que nadie trataba de ocultar. El embajador ruso, M. de Italinski, protestó contra semejante *reconocimiento*, que, segun él, era atentatorio á la *buenafé* del tratado que acaba-

ba de renovarse. Sus reclamaciones no fueron escuchadas y partió para París un enviado extraordinario con encargo de ofrecer á Napoleon magníficos presentes. El embajador francés, general Sebastiani, que habia sido recibido en Constantinopla con inusitados honores, contribuyó eficazmente con su habilidad á aquel favorable resultado, y supo devolver al nombre francés en Oriente todo el ascendiente de que en otro tiempo gozara.

La Turquía se negó á tomar parte en la cuarta coalicion, y como preludio de sus hostilidades contra la Rusia, destituyó á los dos hospodares de Valaquia y de Moldavia; aquel atrevido golpe fué objeto de una viva discusion diplomática: el embajador ruso, apoyado por el Austria, reclamó la ejecucion de la cláusula del tratado de Jassy, en virtud de la cual los voievodes reinantes en Valaquia y en Moldavia no podian ser destituidos sin el consentimiento de la corte de San Petersburgo; y el divan se disponia por fin á ceder restableciendo á los hospodares, cuando se supo en Constantinopla que el general ruso Michelson habia penetrado en Moldavia al frente de treinta y cinco mil hombres.

Al mismo tiempo, apareció en la entrada de los Dardanelos una escuadra inglesa al mando del almirante Duckworth, agresion motivada por la propension que la Sublime Puerta no cesaba de manifestar hácia la Francia. El almirante inglés forzó el estrecho á pesar del fuego de los primeros fuertes, y atacó á la escuadra turca estacionada en Galipoli; la mayor parte de los buques fueron presa de las llamas, y á la vista de semejante desastre, esparcióse la consternacion por el serrallo, siendo precisa toda la energía del embajador francés para sostener la vacilante resolucion del sultan. El general Sebastiani, secundado por la mayor parte de la poblacion, imprimió grande actividad á los trabajos emprendidos sin pérdida de momento para poner los fuertes en estado de resistir á los ingleses. A consecuencia de aquellas medidas, el almirante Duckworth vióse obligado á retirarse, y su escuadra sufrió graves averias al pasar otra vez los Dardanelos que forzara antes con toda felicidad.

Los rusos que habian penetrado en Moldavia durante el otoño de 1806, habian invadido completamente dos provincias: Jassy y Bukarest se encontraban en su poder, mientras que la Puerta

reunía fuerzas imponentes en las orillas del Danubio, donde los hajáes de Nissa y de Widdin habian derrotado ya á los servios y obligado á los rusos á levantar el blóqueo de Giurgewo, despues de hacerles sufrir considerables pérdidas al pié de los muros de Ismail. Entonces estalló en Constantinopla una revolucion que, precipitando del trono al sultan Selim, paralizó las operaciones del ejército otomano, circunstancia que produjo entre los rusos y los turcos un armisticio (agosto de 1807), posterior de muy poco tiempo al tratado de Tilsitt. Sin embargo, en virtud de los pactos secretos estipulados con Napoleon, parte de las tropas rusas que habian invadido los principados permanecieron en ellos, y á pesar de una cláusula que concedia á aquel país cierta independencia temporal, el príncipe Ipsilanti, uno de los hospodares destituidos el año anterior, fué á incorporarse del gobierno de la Valaquia, en el momento en que la Puerta nombraba al príncipe Soutzo para reemplazarle. Al reclamar el Divan contra semejante violacion de las bases del tratado, Ipsilanti recibió orden de retirarse y *cedió* á la Rusia sus derechos sobre el gobierno de aquella provincia, cuya administracion confiése entonces á un divan compuesto de rusos y de boyardos del país. La Turquía, que esperaba de la poderosa intervencion de la Francia, el completo restablecimiento de sus derechos sobre los países disputados y sobre los que habia perdido en las últimas guerras contra la Rusia, ignoraba que Napoléon habia cometido la falta y la iniquidad de venderla á la Rusia; mas como no le veía hacer en favor suyo la menor demostracion, pensó en reconciliarse con la Inglaterra; la vijilancia de Sebastiani pudo solo aplazar aquel suceso.

La Inglaterra, abandonada por la Rusia despues de Tilsitt, aumentaba su actividad para conservar alguna influencia en el Norte: por sus sugerencias, el jóven rey de Suecia, Gustavo Adolfo, se lanzó solo á la guerra, pues si bien contaba con el auxilio de los ingleses, fué este harto tardío para impedir al general Brune la toma de Stralsund, capital de la Pomerania sueca, plaza fuerte y muy importante así por su posicion como por sus vastos arsenales. Por su parte los rusos invadian los puntos que los suecos conservaban todavía en Finlandia, y á pesar del valor desplegado por estos, viéronse obligados á retirarse ante las tropas rusas y danesas reunidas. La Suecia poseia aun en la pro-

vincia de Finlandia que la Rusia le arrancaba desde Pedro el Grande, pedazo por pedazo, un punto de apoyo, la fortaleza de Sveaborg, en cuyas obras habia invertido cincuenta años de trabajos y sumas de consideracion; la traicion se la arrebató. El almirante encargado de defenderla, y que tenia á sus órdenes una fuerte guarnicion, capituló sin resistencia, y los rusos penetraron en aquella ciudadela maritima considerada como inespugnable. Desde aquel dia fué Alejandro dueño de la Finlandia.

Los ingleses que no habian podido decidir á la Dinamarca á imitar el ejemplo de la Suecia, vengáronse en Copenhague; despues de tres dias de bombardeo, aquella capital fué incendiada, y la escuadra danesa cayó en poder del enemigo (7 de setiembre de 1807), agresion salvaje que hizo mas en favor del sistema continental de Napoleon que todas sus victorias. El rey de Dinamarca secuestró en sus estados las propiedades británicas, prohibió á sus súbditos toda relacion con la Inglaterra, y celebró con la Francia un tratado de alianza, al paso que la Rusia, indignada por el incendio de Copenhague, renovaba los principios de la NEUTRALIDAD ARMADA.

Aquella declaracion del emperador Alejandro anulaba todas las convenciones anteriores entre la Rusia y la gran Bretaña, especialmente la de 1801, y establecia la interrupcion de relaciones entre ambas potencias mientras no obtuviera la Dinamarca justa reparacion, y, lo que era mas difícil, mientras no se celebrase la paz entre la Francia y la Inglaterra. Los motivos de descontento enunciados en aquella nota dejaban traslucir el despecho de haber sido víctima de la política inglesa, pues el gabinete de San Petersburgo se quejaba con aspereza de haber sufrido hasta entonces las cargas de una alianza ofensiva, organizada en interés directo é inmediato de la Gran Bretaña. Finalmente, para confirmar aquella enérgica exposicion de sus quejas, el emperador Alejandro mandó capturar los buques ingleses que se encontraban en sus puertos y secuestrar todas las propiedades inglesas. La Prusia, humilde satélite del gran imperio del Norte, tomaba tambien semejantes medidas, y el impracticable sistema de bloqueo europeo inventado por Napoleon contra la Inglaterra, parecia por fin muy próximo á realizarse.

Sin embargo, mientras el norte de la Europa se humillaba bajo

aquel prodigioso ascendiente, los impolíticos acontecimientos de Bayona y la constancia heroica de la España, eran los primeros síntomas de una inevitable decadencia, no tardando la derrota de Baylen en anunciar á la atónita Europa que podia resistirse con buen éxito á aquella fortuna militar hasta entonces indomable.

El Austria preparábase ya para la guerra reclutando nuevos soldados y procurando con sus maquinaciones diplomáticas disolver en Alemania la confederacion de los Estados secundarios que reconocia el protectorado del emperador de los Franceses. En esto se verificó en Erfurt otra entrevista entre Napoleon y Alejandro; este habia sido verdaderamente seducido en Tilssit por el genio de Napoleon: de carácter vivo y lijero, habia cedido ante el hechizo del generoso vencedor que le ofrecia partir el mundo con él. Su entusiasmo, empero, no le hacia olvidar sus intereses, y un punto habia en que se encontraba en total desacuerdo con su omnipotente aliado; varias veces repitió al embajador de Francia, M. de Caulaincourt: «Es preciso que posea la llave que abre la puerta de mi casa;» y aquella llave era nada menos que Constantinopla. Napoleon permanecia inflexible sobre semejante punto, pues entregar á un rival aquella reina del Oriente no era abrirle solamente el Asia y el camino de las Indias; era darle con la dominacion del Mediterráneo el imperio del mundo. Así pues el emperador de los Franceses habia fijado por límite á la ambicion rusa la cordillera de los Balkanes, y hemos visto ya como Alejandro intrigaba en los principados danubianos mientras llegaba la hora de extender hasta aquel punto su dominacion; sin embargo, impaciente, desconociendo la política lenta y segura de Pedro I, y contando con la condescendencia de su poderoso aliado, solicitó tener con él una nueva entrevista, sin que por ello manifestase menos amistad y zelo en favor de la Francia; por el contrario, imponia silencio al partido inglés y austriaco en Petersburgo, y hacia observar, en apariencia al menos, las pactos del bloqueo continental. Napoleon aceptó la proposicion de una segunda entrevista, y fijó el lugar de la cita en Erfurt, cerca de Weimar.

En 27 de setiembre de 1808, Alejandro, acompañado de su hermano el gran duque Constantino, de su ministro Romanzof y de Tolstoi, uno de sus grandes oficiales, reunióse con Napoleon, rodeado de un estado mayor de reyes, de príncipes y de marisca-

les, en la pequeña ciudad de Erfut, tranquila y estudiosa, que debía convertirse por algunos días en ruidoso albergue de los señores del mundo. Ambos soberanos se abrazaron como en Tilsitt; Napoleon, al dirigirse á Erfurt, habia tomado ya su resolucion acerca de los puntos esenciales que debian tratarse en la entrevista: habia abandonado toda idea de particion de la Turquía entre Alejandro y él, sabiendo dice M. Thiers (1), que «no dando Constantinopla, nada daba, aun cuando diese todo el imperio turco, puesto que para Alejandro y M. de Romanzof, la cuestion consistia únicamente en la posesion de ambos estrechos; y si daba Constantinopla, daba cien veces mas de lo que queria, daba el porvenir de Europa, y una conquista cuyo brillo eclipsaria todas las suyas. Sin embargo, habia observado que pagando al contado, si podemos espresarnos así, sacrificando al momento parte del territorio turco codiciado con tanta pasion por la Rusia, causaría suficiente satisfaccion y la seduciria completamente en aquella ocasion.»

Los dos emperadores salieron de Erfut el dia 14 de octubre, despues de estipular los siguientes pactos que debian quedar profundamente secretos: Los emperadores de Francia y de Rusia renovaban su alianza de un modo solemne, y se obligaban á hacer en comun lo mismo la paz que la guerra.—Cualquiera proposicion hecha á uno de los dos debia ser comunicada inmediatamente al otro, y recibir una sola y comun respuesta.—Los dos soberanos convenian en dirigir á la Inglaterra una solemne proposicion de paz, proposicion inmediata, pública y tan solemne como fuese posible, á fin de hacer al gabinete británico mas difícil la negativa.—La base de las negociaciones debia ser el *uti possidetis*.—La Francia no debia consentir en paz alguna que no asegurase á la Rusia la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia.—La Rusia no debia consentir en paz alguna que no asegurase á la Francia, además de cuanto poseia, la corona de España al rey José.—Inmediatamente despues de la firma del tratado la Rusia podria empezar las necesarias negociaciones cerca de la Puerta para obtener, por medios pacíficos ó violentos, las dos provincias del Danubio, previo acuerdo de los plenipotenciarios y agentes de ambas potencias

(1) *El Consulado y el Imperio*, t. IX, l. XXXII.

acerca del lenguaje de que debería usarse á fin de no comprometer la amistad existente entre la Francia y la Puerta.

La última cláusula, oscura y dudosa, espresaba una concesión muy débil, la única que Napoleon pudo arrancar á la impaciencia de Alejandro y de M. de Romanzof, esto es, un corto plazo antes de obrar contra la Turquía, durante el cual se hiciesen en Londres negociaciones para la paz en nombre de los dos soberanos.

Para asegurar la ejecucion de los pactos de Erfurt, convínose en que si la Rusia y la Francia, la una en la realizacion de sus proyectos en los principados y la otra en España, tuviesen alguna contienda con el Austria, reunirían sus contingentes y tomarían una parte común en la guerra; finalmente, si las conferencias de Erfurt producian la guerra y no la paz, ambos emperadores prometían volverse á ver en el espacio de un año.

La Francia parecía haber llegado entonces al apogeo de su poder, y la Europa solo veía á dos monarcas, solo temblaba bajo dos cetros; el de Occidente era el que mas pesaba en la balanza; la voluntad de Napoleon era acatada desde el Tajo hasta el Vístula, pero su enorme poderío no debía tardar en ser de nuevo atacado.

La quinta coalición continental, cuyos elementos habían sido preparados con misteriosa actividad, estalló con un repentino ataque del Austria; la Inglaterra habia rechazado las proposiciones de paz; la Turquía, sacrificada por la Francia, se arrojaba en sus brazos, y Alejandro, descontento por las dilaciones que sufría la realizacion de sus proyectos en Turquía, excitado por su madre y el partido de los antiguos rusos contra Napoleon, disgustado y perjudicado por el bloqueo continental, á pesar de ejecutarlo con muy poco rigor, vacilaba en su fidelidad hácia la Francia.

No obstante los esfuerzos prodigiosos que hiciera el Austria para sostener la lucha, sus generales fueron completamente derrotados, y Viena fué ocupada por los franceses despues de una campaña de veinte y un dias. Durante aquella rápida serie de victorias, la Rusia, para ser fiel al tratado de Tilsitt, y probablemente para cumplir las nuevas promesas que acababa de hacer en Erfurt, envió un ejército á Galitzia (1809), pero sus tropas pesadas en su marcha, indecisas en sus movimientos, parecían haber sido enviadas, mas para asistir á la contienda y presenciar

su desenlace, que para tomar parte en la misma. De aquí nacieron las primeras dudas de Napoleon acerca de la sinceridad de su aliado, y los primeros síntomas de un nuevo rompimiento entre las dos potencias.

La ocupacion de Viena que parecia deber ser el término natural de la guerra, fué únicamente un incidente de ella; habia llegado el tiempo en que los soberanos sacrificaban sus capitales para salvar sus imperios, y en el momento en que el mariscal Lefevre acababa de ocupar Inspruck, el archiduque Carlos, atrayendo á Napoleon en las islas que forma el Danubio, mas abajo de Viena, hizo pagar cara á su adversario la victoria de Essling.

La batalla de Raab, ganada durante el mes siguiente contra el archiduque Juan, que, arrojado del Tirol, se habia retirado á Hungría; la de Wagram, contra el archiduque Carlos, que fué casi tan reñida y mas terrible que la de Essling, terminaron aquella campaña en la que el Austria se rehabilitó á fuerza de sangre, de los reveses y continuas faltas de sus generales desde la primera coalicion.

El armisticio de Znaim (12 de julio) favoreció los triunfos del ejército francés en vez de contenerlos; pues en la época en que el emperador de Austria tomó la repentina resolucion de deponer las armas y pedir la paz, la Bohemia, que no habia sido aun atacada, podia, lo mismo que la belicosa Hungría, convertirse para los franceses en un peligroso campo de batalla. Sin pérdida de momento impúsose provisionalmente á los países arrebatados á la casa de Austria una contribucion de doscientos millones de francos, y empezaron á negociarse los mas importantes resultados de aquella guerra.

Durante el siguiente mes firmóse en Viena un tratado, en virtud del cual cedió el Austria, ya á Napoleon, ya á la confederacion del Rin, varias ciudades de Alemania y de Italia con sus dependencias; fué despojada en favor del ducado de Varsovia de toda la Galitzia occidental y de la ciudad de Cracovia, y abandonó por fin á la Rusia un territorio cuya poblacion se elevaba á cuatrocientas mil almas. El emperador de Austria reconoció además los derechos que Napoleon se arrogaba sobre las monarquías del mediodía de la Europa, adhirióse á su sistema continental, y

renunció á todo el territorio comprendido con el nombre de provincias Ilirias, sacrificios todos que no fueron mas que el preludio de un sacrificio aun mayor y de una mas íntima alianza. Una archiduquesa fué el precio de la restitucion de algunos territorios; pero aquel ilustre himeneo, de siniestro agüero, indicó el punto culminante donde debía llegar la fortuna del grande hombre que, haciendo traicion á su destino y á los votos de la Francia, creábase una felicidad de advenedizo! Así fué como al verse derribado, al reconocer la falta capital que cometiera despues de Wagram, de no haber humillado mas aun á la casa de Austria, no dividiendo la monarquía austriaca y no colocando en tres distintas frentes las tres coronas que la componen, exclamó con amargura: «¡Aquél enlace me ha perdido (1)!»

A principios del siguiente año, continuando su sistema prohibitivo contra la Inglaterra con mas encarnizamiento que utilidad, puesto que el contrabando abría á las mercancías inglesas Trieste y el Báltico, la Alemania y la Rusia, al mismo tiempo que la España y sus colonias le procuraban inmensos mercados, Napoleon mandó ocupar por sus tropas el ducado de Oldemburgo, á fin de completar el bloqueo continental á lo largo del mar del Norte. Semejante usurpacion fué un nuevo motivo de disgusto para el emperador Alejandro, á quien debía justamente inquietar la reciente alianza de Napoleon con el Austria; un decreto ruso de 12 de enero de 1811 aumentó los derechos sobre las importaciones francesas, pero Napoleon ofendióse mas gravemente aun al considerar la progresiva tolerancia, con que eran admitidos en los puertos rusos los buques ingleses, primeramente bajo pabellon portugués, y despreciando en breve aquella ficcion (2). Cada dia agriábanse mas y mas las relaciones entre ambos aliados, entre los íntimos amigos de Tilsitt y de Erfurt.

(1) Habíase ocupado de aquel proyecto de division antes de su matrimonio con Maria Luisa, pero despues de verificado este, decia, se veia incapaz de realizarlo. «El Austria se habia convertido en mi familia, y sin embargo, aquel enlace me ha perdido. Si no me hubiese creído tranquilo y aun apoyado por aquella parte, habria retardado tres años la resurreccion de la Polonia, y habria esperado que la España se hallase tranquila y pacífica. He puesto el pie en un abismo cubierto de flores.» etc. *Memorial*, p. 159 t. III.

(2) Schnitzler, *Historia íntima*, t. I. c. I.

Entonces empezó una série de demostraciones hostiles por parte de la Rusia, cuyas tropas ocupaban ya la frontera occidental de la Lithuania; un nuevo ejército ruso se puso en marcha hácia el ducado, y el embajador ruso presentó como *ultimatum* una altiva nota, amenazando con salir de Paris dentro de ocho dias en caso de que no fuese aceptada. Napoleon, aun que poco acostumbrado á tan arrogante diplomacia, quiso sin embargo, recurrir á otra tentativa (1) para inspirar á su ilustre adversario mas pacíficas disposiciones, y á pesar de que la guerra estuviese declarada por el mero hecho de la partida del embajador ruso, envió el suyo, M. de Lauriston, á Vilna, donde se encontraba el emperador Alejandro; sin embargo, Lauriston no fué recibido, y desde entonces la guerra se hizo inevitable.

Principiaba entonces el año 1812, y Napoleon parecia asustarse de sus propias ideas. Un célebre historiador ha trazado un magnífico cuadro de la agitacion que le dominaba; segun dice M. de Segur, sus noches eran turbadas por el violento combate de sus contradictorios deseos, y durante el dia tenia constantemente sobre su mesa un resumen general del estado de cada potencia europea á fin de examinar los peligros de su posicion y los azares de la empresa que á pesar suyo le ocupaba. En marzo, segun el mismo autor, el embajador Tsernichef presentó á su soberano nuevas proposiciones de paz, en las que ofrecia Napoleon renunciar á sus proyectos respecto de la Polonia, y solo pedia satisfaccion de algunos agravios. Estos eran: 1.º el ukase de 12 de enero de 1811, que prohibia la entrada en Rusia de muchos productos franceses y destruia el sistema continental; 2.º la protesta del emperador Alejandro contra la reunion del ducado de Oldenburgo; 3.º los armamentos de la Rusia. Napoleon renovaba su anterior oferta de pagar una indemnizacion por el ducado de Oldenburgo.

Alejandro al contestar á estas proposiciones, exigió en su ultimatum la entera evacuacion de la Prusia y de la Pomerania sueca, y una disminucion de la guarnicion de Dantzick; no rechazaba la indemnizacion ofrecida con motivo de la ocupacion del ducado de Oldenburgo, y prestábase á celebrar con la Fran-

(1) *Memorias de Sta. Eliza*, t. III, p. 130.

cia un tratado de comercio, y tambien á modificar el ukase de enero de 1811. Sin embargo, aquellas negociaciones fueron vanas y solo sirvieron para revelar las borrascosas vacilaciones de Napoleón; aquella guerra colosal careció de un motivo grande, y al investigar con detencion las causas que la produjeron, no se encuentra ninguno que sea de un interés real para los pueblos: únicamente estaba empeñado en ella el orgullo de los soberanos.

La fatalidad que habia sugerido la primera idea de aquella expedicion, eligió igualmente los medios de llevarla á cabo. Si hemos de creer al autor de la obra que acabamos de citar, jamás mayor imprevision habia acumulado tantas faltas en la ejecucion de un proyecto del cual dependia la suerte de un ejército de cuatrocientos mil hombres; además, aquel ejército llevaba en sí mismo todos los gérmenes posibles de desorganizacion; faltaba acuerdo entre los generales, armonía entre los diferentes cuerpos, confianza en el resultado definitivo de la invasion, y los que debian contribuir al buen éxito de aquella gigantesca tentativa eran los primeros en manifestar hácia ella una oposicion mas ó menos declarada.

Napoleón esperaba todavía en Dresde el resultado de las negociaciones de Lauriston y de M. de Narbonne. «Confíaba, dice M. de Segur, en vencer á Alejandro por medio del solo aspecto de su ejército reunido, y sobre todo por la amenaza que envolvia su permanencia en la capital de la Sajonia.» Iguales ilusiones abrigó hasta llegar á Moscou, y ni la continúa fuga de los Rusos, ni el incendio de las ciudades que los abandonaban, pudieron despertar de aquel letargo de su genio, ni mostrarle los resultados con que le amenazaba aquel modo *pártico* y terrible de hacer la guerra.

El ejército que iba á penetrar en Rusia hallábase dividido en catorce ó quince cuerpos, cada uno bajo el mando de un jefe, rey, príncipe ó mariscal. Murat, Ney, Davoust, Mortier, Gouvion Saint-Cyr, José Poniatowski, heróico sobrino del cobarde Estanislao Augusto, eran los principales generales; el Austria habia aprontado un cuerpo auxiliar bajo el mando del príncipe Schwartzemberg, y el total de las tropas era de cuatrocientos cincuenta mil combatientes; entre ellos veinte mil italianos, ochenta mil

de la confederacion del Rhin, treinta mil polacos, treinta mil austriacos y veinte mil prusianos.

Las tropas rusas se hallaban divididas en primero y segundo ejército de occidente, y mandábanlas los generales Barclay de Tolly, Bagration y Tormasof; su fuerza, incluso algunos cuerpos ligeros y la caballería irregular, era de trescientos sesenta mil combatientes.

El grande ejército, despues de dirigirse hácia el Niemen en tres masas separadas, pasó aquel rio sin obstáculo y entró en Vilna, capital de la Lithuania, con la misma facilidad. Los rusos acababan de evacuar aquella ciudad, y huyendo delante del enemigo, desamparaban sus fronteras con una rapidez que parecia ocultar un lazo: aquel silencio y aquella soledad tenian para los soldados algo de siniestro y amenazador. A la llegada del ejército francés, y sobre todo á la vista de sus compañeros conducidos desde su destierro por las victoriosas armas de Napoleon, los Lithuanios creyeron haber vuelto á los tiempos de su libertad; lloraban de alegría al ver tremolar de nuevo las banderas nacionales, y la dieta de Varsovia abrió sus sesiones. Constituida en confederacion general, aquella asamblea declaró restablecido el reino de Polonia, convocó las dietinas, invitó la Polonia á confederarse, intimó á los polacos que abandonasen la Rusia, hizose representar por un consejo general, y envió una exposicion al emperador de los franceses.

Napoleon contestó á aquellas demostraciones de un modo vago y muy poco á propósito para infundir esperanzas. «Si hubiese reinado durante la segunda ó la tercera division, dijo, habria armado á mis pueblos en defensa de la Polonia; pero en mi actual situacion, tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que cumplir... He salido garante al emperador de Austria de la integridad de sus dominios, y no puedo sancionar movimiento alguno que tienda á turbarle en la pacífica posesion de lo que le resta de las provincias polacas.» Esto no obstante, se ocupó de la organizacion provincial del país, pues si queria abandonarle el trabajo de emanciparse queria apropiarse el derecho de gobernarle. Las exigencias, las necesidades y varios actos de indisciplinaplina cometidos por los franceses, acabaron de disgustar á los Lithuanios.

Mientras esto sucedia, la Europa desde el norte al mediodía alzabase de nuevo contra la Francia, y á la voz de la diplomacia inglesa agrupábanse las potencias alrededor de la Rusia: la Suecia firmaba un tratado de paz con la Gran Bretaña; la regencia de Cádiz, obrando en nombre de Fernando VII, hacia causa comun con el gabinete de San Petersburgo, mientras que Wellington conseguia contra el mariscal Marmont la victoria de Arapiles, y hacia vacilar en su trono al intruso rey José.

Los convoyes de Napoleon no habian podido seguirle en su rápida marcha hácia Vilna, y negándose á esperarlos en la capital de la Lithuania, cediendo á su fogosa impaciencia y al deseo de una batalla decisiva, lanzó en persecucion del enemigo cuatrocientos mil hombres con víveres para veinte dias, en un país que no pudo alimentar á los veinte mil Suecos de Carlos XII. Gran parte de los inmensos convoyes de bueyes que seguian al ejército llegó mas tarde á Vilna y á Minsk, sin servir casi de utilidad alguna, sucediendo lo mismo con las provisiones de granos dirigidas desde Dantzick á Vilna. Los buques quedaron detenidos en el seco lecho de los rios, y los carros reunidos para suplir los primeros medios de transporte, no llegaron hasta muchos dias despues de la marcha de las tropas (1). Así pues, los desastres de aquella expedicion comenzaron con ella, y el hambre hostigó constantemente al grande ejército, así al ir como al volver.

Tal era el estado de las cosas cuando se presentó un enviado ruso en las avanzadas francesas, siendo portador de proposiciones de paz de parte de su soberano; pero aquellas vagas proposiciones nada establecian, y Napoleon despidió al embajador con demandas inadmisibles. Con aquel paso, Alejandro parecia haber llenado la medida de la moderacion, fuese cual fuese su secreto pensamiento.

Napoleon permaneció veinte dias en Vilna, ocupado en reorganizar el país, en recibir diputaciones, en expedir órdenes para Francia y España, y en construir una ciudadela en el lugar que ocupara el antiguo palacio de los Jagellones; marchó luego hácia Vitebsk, y el enemigo, abriéndole de nuevo todos los caminos de la invasion, abandonó un campo atrincherado que con pro-

(1) Segur, t. I, l. II.

digiosos esfuerzos habia formado delante de aquella ciudad en las márgenes del Drisa; sin embargo, en virtud de un designio contrario, pareció querer ocupar los desfiladeros y bosques que cubren Vitebsk. Allí esperaron los rusos á los franceses, y Napoleón, que creía por fin en una batalla, dijo por la noche á Murat al despedirse de él: «Hasta mañana, pues, á las cinco.»

La aurora del siguiente dia no encontró á los rusos en su campamento; habian desaparecido, pero con tanto orden, que ni el menor vestigio de precipitacion indicaba que se hubiesen detenido la víspera en aquel lugar. Los invasores entraron en Vilna que ofrecia á sus admirados ojos igual silencio y soledad, empezando el ejército á fatigarse de aquella vana persecucion, de aquella esperanza siempre frustrada de una gran victoria que debia ser el término de sus trabajos. Tambien su jefe se encontraba cansado; despues de marchar algunas leguas mas allá de Vitebsk sin percibir las huellas del enemigo, volvió á su cuartel imperial, y desciñéndose la espada y arrojándola sobre los mapas que cubrian todas sus mesas, exclamó: «Aquí me quedo»; quiero asegurarme de mi posicion, reunir y dar descanso á mis tropas, y organizar la Polonia. La campaña de 1812 ha terminado! la de 1813 hará lo demás.»

¡Efímera resolucion, hija únicamente de la necesidad de dar algun reposo al ejército, y de la esperanza de recibir proposiciones de Alejandro mas positivas y satisfactorias que las que recibiera en Vilna! Al cabo de pocos dias, presa otra vez de su natural impaciencia, soñó la toma de Moscou, cuyo nombre pronunciaba de cuando en cuando; representóse con fuerza los inconvenientes de la posicion defensiva que tomaba en Vitebsk, él, acostumbrado á subyugar á los hombres por la admiracion, á triunfar por la inesperada audacia de sus ataques; figuróse á la Francia y á la Europa creyéndole vencido porque no avanzaba; pensó por fin, que la duracion de semejante empresa aumentaba sus peligros; de modo, dice el historiador de la campaña de 1812, que el mismo temor que debiera haberle hecho retroceder hasta el Niemen, le impulsó por el contrario hácia Moscou.

Sin embargo, aquel frenesí de persecucion habia agotado las fuerzas de todos, así generales como soldados; nadie se hacia ya ilusion acerca de los probables resultados de aquella fatal obsti-

nacion, y hasta el mismo Murat, soldado nacido únicamente para combatir, y cuyo idioma militar se reducía á estas palabras, *adelaide*, discutió aquella vez la resolucion del emperador: dijo ser inútil tomar á Esmolenko á costa de sangre, puesto que los rusos no debían tardar en abandonarla, y que rehusando el enemigo una batalla, era ya tiempo de detenerse. Napoleon, empero, solo veía, solo pensaba en Moscou: honor, gloria y reposo, todo para él estaba allí.

La ciudad de Esmolenko fué defendida bizarramente por los rusos, y al abandonarla la entregaron á las llamas. «El ejército atravesó aquellos humeantes y sangrientos escombros con su orden, música guerrera y pompa acostumbradas, triunfante por entre aquellas desiertas ruinas, siendo él solo el testigo de su gloria: espectáculo sin espectadores, victoria sin fruto, gloria sangrienta de la cual era fiel emblema el humo que nos envolvía y que parecia ser nuestra sola conquista (1).»

En esto, un oficial procedente del campamento de Schwartzemberg anunció á Napoleon que el ejército de Tormasof se habia establecido al norte entre Minsk y Varsovia, que habia invadido el gran ducado y arrollado al general Regnier: sin embargo, los austriacos habian socorrido á aquel general, y Tormasof, obligado á retroceder á su vez, se habia reunido con Tchitchakof, general del ejército del Danubio; aquella reunion aumentaba los peligros del grande ejército y era una razon mas que impulsaba á Napoleon á obtener una batalla decisiva y á entrar en Moscou.

Sin embargo, las tropas continuamente engañadas por vanas promesas de descanso, prorumpieron en quejas, y Rapp, que llegó entonces de Paris, expuso con franqueza el espantoso desorden que habia encontrado en su camino desde las fronteras de Polonia. «Aquella marcha victoriosa y sin combates, dejaba tras de sí mas ruinas que una derrota.»

Napoleon contestó á tan afflictivos detalles con la falsa promesa de detenerse en Esmolenko; dijo que aquella ciudad era un excelente capital de acantonamiento, y que pensaba detenerse en aquella posicion para reunir sus tropas, darlas descanso, y espe-

(1) Segur, t. I, l. II.

rar refuerzos y provisiones. La Polonia entera se hallaba en su poder, y su conquista le parecía un resultado suficiente para una guerra de dos meses; mas ya se engañase á sí mismo, ya pretendiese engañar por un momento á los demás, no tardó en obedecer de nuevo al impulso dominador que le empujaba. Murat y Ney, los dos mas temerarios, fueron colocados en la vanguardia; el prudente y metódico Davoust debió obedecer al rey de Nápoles, y si bien les recomendó evitar un encuentro decisivo, Napoleón lo disponia todo para obligar á las circunstancias á proporcionárselo.

Como Napoleón lo habia previsto, Ney y Murat, al ver al enemigo, olvidaron que les estaba prohibido el presentar batalla, y al llegar su retaguardia á Valontina, comprometieron la totalidad de sus fuerzas en un combate encarnizado y sangriento por una y otra parte. El intrépido general Gudín halló la muerte en él defendiendo el puente de Kolovdina contra Barclay de Tolly, que queria salir por aquel paso de los desfiladeros en que se encontraba encerrado.

Napoleón manifestaba cada dia mayor inquietud; habia esperado hasta entonces proposiciones del emperador Alejandro mas positivas y satisfactorias que las que recibiera durante su permanencia en Vilna; pero no llegaba mensajero alguno, y veíase obligado á ser él el promovedor de nuevas negociaciones. Para ello mandó escribir á Barclay de Tolly por medio del mayor general, y envió á Alejandro protestas de amistad que eran cuando menos singulares en el estado de sus relaciones.

Alejandro se hallaba muy poco dispuesto á contestarle, y en aquel mismo momento tenia una entrevista en Finlandia con el príncipe real de Suecia, Bernadotte, para determinarle á declararse contra Napoleón. En la misma conferencia, á la que fué admitido el embajador inglés, decidióse escribir á Moreau para ofrecerle un mando, que el general aceptó en menoscabo de su gloria.

El sistema de contemporización adoptado por el general Barclay, indignaba á sus soldados tanto como fatigaba á los franceses, y el emperador Alejandro, obligado á ceder á los generales clamores, robustecidos con las quejas de Bagration, reemplazó á Barclay por Kutusof, veterano de la escuela de Pablo I. Desde en-

tonces todo anunció una batalla decisiva, igualmente deseada por ambas partes, y en aquel estado las cosas, mientras el ejército francés penetraba en las humeantes ruinas de Gjatz, incendiada por el enemigo, presentóse un parlamentario ruso. Su misión real no era la paz, y púdose dudar tanto menos del espíritu que á los suyos animaba, en cuanto al preguntarle un oficial francés qué hallarian desde Viasma á Moscou, contestó con altivez: *Pullava*. Aquella contestacion era la señal de la batalla.

En efecto, el ejército ruso, reforzado con nuevos destacamentos y reclutas, habia detenido su marcha, y llenaba de atrincheramientos la llanura de Borodino. El dia 6 de setiembre de 1812, ambos ejércitos se encontraron uno en frente de otro, iguales á corta diferencia en hombres y en artillería; todo aquel dia permanecieron en observacion preparándose en silencio para la espantosa lucha que debia presenciar la nueva aurora.

Segun M. de Segur, el genio superior ante el cual todo habia cedido hasta entonces, debilitóse sensiblemente en las orillas del Moskva: las dos noches que precedieron á la batalla fueron para él llenas de agitacion; sin embargo, en aquellas circunstancias extremas, dirigió á su ejército una proclama que respira grandeza y sencillez: «Soldados, dijo, hé aquí la batalla que tanto habeis deseado. De vosotros depende ya la victoria, victoria que nos es necesaria, que nos dará la abundancia, buenos cuarteles de invierno, y un pronto regreso á la patria! Portaos como en Austerlitz, en Friedland, en Vitebsk y en Esmolenko, y cite la mas remota posteridad vuestra conducta en la presente jornada; dígase de vosotros: Hallóse en la gran batalla bajo los muros de Moscou!»

Por su parte, Kutusof nada omifia de cuanto podia exaltar la imaginacion de sus soldados; adelantóse por entre las filas de su ejército, puesto sobre las armas, precedido de las santas imágenes á las cuales la credulidad popular prestaba un poder sobre natural, y en su elocuencia salvaje empezó dirigiendo mil inyectivas contra Napoleon, á quien llamó «hijo del infierno y tiránico perturbador del mundo.» Luego mostró á los rusos sus ciudades presa de las llamas, hablóles de su emperador, y terminó invocando su piedad y su patriotismo.—Aquel solemne espectáculo, aquellas palabras, las exhortaciones de los oficiales y

las bendiciones de los sacerdotes, acabaron de excitar su valor hasta el fanatismo, y todos, hasta los simples soldados, creyéronse destinados por Dios para la defensa de su sagrada patria.

Napoleon temia aun ver desaparecer al enemigo y llevarse su esperanza de un próximo combate; durante la noche que precedió á aquella memorable jornada, despertóse varias veces preguntando si los Rusos conservaban sus posiciones. Atormentábase la fiebre, una tós seca y una sed ardiente, pero cuando antes de asomar la aurora, presentósele un oficial de Ney pidiéndole la órden del combate, Napoleon, reanimado, levantóse como para abrazar á la victoria, y exclamó: «Por fin son nuestros. ¡Adelante! Abrámonos nosotros mismos las puertas de Moscou!»

Levantado desde las cinco, esperaba dirigiendo frecuentes miradas al cielo, y cuando aparecieron en el oriente los primeros rayos luminosos, dió la señal del combate que fué trabado por las tropas del príncipe Eugenio; pero, si hemos de creer al historiador de la campaña de 1812, multiplicó sus órdenes, exageró sus excitaciones, y trabó de frente una batalla que concibiera en órden oblicuo (1).

En aquella memorable jornada, en la que prodigáronse por una y otra parte la sangre y el valor, el desprecio de la vida y el desenfrenado amor de la gloria, mostráronse cuanto heróico encarnizamiento, cuanto esfuerzo belicoso pueden encerrarse en el corazon del hombre: Soldados extenuados por prolongadas fatigas, vencidos por el hambre, recobraron toda su antigua fuerza al marchar á la pelea. La caballería francesa, arrojando la metralla, lanzóse hácia las alturas, penetró en los reductos, y los

(1) El oficial que por parte de los Rusos ha escrito la historia de aquella campaña, opina tambien que Napoleon comprometió con sus falsas operaciones una victoria casi segura. «Si en vez de atacar formalmente la izquierda de la posición del ejército se hubiese limitado á hacer en aquel punto vigorosas demostraciones, al mismo tiempo que hubiese enviado una fuerte masa al antiguo camino de Esmolenko á fin de apoyar las operaciones de Poniatowski contra el cuerpo de Touczkof, este habria tenido que ceder, y los enemigos al perseguirle habrían podido ocupar el camino real á la retaguardia del ejército ruso, el cual, sin comunicacion con Mojaisk, y arrollado en el ángulo formado por el Moskwa y el Kolocza habriase visto reducido á una situacion muy deplorable. Butturlin, *Historia de la Camp. de Rusia*.

rusos no menos obstinados, no menos intrépidos, murieron bajo los golpes de los coraceros enemigos sin abandonar su puesto.

Aquella batalla es una de las mas sangrientas y terribles que se encuentran en los anales militares modernos; disparáronse en ella mas de ciento veinte mil cañonazos; las pérdidas fueron inmensas por ambas partes, y cerca de cien mil hombres quedaron en el campo del combate. El número de generales franceses muertos ó heridos elevóse á cuarenta y tres, y cuando al dia siguiente, no esperando los rusos recobrar los reductos que habian perdido, abandonaron sus posiciones, pudo juzgarse de la extension de las desgracias ocasionadas por aquella fatal jornada. «Al recorrer el lugar en que se habia combatido, dice un testigo ocular (1), encontramos en un espacio como de una legua cuadrada, cubierta la tierra de muertos y heridos; los cortos intervalos que separaban aquellos montones de cadáveres estaban atestados por restos de armas, de lanzas, de cascos ó de corazas, y por una granizada de balas de fusil. El interior de los barrancos ofrecia aun mas horroroso espectáculo; los heridos, impulsados por un natural instinto, se habian arrastrado hasta allí para evitar nuevos golpes, y aquellos infelices, amontonados uno sobre otro y anegados en sangre, prorumpian en horribles gemidos, pidiéndonos la muerte á fin de librarse de sus tormentos. Los hospitales eran insuficientes, y nuestra estéril piedad debía limitarse á deplorar los inseparables males de tan espantosa guerra.» Terrible fué en efecto aquella guerra y aquella jornada de la Moskwa! Kutusóf se envaneció con la victoria (2) mandó cantar un *Te Deum*, y aquella jaectancia, que podia parecer ridícula, probaba al menos que la semi victoria de los Franceses no le habia anonadado. Ciento setenta mil rusos habian entrado en accion, y Kutusof, al frente todavia de imponentes fuerzas, parecia haber perdido únicamente sus posiciones y algunas leguas de terreno. La gran falta de Napoleón consistió, segun M. de Segur, en no lanzar su guardia á la pelea cuando Ney y

(1) Eug. Labaume, *Relacion completa de la Camp. de Rusia.*

(2) M. de Custine refiere en su obra titulada *la Rusia* que los Rusos celebran el aniversario de aquella jornada como el de una gran victoria, y acabamos de ver que Alejandro II en la orden del dia dirigida á su ejército despues de la toma de Sebastopol, invoca el nombre de Borodino junto con el de Pultava.

Murat pedían socorro, con cuya medida habría completado su victoria.

Murat, infatigable y sediento siempre de combates, encontró de nuevo á los Rusos en una altura detrás de Mojaisk; su actitud era firme é imponente como antes de la batalla, y atacados sin éxito, continuaron en buen orden su retirada hácia Moscou. Kutusof que había prometido defender aquella capital, reunió al pié de sus muros noventa y un mil hombres, incluso veinte mil reclutas y seis mil cosacos. Napoleon permaneció tres días en Mojaisk consumido por una fiebre ardiente y privado por un reuma violento del uso de la palabra, recobrando la voz para decir al general Bessieres que le enumeraba los jefes muertos y heridos en Moskva: «Con ocho días de Moscou quedaremos como si nada hubiese sucedido.»

Sin embargo, los habitantes de aquella infortunada ciudad abandonados por Kutusof, se apresuraron á tomar la fuga, y cuando el día 14 de setiembre vieron los Franceses brillar las cúpulas del Kremlin desde las vecinas alturas, no se presentó á su jefe diputacion alguna; entraron y la ciudad estaba desierta. Durante la noche estalló un primer incendio que pudo ser dominado; siguiéronle otros muchos, y habiéndose declarado el día 16 un violento huracan, el fuego se propagó rápidamente de edificio en edificio, devorando hasta el 20 aquella ciudad de madera, y estinguíéndose luego por falta de alimento. Napoleon rodeado de llamas en el Kremlin, se habia refugiado en una quinta situada en el camino de Petersburgo, y cuando volvió á Moscou pudo contemplar toda la inmensidad de su desgracia: su ejército carecia de cuarteles de invierno; la Rusia se habia salvado.

¿Fué aquel hecho, como por tanto tiempo se ha dicho, un acto de patriotismo, una salvaje y magnánima consecuencia del sistema de defensa adoptado y realizado por el gobernador de Moscou? Rostopchin ha declinado aquella gloria, y quizás conviene opinar, de acuerdo con M. Schnitzler (1), que el populacho abandonado á sí mismo en aquella circunstancia obró impulsado mas que por el patriotismo por el concentrado encono que le animaba contra los nobles tanto como contra los Franceses. Sea

(1) *Rusia ant. y mod.* p. 58.

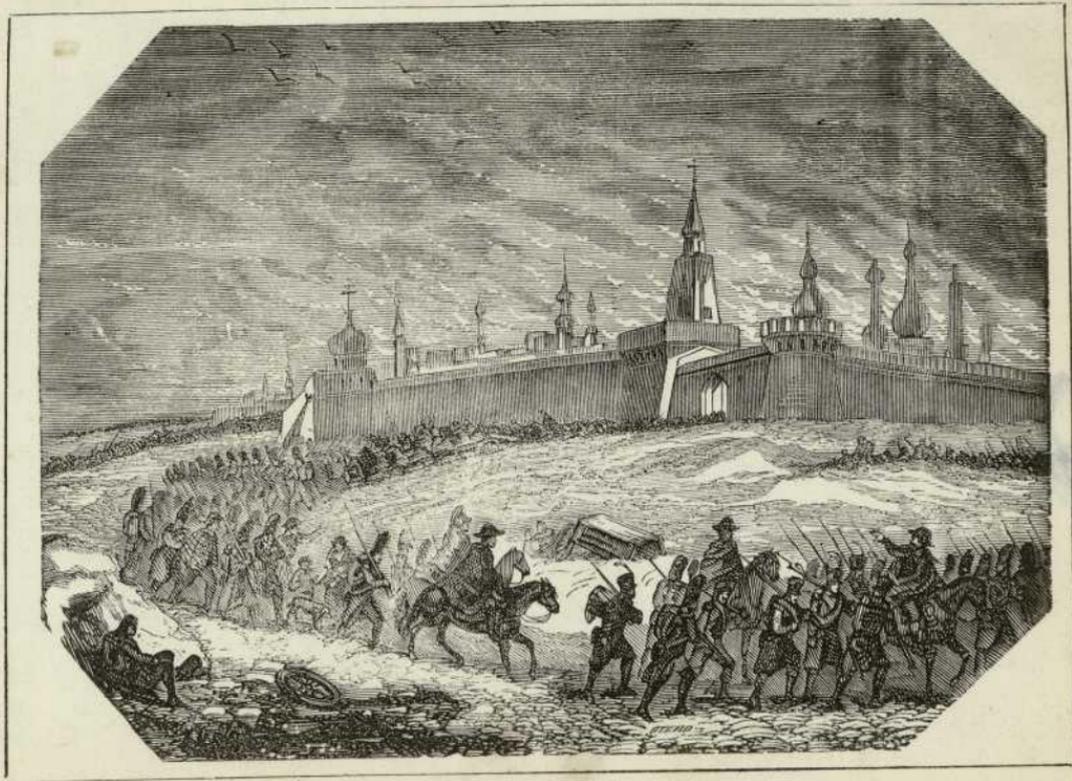
cual fuere la causa de este grande acontecimiento, Alejandro vió en él una disposicion divina, y se negó á negociar con los invasores de su territorio; predicóse la guerra santa en todo el imperio, ordenóse un levantamiento en masa desde un extremo á otro de Rusia, y viéronse las hordas del mar Caspio y del Volga, los Cosacos del Don y de Ukrania acudir en tropel para combatir al enemigo de su religion y de su patria.

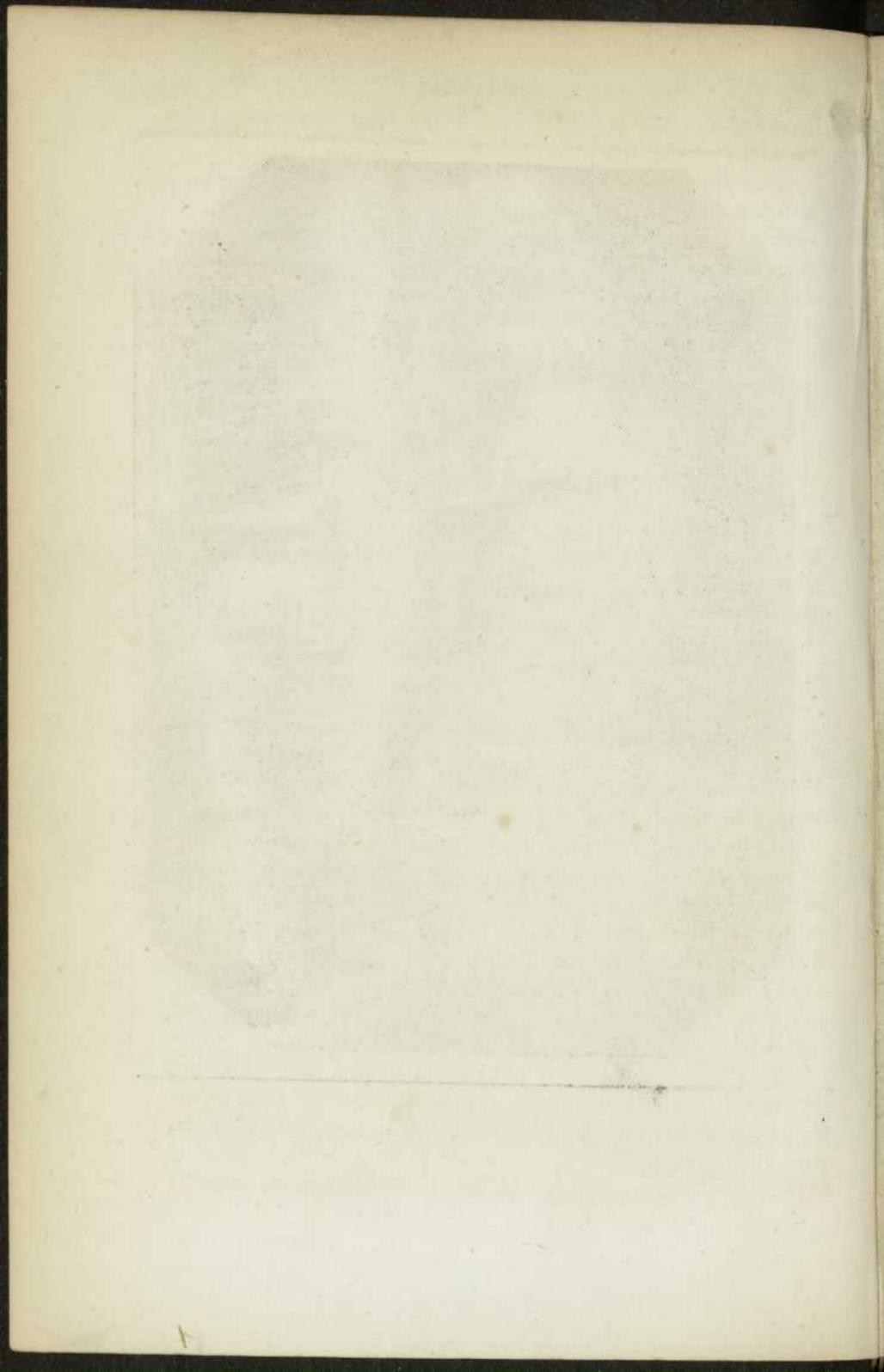
Despues de esperar en Moscou por espacio de treinta y cinco dias un mensaje y proposiciones de paz, Napoleon tomó el partido de abandonar su estéril conquista y los restos humeantes aun de aquella capital. Marchóse, pues, dejando al mariscal Mortier la órden de destruir hasta en sus cimientos el palacio de los czares, pero el auxiliar mas terrible de los Rusos, el frio, habia ya llegado, y pronto y exterminador, envolvió la retirada, ó por mejor decir la derrota del ejército francés, con una complicacion inaudita de desastres.

Kutusof, que al contemplar las primeras nieves, se descubrió para saludar al aliado de sus armas (1), adoptó la resolucion de inquietar al ejército francés, evitando con él un encuentro decisivo, y dispuso en sus flancos cuerpos de cosacos para interceptar los convoyes, sorprender á los rezagados y fatigar á las tropas. Desde los primeros dias de noviembre, torbellinos de nieve, impulsados por un viento del noroeste, ocultaron todos los caminos; los batallones franceses se estraviaban al buscar un asilo, los caballos, que no se habia tenido la prevision de herrar para la nieve, resbalaban en el hielo, y los soldados hambrientos los despedazaban y comian su carne. Al llegar al Dnieper el ejército se dividió: Eugenio y Poniatowski se dirigieron hácia Vitebsk por un camino impracticable para los caballos; Platof seguia las huellas de aquella columna matando ó haciendo prisioneros á cuantos se apartaban de las filas. El Emperador, Davoust, y Ney, este en la retaguardia, se dirigieron directamente á Esmolenko, donde entró Napoleon con su guardia el dia 3; el 10 reunióse Davoust, y el 13 Eugenio, quien habia perdido sesenta piezas de artillería y la mayor parte de sus bagajes. Allí conoció el Emperador la extencion de sus pérdidas: de aquel magní-

(1) Chopin, t. II p. 375.

RETIRADA DE MOSCOU.





fico ejército restábanle sobre las armas cuarenta mil hombres, cinco de ellos de caballería mal montados.

El ejército francés debía recorrer sesenta leguas para llegar á Minsk por Orcha y Borizof. Desde el 14 hasta el 17 de noviembre Napoleon, Eugenio, Davoust, y Ney evacuaron sucesivamente Esmolenko, hallándose el ejército en un estado de desorganizacion tal, que Kutusof creia no deber hacer mas que presentarse para destruirlo. Sin embargo, contúvole la firme actitud de los soldados franceses, pues la hora de los postreros desastres de la Francia no habia sonado aun. Eugenio y Davoust debieron á una demostracion del emperador al frente de su guardia, el encontrar libre el camino de Orcha, en el cual habrian podido ser aniquilados, mientras que Ney, con un puñado de hombres, abríase paso á través de los enemigos, y, rodeado por todas partes, ilustraba con hazañas para siempre memorables aquellas desastrosas jornadas. Despues de retroceder para evitar una masa de ochenta mil rusos que le perseguia, despues de conducir por regiones desconocidas sus extenuados regimientos y de pasar el Dnieper sobre témpanos de hielo, entró en Orcha con tres mil hombres, gloriosos restos de su division.

Los cuerpos auxiliares austriacos verificaban su retirada por los flancos del ejército francés, menos maltratados por los rusos, y dispuestos, segun todas las apariencias, á pasarse al enemigo. Un falso movimiento del general austriaco Schwartzemberg entregó á los rusos la ciudad de Borizof, en el alto Berezina y en el camino de Minsk, interceptándose así la línea de retirada, y perdiendo Napoleon la esperanza de rehacer su ejército en Minsk, donde se encontraban en abundancia víveres y municiones. En tal situacion, era preciso ocupar de nuevo Borizof á despecho del enemigo, y así lo practicaron Oudinot y el valiente Dombrowski; los rusos al retirarse, rompieron el puente que les facilitara el paso, y los franceses, si bien quedaron dueños de la ciudad, encontráronse en presencia del Berezina.

A falta de puentes, contábase con el hielo para pasar á la otra orilla, pero el deshielo habia ya empezado. Kutusof y sus generales perseguian sin tregua á los fugitivos, y Napoleon no podia perder un momento si queria evitar el ser estrechado entre el enemigo y el rio. Aquel fué el momento mas crítico de aquella

marcha desastrosa. Apostados en las alturas que dominan el río, los rusos podían con su artillería destruir los puentes, imposibilitar los trabajos de los ingenieros franceses, y exterminar los restos del grande ejército; Napoleon se preparaba para un combate desesperado; Murat y los mariscales querían que pasara solo el Berezina bajo la escolta de algunos polacos fieles; pero se negó noblemente á ello, y dió las órdenes para sostener con sus últimos soldados una suprema lucha.

Al asomar los primeros albores de la mañana, 26 de noviembre de 1812, cuando los restos del ejército francés creían ver caer sobre ellos una lluvia de metralla, presenciaron con inefable alegría la retirada del ejército del almirante Tchtchakof quien, según los historiadores rusos, acumuló falta sobre falta durante toda la campaña (1). Napoleon pasó entonces el Berezina con seis mil hombres de la guardia y la division de Ney reducida á seiscientos hombres.

Sin embargo, dice M. de Segur, cuando se puso en marcha la guardia, en la que tenía fijos los ojos el ejército entero, la confusion llegó á su colmo; los rezagados acudían de todas partes, y se agruparon en la orilla. En un instante, una masa inmensa y confusa de hombres, de caballos y de carros se precipitaron hácia la estrecha entrada de los puentes, en los que no cabían; los primeros empujados por los que les seguían, rechazados por los guardias y por los pontoneros, ó detenidos por el agua, eran pisoteados ó precipitados entre los témpanos de hielo que arrastraba el Berezina. De aquella apiñada multitud elevábanse ya sordos y prolongados murmullos, ya penetrantes alaridos, gemidos é imprecaciones; los esfuerzos de Napoleon y de sus generales para salvar á aquellos hombres locos de terror, restableciendo el orden entre ellos, fueron por mucho tiempo inútiles, y llegó á ser tan grande la confusion, que á las dos de la tarde, cuando se presentó el emperador, fué preciso emplear la fuerza para abrirle un camino (2).

No fué aquel, empero, el término de los desastres. El frío que, helando los ríos hubiera evitado á los franceses muchas calamidades, aumentó luego que hubieron pasado el Berezina; el

(1) Butturlin, *Hist. de la campaña de Rusia.*

(2) Segur, t. II, l. VIII.

dia 7 de diciembre el termómetro bajó á 28° y mató á varios miles de hombres. Al llegar á Smorgoni, Napoleon se separó de sus infelices soldados, y dejó el mando á Murat, el cual, abatido, habia perdido toda su energía; solo Ney, siempre el mismo, combatia contra los rusos y contra la fortuna. El ejército desbandado ya, abandonó en la colina de Ponari los bagajes de Napoleon, el tesoro, los carres y los pocos cañones que le quedaban. Los rezagados y heridos que en su mayor parte se habian detenido en Vilna, fueron cruelmente tratados por los cosacos, quienes querian darles muerte en expiacion del incendio de la ciudad santa, debiendo la vida aquellos infelices á la piedad de los oficiales rusos. En aquel momento, eran tales los rigores del invierno, que los mismos rusos, vencidos por el frio, interrumpieron las hostilidades. Murat proyectaba conducir al Niemen los miserables restos de su ejército, organizarlos allí, y reforzado con Macdonald, que se encontraba en Tilsitt y con los prusianos auxiliares, presentar por fin á los Rusos una línea de defensa; mas la defecion de los prusianos frustró sus esperanzas. Su teniente general York depuso las armas; Schwartzemberg y los austriacos no debian tardar en imitarles, y Murat se vió obligado á no detenerse hasta Posen.

La campaña de Rusia y la retirada de Moscau habian terminado.

Alejandro, vencedor por la nieve y el frio en aquella guerra nacional, no estaba satisfecho aun, y persiguiendo á Napoleon con su venganza, ibase á declarar jefe de una nueva coalicion. La Rusia libre del peligro que la amenazaba, abandonóse á los transportes de una legítima alegría, pues si su capital habia sido consumida junto con inmensas riquezas, si varias de sus provincias habian sufrido una devastacion completa, si habia perdido mas de doscientos mil soldados, por una compensacion mas que suficiente de aquellas desgracias reparables con el tiempo, habia mostrado sus recursos, fanatizado el espíritu de sus pueblos, y manifestado el auxiliar que en el clima tenia. El mismo Napoleon reconoció aquella verdad en santa Elena. «Hablaba, dice las Casas, de la admirable situacion de la Rusia contra el resto de Europa: de la inmensidad de su masa de invasion; de aquella potencia establecida en el polo, junto á eternos hielos

que la hacian inespugnable en caso necesario. Es solo vulnerable, decia, durante tres ó cuatro meses del año, mientras que puede disponer de todo él contra nosotros; ofrece á los invasores los sufrimientos, las privaciones de un clima espantoso y de una tierra desierta, de una naturaleza muerta ó aletargada, al paso que sus pueblos se lanzan con ardor tras de las delicias del Mediodía. No puede concebirse sin terror, añadía, la idea de semejante masa que no puede ser atacada ni por los flancos ni por retaguardia, que se desborda impunemente, inundándolo todo si triunfa, retirándose entre los hielos, en el seno de la desolacion y de la muerte, sus reservas, si es vencida; y reapareciendo luego si la fortuna lo permite. ¿No es esto acaso la hidra, el Anteo de la Fábula, imposible de exterminar á no ser luchando con él cuerpo á cuerpo y ahogándole entre los brazos? ¿Pero donde encontrar ya al Hércules? Solo nosotros podíamos aspirar á serlo, y fuerza es convenir en que lo hemos intentado *muy torpemente* (1).

Alejandro colmó de presentes á Kutusof y á sus generales, al mismo tiempo que para apartar á los polacos de Napoleon, del mismo modo que habia ya separado de su causa á los prusianos y á los austriacos, dióse una amnistía general para todas las provincias polaco-rusas, que «*estraviadas*, decia el manifiesto *por las sugeriones y promesas del enemigo*, » se hubiesen permitido actos de hostilidad contra la Rusia. Además, si hemos de dar fé á las Memorias de Miguel Oginski, Alejandro manifestó la intencion de reconstituir la Polonia, pero antes queria aprovecharse de sus triunfos y perseguir á su enemigo á través de la Alemania y hasta Francia. Antes, empero, de seguir á la Rusia en aquel doloroso episodio en el cual su historia se mezcla tan dolorosamente con la nuestra, demos una mirada retrospectiva á sus relaciones con la Suecia y la Turquía.

Despues de la pérdida de Sveaborg, Gustavo Adolfo, aunque casi del todo abandonado por la Inglaterra y estrechado al sur por las tropas de Bernadotte que habia entrado en Scania, y al este por las armas de la Rusia, persistia en continuar una guerra desastrosa, hasta que derribado por una revolucion de palacio (1808), los Estados proclamaron á su tío ba-

(1) *Memorial*, t. VII.

jo el nombre de Carlos XIII, el cual en virtud del tratado de 17 de setiembre de 1809, cedió al emperador Alejandro la completa posesion de la Finlandia hasta el rio Tornea, en el extremo septentrional del golfo de Bothnia.

Abandonamos la Turquía en el momento en que, sacrificada definitivamente en Erfurt por la Francia y entregada á la ambicion de la Rusia, acababa de arrojarse en brazos de la Inglaterra. Alejandro se esforzaba en obtener de los congresos de Giurgewo y de Jassy la cesion de las provincias de la orilla izquierda del Danubio, siendo de advertir que durante los tres años que poseia la Rusia aquellas provincias, habia procurado establecerse sólidamente en ellas, construyendo fortalezas y guarneciendo las que ya existian. Rechazadas sus pretensiones por el divan, empezó la guerra por el simultáneo ataque de varias plazas, que todas se rindieron á los Rusos, excepto Giurgewo; Ismail, la antigua y sangrienta conquista de Souvarof, cayó en poder del general Sass, mientras que Mangalia, en la costa del mar Negro, rendíase tambien, y que era derrotada en Silistria una division del ejército turco.

Despues de aquellos acontecimientos fueron menos activas las operaciones militares; la paz, fruto de la batalla de Wagram, acababa de firmarse en Viena, y aquel tratado parecia un paso hácia la pacificacion general, en cuanto la Francia ofrecia su mediacion á la Puerta para terminar sus contiendas con la Rusia; sin embargo, aquellas pacíficas esperanzas se desvanecieron prontamente, y la campaña de 1810 empezó junto con la buena estacion. El ejército ruso, fuerte de cincuenta mil hombres, obtuvo rápidos triunfos; Pajardjik, ciudad fortificada, no pudo resistir aunque defendida por diez mil hombres, y Silistria, plaza mucho mas importante, al experimentar igual suerte, vió ondear por primera vez en sus muros la bandera rusa. La toma de aquellas posiciones abrió un libre camino á los generales rusos hácia el campamento atrincherado de Schumla.

Schumla es una ciudad de treinta mil almas, situada en la entrada del monte Balkan (monte Hemo), y considerada por lo tanto como las Termópilas de la Turquía; el campamento

de Schumla presentaba un frente de mas de dos leguas de extensión, defendido en parte por la escabrosidad del terreno, y el resto por empalizadas y fosos. El plan del gran visir, que ocupaba personalmente aquella posición formidable, era inquietar y fatigar á los Rusos á fin de obligarles á pasar otra vez el Danubio, hallándose en estado de prolongar su resistencia en cuanto cada día le llegaban nuevas tropas de todos los puntos del imperio.

En un primer combate trabado en Battyn, delante de Schumla, los Turcos habian sido arrollados hasta sus trincheras con una pérdida de tres mil hombres, si bien tan tristes preludios en nada alteraban su confianza en el resultado definitivo de la guerra: marchaban con entusiasmo á aquella guerra nacional, y se creian invencibles en aquellos desfiladeros del monte Hemo que jamás habian pasado banderas enemigas desde la fundacion del imperio.

Los acontecimientos no justificaron sus esperanzas; los Turcos fueron lanzados de sus trincheras á pesar de una heroica resistencia, al mismo tiempo que era derrotada y casi destruida su escuadrilla del Danubio, privando á las ciudades sitiadas de los víveres y municiones que les estaban destinadas. Routschouk y Giurgewo sucumbieron así como las plazas todas que defendian la orilla derecha del Danubio desde Ismail hasta Sistowe, es decir en una extensión de cien leguas de territorio, remontando el curso del rio, y solo Widin y Varna, plazas mas regularmente fortificadas, quedaron en poder de los Otomanos.

El gran visir, aterrado con tantos reveses, pidió al general Kamenski, una suspensión de armas, contestando el jefe ruso que no cesarian las hostilidades sino por el abandono de la Valaquia, de la Moldavia y de la parte de la Bessarabia que pertenecía aun á los Turcos; semejantes pretensiones no eran nuevas, pero habia otra que parecia ser consecuencia de las pasadas victorias: consistia en exigir el reconocimiento de la *independencia* de la Servia, y la admision del jefe de los Servios, Czerni Jorge, en las negociaciones en que se ventilasen los intereses del país que habia defendido. Tales condiciones fueron rechazadas.

La guerra continuó en 1811 bajo las órdenes del general Kutusof sucesor de Kamenski; pero como el emperador Alejandro habia retirado varias divisiones de su ejército de Turquía para formar un ejército de observacion en Polonia, Kutusof debió limitarse á una guerra defensiva, y evacuó la Bulgaria satisfecho con poderse mantener en la parte mas importante de los paises conquistados.

Aquella especie de retirada reanimó el valor de los turcos, y pasando el Danubio, penetraron en Valaquia; los desastres que siguieron á aquella tentativa obligaron al gran visir á renovar su demanda de una suspension de armas á fin de tratar de la paz, mientras que se esforzaba en disponer á su gobierno para sacrificios sin los cuales parecia imposible obtenerla. El divan, empero, opinó por rechazar absolutamente toda negociacion que tuviera por base una cesion de territorio, no tardando el gran visir en tomar de nuevo la ofensiva y en restablecer su reputacion militar al frente de ochenta mil hombres.

Sin embargo, un congreso formado en Bucharest continuaba sus conferencias, que iban á cerrarse definitivamente á causa de que la Rusia no desistia en lo mas mínimo de sus pretensiones; la Puerta se preparaba con nueva actividad á sostener la guerra, cuando el rompimiento de la paz entre la Francia y la Rusia cambió otra vez las disposiciones de esta potencia.

Cambiando de tono y de lenguaje con maravillosa habilidad y renunciando á la Valaquia y á la Moldavia, el embajador ruso, Mr. de Italinski, exigió únicamente que el Pruth fuese en adelante considerado como el límite de ambos imperios, insistiendo sobre todo en la pronta celebracion del tratado. En efecto, no habia tiempo que perder, pues la mitad del ejército ruso habia recibido órden de abandonar las orillas del Danubio para reunirse con el que debia combatir á los franceses.

Observemos aquí el duro castigo de Napoleon por su política de Erfurt: la Suecia y la Turquía, los dos aliados seculares de la Francia á quienes sacrificára con egoismo á sus vastas quimeras, habian sido debilitados y casi aniquilados por la Rusia; la alianza francesa habia perdido á sus ojos todo su prestigio, y cuando el emperador pasó el Niemen y marchó hácia Esmolenko y Moscou, en vez de una diversion, tan beneficiosa para ellos como pa-

ra las armas francesas, habian permanecido indiferentes espectadores de la lucha. Es cierto que la Suecia esperaba la Noruega por premio de su inaccion ; pero la Turquía que no tenia otra perspectiva que nuevas desmembraciones y ataques tan injustos en adelante como en lo pasado, no comprendia que Napoleon, despues del desastre de su retirada, y á pesar de sus culpas para con ella, debiese ser de nuevo su protector y aliado natural, y vió con indiferencia á Alejandro colocarse al frente de la sexta coalicion contra la Francia.

Un historiador moderno (1) observa un hecho muy singular: Alejandro, al excitar á la Alemania á combatir por su independencia y á sacudir el yugo de los invasores, empleó un medio muy extraño de parte de un autócrata ruso, tal fué el de provocar á los pueblos á desobedecer á sus gobiernos. «El temor puede encadenar todavía á vuestros soberanos, dijo en una proclama fechada en Varsovia, en febrero de 1813, pero no os detenga una funesta obediencia ! Tan desgraciados como vosotros, aborrecen el poder que temen, y aplaudirán luego los generosos esfuerzos que serán coronados por vuestra independencia y su libertad... Si vuestros soberanos, por un resto de pusilanimidad, persisten en su funesto sistema de sumision, es preciso que se haga oír la voz de sus súbditos, y que los príncipes que intentasen sumir á sus pueblos en el oprobio y la desgracia, sean arrastrados por estos á la venganza y á la gloria.»

Alejandro, el soberano ruso, convertíase en jefe de una cruzada europea y popular contra la Francia.

Sin embargo, Napoleon se encontraba al frente de un ejército de doscientos cincuenta mil hombres; pero una cuarta parte de aquellas tropas se componia de Alemanes, de Sajones, de Westfalios ó Bávaros, cuyas disposiciones eran cuando menos dudosas; las demás tropas salidas de Francia eran bisoñas é inexperimentadas, pues los veteranos habian muerto, y la caballería débil en extremo. Una victoria sangrienta acogió á los nuevos soldados en Lutzen y en Bautzen (1.º y 19 de mayo de 1813), y el resultado de aquellos triunfos fué la ocupacion sucesiva de Dresde, de Hamburgo y de Breslau, y, finalmente, el armisticio de Pless-

(1) Schintzler, *Historia última*, t. 1, p. 63.

witz, en Silesia. Los rusos aprovecharon aquella tregua para re-] forzar su ejército con mas de sesenta mil hombres de buenas tropas llegadas del mediodía y del centro de la Rusia, mientras que los aliados se lisonjaban con la esperanza de ver á la Alemania sublevarse en masa, y á la Holanda, la Suecia, el Tirol, la Italia y todo el mediodía de Europa, contribuir con simultá-] neos ataques al triunfo de la coalición, y confiaban sobre todo, en arrastrar al Austria, la cual persistia debilmente en su papel de árbitro y en su neutralidad. En efecto, el Austria firmó en Praga un tratado de adhesion á la alianza de la Rusia y de la Prusia, y el congreso que se abrió en seguida en aquella ciudad, se negó á admitir al duque de Vicenza, enviado de Napoleon, bajo pretexto de ser insuficientes sus poderes. La nueva actitud del Austria modificó todas las disposiciones.

Napoleon venció en Dresde en una memorable batalla en la que tres soberanos mandaban personalmente; pero su victoria fué incompleta, y los aliados pudieron verificar su retirada entre desfiladeros que debian ser su sepulcro, merced á la negligencia del general encargado de ocupar la posicion por la cual habian de atravesar.

Las negociaciones diplomáticas continuaban al mismo tiempo que las operaciones militares, y comprendiendo los confederados la necesidad de estrechar los lazos de una union que constituia toda su fuerza, firmáronse dos tratados en Tœplitz, Bohemia (9 de setiembre) durante el intervalo de tiempo que medió entre la batalla de Dresde y la de Leipsick, uno entre el Austria, la Rusia y la Prusia, y otro entre el Austria y la Gran Bretaña. Sabido es que la suerte de aquella fatal jornada fué en gran parte decidida por la traicion del general Wrede que se pasó al enemigo con todos sus Bávaros, volviendo contra los franceses mas de setenta piezas de artillería; la ciudad de Leipsick fué tomada el dia siguiente, y en ella entraron los soberanos confederados, es decir, el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el príncipe de Suecia, Bernadotte.

La retirada del ejército francés fué desastrosa; un terror pánico causado por el rompimiento de un puente, fué causa de que las tropas se precipitasen á la desbandada hácia todas las salidas occidentales de la llanura, esto es, en la direccion de Fran-

cia; reunidas luego en Erfurt, y reorganizadas con prontitud, la antigua guardia dispersó en Hanau á un cuerpo de sesenta mil Austro Bávares, pero aquel triunfo fué insuficiente: todas las plazas fuertes de Alemania ocupadas por guarniciones francesas, cayeron en poder del enemigo; la Holanda fué evacuada, y los aliados marcharon hácia las márgenes del Rhin.

En el mediodía, la fortuna habia tambien abandonado las banderas de Napoleon; la península española habia sido evacuada, y el mariscal Soult, obligado á retirarse delante de Wellington, habia pasado el Bidasoa.

En semejante estado de cosas, los soberanos confederados anunciaron por medio de un manifiesto de Francfort «que no hacian la guerra á la Francia, sino á Napoleon, y que deseaban ver á la Francia fuerte, poderosa y feliz como en tiempo de sus antiguos reyes.» A fines de diciembre, seis divisiones enemigas, fuertes de ciento veinte mil hombres, y mandadas por el príncipe Schwartzemberg, pasaron el Rhin entre Basilea y Shaffhouse, pues confiado Napoleon en la neutralidad suiza habia olvidado el guarnecer por aquella parte las fronteras de su imperio. Al mismo tiempo, el ejército de Silesia, á las órdenes de Blucher, efectuaba su paso entre Manheim y Coblenza.

No esplicaremos aquí los sucesos de la memorable campaña de 1814, que devolvió á Napoleon toda su superioridad militar, y que será un eterno monumento de gloria para los ejércitos franceses; sabido es que Paris capituló despues de una defensa de algunas horas; que el duque de Vicenza, enviado para ver si era posible suspender aquella fatal capitulacion, expidió un correo al emperador anunciando que todo habia terminado, y finalmente que Napoleon al recibir esta noticia retrocedió hasta Fontainebleau. Los acontecimientos que se refieren á tan gran catástrofe, tales como la deplorable defeccion de Murat y la conducta heroica del príncipe Eugenio, la abdicacion del emperador y la dispersion de la familia imperial, son del todo ágenos á nuestro asunto, y tócanos únicamente examinar la actitud tomada por la Rusia en la coaliccion victoriosa.

Firmada la capitulacion de Paris (31 de marzo de 1814 á las dos de la madrugada), el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el generalísimo príncipe Schwartzemberg entraron en la capital á

la mitad del día; un manifiesto particular del emperador Alejandro confirmó las pacíficas promesas hechas el día anterior en la proclama del generalísimo de las tropas aliadas, y añadió que los soberanos confederados no *tratarían con Napoleon Bonaparte, ni con miembro alguno de su familia.*

Restablecidos los Borbones, el soberano ruso pasó á Inglaterra donde fué recibido con extraordinarios honores, á pesar de que los triunfos obtenidos en comun debiesen producir antes de mucho una implacable rivalidad entre la Rusia y la Gran Bretaña, las dos naciones que mas habian contribuido á la humillacion de la Francia.

De regreso al continente, ocupóse activamente en reparar las pérdidas que le causara la guerra. Su senado quiso conferirle el título de *Bendito*, pero él lo rehusó en una carta en que humillándose delante de Dios, atribuye los triunfos de la Rusia á la proteccion del Todopoderoso. En una medalla que fué distribuida á los soldados de la campaña de 1812, mandó inscribir estas palabras: *No á nosotros, Señor, sino á tu nombre!* Sin pérdida de momento reorganizó los cuerpos de su ejército que mas habian sufrido, aumentó el número de sus soldados, y así fué como al presentarse en el congreso de Viena (3 de noviembre de 1814), dominó á los demás monarcas desde el elevado sitio que la Francia acababa de perder en aquella revolucion.

El congreso de Viena, abierto en virtud del artículo 32 del tratado de Paris, debia resolver la suerte de los vastos restos de la monarquía napoleónica que quedaban al rededor de la antigua Francia. Discutióse primeramente el destino de la Sajonia, y si bien la Prusia pretendia absorberla, la monarquía Sajona fué conservada por una especie de acuerdo provisional, á causa de haber encontrado los derechos y la independencia de aquel reino vigorosos defensores en el seno del parlamento británico. La Polonia dió lugar á mas graves disensiones, y se acusa á la Inglaterra de haber propuesto entre otras cosas una division mas igual á fin de aniquilar hasta la esperanza de su restablecimiento. Alejandro, excitado por los mismos polacos, solicitó la corona y prometió un gobierno constitucional. Nápoles pidió la ratificacion de sus tratados hechos en nombre de Joaquin, y aunque la Rusia deseaba sacrificar á Murat para que la Francia se

prestase á sus planes respecto de la Polonia, la Prusia, la Inglaterra y sobre todo el Austria no participaron de igual opinion.

Los convenios políticos, las divisiones, las distribuciones de territorio no habian terminado aun, y los vencedores se hallaban todavía en medio de las fiestas de la victoria, cuando Napoleon, evadiéndose de la isla de Elba, desembarcó en el golfo Juan. Un manifiesto de las potencias reunidas en el congreso de Viena púsole en cierto modo fuera de la ley. «Bonaparte, decian, ha destruido el único título legal de que dependia su existencia, se ha colocado fuera de las relaciones civiles y sociales, y se ha entregado á la vindicta pública.» Las tropas rusas llegaron harto tarde para tomar parte en las operaciones militares de una campaña de pocos dias, pero esto no impidió que el emperador Alejandro penetrase de nuevo en Paris rodeado de un imponente aparato militar; siendo el único entre los soberanos aliados, preciso es reconocerlo, que se esforzó en mitigar los rigores de la conquista. Luego, cuando hubo realizado sus designios, y manifestado por su actitud en medio de aquellos grandes acontecimientos una superioridad que las demás potencias no se hallaban en estado de disputarle, abandonó la Francia para revistar sus ejércitos, visitó la Prusia, recibió testimonios mas ó menos sinceros de la adhesion de los polacos, y regresó á su capital. La gloria adquirida por el nombre ruso, y el prestigio que aquel monarca acababa de dar á su cetro, excitaron la admiracion y los homenajes de la Rusia entera. La parte exterior y brillante de su reinado habia concluido.

Así pues, en Tilsitt y en Erfurt, dos hombres se habian repartido el mundo; el uno con el derecho de su espada y de su genio, el otro con el del poder con tanto trabajo adquirido, pero tan fuertemente constituido por Pedro I y Catalina II. Los planes de ambos señores de la tierra no habian sido ratificados por El del cielo: el hombre de genio habia sido sepultado por los materiales del edificio que pretendiera levantar; el emperador hereditario no habia entrado en Constantinopla, ni siquiera en Bucharest ni en Jassy, mas la Europa le reconocia por su jefe, por su protector y por su primer soberano.

Sin embargo, al contemplar á la Francia circunscrita á límites mas estrechos que los naturales, y al hombre que tanta glo-

ria le diera deportado en medio del Océano, ¿debia creerse acaso en el completo aniquilamiento de la obra de la Revolucion y del emperador? Nada quedaba de sus conquistas, es cierto, pero el espíritu de la Francia y de la revolucion habia extendido sus alas sobre el mundo todo; nuestros soldados, al fertilizar con sus cuerpos lejanos terrenos les habian legado su alma, y de aquella mezcla de naciones, de aquella inmensa confusion de un instante, debia resultar un movimiento análogo por su universalidad, al que habia regenerado la edad media despues de las cruzadas. El sentimiento del derecho de los pueblos, los principios de igualdad y de justicia no habian recorrido impunemente, posados en nuestras banderas, desde el Rhin hasta el Dnieper; la Alemania tardía en concebir, pero tenaz y perseverante, habia empezado á conocer el valor de las palabras *libertad y patria*.

En aquel cambio de sentimientos nuevos, en aquella corriente de ideas impulsada desde Occidente á Oriente, la Rusia, en su calidad de nacion jóven, pecó por exceso, consideró únicamente la forma de la revolucion que se realizaba, y adoptó las misteriosas asociaciones de la Alemania; de modo que, no sin sorpresa, descubrió Alejandro en 1816 que uno de los resultados de su marcha triunfal por Europa, eran una especie de liberalismo introducido en sus ejércitos y sociedades secretas extendiendo sus ramificaciones por todo el imperio. A las sediciones militares y pretorianas que tantas veces habian ajitado la Rusia, podian suceder las revoluciones sociales, y esto fué para Alejandro un motivo de inquietud, tanto mas grave, en cuanto no se sentia inclinado á una represion tiránica y violenta, á pesar de su poder absoluto. Desde los grandes acontecimientos de 1812 habíanse realizado en su carácter notables variaciones; á la ambicion que en él se desarrollara al contacto de Napoleon, habia sucedido un sentimiento religioso profundo y muy próximo á la supersticion y al misticismo, habiendo sido tales disposiciones el fundamento de la santa alianza, idea falsa y desviada de su primitivo objeto por la interesada habilidad de Metternich.

Oigamos como refiere un contemporáneo (1), historiador apreciado, el modo como se formó aquel célebre pacto.

(1) Alf. Rabbe, *Hist. de Alejandro I.*

«En 1814, el emperador Alejandro tuvo relaciones con la señora de Krudener, cuando hacia ya algunos años que esta célebre mujer llenaba el Norte con la fama de sus triunfos en la mision tan singularmente evangélica que se propusiera, ó si se quiere, que habia recibido de las exaltadas inspiraciones de un alma religiosa y ardiente, y de un corazon henchido de zelo y ternura hácia la humanidad. Sabido es que, nacida en una posicion elevada, y en medio de las dulzuras de la opulencia, dotada de una belleza de irresistible atractivo, la señora de Krudener renunció á los gozes del mundo para entregarse, anunciando á los hombres la palabra de Dios, á un apostolado cuyo objeto era nada menos que la conversion del género humano. Como sucede de ordinario á los fundadores de sectas, habia encontrado hasta entonces mas partidarios en las cabañas que en los palacios, y los príncipes, léjos de hacerse sus prosélitos, la habian perseguido, juzgando peligrosas las predicaciones y aun las limosnas por medio de las cuales arrastraba en pos de sí á los pueblos, fundados en que podia exaltar las pasiones de las clases menesterosas y dar un pretexto de rebellion, en cuanto mezclaba en sus sermones amenazas contra los grandes de la tierra que se apartaban del camino recto. Sin embargo, como habia anunciado la caida de Napoleon, su reputacion de profetisa empezó á establecerse en 1814 con cierta universalidad, y viendo, en el gran cambio que se realizaba en Europa, una ocasion favorable para intentar la revolucion religiosa que meditaba, marchó á Paris al mismo tiempo que los soberanos aliados, contando principalmente en el apoyo de Alejandro, no solo porque la Rusia parecia deber ser en adelante la moderadora en las grandes contiendas que iban á suscitarse para la reconstruccion de la Europa, sino tambien porque sabia que el alma de aquel soberano simpatizaba con sus propias ideas acerca de la necesidad de una revolucion religiosa.

«En efecto, es incontestable que Alejandro, por su organizacion moral y física, se hallaba muy predispuesto para el misticismo, para sufrir el imperio de las ideas religiosas y aun las ilusiones del iluminismo. Prescindiendo de la generalidad de semejante tendencia en el Norte, de la que no se esceptuan los corazones mas elevados, puede considerarse el misticismo como el resultado de una ley comun á los individuos en quienes la sensibilidad del

alma y la actividad de la imaginacion no se hallan dominados por una razon enérgica y un carácter vigoroso: cuando los órganos se embotan, cuando se desvanecen los placeres sensuales, preciso es que aquellas almas, nobles y elevadas, pero desprovistas de una suficiente actividad intelectual para reemplazar lo que han perdido, busquen en la esfera sin límite de los afectos religiosos, una vasta compensacion. Ahora bien, elevemos los términos ó datos de esta proporcion á su raiz mas elevada, y tendremos la explicacion de lo que era la señora Krudener, así como razonando de la misma manera conoceríamos las causas del cambio singular que desde 1815 se habia verificado en las ideas y miras políticas del emperador Alejandro, si no fuese bastante, históricamente hablando, el anunciar su resultado.

«Su resultado fué la santa alianza, cuyo origen fué sin duda una profunda preocupacion mística por parte de Alejandro. Desde 1814, las instrucciones y exhortaciones de la señora de Krudener habian producido su efecto; halagando la vanidad, siempre viva en el corazon de un rey, le decia: Alejandro ha recibido la mision de reedificar lo que Napoleon tenia mision de destruir; *Alejandro es el angel blanco de la Europa y del mundo, así como Napoleon fué su angel negro.*

«Atribúyese á la influencia de la señora de Krudener la moderacion que mostró aquel soberano en las negociaciones que tuvieron lugar entonces con la Francia; lo que si es cierto, es que celebraba en Paris conferencias místicas donde se reunian los soberanos aliados... Su crédito debió aumentar cuando el regreso de la isla de Elba y la jornada de Waterloo confirmaron sus predicciones. Se ha atribuido á aquella señora la idea de la santa alianza, y si bien es cierto que habia pensado en la union de los reyes, fué en el interés universal de los pueblos; queria cristianizar el mundo, segun los principios de la Iglesia primitiva; suspiraba por la paz universal, y no veia otro medio de lograrlo que la alianza de los poderosos del siglo, cimentada en la religion...

«En noviembre de 1815, el emperador Alejandro escribió de su puño la minuta del proyecto de la santa alianza, y entrególa á M. Gentz para que este la comunicara al príncipe de Metternich, y este redactará en vista de ella, una convencion ó un tratado segun las formas consagradas por el uso. Aquel proyecto fué pa-

ra el sagaz ministro un rayo de luz acerca del carácter del emperador Alejandro, que quizás hasta entonces no había comprendido, y sobre el cual ignoraba el modo de obrar con eficacia. M. de Metternich abandonó sus planes delante de la sublimidad de aquella idea, y exaltóse al considerar los resultados que la misma prometía. Tenemos, pues, dos hechos, á saber: la santa alianza, y la influencia del gabinete austriaco sobre el de San Petersburgo, que tienen un origen comun, y que se esplican recíprocamente como la causa y el efecto.»

Hasta entonces, Alejandro se había manifestado muy poco dispuesto en favor de M. de Metternich, ya con motivo de la division de la Sajonia defendida por la Rusia contra el dictámen del Austria, ya por causas inapreciables en cuanto dimanaban de antipatías de pura organizacion. El genio del diplomático había calculado toda la importancia de un perfecto acuerdo entre las grandes potencias, cuyo primer lugar ocupaba la Rusia; no ignoraba que si la ambicion se unia á la fuerza, la Alemania no habría hecho mas que cambiar de dueño, y animado por semejantes ideas, aprovechó sin vacilar la ocasion de contener al mas peligroso de sus aliados por medio de un freno moral, y de encadenarle entre los lazos de un sistema cuyo mérito pareciese remontar hasta aquel que concibiera su primera idea. Semejante plan proporcionábale otra ventaja: la de suministrarle los medios de reconstituir la antigua Alemania, robusteciendo las instituciones aristocráticas, á las cuales las nuevas ideas y el contacto de las costumbres francesas habían dirigido terribles ataques; la solidaridad de los intereses monárquicos, establecida por la santa alianza, aplazaba indefinidamente las esperanzas constitucionales con que se había halagado á los pueblos en los momentos de peligro.

En aquella época, las ideas revolucionarias contenidas, pero no vencidas, empezaron á reaparecer, y los acontecimientos del Piamonte, de Nápoles, de Portugal y de España, ofrecieron á la santa alianza ocasion para manifestarse por medio de actos exteriores; mas el rigor que desplegó en sus medidas represivas, y el carácter de sombría religiosidad que á estas distinguía, excitaron la desconfianza; y en un siglo en que no se comprende la fé sin tolerancia, la santa alianza debió parecer á los pueblos una inquisicion de Estado. Las consecuencias de aquel sistema cho-

ñaban á cada instante contra los mas vitales intereses de los gobiernos que se esforzaban en mantenerlo, y de aquí la necesidad de tantos congresos, donde se allanaban las dificultades del momento por medio de medidas que debian á poco producir otras nuevas. «En aquellas reuniones, dice Rabbe, M. de Metternich, podia desplegar con éxito todo el poder de las facultades oratorias, y los recursos de un talento tan distinguido como el suyo. El ministro conjurador de los peligros de la monarquía, solo necesitaba allí para acreditar su sistema, de la enérgica mágia de unos cuadros en que los crímenes y las conspiraciones del genio democrático, pronto á romper sus cadenas, aparecian como una vision fantasmagórica.

«El emperador Alejandro, víctima de aquella seducción política cuyo buen éxito era favorecido por los acontecimientos que parecian en efecto amenazar, junto con las dinastías reinantes, el fundamento de toda autoridad no constitucional, era, sin embargo, conducido hácia ideas del todo distintas por su natural rectitud; preveía que las circunstancias serian mas fuertes que los principios, y si bien seguia la direccion que le comunicaba el gabinete austriaco, parecia esperar con cierta impaciencia el momento en que la fuerza de las cosas le librase del peso de su responsabilidad. Mas de una vez pronunció estas notables palabras: «Ignoro hasta que punto y hasta cuando podrá hacerse lo que se hace en este momento,» y en la época de la revolucion de Nápoles, hallándose en Varsovia, decia á M. de La Ferronays, embajador de Francia: «Los asuntos de Nápoles no nos atañen, puesto que el pueblo napolitano respeta á la familia reinante y no ataca la legitimidad; lo único reprehensible son las formas con que se ha manifestado el público deseo, pero no creo que sea conveniente emplear la fuerza contra aquella demostracion.» Esto no obstante, al encontrarse en Troppau y luego en Laybach, Alejandro consintió en todas las medidas que el Austria consideró necesarias (1).»

Bajo la inspiracion de la señora de Krudener, habíase creído verdaderamente *el ángel blanco* de las naciones; habia esperado protegerlas, unirlas, y hallábase ser sencillamente el jefe de la

(1) Rabbe, *Hist. de Alejandro I*; Chopin, *Unic. pint.* t. II.

liga de los reyes contra los pueblos; tal era el resultado de su carácter siempre débil, ofreciendo, como observa Rabbe «superficies resplandecientes con suave brillo, notables mas por la mansuetud que por la fuerza, sobre las cuales se han deslizado ideas y sistemas que no guardaban entre sí la menor armonía.» Otro fatal resultado de sus defectos fué ocuparse tanto de la Europa cuando la Europa podia bastarse á sí misma, y cuando solo hubiera debido pensar en la Rusia. En efecto ¿no era acaso preferible que aislándose en su nacion, hubiese continuado la obra legislativa tan felizmente bosquejada al principio de su reinado?

Sin embargo, su papel europeo, algunos pesares domésticos y sus penosos recuerdos absorbían todo su ser; ocupábase tambien en extender sus relaciones de familia, y, siguiendo la política de Pedro y de Catalina ensanchaba por medio de alianzas el círculo de la influencia rusa. Despues de visitar en 1817 el campo de batalla de Waterloo, estipuló en Bruselas el matrimonio de su hermana la gran duquesa Ana con el príncipe de Orange, con lo cual se unia estrictamente con la Holanda; las aguas del Texel y del Escalda debian ser de inmensa utilidad para la navegacion y el comercio de su imperio, y ofrecer á los buques rusos invernaderos que no se hallan, como los del Báltico, bloqueados por los hielos.

En Berlin, negoció el enlace de su hermano el gran duque Nicolas con la princesa Carlota de Prusia, hija de Federico Guillermo y de Luisa, tan seductora por su gracia, su hermosura, su amor á la patria y los infortunios que sobre ella pesaron durante las guerras de Napoleon, y sobre todo despues de Jena y Tílsitt. La hermana mayor de Alejandro, la gran duquesa Catalina, la misma que Napoleon deseaba por esposa, acababa de sentarse en el trono de Wurtemberg, y semejante alianza contribuia á extender la influencia de la Rusia en Alemania, donde dominaba ya en Weimar, en Baden y en Oldenburgo. En seguida el emperador se dirigió á Polonia para ocuparse de la organizacion de aquel reino.

Hemos dicho que en el congreso de Viena habia solicitado la reunion de la Polonia á la Rusia, comprometiéndose á dar á aquel país un gobierno constitucional, y hasta los Polacos preferian

aquella reunion á una division entre la Rusia, la Prusia y el Austria, pues de aquel modo recobraban su idioma, sus costumbres y como un reflejo de su nacionalidad. Napoleon nada habia hecho en su favor, y estrechados entre tres enemigos, viéndose impotentes para salvarse á sí mismos, volvieron sus miradas al nieto de Catalina, triste recurso, es cierto, pero el único de que podian disponer, á falta de la Francia que en tiempo oportuno se habia negado á tenderles la mano, y que entonces nada podia por ellos.

El mismo Kosciuszko no entreveia otra esperanza desde el fondo de su retiro; en 9 de abril de 1814 dirigió una carta á Alejandro en la que le pedia como gracia suprema que concediese una amnistía á cuantos Polacos habian servido á la Francia; que se proclamase rey de Polonia con una constitucion libre, que estableciese escuelas á expensas del gobierno para la instruccion de los campesinos, y finalmente, que aboliera para ellos la servidumbre pasados diez años; concediéndoles en toda propiedad el goce de sus posesiones. En su contestacion al héroe de la antigua lucha nacional, Alejandro escribió: «.....Vuestros mas ardientes votos se verán cumplidos; con el auxilio del Todopoderoso, espero rejenerar al bizarro pueblo á que perteneceis. Así lo he prometido solemnemente, y siempre su felicidad ha sido el objeto de mis pensamientos; las circunstancias políticas han impedido la ejecucion de mis designios; pero hoy que han allanado aquellos obstáculos dos años de una terrible, pero gloriosa lucha, puedo aseguráros que los Polacos recobrarán su patria, su nombre y, tendré el placer de convencerles de que, olvidando el pasado, el que creian su enemigo, será el que realizará sus votos...»

La amnistía fué concedida; el ejército polaco fué reorganizado y colocado bajo el mando del gran duque Constantino; Dombrowski, el héroe de las legiones polacas, el segundo Poniatowski en las guerras del imperio, regresó á Polonia, y cifró tambien en la Rusia sus esperanzas nacionales; y efectivamente, Alejandro deseaba reunir bajo su dominacion la Polonia entera, aun cuando no fuese mas que como reino anexo, sabiendo que jamás podria inspirarle grave inquietud una independendencia de semejante naturaleza; mas en el congreso de Viena experimentó de parte de sus aliados la mas viva resistencia. El rey de Sajonia, especialmente, se negaba con obstinacion á abandonar el ducado de Var-

sovia, hasta que obligado por fin á ceder á la fuerza, firmó su renuncia en mayo de 1815, estipulándose luego en tres tratados celebrados entre el Austria, la Rusia y la Prusia: Que el ducado de Varsovia seria reunido á la Rusia;—que, esto no obstante, una parte de aquel país, conteniendo ochocientas diez mil almas (1), seria desmembrada y poseida por el rey de Prusia;—que la parte de la Galitzia oriental cedida á la Rusia en 1809, seria devuelta al Austria;—que la ciudad de Cracovia formaria una república libre é independiente.

En efecto, Cracovia recibió una constitucion en veinte y dos artículos, en virtud de la cual pudo nombrarse un senado de doce miembros con un presidente y una asamblea de representantes. Recordando los dias en que la Polonia se extendia desde el Báltico hasta el mar Negro, aquella pequeña república de Cracovia, que la compasion de las tres cortes consentia en declarar independiente, tenia los visos todos de una triste irrision; y sin embargo, era todavía un pedazo de tierra libre, un pequeño resto de pátria donde la Polonia podia levantar el sepulcro de sus mas nobles hijos, Kosciuzko (2) y José Poniatowski.

Al mismo tiempo, Alejandro se proclamó rey de Polonia, dió al reino una constitucion de ciento cincuenta artículos, y fijó para una época muy próxima la reunion de una dieta polaca destinada á inaugurar el nuevo estado político otorgado á la Polonia. El artículo primero decia que el reino de Polonia quedaba para siempre unido á la Rusia, y el tercero expresaba: «La corona del reino de Polonia es hereditaria en nuestra persona y en la de nuestros descendientes, segun el orden de sucesion establecido para el trono imperial de Rusia».

El rey de Polonia, esto es, el emperador de Rusia, se hallaba investido con la plenitud del poder ejecutivo, pudiendo nombrar á un teniente general que le reemplazase en caso de ausencia, á los funcionarios todos, á los senadores, á los ministros, á los agentes diplomáticos, á los arzobispos y obispos de los diferentes cultos, á los prelados y canónigos; conferir la nobleza, títu-

(1) Ducado de Posen.

(2) Muerto en 1817, á la edad de 72 años. Ambos han sido sepultados en Cracovia. Dombrowski murió en 1818 á la edad de 63 años.

los honoríficos y naturalizaciones, y finalmente disponer de las rentas del Estado. Debía hacerse coronar en Varsovia y prestar el juramento siguiente: «Juro y prometo ante Dios y sobre el Evangelio, mantener y hacer ejecutar el pacto constitucional.» Instituyóse un consejo de Estado bajo la presidencia del rey, ó en su defecto del teniente, dividido en consejo de administración y en asamblea general, la que tenía por atribuciones discutir y redactar los proyectos de ley y reglamentos relativos á la administración del país; decretar la formación de causa contra los funcionarios públicos con motivo de prevaricación, y hacer las convenientes observaciones acerca de los abusos y elementos que pudiesen derogar la constitucion. Creáronse cinco distintos ramos de administración pública para los cultos y la instrucción, la justicia, la policía, la guerra y la hacienda, residiendo, además, un ministro secretario de Estado cerca de la persona del rey. La representación nacional debía consistir en la dieta compuesta del rey y de dos cámaras, formada la primera con los senadores, y la segunda con los nuncios ó diputados de las municipalidades. La dieta se reunía cada dos años en una legislatura de treinta días: el senado nombrado por el rey, componíase de los príncipes de la sangre, de los obispos, de los palatinos y de los castellanos.—Seguían luego una série de artículos reglamentando, restringiendo y colocando bajo la influencia del rey, la cámara de los nuncios, las dietinas, las asambleas municipales, el consejo del palatinado, el órden judicial y el ejército (1). El gran duque Constantino fué nombrado general en jefe del ejército polaco, y el príncipe Zaionczek, antiguo patriota, teniente general del reino.

Tal era la constitucion polaca de 1815, y la existencia política que devolvía á la Polonia bajo la autoridad soberana del rey-emperador de Rusia. Por insignificantes que fuesen aquellas concesiones, los Polacos habian sufrido tanto al verse desmembrados, convertidos en rusos, en prusianos y en austriacos, que la recibieron con indecible entusiasmo. El anciano Kosciuszko escribia: «Conservaré hasta la muerte una indeleble gratitud hácia el príncipe que ha resucitado el nombre polaco, aunque señalándole tan estrechos límites.»

(1) *Memorias de Oginski*, t. IV, suplemento.

Al abrirse la dieta en marzo de 1818, Alejandro en un discurso á los representantes del reino de Polonia, felicitóles por la realización de sus votos y de sus esperanzas; prometió el sincero olvido del pasado, y añadió algunas singulares palabras que parecían una promesa á la Rusia de dotarla con instituciones análogas á las que acababa de recibir la Polonia. «La organizacion que se hallaba vigente en vuestro país, dijo, ha permitido el establecimiento inmediato de la que os he dado, poniendo en práctica los principios de las instituciones liberales, cuya saludable influencia espero extender con el auxilio de Dios, á todas las comarcas que la Providencia ha confiado á mi solicitud. —Me habeis ofrecido los medios de manifestar á mi patria lo que para ella preparo desde hace mucho tiempo, y lo que obtendrá cuando los elementos de tan importante obra hayan alcanzado el necesario desarrollo...»

Alejandro no se mostró presuroso en la realización de semejantes promesas, y limitó sus reformas interiores, desde 1815 hasta 1820, á algunas medidas administrativas y rentísticas: las seis universidades de Moscou, Vilna, Abo, Petersburgo, Kharkof y Kasan vieron completar su organizacion, y afectando iguales principios de tolerancia que su abuela, autorizó en Petersburgo el establecimiento de una sede episcopal para la administracion de las confesiones evangélicas, y el de un tribunal particular bajo la direccion del consistório evangélico del imperio. El edicto en que esto se disponia encerraba una cláusula singular: «Las dos Iglesias evangélicas, decia, serán protegidas y mantenidas en el libre ejercicio de su culto con la condicion de permanecer fieles á su símbolo y confesion, en virtud de los cuales reconocen la Sagrada Escritura como la palabra de Dios. El emperador cree cumplir para con Dios y las iglesias evangélicas un sagrado deber, tomando medidas para poner á dichas iglesias al abrigo de innovaciones peligrosas y contrarias á los principios del cristianismo.» De este modo, no contento con ser el jefe de la religion griega, el czar pretendia ejercer su influencia sobre los cultos evangélicos y salir garante de la conservacion de sus principios.

Menos benévolo que Catalina respecto á los jesuitas, expulsóles de sus Estados á pesar de que prestaban grandes servicios

á la educacion, siendo la causa de aquella rigurosa medida el zelo que habian desplegado para la conversion de algunos grandes personajes nacidos en la religion griega, entre otros, el príncipe Galitzin, sobrino del ministro de cultos. Arrojadados de la Rusia, abandonaron el imperio en número de setecientos cincuenta; algunos se dirigieron á la China, y la mayor parte se dispersaron por los Estados austriacos, por la Italia y por la Alemania; la corte de Viena les dió el colegio de Ternapol en Galitzia.

En 1818, la Francia, ocupada aun por los ejércitos extranjeros y humillada por los fatales tratados de 1815, debía pagar inmensas indemnizaciones por los perjuicios que desde 1792, la Europa coaligada habia sufrido en el largo periodo de nuestra gloria y de nuestras conquistas; la Prusia y el Austria querian vengarse de su humillacion de Jena, de Austerlitz y de Wagram; la Inglaterra se mostraba ávida de compensaciones por el detrimento que causara á su comercio el bloqueo continental, y entonces el que era llamado el Agamenon de los reyes fué de nuevo el moderador de tantas pretensiones. Hermoso rasgo de la vida de Alejandro, pero título de gloria tambien para el pueblo vencido el haber conservado bastante prestigio en medio de sus reveses, para que su mas poderoso enemigo quisiese grangearse su gratitud, así como Catalina y antes que ella Pedro el Grande habian deseado su admiracion y sus elogios.

En aquella fecha, Alejandro, á quien veremos desempeñar un papel del todo inesperado en la sublevacion de Grecia, no parecia haber renunciado aun á los vastos proyectos de engrandecimiento y de conquista que concibiera en Tilsitt y en Erfurt: de aquella época data la creacion de las famosas colonias de soldados que debian hacer de la Rusia el imperio mas fuertemente constituido, bajo el punto de vista militar, y el mas belicoso del mundo. Creadas por un ukase del año 1819, el doctor inglés Lyall, que las visitó algunos años despues de su institucion, dice de ellas lo siguiente: «En los pueblos designados bajo el nombre de Colonias militares, habitados todos por los campesinos esclavos de la corona, y por consiguiente propiedad del monarca, inscribense en registros el nombre, la edad, los bienes y los hijos de cada jefe de familia. Los que pasan de cincuenta años son elegi-

dos para desempeñar las funciones de *maestro ó jefes colonos*, y si no existen bastantes individuos de aquella edad para formar el número señalado, tómanse aquellos que mas se acercan á los cincuenta años. Si el maestro tiene varios hijos, el primogénito le sirve de adjunto; el segundo es llamado *reserva*, y se le dá por habitacion una casa contigua á la de su padre; el tercero puede ser soldado cultivador, y los demás son clasificados como *cantoneros*, *alumnos*, etc. como explicaremos despues.

«Junto á la casa del jefe colono, constrúyese otra exactamente igual, la que es ocupada por el *reserva*, que puede ser considerado como un segundo *soldado cultivador*, y que es elegido entre los campesinos por el coronel del regimiento. El reserva es por lo regular un hijo ó pariente del jefe colono, y se le instruye en todos los deberes del soldado, pues si el soldado cultivador es muerto en el campo de batalla ó muere de cualquier otro modo, su puesto es ocupado por el reserva, el cual es á su vez reemplazado por un cantonero, éste por un muchacho *enfant de troupe*, etc. El reserva debe tambien cooperar al cultivo de quince dessetines de tierra (cuarenta *acres* ingleses) que recibe el jefe colono, y á los trabajos caseros; para ello es sastre, zapatero etc.»

Así pues, al frente se encuentra el jefe colono ó *maestro colono*, jefe ó maestro de labranza.

2.º Viene luego el *adjunto* ó auxiliar, cuya denominacion indica que ayuda al jefe colono, en el cultivo de la tierra.

3.º El *soldado cultivador* que, como una parte accesoria de sus deberes militares; secunda al jefe colono en sus trabajos campestres.

4.º *El reserva*; este, como el soldado cultivador, ejerce á la vez el oficio de soldado y el de labrador; segun indica su nombre, forma parte de un *cuervo de reserva*, y debe reemplazar al soldado en caso necesario.

5.º El *cantonero*; bajo este nombre van comprendidos todos los individuos varones de la colonia, desde trece hasta diez y siete años.

6.º Los niños de ocho á trece años (*enfants de troupe*).

7.º Los niños de menos edad que la dicha anteriormente.

8.º Las mujeres.

9.º Los inválidos.

Aquellas colonias militares hallábanse establecidas en el gobierno de Novgorod y en tres gobiernos del mediodía, hecho que merece fijar la atención: Pedro el Grande había establecido á orillas del Báltico la nueva sede del imperio porque necesitaba un mar, y aquel era el único abierto á su dominación; mas para él Petersburgo no era mas que un lugar de alto entre Moscou y Constantinopla. Catalina, al acercarse á aquella codiciada capital por la adquisición de la Crimea y de una parte del territorio turco, había diseminado las colonias y las ciudades en todas las regiones meridionales del imperio, y allí colocaba también Alejandro la población nacida y educada para los combates, prueba evidente de que no había abandonado los ambiciosos desig- nios de Pedro y de Catalina.

Mediante aquellas colonias militares, la Rusia creía propor- cionarse recursos formidables; un Ruso se envanecía de que pasados treinta años tendria el czar á su disposición seis millones de sol- dados; pero aquella institución encerraba un peligro que no se preveía: los colonos, tomados en su mayor parte entre los siervos de la corona, eran emancipados en virtud de la ley rusa, por el mero hecho de convertirse en soldados, y al mismo tiempo reci- bían armas; y aquellos hombres, encadenados hasta entonces á la gleba, entre los cuales las tradiciones de familia hacían revi- vir el recuerdo de las promesas y esperanzas que infundieran á sus padres Stenka-Razin y Pugatchef; aquellos soldados entre los cuales debía deslizarse algo de la fermentación revolucionaria que ajitaba al ejército, podían ser algun día muy terribles para sus señores. El doctor Lyall decia: «Si se persevera en semejante proyecto, ó el imperio ruso será destruido, ó aquellas fuerzas inundarán la Europa.» Proféticas palabras, pues el imperio ha- bria sido aniquilado, á no haber disuelto Nicolás las colonias mi- litares y devuelto á sus antiguos trabajos aquellos siervos que no convenia emancipar al mismo tiempo que se les ponían las armas en la mano.

Apesar de aquellos guerreros preparativos y de aquellos arma- mentos destinados para el porvenir, una tranquilidad profunda habia sucedido al prolongado estrépito de las armas, un vasto movimiento industrial y mercantil animaba á la Europa, y la paz empezaba á cicatrizar las heridas de la guerra, cuando nue-

vas preocupaciones pusieron otra vez en alarma á las grandes potencias. Los Griegos, entusiasmados por la idea de la independencia, excitados hacia mucho tiempo á la rebelion y alentados por la debilidad de la Turquía, sublevábanse en las islas, en el litoral y en el continente, imploraban el auxilio de la Europa, y en nombre de sus grandes recuerdos, reivindicaban una parte de vida y de libertad, y aspiraban á sacudir el yugo de sus opresores. Preparado aquel movimiento por la Rusia, debia tambien esta potencia recoger todos sus beneficios, y por esto fué general la sorpresa cuando se vió á Alejandro negarle su apoyo; mas para comprender la situacion en que se hallaba aquel soberano respecto de los Griegos, conviene explicar rápidamente las relaciones que tuvo la Rusia con los pueblos cristianos de la Grecia desde Catalina II.

Catalina fué la primera en hablar de la resurreccion de la Grecia; pero la deseaba realmente? Permitido es dudarlo, y el conjunto de su política infunde la creencia de que bajo aquel pretexto, ocultaba simplemente el designio de bienquistarse con los pueblos sometidos á la Turquía, de debilitar mas y mas á esta potencia, y de prevenir la intervencion de la Europa engañándola con magnánimas apariencias. En 1770, Alexis Orlof recibió orden de sublevar la Morea y el Epiro, pero su expedicion mal dirigida, fué fatal para los Moraitas, pues los Rusos, en su prematura retirada, entregaron aquellos infelices á la discrecion de feroces vencedores. A instigacion tambien de la Rusia, el famoso pirata griego Lambro Cafziossi devastó en 1792 las playas del Archipiélago con doce buques menores armados en Trieste á expensas de una suscripcion abierta por los Griegos; la victoria parecia haberse adherido al pabellon de aquel intrépido marino, pero perseguido y atacado por fuerzas turcas superiores, Lambro sucumbió despues de prodigios de valor. Aunque *declarado pirata por la Rusia*, atacó y destruyó varias embarcaciones turcas, hasta que al fin, agobiado por el número, se negó á arriar su pabellon, y prefirió hundirse en el agua al mismo tiempo que su buque; sin embargo, en el momento supremo pudo salvarse en su bote, y fué á buscar un asilo en las montañas de la Albania. La paz de Jassy puso fin á aquellas hostilidades; el tratado que fué su consecuencia (1792) confirmó las extipulaciones insertas

en el de Kainardji y en la convencion explicatoria de este (1774-1779) en favor de los súbditos griegos. Semejantes cláusulas fueron explícita ó implícitamente consignadas en todos los tratados posteriores, de modo que la Rusia apareció siempre muy zelosa de su derecho de proteccion hácia los Griegos sus coreligionarios, en virtud de cuyo principio habia por tanto tiempo reclamado la posesion de las dos provincias de Valaquia y de Moldavia, fomentado la insurreccion y reclamando la independencia de la Servia.

El tratado de Bucharest (1812) confirmó las condiciones de los anteriores tratados, sobre los cuales no habia por el momento discusion, escepto aquellas que, decíase, podia el tiempo haber modificado, restriccion propia para producir á capricho de la Rusia las hostilidades ó las negociaciones. Alejandro se encontraba en el congreso de Laybach cuando recibió la noticia de la insurreccion de la Moldavia junto con una carta del príncipe Ipsilanti, suplicándole que prestase su socorro á la insurreccion (marzo de 1821), y su primer acto fué hacer desmentir formalmente por sus ministros la empresa de Ipsilanti que en sus proclamas se habia envaneido con su apoyo. La cuestion de si este último se hallaba ó no autorizado para lisongearse con el asentimiento de la Rusia, no ha sido claramente deslindada, pero si está fuera de duda que en los primeros momentos de la insurreccion, el cónsul ruso frecuentó la casa de Ipsilanti para recibir órdenes é instrucciones.

Sea como sea, es lo cierto que el emperador Alejandro declaró que las tropas acantonadas en el Pruth observarían la mas estricta neutralidad, y que esta resolucion fué comunicada al baron Strogonof, ministro de Rusia en Constantinopla, con orden de manifestar á la Puerta que la política de Su Magestad era permanecer del todo extraño á los sucesos que pudiesen amenazar la tranquilidad de las naciones, y mantener la exacta observancia de los tratados existentes entre las dos potencias. El Austria mandó á su internuncio que apoyara la declaracion de la Rusia por medio de una nota concebida en igual sentido, mas el divan creyó entrever justos motivos de inquietud á través de tan fastuosas protestas; no podia comprender como la Rusia, infiel á sus constantes máximas, condenase de buena fe una insurrec-

cion que antas veces habia provocado, y abdicase voluntariamente su *derecho de proteccion* en favor de sus coreligionarios, cuando su ejercicio podia ser tan provechoso para su política.

En esto, la prision de un comerciante griego acusado de proporcionar fondos á los insurrectos, complicó las dificultades existentes entre ambos gabinetes, é hizo mas espinosa la posicion de M. de Strogonof, cuya presencia en Constantinopla era un evidente objeto de irritacion para el pueblo de aquella capital. El ministro reclamó del Sultán el negociante griego, como banquero de la legacion rusa, y obtuvo una formal negativa: desde entonces pareció inevitable un rompimiento entre la Puerta y la Rusia, y M. de Strogonof se dispuso para partir. Esto no obstante, la intervencion de los ministros inglés y austriaco modificó aquella resolucion, y la guerra quedó suspendida.

En aquellas circunstancias apareció la nota del emperador Alejandro transmitida en forma de circular á las grandes potencias de Europa. ¿Qué causas le impedian intervenir en favor de la Grecia y continuar la marcha política inaugurada por su familia? Sus palabras en el congreso de Laybach manifestando que «la revolucion griega era la consecuencia de las maquinaciones que trastornaron el Occidente,» revelan una de dichas causas. El jefe de la santa alianza, el representante del principio de autoridad, no queria constituirse en apoyo de un pueblo rebelde, sobre todo en el momento en que las ideas revolucionarias empezaban á agitar su imperio, ó mejor su ejército; y además, otro motivo de abstencion para Alejandro era el temor de ver elevarse sobre las ruinas de la debilitada Turquía, un imperio griego joven y fuerte, temible rival quizás para el porvenir de los ambiciosos designios de la Rusia.

La vacilacion que causaban al gabinete de San Petersburgo tan diversas consideraciones, entrevesáse en la nota, á pesar de la obligatoria imposibilidad de las formas diplomáticas. «Su Magestad, decíase en la misma, que nada desea tanto como la pacificación de Europa, se halla dispuesta á hacer los mayores sacrificios para la conservación de la paz, con tal de que los gabinetes europeos encuentren en su prudencia, eficaces medios para obtener que la Puerta Otomana ponga al abrigo á sus súbditos cristianos de la repeticion de las violentas escenas de que han sido

víctimas; en semejante disposicion, Su Magestad imperial ruega á las cortes de Europa que escogiten cuanto antes los medios que pueden conducir al objeto deseado, dispensándole así de obtener por la fuerza de las armas el cumplimiento de las condiciones que el honor de su corona, el respeto de los tratados, la proteccion de la religion cristiana la humanidad, y le han obligado á exigir de la Puerta.»

Semejante lenguaje, á pesar de sus precauciones, era bastante claro y significaba: «La Rusia podría aprovecharse de las circunstancias para engrandecerse y realizar sus planes de conquista; mas para no infundir recelo, consiente en no declarar la guerra á la Turquía; sin embargo, como es para ella cuestion de dignidad el cumplir sus compromisos para con los Griegos, y como le seria muy vergonzoso repudiar su derecho de proteccion en el mismo momento en que su ejercicio le daría provecho y gloria, haced de modo que los griegos sean protegidos y que los turcos no les asesinen; en caso contrario, las cosas y la política seguirán su curso natural y necesario (1).

La prueba de que tal era el sentido de la nota, está en la detenida deliberacion de que fué objeto en el seno del gabinete austriaco; los ministros de Inglaterra y de Austria no vacilaron en creer que su comun interés estaba en quitar á la Rusia todo pretexto de un rompimiento decisivo con la Puerta, y en su consecuencia resolvieron ambos gestionar cerca del divan.

Mientras esperaba el efecto de aquellas negociaciones, la Rusia significó su *ultimatum* á la Puerta, renovando en aquella última nota las demandas contenidas en la del baron Strogonof, es decir, el restablecimiento y la indemnizacion de los Griegos no culpables, la reconstruccion de las iglesias, la evacuacion inmediata de las provincias de Valaquia y de Moldavia, y la reinstalacion de los hospodares destituidos. Aquella amenazadora obstinacion puso en su colmo el furor popular, y alteró en el seno del divan la sangre fria y tranquilidad ordinarias en las deliberaciones de aquel consejo. Sus miembros no lograron ponerse de acuerdo; el reis-seffendi (ministro de negocios extrangeros), Hamed Bey, insistió con vigor para que se consultase por fin la dignidad de la

(1) Rabbe, *Hist. de Alejandro II.—Resumen de la hist. de Rusia.*

Puerta antes que el temor de una guerra, y pidió que se redactara un *ultimatum* con el mismo tono altivo y orgulloso. Sin embargo, aprovechando sagazmente el ministro inglés, lord Strangford, la oposicion que aquellas ideas habian hecho nacer en el seno de un consejo acostumbrado desde mucho tiempo á las concesiones y á las medidas tímidas, tuvo bastante influencia para obtener la destitucion del reiss-effendi. El triunfo alcanzado por el ministro inglés no adelantó mucho, empero, el objeto esencial de la mediacion: la Puerta que no podia creer en la buena fe y moderacion de la Rusia, veia lazos por todas partes, y atribuía no sin razon, á las intrigas de aquella potencia la progresiva importancia de la insurreccion griega. En vano lord Strangford instaba una próxima decision, y pedia una respuesta á la nota de M. Strogonof; su actividad se estrellaba en la calculada indolencia del divan. Finalmente, apareció la deseada respuesta, y en ella exponia la Puerta su fidelidad constante en la ejecucion de los tratados; ponía su conducta en parangon con la de la Rusia; hablaba de sus derechos contra súbditos rebeldes, invocando con este motivo máximas que las cortes de Europa no podian rechazar, y terminaba diciendo, que en nada consentia, que nada prometia hasta que se hallase vencida la rebelion.

La sutileza diplomática de los negociadores europeos, vióse entonces obligada á reconocerse vencida por una resolucion que parecia tener algo de la inflexibilidad del fatalismo oriental.

El resto del año 1821 pasóse en negociaciones y notas insignificantes, y los primeros meses de 1822 tampoco vieron resuelta la cuestion de la paz ó de la guerra. Sin embargo, el interés hacia los griegos habia disminuido mucho en San Petersburgo, y su causa era considerada allí como perdida, tanto que si bien no se mandó segun pedia la nota turca, la extradicion de los refugiados, se intimó á algunos que buscaran un asilo fuera de las fronteras del imperio, y los demás fueron encarcelados, suerte que cupo á muchos jefes hetairistas. Así, pues, á pesar de la tenacidad del divan, de haber sido rechazado el *ultimatum* ruso sin que toda la ciencia de M. de Metternich lograra suavizar la acribitud de semejante acto, una guerra, que parecia inminente, no estalló. No satisfechos aun los negociadores austriacos pretendian reducir al divan á satisfacciones mas positivas, y M. de

Metternich se lisonjaba de conseguirlo, pero las nuevas contestaciones arrancadas al reiss-effendi fueron aun mas altivas y menos pacíficas que las anteriores; el ministro otomano, léjos de satisfacer las reclamaciones y quejas de la Rusia, exponia enérgicamente las que abrigaba la Puerta, y apoyado en los antiguos tratados, reclamaba la evacuacion de las fortalezas del Asia, y la extradicion de los refugiados, renovando de un modo mas formal aun que la vez primera su negativa de nombrar los hospedares antes de hallarse reprimida la rebelion de los griegos.

La diplomacia *austro inglesa* no se dió todavía por vencida, pero los ministros otomanos, conservando todas sus ventajas, no cedieron ni un palmo de terreno. No deja de ser curioso ver á aquella potencia, de ordinario tan dispuesta á humillarse, y á aquel divan, siempre tan pusilánime, resistir entonces con invencible firmeza, y hacer frente á tantas complicaciones simultáneas. La Turquía debia temer la guerra al Norte, al mediodía y en el seno del imperio; un ejército de 280,000 rusos en el Danubio no le inspiraba el menor recelo, y todo induce á creer que la Puerta no ignoraba por una parte, que aquel estado militar no podia ser por mucho tiempo compatible con los apuros rentísticos de la Rusia, y por otro, que las potencias aliadas de la Rusia, harian todos los sacrificios imaginables, ya para impedir el limitado engrandecimiento de aquel imperio, ya para no abrir en Grecia un nuevo camino al espíritu revolucionario que combatian en Italia, en España y en Portugal. De estos motivos los unos impulsaban á la Gran Bretaña, y los otros al gabinete de Viena.

La Rusia se contentó con el tratado de Bucharest, no interpretado, ó mal interpretado, y la corte de Petersburgo se tomó el trabajo de explicar extensamente en un artículo publicado por la *Gaceta de Bremen*, que habiendo sido reconocida la Turquía como parte integrante de la Europa por el consejo de Viena, los griegos no tenían el menor derecho para reclamar contra ella.

Es un hecho tan singular y nuevo el ver á un soberano de Rusia desperdiciar la ocasion de una guerra ventajosa con la Turquía, sobre todo cuando aquel soberano es el mismo que celebró la convencion de Erfurt, que nuestras difusas explicaciones no parecerán supérfluas al consignarlo. Es indudable que Alejandro

continuaba considerando como una ley del porvenir y como el destino de la Rusia, la conquista de Constantinopla; pero tambien lo es que creyó necesario dar treguas á aquella ambiciosa actividad á fin de domar, de acuerdo con los demás reyes, el torrente de las nuevas ideas que amenazaban á los soberanos, como lo prueban las conversaciones que M. de Chateaubriand, plenipotenciario de Luis XVIII en el congreso de Verona, tuvo con el mismo emperador Alejandro. Reproduciremos parte de ellas, pues además del interés que naturalmente deben inspirar, manifiestan la opinion que habia concebido de Alejandro el ilustre escritor, y auxiliarán á los lectores para formar su juicio sobre aquel soberano.

En las varias entrevistas del gran escritor, convertido en diplomático, con el emperador de Rusia, tratóse de la Polonia, de la Grecia y de la España; Alejandro, en virtud del mismo principio que le impedia intervenir en la revolucion griega, estaba dispuesto, á pesar de la Inglaterra, á apoyar á la Francia en la guerra española.

«En nuestras conversaciones, dice M. de Chateaubriand, le habíamos de todo, y nos escuchó sin recordar al parecer el rango que ocupaba; le manifestamos nuestra oposicion á los tratados de Viena, y creyendo sin duda que no debia entrar en explicaciones, se limitó á contestarnos: «¿Acaso os hallais mejor con el tratado de Paris?»

«Hablando de la Polonia, nos atrevimos á representar la desmembracion como la consecuencia de una de las mayores infamias de la antigua Francia; dijímosle que la iniquidad de aquella pesaria para siempre sobre la Rusia, la Prusia y el Austria, y que Alejandro acabaria de hacerse inmortal reparándola. El czar tuvo paciencia para escucharnos, cuando añadimos que un reducido país mal gobernado, para el cual Rousseau habia redactado en vano un proyecto de constitucion, no pudo ser jamás peligroso para los Estados vecinos; que los polacos se sublevarian siempre, no por espíritu revolucionario, sino porque está en la naturaleza humana el que una nacion desee conservar su nombre y se resista á la pérdida de su independenciam.

«Tampoco olvidamos nuestra querida Atenas, continúa M. de Chateaubriand; por mucho tiempo abogamos por ella, y, cuan-

do el czar murió, no vacilamos en dirigirnos á Nicolás y á Constantino.

«Alejandro sufría combates de naturaleza y de posicion; nacido para estar al frente del progreso de la sociedad, padecía al verse obligado á rechazar á los griegos, sus coreligionarios, y á abandonar á los pueblos cuyo protector era; amante de las libertades, había creído que la Europa imploraba su proteccion contra principios destructores, y estaba tanto mas convencido de la fuerza de los mismos principios, en cuanto acababan de sublevar Nápoles, el Piamonte y la España, y manifestábanse en su ejército síntomas de la fiebre francesa.

«Por esto aquel príncipe, despues de otorgar una constitucion á los polacos, suspendió el ejercicio de la misma; despues de habernos hecho conceder la *carta*, vió con inquietud las consecuencias de la misma; despues de desear la independenciam de la Grecia, reprobó la insurreccion de 1820, mirando en la revolucion de los helenos una órden emanada del comité director de París. En el congreso de Troppau, de Laybách y de Verona, imaginó defender la civilizacion contra la anarquía del mismo modo que la había salvado del despotismo de Napoleon.

«Tratamos igualmente de la reunion de las Iglesias griega y latina: Alejandro se inclinaba á ella, pero no se creia bastante fuerte para intentarla. Deseaba visitar Roma, y se quedaba en la frontera de Italia; mas tímido que Cesar, no pasó el sagrado torrente, á causa de las interpretaciones á que su viaje habria dado lugar. Su alma era presa de intestinos combates, y en las ideas religiosas, cuyo autócrata era, ignoraba si obedecia á la oculta voluntad de Dios, ó si cedia á alguna baja sujestion que hacia de él un renegado y un sacrilego.»

Respecto de la guerra de España, añade M. de Chateaubriand: «Dirijámonos al palacio Canossa, y despues de decir al emperador cuánto habíamos prometido, nos contestó:

«La Francia obrará como mejor le parezca. M. de Montmorency me ha preguntado qué partido tomaria yo en caso de que estallase la guerra entre la Francia y la España, complicándose luego con incidentes desfavorables para la primera, y le he contestado que mi espada se hallaba á disposicion de la Francia; si puede pasarse sin ella, es asunto suyo, y no pretendo ejercer en sus actos

la menor influencia. Pero vos, vizconde de Chateaubriand, ¿que pensais de esta cuestion?

«Señor, contesté, pienso que la Francia debe ascender cuanto antes y por sí misma al puesto de que la precipitaron los tratados de Viena; cuando haya recobrado su dignidad, será una aliada mas útil y honrosa para Vuestra Majestad.»

«Ignoro si el emperador me comprendió, pero acogió con noble sonrisa la contestacion por la cual rechazábamos su auxilio é invocábamos la guerra; calló por algunos momentos, y respondiendo luego á sus propios pensamientos, dijo: «Tengo mucha satisfaccion en que hayais venido á Verona á fin de que atestigüeis la verdad. Creéis, como dicen nuestros enemigos, que la alianza es una palabra que solo sirve para ocultar ambiciones? Esto quizás hubiera sido verdad en el antiguo estado de cosas, pero ¿cómo pensar en intereses particulares, hoy que se halla en peligro el mundo civilizado?»

«No puede haber ya una política inglesa, francesa, rusa, prusiana ó austriaca; solo existe una política general que debe ser admitida en comun por pueblos y reyes para la salvacion de todos. A mí me toca mostrarme el mas convencido de los principios en que he fundado la alianza, y al presentarse una ocasion, la sublevacion de la Grecia, me he abstenido de mezclarme en ella, luego que he creído ver en las turbulencias del Peloponésico el sello revolucionario, á pesar de que nada favorecia tanto mis intereses y los de mis pueblos como una guerra religiosa contra la Turquía.»

«¿Qué no se ha probado para romper la alianza? Se ha procurado inspirarme desconfianza, herir mi amor propio, y hasta he sido abiertamente insultado. Sin embargo, muy mal me conocen los que creen que mis principios se fundan únicamente en la vanidad y pueden ceder ante los resentimientos. Jamás me separé de los monarcas á los cuales me he unido, y permitido debe ser á los reyes el contraer públicas alianzas para defenderse contra las sociedades secretas. Acaso tengo necesidad de ensanchar mi imperio? La Providencia ha puesto á mis órdenes ochocientos mil soldados, no para satisfacer mis ambiciosas miras, sino para proteger la religion, la moral y la justicia, y para hacer imperar los principios de orden, base de la sociedad humana.»

«Al terminar mi última conversacion con Alejandro en Verona, apoderóse de él la melancolía á que se hallaba sujeto, y calló; tambien yo guardé silencio, y al tomarme y estrecharme la mano al separarnos, me sentí conmovido como si una voz me hubiese dicho que no le volveria á ver, que dentro de tres años le buscaria en vano ya, que no debía sobrevivirle, á él tan jóven aun, tan fuerte y tan hermoso. Su disgusto para los negocios y los hombres públicos aumentó á mi salida del ministerio.

«Rumores de conspiraciones militares habian llegado ya hasta el emperador, pues algunos oficiales jóvenes habian aprendido de su propio soberano el amor á la libertad. Al ver las pasiones que se agitaban en torno de su poder, apartábase para entregarse á su habitual melancolía y para no verse obligado á obrar con excesiva severidad. Sus ideas eran para él un continuo tormento; ignoraba si debía ponerse al frente de las reformas; oía los pasos del siglo por los desiertos de la Rusia, y la voz suplicante de la Grecia; mas procurando descubrir, aunque en vano, la voluntad de Dios, temia entrar en una falsa senda, favorecer aquellas innovaciones que habian causado tantas víctimas y dado tan poca felicidad (1).»

Así pues, los contemporáneos todos se hallan de acuerdo para mostrarnos á Alejandro sacrificando en aquella época de su reinado, sus antiguas ambiciones á una nueva misión, la del sosten del principio de autoridad, de protector de los reyes contra los pueblos rebeldes. Respecto de la tristeza que le dominaba, de aquel disgusto hácia los hombres y las cosas, de que habla M. de Chateaubriand, no deben sorprendernos en lo mas mínimo, y se encuentran explicados por la embarazosa situacion en que se hallaba, por su carácter, por pesares domésticos y por acontecimientos en los que su alma inclinada á la supersticion, creía ver un castigo del cielo.

En aquel entonces hirióle un dolor profundo en su mas vivo cariño. Alejandro se había enlazado en 1793, á la edad de diez y seis años, con una hija del gran duque de Baden, Luisa María, que tomó los nombres de Isabel Alexeievna, al ser bautizada segun el rito griego; la jóven solo contaba quince años, y era de

(1) Chateaubriand, *Congreso de Verona*, t. I.

notable hermosura, pero, á pesar de los encantos de su carácter elogiados por cuantos la conocieron, Isabel no fué dichosa. Aquella prematura union solo produjo dos hijos muertos casi al nacer, y Alejandro dueño del imperio, buscó cerca de otra mujer los gozes de su vida íntima. De su favorita, la señora Nariskhin, tuvo tres hijos de los cuales solo sobrevivió uno, una niña en la que concentró Alejandro todo el amor de su corazón, cuando su querida, infiel á su vez, hubo buscado léjos de Petersburgo un desierto voluntario. Una cruel enfermedad le arrebató su hija á la edad de diez y siete años, y aquel infortunio que le dejaba sin posteridad, que parecia vengar en su hija la participacion que él tuviera en la muerte de su padre, fué su mas agudo y amargo dolor. Entonces volvió al lado de Isabel, y cerca de aquella compañera de su tierna juventud halló la ternura, la abnegacion que ya antes le conociera; con ella pasó sus últimos años, y junto á ella debia morir.

Las sociedades secretas habian tomado desde algunos años grandes proporciones, á pesar de la vigilancia de la policia rusa, y Alejandro tuvo con ocimiento de una conspiracion tramada para asesinarle. No era esto todo: el pueblo ruso agobiado bajo el peso de los impuestos destinados á equilibrar la hacienda, se indignaba al ver el abandono en que dejaba el emperador á sus coreligionarios de Grecia, al mismo tiempo que una catástrofe que hirió á Petersburgo en 1824, parecióle una prueba de la cólera divina. Una inundacion destruyó la mitad de la capital.

Refiérese que cuando Pedro el Grande señaló en la embocadura del Neva el lugar que debia ocupar su futura capital, fijó casualmente sus ojos en un árbol que tenia á cierta elevacion una cortadura en su tronco; preguntó lo que significaba aquella señal, y un campesino finlandés le dijo designar la altura que habia alcanzado la inundacion de 1680. En efecto, las aguas del golfo de Finlandia arremolinadas por los vientos del Oeste refluyen con frecuencia hácia el Neva, é inundan sus márgenes al llegar el equinoccio de otoño. Pedro que habia resuelto irrevocablemente el lugar en que debia elevarse su ciudad, se negó á creer en la inundacion, y cortó el árbol; mas como el rio no modificó en lo mas mínimo sus hábitos, ocurrieron seis inundaciones durante el siglo XVIII, verificándose la última, en la que pereció la hija de

Isabel, la jóven Tarrakanof, en 1777. El 19 de noviembre de 1824 reprodujose el azote con inusitada violencia; las aguas, levantadas de su lecho, por un furioso huracan del Oeste, eleváronse cuatro metros en muy pocos instantes, sumergieron la ciudad, arrebataron los puentes, y arrancaron del suelo varias casas de madera: nada resistió á su impetuoso choque; á las ocho disparóse el primer cañonazo de alarma, y las aguas subieron hasta las cuatro de la tarde. El emperador se vió sitiado en su palacio, y corriendo á un balcon que daba al río, pudo contemplar angustioso y conmovido los estragos causados por las olas: saltando entonces á una chalupa, visitó los lugares de mayor peligro, y no vaciló en exponer su vida para salvar la de las víctimas. Las pérdidas fueron inmensas, y perecieron gran número de personas; en el puerto de las galeras se ahogaron mas de 500 obreros; una inmensa cantidad de mercancías, las provisiones del invierno quedaron destruidas; las aguas se llevaron buques, habitaciones, edificios públicos, y para cólmo de desgracia, era evidente que aquella calamidad amenazaba el porvenir con iguales desastres (1).

Segun el pueblo, aquel era el castigo del abandono en que se dejaba á los griegos, y Alejandro, participase ó nó de aquella creencia, resolvió abandonar aquella ciudad herida por la cólera divina y buscar en el mediodía de su imperio, para la emperatriz Isabel y para él, un clima mas apacible, una naturaleza menos inclemente. Taganrok, situada en los 47° de latitud en el extremo del mar de Azóf, fué la ciudad elegida para hospedar al emperador durante el otoño de 1825. El dia 30 de agosto, segun el calendario Juliano, es decir el compute ruso, Alejandro se dirigió al convento de San Alejandro Nevski, y á las cuatro de la madrugada mandó cantar un *Te Deum*, dice la relacion oficial de su partida, un *De Profundis*, dicen las relaciones populares. El emperador estuvo largo rato prosternado al pié del altar, oró como si hubiese sabido que no volveria en vida á aquellos santuarios de la religion rusa, y quiso, antes de su marcha, ser bendecido por los sacerdotes.

A la menor circunstancia sentia agitarse los siniestros pre-

(1) Schnitzler, *Hist. int. de Rusia*, 1, 1 cap. II.

sentimientos que llenaban su alma; durante la noche apareció un cometa, y preguntó á su cochero: «Has visto la estrella errante? Sí, señor.—No sabes que presagia desgracias y pesares?» Y un momento despues, añadió: «Cúmplase la voluntad de Dios (2).»

Llegado á Taganrok, recorrió las costas del mar de Azof hasta el Don, remontó el rio, llegó hasta la capital de los cosacos del Don, y atravesó luego la península de Crimea, deteniéndose en Simpheropol, en Balaklava, en Inkermann, en el convento de San Jorge y en Sebastopol cuyas iglesias visitó á la luz de las antorchas, y donde revistó su escuadra.

Sebastopol empezaba entonces á levantar sus formidables fortificaciones; los fuertes Alejandro y Constantino se hallaban terminados, é iba á empezarse el fuerte Nicolás destinado mas particularmente á proteger el puerto. Despues de Sebastopol, Batchiserai, la antigua residencia de los khanes, atrajo la atencion del emperador; desde la época en que Catalina la visitara, aquella ciudad habia perdido todo su esplendor; sus fuentes y surtidores se encontraban en gran parte destruidos; sus jardines estaban despojados de su magnífica verdura; la capital de los khanes tártaros llevaba el luto de su nacionalidad.

En aquella parte de su viaje, Alejandro, desde mucho tiempo atormentado por continuas erisipelas, concibió los gérmenes de la enfermedad que debia conducirle al sepulcro. Se ha dicho que un veneno lento minaba su existencia, pero nada legitima semejante aserto que solo el porvenir podrá justificar; es indudable que al morir Alejandro estaban próximas á estallar varias conspiraciones; pero tambien lo es que su robusta constitucion se habia alterado hacia muchos años, y que el aire con frecuencia pernicioso de aquellas regiones meridionales bastaba para darle el golpe mortal. El augusto enfermo desoyó las prescripciones de la ciencia, y contestaba á su médico: «No tengo confianza en vuestras pociones; mi vida está en manos de Dios, y nada puede sustraerme á los efectos de su voluntad.» A pesar de sus dolencias, visitó Eupatoria y Perecop, pero acometido el emperador en este último punto por una fiebre violenta, el cortejo real

(1) Schultzer, *Hist. int. de Rusia*, t. I, cap. II.

tomó apresuradamente el camino del Dnieper y regresó á Taganrok, donde se cudió también por su parte la emperatriz Isabel. El estado de Alejandro empeoraba sensiblemente; era entonces el 17 de noviembre, y á contar desde el 19, el mal tomó los caracteres de una fiebre tifoidea, no siendo atacado en tiempo oportuno del modo conveniente. Advertido Alejandro por la emperatriz y su médico inglés de la gravedad de su estado, mandó llamar un sacerdote; despues de recibir los santos sacramentos experimentó una mejora de algunos instantes; luego volvió á caer en el letargo del que casi nunca salia, y murió el dia primero de diciembre de 1825, cuando solo contaba cuarenta y ocho años.

El imperio se encontraba entonces en gravísimos apuros; la Polonia pretendia que su constitucion habia sido violada, y dejaba oír amenazadoras quejas, y sordas maquinaciones minaban el ejército. Para reprimir á los descontentos, era necesaria una mano de hierro, y el sucesor de Alejandro debia, al principiár su reinado, hacer derramar sentidas lágrimas por la benévola dulzura que era, hacia algun tiempo, el distintivo de aquel príncipe.

Con motivo de esta cualidad, tanto como por falta de perseverancia en su ambicion, el emperador que acababa de morir ocupa un lugar aparte en la dinastía de los Romanof. Menos ávido de dominacion y de conquistas que sus predecesores, mas desprendido de los terrestres placeres que su ilustre abuela, habia creído en Dios y en la responsabilidad del alma humana; benévolo, afable, deseoso de complacer, se habia grangeado la gratitud de la Francia durante los fatales dias de la invasion. Cumplió sus deberes de hombre, pero no los de soberano, y si dejó á la Rusia mas poderosa y fuerte de lo que la encontrára, solo realizó la mitad de su tarea. ¿Qué medidas prudentes y duraderas habia tomado para emancipar á los siervos y mejorar la condicion de la mayor parte de sus súbditos? La Rusia habia llegado á un punto de grandeza y de accion europea en que era necesario poner su estado social en armonía con el de los pueblos vecinos y con su propio poder exterior, y tocaba al soberano apresurar el curso del tiempo, regenerar con acertadas leyes á una nacion que presentaba el contraste de tanta fuerza unida á tanta barbarie. Despues de seguir las fases del engrandecimiento de

la Rusia bajo el imperio de los Romanof, parece que el papel de Alejandro á contar desde 1815, debia ser exclusivamente el de legislador; pero no fué así: aquel príncipe, dominado por un deseo, por una necesidad, la de ser llamado el protector de los reyes, el salvador de la sociedad contra Napoleon y contra el espíritu revolucionario, no hizo por su país cuanto habria podido hacer; no aceleró la marcha de la Rusia por las vías civilizadoras, no contribuyó á penetrar el secreto de sus destinos.

CAPÍTULO IX.

Nicolás I.—Alejandro II.

Abdicacion de Constantino.—Corto interregno.—Nicolás emperador.—Sociedades secretas.—Sedicion militar.—Trabajos legislativos.—Guerra de Persia.—Intervencion de la Rusia, de la Francia y de la Inglaterra en la insurreccion griega.—Guerra contra la Turquía.—Passevitch.—Campanias de 1828 y 1829.—Tratado de Andrinópolis.—Revolucion polaca de 1830-1831.—Guerras del Cáucaso.—Intervencion de la Rusia en la cuestion de Oriente (1833-1840).—Preparativos de Nicolás contra la Turquía.—Mision del príncipe Mentschikof en Constantinopla.—Negociaciones secretas con la Inglaterra.—Intervencion de la Francia.—Invasion de los Principados.—Incendio de la escuadra turca en Sinope.—Declaracion de guerra de la Francia y de la Inglaterra.—Gloriosas campanias de Omer-Bajá.—Batalla de Alma.—Sitio de Sebastopol.—Muerte de Nicolás.—Continuacion del sitio y toma de Sebastopol.

(Desde 1825 hasta 1855.)

Tres hijos de Pablo sobrevivieron á Alejandro: Constantino, Nicolás y Miguel (1). Constantino nacido en 1779, solo contaba dos años menos que Alejandro; Nicolás diez y nueve, y Miguel veinte y uno. El trono tocaba pues á Constantino por orden de sucesion, en cuanto Pablo habia establecido definitivamente el derecho de primogenitura en un ukase de 1797, y Alejandro confirmó diez años despues aquella disposicion fundamental.

La Rusia no miraba sin temor el futuro reinado del segundo hijo de Pablo, y en efecto, Constantino, así por su rostro como por las singularidades de su carácter, recordaba á su padre y á su abuelo; como Pablo III y Pedro III, era original y arrebatado,

(1) El segundo nació en 1796, y el tercero en 1798.

y pasaba el tiempo mandando el ejercicio á sus tropas y ocupándose en los menores detalles de la disciplina. Colocado en 1815 al frente del ejército polaco, habíale dado un marcial aspecto, una solidez que costó muy cara á los Rusos; pero se hizo temer por su severidad, y odiar por su dureza y altanería; sin embargo, bajo aquel rudo exterior ocultaba un alma sensible y delicada, como lo probara en 1812 por su humanidad respecto de los prisioneros y heridos franceses, por su respetuosa sumisión á su hermano durante los veinte y cuatro años de su reinado, y finalmente por su enlace con Juana Grudzinska.

En 1796, Catalina habíale hecho unir á la edad de diez y siete años con una princesa de Sajonia Coburgo, que tomó el nombre de Ana Fœdorovna; semejante matrimonio no fué afortunado, y ambos esposos se separaron de comun acuerdo despues de cuatro años de una union estéril. En 1820, Constantino conoció á una jóven polaca, hija de un conde residente en Vistoslaf, en el distrito de Bromberg, tierna y delicada niña que por los encantos de su talento, por las cualidades de su corazon, cautivó el indómito Constantino hasta el punto de que quiso hacerla suya por un lazo indisoluble. Su primera esposa retirada en Alemania, vivia aun, y era preciso recurrir al divorcio, pero como á pesar de las severas leyes religiosas de la Rusia acerca de este punto, el clero se apresuró á secundar los deseos del hermano del emperador, Constantino tomó por esposa á Juana Grudzinska, que tomó entonces el título de condesa de Lowiez. Sin embargo, el matrimonio debió ser conservado secreto, y además de no ser considerados aptos para reinar los hijos que pudiesen nacer de la hija del conde polaco, hubo además entre Alejandro y Constantino largas negociaciones cuyo resultado fué desconocido durante la vida de Alejandro. La Rusia, pues, esperaba ver ceñida la corona en las sienos de Constantino, y confirmó semejante idea el ver que Nicolás, luego de haber llegado á Petersburgo la noticia de la muerte del emperador, se dirigió al senado á fin de prestar juramento de fidelidad á su hermano el emperador Constantino, «como legítimo heredero del trono de Rusia por derecho de primogenitura.»

Entonces aconteció un hecho inesperado: el consejo del imperio luego de convocado, consideró como su primer deber el enterar-

se de un pliego cerrado con el sello imperial y confiado á su custodia; en la cubierta Alejandro habia escrito con su propia mano: « Guardar este pliego en el consejo del imperio hasta que yo lo reclame, y en caso de que acontezca mi muerte sin haberlo verificado, abrirlo en sesion extraordinaria antes de proceder á cualquier otro acto.» El presidente del consejo, Pedro Lapoukin, rompió el sello y encontró bajo la cubierta un manifiesto del emperador Alejandro firmado de su mano y dado en Tsarsko-Zelo, en 23 de agosto de 1823, junto con otros dos documentos mas antiguos de diez y ocho meses; el primero era la siguiente carta de Constantino dirigida á Alejandro: « Señor, — alentado por las pruebas de las benévolas disposiciones que abriga respecto de mí V. M. I., me atrevo á deponer á vuestros piés una nueva y humilde súplica.

« No reconociendo en mí ni el genio, ni los talentos, ni la fuerza necesaria, suplico á V. M. I. que transfiera á quien corresponda despues de mí el derecho que tengo á la corona, asegurando así para siempre la estabilidad del imperio. En cuanto á mí, añadiré con la presente renuncia, una nueva garantía y una nueva fuerza al compromiso que contraje solemne y espontáneamente con motivo de mi divorcio con mi primera esposa. Las circunstancias todas de mi actual situacion me impulsan á esta resolución, que probará al imperio y al mundo entero la sinceridad de mis sentimientos.

« Dignaos, señor, recibir mi súplica bondadosamente; dignaos, influir para que acceda á ella nuestra augusta madre, y sancionadla con vuestro asentimiento imperial, seguro de que, en la esfera de la vida privada, me esforzaré siempre en servir de ejemplo á vuestros fieles súbditos, á cuantos anima el amor de nuestra querida patria.»

El segundo documento era una aceptacion pura y simple de la anterior renuncia, fechada en San Petersburgo el 14 de febrero de 1823.

El tercero era un manifiesto dado á causa de los dos anteriores: sustancialmente decia: « 1.º el acto espontáneo por el cual nuestro hermano el czarevitch y gran duque Constantino, renuncia á sus derechos al trono de todas las Rusias, es, y permanece fijo é invariable. Dicho acto de renuncia será conservado en la grande

catedral de la Asuncion en Moseou, y en las tres supremas administraciones de nuestro imperio, en el santo sínodo, en el consejo del imperio y en el senado director, á fin de asegurar su notoriedad; 2.º en virtud de estas disposiciones, y conforme á la ley de sucesion al trono, nuestro hermano segundo, el gran duque Nicolás, queda conocido por nuestro sucesor y heredero.» Las últimas palabras del manifiesto, aunque desprovistas de interés por lo que hace á la cuestion política, merecen sin embargo ser reproducidas: «En cuanto nos, decia Alejandro, rogamos á nuestros fieles súbditos que con el mismo sentimiento de amor que nos movia á considerar como nuestro primer bien en la tierra el cuidado que abrigábamos por su constante prosperidad, dirijan fervientes oraciones á N. S. Jesucristo, á fin de que se digne, en su infinita misericordia, recibir nuestra alma en su eterno reino (1).»

Despues de leidos tales documentos, creyó el senado que serian conocidos por el príncipe á quien conferia el imperio la renuncia de Constantino, y trasladándose en corporacion al palacio de Invierno, quiso prestar juramento al gran duque Nicolás; pero este rechazó la corona.

«No soy emperador por la naturaleza ni por las leyes, dijo á los senadores, y no quiero serlo á expensas de mi hermano primogénito abusando de una renuncia quizás irreflexiva ó forzada. Si Constantino, ahora que es libre y soberano, persiste en hacer el sacrificio de sus derechos, entonces, pero solo entonces, ejerceré los míos aceptando la corona.»

Los miembros del consejo representáronle en vano que debia obedecer la voluntad del difunto emperador, y que no convenia dejar por mucho tiempo el trono vacante; el gran duque fué inflexible, y ordenó al consejo, al senado y al sínodo que proclamasen á su hermano. El ejército en cuyas filas habia hecho Constantino en union con Souvarof la campaña de Italia, y con Benningsen, las campañas de 1805 y 1806, recibió su nombre con entusiasmo; y el hijo segundo de Pablo encontróse á pesar de su renuncia y con consentimiento de su hermano, proclamado emperador de Rusia. Instituyóse una regencia en su nombre, y espidióse un correo para llevarle el juramento del imperio.

(1) Schnitzler, *Hist. int. de la Rusia en tiempo de Alejandro y Nicolás*, t. I, p. 163-165.

La noticia de la muerte de Alejandro habia llegado á Varsovia, donde se encontraban Constantino y Miguel treinta y seis horas antes que á Petersburgo, y el primer acto de Constantino fué hacer saber á su madre que su voluntad, respecto de su renuncia, era invariable; al mismo tiempo escribió lo siguiente á su hermano Nicolás: « Considero como un deber sagrado el rogar humildemente á V. M. I. que se digne admitir mi juramento de fidelidad, y concederme venia para exponerle que no aspiro á nuevas dignidades, deseando únicamente conservar el título de *cesarevitch* (1) que me otorgó por mis servicios nuestro difunto padre. Mi única felicidad será que V. M. I. se digne aceptar los sentimientos de mi profunda veneracion en prenda de los cuales puedo mostrar mas de treinta años de servicios hácia SS. MM. los emperadores mi padre y mi hermano, de gloriosa memoria. Con iguales sentimientos serviré á V. M. I. y á sus descendientes en mis actuales funciones.»

El gran duque Miguel llevó esta carta á San Petersburgo; Nicolás insistió de nuevo cerca de su hermano, pero este manifestó otra vez su inalterable voluntad, y el tercer hijo de Pablo determinóse á aceptar la corona. Se han hecho no pocos comentarios y suposiciones acerca de las causas que indujeron á ambos hermanos á rehusar la corona.

Segun una recopilacion de documentos (2), á los cuales nos referimos al mencionar los rumores de haber sido Alejandro envenenado, habfase celebrado un singular convenio cuando el asesinato de Pablo I, acerca de la sucesion al imperio. Nicolás fué designado como heredero de Alejandro, aun en perjuicio de los hijos que pudiese este tener; la Polonia, separada de la Rusia y aumentada con algunas provincias rusas, debia formar bajo la dominacion de Constantino, un reino del todo independiente; y

(1) El título de *Czarevitch* designó durante mucho tiempo al heredero del trono; pero cesó de estar en uso despues de la muerte de Alexis, hijo de Pedro el Grande; Catalina lo cambió en el de *Ceseravitch* y lo confirió á su hijo Pablo, quien dió á su vez, no á su hijo primogénito, sino á su segundo hijo Constantino, sin atribuirle por ello los derechos que hasta entonces habian parecido ajenos á semejante título.

(2) *Portofoglio*. Esta recopilacion impresa en Inglaterra y traducida al francés contiene gran número de documentos muy curiosos, pero su autenticidad es algunas veces sospechosa á causa de la manifiesta parcialidad de los autores.

por fin, el gran duque Miguel debía recibir la soberanía de varias provincias meridionales del imperio.

Semejantes asertos desprovistos de toda prueba y verosimilitud, merecen apenas particular mención. En efecto, ¿qué habria sido entonces de los planes de Pedro el Grande y de Catalina, de sus ambiciosas esperanzas, y hasta de la existencia de la Rusia? Desde hace doscientos años, todo en la historia de Rusia, demuestra hasta la evidencia la imposibilidad de que un ruso concibiese semejante proyecto, y vale mas creer que Constantino prefirió su gobierno de Polonia y los gozes de la vida de familia á la posesion de un trono que no podia partir con Juana, polaca y católica romana. Por lo que toca á Nicolás, zeloso de su absoluto poder cuando ciñó la corona, era el primero en dar el ejemplo de la sumision á una ley emanada de su padre y de su hermano, calificada por él de *pragmática*; obedecia para ser obedecido cuando llegase para él la hora de mandar, y manifestaba hácia su hermano el respeto y la sumision que entre los rusos elevan al soberano absoluto hasta la altura de una divinidad.

Además, sin buscar motivos interesados á aquel debate tan nuevo en los anales rusos, ¿por qué no ha de creerse que los dos hijos de un emperador asesinado, felices ambos con el segundo lugar en el Estado, acostumbrados á los placeres de la vida íntima, encontraron el imperio una carga muy pesada, y quisieran declinar la responsabilidad de sostenerla cuando las rebeliones de Polonia y de Grecia, y las sediciones militares, iban á causar tantos disgustos al nuevo soberano?

Desde 1813 á 1815 habíanse organizado en Rusia gran número de sociedades secretas bajo la influencia de las ideas liberales que la juventud del ejército habia bebido en países extranjeros, y en 1817, dieron mas consistencia á sus proyectos. Los estatutos de la *Union salvadora ó de los verdaderos y fieles hijos de la patria*, fueron redactados por un coronel llamado Pestel; esta sociedad comprendia tres clases de afiliados: *los hermanos, los hombres y los boyardos*, y todos se obligaban con juramento á someterse á las decisiones del consejo supremo de los boyardos. El objeto de la sociedad fué desde su origen el cambio de las instituciones existentes en el imperio.

En la misma época el general Miguel Orlof, el conde Momonof,

y el consejero de Estado Tourguenief ocupábanse en la formación de otra sociedad que debía llamarse *de los caballeros rusos*; su objeto era poner término á las vejaciones y á otros abusos que se habian introducido en la administracion inferior del imperio, sin retroceder ante la reforma de las mismas instituciones. Sin embargo, la sociedad de los caballeros rusos no tardó en disolverse, al paso que la de la *Union* continuaba organizándose y cambiaba su nombre con el de *Union del bien público*. Su reglamento sufrió varias alteraciones, y los autores del mismo declararon en nombre de los fundadores de la asociación que el bien de la patria era su único objeto, que este no podia ser contrario á las miras del gobierno, y que se hacian los trabajos en secreto solo para sus traerlos á las interpretaciones de la malevolencia y del odio. Los miembros se dividian en cuatro secciones: la primera tenia por objeto la filantropía ó los progresos de la beneficencia pública y privada; debía vigilar los establecimientos caritativos, y manifestar á los directores de los mismos, y tambien al gobierno en caso necesario, los abusos que en ellos observasen y el modo de remediarlos.

El objeto de la segunda era la educacion intelectual y moral, la propagacion de las luces, el establecimiento de escuelas, y en general una cooperacion útil en la instruccion de la juventud por medio de buenos ejemplos, y de escritos conformes á las miras y al objeto de la sociedad. Los miembros de esta seccion tenían á su cargo la inspeccion de todas las escuelas, debiendo inspirar á la juventud el amor á todo lo nacional, y oponerse en lo posible á que fuese educada fuera del país.

La tercera seccion vigilaba la conducta de los tribunales, y sus miembros se obligaban á no rechazar las funciones judiciales que podrian serles conferidas por la nobleza ó el gobierno; á promover el ascenso de los funcionarios íntegros; á darles socorros pecuniarios; á afirmar en los buenos principios á los que mostrasen alguna debilidad; á instruir á los ignorantes; á denunciar á los empleados prevaricadores, y á dar parte al gobierno de su conducta. Finalmente, los miembros de la cuarta debían ocuparse en coordinar los elementos preparados por las otras tres, y en estudiar la economía política.

Los miembros influyentes de la *Union* tardaron mucho en po-

nerse de acuerdo acerca del gobierno que debía plantearse en el imperio, pero al fin triunfaron las ideas republicanas, lo que se comprendió fácilmente en una reforma intentada por odio contra el poder absoluto. La necesidad de dar muerte al emperador Alejandro fué reconocida por varios, y, si hemos de dar fé á la deposicion de uno de los principales conjurados, aquella proposicion extrema fué adoptada en sesion plena por pluralidad de votos.

La vacilacion y el temor no tardaron en introducirse en aquella numerosa reunion; unos exigian modificaciones en los estatutos, otros suscitaban dificultades á fin de apoyarse en un pretexto y romper peligrosos compromisos, hasta que para separar á los miembros dudosos, fingióse renunciar á todos los proyectos y se declaró que la Union quedaba disuelta. Las afiliaciones continuaron en el mediodía, dirigidas por Pestel, pero la sociedad de Petersburgo no logró reorganizarse hasta fines de 1822.

Dividíase entonces en creyentes y en *adhirientes*; los primeros que formaban la *seccion superior*, tenian entre otras prerogativas la de elegir los miembros del *Directorio*, de autorizar la admision de nuevos afiliados, y de hacerse dar cuenta de las operaciones del directorio. Los miembros nuevamente admitidos eran sujetos á diferentes pruebas. A fines de 1823, ingresaron entre los creyentes el príncipe Sergio Troubetzkoi y el príncipe Eugenio Obolenski, y un año despues Troubetzkoi se dirigió á Kief para vigilar la conducta de Pestel, cuyas ambiciosas miras se temian, y poner en relacion la sociedad del Norte con la del Sur.

Esta habia entrado en relaciones algun tiempo antes con la sociedad secreta de Polonia, cuyo objeto era restablecer la independencia de aquel reino del mismo modo que se encontraba antes de la division, y afilióse luego con otra sociedad secreta que tendia á unir por medio de un acto federativo y bajo un mismo régimen republicano, las ocho comarcas eslavas que se espresan á continuacion, cuyos nombres se hallaban inscritos en un sello octógano: *Rusia, Polonia, Bohemia, Moravia, Dalmacia, Hungría y Transilvania*, (Servia, Moldavia y Valaquia). La sociedad de los Slavos unidos contaba treinta y seis miembros, jóvenes oficiales de artillería en su mayor parte, cuando Bestoujef, miembro influyente de la sociedad del Mediodía, representoles la conveniencia de ocuparse primeramente de la Rusia, y logró

reunirles á la sociedad primitiva. La revista de Belaja-Tserkof fué la época fijada para dar el golpe decisivo, y en tanto los conjurados nada omitían para excitar los ánimos é inspirarles el deseo de un nuevo orden de cosas.

Al saber la muerte de Alejandro, la existencia del manifiesto en el que el emperador habia designado el heredero del trono, y el juramento de fidelidad prestado al gran duque por los habitantes de Petersburgo, los conjurados deliberaron acerca de si sería ó no oportuna la disolucion de la sociedad; mas los directores de la asociación del Norte, Ryleief, el príncipe Troubetzkoi, el príncipe Obolenski y sus mas íntimos consejeros, rechazaron semejante idea, y concibieron la esperanza de sublevar á gran parte de las tropas y del pueblo, persuadiéndoles de que Constantino no habia renunciado al trono, y de derribar, á favor de aquella insurreccion, el gobierno establecido. Ryleief, Obolenski, Alejandro Bestoujev y Kakhofski resolvieron de acuerdo con las secciones, nombrar al príncipe Troubetzkoi, jefe absoluto ó dictador y tomaron las siguientes medidas: establecer, despues de suspender la accion del poder existente, un gobierno provisional que ordenase en las provincias la formacion de cámaras encargadas de elegir á los diputados; procurar el establecimiento de dos cámaras legislativas, una de las cuales, la cámara alta, debia componerse de miembros vitalicios y emplear para la ejecucion de estos designios á las tropas que se negasen á prestar juramento al emperador Nicolás.

Mas tarde debia procederse á la formacion de cámaras provinciales que habrian sido otras tantas legislaturas locales; á la conversion de las colonias militares en guardia nacional; á la entrega de la ciudadela de Petersburgo en poder de la municipalidad, llamada por Batenkof el *palladium de las libertades rusas*, y á la proclamacion de la independencia de las universidades de Moscou, de Dorpat y de Vilna.

Los conjurados no se hallaban de acuerdo acerca del personaje que debia ser colocado al frente del gobierno; conocian la imposibilidad de una república, pero fuese cual fuese el jefe del Estado, querian imponerle su constitucion. Batenkof hizo observar á Troubetzkoi que si los soldados prestaban juramento á Constantino, la llegada de este príncipe á Petersburgo arrebataria to-

da esperanza de buen éxito, y opinó porque los conjurados se dividiesen de modo que proclamasen unos á Constantino mientras que otros se declarasen por Nicolás. Si triunfaba el partido de Constantino, creíase que su hermano consentiría en el establecimiento de un gobierno provisional ó que aplazaría su elevacion al trono, en cuyo caso debía presentarse semejante dilacion como una abdicacion formal, proclamándose emperador al hijo primogénito de Nicolás, Alejandro Nicolaevitch. La incertidumbre del triunfo y el corto número de oficiales generales en que se podia contar, impidieron á los conjurados el tomar un partido definitivo respecto del jefe futuro (1).

La casa de Ryleief era el punto de reunion general, y todos acudieron á ella sucesivamente á fin de no excitar sospechas durante los días 24—12 y 25—13 de diciembre; el príncipe Troubetzkoï, los tres Bestojef, Obolenski, Kakhosfki, Arbouzof, Repin y los principales jefes tomaron las últimas medidas. Nicolás Bestoujef y Arbouzof respondian de los marineros de la guardia; otros oficiales prometieron el apoyo de algunas compañías de los regimientos de Moscou y de Finlandia, y como el día siguiente debía publicar Nicolás su manifiesto de elevacion, y no habia que perder un momento para descargar el golpe decisivo. En aquel momento supóse que un cómplice lo habia denunciado todo, y que no era aquella la primera traicion, pues Alejandro habia recibido el mismo día de su muerte aviso de las vastas conspiraciones tramadas en todo el imperio, de las que ya tuviera antes un vago conocimiento. «¡Estamos vendidos!» exclamó Ryleief.—Hemos desnudado ya la espada y no podemos ocultar nuestros designios!» dijeron otros, y distribuyéronse los papeles para el siguiente día. Troubetzkoï fué conservado en el puesto de dictador á pesar de la debilidad y vacilacion que de él se apoderaron al acercarse el instante decisivo; Ryleief, uno de los mas sinceros y firmes entre los conjurados, pero que habia retrocedido hasta entonces ante el regicidio, eligió al fin, animado por el peligro, á Kakhofski para la ejecucion del crimen. «¡Tú no tienes parientes, díjole estrechándole entre sus brazos, tú estás solo! á tí te toca pues, el sacrificarte por la patria y el librarnos del emperador!»

(1) Chopin, *La Rusia en el siglo XIX*, t. II.

En la madrugada del 14—26 de diciembre, Yakoubovich, Arbouzo, Alejandro Bestoujef y otros varios oficiales fueron al encuentro de los marineros. Al aparecer el general enviado por el nuevo emperador, negáronse aquellos á prestar juramento, y como fuesen entonces reducidos á prision los jefes de las compañías, Nicolás Bestoujef púsose al frente de sus cómplices para libertarles. En aquel momento, óyese una voz que decía: *¿Soldados, óis esas descargas? ¡están asesinando á vuestros camaradas!* y el batallón en masa sale enfurecido de su cuartel; los oficiales que hasta entonces no habian tomado parte en el movimiento, siguieron á los soldados, y al llegar cerca del picadero de la guardia de caballería, encontraron á un teniente del regimiento de Finlandia, que les gritó: *¡En cuadro contra la caballería!*

En el regimiento de Moscou habia empezado tambien la rebelion; Bestoujef y otros muchos conjurados influyentes recorren las filas repitiendo á los soldados: «Se nos engaña; el gran duque Constantino no ha renunciado á la corona! está encarcelado, lo mismo que el gran duque Miguel! Constantino profesa particular afecto á nuestro regimiento, y aumentará vuestro sueldo. Mueran cuantos no le sean fieles!»

Los soldados, excitados por aquellas palabras, abandonaron las filas y se precipitaron hácia los almacenes en busca de piedras de chispa y de cartuchos. Presentáronse dos generales para restablecer la calma, pero ambos cayeron bañados en su sangre, heridos el uno de un pistoletazo y de un sablazo el otro; entonces los oficiales rebeldes se apoderan de la bandera, arrastran fuera del cuartel á una parte del regimiento al grito de: *Viva Constantino!* pero otras varias compañías contenidas por su coronel y por el conde de Lieven, jóven oficial adicto al emperador, se niegan á seguir á sus compañeros, á pesar de los esfuerzos que estos hicieron para llevarles consigo. Los rebeldes no cejaron por ello, y fueron á formarse en la vasta plaza del Senado, alrededor de la estatua de Pedro el Grande; allí se les reunieron el batallón de marina y algunas compañías de granaderos de su mismo cuerpo, mientras que el populacho se agrupaba en la plaza, dispuesto á tomar su partido si la victoria se decidia en su favor.

En tanto Nicolás tranquilo, intrépido y resuelto á todo hallá-

base en el palacio de Invierno, convertido durante la noche en una fortaleza erizada de cañones, esperando las noticias que debían traerle los generales encargados de recibir el juramento. A las once supo que la mayor parte de los regimientos habían llenado la formalidad prescrita, pero que los granaderos del cuerpo de Moscou y los marineros, formados en batalla en la plaza del Senado, se habían declarado en abierta rebelion. Resuelto á combatir en persona el peligro, abrazó á su esposa Alejandra Fedorovna, imploró con ella la bendicion divina, y tomando por la mano á su hijo, el gran duque Alejandro, que entonces contaba ocho años, presentóse ante los soldados del regimiento de Finlandia á quienes confió el real niño. Estos, conmovidos y entusiasmados al ver semejante prueba de confianza, juraron defender al gran duque hasta quedar todos sin vida.

Acompañado del ilustre general de 1812, Miloradovitch, y de Alexis Orlof, quien, despues de haber formado parte de las sociedades secretas, habia abandonado su causa, Nicolás aparece en un extremo de la plaza en la que se hallaban los rebeldes en número de doscientos ó trescientos solamente, y se adelanta hácia ellos al frente de un batallon del regimiento Freobrajenski. Aquí empieza el mas dramático episodio de aquella jornada; oigamos á M. Schnitzler, testigo ocular, cuya relacion hemos resumido hasta ahora.

«El emperador, dice, no tardó en encontrar uno de los destacamentos que se dirigian con paso precipitado á reunirse con el enemigo, y adelantándose hácia él, le dirigió el ordinario saludo. Segun una antigua costumbre rusa de patriarcal sencillez, el soberano ó los jefes de cuerpo, al encontrar una fuerza armada, cambian con ella algunas afectuosas palabras, y los soldados pronuncian rápidamente y en coro la fórmula de contestacion.—Buenos dias, hijos mios (*Strastroustie rebeti*)!» gritó Nicolás, pero la contestacion fué: «Hurrá Constantinol» Sin desconcertarse, el emperador mostró con la mano la plaza, y dijo: «Habais equivocado el camino; vuestro lugar está allí, junto á los traidores!» Otro destacamento, al cual dirigió igual saludo, permaneció confuso sin acertar en la contestacion, y el emperador aprovechando aquel momento con admirable presencia de espíritu, gritó con su voz sonora y vibrante: «Media vuelta á la derecha, marchen!»

y los soldados obedecieron maquinalmente, como si no hubiesen tenido otra intencion al ponerse en camino.

«Los granaderos del cuerpo de Moscou tenian su cuartel en la calle *Millionne* que conduce al palacio de Invierno, y en cuyo extremo opuesto se eleva el pesado edificio llamado palacio de Mármol, el cual, construido en gran parte con granito de Finlandia, es de apariencia tan sombría como su dueño en aquel entonces, el cesarévitch Constantino. Su antiguo coronel Boulatof no se habia presentado en el cuartel sin embargo de haberlo prometido, y el regimiento juró sumision á pesar de los esfuerzos del subteniente Kojevnikof para decidirles á la resistencia. «A quien prestais juramento? Olvidais el que os une con el emperador Constantino? Os engañan! cuanto os dicen es pura falsedad!» gritaba; pero sus vociferaciones obstinadas eran atribuidas por los soldados á su estado de embriaguez, así es que no opusieron el menor obstáculo á su prision. La ceremonia se verificó, pues, pacíficamente, y los soldados fueron á comer, no sin sentir cierto remordimiento; las palabras de Kojevnikof y otras sugerencias anteriores habian dejado cierta duda en sus ánimos, y el teniente Southof, que llegó en aquel momento, acabó de persuadirles: «Amigos míos, les dijo, hemos hecho mal en obedecer; los demás regimientos se han negado á prestar juramento y se encuentran en la plaza del Senado. Vamos á reunirnos con ellos; cargad vuestras armas!» los soldados obedecieron y se prepararon para salir; en vano el valiente coronel Sturler, jefe del regimiento, trató de detenerles y de volverles á la senda del deber: «Adelante! adelante! gritaba Southof, seguidme, no me abandoneis!» y les arrastró fuera del cuartel.

«El toque de llamada reunió en breve á todo el regimiento, y el coronel mandó cargar las armas para marchar en persecucion de los rebeldes; mas el teniente Panof, que habia corrido de compañía en compañía arengando á los soldados, asegurando que les engañaban, que su obediencia les exponia á la cólera del emperador Constantino y á la del ejército entero, les excitó de nuevo á la rebelion. «Unámonos con los defensores de Constantino» les gritaba, y una cruel incertidumbre apoderóse de aquellos hombres adictos á su deber, pero ignorantes, crédulos, seducidos por la voz de sus jefes inmediatos quienes les inspiraban mayor con-

fianza que los superiores, acostumbrados, sino á vivir á expensas del soldado, á hacerse temer de sus subordinados. Panof se precipitó entonces en medio de la columna, hizo oír el grito de: «Hurrá Constantinol» y decidió la rebelion de varias compañías.

«Dirigiéndose hácia la plaza del Senado, y por el camino, Panof imaginó hacer una tentativa contra la fortaleza, situada no léjos de allí en el centro del rio y de sus brazos. En efecto, los autores de la rebelion habrian obrado con mas acierto procurándose aquella posicion despues de adquirir inteligencias en ella (cosa sin duda posible con las relaciones que tenian en los cuerpos), que en arrinconarse contra el edificio del Senado, en el extremo de una plaza inmensa, donde podian ser cercados, acuchillados por la caballería y barridos por la metralla, sin mas punto de apoyo que el populacho, aun suponiendo que lograsen atraerlo á su partido. En la fortaleza se custodiaba el tesoro, y en ella habrian encontrado además armas y municiones. El teniente Panof creyó tanto mas fácil la realizacion de su plan, en cuanto la guarnicion de aquella especie de *Krem* componíase aquel dia de dos compañías de su regimiento; pero el general Soukine, gobernador de la fortaleza, habia sin duda recibido órdenes y se hallaba prevenido, pues al acercarse la tropa de Panof, la guardia tomó las armas y se cerró la puerta. Panof conoció entonces la imposibilidad de una sorpresa, y atravesando el lecho del Neva, cubierto con el macizo hielo que permite cortar en él témpanos de un metro de profundidad sin alterar la solidez de aquel puente natural, penetró en la calle Millionne y llegó delante del palacio de Invierno contra el cual queria intentar una sorpresa. Adelantóse efectivamente hácia el patio, pero viendo la actitud de los zapadores que lo custodiaban, conoció que nada podia esperar por aquella parte, y dirigióse hácia el cuerpo de los rebeldes, cuyos incesantes gritos de: «Hurrá Constantinol» confirmaban á los soldados en sus sentimientos. Los insurrectos acababan de recibir otro refuerzo considerable; el batallon de marina de la guardia casi completo, capitaneado por el teniente de navío Arbouzof y por Nicolás Bestoujef, se había unido á sus filas.

«Como hemos dicho, los conjurados se habian dirigido primeramente á los marinos. «Prestad ó no juramento, les habian dicho

varios de sus oficiales (pues mas de doce se hallaban iniciados en la conspiracion), no podemos daros órden ni consejo alguno; haced lo que os dicte vuestra conciencia!» Palabras insidiosas respecto de hombres que solo conocian la voz de mando, que no tenían mas idea que la necesidad de obedecer, y para quienes era el emperador el representante de Dios en la tierra, el hombre único, como dice M. de Custine, por medio del cual la Rusia piensa, juzga y vive, la ciencia y conciencia de su pueblo. Arbouzof, Nicolás Bestoujef y Kakhofski, les entusiasmaron mas y mas hasta el punto que al presentarse el general mayor Schipof, jefe de brigada, se negaron á prestar el nuevo juramento; el general mandó arrestar á los capitanes de las compañías, pero fueron puestos inmediatamente en libertad por los oficiales rebeldes. En aquellos momentos de confusion oyóse una voz que decia: «Soldados, ¡ois esas descargas? están asesinando á vuestros camaradas!» y lanzándose todos hácia las puertas del cuartel, los esfuerzos de algunos oficiales fieles no pueden contener la fuerza del torrente. Aunque superior en grado, Nicolás Bestoujef cede el mando á Arbouzof; los soldados siguen á los conspiradores, y los oficiales acaban por imitarles. Llegados cerca del picadero de la guardia de caballería, saludan con sus gritos á sus compañeros, seducidos como ellos, cuya triste suerte debian dividir, y estos les contestan con la voz de: «En cuadro contra la caballería.» posicion que el regimiento de Moscou habia ya tomado á la vista de la guardia de á caballo que se adelantaba guiada por su esforzado coronel.

«El combate habia empezado; algunas compañías del regimiento de Moscou no habian logrado apoderarse del palacio del Senado, gracias á la firmeza del teniente Nassakine, jefe de aquel puesto, quien con un puñado de cazadores de Finlandia, establecióse en el Pórtico y rechazó todos los ataques; por espacio de dos horas, permaneció rodeado, estrechado y sitiado por los rebeldes.

«Estos se habian ya desmoralizado á causa de encontrarse sin jefes; de los tres hombres designados para mandar solo Jakoubovitch se hallaba en su puesto; el príncipe Obolenski estaba tambien en la plaza, pero no tenia señalado un papel especial; el príncipe Troubetzkoi y el coronel Boulatof no habian compareci-

do, pues si bien el último se encontraba en la plaza, habíase mezclado con la muchedumbre de espectadores. Baténkof habia prestado juramento, y el príncipe, como luego veremos, habia escuchado igualmente la voz de su pusilanimidad. El decidido Ryleief uni6se en la plaza con su amigo Alejandro Bestoujef, mas no viendo á Troubetzkoi, dirigi6se en su busca, perdi6 mucho tiempo y no volvi6. T6canos decir, empero, que si la presencia de los jefes hubiera derramado algunos destellos de equívoca gloria sobre aquel deplorable motin, en nada hubiese variado el curso de los acontecimientos.

«El emperador estaba rodeado de tropas y de generales que respondian de ellas; en vano le instaban para que se retirase y permitiese atacar por fin á los insurrectos: en aquellos momentos de crisis, quiso mostrarse digno del trono, no solo por su valor, que no desmintió ni un instante, sino tambien por su admirable magnanimidad. Avaro de la sangre de sus súbditos, aun cuando fuesen culpables, inaugur6 su reinado con un acto generoso, y si bien se neg6 á abandonar el puesto del peligro, permiti6 que el gobernador general hablase á los rebeldes, á fin de intentar reducirles á la senda del deber. El conde Miloradovitch se adelant6 solo hácia ellos, confiado en el amor que el soldado le profesaba, pero apenas les hubo manifestado su admiracion de ver á guerreros, siempre fieles, olvidarse de su deber hasta el punto de resistir abiertamente á su legítimo soberano, ahogaron su voz los gritos de: «Hurrá Constantino! hurrá Constantino!» El príncipe Obolenski dirigi6 contra él un bayonetazo que únicamente espant6 al caballo del veterano, pero al mismo tiempo Kakhofski descarg6 un pistoletazo á quema ropa y le hiri6 mortalmente. La mano de un ruso derrib6 al valiente á quien respetaron en cincuenta y seis combates las balas enemigas. Como podia creer, murmur6 al ser llevado léjos de aquella lucha fratricida, que recibiria la muerte de mano de un ruso!»

«Excitada cada vez mas, la muchedumbre se agrupaba al rededor de los rebeldes que trataban de aturdirse con su continua vocería; muchos hombres del pueblo tomaron partido en favor suyo, y el coronel Anrep (luego teniente general) atraves6 á uno con su espada en el momento en que derribaba á un oficial superior. Hasta entonces los oficiales y conjurados que allí se encontraban

vestidos de paisano no se habian atrevido á proferir la palabra *Constitucion* que no tenia sentido alguno para la multitud, ya usase caftan y barba, ya la casaca militar y el rostro afeitado; pero entonces se creyó llegado el momento, y al grito de: *Hourrá Constantin!* se mezcló el de: *Hourrá Constitoutzial!* Esta palabra cuya terminacion es femenina en el idioma ruso, causó á la multitud mas admiracion que entusiasmo, y se asegura que tomándola por el nombre de una mujer, los soldados se preguntaron unos á otros: «¿Quién será? ¿Si será su esposa?» Si se hubiese pronunciado la palabra república no habria sido mejor comprendida.....

«El pistoletazo que acababa de derribar al valiente general Miloradovitch, el Murat ruso, como le llama el conde Felipe de Segur, habia tenido un lúgubre eco en el corazon del emperador y de los generales y jefes que le rodeaban. Gran parte de la guardia se hallaba allí sobre las armas, ceñuda, abátida y vacilante, pero fiel todavía á la disciplina y contenida por su juramento. «¿Estais seguro de vuestros soldados?» preguntó un general á un coronel de caballería cuando á las tres de la tarde se dió la órden de cargar, y esta pregunta, oida por uno de los presentes, era aplicable á la mayor parte de los regimientos; por fortuna vieron el escaso número de los rebeldes, y cumplieron con su deber (1).»

El regimiento de Moscou, que habia dado aquella mañana la señal de la insurreccion, arrepintiése á la voz del gran duque Miguel, su coronel, que llegó durante la confusion, y que le arengó con calurosas palabras.

Los rebeldes se hallaban desalentados por la cobardía de varios [de sus jefes: Troubetzkoi, indigno del papel que habia aceptado, se habia separado de sus cómplices con intencion de dirigirse al estado mayor general á prestar juramento al emperador; pero habiéndose allí desmayado varias veces, retiróse á la casa del embajador austriaco, de donde le reclamó el conde Nesselrode por órden del emperador. Batenkof y el mismo Ryleief retiráronse buscando al dictador sin poder encontrarle; el príncipe Obolenski permanecié oculto mucho tiempo debajo de un puente, y desde allí se presentó al emperador para expresarle su arrepentimiento.

(1) Schnitzler, *Hist. int. de Rusia*, t. I, c. IV.

A pesar de la ausencia ó defeccion de los jefes de la conspiracion y de la desproporecion numérica, los oficiales mas comprometidos apelaron á la resistencia. Antes de empezar las hostilidades, el emperador resolvió agotar todos los medios de conciliacion, y llamando al metropolitano de Petersburgo, Serafin, le envió con hábitos sacerdotales, y seguido de su clero, á parlamentar con los rebeldes. Los jefes de la sedicion mandaron ahogar su voz con un redoble de tambores, y entonces Nicolás gritó « Carguemos! » dirigiéndose á la caballería de su guardia. Sin embargo, los caballos apretados en un reducido espacio no pudieron tomar carrera, y los rebeldes hicieron fuego. Varios oficiales cayeron y el gran duque Miguel solo debió su vida al respetuoso terror de un soldado que desvió de él la pistola de un conjurado. Viendo Nicolás que la caballería era insuficiente, mandó adelantar algunas piezas de campaña, y despues de otra intimacion que no obtuvo respuesta, el gran duque Miguel, que observó alguna vacilacion entre los artilleros, apoderóse de una mecha y pegó fuego á los cañones. La metralla hizo horribles destrozos en aquella masa humana; la nieve que cubria la plaza se tiñó de sangre al cabo de pocos momentos, y los sediciosos, dispersos y aterrorizados atravesaron el helado lecho del Neva para buscar un refugio en la otra parte de la ciudad. Los soldados pasando de la rebellion al exceso del temor, volvieron en tropel á sus cuarteles implorando la clemencia del soberano; doscientos de ellos, segun los cálculos mas probables, habian muerto; setecientos ú ochocientos se hallaban prisioneros, y los jefes del motin habian hecho su tardía sumision ó habian caido en poder de los vencedores. Nicolás perdonó á los marinos que manifestaban grande arrepentimiento, y á quienes no podia reemplazar fácilmente; envió por dos años al ejército del Cáucaso las compañías rebeldes del regimiento de Moscou, y buscando luego entre los papeles de Troubetzkoi los nombres de los conjurados, mandó encarcelar á cuantos se hallaron comprometidos.

Otra sublevacion estalló en el gobierno del Dnieper bajo la influencia de las sociedades del mediodía pocos dias despues de la de San Petersburgo. Pestel y Mouravief lo habian organizado: el primero era un ambicioso que bajo las palabras libertad, constitucion y república, ocultaba sus esperanzas del todo per-

sonales; codiciandola dictadura, pedia diez años de un poder ilimitado para organizar la Rusia, y habia compuesto un código en el cual se hallaban mezclados en singular confusion útiles reformas exigidas por las circunstancias, y los mas descabellados proyectos. Ambicioso vulgar, insensato que intentaba dar á un pueblo esclavo la libertad política antes de la emancipacion individual, fué víctima de su ambicion ó de sus quimeras. En medio de sus cómplices halláronse traidores para denunciarle, y la órden de prenderle salió de Tangrok el mismo dia de la muerte de Alejandro; pero la prision del principal jefe no impidió que la insurreccion estallase bajo la direccion de Sergio Mouravief Apostol, luego que se supo el movimiento de San Petersburgo.

Hijo de uno de los mas distinguidos escritores rusos, educado en Francia, y apasionado lector de Plutarco y de los grandes autores de la antigüedad griega y latina, Mouravief tenia siempre delante de su vista la imágen de Atenas y de Roma; y sin hacer la diferencia de tiempos y de costumbres, creia poder cambiar por medio de una revolucion como si fuera una mágica varilla, los hábitos, las ideas y los sentimientos de la Rusia; entusiasta por su bello ideal, por las utopias que en su mente germinaban, dispuesto á morir por ellas, era muy superior á la turba de los conjurados, quienes procuraron en su mayor parte salvar su vida por medio de viles denuncias. Sus dos hermanos, Mateo é Hipólito, no participaban de sus ilusiones, pero hicieronse voluntariamente sus cómplices para vivir ó morir con él.

El mismo dia de la sublevacion de San Petersburgo, Nicolás envió la órden de prender á los principales jefes de la sociedad del mediodía; los dos hermanos mayores Mouravief eran de aquel número, y presos en efecto, fueron luego libertados merced á algunos oficiales de su partido. Durante este tiempo, Sergio Mouravief intentaba sublevar el regimiento de Tchernigof, y habiéndolo logrado, dirigióse al momento hácia Kief y luego hácia Jítomir á fin de incorporarse con la sociedad de los Eslavos reunidos. Antes de ponerse en marcha, el cura del regimiento celebró el oficio divino, y leyó á la tropa un catecismo en el que se decia que la democracia era la única forma de gobierno que convenia á la Rusia; al oír las palabras democracia y república, los solda-

dos, sorprendidos, preguntaron quien seria czar, pues hasta entonces habian creido obrar en favor de Constantino, cuyos derechos, segun ellos, desconociera su hermano Nicolás. De aquí nació un principio de vacilacion entre los soldados; el movimiento que debía estallar en Kief, de acuerdo con el de Petersburgo, tardó en empezar; Sergio Mouravief, indeciso, perdió un tiempo precioso, y el general Geismar, enviado en su persecucion, aprovechóse de su lentitud. Trabado un combate entre las tropas imperiales y los soldados rebeldes, estos avanzaron con el arma al brazo hácia los cañones de sus adversarios, y recibidos por un terrible fuego de metralla, dispersáronse en todas direcciones, dejando en el campo á gran número de muertos y de prisioneros. Mouravief intentó inútilmente reunirlos; extenuado y cubierto de sangre, continuaba peleando en busca de la muerte cuando fué entregado por sus propios soldados; uno de sus hermanos fué hecho prisionero con él, y el otro murió en la accion (1.º de enero de 1826).

Tal fué la conspiracion rusa de 1825, formada á la vez en nombre de un czar y de la libertad; triste parodia de las revoluciones é ideas extranjeras, en la cual ninguno de los conjurados, excepto los hermanos Mouravief, excita la simpatía ó la piedad. La mayor parte de ellos se deshonraron por su cobardía en el momento de la lucha, y cuando llegó el día de la expiacion, por sus infames denuncias. De estos hechos se desprende con toda evidencia el estado moral de la Rusia: boyardos, oficiales, escritores, empleados civiles, pónense al frente del movimiento; educados fuera de Rusia: llenos de las ideas que recibieran en Alemania y en Francia, creen sublevar á un pueblo acostumbrado á la opresion pronunciando palabras vacías de sentido para sus oidos. Lo que entonces era preciso, lo que aun en el día necesita aquel pueblo, son reformas sociales mas que instituciones políticas: antes de aprender á gobernar debe cesar de ser esclavo.

El tribunal instituido para juzgar á los conjurados estableció entre ellos varias categorias de criminalidad y de pena. Las sentencias capitales fueron pocas, pues los desiertos de la Siberia permitian al nuevo emperador mostrarse avaro de la sangre de sus súbditos. Pestel, Ryleief, Sergio Mouravief, Bestoujef-Rumine y Kakhofski fueron condenados á ser ahorcados; los jefes

secundarios fueron desterrados, y el infame Troubetzkoi, que no habia vacilado en comprar la vida á costa del honor, fué de este número. Los conjurados subalternos fueron á servir como simples soldados en el ejército del Cáucaso.

El dia 25 de julio de 1826, el pueblo de Petersburgo que desde hacia ochenta años no habia presenciado el espectáculo de una ejecucion capital, vió levantarse una grande horca en la muralla de la fortaleza situada frente de la iglesia de la Trinidad. Los condenados á quienes se habia perdonado la vida, fueron distribuidos por grupos delante del instrumento del suplicio, y despues de oír de rodillas su sentencia, fueron degradados, privados de sus condecoraciones, de su espada, de sus charreteras, y revestidos con el capote gris del desterrado y del soldado. Aquel fué el primer acto de tan lúgubre drama; los sentenciados á muerte aparecieron en la muralla, subieron las gradas del patíbulo, y allí, ya fuese torpeza del verdugo, ya un accidente casual, cayeron tres de ellos desde lo alto de la horca, quedando muy lastimados. Recompuesta la plataforma, subieron otra vez á ella, y aquellos cinco rusos, despues de haber manifestado en el momento de la revolucion y durante su cautiverio, algunos momentos de debilidad, murieron con heróico valor (1).

Aquel sangriento espectáculo llenaba aun de terror el ánimo de todos cuando Nicolás se dirigió á Moscou para ceñir solemnemente sus sienes con la corona de los czares. Como indicaba su conducta en la sublevacion, el nuevo czar poseía gran firmeza y valor; de estatura mas elevada, de rostro tan hermoso como su hermano Alejandro, tenia su persona todos los signos exteriores del mando, y por su paciencia, sus luces, su espíritu inflexible formado para calcular friamente la importancia de los favores y de los castigos, debia ser á los ojos de la inmensa porcion de sus súbditos, que solo saben rogar, obedecer y morir, el tipo mas perfecto del autócrata. Feliz si el carácter omnipotente y casi divino de que sabia revestirse le hubiese servido únicamente para reprimir la venalidad, castigar á los reos de cohecho, imponer reformas necesarias, preparar la verdadera grandeza de la Rusia, y no para intentar el engrandecimiento de su dominacion y constituirse el Júpiter Tonante del universo.

(1) Chopin, *Rusia*, t. II. Schnitzler, t. II, c. VI y XI.

Entre Alejandro y Nicolás parece existir un espacio inmenso, así por los sentimientos como por el carácter: los deseos mas ó menos sinceros de otorgar una constitucion manifestados por el primero, especialmente en el discurso dirigido á la dieta polaca de 1818, fueron del todo rechazados por Nicolás (1), el cual en los asuntos de Polonia y de Grecia apresuróse así mismo á seguir una conducta diametralmente opuesta á la de su hermano. Sin embargo, si nos penetramos bien de la marcha de la política rusa, política invariable en cuanto al fondo, y que se dirige por varios caminos á un objeto fijo y determinado, quizás hallarémos que las diferencias entre ambos hermanos eran mas aparentes que reales: Alejandro habia reconstituido la Polonia en un momento en que necesitaba bienquistarse con ella por medio de favores; pasada aquella crisis, aquel reino se habia convertido en una especie de proconsulado ruso bajo la dominacion de su hermano Constantino; Nicolás, que no tenia motivo alguno para guardar consideraciones á aquel infortunado país, y que temia la propaganda de las ideas liberales y revolucionarias, lo aniquiló. En Grecia, cesaban de existir para Nicolás los motivos que habian impedido la intervencion de Alejandro, no porque renunciase aquel soberano á ser el protector de los reyes contra los pueblos, sino porque armadas en favor de los griegos las potencias europeas despues de haber dejado á la Grecia y á la Turquía extenuarse en una estéril y prolongada lucha, la Rusia veíase arrastrada á imitar su ejemplo. Además, despues de la represion de

(1) M. de Custine refiere que en una de sus entrevistas con el emperador, trabóse la conversacion acerca de los diferentes sistemas de gobierno, y que habiendo él manifestado su aversion hácia el gobierno mixto, llamado representativo, el czar fué de igual opinion. Dijo admitir la república y el poder absoluto, y luego añadió: He sido soberano representativo (en Polonia), y el mundo sabe mi conducta para no someterme á las exigencias de aquel infamo gobierno. Comprar votos, corromper conciencias, seducir á los unos á fin de engañar á los otros; medios son que he rechazado como indignos así de los que obedecen como del que manda; però he pagado muy mi lealtad. Gracias á Dios me veo libre para siempre de aquella odiosa máquina política; jamás seré rey constitucional; estoy muy acostumbrado á decir lo que pienso para consentir en reinar sobre un pueblo por la mentira y el engaño.» Esta escena tenia lugar en 1839; las palabras que hemos transcrito, cuya autenticidad garantiza M. de Custine, pintan el genio resuelto é inflexible de Nicolás. *La Rusia*, por el marqués de Custine, p. 55.

las conspiraciones de 1825, convenia distraer con una guerra exterior los sordos proyectos que minaban el ejército; pero antes de seguir á Nicolás en aquellos varios episodios, sentado que su programa se resumia en las palabras dominacion y conquistas, no debemos pasar en silencio las tentativas de reformas que inauguraron su reinado, ni la guerra sin tregua que hizo á la venalidad, á la corrupcion administrativa, funesto y antiguo azote de la Rusia.

El Código empezado por Pedro el Grande, y continuado por Catalina II, habia quedado incompleto; muchos ukases vigentes aun, no se habian insertado en él, de modo que los Rusos podian infringir sus leyes por ignorancia. Alejandro habia prometido solemnemente durante el primer año de su reinado una mejor constitucion judicial, pero se limitó á instituir una comision cuyos trabajos no estimulados, dieron muy escaso fruto. No existia pues, recopilacion oficial alguna de las leyes rusas, y las obras particulares emprendidas con objeto de llenar aquel vacío eran incompletas é inexactas.

La comision instituida por Alejandro bajo la presidencia del príncipe Lapoukin existia todavía, y Nicolás se apresuró á disolverla luego de su elevacion, encargando la redaccion del Código á la segunda seccion de su cancillería particular, dirigida por Miguel Speranski, el mas celoso é instruido de todos los jurisconsultos rusos. En el espacio de trece años, desde 1826 á 1839, época de la muerte de su presidente, la comision publicó la primera coleccion de leyes (45 tom. en 4.^o) y empezó la formacion del digesto, trabajo inmenso en el cual debian coordinarse por orden de materias las leyes existentes, los innumerables ukases dados por los soberanos. Mas tarde, en 1845, Nicolás mandó publicar un código penal completo, acompañado de un minucioso reglamento relativo á la deportacion á Siberia; las penas son en él menos bárbaras que antes, sus disposiciones mas claras, y todos los rusos pueden conocer sus disposiciones esenciales.

Así pues, Nicolás manifestó mas firmeza y perseverancia que sus antecesores en la realizacion de los trabajos legislativos, si bien es cierto que consagrando la disposicion arbitraria establecida por el uso, hacía superior á todas las leyes y sentaba en su código el siguiente principio fundamental: «El autócrata, del

cual emana toda justicia, es el único juez inamovible; solo sus fallos son definitivos.» Terminado el código, quedaba en pie otra gran dificultad, la de imponerlo: mas fácil era coordinar las leyes, que mandar su exacta observancia á los jueces y magistrados, acostumbrados desde mucho tiempo á seguir sus rutinarias prácticas y á vender las decisiones de la justicia. En vano Nicolás destituyó jueces, en vano envió á varios á Siberia; el mal no pudo ser extirpado; entonces resolvió apelar á la suavidad y cuadruplicó los sueldos de los jueces; pero el único resultado de aquella medida, fué que estos vendieron la justicia cuatro veces mas cara (1).

Al considerar las inmensas dificultades que rodean á los soberanos rusos luego que emprenden reformas, en cierto modo indispensables para la existencia de la Rusia, causa admiracion el que ninguno de ellos haya pensado todavía en hacer de aquella obra de organizacion interior el objeto único de sus esfuerzos. Nicolás se ocupó en ella quizás con mas insistencia que sus predecesores, pero, deseoso de realizar cuanto antes sus ambiciosos planes, no la consideró como el principal objeto de sus afanes y distrajo su fuerza en guerras exteriores. Esto hizo que, libre apenas de las dificultades que le suscitaban las conspiraciones, se apresurase á ensanchar sus fronteras por la parte de la Persia, y tomando por pretexto algunas demostraciones hostiles del príncipe Abbas-Mirza en las fronteras de Georgia, dió al general Paskevitch, que debía adquirir en aquella campaña una gran reputacion militar, orden de reunir sus fuerzas con las del general Yermolof, jefe del ejército del Cáucaso. Paskevitch derrotó completamente á Abbas-Mirza; pasó el Araxes, é invadiendo á su vez el territorio enemigo, apoderóse de Echmiadzin, venció de nuevo á los generales persas, apoderóse de Erivan, de Tauris y de muchas fortalezas reputadas inexpugnables hasta entonces, y durante las campañas de 1826 y 1827 cayó en su poder todo el Aderbaidjan. Llegado el invierno de 1827-1828 llevó á sus soldados á la otra parte de los montes Kouflankou á pesar de los rigores de la estacion, marchó contra Teheran, y obligó al Shah á solicitar la paz. En virtud del tratado de Tourkmanchai (febrero de 1828)

(1) Schützler, *Hist. int.*—Leouzou.—Ledue, *La Rusia Contemporanea.*

la Persia cedió á la Rusia las provincias de Erivan y de Nakhitchevan, lo que equivalía á conferirle la llave del Asia Menor y á facilitarle la realizacion de sus futuros proyectos en la Turquía asiática. La Persia pagó además á sus vencedores ochenta millones de francos, y se obligó á no mantener en el mar Caspio ningun buque de guerra, anunciando la mayor parte de los pactos de aquel tratado la intencion de desorganizar las provincias limítrofes de la Persia á fin de mezclarse, bajo el pretexto de proteccion, en los asuntos de aquel país, al igual de lo que se practicara en Polonia, en Crimea, en las provincias danubianas y en Grecia. Paskevitch fué recompensado con la dignidad de conde de Erivan y la suma de un millon de rublos (1).

Apenas se hubo firmado el tratado de Tourkmantchai cuando se rompieron las hostilidades con la Puerta otomana. La aparente magnanimidad de Alejandro habia sido muy provechosa á la Rusia; la Europa entera hablaba de la moderacion del gabinete de San Petersburgo, y empezaban á olvidarse los antiguos temores respecto de la ocupacion de Constantinopla, tan grande era la imprevision de los gobiernos. Por otra parte, la Turquía, alentada por la aparente vacilacion de Alejandro, se mostraba cada dia mas exigente y hacia inevitable una guerra que solo podia acarrearle desastres. La revolucion griega se hallaba entonces en su segundo período; en el primero, desde 1821 hasta 1824, los insurrectos se habian apoderado de las principales ciudades de su territorio; habian librado de la opresion turca la Grecia central y el Peloponeso, y constituido una especie de gobierno. Desde 1824 á 1827 habian sobrevenido las disensiones y la guerra civil entre las grandes familias; Ibrahim-Bajá, hijo de Mehemet Alí, virey de Egipto, habia penetrado en el Peloponeso con un ejército y una escuadra formidables, y vencido á su vez á los griegos, quienes veíanse á principios de 1827 muy próximos á caer de nuevo bajo el yugo de sus despiadados vencedores. Entonces acudieron á un recurso extremo, como era el darse á alguna de las grandes potencias europeas, y esta idea les salvó; temerosos de ver á una nacion rival engrandecerse con aquel

(1) *Progreso y posicion de la Rusia en Oriente*, traducido del inglés, en 8.º Paris, 1836.

territorio al cual su posición geográfica da una importancia incomparable, los gobiernos se resolvieron por la intervencion.

Durante los seis años que acababan de trascurrir, su conducta habia perjudicado en gran manera todos sus intereses; al principiar la lucha, no debiendo guardar consideracion alguna para con la Turquía, podian intervenir con toda libertad, y crear un Estado griego fuerte y libre; mas esto era cabalmente lo que la Rusia habia previsto y querido evitar. Los gobiernos de Inglaterra, de Francia, de Austria y de las demás potencias interesadas, al negar su auxilio al pueblo insurrecto en nombre de la santa alianza, habian dejado á los griegos y á los turcos extenuarse mútuamente, y favorecido con ello la política de la Rusia, hasta que asustados por la resolucion que habia manifestado la Grecia, excitados por los pueblos que se indignaban del vil abandono en que se dejaba á los heróicos helenos, resolvieron á intervenir. La Francia y la Inglaterra, de acuerdo con la Rusia, firmaron en 6 de julio de 1827 un tratado en virtud del cual proponian su mediacion á la Puerta, estableciéndose en un artículo secreto «que en caso de ser rechazada aquella proposicion, reconoceráse la independenciam de la Grecia, acreditaríanse agentes cerca del gobierno griego, y se exigiria de las partes beligerantes la cesacion de las hostilidades.» En aquel momento los griegos, deseosos de poner fin á sus disensiones, daban la presidencia á un antiguo ministro de Alejandro, Juan Capodistrias, dálmata nacido en Corfú, que por sus hábitos y afecciones parecia deber mostrarse favorable á la Rusia. La escuadra anglo-francesa encontró en Navarino á los bajeles turcos, y á pesar de que no se hallaban las potencias en abiertas hostilidades con la Puerta, y de que los almirantes no tuviesen la órden formal de combatir, ambas escuadras trabaron la lucha y la de los turcos quedó destruida.

A quien aprovechaba aquel nuevo desastre de Tchesmé? á la Rusia; y aun en medio del pasagero entusiasmo producido por tan funesta victoria, los hombres sensatos dijeron y repitieron que solo por ella se habia vencido. Así pues, todo marchaba segun sus deseos: cuando la Europa habria podido crear un imperio griego fuerte y capaz de servirle de contrapeso, miró con indiferencia la cuestion turco-griega; pero al constituirse la Gre-

cia bajo la presidencia de un ex-ministro ruso, destruía la escuadra turca y se preparaba para fundar un reducido reino griego destinado por su debilidad á servir de satélite á algun vecino poderoso, vecino que solo podia ser la Rusia, hácia la cual se sentían atraídas las poblaciones griegas por su comunidad de creencias religiosas.

Tales eran los resultados que conseguían á un tiempo el gobierno francés con su horror á las revoluciones y la Inglaterra con su mezquina envidia y los temores que le causaba la predileccion mostrada por los griegos en favor de la Francia (1).

Puede decirse que la Rusia hacia entonces á los turcos una doble guerra: unida con los anglo franceses, contribuía á la emancipacion de los Griegos, mientras que en el Danubio reclamaba la satisfaccion de agravios personales, agravios que se hallaban resumidos en la declaracion de guerra publicada por Nicolás en los primeros dias de 1828: reconvenia á la Puerta por haber infringido las estipulaciones del tratado de Bucharest; por haber tomado respecto de la Rusia, en varias ocasiones y especialmente en 1821, un carácter de provocacion y de abierta enemistad; por haber cerrado el Bósforo; por poner trabas al comercio del mar Negro; por haber violado respecto de la Servia, de la Moldavia y de la Valaquia, lo pactado en 1812; por haber aprovechado la moderacion del emperador Alejandro para insolentarse con la Rusia, etc. Al aparecer este manifiesto, dióse orden al mariscal Wittgenstein de pasar el Pruth; Bucharest fué ocupado inmediatamente, y los rusos pusieron sitio á Brailof. La toma de aquella plaza les costó grandes pérdidas, pues el gran duque Miguel, que mandaba en persona el ejército, no reparó para conseguirla en exponer á todos los peligros la vida del soldado: á ejemplo de Munnich y de Potemkin, despues de rechazado en un asalto, hacia volver la tropa á las humeantes brechas, y así perdió veinte y cinco mil hombres en menos de dos meses que duró aquel sitio.

Otras varias plazas capitularon sucesivamente, y los turcos

(1) Las faltas de la política inglesa y francesa lo mismo que las esperanzas é intrigas de la Rusia, se indican claramente en la obra del general Pellion: *La Grecia y los Capodistrias* durante la ocupacion francesa, desde 1823 á 1834, Paris 1855.

concentraron sus fuerzas en Schumla. El czar, que conoció la necesidad de desalojarles de aquella posición, ó al menos de bloquearles en ella á fin de impedirles tomar por el flanco las divisiones rusas que se dirigiesen á Varna, quiso ponerse él mismo al frente del ejército, pues se dice que, admirador de la gloria de Napoleón, ambicionaba en aquella época la gloria militar. Es cierto, sí, que había heredado de Pablo I su afición á las paradas, revistas, ejercicios, y que no temía, como su hermano Constantino, el estropear los uniformes haciendo la guerra. Atacados los Turcos entre Kishla y Boulanleck, retiráronse á su campo atrincherado despues de una viva resistencia, y los Rusos, renunciando á apoderarse de una posición defendida por un ejército formidable, bloquearon á Schumla por la parte del este, entre el camino de Silistria y de Eski-Stamboul. En los frecuentes combates que entonces se trabaron, las tropas musulmanas dieron pruebas de gran valor, y mostraron lo que podian ser cuando hubiese dado sus frutos la reforma emprendida por el sultan Mahmoud. En tanto, el príncipe Mentschikof dirigia el sitio de Varna, y el emperador inspeccionó sus operaciones el dia 21 de julio, probándole la situación de la plaza y el escaso número de tropas rusas, que los trabajos del sitio producirian muy poco resultado. Silistria resistia tambien, y en todos los puntos dejábase sentir vivamente la insuficiencia de los medios de ataque, tanto, que el emperador que habia marchado á Odessa daba ya las órdenes necesarias para una segunda campaña. Durante el mes de agosto varios y sangrientos combates demostraron mas aun que el ejército ruso, diseminado en un espacio considerable, era incapaz de obtener triunfos decisivos.

El dia 27 de agosto, el emperador se reunió con su ejército delante de Varna, y estableció su cuartel general á bordo de un navío de línea. La ciudad fué atacada entonces con nuevo ardor, y rindióse el dia 2 de octubre. La toma de aquella plaza fué seguida de la ocupacion de la Valaquia entera, pero como la estación se encontraba muy adelantada para ser posible continuar aquella serie de victorias, las tropas rusas tomaron sus cuarteles de invierno, y el emperador regresó á Odessa.

Por su parte, Paskévitch venció á los turcos en el Asia Menor; apoderóse de la fortaleza de Kars en la que encontró ciento cin-

cuenta cañones, y con su habilidad y prevision triunfó de las dificultades que le ofrecían á la vez el enemigo, un país montañoso y las enfermedades contagiosas. Atravesó el Kour, dispersó á los turcos, apoderóse, á pesar de la tenacidad de su defensa, de un campamento en que aquellos se habian atrincherado, y entró en la plaza fuerte de Akhaltzik, cuando el invierno suspendió las hostilidades. Las tropas del sultan tomaron de nuevo la ofensiva, y si bien las reformas introducidas en la disciplina daban algunos frutos, eran estos insuficientes para permitir á los soldados turcos combatir en campo raso con sus enemigos; otra vez fueron vencidos, la escuadrilla turca del Danubio quedó destruida, y la Turquía vió abrirse bajo funestos auspicios la campaña de 1829.

Sin embargo, la Europa entera se conmovia al contemplar los triunfos y sobre todo los preparativos de la Rusia; el Austria que veia á aquel imperio ensancharse desmedidamente á su lado, instaba á los gabinetes de Londres, de París y de Berlin para que con su intervencion salvaran la Turquía de una inminente ruina, pero en vano M. de Metternich empleó en ello toda su destreza. Las potencias europeas creian, con una imprevision inesplicable, haber hecho lo bastante colocando bajo su garantia colectiva el pequeño Estado griego nacido de la insurreccion, y poder abandonar impunemente la Turquía. El sultan Mahmoud, aislado en frente de su terrible adversario, mostró una inusitada energia; formóse un ejército de cien mil hombres, cuarenta mil de ellos de tropas regulares; las plazas fuertes recibieron víveres y municiones, y Reschid-Bajá fué colocado al frente de las operaciones militares.

Por su parte Nicolás puso el ejército bajo el mando de Diebitch, uno de los hombres que poseian su confianza, y mandóle pasar el Danubio. El paso se efectuó por Hersova y Kalarasch, y mientras una division ponía sitio á Silistria, el general Roth se adelantaba con siete mil hombres hácia Devno; treinta mil turcos intentaron detenerle y fueron dispersados. En tanto Silistria continuaba resistiéndose con invencible energia, pues los turcos, muy inferiores en el campo á los soldados rusos, recobraban todo su valor al encontrarse detrás de un parapeto; pero despues de seis semanas de sitio y de veinte y siete dias de trinchera abier-

ta, estrechada por todas partes, sin esperanza de socorros, vióse obligada á rendirse. Nada impedía ya el paso de los Balkanes, cuya llave principal era Silistria; los generales rusos mandaron ocupar todos los desfiladeros, vencieron en Slivno á varios destacamentos enemigos que trataban aun de resistir, y prosiguiendo su marcha victoriosa, entraron en Andrinópolis, donde Diebitsch recibió de su soberano el sobrenombre de *Zabalkanski* (agosto de 1829).

En Asia, conseguian los Rusos no menos decisivas victorias; el bajá encargado de la defensa de Erzeroum se encontraba al frente de cincuenta mil hombres, y en vez de atacar á los Rusos en campo raso aprovechando su superioridad numérica, tuvo la deplorable idea de perder un tiempo precioso sitiando las plazas fuertes de que se habia apoderado Paskevitch durante la campaña anterior. Sus divisiones aisladas unas de otras, fueron vencidas, y los esfuerzos de un ejército enteramente inexperto en el arte de los sitios abortaron delante de Akhaltzik. El bajá de Trebizonda fué tambien derrotado, y Paskevitch tuvo tiempo para recibir de Erivan considerables refuerzos que le permitieron tomar de nuevo la ofensiva: dirigióse entonces á marchas forzadas hácia los montes Saganlouk, hizo en una noche treinta verstas por caminos que parecian impracticables, rodeó al ejército enemigo, y cayó sobre su flanco mientras que sus generales le atacaban de frente. Trabada la batalla en el pueblo de Kainli, los turcos se retiraron en desórden hácia los desfiladeros del Saganlouk y otra victoria alcanzada contra el principal ejército turco, en la cual apoderáronse los rusos de diez y nueve cañones é hicieron mil doscientos prisioneros, llevó al atrevido general al pié de los muros de Erzeroum. La plaza capituló el dia 27 de junio; Baibour, ciudad muy importante por su situacion junto á las grandes minas de cobre del Asia Menor, cayó tambien en poder de los rusos. Sin pérdida de momento atacaron á Trebizonda, pero rechazados despues de dejar en el campo á uno de sus generales, fueron de nuevo lanzados de Baibour; al saberlo, Paskevitch, vuela al sitio del peligro, entra en Baibour y marcha contra Trebizonda, cuando recibe la noticia de la paz de Andrinópolis.

Este tratado que detenia á Paskevitch en medio de sus victorias, parecia resultado de una gran moderacion por parte de

Nicolás; en efecto, el emperador restituyó á la Turquía la Moldavia y la Valaquia y cuantas plazas habia conquistado. En virtud del artículo 3.º, el Pruth continuaba sirviendo de frontera entre los dos imperios, no sin alguna modificacion: «Desde la union de aquel rio con el Danubio, la línea fronteriza seguirá el curso del rio hasta la embocadura de San Jorge; de modo que, dejando todas las islas formadas por los varios brazos de aquel rio en posesion de la Rusia, la orilla derecha quedará como antes en poder de la Puerta otomana. Conviénese, además, en que dicha orilla derecha permanezca inhabitada desde el punto en que el brazo de San Jorge se separa del de Sulina hasta una distancia de dos horas del rio, y en que no se formará allí establecimiento alguno, así como tampoco en las islas poseídas por la Rusia, escepto las cuarentenas que se juzguen convenientes. Los buques mercantes de ambas potencias podrán recorrer el Danubio en toda su extension, y los que lleven el pabellon otomano tendrán libre entrada en las bocas de Kilí y de Sulina, quedando comun la de San Jorge á los buques mercantes y de guerra de ambas potencias contratantes. Los buques de guerra rusos al remontar el Danubio no pasaron del punto en que este rio se une con el Pruth.» En virtud de tales disposiciones, la Rusia quedaba en posesion de las bocas del Danubio.

El artículo 4.º contiene las condiciones relativas al Asia menor. Los límites de las provincias rusas del Cáucaso son ensanchados por la parte del mediodía hasta las plazas fuertes de Akhaltzik y de Khalinanik; Kars, Erzeroum y Bayaceto son restituidas á la Puerta.—Los siguientes artículos consagran el derecho de proteccion de la Rusia respecto á los cristianos de los Principados danubianos, y determinan los privilegios comerciales concedidos á los súbditos y á los buques rusos; la Puerta se obliga en ellos «á velar escrupulosamente para que queden libres de toda traba el comercio y la navegacion del mar Negro,» y reconoce y declara abiertos á todos los buques de las naciones que se encuentren en paz con ella, el canal de Constantinopla y el estrecho de los Dardanelos. El tratado celebrado en Lóndres el dia 6 de julio de 1827, entre la Rusia, la Inglaterra y la Francia, para la emancipacion de los griegos, obtuvo la entera adhesion del Sultan, y finalmente, fijáronse dos indemnizaciones; la una fijada

en un millon y medio de ducados, para resarcir al comercio ruso de las pérdidas que experimentara desde 1806, por la malevolencia de la Turquía, y la otra en diez millones de ducados holandeses, en satisfaccion de los gastos de la guerra.

En el acta adicional relativa á los Principados, decíase que las ciudades turcas situadas en la orilla izquierda del Danubio, Tournovo, Giurgevo, Brailof y su territorio serian reunidas á la Valaquia y sus fortificaciones arrasadas, especialmente las de Giurgevo. Nicolás pensaba ya en allanar el camino para volver á aquellas provincias. Tal es sustancialmente el tratado de Andrinópolis, 2-14 de setiembre de 1829; Nicolás, ponderando las numerosas restituciones de territorio concedidas á la Puerta despues de las victorias de Paskevitch y de Diebitch, celebró ante la Europa entera la moderacion de su política; y en efecto, á pesar de las considerables ventajas que reportaba la Rusia del tratado, presentábase un fenómeno enteramente nuevo, como era el verla poner voluntariamente término á sus conquistas, y detenerse en Europa en el camino de Constantinopla y en Asia, bajo los muros de Trebisonda. Una coleccion de documentos publicados algunos años despues (1), aclaró un hecho tan singular en apariencia: la Rusia se habia detenido en medio de sus victorias, porque no le era posible continuar la guerra á causa de los desastres que habian causado en su ejército las epidemias y el hambre, resultado de una mala administracion militar: solo cuarenta mil hombres habian pasado los Balkanes, y en pocos días quedaron reducidos á treinta mil. «Los rusos, dice la coleccion á que hemos aludido, padecian continuamente de crueles enfermedades que no atacaban á los turcos sin duda con motivo de sus abluciones religiosas.» En Bucharest, el médico en jefe declaró haber perdido doce mil hombres arrebatados por la peste; en Varna, los oficiales rusos apreciaban su pérdida en diez mil hombres; en Silistria la mortandad era terrible; en Andrinópolis murieron seis mil enfermos en menos de tres meses, y la pérdida total de los rusos en ambas campañas ascendió á cuarenta mil hombres y á cincuenta mil caballos.

Además, Nicolás se hallaba tanto mas interesado en conten-

(1) *Portofoglio*, t. VI, p. 26.

tarse por entonces con las extipulaciones de Andrinópolis, en cuanto desde su elevacion al trono no cesaba la Polonia de llamar su atencion y de crearle gravísimos obstáculos.

Hemos dejado á este reino en 1818 en el momento en que Alejandro acababa de otorgarle una constitucion ; de los dos jefes dados á la Polonia, Zaioncef, teniente general del reino, y Constantino, el primero era solo una vana sombra , perteneciendo al segundo, jefe del ejército, el poder real y eficaz. Constantino hizo amar de los polacos por su matrimonio con Juana Grudzinska , y complacióse en disciplinar su ejército así como en dotar al país de una prosperidad material que no puede negarse , en cuanto la encomia un historiador polaco hostil á la Rusia. «En menos de diez años, dice, caminos, que pueden compararse á las vías romanas, han surcado el reino en todos sentidos á través de las seivas , de los pantanos y de los arenales , rebeldes, desde tiempo inmemorial , á todos los esfuerzos de la industria humana.

«La capital, poblada por ciento ochenta mil almas, resplandecía de lujo y de elegancia ; la arquitectura, la escultura y el genio disputábanse el honor de embellecer la antigua Varsovia. Los teatros, los palacios, los cuarteles, los monumentos, los paseos, las plazas y las calles salian como por encanto del caos en que las sumiera durante la república una extraña mezcla de fausto y de miseria.... Las provincias se poblaban y cubrian de ciudades y fábricas... Un ministro económico y activo llenaba las arcas del Estado, y robustecia el crédito nacional. Las rentas del reino se elevaban á noventa millones de florines polacos ; el banco contaba con un capital de ciento cincuenta millones, y el tesoro con una reserva de treinta millones.

«La poblacion habia aumentado considerablemente en los ocho palatinados del reino, que encerraban mas de cuatro millones de almas ; un ejército de treinta y cinco mil hombres completaba su poder material, y el comercio, aquel antiguo objeto de desprecio para un pueblo turbulento, guerrero y agrícola, empezaba á enriquecer á los particulares y á las masas (1). »

Sin embargo, aquel bienestar, tan nuevo é inesperado para la

(1) Luis Mieroslawski, *Hist. de la rev. de Polonia.*

Polonia, no era lo que mas la interesaba ; ante todo hallábase zelosa de su independenciam como nacion y de sus privilegios constitucionales, y acusaba á la Rusia de oponer obstáculos á los estudios liberales, de encadenar la imprenta, y de introducir en sus provincias las vejaciones de una policia minuciosa y tiránica. De aquí nació una mútua animosidad entre los polacos y su gobierno extranjero, y en la dieta de 1822 manifestóse ya alguna oposicion; la de 1824 no fué reunida, y un real decreto dado en febrero de 1825, suprimió para el porvenir la publicidad de los debates. Entonces se organizaron sociedades secretas, y los patriotas resolvieron pedir á la insurreccion la libertad que en vano esperaban de la Rusia.

Desde 1820 habíanse formado en Vilna varias sociedades, en las que el profesor Lelewel mantenía y exaltaba el espíritu nacional, y poco despues constituyóse la sociedad de los *Filaretos*, amigos de la virtud, bajo la direccion del estudiante Tomás Zan y del jóven Adan Mickiewitz, poeta destinado á una justa celebridad. En el siguiente año, el general Uminski fundó la sociedad de los *Segadores*, al mismo tiempo que los miembros de la antigua órden masónica, recientemente prohibida por un ukase, reunieron en Varsovia los primeros elementos de una sociedad patriótica. Uno de los principales jefes de dicha sociedad, Lukaziski, denunciado á Constantino, fué preso y condenado á siete años de presidio, y si bien, á lo que se asegura, fué sometido á los tormentos mas crueles, se negó á revelar cosa alguna. La pérdida de su jefe no produjo la de la sociedad, la que en 1824 trabó relaciones con la del mediodía organizada por Pestel, y si este comprendió toda la importancia de un movimiento en Polonia mientras él sublevase el ejército, los polacos por su parte esperaron aprovecharse del conflicto en que sumiria al Estado la vasta insurreccion de las sociedades del norte y del mediodía. Pestel, el futuro dictador de la Rusia, se obligaba á dar la independenciam á la Polonia, y la sociedad patriótica se limitaba á reclamar los límites anteriores á la segunda division. Así pues, la Rusia y la Polonia á la vez amenazaban á los czares : esta se sublevaba en nombre de su independenciam, aquella en nombre de una libertad quimérica y de instituciones prematuras para ella.

Hemos visto que la prision de Pestel hizo abortar la subleva-

cion de las sociedades secretas del mediodía, y la Polonia permaneció tranquila, si bien Nicolás sabía su participacion en el proyectado movimiento. Los súbditos y el nuevo soberano continuaron, pues, en aparente inteligencia, y el 12-24 de diciembre, la ante víspera del motin de San Petersburgo, Nicolás anunció su elevacion á la Polonia por medio de una proclama, en la que se leía el siguiente párrafo: ¡Polacos! Hemos ya declarado que nuestro invariable deseo es que nuestro gobierno sea continuacion del del emperador Alejandro I de gloriosa memoria, y os anunciamos en consecuencia que no sufrirán el menor cambio las instituciones que él mismo os otorgara. Prometo, pues, y juro por Dios observar el acta constitucional y procurar por todos los medios su observacion. » Tales eran las relaciones de Nicolás con la Polonia, y ocupado el czar en los asuntos de Persia, de Grecia y de Turquía, dejó á aquel reino vejetar durante cinco años, mientras que los polacos, por su parte, viendo mejor cada dia cuan falsa é instable era su posicion, continuaron organizando sus sociedades secretas y preparándose para la rebelion. La constitucion dada por Alejandro era imposible, no tenia elemento alguno de vida, y la Polonia no podia entrever mas alternativa que recobrar por medio de las armas su nacionalidad, ó cesar enteramente de existir.

Esta era la situacion del reino cuando las revoluciones de julio en Paris, y de setiembre en Bélgica, conmovieron á la Europa toda, é hicieron creer á la Polonia haber llegado para ella la ocasion propicia. A despecho de las investigaciones de una policia suspicaz, la sociedades habian extendido sus ramificaciones á todas las provincias, y en todas partes se conspiraba. Al saber Nicolás que el hálito popular habia destruido en Francia la obra de la coalicion, y desterrado á los protegidos de la Santa Alianza, resolvió ponerse al frente de los soberanos, marchar contra la Francia, y aniquilar de una vez aquella tierra de revoluciones; pero ¿que hacer de los cuarenta mil polacos disciplinados, organizados por Constantino? Conducirles á Francia equivalía á reforzar con ellos las fuerzas del enemigo; dejarles á retaguardia de la coalicion no era menor peligro. Resolvióse por fin diseminarles en los ejércitos rusos y austriacos, y este fué el pretexto, muy legítimo sin duda, de la gran insurreccion polaca, de la revolucion de 29 de noviembre.

La sublevacion estalló en Varsovia con mucho acierto y oportunidad; los cazadores de á pié y los alumnos de la universidad se apoderan del arsenal y se dirigen hácia la residencia de Constantino; el gran duque solo tiene tiempo para huir, y dos de sus servidores son muertos en sus habitaciones. Las tropas rusas, lanzadas al momento contra los rebeldes, les arrollan; pero la ciudad se ha conmovido al estrépito de la fusilería, Varsovia en masa se subleva, y la Polonia toda se convierte en un campo de batalla. Los principales ministros y oficiales de Constantino caen bajo la venganza popular; los Rusos son aniquilados por el número, y Constantino, acompañado del embajador de Prusia, abandona los jardines en que se halla oculto y sale de la ciudad. Varsovia se creyó libre, pero la insurreccion carecia de jefes; la aristocracia que no habia preparado el movimiento, lo acogió sin entusiasmo, á pesar de que se dejaron arrastrar por él muchos generales y herederos de los grandes nombres de Polonia. Sin embargo, mejor hubiera sido que la mayor parte de ellos hubiesen permanecido extraños á la revolucion, pues introdujeron en ella una tibieza que le fué fatal, y no se avergonzaron algunos de desertar la causa nacional.

El hombre en quien la multitud tenia mayor confianza, era Chlopicki, valiente soldado, educado en la escuela de Kosciuszko, y compañero de armas de Dombrowski: vuelto á Polonia en 1815 habíase mostrado adicto á la constitucion, y por sus sentimientos patrióticos habia incurrido recientemente en la desgracia de Constantino. Dotado de talento é intrepidez, carecia, empero, de entusiasmo, y no era apto para improvisar y dirigir los recursos de una insurreccion. Chlopicki fué nombrado general en jefe, y organizóse un consejo, para asistirle en el gobierno, mas por desgracia las disensiones nacieron con él desde el primer día: la Polonia era aun como en la época de las dos divisiones, el pueblo heróico y ligero que deseaba ser libre y que no sabia vivir con la libertad. Los nobles, mas circunspectos, declarábanse por la constitucion bastarda de 1815, de la cual se habia hecho durante quince años tan deplorable experiencia, pretendiendo no romper del todo con la Rusia; los representantes del partido popular eran abiertamente republicanos, y querian propagar el fuego de la revolucion á todas las provincias polacas, cifrando su esperanza

en el auxilio de los revolucionarios de occidente, pero sobre todo en sus propias fuerzas. Las enérgicas resoluciones de que solo ellos eran capaces, habrían ¡quizás salvado la Polonia; pero desestimadas, aquel pueblo podía tener un heróico sepulcro, mas estaba destinado á la muerte.

En efecto, en vez de organizar sus fuerzas y de prepararlo todo para una lucha sin tregua, el consejo perdió el tiempo en vacilaciones. Una diputacion fué al encuentro de Constantino, retirado á poca distancia de Varsovia. en el pueblo de Mokotow, y le autorizó para pasar la frontera, junto con algunos miles de hombres de la guardia rusa, sus bagajes y su artillería, con la condicion de excitar á su hermano Nicolás al respeto de las promesas hechas á la Polonia por Alejandro, y de lograr del mismo garantías para el porvenir. El gran duque, gozoso de verse libre á tan poca costa, prometió cuanto se quiso, y hasta se obligó á interceder por los culpables. Los representantes se indignaron al oír semejante expresion, y uno de ellos exclamó: «Aquí no hay culpables; aquí no hay mas que vencedores!»

Aquello no era pues ni una sumision ni una revolucion atrevida y completa. Las faltas no fueron menores al tratarse de organizar las fuerzas nacionales, y Chlopicki, sin comprender el partido que podia sacar del espontáneo valor de los polacos y del entusiasmo popular, persistió en la mezquina idea de utilizar únicamente los batallones organizados; esto equivalia á convertir la revolucion en una guerra de estrategia, en la que, en lucha con la inmensa superioridad numérica de los rusos, los polacos debian acabar por sucumbir á pesar de los mas heróicos esfuerzos. Esto no obstante, el impulso comunicado á toda la Polonia entera, por la jornada del 29 de noviembre, daba á la insurreccion halagüeñas apariencias; la ciudad de Modlin acababa de ser evacuada por los rusos; los arsenales, los almacenes, las cajas del Estado se llenaban merced á la generosa abnegacion de los particulares, y dejando aparte las facciones que empezaban á aparecer, la Polonia, por su patriótica embriaguez, por su ardoroso entusiasmo, ofrecia un ¡magnífico espectáculo: «Vióse, dice Mieroslowski, el historiador de aquella revolucion, á jóvenes entusiastas presentarse ¡armados y seguidos de varios soldados equipados á sus expensas, abandonar toda su fortuna y

hacer voto de castidad á fin de no despojar á sus sucesores. Los oficiales ofrecían las dos terceras partes de su sueldo, sus cordones, sus charreteras, sus águilas, hasta los botones de sus casacas. Los propietarios ricos equipaban y mantenían escuadrones, y algunos dividieron sus vastos dominios entre sus arrendadores, con la condicion de que pelearían por la independencia. Los párrocos seguidos de todos sus feligreses armados, llevaban los despojos de las iglesias á los recaudadores del distrito... En los campanarios solo se dejaba una campana para tocar á rebato; las demás eran enviadas á la fundicion de cañones, y el clero era el primero en devastar las iglesias para armar y alimentar á los defensores de la patria.»

En aquellos momentos Chlopicki, bajo pretexto de comunicar al movimiento mayor fuerza y unidad, suprimió el consejo en cuyo seno acababan de revelarse fatales disidencias, y se proclamó dictador; y cuando se esperaba una serie de vigorosas medidas, el dictador envió al czar dos negociadores, Lubecki y Jsierski, el primero de los cuales era considerado como partidario de la Rusia. Las bases del convenio propuesto eran á la vez insuficientes para la Polonia, é inadmisibles para el emperador: extipulaban la expulsion de las tropas moscovitas del territorio polaco, la reunion de las provincias lithuanias y rusas á los ocho palatinados reconstituidos en reino por la constitucion de 1815, y finalmente garantías en favor de la Constitucion. A los patriotas que le representaban que la salvacion de la patria se encontraba únicamente en la guerra, Chlopicki contestaba que su mision se reducía á proteger los límites que tenia el reino en 1815; en aquel estado de cosas reunióse la dieta.

La Rusia por su parte preparaba todas sus fuerzas para anoadar á aquella Polonia á la que consideraba como una provincia rebelde, y Nicolás rechazó con desprecio las proposiciones del dictador. La paz con la Persia y la Turquía permitíale dirigir todo su ejército hácia el occidente del imperio; la Prusia y el Austria, inquietas la una por la Posnania y la otra por la Galitzia, permanecían en una neutralidad favorable al opresor; la Francia acostumbrada á ver morir la Polonia sin prestarle el menor socorro, retrocedía ante las consecuencias de una guerra revolucionaria, y se limitaba como en 1773 y en 1793, á testimo-

nios de una estéril compasion; la Inglaterra empezaba á detestarse profundamente á la Rusia, cuyos intereses encontraba por todas partes en oposicion á los suyos, pero se interesaba poco en pro de los polacos. La Polonia se hallaba reducida pues á sus propios recursos, y feliz si en el momento en que iba á desplegar mas valor, mas heroismo que en los mismos tiempos de Kosciuszko, hubiese podido, inspirándose en las crueles lecciones del pasado, poner tregua á las discordias, causa primera de su ruina. Al ir á empezar la lucha suscitáronse nuevas cuestiones entre el dictador y Lelewel, representante del partido popular; Chlopicki intentó dar un golpe de autoridad, decretando la prision de Lelewel y de algunos de sus partidarios, pero el pueblo exigió que fuesen puestos de nuevo en libertad; abandonando entonces un puesto que jamás habria debido aceptar, Chlopicki presentó su dimision declarando que á su modo de ver la resistencia era imposible, y que lo mas acertado era recurrir á la clemencia del soberano.

La diéta reunida confirió el título de generalísimo al príncipe Radziwill, en ocasion en que se supo que Nicolás se negaba á toda negociacion, y que Diebitch se adelantaba al frente de un ejército formidable. Ninguna esperanza podia cifrarse ya en la conciliacion, y el partido enérgico se apoderó de la situacion proclamando sin pérdida de momento la deposicion del Czar y la independencía de la Polonia, y confiando interinamente el gobierno á una especie de directorio compuesto de cinco miembros irresponsables. Los cinco directores eran: Lelewel, representante del partido republicano; Czartoryski y Barzykowski, nombrados por el partido monárquico; Vicente Niemviowski y Morawski, constitucionales, es decir adictos á la funesta constitucion de 1815. Czartoryski fué elevado á la presidencia.

A principios de febrero, cien mil rusos diseminados por una vasta línea, desde las fuentes del Bug á la boca del Niemen, se adelantaron simultáneamente hácia Varsovia; los campesinos huian por todas partes ante la invasion, y corrían á colocarse bajo la proteccion del ejército nacional. A consecuencia de un deplorable error, el gobierno polaco habia establecido importantes almacenes entre el Niemen, el Bug y el Vístula, como si hubiese resuelto tomar la ofensiva; pero como no lo verificó, aquellas provi-

siones cayeron en poder del enemigo. A favor de su inmensa superioridad numérica, los Rusos llevaron lo mejor en dos combates trabados en Dobré y en Okuniew; en Wawer dióse una batalla que duró dos días, y en la cual cuarenta y cinco mil Polacos resistieron á setenta mil Rusos, conservando ambos ejércitos sus posiciones.

Los representantes de la Polonia se declararon en permanencia, y dieron el siguiente decreto: *Allí donde se hallen treinta y tres nuncios y once senadores deliberando acerca de la suerte de la patria, allí está esta.* Al mismo tiempo se convino en un armisticio de algunos días para dar sepultura á las víctimas de aquel sangriento combate, y Diebitch, que supo aprovechar aquel tiempo, recibió numerosos refuerzos mandados por el gran duque en persona. En el palatinado de Lublin, el general Dwernicki acababa de alcanzar un señalado triunfo, pues habiéndose precipitado sin vacilar entre los dos cuerpos de ejército que formaban el ala izquierda de los Rusos, los había derrotado sucesivamente. No era tan lisonjera la posición de los Polacos en las inmediaciones de Varsovia; la sangrienta batalla de Wawer había causado muchas bajas en el ejército nacional, Diebitch continuaba avanzando al frente de su ejército reforzado, y engañados por las hábiles maniobras de los generales rusos, y estrechados por todas partes, parecían deber ser aniquilados en Grochow, al pié del arrabal de Praga, de funesta memoria; sin embargo, su heroísmo les salvó de aquel mal paso, y su caballería contuvo á los Rusos en medio de su victoria. En aquella memorable jornada, todos cumplieron con su deber, y Chlopicki, gravemente herido, hizo olvidar como general las faltas que cometiera como dictador. Dwernicki continuaba en tanto venciendo á los tenientes de Diebitch en los palatinados de Sandomir y de Lublin, cuando verificóse un cambio en las altas regiones del Estado; Radziwill se declaró incapaz de conservar el cargo de generalísimo; Chlopicki herido no podía reemplazarle ni secundarle, como había hecho hasta entonces, y Skrzynecki fué elegido para reemplazarle. El nuevo generalísimo era un militar valiente en el campo de batalla, pero poco apropiado para dirigir á las masas é inspirar confianza á los soldados, sin contar que pertenecía al partido conciliador, y que abrigaba muy poca esperanza en el buen éxito de la revolución. Despues

de la jornada de Grochow, Diebitch se habia replegado hácia Minsk, habia reaparecido luego en las márgenes del Vístula, y despues del deshielo que se verificó el dia 11 de marzo, amenazaba pasar aquel rio. Skrzynecki se apresuró á salir á su encuentro para impedir la ejecucion de aquel designio, y secundado acertadamente por uno de sus principales oficiales, Prondzinski, que fué uno de los héroes de la insurreccion, venció á los Rusos en Milolna y en Kaluszin. Prondzinski consiguió una tercera victoria en Yganie, y Diebitch se vió obligado á renunciar al paso del Vístula.

Este fué el único resultado de tantos esfuerzos; á pesar de las derrotas de sus generales, Diebitch permaneció en presencia del ejército polaco, esperando para trabar una batalla ó retirarse, segun las circunstancias, noticias de la insurreccion de las provincias. El valiente Dwernicki habia intentado en vano sublevar la Volhynia y luego la Podolia; separado del ejército, habia sido lanzado en territorio austriaco viéndose obligado á suspender una lucha harto desproporcionada. La Lithuania y la Samogitia se habian sublevado á causa de las vejaciones cometidas por los Rusos para prevenir la rebelion, y á falta de organizacion militar, los campesinos hacian la guerra á la desbandada; mal armados, peor dirigidos, pero llenos de buen deseo, entusiasmábanse al escuchar las palabras patria y libertad; por desgracia, allí, como en Polonia, los nobles y los ricos no se hallaban animados con el ardor y la abnegacion de las masas; el pueblo sacrificaba su sangre sin murmurar, y la aristocracia temia la pérdida de sus bienes y de sus dignidades. La revolucion de 1830, desde uno á otro extremo del antiguo reino polaco, careció de jefes; los campesinos, los artesanos, los hombres de la clase media y la pequeña nobleza, mostráronse en todas partes poseidos del mas vivo entusiasmo; pero nadie se levantó para imprimir una saludable direccion á aquellos generosos impulsos, para hacer fecunda la sangre que regaba por última vez la tierra de la patria. El generalísimo desperdió la ocasion de aniquilar al gran duque Miguel, que habia acudido al frente de veinte mil hombres, de la guardia, y verificó diferentes operaciones ofensivas con una indolencia que hacia imposible un buen éxito. Sus erróneas disposiciones ocasionaron su derrota de Ostrolenka, y allí hubiera

sido sin duda exterminado el ejército polaco, á no ser el general Bem que detuvo á los Rusos con la artillería, permitiendo á los diezmos batallones el verificar su retirada hácia Varsovia.

Los combates, las victorias y la desastrosa derrota de Ostrolenka habian reducido considerablemente las fuerzas de los Polacos, y á pesar del acto del Senado y de los *quintumviris* que se presentaron al generalísimo declarándole haber obrado bien, y no haber perdido en lo mas mínimo la confianza de la nacion, el desaliento habia penetrado en casi todos los corazones. Afortunadamente para los polacos, el cólera hacia grandes estragos en las filas de sus enemigos, y Diebitch fué una de sus víctimas; el gran duque Constantino sufrió igual suerte poco tiempo despues y en aquel entonces hubo como un tácilto armisticio entre el ejército de invasion y la Polonia. Sin embargo, aquel reposo no fué de corta duracion, y Nicolás que queria vencer á toda costa, envió Orlof á Berlin para solicitar del rey de Prusia la autorizacion que le fué fácilmente concedida, de extender sus maniobras al territorio prusiano, y de proveerse por Thorn, Königsberg y Dantzick, al mismo tiempo que nombraba para reemplazar á Diebitch al gran guerrero de la Rusia, al vencedor de los Persas y de los Turcos, á Paskevitch, á cuya disposicion puso considerables refuerzos.

Paskevitch que se hallaba en Pulstuck á primeros de julio, comunicó mas rapidez y unidad á los movimientos de su ejército, al paso que Skrzynecki no supo aprovechar la confusion del primer momento para atacarle con vigor, y dejóle concentrar sus fuerzas bajo el pretexto de que una batalla perdida seria la muerte de la Polonia. Limitóse, pues, á trasladar su cuartel general á Modlin, al norte de Varsovia, en la confluencia del Bug y del Vístula, mientras que el día 8 de julio, el ejército ruso se dirigió en masa hácia Plock, luego hácia Lipno, remontó la orilla derecha del rio, y lo pasó por la aldea de Osieck. De este modo, Paskevitch envolvía al generalísimo, y este, siempre circunspecto, siempre indeciso, perdía un tiempo precioso; sus tenientes le acusaron de impericie y le citaron ante un consejo compuesto de diputados y de miembros del gobierno, y viéndose así acusado, prometió presentar la batalla dentro de tres dias puesto que tal era la voluntad de todos, pero declinó toda la responsabilidad de

aquel acto. Entonces concentró su ejército, y lo hizo adelantar hácia el Bzura; los rusos se precipitaron á su encuentro y pasaron aquel río el día 3 de agosto; mas cuando era inminente una batalla, cuando todos se preparaban á ella, el Polaco se replegó hácia Varsovia, esperando para trabar la lucha con tanta impaciencia esperada, que los Rusos le rodeasen por todas partes. El pueblo creyó que se le hacia traicion, pero se engañaba: el generalísimo era leal, pero desesperaba de la salvacion á mano armada; como Adan Czartoryski y la mayor parte de los ilustres Polacos de aquella revolucion, era adicto á las ideas monárquicas, y abrigaba la debilidad de creer en una reconciliacion con la Rusia, y en los buenos resultados de la intervencion diplomática prometida por la Francia. Solo un hombre, Dembinski, podia quizás salvar aun á la Polonia; pero el valiente general, movido por muy honrosas causas, se negó á reemplazar al generalísimo, á quien creia blanco de odios personales. En esto se supo que el general ruso Rudiger habia pasado el Vístula al sur de Varsovia; la capital quedaba, pues, completamente bloqueada y sin la menor comunicacion con las provincias insurreccionadas. El partido patriótico acusó otra vez de traicion á su generalísimo; este compareció de nuevo ante un tribunal y presentó su dimision.

El tiempo trascurre en medio de aquellas agitaciones; corria entonces el 14 de agosto, y Paskevitch avanzaba siempre envolviendo á los Polacos en un círculo de hierro. El ejército nacional se hallaba sin jefe; la eleccion de Dembinski, no habia sido ratificada por el pueblo; Pronzinski, el jóven y entendido oficial que revelara en aquella guerra un talento y un golpe de vista admirables, declinó la responsabilidad del grado supremo; la artillería rusa rugía casi en las puertas, las divisiones polacas se retiraban ante las columnas enemigas, y la confusion reinaba en Varsovia; la guerra civil amenazaba dividir á los defensores de una misma causa, el pueblo acusaba á sus jefes, y se oian resonar los gritos de: «Mueran los traidores y los aristócratas. ¡Viva la libertad!» Varios oficiales y funcionarios acusados de traicion fueron sacados de sus calabozos y vilmente asesinados; cuantos bandidos, asesinos, ladrones y verdaderos traidores á la patria se encuentran en una ciudad revolucionada, esparcieron por Varsovia el terror amenazando á los nobles con la muerte y á los estableci-

mientos públicos con el saqueo. El gobierno abdicó, el ministerio se desorganizó, y Krukowiecki, uno de los caudillos populares, apoderóse del poder. Tal fué la desastrosa jornada del 15 de agosto, que habria bastado para perder á la Polonia, aun cuando el enemigo no se hubiese hallado al pié de los muros de la capital.

Krukowiecki fué creado gobernador de la ciudad, y luego presidente del consejo de ministros, cargo destinado á reemplazar al quintumvirato, y habiendo convocado para el 19 un gran consejo de guerra, propuso tres proyectos: presentar una batalla en las llanuras de Wola; dirigirse hácia la Lithuania, abandonando la ciudad, y trasladar la guerra á aquella comarca; proveer abundantemente la capital y defenderla palmo á palmo. Prevaleció el último dictamen, sin contar que muchos puntos se hallaban mal fortificados, y que el perímetro de las murallas era harto vasto para el corto número de defensores que habian sobrevivido á los desastres del ejército polaco.

Así pues, Paskevitch, sin haber dado grandes batallas, y con el único auxilio que le proporcionaban las disensiones de sus adversarios, se encontraba frente de Varsovia, próximo á reducir á aquella gran capital. El día 4 de setiembre intimó á los habitantes que abriesen sus puertas á fin de evitar la efusion de sangre; pero como aquellos sólo querian negociar sobre las bases del manifiesto revolucionario, empezó el ataque dos dias despues. Los últimos defensores de Varsovia desplegaron gran valor; la artillería dirigida por Bem, causó grandes estragos en las filas del enemigo, mas no pudo impedirle que se estableciese en el primer recinto.

El día siguiente 7, continuó la lucha con mayor encarnizamiento; Paskevitch perdió su caballo y recibió una herida; los Polacos combatian con la energía de la desesperacion, hasta que por fin, incendiados los arrabales, tuvieron que retirarse á la ciudad. Desde aquel momento era imposible toda resistencia, y Krukowiecki fué autorizado para negociar. Paskevitch, empero, sólo quiso aceptar una rendicion pura y simple, é hizo escribir por el presidente la siguiente carta al emperador: «Señor, facultado en este momento para hablar á Vuestra Magestad Imperial y Real en nombre de la nacion polaca, me dirijo, por medio de su excelencia monseñor el conde Paskevitch de Erivan, á vuestro paternal corazon.

«Al someterse á Vuestra Magestad nuestro rey sin condicion alguna, la nacion Polaca sabe que solo ella puede hacer olvidar el pasado, y cicatrizar las profundas llagas que afligen á mi patria.»

El ejército, reducido á veinte mil hombres se habia retirado á Modlin; el general ruso le envolvió, y le impuso iguales condiciones que á la capital; preciso fué resignarse á ellas, y el 5 de octubre de 1831, los últimos soldados depositaron las armas. El asesinato, ó por mejor decir el suicidio de la Polonia, se hallaba consumado.

Entonces empezó, por una parte, la emigracion que esparció los restos de la nacionalidad polaca por Alemania, Inglaterra y Francia, y por otra, la dura opresion con que Nicolás quiso destruir para siempre el espíritu polaco, y asimilar aquel reino, por mucho tiempo rival de la Rusia, á sus provincias hereditarias. Los restos del ejército nacional, mezclados con las tropas rusas, fueron enviados al Cáucaso; elevóse una ciudadela destinada á aniquilar Varsovia, destruyóse todo vestigio de constitucion, todo recuerdo de independenciam. En 1833, estalló en Polonia un principio de otra insurreccion, y fué ahogado en sangre. Con calma, con inflexible perseverancia, Nicolás continuaba su obra exterminadora; desde hacia doscientos años, la Polonia no habia sabido vivir, pero dos veces habia sucumbido con tanto heroismo, que á cada movimiento podia temerse verle recobrar nueva vida. El autócrata, pues, heria, heria sin cesar: prohibióse el uso del idioma nacional; la educacion fué exclusivamente rusa; los soldados polacos fueron enviados anualmente al extremo opuesto del imperio, y las tropas rusas se establecieron en todas las ciudades del reino. Las siguientes palabras dirigidas por Nicolás en 1835 á una diputacion de Varsovia, revelan á la vez la altivez de su carácter y el estado de sugesion en que mantenía á la Polonia.

«Señores, dijo á los diputados, habeis querido hablarme; sé el contenido de vuestro discurso, y para evitaros una falsedad, deseo que no sea pronunciado. Si, señores, para evitaros una falsedad, pues no ignoro que vuestros sentimientos no son tales como pretendéis hacerme creer.

«¿Como puedo dar fe á las palabras que para dirigirme teniais

preparadas, cuando usasteis conmigo igual lenguaje la víspera de la revolucion?

«¿Acaso no sois vosotros quienes hace cinco años me hablabais de fidelidad, de adhesion, y me haciais las mas ardientes protestas de afecto? Algunos dias despues, rompisteis vuestros juramentos, cometisteis acciones horribles.

«El emperador Alejandro que hizo por vosotros mas de lo que hubiera debido hacer un emperador de Rusia, que os colmó de beneficios, que os favoreció mas que á sus propios súbditos, que os convirtió en la nacion mas floreciente y mas feliz, ha sido recompensado con la mas negra ingratitud.

«No os habeis contentado con vuestra ventajosa posicion, y habeis acabado por destruir vosotros mismos vuestra felicidad. Os digo la verdad para deslindar nuestra mútua posicion, y para que sepais á que ateneros, pues esta es la primera vez que os hablo desde las turbulencias.

«Señores, son precisas acciones y no palabras, es preciso que el arrepentimiento nazca del corazón; os hablo sin cólera; estoy tranquilo; no os conservo rencor alguno, y os haré bien á pesar vuestro. El mariscal que aquí veis, realiza mis intenciones, me secunda en mis miras, y se ocupa tambien en vuestra felicidad (al oír estas palabras, los diputados saludaron al mariscal). Que significan estos saludos, señores? Ante todo debeis cumplir vuestros deberes y portaros como hombres de honor. Debeis elegir entre dos partidos: ó persistir en vuestras ilusiones de una Polonia independiente, ó vivir tranquilamente como fieles súbditos de mi gobierno.

«Si os obstinais en vuestras quimeras de nacionalidad distinta, de Polonia independiente, atraereis sobre vosotros las mayores calamidades; he mandado elevar la ciudadela, y os declaro que al menor motin, haré bombardear la ciudad, destruiré á Varsovia, y seguramente que no seré yo quien la reedifique.

«Gran pena me causa el hablaros así; triste es para un soberano el usar para con sus súbditos semejante lenguaje, pero lo hago por vuestro propio bien. Señores, á vosotros corresponde el haceros acreedores al olvido de lo pasado, y solo podreis lograrlo con vuestra conducta y vuestra adhesion á mi gobierno.

«Sé que median correspondencias con el extranjero, que se in-

troducen aquí perniciosos escritos, y que se trata de pervertir los ánimos; pero la mejor policía del mundo no puede impedir las relaciones clandestinas con una frontera como la vuestra: vosotros solos debéis ser vuestra policía y procurar la correccion del mal.

«Educad bien á vuestros hijos, inculcadles principios de religion y de fidelidad á su soberano, y de este modo podreis seguir la buena senda.

«Creedme, señores; cuando en medio de las turbulencias que agitan á la Europa, de las doctrinas que conmueven el edificio social, solo la Rusia permanece fuerte é intacta, es una felicidad real y positiva el pertenecer á ella y gozar de su proteccion. Si os conducís bien, si llenais vuestros deberes, mi paternal solicitud no os olvidará, y á pesar de cuanto ha sucedido, mi gobierno se ocupará incesantemente en vuestro bienestar.

«Retened en la memoria cuanto acabo de deciros.»

En 1846, la Polonia trató de agitarse otra vez, pero lo que no habia hecho el ejército de 1830, no podian realizarlo algunos hombres aislados, en corto número y rodeados de bayonetas. La Polonia, á lo menos por entonces, se encontraba aniquilada; sus hijos dispersos por el mundo esperan en el destierro su resurreccion con fe sincera y ciega. Llegará para su patria el dia de la resurreccion de los muertos? ¡Ay! licito es dudarlo. La revolucion del 29 de noviembre se asemeja al *finis Poloniae*, al supremo grito lanzado por Kosciuzsko al caer en el campo de batalla (1).

En 1830, la Polonia fué el mayor pero no el único asunto que llamó la atencion de Nicolás. Las belicosas poblaciones del Cáucaso, á las que esperaba reducir fácilmente, merced á las concesiones que por el tratado de Andrinópolis obtuvo en el mediodía de su territorio, no cesaban de agitarse. El istmo que une la Europa y el Asia, entre el mar Caspio y el mar Negro, se halla cortado casi horizontalmente por la cordillera del Cáucaso; al norte de las montañas, entre el Kouban y el Terek, habitan los pueblos circasianos, siempre en guerra con los Rusos, y al mediodía,

(1) Schitzler, *Bist. int. t. II. c. VIII.*—Chopin, *Rusia, t. II.*—Mieroslawski, *Hist. de la rev. polaca de 1830.*—*La Polonia*, por L. Chodzko, en la *Enciclopedia moderna* de Didot.—*Manuscrito del general Bem*, publicado en Londres, por L. Chodzko, 1848.

se estiende la Georgia, cuyas llanuras fertiliza el Kour. En 1769, Heraclio, soberano de aquel reducido reyno, imploró el auxilio de la Rusia contra la Persia cuyo yugo pretendia sacudir, y catorce años despues, celebró un tratado con Catalina II en virtud del cual tomó el título de czar de Georgia bajo la proteccion y garantía de la Rusia, con la condicion de que perteneceria al imperio ruso la investidura de aquella dignidad. El patriarca de Georgia recibió el título de obispo de Tobolsk y ocupó un lugar entre los arzobispos rusos; el nombramiento de los grandes dignatarios y principales funcionarios fué sometida á la ratificación de Petersburgo, y finalmente, estipuláronse para ambos paises varios privilegios comerciales.

El hijo de Heraclio, Jorge XI, hizo suceder en 1799 á aquel tratado de alianza, una convencion por la cual entregaba completamente su reino á la dominacion rusa: «Su Majestad el emperador de todas las Rusias, decíase en ella, tomará el título de czar de Georgia, y lo mismo harán sus descendientes y sucesores; — el hijo primogénito del czar reinante será regente, y esta dignidad se trasmirá de primogénito en primogénito; — los habitantes de la Georgia no pagarán impuesto alguno durante doce años, á fin de rehacerse de los desastres de sus guerras; — las minas de cobre y de oro de Georgia serán explotadas por los Rusos; — un cuerpo de seis mil Rusos residirá en Tiflis.» Finalmente, en 1803, tres años despues de la muerte de Jorge XI, Alejandro envió á Petersburgo David, hijo del último czar de Georgia, y redujo aquel reino á la condicion de una provincia rusa. La Imercia, la Mingrelia, y los paises situados al mediodía del Cáucaso, sufrieron la misma suerte y resignáronse poco á poco á sufrir la dominacion rusa; pero no sucedió lo mismo con los aguerridos habitantes del vertiente septentrional de la montaña.

Los Teherkesses, en las orillas del mar Negro, y mas aun los Lesghis y los Teherchens, en las del mar Caspio, opusieron una resistencia tenaz y con frecuencia coronada de éxito á los esfuerzos hechos por la Rusia para someterles. En 1830, el cheik Chasi-Mollah predicó contra los Rusos la guerra santa, sublevó todo el Daghestan, y el general Rosen, enviado contra los montañeses, esperimentó varias derrotas. En 1832, el pueblo de Hermentschuk fué defendido por tres mil Teherchens con admirable he-

roismo; los montañeses dejáronse exterminar antes que rendirse, y todos perecieron abrasados entonando versículos del Alcoran. Así murió Chasi-Mollah.

En un principio el dervis no tuvo sucesor, y su pérdida parecía irreparable, cuando de entre los Murides, batallon sagrado que aquel formara con sus mas ardientes partidarios medio sacerdotes, medio soldados, salió un hombre á quien sus brillantes cualidades pusieron al frente de las tribus orientales del Cáucaso: era Schamyl. Mas aunque su predecesor, el nuevo jefe revistióse de un carácter sagrado; ofrecióse á sus compañeros como un profeta, un sucesor de Mahoma, un enviado de Alá, y atacando á sus adversarios, les arrolló con impetuosidad. Al mismo tiempo sublevábanse los Tcherkesses; el general Villaminof, enviado contra ellos, les dirigió varias proclamas, de cuyo estilo puede juzgarse por los siguientes párrafos: «La Rusia, decia, ha conquistado la Francia, ha dado muerte á los hombres de aquel país y reducido á cautiverio las doncellas. En cuanto á la Inglaterra, ¿como podria auxiliar á los Tcherkesses, cuando recibe de la Rusia su pan cotidiano? En una palabra, así como hay un solo Dios en el cielo, solo hay un czar en la tierra, y si se hundia la bóveda celeste, la Rusia seria bastante fuerte para sostenerla con sus millones de bayonetas.»

A pesar de tan pomposas palabras, Villaminof fué derrotado, y Schamyl venció en diferentes encuentros al general Golovin; la insurrección circasiana triunfaba desde el mar Caspio al mar Negro, y enviado de Petersburgo el general Grabbe, tomó vigorosamente la ofensiva; rodeó con fuerzas décuplas á las del jefe montañés, la fortaleza de Akulcho, la desmanteló con su artillería, y dió tres asaltos consecutivos. Los Tchetchens acabaron por sucumbir (agosto de 1839); la fortaleza cayó en poder de Grabbe, y los Rusos no dieron cuartel. Despues de la matanza, Grabbe mandó buscar entre los escombros el cadáver de Schamyl, pero no fué hallado: algunos montañeses se habian refugiado en las hendiduras de las rocas, y su jefe estaba entre ellos. Los Rusos les vigilaban creyendo que el hambre les pondria en su poder, cuando durante la siguiente noche, los Murides se precipitaron en el Koysou, rio que corre á pico al pié de la fortaleza, junto con algunas vigas con las cuales habian formado una

balsa. Los Cosacos salieron en persecucion de los fugitivos, pero estos habian llegado á la orilla opuesta, y haciendo frente al enemigo, hicieron matar hasta el último. Mientras aquellos intrépidos montañeses sacrificaban de aquel modo su vida para ganar tiempo, un hombre atravesaba el rio á nado y desaparecia en las montañas vecinas acultándose entre la maleza.

La pérdida de Akulcho habia consternado á los Tcbetchens, y lloraban todos á su jefe, cuando apareció Schamyl; un furioso grito de frenético entusiasmo saludó el milagro que resucitaba al profeta de en medio de los difuntos; la guerra santa conmovió de nuevo las rocas del Cáucaso; las poblaciones se sublevaron hasta las mismas puertas del campamento de Grabbe, y la plaza fuerte de Dargo reemplazó á Akulcho como capital y refugio de los Murides. En 1842, las columnas de Grabbe fueron casi destruidas en los tortuosos desfiladeros que conducen á aquella fortaleza; los generales Neidhard y Gurko, sucesores de aquel desgraciado militar, convinieron en dar algun reposo á sus soldados; pero entonces Schamyl tomó la ofensiva, y asoló todo el pais sometido á la Rusia. Cansado el emperador de tan obstinada guerra, confirió el mando de los ejércitos del Cáucaso oriental junto con ilimitados poderes al conde Voronzof, siendo el principal objeto de aquellos poderes el poner término, si posible fuese, á la corrupcion de los funcionarios, á los desórdenes, á los cohechos, al pillaje de las cajas públicas, abusos constantes en los ejércitos rusos. Gran número de oficiales, aun los que ocupaban los primeros puestos, fueron degradados; casi todos los funcionarios civiles, prefectos, sub-gobernadores, administradores de distrito, que robaban á la vez el tesoro público y á los indígenas, fueron encausados, al mismo tiempo que Voronzof lograba captarse con su benevolencia el afecto de las tribus occidentales. Los Lesghis fueron los únicos que, rechazando sus ofertas, continuaron luchando acaudillados por el indomable Schamyl.

El profeta habia aprovechado sus últimos triunfos para extender su influencia á las tribus por largo tiempo hostiles de los Awares, de los Kistos y de los Kumikos, y las habia unido entre sí por medio de un lazo religioso. Dios y Mahoma, decia, le enviaban la inspiracion divina, y se hizo el jefe religioso y el legislador de las tribus colocadas bajo su mando, disciplinando

su ejército, regularizando las contribuciones, y facilitando las comunicaciones á través de las provincias orientales del Cáucaso. Despues de dos años empleados por ambos adversarios en observarse y en concentrar sus fuerzas, Voronzof quiso dar un golpe decisivo apoderándose de Dargo, que era el gran depósito de Schamyl, y lugar, además, santificado por la residencia del profeta, á donde acudian en tropel las poblaciones del Leghistan y del Daghestan para saludar al defensor de su raza y al enviado de Mahoma. Dargo se elevaba en la vertiente de un monte, á orillas de un profundo barranco; la expedicion rusa llegó sin experimentar grandes pérdidas al pié de la ciudad, y Schamyl, que sin duda creia no poder defender su asilo, quiso, incendiándolo él mismo, evitar la fatal impresion de una derrota; cuando una columna rusa empezó á trepar por las rocas, vió las llamas devorar las casas y los edificios, y los montañeses desaparecieron en las quebraduras del terreno, llevándose sus objetos mas preciosos.

La destruccion de aquella ciudad abandonada, valió la dignidad de príncipe al conde de Voronzof, el cual, despues de la ruina de Dargo, renunció á las grandes expediciones y organizó columnas movibles surcando el país en todos sentidos, causando al enemigo, cortando los árboles y las mieses, y apoderándose de los ganados. Aquel sistema produjo grandes resultados, y al cabo de un año, Schamyl no pudo guerrear en un país asolado por todas partes, sin víveres, sin municiones, en medio de pueblos siempre adictos, poco diezmados por el hambre. Entonces tomó una heroica resolucion; el jefe, arrojado de sus montañas, se lanzó á la llanura, y se dirigió al territorio de los Tcherkesses para sublevar el país ruso; en mayo de 1846, entró en Cabardia en frente de veinte mil montañeses, y sin cuidarse de los campamentos y fuertes rusos que dejaba á sus espaldas, atravesó deslizándose entre los puestos de Cosacos un espacio de cuatrocientas millas. Llegado entre los pastores musulmanes, llamados á las armas; la mayor parte de las tribus se sublevaron y las que permanecieron favorables á los Rusos vieron sus pueblos saqueados y destruidos. Voronzof envió un ejército al encuentro del invasor, pero este no le esperó; atravesó las dos Cabardias, asolando, saqueando, incendiando á su vez las mieses, y apoderándose de los ganados. Cerca de Ekaterinograd, pasó por en me-

dio de las tropas cosacas, y cuando volvió á sus montañas, libertadas por aquella diversion, habia robustecido su ejército y alterado la fidelidad de las tribus de la llanura.

Voronzof procuró impedir que se repitiera semejante expedicion; reunió cerca de cien mil hombres al rededor de las plazas que poseia aun Schamyl, y estrechó el círculo de hierro que rodeaba á los Lesghis hasta el punto de reducir á Schamyl á la inaccion. Este sistema, adoptado por los sucesores de Voronzof, ha producido ventajosos resultados impidiendo al pueblo del profeta desempeñar en la guerra que se empeñó en 1853, y que continua todavía, un papel tan útil como se esperaba. Varias veces la Europa le ha enviado armas; varias veces se ha propalado la noticia de su muerte, y si hasta ahora semejante rumor ha resultado falso, tampoco lo ha desmentido ningun grande hecho de armas. Sin embargo, no puede desconocerse que la sola existencia de aquel implacable enemigo de los Rusos es para estos un continuo obstáculo, y su intervencion siempre amenazadora, ha contribuido á entorpecer las operaciones del ejército ruso, victorioso de los Turcos en el Asia Menor.

Hemos anticipado los tiempos para presentar en su conjunto la lucha de los montañeses del Cáucaso contra la Rusia. En 1834, los asuntos de Grecia habian terminado á satisfaccion de la Rusia: la prolongada indecision de la Europa, su intervencion tardía, y la reconstitucion de una sombra de Estado griego, solo habian sido beneficiosos para los intereses de aquel imperio. El dictador Juan Capodistrias los favorecia, y el contra almirante Ricord, jefe de la estacion rusa en el Archipiélago, le prestaba en caso necesario el auxilio de sus cañones contra los Griegos que invocaban ardientemente un gobierno nacional é independiente. Malas inteligencias sobrevinidas entre los representantes de la Francia y de la Inglaterra, dejaban libre el campo á las intrigas de los agentes rusos, y estos aprovechaban tan bien el tiempo, que la Grecia se hallaba muy próxima á convertirse en un pro-consulado ruso, cuando Juan Capodistrias fué asesinado por dos hombres que eran á la vez patriotas y sus enemigos personales, Constantino y Georgaki Mavromichalis, miembros de una influyente familia del Magne, país belicoso encerrado en los límites de la antigua Laconia. Semejante acontecimiento en

nada modificó la situación general: Agustín, hermano del conde de Juan, le sucedió en la presidencia y siguió los mismos errores; y finalmente, elegido rey de Grecia Othon, hijo segundo del rey de Baviera, imitó la conducta de sus predecesores. Harto débil su pequeño reino para gozar de una existencia verdaderamente independiente, muy mal organizado para vivir fuera de las maquinaciones, gravitó en la esfera de atracción de la Rusia; la Francia retiró de Grecia en 1834, la brigada de ocupación que allí dejara después de la expedición de Morea, y no conservó influencia alguna en los asuntos de un país al que había socorrido generosamente, pero con muy poca habilidad política; la Inglaterra era en él detestada por su despreciativo orgullo y sus interesadas miras, y así fué como la Grecia se convirtió, bajo la acción exclusiva de la Rusia, en un foco de permanentes maquinaciones contra la Turquía. Nicolás, que había dejado entrever á la ambición del príncipe de Baviera, rey de Grecia, la perspectiva del trono de Constantinopla, podía esperar de parte del mismo una eficaz cooperación al emprender la gran campaña de 1853, y la experiencia ha demostrado la exactitud de sus previsiones: las tropas francesas acampadas en este momento bajo los muros de Atenas, atestiguan los obstáculos que nos suscita la Grecia á consecuencia de las faltas políticas que se sometieron cuando la insurrección y reconstitución de aquel reino.

La elección del rey Othon indica el término de aquel período de la historia europea durante el cual la Rusia, la Francia y la Gran Bretaña se unieron con un fin político común en la apariencia, pero muy diferente en el fondo por las miras y causas que á cada potencia impulsaban. Desde 1833 á 1840, ocurrió otro hecho de interés general en el que la Rusia parecía deber tomar una parte considerable; aludimos á la cuestión de Oriente. Sabido es que la Francia, olvidando la falta que cometiera en Navarino, sostuvo á Mehemet-Alí y á su hijo Ibrahim contra la Puerta. Nicolás, que tomó con la Inglaterra el partido del sultan, envió á Turquía una división de cinco mil hombres bajo las órdenes de Orlof, y si bien no fué aquello más que una demostración sin resultado (1), el czar se valió de ella para encarecer la

(1) Tuvo sin embargo un resultado precioso para la Rusia: el tratado de Unkiarskelessi, del cual hablaremos al tratar de la cuestión de los santos lugares.

moderacion y el desinterés de la Rusia que auxiliaba generosamente á su secular enemigo. contra un súbdito rebelde. Nicolás no se encontraba en estado de dar el golpe decisivo, y fiel á las tradiciones políticas de Catalina, creia conveniente mezclarse en los asuntos de la Turquía y habituarla á su proteccion, á fin de tratarla como vasalla antes de subyugarla por completo.

Los años de reposo que siguieron á aquellos acontecimientos no fueron perdidos para él, y quizás constituyen el período del reinado de Nicolás en que este emperador infatigable desplegó mayor actividad. En el interior, grandes reformas en la administracion pública, en la condicion de los siervos, en la organizacion del ejército, é inmensos preparativos de guerra: el nieto de Catalina se creía el hombre destinado por Dios para poner fin á la obra empezada por Pedro el Grande, y soñaba en trasladar á Constantinopla el trono imperial. En la frontera, manteníase una guerra constante con los indomables montañeses del Cáucaso, guerra que no carecia de utilidad en cuanto preparaba al ejército ruso para distintos combates.

Pasar por todas las partes de la Rusia el rasero que oprimia ya á la Polonia, convertir aquella inmensa Rusia en un todo homogéneo que recibiese la vida del alma de un solo hombre, tal fué ante todo, la idea del czar. Sus colonias militares, formadas por Alejandro, le causaban graves inquietudes que quedaron justificadas en 1832. Hemos dicho cuan peligroso era armar á siervos emancipados que desde aquel momento se convertían en soldados, pero esto no obstante, las colonias no tomaron la menor parte en la insurreccion de 1825; Nicolás las habia halagado y prometíólas el mantenimiento de sus privilegios, hasta que en 1832, descontentos los soldados colonos por algunas medidas que juzgaban desfavorables, levantaron el estandarte de la rebelion causando gravísimos desórdenes en la provincia de Novgorod. El emperador envió su guardia contra ellos, castigó á los jefes, envió los mas fogosos al otro extremo del imperio, y desarmó á los demás. Cuatro años despues, los Cosacos del Don, tan envanecidos con sus privilegios, entre quienes se habian reclutado tantas veces los soldados de las rebeliones contra el poder imperial, perdieron los últimos restos de su independenciam; impúsoseles una nueva constitucion con objeto de fijar á la tierra aquellos hom-

bres vagabundos, de inspirarles costumbres regulares, de establecer entre ellos una gerarquía desconocida en tiempo de paz. Nicolás quiso convertir á los belicosos y errantes Cosacos en señores rusos poseedores de siervos, interesados en la agricultura y en la industria, fuentes de riqueza nuevas para ellos; para conseguirlo distribuyóles sus condecoraciones, sus favores, y substituyó su omnímoda voluntad á las costumbres que recibieran de sus antepasados.

Deseoso el emperador de estirpar la venalidad y corrupcion en la administracion pública, castigó con duras penas á los mas altos funcionarios reos de cohecho; tarea para cuya realizacion se necesitaba toda su despótica voluntad. *Ruso y ladrón* son, por propia confesion de los Rusos, dos palabras idénticas; los mas ilustres generales, los primeros funcionarios del imperio, los magistrados, no se avergonzaban de enriquecerse por medio de continuos robos y vejaciones, pudiendo decirse que desde el primer Mentschikof, á pesar del mismo Pedro el Grande, el imperio se encontraba entregado al saqueo. Los oficiales superiores, encargados de la provision de sus tropas, especulaban sobre los víveres y el vestuario, sin cuidarse de los desastrosos efectos que de ello podian resultar para la salud y la vida de los hombres; los grandes dignatarios del imperio se apropiaban las sumas que se les entregaban para reparar y completar el material; cada militar robaba segun su grado; casi todos los jueces, á pesar de las medidas tomadas por el emperador desde el principio de su reinado, vendian la justicia. Convictos de tan feos delitos, muchos generales fueron degradados y condenados á servir como simples soldados, y no pocos senadores fueron desterrados á Siberia; la mano de Nicolás cayó pesadamente sobre los culpables, pero si los abusos se cometieron con menos audacia, no cesaron del todo como lo atestigua un hecho muy reciente. El emperador Alejandro II reconvenia á Mentschikof por no haber aprovechado cuando mandó las fuerzas de Crimea y defendia á Sebastopol, la primera época del sitio en que los aliados se hallaban mal instalados y afligidos por las enfermedades. «En aquel entonces, contestó el general, en presencia del ministro de la guerra Dolgorouki, carecia de pólvora!» siendo así que Nicolás habia mandado durante quince años consecutivos, reunir en la plaza municiones de toda clase.

Preciso es reconocer que Nicolás tomó prudentes y saludables medidas respecto de las clases inferiores de la sociedad, y si no dispuso su emancipacion, pues insuperables obstáculos, procedentes del derecho de propiedad hereditario de los nobles y tambien de las costumbres de aquella parte de la nacion no permitian tan repentino cambio, confirió á los siervos el derecho de ejercer una industria en las ciudades, con la condicion de pagar una pension á sus señores, y prohibió á estos el que les llamasen de nuevo á los campos segun su capricho y el que les obligasen á cambiar arbitrariamente de industria. Además, observando una conducta análoga á la de nuestros reyes en la época en que se hallaban en lucha con la feudalidad, estableció gran número de casos en los cuales los siervos adquirian derecho para abandonar á sus señores y establecerse en los dominios imperiales, en los cuales se decretó la emancipacion de los campesinos (1). Tan acertada medida manifiesta la gran distancia en que aun en el dia se encuentra la Rusia de todo el resto de Europa, y si por un instante olvidamos la arbitrariedad, el despotismo que nos repugna, á nosotros hombres del Occidente, debe convenirse en que el gobierno de Nicolás fué para los Rusos benéfico y paternal. Cuantos Franceses han residido en San Petersburgo (M. de Custine y M. Leauzon Leduc lo atestiguan) recuerdan haber visto en las calles de Petersburgo á un hombre de elevada estatura, vestido con un sencillo *carrich* y cubierto con el gorro ruso, atravesar con majestuoso talante la plaza de Isaac, mientras que los Moujiks tendidos en el suelo sobre su piel de carnero, levantábanse para precipitarse á su encuentro, tocar su vestido y besar sus huellas: aquel hombre era el emperador Nicolás, sencillo, familiar, y algunas veces accesible, y pronto siempre á administrar justicia. Feliz él si se hubiese contentado con semejante mision, comprendiendo que el primero de sus deberes era ocuparse plena y únicamente de la Rusia en vez de creerse el hombre predestinado para las conquistas, el soberano cuyo rei-

(1) Los campesinos libres ó de la corona pagan una pension anual de quince rublos (60 fr.) por cada individuo del sexo masculino; estan sujetos además á algunas cargas, pero reciben un pedazo de tierra para cultivar, y pueden ejercer una industria en las ciudades.

nado debía realizar las ambiciosas y remotas esperanzas de Pedro I!

Para completar la somera explicacion del reinado interior de Nicolás, no será inútil decir algunas palabras acerca de sus ministros, instrumentos casi siempre pasivos de sus designios, pues el deseo de aquel emperador era reunir en él la Rusia toda, hacerla vivir de su alma y obrar por su sola voluntad. M. de Nesselrode, el que aun en el día firma las circulares de Alejandro II, era un ministro que su hermano le habia transmitido como una especie de herencia; nacido en el puerto de Lisboa, á bordo de un buque inglés, de padres alemanes al servicio de la Rusia, M. de Nesselrode sirvió tambien á este imperio, siendo sucesivamente marino y oficial de la guardia de caballería. Pablo I le nombró su ministro de negocios extranjeros, y en tiempo de Alejandro I, su nombre figuró en todos los tratados, especialmente en el de Viena. Representante del partido aleman, ha perdido con Nicolás parte de su influencia, sin dejar por ello de firmar los protocolos. «Resignándose á un papel secundario, dice M. Schnitzler (1), consintió en ser un simple instrumento, el representante del sistema político de su soberano, y no del suyo propio. ... Nicolás no solo le conservó, sino que en 1828, hizole cambiar su modesto título de ministro director del departamento de negocios extranjeros con el de vice-canciller, y en marzo de 1845, confirióle la eminente dignidad de canciller del imperio, vacante por muerte del conde Nicolás Romanzof, ilustre Mecenas ruso, hijo del feld-mariscal vencedor de los Turcos, y conocido además, como consejero de la corona, por su adhesion á la política francesa.»

El general conde Cancrin, muerto en 1845, es otro de los ministros de Nicolás dignos de particular mencion. Aleman como la mayor parte de los hombres influyentes de la administracion rusa, era íntegro, firme, entendido, lleno de buena voluntad, y el único hombre capaz de introducir el orden en la hacienda. Comunicó grande actividad á todas las partes de la economía social, é hizo mas abundantes las fuentes del tesoro; en el espacio de veinte años que duró su administracion, las rentas del Estado

(1) *Hist. int.* t. I, p. 278.

aumentaron de ciento sesenta millones, es decir, de mas de una tercera parte del total, pues el inmenso imperio ruso tenia un presupuesto que no llegaba á quinientos millones.

Despues de los dos nombres que acabamos de citar, tócanos mencionar á Diebitch y á Paskevitch, organizadores del ejército, generales que obtenian la confianza de Nicolás, y á los cuales hemos visto en campaña. El primero comprometió en Polonia su reputacion militar, y la muerte le evitó sin duda una desgracia. El vencedor de la Persia y de la Turquía, mas feliz que su rival de gloria, tuvo la suerte de vencer á los Polacos sin arriesgar una batalla.

El conde Alexis-Fœderovitch Orlof, nieto de Alexis Orlof-Tcheshonski, mereció el favor de Nicolás por el zelo y adhesion que mostrara cuando la revolucion de 1825. El emperador hizo de él su mas íntimo confidente, el principal instrumento de su política personal, sin que por ello su nombre haya tenido en Europa igual fama que el de Mentschikof. Esto depende de que el último, igualmente adicto á la antigua política rusa, ha llenado en Turquía el mismo papel que Repnin desempeñó en Polonia en tiempo de Catalina, hallándose mas particularmente mezclado en la lucha contra la Francia y la Inglaterra que esplicaremos en breve. Es biznieto del favorito de Pedro el Grande, y Nicolás le creó sucesivamente almirante y ministro de marina, gobernador de Finlandia y presidente del consejo de censura, antes de emplearle en las negociaciones que debian ser causa de una guerra europea (1).

En 1846, celebróse un tratado de comercio entre la Francia y la Rusia. Las relaciones mercantiles del imperio son poco favorables á los extranjeros; los derechos establecidos sobre los objetos de importacion son considerables, y de aquí resulta que mientras las mercancías rusas importadas en Francia representan un valor de treinta millones, el de las mercancías francesas esportadas á Rusia no llega siquiera á doce. El tratado de 16 de diciembre de 1846 tuvo por objeto repartir con mas equidad las cargas y beneficios recíprocos; sin embargo, en virtud de una excepcion singular, solo fué aplicable en el Báltico, el mar Blanco

(1) Leouzon-Leduc, *Rusia contemporanea*.—Schnitzler, *Hist. int.*

y el Océano. Respecto del mar Negro y del Mediterráneo, la Rusia dejó subsistir la antigua legislación, temiendo la competencia de la marina francesa.

Tales eran hace nueve años las relaciones de la Francia con la Rusia; Nicolás había abandonado en parte su antipatía contra la rama de Orleans, y los franceses gozaban de gran favor en San Petersburgo; la jovialidad, la viveza de nuestra nación hechizaban á los Rusos, benévulos por naturaleza, y nada hacia prever próximos rencores. No sucedía lo mismo respecto de la Inglaterra; en Leipsick, en Waterloo, se habían revelado los primeros síntomas de un odio irreconciliable cuya causa estaba en una universal y constante rivalidad de ambición y de intereses.

La Rusia había logrado anudar con la China relaciones continuas; una embajada pedía al *siegun*, jefe militar del Japon, que concediera á los Rusos iguales privilegios comerciales que á los Holandeses; se apoderaba del lago Aral y del curso del Oxo, y desbordaba en Khiva y en Boukharia. En Persia y en el Asia Menor, su influencia contraestaba la influencia inglesa; podía acusársela no haber sido extrañas sus intrigas á la gran sublevación que produjo en el Afghanistan el desastre de 1841, y finalmente, la India oía pronunciar el nombre de los Rusos y sabía con admiración que el Asia tenía otros señores que la Inglaterra. Los crecidos derechos sobre las mercancías extranjeras, equivalentes á una casi prohibición, eran mucho mas perjudiciales á la Gran Bretaña que á la Francia, y de aquí la animosidad que se traducía en los periódicos ingleses con amargas quejas; el *Porto-foglio*, la notable colección de documentos que mas de una vez hemos citado, es, en cierto modo, un resumen de los agravios y temores de la Inglaterra respecto de la Rusia. Por su parte, los Rusos tampoco desperdiciaban ocasion alguna para irritar á sus antiguos aliados, en los que preveían irreconciliables enemigos, y en 1835 capturaron y confinaron el *schooner* inglés el *Vixen* que había vendido á los Circasianos armas y municiones. Los actos de mútua enemistad se multiplicaron por una y otra parte, y aumentaron de año en año el odio que se profesaban ambas naciones.

Las relaciones de la Rusia en Alemania eran del todo distintas; los pequeños reinos, los principados, los ducados unidos á su po-

lítica por alianzas de familia que, desde Pedro el Grande, se habían multiplicado hasta el infinito, y muy poco influyentes para temer en Europa la preponderancia de un Estado sobre los demás, le eran enteramente adictos. La Prusia, ó al menos su soberano, Federico Guillermo IV, cuñado de Nicolás, se hallaba en iguales disposiciones no por interés político, sino por amistad hacia el emperador y mas aun por ódio del espíritu revolucionario, del cual se declarara la Rusia la enemiga personal en 1815. En cuanto al Austria, su situación era ya en aquella época casi tan embarazosa como ahora, pues si el constante engrandecimiento de la Rusia, su política invasora, le inspiraban graves inquietudes, ¿como podía con sus pueblos pertenecientes á distintas nacionalidades, sin lazo de cohesión, prontos siempre á fraccionarse, no guardar consideraciones al gran enemigo de las revoluciones, al soberano que se proclamaba el representante y el defensor del principio de orden y de autoridad?

Esta era la situación de las grandes potencias de Europa respecto de la Rusia, cuando estalló la revolucion de 1848. Asegúrase que al saber esta noticia, el czar dijo á los oficiales de su guardia: «Señores, disponeos para montar á caballo!» pero los hechos no justificaron tales palabras. Nicolás no salió de sus fronteras; reconoció al gobierno republicano de Francia, recibió muy bien á su embajador, el general Lefló, se mostró consecuente con los principios que había manifestado: la república ó la monarquía absoluta, y despues del golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851 felicitó á Napoleon por haber salvado el orden y la sociedad. Las turbulencias de Europa se dejaron tambien sentir en Rusia, pues aun quedaban en el ejército algunos restos de las ideas revolucionarias de 1825, y en 1848, verificáronse algunas prisiones; el diario oficial de San Petersburgo justificaba tales medidas con las siguientes palabras: «Las perniciosas doctrinas que han causado turbulencias y sublevaciones en toda la Europa occidental, y que amenazaban aniquilar la prosperidad de los pueblos, han encontrado por desgracia un débil eco en nuestro país... De la sumaria informacion resulta que algunos jóvenes, unos realmente de corazón pervertido, otros víctimas imprudentes de pérdidas insinuaciones, habían formado una sociedad secreta, cuyo objeto era destruir nuestra organizacion política para

reemplazarla con la anarquía... (1) » Veinte y un oficiales, nobles y escritores, pues la nueva conspiracion habia reclutado sus miembros entre las mismas clases que la de 1825, fueron condenados á ser fusilados; Nicolás les hizo gracia de la vida, y conmutó su pena en destierro á Siberia.

Aquel movimiento que no podia ser grave en cuanto carecia de ramificaciones en la nacion y no era hijo de un deseo ni de una necesidad del pueblo ruso, no impidió al czar intervenir en los grandes incidentes de la revolucion europea. La Hungría habia tomado las armas, y el imperio de Austria parecia próximo á desaparecer bajo los golpes de aquella terrible rebelion; y aunque esto no inspiraba al czar un vivo interés, como la Rusia se veía amenazada por aquel ejército victorioso que contaba en sus filas á veinte mil Polacos y á varios jefes de la revolucion polaca de 1830, segun él mismo lo declaró en un manifiesto, preparóse para *realizar su santa vocacion* (2): el mariscal Paskevitch recibió el mando del ejército encargado de afirmar el vacilante trono de los Hapsburgo, y sembrando la division entre los enemigos, seduciendo al general Georgey que hasta entonces se habia ilustrado por sus esfuerzos y victorias, pudo escribir al emperador despues de dos meses de combates: «Señor, la Hungría se halla á los piés de Vuestra Magestad.» Nicolás respondió con compuncion: *Nobiscum Deus! Audite populi, et vincemini, quia nobiscum Deus!*

La inesperada revelacion de los proyectos de Nicolás respecto de la Turquía siguió de cerca á aquellos acontecimientos. En efecto, jamás las circunstancias habian parecido tan favorables para la realizacion del fin tan ardientemente codiciado por la política rusa desde Pedro I y la grande Catalina: el Austria le estaba unida por los lazos de la gratitud y por la conciencia del inmenso servicio que acababa de recibir; la Turquía habia irritado al gabinete de Viena dando asilo á los revolucionarios húngaros é italianos; el Presidente de la República francesa acababa de cambiar su poder decenal por la diadema de emperador, y si

(1) Extracto del *Diario de Petersburgo*, citado por M. Leouzon-Leduc en *La Rusia y la civilizacion europea*, p. 194.

(2) Palabras del manifiesto dirigido al ejército despues de la reduccion de la Hungría, agosto de 1849.

bien habia proclamado que *el imperio seria la paz*, la Inglaterra y la Alemania parecian no dar fe á aquellas palabras, y se precavian contra la presunta ambicion del nuevo imperio. Una alianza entre la Francia y la Gran Bretaña parecia en aquel momento un hecho político irrealizable; el czar se hallaba seguro de la inaccion de la Prusia, pues además de que el gobierno de Federico Guillermo IV jamás habia brillado por su sagacidad política, los recuerdos de encono entre un Napoleon y los vencidos de Jena parecian haber dejado huellas y revelarse al menos por una profunda desconfianza; el imperio otomano, vencido siempre desde hacia un siglo, gobernado por un sultan joven y débil, sin dinero, y segun se creía, sin ejército, no podia oponer gran resistencia; y finalmente, los gobiernos europeos divididos, engañados, podian creer al lanzarse á una guerra europea, reanimar el incendio revolucionario que amenazó devorarlos á todos. Así pues, habia llegado el momento de valerse otra vez del pretexto de intervencion religiosa, antiguo instrumento de conquistas que tan bien sirviera á Catalina en Polonia, que habia entregado á su nieto el protectorado de las provincias Danubianas, y de poner fin á la obra de Pedro el Grande con la ocupacion de Constantinopla. Dos circunstancias parecieron favorecer los planes de Nicolás: la rebelion del Montenegro y las reclamaciones de los Griegos de la iglesia oriental.

Los Montenegrinos, poblacion eslava de la Turquía occidental, libres de los lazos de vasallaje que les unieran en otro tiempo con el imperio otomano, invadieron el territorio turco, y la Puerta, despues de rechazar su agresion, habia querido aprovechar aquella circunstancia para someterles bajo su dependencia. El general turco Omer-Bajá invadió á su vez su país; la Rusia, fiel á su papel de protectora, intervino en favor del pueblo amenazado, pero, á pesar de su diligencia en tomar parte en la cuestion, no pudo impedir que se la anticipara el Austria, la cual con una resolucion que no es el carácter habitual de su política, habia exigido á fines de enero de 1853 que la Puerta evacuase el Montenegro.

Desde hacia veinte ó treinta años, la Rusia habia imaginado un nuevo instrumento para sus ambiciosos designios: el panslavismo. Unir por medio de un lazo comun y colocar bajo su in-

fluencia, sino bajo su dominacion, á los sesenta millones de Eslavos diseminados por la Europa y súbditos de la Prusia, del Austria y de la Turquía, era otra de las ilusiones de los czares, ilusion y nada mas, puesto que como lo ha demostrado M. Schnitzler no existe elemento de union entre los pueblos de la raza eslava así como no lo hay entre los de la familia germánica: el odio inveterado entre la Rusia y la Polonia basta para evidenciar este hecho. Sin embargo, el panslavismo debía ser para la Rusia un medio de intervencion en los asuntos de los Estados en que no pudiese caber el pretexto religioso; el Austria no lo ignoraba, y en la participacion que se arrogaba el emperador en el debate, creyó ver los primeros efectos de su nueva concepcion política, siendo este el motivo de la actividad y resolucion que mostró en aquella circunstancia. La Puerta fué bastante cuerda para ceder, haciendo así desaparecer uno de los pretextos de que pretendia Nicolás armarse contra ella.

Quedaba, empero, la cuestion de los santos lugares. El tratado de Unkiar-Skelessi (julio de 1833) que hemos ya mencionado, y que habia sido arrancado á la Turquía en momentos de peligro, estipulaba una alianza ofensiva y defensiva entre la Rusia y la Puerta, consagraba el derecho de intervencion religiosa por parte del czar en el imperio otomano, conferiale grandes privilegios en todo el Levante, y entregaba en cierto modo á la Rusia los destinos de aquel imperio. Las potencias occidentales protestaron contra aquella convencion perjudicial á sus intereses, y obtuvieron su derogacion en 1841, si bien el czar se reservó su derecho de protectorado religioso sobre el Santo Sepulcro. La Francia habia obtenido allí garantías en favor de los cristianos latinos; la Rusia habia reivindicado iguales beneficios para los cristianos griegos, y esto, muy legítimo y natural, fué el punto de partida de las nuevas pretensiones del czar. Con el objeto aparente de obtener la confirmacion de los privilegios concedidos á sus coreligionarios de los santos lugares, de poner fin á las frecuentes contiendas entre Griegos y Latinos, y de lograr la satisfaccion de algunas reclamaciones, el príncipe Mentschikof fué enviado á Constantinopla en febrero de 1853; desde su aparicion cerca del Divan, el príncipe mostró la arrogancia de proconsul tan familiar en otro tiempo á los embajadores de Catalina, y dió

ostensiblemente varias misiones para la Grecia y distintos puntos del territorio otomano á los oficiales de tierra y de mar que componian su estado mayor, tomando así una actitud altiva y misteriosa. Finalmente, se negó á conformarse con los usos del ceremonial establecido, y no se presentó al ministro de negocios extranjeros Fuad-Effendí, que habia manifestado su desconfianza respecto de la Rusia.

La Puerta manifestó la mas extremada moderacion; terminó por medio de firmanes la cuestion de los santos lugares, de modo que al mismo tiempo que satisfacía á la Rusia dejaba intactas las concesiones hechas á los Latinos, de cuyos intereses era la Francia guardadora; autorizó la construccion de una iglesia y de un hospital en Jerusalem para los peregrinos griegos indigentes; en una palabra, hizo todas las concesiones compatibles con sus intereses y su dignidad, y confirmó los privilegios concedidos á los cristianos de todas las comuniones. Era imposible abrigar mas tolerancia religiosa ni mostrar mejor la intencion de permanecer en buena armonía con la Rusia, á pesar de lo insolente del embajador de esta potencia.

Sin embargo, Mentschikof no estaba satisfecho. ¿Qué mas queria?

Quería una abdicacion absoluta de los derechos y de la autoridad del sultan respecto de sus súbditos cristianos, y consecuencia de ella, su expulsion del continente europeo. Las reclamaciones relativas á los santos lugares eran un pretexto bajo el cual querian imponerse una alianza ofensiva y defensiva y la renovacion del tratado de Unkiar-Skelessi, pretensiones de tal gravedad, que Mentschikof al revelarlas á los ministros de la Puerta, puso el secreto por condicion expresa, sabiendo que no podian ser divulgadas sin esparcir la alarma por Europa. En un principio fué el secreto rigurosamente guardado, pero á pesar de ello, la Inglaterra hubiera debido inquietarse de los designios de la Rusia, en cuanto hacia diez años que el czar le hiciera extrañas comunicaciones referentes á la Turquía, comunicaciones que renovaba en aquel mismo momento.

Dividir la Gran Bretaña y la Francia llegada que sea la hora de apoderarse de Constantinopla, es otro de los preceptos consignados en el testamento de Pedro I; Nicolás no lo habia olvida-

do, y á pesar de la antipatía que se manifestaba entonces entre la Rusia y la Inglaterra, dirigióse á esta potencia, creyendo que el Egipto y Gandía serian para ella suficientes compensaciones de la ocupacion de Constantinopla. En 1844, en un viaje que hizo á Londres, el emperador habló de aquel proyecto con varios ingleses influyentes, redactando luego M. de Nesselrode una extensa memoria sobre él mismo, en la que se trataba de probar la necesidad de ponerse de acuerdo para el caso probable y próximo en que la Turquía se disolviese y cesase de existir.

Este fué el punto de partida de nuevas comunicaciones en el mismo momento en que se preparaba y realizaba la mision del príncipe Mentschikof. El emperador se dirigió directamente al embajador inglés, sir Hamilton Seymour, durante los primeros dias de enero de 1853, expresando el deseo de que ambos gobiernos se hallasen siempre estrecha é íntimamente unidos: «Cuando no; hallamos de acuerdo, decia, no me causa la menor inquietud el occidente de la Europa; lo que otros pueden pensar es en el fondo de poca importancia. En cuanto á la Turquía, encuéntrase en un estado crítico y puede suscitarnos grandes obstáculos.» El embajador aprovechó esta idea relativa á la Turquía para insinuar al emperador que los asuntos de aquel país causaban en aquel mismo momento á la Inglaterra temores que le hacian desear una explicacion, y el czar replicó entonces que la Turquía se hallaba desorganizada, que aquel país amenazaba ruina, y que era indispensable que la Inglaterra y la Rusia tomasen de comun acuerdo las oportunas medidas.

En una segunda é insidiosa entrevista verificada pocos dias despues, Nicolás se expresó del modo siguiente acerca de los designios atribuidos á la Rusia sobre Constantinopla: «No ignorais los planes é ilusiones en que se complacia la emperatriz Catalina, planes é ilusiones que han llegado hasta nuestros dias; pero en cuanto á mí, aunque heredero de sus inmensas posesiones territoriales, no he heredado tales visiones ó proyectos, dadles el nombre que querais. Mi imperio es tan vasto, tiene bajo todos aspectos tan magnífica posicion, que seria por mi parte una locura desear mas territorio y poder de los que poseo; por el contrario, soy el primero en reconocer que nuestro grande, y quizás único peligro, naceria de dar nueva extension á un imperio ex-

tenso en demasía.—Cerca de nosotros se halla la Turquía;... en aquel imperio, existen muchos millones de cristianos sobre cuyos intereses debo velar, según así lo establecen los tratados, y puedo decir con toda verdad que bago de mi derecho un uso muy moderado...» En seguida, el czar comparó por segunda vez la Turquía á un enfermo que podia expirar entre sus brazos y respecto del cual debian tomarse algunas precauciones; sir Hamilton contestó que la Gran Bretaña sentia cierta repugnancia en tratar de la sucesion de un antiguo amigo antes de que hubiese muerto, y entonces observó el emperador que no pedia un tratado, una convencion, sino simplemente una palabra de *gentleman*....« Jamás permitiré, dijo, que la Inglaterra se establezca en Constantinopla; por mi parte, estoy dispuesto á prometer no establecerme allí, como propietario se entiende, pues como depositario, no digo que no; las circunstancias pueden obligarme á ocupar Constantinopla, mayormente si se abandona todo á los azares de la suerte.»

En otras varias entrevistas, el emperador recordó que si en 1829 no hubiese detenido las victoriosas columnas de Diebitch, el poder del sultan habria terminado; añadió que solo él habia auxiliado á la Puerta contra la rebelion de Mehemet-Alí, y examinando las eventualidades que podrian nacer de la disolucion del imperio turco, dijo que no permitiria el restablecimiento de un imperio bizantino, ni medida alguna que hiciese de la Grecia un Estado poderoso. Manifestó contra el sultan que no le daba las satisfacciones convenientes, un gran resentimiento, y dijo estas palabras... «*Ce monsieur* (ese señor) falta á la palabra que me ha dado, y se porta de un modo que me disgusta sobremanera. Pues bien! me he limitado á enviar un embajador á Constantinopla para pedir reparacion; no hay duda de que podia enviar un ejército, y nada hubiera bastado á detenerle; pero me basta con hacer una demostracion suficiente para probar que no quiero que se burlen de mí.» Finalmente, dando un golpe decisivo y precisando sus proposiciones, terminó del modo siguiente una de sus conversaciones con el embajador... «Los Principados son de hecho un Estado independiente bajo mi proteccion; semejante situacion no puede durar por mas tiempo. La Servia y la Bulgaria pueden recibir el mismo gobierno; el Egipto es muy im-

portante para la Inglaterra, de modo que puedo decir que si en caso de una division del imperio otomano, tomais posesion de aquel territorio, no opondré la menor objecion. Lo mismo diré de Gandia, y si aquella isla os conviene puede sin dificultad convertirse en posesion inglesa.»

Estas ideas y estos proyectos dieron lugar á una memoria (9 de marzo de 1853) entregada al embajador inglés, en la cual Nicolás repetía que no habia habido por su parte proposicion de desmembramiento ni convencion obligatoria, sino un simple cambio de opiniones entre las dos cortes. Al leer aquel documento, redactado con mucha habilidad, parece que las primeras proposiciones procedieron del gabinete de Londres, con lo cual queria el czar envolver á la Inglaterra en una especie de complicidad. Por un instante pudo creer en el buen éxito de sus proyectos: la Inglaterra que, despues de tantas conferencias opinaba que el czar nada grave emprenderia sin participárselo al menos, no fué la primera en alarmarse por sus armamentos militares. Para cohonestar aquellos preparativos, la Rusia alegó primeramente la necesidad de establecer un cordon sanitario entre ella y la Persia, donde reinaba la peste negra; luego la cuestion de Montenegro, y cuando aquella contienda hubo cesado, gracias á la intervencion del Austria, fundóse en el mal proceder del sultan en la cuestion de los santos lugares.

Sin embargo, la Francia que, desde el año anterior, seguia con extremada atencion la marcha de las negociaciones, comprendió á pesar de no tener conocimiento alguno de las entrevistas y comunicaciones confidenciales del czar con el embajador inglés, que aquellas demostraciones ocultaban otros designios diferentes de lo que se aparentaba, y á fin de estar dispuesta para cualquier acontecimiento, envió su escuadra á Salamina. La Inglaterra que tenia la suya en Malta, no se asoció á aquella medida amenazadora, y la Rusia manifestó su satisfaccion al gabinete de Londres en una nota del 7 de abril, en la cual se trasluce su alegría por ver aislada á la Francia. M. de Nesselrodé elogiaba á los ministros de la reina por no haber prestado oido á vanos rumores; desmentia de nuevo todo proyecto de ambicion inmediata, censuraba á la Francia por su precipitacion, y la acusaba de exigente y ambiciosa; finalmente, daba gracias á lord Aber-

deen y á lord Clarendon por el saludable impulso que comunicaran á las resoluciones del gabinete británico.

Es muy posible que esta nota produjese un resultado del todo contrario al que esperaba el emperador, y que la dignidad de los ministros ingleses se ofendiese por los elogios que les prodigaba el czar; lo cierto es que no trataron de merecer otros nuevos. La Rusia habia arrojado la máscara en Constantinopla: Mentschikof, mal acogido cuando presentó sus demandas secretas, quejóse de lo que llamaba una falta de atención hácia su gobierno, reprodujo sus pretensiones en un proyecto de *sened* ó de tratado, y declaró que se retiraría en caso de ser rechazadas, al mismo tiempo que, creyendo triunfar por medio de una intimidación brutal, faltó al respeto debido al sultan y al gran visir. Este le esperaba para celebrar una conferencia, y léjos de asistir á ella, fué á encontrar directamente á Abdul-Medjid en su palacio. El sultan le negó la entrada, y el embajador prorumpió en quejas y reclamaciones. Su proyecto de *sened* fué rechazado por Rechid-Bajá, ministro del exterior, y el dia 21 de mayo salió de Constantinopla. Un mes y medio despues, en 3 de julio de 1853, los ejércitos rusos pasaron el Pruth.

No cabia ya duda acerca de los designios de la Rusia, y la Inglaterra debia ó convertirse en su cómplice ó hacer causa común con la Francia; con honrosa lealtad adoptó el segundo partido, y su escuadra, junto con la francesa, ancló en la bahía de Besika, en la entrada de los Dardanelos.

Abandonado por la Inglaterra, Nicolás, sin desalentarse, volvióse hácia el gobierno francés, el cual consintió en abrir conferencias en Viena, sin suspender, empero, sus preparativos militares. Segun el czar, habia mandado invadir los Principados solo para asegurarse una prenda contra la malevolencia de la Turquía; la Puerta publicó entonces una declaración de guerra; y el emperador contestó á ella con un manifiesto que es uno de los documentos mas curiosos y que mas evidencian la política hipócrita y tortuosa con la que la Rusia afecta poner de su parte la apariencia del derecho, mezclando los intereses de Dios con los de su ambición.

«Nuestra esperanza, decia, ha sido frustrada: en vano las primeras potencias de Europa han tratado con sus exhortaciones

de vencer la ciega obstinacion del gobierno otomano. Este ha contestado con una declaracion de guerra, con una proclama llena de falsas acusaciones contra la Rusia, á los pacíficos esfuerzos de la Europa lo mismo que á nuestra paciencia. La Puerta, alistando en las filas de su ejército á los revolucionarios de todos los países, ha empezado las hostilidades en el Danubio; la Rusia, provocada al combate, no puede hacer mas que poner su confianza en Dios y recurrir á la fuerza de las armas para obligar al gobierno otomano á respetar los tratados, y para obtener la reparacion de los agravios con que ha respondido á nuestras moderadas demandas y á nuestra legítima solicitud en defensa de la fe ortodoxa en Oriente. Estamos íntimamente convencido de que nuestros fieles súbditos unirán sus fervientes oraciones á las que dirigimos al Altísimo, á fin de que su mano se digne bendecir nuestras armas en la justa y santa causa que siempre halló ardientes defensores entre nuestros piadosos antepasados.

In te, Domine, speravi, non confundar in ceternum.»

Al mismo tiempo, M. de Nesselrode manifestaba en una circular que la Rusia no atacaria á la Puerta á pesar de sus muchas ofensas; que conservaria como en prenda las provincias Danubianas hasta que hubiese obtenido satisfaccion, pero que se limitaria á una guerra defensiva. Añadia que aquella situacion espectante no se opondria á la continuacion de las negociaciones, y en efecto, los diplomáticos reunidos en Viena agitábanse para presentar proyectos, contra proyectos, redacciones y enmiendas del todo supérfluas, en cuanto la contienda suscitada por la ambicion del czar no podia decidirse sino por medio de las armas.

En el Danubio habian empezado las hostilidades; el ejército turco, mandado por un ex-teniente austriaco convertido al islamismo, y general al servicio de la Puerta, manifestó una fuerza del todo inesperada. Omer-Bajá pasó el rio por varios puntos durante los últimos dias de octubre de 1853, y tomó resueltamente la ofensiva: los Rusos fueron vencidos en Oltenitza, teniendo muchos centenares de muertos y gran número de heridos y prisioneros, y los Turcos, no sintiéndose con fuerzas despues de tan brillante jornada para marchar contra Bucharest, volvieron á pasar el Danubio sin ser hostilizados. En Kalafat, frente de Widdin, la derrota fué mas grave aun, y los Rusos no pudieron im-

pedir á los Turcos el establecerse y fortificarse en la orilla izquierda. El ejército del príncipe Gortchakof (jefe de los Rusos) no podía entrar en comunicaciones con la Servia, lo que le habria permitido revolucionar el Occidente de la Turquía; los Rusos se lanzaron varias veces contra Kalafat, pero aquella plaza improvisada resistia á todos los ataques.

Tales sucesos produjeron en Europa inmensa sensacion. ¿Qué habia sido del valor, de la ciencia militar de que se envanecieran los Rusos? Aquellos Turcos, perdonados por Diebitch en 1829, aquellos soldados sin disciplina, incapaces de luchar en campo raso, y buenos á lo mas para defender parapetos, habian alcanzado los honores de la primera campaña; su jefe habia dado pruebas de resolución, de calma, de talento militar. Con sus medidas de defensa, con sus atrevidas expediciones, con la inmensa actividad que desplegaba al frente de un ejército que él mismo organizara, disciplinara y aguerriera, y cuyo jefe militar y administrador era á la vez, Omer-Bajá habia revelado las cualidades todas de un gran general; á él, mas que á nadie, debe la Turquía su salvacion, pues si su ejército del Danubio se hubiese portado ante el enemigo como el de 1829, si los Rusos hubiesen entrado en Silistria, en Varna, en Andrinópolis, las conferencias de Viena y nuestros buques anclados en Besika, no habrían bastado para salvar á Constantinopla.

En aquel mismo momento, un hecho decisivo ejerció una notable influencia en las resoluciones de la Francia y de la Inglaterra: el dia 30 de noviembre una escuadrilla otomana fondeada en el puerto de Sinope, fué atacada por una division rusa de fuerzas muy superiores; los Turcos combatieron con heróico valor; antes que arriar su pabellon hicieron volar sus buques, y la ciudad sufrió tambien la cólera de los vencedores. Al saber esta victoria, el czar exclamó: «Doy gracias á mis valientes marinos con el corazon henchido de gozo... Veo con placer que la marina rusa no ha olvidado la jornada de Tcheshmé, y que los biznietos son dignos de sus bisabuelos!» Estas palabras de alegría sentaban mal al político que trataba de engañar á la Europa; cuando se pensaba que condenaria el zelo de su almirante aprovechando, empero, aquel triunfo, prefirió abandonarse á la satisfaccion de su orgullo. Desde aquel momento, la duda era imposible, los de-

signios del czar aparecian claros, evidentes; y si la Francia tenia derecho para empuñar las armas para la defensa del mundo europeo amenazado, la Inglaterra aprovechó la ocasion de luchar con un rival odioso. Esto no obstante, hízose desde Paris una última tentativa de conciliacion; el emperador Napoleon III, antes de empezar la guerra, dirigió directamente al czar (29 de enero de 1854) una carta á la que dió este una contestacion evasiva. Los embajadores inglés y francés salieron entonces de San Petersburgo; así en Francia como en Inglaterra dióse grande impulso á los armamentos, y el tratado de 10 de abril de 1854 no permitió conservar la menor duda acerca del sincero acuerdo que reinaba entre ambas naciones.

El czar volvióse entonces hácia la Alemania: Orlof, que fué enviado á Viena á fines de enero, mostró una extremada arrogancia, presentó á la conferencia proposiciones inadmisibles, y esforzóse en ejercer sobre el gabinete austriaco una presion favorable á la Rusia. Preguntósele si la Rusia persistia en su promesa de no pasar el Danubio y de permanecer en la defensiva, pero no contestó. El Austria tampoco tomó un partido decisivo, hízose el centro de las conferencias pacíficas, y persistió en una neutralidad que de vez en cuando tomaba una actitud algo amenazadora; era evidente para ambas partes que esperaba el resultado de los acontecimientos militares para declararse por los vencedores. La Prusia, aunque mas amistosa para con la Rusia, mantúvose en la neutralidad, y la Suecia y la Dinamarca, enemigas naturales del czar, desoyeron sus proposiciones y permanecieron igualmente neutrales.

El resultado de aquellas negociaciones fué el aislamiento de la Rusia, pero Nicolás conservaba todavía muy grandes ventajas; combatia en sus fronteras, y esperaba, á pesar de los reveses de 1853, forzar la doble línea del Danubio y de los Balkanes, antes de que sus nuevos enemigos hubiesen llegado en auxilio de su aliado. Por segunda vez, la salvacion de la Turquía estaba en manos de Omer-Bajá y de su ejército, y la campaña de 1854 en el Danubio consistió en una prudente defensa en la que el general otomano evitó las grandes batallas, venció á los Rusos en Citate y en Giurgevo, mientras que Silistria, sitiada por un cuerpo de ejército considerable (19 de mayo—28 de junio) se ilustraba

por el heroísmo de sus defensores. El Danubio solo pudo ser atravesado por la Dobrutscha, en medio de los pantanos de su embocadura; las enfermedades epidémicas dieron muerte á gran número de hombres, y los Rusos debieron detenerse ante la firmeza de los soldados turcos y las acertadas maniobras de su general.

Los Turcos habian sido menos felices en Asia; en 1853, habian empezado la campaña apoderándose del fuerte de San Nicolás, en la costa de Circasia; pero en la siguiente campaña, su ejército mal organizado y mal dirigido fué varias veces derrotado.

La escuadra anglo-francesa se habia adelantado desde el Bósforo hasta el mar Negro; á su aparicion, los buques rusos recibieron órden de encerrarse en los puertos y de evitar todo combate. El primer acto ofensivo de los aliados fué el bombardeo de las fortificaciones y del puerto militar de Odessa (abril de 1854), y no tardaron en abrirse las hostilidades en el Báltico, donde Bomarsund y las islas de Aland cayeron durante el mes de agosto en poder de los Anglo-Franceses.

Las clases instruidas é inteligentes de Rusia habíanse mostrado favorables á la guerra mientras creyeron fácil la ocupacion de Constantinopla y del Bósforo; pero al ver á la Rusia aislada, pensando en las cargas que la guerra iba á imponerles, consideraron con temor la vía á que les empujaba el inflexible orgullo del czar. Los místicos que creen en la mision divina de la Rusia, y que creen regenerar al Occidente introduciendo en él su semi-barbarie, celebraban las mas violentas medidas, excitados por sus jefes Orlof, Mentschikof, y sobre todo por el hijo segundo del emperador, el gran almirante Constantino, jóven de veinte y seis años, que resume en él la ambicion de la antigua Rusia. En cuanto al Czar, habituado á imponer á sus súbditos su omnipotente voluntad, y creyéndose el primer soberano de Europa, preparábase para lanzarse con todas sus fuerzas á una lucha que no habian podido conjurar ni su habilidad ni las fraudulentas intrigas de su política.

En esto un ejército anglo-francés habia desembarcado en Varna á las órdenes del mariscal Saint-Arnaud y de lord Raglan; los rusos, rehusando el combate, evacuaron los Principados y retrocedieron hasta la línea del Pruth. Los recuerdos de 1812 prescri-

bían á los generales aliados el no perseguirles en territorio enemigo; el cólera y el tífus, agravados por una expedición desgraciada á las pantanosas llanuras de la Dobrutschka, causaban grandes pérdidas al ejército francés, y entonces resolvieron los aliados trasladar la guerra á la península de Crimea y amenazar á Sebastopol, baluarte de las fuerzas marítimas de la Rusia en el mar Negro. A fines de agosto, cuando la epidemia hubo minorado sus estragos, 50,000 franceses, 25,000 ingleses y 20,000 turcos, destacados estos del ejército de Omer-Bajá, fueron trasladados á la costa occidental de Crimea.

El desembarco se verificó desde el 14 al 16 de setiembre en los 45° de latitud, en una playa situada entre la pequeña ciudad de Eupatoria al norte, y el río de Alma al sur. Eupatoria, donde los rusos no habían hecho preparativo alguno de defensa, fué ocupada sin disparar un tiro, y el 19 de setiembre por la mañana, el ejército se puso en marcha hácia Sebastopol, á través de una región árida y pedregosa, en la que se veían diseminados algunos arenosos montecillos. El desembarco se había verificado sin el menor accidente á causa de un fuerte viento de mar; los rusos no habían defendido la playa, pero el ejército carecía de agua, y Mentschikof se había colocado con 45,000 hombres en una fuerte posición, en la otra parte del Alma, sobre las alturas que dominan la orilla izquierda de aquel río, las que había guarnecido con reductos y baterías. Lleno de confianza en sus disposiciones, había escrito al emperador: «Estoy seguro de detener á los aliados, aun cuando fuesen 200,000,» mas la jornada del 20 de setiembre desmintió tan formal promesa. El ejército francés atacó de frente las alturas, mientras que los ingleses, con el orden y la calma que constituyen el carácter distintivo de su valor, dirijíanse hácia las posiciones rusas por la derecha y por el centro, apoderándose de ellas á la bayoneta bajo un fuego terrible. En aquel combate, el cuerpo de zuavos, formado en nuestras continuas guerras de Africa, inauguró la reputación de audacia y ardor irresistibles, que le hicieron célebre durante la campaña de Crimea: los zuavos de la división Bosquet, despues de pasar el río en su embocadura, protegidos por la artillería de la escuadra, escalaron peñascos tan escarpados que, Mentschikof había juzgado inútil atender á su defensa, envolvieron el flanco izquier-

do de los rusos, y decidieron con aquella atrevida maniobra el éxito de la batalla. Los rusos perdieron cinco ó seis mil hombres, y los aliados tres mil.

Mentschikof no pudo ser perseguido por falta de caballería, y reunió su ejército á algunas leguas del campo de batalla, mas no defendió el paso del Katcha ni el del Belbek. Los aliados continuaron, pues, su marcha victoriosa, y el 23 de setiembre un grito de alegría saludó la aparición de las murallas y de los edificios de Sebastopol; los soldados creían ver en aquella ciudad el término de sus fatigas, cuando allí debían empezar las duras pruebas, los prolongados sufrimientos, junto con el sitio mas memorable de que hace mención la historia de los tiempos modernos. Sebastopol, fundado, segun hemos dicho, por Catalina II, y considerablemente aumentado por Alejandro, era una ciudad de cuarenta mil almas, defendida por los fuertes del Norte, Alejandro, San Nicolás, Constantino y Santa Catalina, construidos á ambos lados del puerto, cuya entrada protegían; en el sudoeste, en la bahía de Karantin ó de la Cuarentena elevábanse dos baterías; el puerto, la ciudad y el arsenal se hallaban rodeados de un muro almenado de unos dos metros de espesor, y los habitantes y la guarnición habían elevado á toda prisa, al rededor del arrabal de Karabelnaia, en la parte sudeste de la ciudad, algunas fortificaciones destinadas á la celebridad bajo los nombres de grande y pequeña Estrella (Redan) y torre Malakof. Este último punto consistente en un gran monton de tierra, coronado con fortificaciones y guarnecido con gran número de cañones, era considerado ya como una de las llaves de Sebastopol. El puerto contenía diez y siete navíos, cuatro fragatas, cinco corbetas ó bergantines, ochenta y dos buques de menor porte, doce vapores; en todo ciento nueve embarcaciones, con mas de dos mil doscientos cañones de todos calibres. El general ruso temiendo los azares desfavorables de un combate naval, hizo desembarcar á los marineros para que contribuyesen á la defensa de la plaza, y guarneció con los cañones de largo alcance que le proporcionó la escuadra los parapetos añadidos á las antiguas fortificaciones; finalmente cinco navíos y dos fragatas fueron echados á pique á la entrada del puerto.

Despues de la batalla de Alma, los generales aliados habían

resuelto apoderarse del fuerte Constantino y de las baterías levantadas en la parte septentrional del puerto, mientras que las escuadras, forzando la estacada, atacasen las baterías del sur, trabasen combate con los buques rusos en el mismo puerto, y destruyesen la ciudad; pero las medidas tomadas por Menstchikof desconcertaron semejante plan, y reducidas las escuadras á la inacción por lo que hace á las operaciones militares, decidióse que la ciudad seria atacada por el sur. En aquel momento el mariscal Saint-Arnaud, cuya salud, ya muy alterada á su salida de Francia, se hallaba enteramente destruída por las fatigas de la campaña y el ardor de la batalla, entregó su mando al general Canrobert, designado para sucederle, siendo este general el que condujo al ejército francés al pié de los muros de Sebastopol, por medio de una marcha de flanco realizada con mucha habilidad y no poca fortuna á través de un país desigual y montañoso. Lord Raglan, por su parte, habia mandado con igual buen éxito el mismo movimiento á sus soldados, y se habia apoderado de la pequeña ciudad y del puerto de Balaklava, á algunas leguas al sur de Sebastopol. Los franceses se establecieron á la izquierda de sus aliados, entre la ciudad y el cabo Chersoneso, cuyas cuatro bahías, especialmente la de Kamiesk, ofrecian á las escuadras un excelente fondeadero y permitian desembarcar la artillería de sitio, empezando acto continuo los reconocimientos, las obras de trinchera y las operaciones de los ingenieros.

Era entonces el dia 2 de octubre, de modo que en quince dias los aliados habian desembarcado, ganado una batalla y establecido por medio de una marcha rápida y bien concertada, bajo los muros de Sebastopol. Eran dueños de dos puntos estratégicos importantes: Eupatoria al norte, y Balaklava al sur; pero la disposicion topográfica de la plaza sitiada, dividida en dos por la profunda bahía que forma su puerto y su rada, no permitia un ataque completo; para ello hubieran sido precisos dos ejércitos de ochenta mil hombres cada uno; de modo que el príncipe Mentschikof conservó su línea de comunicacion con Simferopol y Perekop, pudiendo recibir provisiones, municiones, refuerzos de toda la Rusia, y salir y volver á la plaza cuando mejor le pareciese.

Despues de quince dias de un trabajo muy penoso á causa de

la naturaleza peñas cosa del terreno, los ingleses y los franceses habian abierto tres kilómetros de trinchera; montaron sus baterías, y el 17 de octubre, de acuerdo con las escuadras, ancladas á cierta distancia del puerto, abrieron el fuego contra la plaza con ciento veinte y seis piezas. En aquel primer combate de artillería quedó el triunfo por los rusos; en las baterías francesas se incendiaron dos polvorines causando considerables pérdidas, y preciso fué resignarse á tomar de nuevo el pico, á abrir nuevas paralelas, y á montar un mayor número de cañones.

Desde aquel momento pudo conocer el ejército la ilusion que se formara creyendo apoderarse fácilmente de Sebastopol; á pesar de haberse propalado por Europa la noticia de la toma de aquella ciudad, era evidente que solo se lograria su conquista á costa de inmensos sacrificios. La temperatura bajaba sensiblemente; los soldados franceses soportaban los duros trabajos de la trinchera con un ardor y una alegría incansables, y los ingleses, si bien mostraban paciencia en el trabajo y un gran valor en el fuego, sufrían difícilmente las inevitables privaciones á que se hallaban sujetos.

Nicolás habia enviado orden á su general de presentar batalla y de conseguir á toda costa un triunfo contra los aliados; tropas del Cáucaso y del Danubio, mandadas por el general Liprandi, habian acudido á marchas forzadas en auxilio de la guarnicion de Sebastopol. Mentschikof que disponia de un ejército aguerrito, formó el proyecto de reconquistar Balaklava y de interceptar las comunicaciones de los ingleses con su centro de provisiones, para lo cual dirijió á sus soldados una proclama, diciendo: «Guerreros que amais á Cristo, guerreros victoriosos! victoriosos porque amais á Cristo! no os es dable descansar por mucho tiempo de vuestras fatigas y de vuestros altos hechos en el Danubio. La voz de nuestro emperador os llama á la península de Crimea para vencer y castigar á nuestros soberbios enemigos, quienes, cegados por la maldad y el orgullo, se han atrevido á pasar el mar y á invadir el territorio que es la cuna del cristianismo propagado por toda la Rusia, y el lugar en que fué bautizado el gran duque Vladimiro. Dios se hallará en vuestras filas, y los ángeles combatirán con vosotros invisiblemente.

«El enemigo que ha llegado por un solo camino, huirá por

diez y no podrá librarse sin embargo de nuestros aceros; pues, sabedlo, se halla rodeado por todas partes. Quisiera huir y volver á su país en alas de los vientos; pero, sorprendido por nuestros esforzados batallones, no se atreve á intentarlo. Solo falta darle el último golpe y arrojarle al mar como un cadáver; á vuestro valor está reservada semejante orden; id, pues, sin pérdida de momento á aprovechar tan rara ocasion para la alegría de la Rusia y la gloria de vuestro querido soberano !»

Luego lanzó á Liprandi con veinte y dos mil hombres y cuarenta cañones en las montañas de la cordillera Táurica donde nace el Tchernaiá, apareciendo aquel ejército el 25 de octubre en el valle de Kadikoi, al pié de las alturas que forman un doble anfiteatro al rededor de Balaklava, sobre las cuales los ingleses habian construido cuatro reductos cuya defensa estaba confiada á las tropas auxiliares enviadas por el bey de Tunez. A la vista de los rusos, estos soldados, sobrecogidos de un terror pánico, vuelven cobardemente la espalda, y el enemigo se apodera de la primera línea de las alturas, toma dos reductos junto con siete cañones que los defendian, y dirige su caballería á la llanura de Balaklava. Lord Raglan y el general Canrobert acuden al momento, y lanzan la caballería contra las masas rusas; los dragones escoceses grises y rojos, atraviesan dos veces las filas enemigas en una carga heroica y desesperada; los higlanders combaten con fuerzas muy superiores con admirable intrepidez, pero la lucha era desigual: los rusos recibian á cada instante nuevos refuerzos; la infantería se habia formado en masa en las alturas, y el regimiento de Vladimiro habia puesto en batería diez y seis cañones. Los dos generales en jefe, desde lo alto de las colinas opuestas, contemplaban con viva ansiedad el terrible combate, y dirigian los movimientos del reducido número de soldados que á su disposicion tenian; la caballería lijera inglesa recibió en aquel momento la imprudente orden de avanzar contra los cañones rusos, y aquella brigada, compuesta de seiscientos hombres y formada en dos líneas, lanzóse con maravilloso heroismo hasta la batería de Vladimiro; pero ametrallada de flanco y de frente á la vez, quedó casi destruida: solo ciento veinte y cinco hombres volvieron á las filas inglesas. Sin embargo, las tropas francesas acudieron: ingleses y franceses fuertemente establecidos

en la segunda línea de las colinas se negaban á bajar y á trabar en las posiciones conquistadas por los rusos una batalla desigual. La noche hizo cesar el combate; Liprandi habia estrechado las líneas inglesas; habia tomado dos reductos y algunos cañones, pero no consiguió el principal objeto que se propusiera Mentschikof, pues Balaklava quedaba en poder del ejército inglés. El día siguiente fué rechazada una salida de la guarnicion, y diez dias despues, Menschikof resolvió intentar un nuevo y poderoso esfuerzo para librar á Sebastopol. Aquella vez el ejército ruso dirigió su ataque contra el ala derecha de los ingleses.

En el fondo de la rada de Sebastopol, en el punto en que desagua el Tchernaiá, en el valle que atraviesa el rio y en las vertientes que lo dominan, se extienden las ruinas de una antigua ciudad turca llamada Inkermann; un puente de piedra atraviesa en aquel punto el Tchernaiá. Los ingleses no se habian fortificado lo suficiente por aquella parte, pues ni siquiera habian ocupado el puente, y solo habian construido en las alturas un solo reducto mal armado y defendido por un corto número de soldados. Hacia aquel punto vulnerable dirigiéronse, pues, las fuerzas de los rusos mientras que la guarnicion, por medio de una salida, y Mentschikof por un falso ataque contra Balaklava, operaban una doble diversion: como antes del combate de 25 de octubre, ceremonias religiosas y una proclama dirigida á los soldados rusos estimularon su ardor y su fanatismo; y el 5 de noviembre, á las cuatro de la mañana, en medio de una espesa niebla, el ejército ruso, compuesto de cuarenta mil hombres, pasó el puente de Inkermann y escaló las alturas que se encuentran frente del mismo, llevando cuarenta y dos piezas de artillería. Cien guardias encerrados en el reducto inglés se defendieron con gran valor y dieron á dos divisiones el tiempo de formarse en batalla: los ingleses cargan á la bayoneta, y entonces en medio de una oscuridad profunda, en un terreno desigual, se traba una de las mas sangrientas luchas de que hace mencion la historia de las guerras. «Fué, escribia uno de los actores de aquella horrible jornada, una série de actos de heroismo, de combates cuerpo á cuerpo, de ataques desesperados en los barrancos, en los valles, en la maleza, en hendiduras ocultas á los ojos de los humanos, y de donde salian los vencedores, rusos

ó ingleses, para lanzarse de nuevo en lo mas encarnizado de la lucha. Nadie, en cualquier lugar en que se hubiese hallado, habria podido ver ni una escasa parte de los episodios de aquella gloriosa jornada, pues los vapores de la atmósfera, la niebla y la lluvia oscurecian tan profundamente el cielo, que era imposible distinguir la menor cosa á pocos pasos de distancia.»

Los ingleses han recobrado su reducto; pero los Rusos, formados en masas compactas, y tres veces mas numerosos que sus adversarios, redoblan sus esfuerzos para arrojarles de allí, lográndolo por fin con una carga desesperada, en la que el arma blanca, casi la única empleada, hace por ambas partes espantosos estragos. Los ingleses pierden terreno; sus jefes caen, la posición es crítica; pero en aquel momento conmueve la tierra el paso redoblado de los zuavos y de los cazadores de Vincennes; resuenan sus cornetas: el ejército está salvado. El general Canrobert, acudiendo á galope al saber el terrible combate, encontró en su camino á la division Bosquet, y lanzó á los héroes de Alma en auxilio de sus hermanos de armas. Una inmensa aclamacion de alegría sale de las tropas inglesas al ver el bienhadado refuerzo; los Rusos caen ante la impetuosidad de nuestros soldados, pero, formados de nuevo, empieza otra vez la lucha. Finalmente, los Rusos pierden terreno; rechazados hasta el valle del Tchernaiá, forman sus líneas para retirarse en buen orden; mas los generales franceses han tenido tiempo para levantar baterías en las alturas; una lluvia de hierro cae sobre los soldados rusos, quienes sufren pérdidas inmensas al pasar el puente. Eran entonces las once de la mañana, y la batalla habia empezado á las seis.

Tal fué la jornada de Inkermann; los Rusos dejaron en el campo ocho ó nueve mil hombres, y si bien los franceses, y sobre todo los ingleses, experimentaron pérdidas crueles, el ejército sitiador se habia librado de un inminente peligro. Algunos momentos de retardo en la aparición del ejército francés, y los ingleses eran arrollados; los franceses debían combatir solos un ejército victorioso; nuestras posiciones eran atacadas por retaguardia, mientras que la guarnición practicaba una salida, y quizás hubiera sido preciso levantar el sitio. Es cierto que los soldados encerrados en Sebastopol habian atacado nuestras líneas, pero

no habian tenido mas fortuna que el ejército auxiliar. Los aliados quedaron en todas partes vencedores.

Despues de la batalla de Inkermann, los aliados fortificaron las vertientes del Tchernaiá, así como habian hecho inespugnables las alturas de Balaklava despues de la jornada del 25 de octubre. Los rusos no intentaron ya forzarles en sus temibles posiciones, y el sitio entró en una nueva fase. El grande aliado de los rusos, el invierno, se acercaba con rapidez, y si bien no se encontraban los Anglo-Franceses en el corazon de la Rusia, en las heladas regiones que habian visto perecer á los ejércitos de Carlos XII y de Napoleon I, el invierno, aun en la latitud media de la Crimea, podia producir grandes desastres para un ejército numeroso, hostilizado sin cesar por la guarnicion de la ciudad sitiada, y preparado apenas para tan larga campaña. Las esperanzas que los rusos pudieron concebir debían ser tanto mas vivas en cuanto algunos dias despues de la batalla de Inkermann, uno de los mas terribles huracanes que viera jamás el mar Negro, aquel mar de tempestades, causó inmensos destrozos en la escuadra anglo-francesa; el dia 14 de noviembre, por la mañana, desencadenóse de repente un fuerte viento del sudoeste que desgarró las tiendas, rompió las estacas, y derribó con estrépito los edificios que servian de hospitales y almacenes. El terrible huracan arrebatava hombres y caballos, y al cabo de pocas horas no quedaron mas abrigos en los ejércitos sitiadores que lienzos de pared medio derribados, rocas y accidentes del terreno, detras de los cuales aquellos miles de hombres buscaban un precario é insuficiente refugio. El suelo se habia convertido en un inmenso mar de barro, y de las inmediatas colinas descendian impetuosos torrentes. Balaklava fué inundada y los ingleses sufrieron grandes pérdidas; mas de veinte buques de la marina imperial ó real ó mercantes se perdieron junto con las provisiones, municiones, hombres y caballos que trasportaban, siendo los naufragios mas importantes el de la corbeta de vapor *el Pluton* y el del navío de línea *Enrique VI*. Este buque fué lanzado por las olas á la costa, y hundido casi del todo en la arena.

Pasado el huracan, fué necesario construir nuevas barracas, levantar otros almacenes y reparar todos los daños. Durante el mes de noviembre, unos veinte mil hombres reforzaron el ejército

anglo-francés; los franceses recibieron en abundancia vestidos de invierno cuya necesidad se dejaba vivamente sentir, pues los días eran lluviosos y las noches glaciales. El transporte de víveres se hacía con grande dificultad desde Jamsiek, y sobre todo desde Balaklava á los campamentos.

La plaza disparaba menos contra los aliados que durante el primer mes de sitio, y aprovechaba el tiempo para aumentar sus fortificaciones. En presencia de los primeros rigores del invierno, habia en cierto modo armisticio entre los enemigos; unos y otros concentraban sus recursos y se preparaban para supremos esfuerzos. «El enemigo, decía en una de sus comunicaciones el general Canrobert, aprovecha las forzadas intermitencias para aumentar sus medios de defensa, según lo que nos es dable observar. Hasta ahora ha procurado ante todo intimidarnos, y jamás habia visto tal consumo de pólvora y de balas: nuestros oficiales de artillería calculan que desde nuestra llegada delante de los muros de Sebastopol se han disparado con aquel objeto, cuatrocientos mil cañonazos y quemado un millon doscientos mil kilogramos de pólvora. Esto hace formar una idea de las provisiones acumuladas desde mucho tiempo en la plaza. Sin embargo, observamos ahora que su artillería se muestra mas económica, y que escasea particularmente los proyectiles huecos. El número de nuestros muertos ó heridos no excede de quince diarios.

«El ejército del príncipe Mentschikof se mantiene en la defensiva; ocupa sus posiciones defendidas con piezas de marina, y parece indudable que ha renunciado, hasta nueva orden, á emprender cosa alguna contra nosotros.»

Cuando los rigores de la estación suspendieron en parte las hostilidades, las negociaciones recobraron nuevo vigor; en las conferencias pacíficas de Viena, cuyo resultado debia ser enteramente negativo, los ministros de Francia, de Inglaterra, de Turquía y de Rusia discutian, bajo la presidencia del Austria, cuyo papel era del todo pasivo, las condiciones de una reconciliación; las bases propuestas por las cortes occidentales eran las siguientes:

- 1.^a Que la Rusia renunciase al protectorado que habia ejercido en Valaquia, Moldavia y Servia, y que los privilegios otorga-

dos á estas provincias fuesen colocados bajo la garantía colectiva de las potencias;

2.^a Libertad de navegacion por el Danubio;

3.^a Revision por todas las partes contratantes del tratado de 13 de julio de 1841, en interés del equilibrio europeo;

4.^a Que la Rusia cesase de revindicar el derecho de ejercer un protectorado oficial sobre los súbditos de la Puerta.

El gabinete ruso contestó de un modo evasivo; la Prusia era evidentemente favorable á la Rusia; el Austria á pesar de su intervencion amistosa, de su aparente buen deseo de hacer cesar las hostilidades, y de la formal promesa hecha á los aliados, quienes la habian autorizado para que entrasen sus ejércitos en los Principados, de defender dichas provincias contra cualquiera agresion de la Rusia, esperaba el resultado de la lucha, como en otro tiempo Metio Suffetio en el monte Albano, siendo indudable que las negociaciones podian ser únicamente un engaño ó un pasatiempo, y que la solucion de la gran contienda solo podia nacer en el campo de batalla.

Los turcos, ya por impericia de sus jefes, ya por la mala organizacion de su ejército, habian sufrido en Asia una série continua de reveses. En noviembre de 1853, fueron vencidos en Guediklez y arrollados hasta Kars donde tenian su cuartel general, quedando los veinte y seis mil hombres de su ejército reducidos casi á la mitad á consecuencia de las privaciones, de las enfermedades, y de la completa desorganizacion de todos los servicios. En junio de 1854 aquel ejército, reforzado y reconstituido salió otra vez á campaña, pero á pesar del valor que distinguia á los nuevos jefes que habia recibido, fué vencido en varios encuentros, sufrió en el campo de Karaboulak una desastrosa derrota, y no pudo impedir á los rusos que entrasen en Bayazid, fortaleza situada al pié del Ararat, en la provincia de Van. El general ruso Bebutof disponia de veinte mil hombres, y á su frente marchó contra Erzeroum; dispersó á los turcos en Indje-Deré, pero las sensibles pérdidas experimentadas por su ejército, le impidieron continuar con buen éxito su movimiento ofensivo, y por otra parte los circacianos de Schamyl amenazaban á Tiflis: los rusos viéronse pues obligados, á pesar de la superioridad de sus armas, á renunciar á los beneficios que de aquella campaña se habian prometido.

En esto continuaban sin resultado las operaciones delante de Sebastopol; el estado de los trabajos del sitio se halla resumido en el siguiente fragmento de una carta escrita por un oficial francés en los primeros dias de diciembre: «Nuestra situacion, decia, continúa la misma; nuestras posesiones se fortifican; nuestras baterías y nuestras obras de sitio aumentan. Por su parte, los rusos no permanecen inactivos, y puede afirmarse que si son grandes nuestros medios ofensivos, los esfuerzos de la defensa están á la altura del peligro. Pueril seria ocultarlo: Sebastopol se encuentra en el dia mas completamente armado, mas eficazmente defendido de lo que lo estaba en la época de nuestros primeros ataques, y á pesar de que el primer recinto haya sufrido mucho, los parapetos y obras elevadas por los rusos compensan con usura aquella desventaja. Puede decirse tambien que la ciudad propiamente dicha apenas ha sufrido, pero el arrabal de la marina, y el cuartel tártaro que están fuera del recinto, han sido destruidos. Desde las alturas ocupadas por los ingleses se distingue muy bien lo que ocurre en la ciudad, y en contra de lo que se ha dicho, todo anuncia reinar en ella el orden mas perfecto, sin las mas leve confusión: los habitantes circulan, las tropas van y vienen sin precipitarse. En muchos puntos, véanse largas líneas de fusiles formando haces, y en todo aquel movimiento se observa la completa ausencia de mujeres y niños. Los rusos se enteran tambien minuciosamente de cuanto sucede en nuestro campamento, y parecen causarles alguna grave inquietud los progresos que hacen los franceses por la parte de la Cuarentena.....

«Los ingleses trabajan mucho, pero sus obras se hallan menos avanzadas, á causa de la falta de costumbre que cansa mucho á los soldados, y de la primitiva ausencia de trabajos suficientes. En varios puntos han debido hacer lo que habria tenido que ser obra de los primeros dias, mas sus fatigas no les impiden portarse admirablemente siempre que los rusos se muestran por su lado. En las alturas de Inkermann han establecido una batería de ocho piezas de á 32 que domina el puerto y las baterías de tierra, y como esta posicion se encuentra á mil quinientos metros al norte de las líneas inglesas, deben ejercer gran vigilancia para evitar que el enemigo se apodere de ellas en una repen-

tina salida. El ejército Liprandi ha abandonado sus posiciones de Balaklava durante la noche del 5 al 6, y ha quemado al retirarse las vastas barracas de madera levantadas para invernar. Cuando el 6 desde las alturas del Telégrafo, los aliados han visto sus columnas retirándose en buen orden, su sorpresa ha sido incomparable, mayormente cuando dicha retirada se ha realizado con tanto silencio, que las avanzadas, sitas á algunos centenares de metros no han oido la menor cosa. En un principio no sabíase á qué atribuirse aquel acto de los rusos, que quizás sea efecto de la dificultad que tenían en proporcionarse provisiones, y del desborde del Tchernaja que habia inundado su campamento en diferentes puntos, segun así lo acreditaron los reconocimientos.»

Los tiradores, los intrépidos voluntarios de ambos ejércitos agazapados detrás de los accidentes del terreno, cambiaban todo el dia fusilazos con los rusos, y á esto se limitaba por decirlo así la guerra activa. El viento del sudeste barria el sitio en que se hallaban acampados los ejércitos aliados, y llevaba á él la lluvia el granizo y la nieve; los sufrimientos de los franceses eran grandes, pero no podian compararse con los de nuestros aliados, cuya administracion militar, desorganizada por una larga paz, no habia manifestado la prevision ni hecho los preparativos que exigia el invierno. Diciembre y enero tuvieron dias crueles; la humedad del suelo y las heladas ejercieron funesta influencia en la salud del soldado; el cólera habia reaparecido y causaba grandes estragos entre hombres mal alimentados y expuestos á continuas fatigas. Los regimientos ingleses iban perdiendo su gente, y muchos de ellos quedaron del todo aniquilados. Peor se hallaban aun los veinte mil soldados turcos, acampados á la derecha de los franceses, cuyos trabajos compartian; sin intendencia, sin médicos, sin víveres, sin vestidos, habrian muerto todos indistintamente, á no ser por el auxilio fraternal de sus vecinos.

Los Rusos despues de extender y aumentar sus fortificaciones, abrieron de nuevo su fuego con mas precision y no menos vigor que antes, haciendo además algunas salidas de poca importancia; por su parte, los aliados continuaban sus obras de circunvalacion al rededor de la parte meridional de la plaza, y los ingle-

ses construian un camino de hierro desde Balaklava al campamento, á fin de facilitar el transporte de víveres y municiones. Durante el mes de enero, los sitiados practicaron algunas salidas vigorosas, que no obtuvieron resultado alguno, y en los combates nocturnos y frecuentes que ocasionaban las salidas de la guarnicion, mostrábase por ambas partes un arrojo que honraba igualmente el valor de los dos ejércitos enemigos; las luchas cuerpo á cuerpo se renovaban sin cesar, y producian actos de una audacia y de un encarnizamiento sin ejemplo. Los rusos se habían recobrado de la sensacion que les causara la doble derrota de Alma y de Inkermann; su esperanza se reanimaba á medida que la estacion era mas rigurosa, y aquel sitio empezado bajo los auspicios de una victoria, debia contarse entre los mas duros y difíciles, y tomaba, al prolongarse, proporciones gigantescas.

El día 16 de febrero los rusos hicieron una tentativa para recobrar Eupatoria, acupada por un cuerpo de tropas francesas y turcas; pero Omer-Bajá acababa de desembarcar en aquella ciudad con sus mejores soldados egipcios, y los rusos fueron rechazados, dejando en el campo á muchos centenares de hombres.

Las pérdidas experimentadas delante de Sebastopol por el ejército inglés eran tan considerables, que los franceses debieron relevarlo en parte de sus posiciones de ataque; una division francesa se estableció en la derecha de la plaza, delante de la torre Malakof, llamada por los rusos baluarte Kornilof, del nombre de uno de sus generales muerto durante los primeros dias del sitio, y en la que se habian acumulado inmensos trabajos de defensa; el 23 y 27 de febrero, algunos batallones de zuavos intentaron en vano apoderarse de dos reductos, llamados Selinghinsk y Vollynia, designados mas tarde con el nombre de obras blancas y construidas para proteger Malakof por la parte del este. Los soldados se portaron con heróico valor, pero sorprendidos en su marcha y rodeados por fuerzas superiores, sufrieron grandes pérdidas, y dejaron en la nieve ensangrentada á gran número de los suyos.

El sitio continuaba, pues, sin eficaz resultado, con repetidos dramas, con extraordinarias peripecias; las negociaciones que se proseguian en toda Europa, no dando mas consecuencia notable que la adhesion del Piamonte á la alianza de la Francia y de

la Inglaterra; el rey de Cerdeña habíase obligado por un tratado de 10 de enero de 1854, á enviar quince mil hombres á Crimea, cuando aconteció un suceso que debia ejercer una influencia decisiva en la marcha de los negocios; una mañana supo la Europa que el autor de la guerra, el hombre cuya ambicion conmovia el mundo, habia muerto. Una correspondencia dirigida al *Diario de los Debates*, refirió del modo siguiente los últimos momentos del emperador Nicolás:

«El dia 14 de febrero, el emperador se sintió fuertemente resfriado, y sus médicos exigieron que renunciase á sus trabajos y ocupaciones ordinarias; el emperador no atendió á esta disposicion tanto como hubiera sido menester, y despues de algunos dias de descanso, quiso salir, á pesar de un frio de mas de veinte y cinco grados, para pasar una revista, y esta imprudencia le causó una recaida.

«El jueves, 1.º de marzo, observáronse algunos momentos de delirio, y por la tarde, reconocíase la impotencia de los remedios y la inminencia del peligro. Entónces se habló al emperador del cumplimiento de sus deberes religiosos, y la ceremonia fué fijada para el siguiente dia. La emperatriz quiso pasar la noche cerca de su esposo, pero este se opuso á ello á causa de verla apenas convaleciente de una grave enfermedad; prometióle llamarla si se sentia peor, rogóle que dijese en alta voz el *Padre nuestro*, lo que verificó, y cuando la emperatriz pronunció estas palabras: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» exclamó: «Siempre, siempre, siempre!»

«El dia 2 de marzo, á las tres de la madrugada, su primer médico, el doctor Mandt, le previno de la inminencia del peligro; el emperador llamó á su confesor y cumplió todos sus deberes con perfecta lucidez de espíritu, en presencia de la familia imperial. Repitió con voz inteligible las oraciones de la comunión, y despues de recibir el Sacramento, encontróse mas aliviado, y se mostró mas sereno. «Ahora, dijo, espero que Dios me abrirá sus brazos», y luego despidióse de sus hijos y nietos, bendiciéndoles á todos uno despues de otro sin olvidar á los ausentes.

«La emperatriz habia vuelto cerca del emperador, en virtud de un aviso que recibió del doctor Mandt, y ya no se separó mas de

él; al verla llorar, el emperador la consoló, suplicándole que cuidase de su salud y que se conservase para su familia.

«El conde Orlof, el conde Adlerberg y el príncipe Dolgorouki, amigos fieles y adictos habian sido admitidos cerca del emperador, el cual se despidió igualmente de ellos; despues de sus amigos, quiso ver á sus ayudas de cámara, á sus criados y á los ancianos granaderos del palacio, y dirigió á todos palabras de consuelo y de bondad. A la señora Rohrbeck, primera dama de la emperatriz, díjole: «Temo no haberos dado las gracias cual corresponde por los cuidados que tuvisteis por la emperatriz durante su última enfermedad; sed para ella en adelante lo que habeis sido mientras yo he vivido, y saludad á mi hermoso Peterhof la primera vez que vayais allá con ella.»

«El Emperador determinó por sí mismo todas las ceremonias de su entierro, despues de hacer anunciar por el telégrafo su próxima muerte á las ciudades de Moscou y de Varsovia.

«En aquel momento, anuncióse al emperador el hijo del príncipe Mentschikof que acababa de llegar con cartas de su padre; el czar se negó á enterarse de ellas, diciendo: «Esto podría unirme mas aun á la tierra.»

«Las primeras horas de la madrugada han sido consagradas á tan tristes disposiciones; el emperador se hallaba tranquilo, parecia no sufrir, y todos admiraban la firmeza y serenidad con que contemplaba la muerte. A las once, la respiracion se hizo mas penosa y cesó de hablar.

«A las doce, recobró la palabra; pero solo para enviar una tierna despedida, á un amigo fiel y adicto, y para recomendar á su hijo primogénito que diese gracias en su nombre á la guarnicion de Sebastopol. Un cuarto de hora despues, dió el último suspiro sin esfuerzo, sin dolor, y púdosele ver en su gabinete, tendido sobre su lecho de campaña, y cubierto con su capote militar.»

Nicolás dejó seis hijos: El gran duque Alejandro, la gran duquesa María, viuda de Maximiliano, duque de Leuchtenberg; la gran duquesa Olga, esposa del príncipe real de Wurtemberg; el gran duque Constantino, el gran duque Nicolás, y el gran duque Miguel. Los dos últimos se encuentran solteros; el gran duque Alejandro, la gran duquesa María, y el gran duque Constan-

tino tienen hijos; la gran duquesa Olga, princesa real de Wurtemberg, no los tiene, y excepto esta que residía en Stuttgart, todos los hijos y nietos del emperador Nicolás vivían en palacio.

El primogénito de dichos hijos, el gran duque Alejandro, nacido en 17 de abril de 1818, fué proclamado emperador bajo el nombre de Alejandro II.

ALEJANDRO II. No ha cumplido todavía un año desde que este soberano ha ceñido su frente con la pesada corona que le han legado Pedro, Catalina y Nicolás; sin hacer de él juicio alguno, pues esto pertenece al porvenir, citaremos un rasgo que indica en él una excelente índole, y que pinta quizás la situación íntima de la Rusia. Hace algunos años, que el gran duque, futuro heredero del trono, decía con profunda melancolía á su hermano Constantino, mas jóven que él de siete años: «Es una pesada carga el tomar sobre sí la suerte de sesenta millones de hombres! —Hermano mio, replicó Constantino; cededme vuestros derechos si os fatigan.»

Esta anécdota, cuya autenticidad nos garantiza el concienzudo testimonio de M. Schnitzler, caracteriza bien á ambos jóvenes, preocupado el uno con los grandes y difíciles deberes de su cargo; fogoso, lle no de ambicion el otro, y viendo principalmente en el poder absoluto la satisfaccion de su voluntad. Aquella anécdota resume además los dos partidos opuestos que rodean á cada uno de ellos.

A pesar de sus pacíficas ideas y de las inclinaciones de su carácter, el nuevo emperador no podía abandonar la política rusa ni abjurar solemnemente los proyectos de su padre, pues, aun cuando lo hubiese querido, gran parte de la Rusia y su hermano Constantino se lo habrían impedido. La muerte de Nicolás no cambió por entonces la situación política, y así lo supo la Europa al leer el siguiente manifiesto, publicado en 18 de febrero (3 de marzo), es decir, el mismo dia de la elevacion de Alejandro II:

«Dios, en sus impenetrables designios, ha querido herirnos con un golpe tan terrible como inesperado: á consecuencia de una corta, pero grave enfermedad, que en los últimos dias se desarrolló con inaudita rapidez, nuestro muy querido padre el emperador Nicolás Pawlovitch ha muerto hoy 18 de febrero. No

existen palabras para expresar nuestro dolor que será tambien el de todos nuestros fieles súbditos.

« Al someternos con resignacion á los inescrutables designios de la Providencia divina, solo en ella buscamos consuelo, y solo de ella esperamos las fuerzas necesarias para sostener el peso que ha tenido á bien imponernos. Así como el padre á quien lloramos consagró todos sus esfuerzos, todos los momentos de su vida á los trabajos y cuidados que reclamaba el bien de sus súbditos, tambien nos, en esta hora dolorosa, pero grave y solemne, al sentarnos en nuestro trono hereditario de Rusia, así como del reino de Polonia y del gran ducado de Finlandia, inseparables de él, contraemos delante de Dios invisible, siempre presente á nuestro lado, el sagrado compromiso de no tener jamás otro fin que la prosperidad de nuestra patria. Haga la Providencia, que nos ha llamado á ejercer tan alta mision, que, guiado y protegido por ella, podamos afirmar á la Rusia en el mas alto grado de poder y gloria, que por nos se realizen las miras y los deseos de nuestros ilustres predecesores Pedro, Catalina, Alejandro el muy Amado, y nuestro augusto padre de imperecedera memoria!

«Nuestros súbditos nos auxiliarán con su experimentado zelo, con sus oraciones unidas con ardor á las nuestras delante los altares del Altísimo; así lo esperamos, así se lo rogamos, al mismo tiempo que les mandamos prestarnos juramento de fidelidad, como tambien á nuestro heredero, Su Alteza Imperial el Cesarevitch gran duque Nicolás Alexandrevitch.

«Dado en San Petersburgo, el dia décimo octavo del mes de febrero del año de gracia 1855, y el primero de nuestro reinado.»

La orden del dia dirigida al ejército, se hallaba animada de igual espíritu:

«Valientes soldados, dice el nuevo autócrata, fieles defensores de la iglesia, del trono y de la patria! Dios omnipotente ha tenido á bien herirnos con la mas triste y terrible de las calamidades. Hemos perdido á un maestro y á un bienhechor.

«En medio de sus infatigables cuidados para la felicidad de la Rusia, mi muy querido padre, el emperador Nicolás Pawlovitch, ha sido llamado á una vida eterna.

«Sus últimas palabras han sido: «Doy gracias á la leal y es-

forzada guardia que salvó á la Rusia en 1825, como tambien al valiente ejército y á la escuadra. Ruego á Dios que perpetúe entre mis soldados su decisión y fidelidad á fin de afirmar la seguridad interior y la fuerza exterior del imperio.

«Desgraciados entonces los enemigos que atacasen á la Rusia!

«Si el estado de mis súbditos no ha mejorado tanto como yo queria, debe creerse que no he podido hacer mas.»

«Sean estas inolvidables palabras, prueba del sincero amor que os profesaba, amor del cual participo yo en alto grado, ser conservadas en vuestros corazones como una prenda de vuestra devocion hácia mí y hácia la Rusia!

«Valientes soldados, bravos compañeros de armas de un jefe que descansa actualmente en Dios, habeis grabado en vuestros pechos las postreras expresiones de su amor tierno y paternal. Como prenda de este amor, os doy, guardias, alumnos de la escuela militar, y regimiento de granaderos del generalísimo príncipe Souvaroff, el uniforme que llevaba el emperador, vuestro bienhechor; consideradlo como un objeto sagrado y un recuerdo indestructible para las generaciones venideras.»

Los discursos dirigidos á la nobleza, al senado y al cuerpo diplomático, llevaban impresos iguales sentimientos; pronunciáronse nobles palabras en pro de una mala causa. Alejandro no queria ni podia ceder á las justas exigencias del Occidente, y pudo de nuevo conocerse que la solución de la gran contienda agitada, hallábase en Sebastopol, entre los nobles soldados que por ambas partes cumplian tan bien con su deber.

Mentschikof, cuyas operaciones habian sido constantemente desgraciadas, fué reemplazado en el mando en jefe por el príncipe Gortschakof, y enviáronse á Sebastopol nuevos y considerables refuerzos. Los aliados, por su parte, veian cada dia llenar con nuevas tropas las bajas que habian producido en sus filas el invierno y los combates; marzo habia suavizado la temperatura, y sitiados y sitiadores preparábase á comunicar un vivo impulso á las operaciones militares. Las divisiones francesas colocadas á la derecha de la línea de ataque, en las alturas de Inkermann y delante de Malakof, proseguian activamente sus trabajos al rededor de aquella formidable obra, defendida por los mejores soldados rusos, considerada como la llave de Sebastopol,

y lugar en que empezó á concentrarse la energía del ataque y de la defensa. Durante el mes de marzo verificáronse algunas salidas, algunas emboscadas, que no pudieron impedir á los aliados el adelantar la construcción de sus galerías y paralelas. En la noche del 24 de marzo arrojáronse diez mil hombres contra las trincheras francesas, pero fueron rechazados con pérdidas considerables.

Los últimos días de marzo y los primeros de abril se emplearon en los preliminares del bombardeo preparado por los prolongados trabajos del invierno, creyéndose que después del bombardeo sería posible dar el asalto. Las baterías fueron descubiertas el 9, y cuatrocientas piezas rompieron contra la plaza un espantoso fuego; las bombas y los cohetes incendiarios caían sin descanso en la ciudad sitiada, pero una lluvia violenta contrarió este ataque y le impidió el ser decisivo; los daños causados en las fortificaciones de la plaza no fueron suficientes para permitir el asalto, y fué preciso llevar mas adelante las baterías y preparar un nuevo bombardeo.

Durante los días 1.º y 2 de mayo fué tomada una obra consistente en una serie de puestos fortificados, sólidamente unidos entre sí, establecidos en la izquierda de las líneas francesas, entre los fuertes llamados Baluarte Central y Baluarte del Mástil, permitiendo prolongar las galerías. Aquella guerra de noche y de día se mezclaba con luchas subterráneas en las minas y contra-minas abiertas por ambas partes para destruir los trabajos del enemigo.

Francia é Inglaterra impacientábanse por la lentitud de aquel sitio sin ejemplo en los tiempos modernos: el general Canrobert se hallaba extenuado por las fatigas del mando, y varias veces habia sido reconvenido por falta de decisión. Entendido, valiente y zeloso, habia prestado un servicio inmenso pasando frente de los muros de la ciudad la dura estacion de invierno; pero ya careciese de confianza en el resultado de su difícil misión, ya no pudiese soportar el peso de sus fatigas, hizo dimisión del mando en jefe, y le reemplazó el general Pelissier, veterano de nuestras guerras de Africa, militar enérgico y resuelto. Terminados los penosos preparativos del sitio, el nuevo general era el hombre que convenia para la acción decisiva, para la

grande y suprema batalla que debía ser el desenlace de aquel largo drama.

El general Pelissier resolvió llevar el frente de su ataque contra el arrabal de la Marina ó Karabelnaia, situado en su lado derecho, y contra las obras que lo defendian, es decir las obras blancas, la torre Malakof, la media luna Kamchatka ó el Reducto Verde y la Estrella, sin olvidar sin embargo las operaciones de su izquierda. Su predecesor le dejaba un ejército aguerrido compuesto de ciento cuarenta mil hombres; los Ingleses contaban treinta y dos mil hombres válidos y dispuestos para el servicio, y el contingente sardo proporcionábale un refuerzo de quince mil excelentes soldados.

Sebastopol continuaba recibiendo refuerzos y municiones por Simferopol y Perekop; pero la plaza veia estrecharse cada dia el círculo de fuego que la rodeaba por el mediodía, y un doble triunfo de los sitiadores descargóle un funesto golpe. El primero fué la ocupacion de las vastas obras elevadas á la izquierda de los Franceses, entre la Cuarentena y el Baluarte Central: despues de dos sangrientos combates trabados durante las noches del 22 al 23 y del 23 al 24, dos divisiones francesas penetraron en las obras enemigas, y se apoderaron de ellas á viva fuerza, costando aquel hecho de armas siete ú ocho mil hombres fuera de combate por una y otra parte.

El segundo hecho capital que debía ejercer en la guerra una influencia decisiva, fué una expedicion de las escuadras inglesa y francesa al mar de Azof, en la que fueron quemados y arrojados al mar los numerosos depósitos de víveres y de municiones del enemigo. El 20 de mayo, una escuadrilla compuesta de veinte y ocho buques franceses de toda fuerza, y de treinta y dos velas ó vapores ingleses, llevando unos diez mil hombres de desembarco, pasó el estrecho de Kertch, tomó la ciudad de este nombre, se apoderó de Ienikalé, arrojó algunas bombas en Arabat, incendió los almacenes de Genitchi, en el otro extremo del largo brazo que separa el mar Pútrido del mar de Azof, y tambien los de Taganrog, destruyó gran número de buques costaneros y pesquería, arruinó el comercio ruso en el mar de Azof, y arrebató á la ciudad sitiada sus mas considerables recursos en el mismo momento en que los aliados preparaban contra ella formidables esfuerzos.

El día 7 de junio, franceses, ingleses, sardos y turcos, asaltan el lado oriental de las fortificaciones, desde la bahía del Carenero, las obras blancas y el Reducto Verde, hasta la Estrella, quedando en su poder las obras blancas, las del Carenero y el Reducto Verde, notable triunfo que hacia esperar otro mas decisivo aun. Tomadas aquellas fortificaciones, tratábase de tomar la obra principal, es decir, Malakof, y el bombardeo que empezó de nuevo en toda la línea el día 16 de junio, anunció otra gran batalla. La accion general, con tanta impaciencia esperada, tuvo lugar el 18, pero por un fatal error, fué mal interpretada la señal del general en jefe, y el ataque careció de conjunto y de precision. De las tres divisiones francesas que entraron en accion, dos perdieron sus generales; los ingleses, encargados del ataque de la Estrella, sufrieron tambien pérdidas enormes; un regimiento francés penetró en Malakof, y clavó allí su bandera; pero despues de perder mucha gente, vióse obligado á abandonar la torre que con tanto valor conquistara.

Aquel acontecimiento retardaba el término del sitio, pero no cambiaba sensiblemente la respectiva posicion de los sitiadores y sitiados; el general Pelissier manifestó su intencion de continuar los trabajos con energía y perseverancia en la siguiente órden del día:

«Soldados!

«En la jornada del 18 de junio, nuestras águilas han sido llevadas hasta las obras que constituyen el recinto de Sebastopol; pero ha sido preciso renunciar á una lucha, que incidentes que no habia debido yo tener en cuenta, habrian hecho harto sangrienta, y habeis vuelto en buen órden á vuestras líneas sin que el enemigo se haya atrevido á salir de sus atrincheramientos para inquietar vuestra retirada.

«Nuestra situacion actual es igual á la de la víspera del combate; mi confianza en vuestro ardor y en el triunfo, es la misma; los refuerzos que nos llegan cada día, bastan y sobran para reemplazar á aquellos de vosotros que han sucumbido gloriosamente, y á quienes en vuestro corazon habeis jurado vengar. Hemos ganado terreno, y estrechando al enemigo mas y mas, estamos seguros de vencerle. Con esfuerzos inauditos logra á pe-

nas subsistir, llenar las bajas de sus filas y proveerse de municiones, al paso que nosotros, dueños del mar, renovamos incessantemente nuestros medios de ataque.

«Soldados! Sé que os mostrareis mas pacientes, mas enérgicos, que nunca en esta obstinada lucha cuyo término producir á la paz del mundo, y en la que habeis dado pruebas de abnegacion, de valor y de patriotismo, que han coronado nuestras banderas con una gloria inmortal.»

Las palabras del general Pelissier eran la expresion de un hecho real y positivo; cada día aumentaban los apuros de la plaza sitiada; el fuego enemigo, al acercarse, se hacia mas mortífero; los aprovisionamientos eran raros y difíciles, y el tifus diezaba á la guarnicion.

Nada importante aconteció en los últimos dias de junio, durante el mes de julio y la primera mitad de agosto. El general Pelissier trabajó con perseverancia en reducir aun mas las distancias que separaban sus obras de las de sus aliados, é hizo abrir nuevas trincheras que debian conducir á sus soldados á treinta ó cuarenta metros de la plaza. A los padecimientos del invierno habian sucedido con el estío nuevos obstáculos que hacian mas trabajosa la tarea del ejército, sin lograr, empero, disminuir su ardor: el cólera habia reaparecido, y una de sus víctimas fué lord Raglan, general en jefe de las tropas inglesas. Su sucesor el general Sipson, su jefe de estado mayor, dejó entrever en la primera comunicacion que dirigió á su gobierno, que el sitio podria aun prolongarse mucho tiempo. «Por ahora no pensamos, decia, en ninguna operacion de importancia; estamos ocupados en reparar y perfeccionar nuestras obras para estar prontos á obrar con los franceses cuando hayan terminado sus trabajos hácia la torre Malakof.» En efecto, los partes carecieron de interés hasta mediados de agosto; luego de repente, recibió la Europa con veinte dias de intervalo, la noticia de una gran victoria alcanzada por los aliados, y la de la toma de Sebastopol.

Estrechados mas y mas en la plaza, extenuadas por las fatigas, las privaciones y las enfermedades contagiosas, privados de provisiones desde la expedicion del mar de Azof, y de refuerzos á consecuencia de las diversiones hechas por los aliados en otros puntos del imperio, especialmente en el Báltico, donde Sveaborg

habia sido bombardeada é incendiada el dia 7 de agosto, y hasta en el Océano Glacial, donde Petropolovski acababa de ser destruida, los sitiados intentaron, por medio del ejército auxiliar que tenian en el campo, un supremo esfuerzo para libertarse. Aunque podian contar con menos probabilidades de triunfo que en Balaklava y en Inkermann, puesto que la derecha de los campamentos inglés y francés estaba protegida por reductos, baterías y un ejército de observacion, Gortschakof reunió treinta mil de sus mejores soldados, estimuló su zelo con las exhortaciones de los popes, hízoles esperar una victoria fácil, y lanzóles al valle del Tchernaiá, mas allá del puente de Traktir, á fin de arrollar con un desesperado esfuerzo al ejército aliado y tomar los campamentos por retaguardia. Sin embargo, tres divisiones francesas y parte del ejército sardo custodiaban las alturas opuestas, y los rusos fueron rechazados en desorden á la otra parte del puente que habian pasado; su jefe, el general Read, fué muerto; seis mil hombres quedaron fuera de combate, y los aliados se apoderaron de mas de dos mil prisioneros.

Esta victoria era el preludio de un triunfo mas importante aun; en la noche del 9 de setiembre, el siguiente parte transmitido por el telégrafo eléctrico que funcionaba desde el mes de mayo entre Balaklava y Varna, por medio de un cable submarino, y desde Varna por Viena hasta Paris y Londres, excitó vivo entusiasmo en Francia y en Inglaterra.

«El 8 de setiembre de 1855, á mediodía, dióse el asalto á Malakof. Sus reductos y la estrella del Carenero han sido tomados por nuestros valientes soldados con admirable entusiasmo á los gritos de; viva el emperador!

«Sin pérdida de momento nos hemos ocupado en establecernos allí, y lo hemos logrado por lo que hace á Malakof. La estrella del Carenero no ha podido ser conservada delante de la poderosa artillería que derribó á los primeros que ocuparon aquella obra. Nuestra sólida instalacion en Malakof no tardará en producir la destruccion del Carenero, así como la de la Gran Estrella, en la que penetraron nuestros aliados con su acostumbrado arrojo; pero, lo mismo que en el Carenero, debieron ceder ante la artillería enemiga y poderosos refuerzos.

«Al ver nuestra bandera flotando en Malakof, el general de

Salles dirigió dos ataques al baluarte Central, aunque sin éxito; nuestras tropas volvieron á sus trincheras.

«Nuestras pérdidas son considerables, y no me es dable precisarlas todavía; pero hállanse suficientemente compensadas con la toma de Malakof, hecho de inmensas consecuencias.»

Un segundo parte confirmaba la noticia, y le daba la importancia de una victoria decisiva.

«Karabelnaia y la parte sur de Sebastopol ya no existen; el enemigo viendo nuestra sólida instalacion en Malakof, se ha decidido á evacuar la plaza, despues de haber volado casi todas sus fortificaciones.

«He pasado la noche en medio de mis tropas, y puedo aseguraros que todo ha volado en Karabelnaia, debiendo haber sucedido lo mismo en nuestro lado izquierdo.—Tan completa victoria hace grande honor á nuestras tropas.

«Os comunicaré el estado de nuestras pérdidas del día, las que, despues de tantos y tan obstinados combates, no pueden menos de ser considerables.

«Mañana podré precisar los resultados de la jornada, en la que se han cubierto de gloria los generales Bosquet y MacMahon.»

Despues de su derrota en el Tchernaiia, estrechada mas y mas cada día, diezmada por un bombardeo y por un fuego que, segun confesion de Gortschacof, ponía fuera de combate á quinientos hombres diariamente, imposibilitada de hacer uso de sus cañones á causa de la proximidad de los trabajos del sitio, la guarnicion de Sebastopol se ilustró aun por sus heroicos esfuerzos en el último asalto: de siete ataques, rechazó seis; pero tomada por los franceses Malakof, la verdadera llave del arrabal Karabelnaia y de la parte meridional de la ciudad, Gortschacof resolvió evacuar la ciudad y retirarse á los fuertes del Norte antes de que se le cortase la retirada. Así terminó, despues de trescientos treinta días de trinchera abierta, aquel sitio famoso entre todos, que ilustrará para siempre el heroismo de los ejércitos que en él combatieron. La toma de Sebastopol es un hecho capital que, si va seguido, como es presumible, de la ocupacion de la Crimea por los aliados, indicará á la posteridad el término de la exagerada ambicion y de las pretensiones

de Pedro el Grande, de Catalina II y de Nicolás, pudiendo al mismo tiempo inaugurar en el imperio ruso una era de trabajo interior, de reformas, de legislación y de verdadera grandeza.

CAPÍTULO X.

Actual estado de la Rusia.--Literatura.--Bellas artes.--Religion.--Hacienda.--Fuerzas militares.

(1855.)

Después de haber explicado los hechos que componen la historia de Rusia, demos una rápida ojeada á la literatura de aquel país, á su organizacion social, á su religion, á su sistema militar y rentístico, y con ello habremos abrazado en su conjunto la vida entera de aquel inmenso imperio. Al estudiar la Rusia, no puede desconocerse la notable desproporcion de su poder exterior, de la influencia que ha ejercido en Europa, con la debilidad de su organizacion interior y el estado de atraso de sus instituciones sociales, lo mismo que de su progreso intelectual.

El movimiento literario indica por punto general el grado de civilizacion á que ha llegado un pueblo; en las épocas de barbarie, agitados los ánimos por la confusion social, preocupados con las dificultades de la vida material, y privados de las luces de la educacion, se apartan de los trabajos intelectuales; y si, impulsados por cierta fuerza innata, se lanza hácia las regiones de la creacion y de la poesía, imprimen á sus obras mas sublimes, un sello de la época bárbara en que vivieron. Así ha sucedido en Rusia hasta el momento en que escribimos: ha tenido algunos poetas, algunos escritores aislados, pero no ha visto manifestarse todavía uno de aquellos grandes movimientos literarios en los que parece tomar parte todo un pueblo, y que ilustran un siglo en la vida de las naciones.

«El idioma ruso, dice el historiador Leclerc (1), hermoso y rico sin auxilio de los agenos, reúne la ventaja de encontrar en caso necesario nuevas riquezas en la lengua eslava á la que debe su origen. Uno y otra contienen muchas palabras imitativas, y po-

(1) *Hist. de la Rusia mod.* t. I. lib. II.

sen los aumentativos y diminutivos de los idiomas latino é italiano, de modo que con una sola palabra pueden distinguirse las dimensiones de un objeto, y muchas veces el uso á que se halla destinado.» Aquel idioma que, segun reconocen pueblos perfeccionados en el arte de bien hablar, no carece de armonía, de acento ni de número, no poseia en tiempo de Pedro I, y tambien de Catalina II, gramática ni diccionario donde se pudiese aprender á leer y á escribir, donde pudiesen estudiarse las obras nacionales; era un buen instrumento del cual no sabian servirse los incultos contemporáneos de Pedro I. Pocas transiciones y términos abstractos, una carencia notable de expresiones para las ideas compuestas ó complicadas, palabras pintorescas, cierta grandeza comparable á la de la lengua hebrea, una facilidad á veces bárbara, á veces elocuente en los giros, tales eran los caracteres mas notables de aquel idioma. El estilo escrito diferia sensiblemente del familiar, y los dialectos de las distintas provincias del imperio consistian, mas que en diferencias esenciales, en modos variados de pronunciacion. El latin ha prestado algunos elementos al ruso, y los griegos, al convertir á los eslavos ejercieron en ellos una innegable influencia, y transmitieronles la mayor parte de sus signos gráficos; mas el griego, á pesar de su introduccion en los términos de la gramática, y sobre todo en los de la liturgia, no produjo grandes modificaciones en el elemento eslavo, el cual quedó siendo el fondo del idioma ruso, pudiéndose reconocer fácilmente el parentesco de esta lengua, no solo con el servio, dialecto casi igual que sufre las mismas influencias, sino con el polaco y los demás idiomas de origen eslavo que hablan en su mayor parte los pueblos del Danubio.

Como todos los pueblos conquistadores, los rusos empezaron por celebrar en cantos poéticos las hazañas de sus guerreros: sus primeras producciones, en este género, datan de fines del siglo X, y en ellas vemos las imágenes, el estilo figurado del Oriente, unido con cierta energía que segun aseguran los hombres versados en el estudio del eslavo, no carece de grandeza ni de encantos. Sin embargo, aquella primitiva poesía nacional no pasó de sus primeros ensayos; las costumbres rusas se ablandaron con el contacto de los degenerados griegos de Constantinopla; vino luego la invasion tártara, y durante tres siglos, en vez de can-

tos de guerra y de victoria, aquel idioma, tan inculto y rudo como el primer día de su existencia, dejó oír las quejas de la servidumbre y del terror. Algunos monjes conservaban en el fondo de sus conventos, no el sentimiento de la poesía, pero sí las reglas de una versificación grosera aplicada á la glorificación de los santos, y en tiempo de Alexis, padre de Pedro el Grande, aparecieron los primeros ensayos de aquella deforme poesía cuyo modelo proporcionaron los polacos. El monje Simeon Polotski tradujo el Salterio, y añadió á él un elogio en verso de todos los santos del calendario ruso, traduccion que impresa en Mouscou en 1668, no fué la única obra poética de aquel monje el cual compuso unas lamentaciones con este título: *El Aguila rusa que asciende hácia el sol*, al morir Alexis; algunas otras poesías; una instruccion acerca del modo de reinar, dedicada á Fedor Alexievich, y una prediccion sobre el nacimiento de Pedro el Grande, del cual fué el primer preceptor.

Desde principios del siglo XI, mucho antes de que la poesía intentase sus primeros ensayos, la Rusia habia tenido un analista célebre, el monje Nestor, nacido en Bielo Ozero, en 1056. Sus crónicas se hallan escritas en un estilo cuya candidez no excluye siempre la elocuencia, y, como nuestros analistas de la edad media, no olvidó consignar en sus relaciones los fenómenos celestes, eclipses y apariciones de cometas, en los que veía, lo mismo que sus contemporáneos, presagios mas ó menos funestos y señales de la cólera divina. El padre de la historia rusa es tenido en gran veneracion; las leyendas populares refieren que su cuerpo permanece incorruptible en las catacumbas de Kief, y la iglesia lo ha colocado en el catálogo de los santos. A mediados del siglo siguiente, la crónica de Nestor fué continuada por el dean del monasterio de San Miguel de Kief, y el patriarca Nikon reunió dichas crónicas bajo el reinado de Alexis, componiendo una historia de Rusia desde los primeros tiempos hasta el reinado de aquel czar. Finalmente, durante el siglo XIII fueron traducidas á la lengua eslava la Biblia, los Salmos de David y las obras de los Profetas.

Tal era el escaso caudal de la literatura rusa cuando la elevacion de Pedro I, y si bien este soberano comprendió la importancia de un movimiento original en las obras de la imagina-

cion, no le era posible crear artistas y escritores como habia creado soldados y marineros. Los trabajos de la inteligencia hallaban á los rusos mas rebeldes aun que los del cuerpo, y Pedro se limitó á establecer escuelas y á favorecer el estudio de las ciencias, por las cuales sentia una predileccion particular á causa de su inmediata utilidad. Su reinado ejerció, pues, poca influencia en la literatura, y si bien preparó un ligero movimiento literario, no se manifestó este hasta los reinados posteriores. El príncipe Cantimir, hijo del hospodar moldavo, distinguióse desde 1730 hasta 1740 por algunos ensayos poéticos, varios trabajos teológicos y gran número de traducciones griegas, latinas, francesas, italianas, españolas é inglesas. Talento elegante y cultivado, Cantimir brillaba mas por la instruccion que por el genio, debiendo decir lo mismo de sus contemporáneos Ilinski, que compuso á la vez poesías y obras teológicas, y de Trediakofski, traductor de las obras de Rellin, de quien se decia alumno. Finalmente, algunos prelados, mas distinguidos por su saber que por sus talentos, completan la lista, muy poco numerosa por cierto, de los escritores rusos hasta mediados del siglo XVIII, y para encontrar un nombre verdaderamente ilustre en los fastos literarios de la Rusia, es preciso adelantar hasta el reinado de las emperatrices Isabel y Catalina II.

En 1711, á orillas del Dvina septentrional, nació un niño destinado á ser un gran poeta por las disposiciones naturales de su talento; llamábase Lomonosof. Estudió en un monasterio de Moscou las lenguas antiguas, la retórica y las reglas de la poesía; al contar veinte y tres años, recorrió la Prusia y la Sajonia, é interesándose por todo, ávido de instruccion, adornó con infinitos conocimientos su espíritu verdaderamente enciclopédico. Su primer ensayo fué una oda que compuso en 1739 durante su permanencia en Alemania, acerca de la toma de Chokzim, y por primera vez, reveláronse en dicha composicion la armonía y las calidades robustas y brillantes de que es susceptible el idioma ruso. Sus obras poéticas consisten en gran número de odas y de epístolas. De regreso de sus viajes, Lomonosof fué nombrado profesor de química, distincion singular para un poeta, y Catalina le hizo consejero de Estado en 1764. Lomonosof murió durante el siguiente año, despues de haberse distinguido á la vez en la poesía, en las ciencias y en la historia.

Pocos nombres pueden citarse al lado del de ese poeta , y esto que Catalina hizo prodigiosos esfuerzos para aientar á los escritores y dotar á la Rusia de una literatura nacional. Algunas sociedades , organizadas con este objeto , secundaron las miras de la emperatriz , y en 1780, una asociacion masónica , formada por los hombres mas instruidos y distinguidos de la sociedad rusa, fundó en Moscou la *Sociedad ó Compañiati pográfica*, la que procedia de un modo muy original en la proteccion que dispensaba á los jóvenes literatos : compraba todos los manuscritos que se le presentaban á un precio fijo por cada hoja de impresion ; no rechazaba jamás trabajo alguno , y el autor podia estar persuadido de antemano de que recogería el fruto del mismo. Gran parte de las obras de este modo adquiridas quedaban para siempre relegadas en los almacenes, y semejante proteccion que solo podia convenir á un país tan poco letrado como la Rusia , no produjo resultados inmediatos , á pesar de la grande excitacion de que debió ser causa. Despues de la revolucion francesa, la Compañía tipográfica desapareció junto con las demás asociaciones rusas nacidas del espíritu occidental , y trató en vano de reformarse durante el siguiente reinado ; sin embargo , los gérmenes que habia sembrado , de acuerdo con la emperatriz , debian con el tiempo producir sus frutos , y tocaba al siglo XIX proclamar algunos nombres iustamente célebres.

De estos escritores, es el primero por órden cronológico Karamsin, el cual ha reproducido en parte la obra realizada por Nikon durante el siglo XVII. Nacido en 1765 , y nombrado , en 1803, historiador de la Rusia , Karamsin gozó cerca de Alejandro de un favor que continuó bajo el reinado de Nicolás ; á principios de 1826, el trabajo y una larga enfermedad habian extenuado sus fuerzas ; el emperador le asignó 50,000 rublos y puso á su disposicion una fragata para que pudiese marchar al mediodía de la Francia. El historiador no pudo aprovechar aquellos beneficios, y murió algunos meses mas tarde ; mas patriota que cortesano , mérito raro entre los rusos , distinguióse Karamsin por la claridad y el encanto de sus relaciones, mas que por el método y la crítica que presiden en las mismas. Su historia solo abraza el primer período de la Rusia hasta los Romanof.

La literatura rusa contemporánea brilla especialmente por la

poesía. En sus poemas, en sus odas, Pouschkine, llamado por los rusos el mas nacional de sus poetas, imita, por la melancolía que respiran todas sus obras, ciertos caracteres del genio de Byron. Patriota, y enemigo en el fondo de su corazón del despotismo que halló en los jóvenes escritores rusos, algunos de sus principales adversarios cuando la revolucion de 1825, Pouschkine, si bien permaneció extraño á las conspiraciones de aquella época, atrájose la desgracia del emperador Alejandro, el cual le confinó á su hacienda de Pskof. Nicolás quiso verle en los primeros tiempos de su reinado, y tuvo con él una larga conversacion á consecuencia de la cual el joven poeta pareció reconciliarse con el poder absoluto, obteniendo en cambio permiso para vivir á eleccion suya en Petersburgo ó en Moscou. Hizo, como voluntario, la campaña del Asia de 1829 á las órdenes de Paskevitch, y, á su regreso, intentó escribir la vida de Pedro *el Grande*. La muerte no le dió tiempo para concluir semejante obra, digna de su talento, y, en 1837, fué muerto en desafío por su cuñado, un francés, el cual habia excitado sus zelos á causa de la conducta que con su esposa observara. Las obras de Pouschkine revelan pasion, entusiasmo, y una naturaleza salvaje é indomable; el poeta tenia en las venas sangre de la raza negra por parte de su abuelo materno; lo que hay oriental en la naturaleza del suelo y de la vida rusa le habian vivamente afectado, y de aquí el sello original, las sorprendentes bellezas de algunos de sus poemas, especialmente de los *Gitanos*, y de la extraña poesía titulada *Onequine*, en la cual pinta al hombre hastiado en el seno de una civilizacion joven, pero corrompida desde su origen, y ofrece el singular tipo del ruso byroniano.

El fabulista Krihof, muerto en 1844, y Kamakof, cuyas tragedias y piezas líricas son muy estimadas, merecen especial mencion. Schukovskij, imitador de la Alemania; Ryleief, el jefe de la conspiracion de 1825 que pagó con su vida sus tentativas revolucionarias; Mouravief, padre del cómplice de Ryleief, fueron escritores de mérito; pero el talento mas original, el escritor ruso cuyo nombre pronuncia la Europa con mas frecuencia al lado del de Pouschkine, es Gogol, el cual, lo mismo que Pouschkine, murió en el vigor de sus años, y como si un destino funesto, una ley de muerte, pesara sobre aquellos jóvenes poetas, Lermonosof,

otro escritor de gran valía, fué muerto en desafío á la edad de veinte y cuatro años. «Gogol, dice M. Merimée que publicó hace algunos años en la *Revista de Ambos Mundos* un estudio sobre aquel poeta, es un observador fino hasta ser minucioso, diestro en sorprender el ridículo, atrevido en presentarlo, pero inclinado á exagerarlo hasta la chocarrería. Satírico y verboso, es implacable contra los necios y los malvados, pero solo combate con un arma la ironía; harto acerada á veces contra el ridículo, parece por el contrario muy embotada contra el crimen; su gracia degenera á veces en bufonada, y su buen humor no es de los mas comunicativos, y si de cuando en cuando excita la hilaridad del lector, déjale en el fondo de su alma un sentimiento de indignacion y de amargura. Las sátiras de Gogol no vengan la sociedad; no hacen mas que encolerizarla.» La reputacion de Gogol fué inaugurada por *El Revisor*, comedia en la que el poeta pone en escena, con vivísimos colores, la inepticia y necesidad de los empleados secundarios (*tchinovniki*), cuya venalidad y presuncion oprimen tan duramente al país. Un caballero de industria, obligado á salir de San Petersburgo despues de agotar sus últimos recursos, acaba de llegar á una ciudad de provincia en el mismo momento en que es esperado en ella el Revisor (inspector general); el gobernador y los empleados, temblando á la sola idea de que deberán dar cuenta de sus exacciones y de su venalidad, tómanle por el revisador creyendo que deseaba conservar el *incógnito*, y el intrigante, aprovechando aquella buena fortuna, acepta los dones que funcionarios y magistrados le presentan en tropel para corromperle, contrae deudas, y se titula amigo del ministro y favorito del emperador. Toda la poblacion de la pequeña ciudad desfila delante de él llevando los presentes que deben hacer perdonar la corrupcion, la venalidad, el despotismo subalterno de aquellos tiranuelos. Es imposible trazar un cuadro mas acabado, escribir una sátira mas mordaz de la sociedad rusa; hay en la comedia frases de indecible chiste que han pasado á ser proverbiales: el gobernador dirige á uno de sus dependientes esta reconvencion: «..... Escucha, y mira que te conozco: haces el santo, pero sé que ocultas cubiertos de plata dentro de tus botas; el mercader Tchermaief te ha dado paño para hacerte un uniforme, y has vendido el paño; robas demasiado por el cargo que estás ejerciendo.»

Otra produccion de Gogol igualmente muy notable tiene por título las *Almas muertas*. Llámanse *Almas* en Rusia á los campesinos, y la riqueza de un noble se calcula segun el número de almas que posee ; este número sirve igualmente de base para las contribuciones, de modo que si en el intervalo que media entre uno y otro de aquellos censos , que solo pueden verificarse de tiempo en tiempo, nacen ó mueren varones, el señor no paga por sus almas vivas ó paga por sus almas muertas. Existe, además, una institucion parecida al Monte-pio , que presta sobre las almas mediante el depósito del título de propiedad. Ahora bien, el héroe de la novela de Gogol hácese ceder á buena cuenta el título de propiedad de los campesinos muertos con objeto de defraudar al Monte-pio, y esta obra , lo mismo que *El Revisor*, ofrece una pintura exacta de los vicios y abusos de la sociedad rusa. Gogol es , quizás, el escritor á quien la Rusia debe mayor gratitud , en cuanto ha indicado los males que corroen y comprometen la vida de la nacion , y ha hecho indispensables radicales reformas. Dicho escritor ha publicado tambien gran número de novelas, algunas de las cuales han sido traducidas y publicadas en Francia , y en ellas se encuentra , además de las calidades satíricas que hemos mencionado , imaginacion, inventiva , y á veces cierto reflejo de las fantásticas relaciones de Hoffman.

Al lado de esos hombres verdaderamente notables, existe otro que merece ser tambien colocado en primer término. Mas jóven que cuantos escritores acabamos de citar, autor de una obra enteramente contemporánea, M. Ivan Tourghenief nos ha iniciado con su pequeño libro, mejor que con todas las historias, las consideraciones y los viajes, en la vida de la sociedad rusa. Aquel libro, conocido en Francia por la traduccion de M. Charriere, se titula en ruso *Memorias de un cazador*, y en francés *Memorias de un noble ruso*; apasionado á la caza, el autor nos conduce á través de los gobiernos de la Rusia Central; nos hace admirar con una emocion de que el lector no puede menos de participar, la naturaleza triste y sombría, pero no desprovista de encantos de aquellas regiones salvajes; examina sucesivamente los personajes todos de la sociedad, desde el gran señor hasta el mas miserable de los siervos, les coloca en escena, les hace obrar

y hablar, y procura que el narrador desaparezca á fin de ponerles en mas directa comunicacion con los lectores. En esa obra verdaderamente notable y escrita sin pretension alguna, hay algo de Moliere y de Balzac, y á contar algunas otras inteligencias tan distinguidas, algunos otros talentos tan elevados, la literatura rusa tendria poco que envidiar á la de los pueblos occidentales.

A pesar de estas honrosas escepciones, no puede negarse que la literatura rusa es todavía una de las mas pobres de Europa. Las obras de ciencia y erudicion han obtenido de los escritores rusos mayor favor que las puramente literarias; las tradiciones científicas han sido y son mantenidas por la proteccion de la Academia imperial, desde la época del sábio Muller y de Pallas hasta nuestros dias. Pallas, como en su lugar hemos dicho, visitó y describió la Siberia durante el reinado de Catalina II; Muller era un Aleman que despues de establecerse en Rusia en 1725, fué sucesivamente nombrado adjunto de la Academia, profesor, historiógrafo, consejero de colegio, etc.; sus obras principales son una historia de Novgorod, una historia de Rusia desde Fedor Ivanovitch hasta Miguel Federovitch, y una historia de Siberia.

Entre los sábios rusos nuestros contemporáneos, mencionaremos al profesor Nevoline, al baron Seddeler, á algunos Alemanes, especialmente á M. de Castren, que ha renovado en nuestros dias en beneficio de la etnología, de la filología y de las ciencias naturales, los trabajos de Pallas en Siberia; y por fin al príncipe Manuel Galitzin, llorado hace algunos años por las ciencias geográficas á que se habia dedicado. Este sábio era uno de los mas activos miembros de la *Sociedad de geografia*, la que instituida en 1845 sobre el modelo de la Sociedad geográfica de Paris, presenta con esta una sola diferencia, y es que limita su accion á un teatro menos vasto. Al paso que la sociedad francesa alienta y patrocina los trabajos y descubrimientos en toda la superficie del globo, la de Petersburgo solo se ocupa con raras escepciones de los paises sujetos á la Rusia, y de aquellos sobre los cuales se extiende la influencia del imperio; y en los diez años que cuenta de existencia, débensele útiles exploraciones y numerosas memorias. Dicha sociedad se encuentra en las mas ventajosas con-

diciones para prosperar, pues además de que satisface una necesidad de movimiento á que con dificultad pueden los Rusos entregarse fuera de los estudios científicos, la naturaleza de sus trabajos la libra de una censura recelosa y opresiva.

El sistema de educacion pública ha sido organizado en vasta escala por Isabel, Catalina, Alejandro y Nicolás; las escuelas y los institutos abundan, y ya hemos visto que cada uno de dichos soberanos estableció universidades, revisó los reglamentos, y tomó una parte muy activa en los progresos de la instruccion. Isabel impuso una multa á los padres de familia que descuidasen la educacion de sus hijos; sus sucesores fundaron gran número de escuelas, y en el dia puede dividirse la instruccion pública del modo siguiente: primero, escuelas públicas de todas clases; segundo, escuelas militares; tercero, escuelas eclesiásticas; cuarto, escuelas especiales y diversas. Los jóvenes de la nobleza prefieren, en general, las lecciones de preceptores extranjeros que les ponen en mas directa comunicacion con los demás europeos, á la educacion que podrian recibir en los colegios que les están destinados. Los franceses tuvieron por mucho tiempo el monopolio de aquellas educaciones particulares, pero desacreditados por las ideas revolucionarias, han sido reemplazados por suizos que no ejercen mejor influencia para el despotismo, elogiando sin cesar su reducida patria, perfecto modelo segun ellos, de organizacion republicana. Nicolás, el soberano absoluto, el Ruso por excelencia, que intentó en su corte una reaccion en favor del idioma y de la educacion nacionales contra el idioma, las ideas y el sistema de instruccion francesa vigente desde Catalina y la emigracion francesa de 1790, hizo sustituir en muchas familias nobles el colegio á las lecciones particulares; al mismo tiempo fundó la escuela normal superior de Petersburgo, la universidad de Kief en reemplazo de la de Vilna, la Academia militar, el Seminario de Kasan, la Escuela de Derecho, los Cuerpos de Cadetes de Moscou, Novgorod, Toula, Pultava, etc.

A pesar de tan vigoroso impulso dado á la educacion pública, no pudo vencer, en el pueblo sobre todo, los inveterados hábitos de ignorancia y de pereza, y el número de niños que aprovechan el beneficio de la instruccion pública es en extremo limitado atendido el de la poblacion del imperio. Este número, segun

M. Leouzon le Duc, á quien dejamos la responsabilidad de su aserto, es de 350,000 ó 400,000 en toda la extension de la Rusia. «Es de advertir, añade el citado publicista, que el reino de Polonia entra en él por una cuarta parte, es decir, por 84,584, y esto que su poblacion solo asciende á 4,500,000 almas; queda, pues para la Rusia, para una poblacion de mas de 50,000,000 de almas el insignificante número de 300,000. El número de alumnos que frecuentan las escuelas en los pueblos de la corona es de 18,707, siendo así que se cuenta en dichos pueblos una poblacion de 20,000,000 de almas. ¡Qué contraste con la Noruega, por ejemplo, que, con una poblacion de 1,350,000 habitantes, envia á la escuela 180,000 niños!»

Si es mucho el estado de atraso en que se encuentra la literatura en el imperio moscovita, mayor es aun la postracion de las artes. En Rusia, nada existe todavía original ni en pintura ni en escultura: algunas imitaciones de escaso gusto, algunos groseros bosquejos, desprovistos generalmente de imaginacion, pero en los que la mano del artista imita á veces con bastante facilidad las obras extranjeras, es cuanto la Rusia ha producido hasta ahora. La arquitectura, abandonada á extranjeros, carece de carácter nacional, y es una mera reproduccion, desprovista de gusto, de los monumentos del arte italiano y griego. Existe, empero, una obra cuyas gigantescas proporciones excitan la admiracion de los extranjeros, el Kremlin de Moscou: con las doradas cúpulas de sus innumerables iglesias, con su carácter semi-asiático, semi-europeo, Moscou ofrece un aspecto que encanta á cuantos la visitan. Quizás hay allí los gérmenes de un elemento nacional, pero la cúpula, el dorado chapitel han sido sustituidos por las azoteas y las largas columnatas que no convienen con el cielo gris ni con las eternas nieves de aquel triste país. Los Rusos, pues, parecen tener para las artes pocas disposiciones nativas, si bien debe hacerse una excepcion en favor de la música: los viajeros están acordes en afirmar que el pueblo todo se halla dotado de un pronunciado sentimiento de la armonía, que con frecuencia se encuentran en aquel país voces melódicas y agradables, y que en las provincias centrales de Rusia encuéntrase entre los siervos mas infelices, en las chozas mas miserables, una viva pasion por el arte musical.

En el decurso de la presente historia hemos hablado varias veces de la respectiva posición de los señores y de los siervos, y manifestado la carencia de una clase intermedia; añadiremos ahora á lo que antes hemos dicho algunos nuevos detalles á fin de dar una completa idea del estado social de la Rusia y de la índole del pueblo ruso.

La nobleza rusa se divide en tres clases: la primera comprende á las familias tituladas y á la antigua nobleza; la segunda á las familias á las que ha sido concedida la nobleza por un favor especial; la tercera á las familias de la nobleza administrativa (*tchirnovnicks*). Entre las dos primeras clases la diferencia es casi nominal. Los empleos que confieren la nobleza de tercer grado, se hallan divididos en catorce categorías: ocho confieren la nobleza hereditaria, y los seis restantes solo la personal; mas por ukase de 1845, este último grado de nobleza ha sido reemplazado en el orden civil por la notabilidad ciudadana. La nobleza exceptúa de impuestos y de penas corporales; su principal privilegio consiste en poseer camposinos, y sus miembros pueden ejercer el comercio é ingresar en cualquiera de las *guildes* ó clases de mercaderes con patente. La nobleza es rigurosamente gerárquica; el *tchin*, es decir el grado, la divide en categorías cada una de las cuales en la sociedad civil corresponde á un grado de la sociedad militar. A continuacion damos la escala de la clase civil y de la militar comparadas.

*Clase militar.**Clase civil.*

1.º Feld mariscal,	Consejero privado actual de 1.ª clase.
2.º General en jefe,	Consejero privado actual.
3.º Teniente general,	Consejero privado.
4.º Mayor general,	Consejero de Estado actual.
5.º Coronel,	Consejero de colegio.
6.º Teniente coronel,	Consejero de corte.
7.º Mayor,	Asesor de colegio.
8.º Capitan,	Consejero supernumerario.
9.º Segundo capitan,	Secretario de colegio.
10.º Teniente.	Secretario de gobierno.
11.º Subteniente,	Secretario provincial.
12.º Alférez,	Registrador de colegio.

El grado lleva consigo distintos tratamientos honoríficos: el primero segundo y tercero tienen el título de excelentísimos, el cuarto el de excelencia; el quinto el de nobilísimo, y la nobleza personal el de bien nacido.

Los siervos son de condicion esencialmente movable, y ejercen, á voluntad de sus amos, el oficio para que estos les juzgan mas aptos sin tener en cuenta la naturaleza de su aprendizaje ni su profesion primitiva. Pueden ser trasladados de una parte á otra, enviados á lejanas tierras para poblar nuevas comarcas, y son trasmisibles por vía de herencia ó de venta junto con la tierra á que están adheridos. Nicolás, segun en su lugar hemos observado, hizo mucho en pro de esta clase de la poblacion rusa, pero es imposible arrancar á aquellos hombres en pocos años de la condicion en que vejetan hace siglos; para emancipar á los siervos y librarles sin sacudimientos ni revoluciones sociales de su condicion miserable, será precisa una série de soberanos prudentes, animados de una voluntad perseverante. Entre las medidas favorables á esta clase promulgadas en los últimos tiempos, debemos citar el *abrock* ú *obrock*, censo que reemplaza la servidumbre que debe al señor el siervo; el campesino que paga el *abrock* se halla exento de los trabajos arbitrarios que le imponia su amo, queda en posesion de la tierra que este le asigna en cambio de su libertad, y se entrega á los trabajos que son mas de su agrado. La sustitucion de un censo á una servidumbre ha modificado notablemente los hábitos de las poblaciones laboriosas de Rusia. «Un campesino, dice M. Le Play, autor de una obra en la que examina las varias condiciones de los proletarios europeos, que se halle unido ó adherido á una mina de hierro del Ural en calidad de carbonero, con encargo de proporcionar cierta cantidad de leña y de carbon á las herrerías señoriales, si encuentra en el comercio de cereales, por ejemplo, un empleo mas lucrativo para su actividad, trata con los hombres del *abrock*, pertenecientes á propiedades vecinas, y estos se encargan de cumplir su servidumbre mediante la indemnizacion en metálico dada por el propietario, y una indemnizacion suplementaria pagada por el siervo; este, dueño entonces de su persona, puede entregarse al comercio de granos ó á cualquier otro, y llega á veces á reunir una fortuna.» Muchas fábricas, aun aquellas en que

se usan los procederes mecánicos de Occidente, son explotadas por siervos; pero generalmente, la fabricacion forma verdaderos pueblos industriales, donde siervos del abrok elaboran por su cuenta productos que la comunidad vende luego en beneficio de sus miembros.

— Semejantes instituciones podrán con el tiempo modificar el estado social de la Rusia y colocarlo al nivel del de las demás naciones europeas; el pueblo ruso por sí mismo no se halla condeñado á inferioridad alguna; es únicamente mas jóven que los demás y ha entrado mas tarde en la familia europea. Sus soberanos ávidos de gloria militar, no han cuidado lo bastante de poner su estado social en armonía con su poder exterior; pero aquel pueblo lleva en sí los gérmenes, los elementos todos que constituyen las grandes naciones: fuertes, laboriosos, creyentes, con el ánimo impregnado de melancólica poesía, tales son los rusos de las últimas clases, muy superiores á sus señores, quienes con su roze con el Occidente, han adquirido una extremada cortesía, finos modales, una instruccion superficial bastante extensa, pero tambien, y entiéndase que hablamos en general reconociendo varias honrosas escepciones, una corrupcion profunda, y cuantos vicios engendra una repentina aplicacion de los hábitos civilizados en naturalezas bárbaras. Sin embargo, fuerza es reconocer que el siervo ruso se halla inclinado al hurto y á la mentira, vicios que, inherentes quizás á la esclavitud, están destinados á desaparecer cuando aquellos infelices serán elevados á la dignidad de hombres libres.

— Si la clase intermedia entre los siervos y los nobles no es absolutamente nula en el dia como lo era hace ciento cincuenta años, es muy insignificante aun relativamente al número de la poblacion; lo que se llama clase media comprende á los mercaderes, á los artistas, á los artesanos y á los siervos emancipados. La calidad de ciudadano se prueba por la inscripcion en un registro especial dividido en categorías. Los individuos de la clase media no poseen tierras de servidumbre, pero sí casas, edificios destinados para su profesion y jardines: los que justifican poseer cincuenta rublos de renta y contar la edad de veinte y cinco años á lo menos, se reúnen cada tres años y nombran un representante encargado de velar por sus intereses. Los comerciantes

de la clase media se hallan divididos en tres categorías ó *guildes*, segun el capital que poseen; la primera indica un capital de 50,000 rublos, la segunda de 20,000 y la tercera, de 8.000. Los impuestos, establecidos proporcionalmente á estas diferentes cantidades, ascienden á cinco y medio por ciento del capital en la primera clase; á cuatro en la segunda, y á dos y medio en la tercera. Los siervos que comercian con autorizacion de sus señores no están obligados á declarar su capital. «Los miembros de las dos primeras categorías, dice M. Leouzon le Duc, de quien tomamos estos detalles, se hallan exceptuados de las penas corporales; de modo que, además de los siervos comerciantes, existe una guilda de negociantes, la mas numerosa, sometida, como los esclavos, al látigo y á los azotes.» La primera clase puede establecer fábricas, dedicarse á todo jénero de comercio y de industria, y tener buques en el mar y bateles en los rios; la segunda puede establecer fábricas y tener únicamente bateles, gozando ambas clases por un ukase de Catalina II, del derecho de usar coche con dos caballos. Las prerogativas de la última guilda se reducen á poseer mesones y baños, á hacer el comercio al menudeo, á fabricar ropas y á tener bateles para el transporte de las mercancías; sus miembros solo pueden enganchar un caballo á su coche así en verano como en invierno.

Nicolás introdujo algunas mejoras en la condicion de esta clase del pueblo ruso: creó para los individuos mas influyentes de la misma el título honorífico de *consejeros de comercio*, y les dió entrada en el octavo grado de la nobleza, confiriendo, además, á una categoría de fabricantes, negociantes y artesanos los derechos inherentes á las dos primeras guildes, con la denominacion hereditaria ó personal de *ciudadanos honorarios*. M. Leouzon le Duc, en vista de datos que pueden creerse exactos, fija en cincuenta mil el número de mercaderes de las tres clases, de siervos comerciantes con autorizacion de sus dueños, de dependientes y funcionarios asalariados, en una palabra, de cuanto puede comprenderse con el nombre de clase media.

Además de los nobles, de los siervos y de la reducida clase de los ciudadanos, existen como en tiempo de Pedro I, algunos hombres que no pertenecen á ninguna clase, llamados *odnodvortsí*, en singular *odnodvoretz*, de los cuales dijimos ya en

su lugar algunas palabras. En idioma ruso, esta palabra significa emancipado, pero su aplicacion es inexacta, en cuanto los hombres que lo llevan no han sido jamás siervos. Los designados con semejante nombre constituyen la clase ambigua de pequeños propietarios que antes de que se intentára crear una clase media, no eran emancipados ni siervos, nobles de espada ni señores territoriales. En 1724, Pedro les sujetó al censo, al reclutamiento y á la capitacion, y diez y seis decretos, promulgados desde 1800 á 1842 han renovado sucesivamente las distintas prescripciones de aquella ley. Un ukase de 1842 confiere á los *odnodvortsi* el derecho de comprar y vender entre sí sus siervos, pero les prohibe comprar los pertenecientes á los nobles.

Existe otra clase de poblacion de la que nos toca decir algunas palabras: el clero. Hemos explicado como Pedro el Grande abolió el patriarcado y reemplazólo con un santo sínodo, cuya suprema direccion reservó á los czares; estos nombran de entre el clero los miembros que deben componerlo, y por una singularidad digna de ser observada, hácese representar en él por un presidente lego, administrador ó general. La administracion del culto se divide en *eparchias*, al frente de las cuales se encuentra un *eparca*; estos se dividen á su vez en tres clases: la primera comprende á los metropolitanos, la segunda á los arzobispos, y la tercera á los obispos. Despues de estos altos dignatarios viene el clero, dividido en clero negro y clero blanco; el primero, ó sea clero regular, tiene el privilegio de que entre sus miembros deben ser nombrados sin excepcion todos los altos dignatarios de la iglesia; para ser obispo ó metropolitano, es indispensable haber hecho la vida monástica, vida dura, áustera é incompatible con el matrimonio. El clero blanco ó secular comprende á los protopopes, á los popes, á los diácones y á toda la gerarquía inferior; sus miembros deben casarse antes de recibir las órdenes, pero si su esposa muere, les está prohibido un segundo enlace. Como la viudez es el único medio de pasar de un clero á otro, los clérigos seculares tienen un porvenir muy limitado; su ambicion encuentra cerrados todos los caminos, y les es imposible aspirar á las grandes dignidades eclesiásticas; esto es causa de que no hagan el menor esfuerzo para sobreponerse á su humilde condicion y la mayor parte de ellos estan dados al vicio de la embriaguez.

La iglesia rusa, lo mismo que la griega, niega que el Espíritu-Santo proceda del Hijo así como del Padre, y este es el punto culminante de su disidencia con Roma. La religion rusa, segun dice Rulhiere, consta de mas ceremonias y prácticas que de moral, y si bien el pueblo es por naturaleza profundamente religioso, su fe como en todas las naciones primitivas, se aplica mas á los signos exteriores que al espíritu de la religion. El culto ruso excede á todos los demás por su pompa y magnificencia; nada es comparable á la riqueza de los templos con sus cúpulas doradas, con sus ornamentos de mal gusto atestados de materias preciosas. En la iglesia de Kasan, la principal de Petersburgo, cincuenta y seis columnas de granito, altas de treinta y cinco piés, y pulidas como el cristal, se elevan en una línea semicircular á cada lado de la puerta, y otras columnas de igual dimension adornan el interior del templo. Como en las iglesias griegas, no se ven en ella estátuas, porque los cismáticos orientales han creido encontrar en un pasaje de la Sagrada Escritura la prohibicion de esculpir la piedra y los metales; mas la profusion de imágenes pintadas sobre marfil y rodeadas de oro ó plata cincelada, la riqueza de la puerta santa, la magnificencia de los ornamentos sacerdotales, el misterioso velo que oculta el santuario en el cual solo pueden penetrar el czar y los sacerdotes, la armonía de los cánticos, la melodía de las voces entonando religiosos cantos (1), conmueven el ánimo y deslumbran las miradas.

El soberano, lo mismo que la corte y el pueblo, permanece en pié y con la cabeza descubierta durante los divinos officios; en los templos no hay bancos ni sillas; parte de la misa se reza en voz baja, y desde el prefacio á la comunión ciérranse las puertas del santuario y se corre una cortina que oculta enteramente el altar. Los officios consisten en gran número de ceremonias, de oraciones y de cantos á los cuales el pueblo solo contesta con multiplicadas señales de cruz, con genuflexiones y con las palabras; *Gospodi pomiloui* «Señor, apiadaos de nosotros!» Nuestros sermones son generalmente reemplazados por lecturas extraídas de los Santos Padres.

En el culto privado, los rusos oran ante las imágenes de Jesus,

(1) La música instrumental no es tolerada en las iglesias.

de la Virgen, ó de algun santo venerado, y especialmente de San Nicolás. No hay casa en que no se vea alguna de dichas imágenes suspendida cerca de la ventana ó del hogar; las hay tambien expuestas á la devocion pública en las calles, y los transeuntes se persignan al pasar delante de ellas. En las viviendas de los ricos, aquellas imágenes se encuentran ricamente adornadas, y por lo general solo se ven su cabeza y sus brazos, pues el resto está cubierto con embutidos de oro ó de plata, incrustados de piedras preciosas. La imagen de San Nicolás, es como hemos dicho, la mas venerada, y segun las supersticiones populares, este santo no quiso ser Dios, pero recobrará su puesto despues del reinado del Dios padre. El patron de la Rusia fué un obispo de Myra, antigua ciudad del Asia Menor, y las tradiciones religiosas del país refieren que llegó en otro tiempo á Novgorod por el rio, llevado por una muela de molino.

La rigurosa observancia de las cuatro cuaresmas es una de las prescripciones fundamentales de la religion rusa; comer carne en los dias en que se halla prohibido, es el mayor de los delitos á los ojos de los fieles. Las ceremonias del bautismo y de la confirmacion son mas complicadas que en la Iglesia romana; la comunion se practica bajo las dos especies de pan y de vino. Las grandes fiestas son muy numerosas, y las que el pueblo celebra, son: la Natividad, la Exaltacion de la Cruz, la presentacion de Nuestra Señora, la Natividad de Jesus, la Epifanía, la Candelaria, la Anunciacion, el domingo de Ramos, la Pascua de Resurreccion, la Ascension, la Pascua de Pentecostes, la Asuncion, y sobre todo la fiesta del famoso San Nicolás, arzobispo de Myra.

El catolicismo latino ha tenido en Rusia numerosos sectarios que eran en su mayor parte católicos unidos, es decir cristianos que si bien aceptaban el símbolo y la fe católicas, seguian las prácticas exteriores de la iglesia griega. Estos católicos unidos, lazo natural entre los dos símbolos, ofrecian á la Iglesia romana un poderoso medio de accion sobre el cisma, y queriendo Nicolás evitar semejante influencia, exigió, en 1839, la conversion al cisma ruso de los griegos unidos. En el imperio y sobre todo en Polonia existen muchos católico-romanos, quienes se encuentran bajo la direccion de dos arzobispos; el uno, para la Polonia, reside en Varsovia, y el otro, para la Rusia, en Mohilef.

Los armenios gregorianos tienen un patriarca ó *cathólicos* en Echmiadzin.

La adquisicion de Echmiadzin por la Rusia despues de su última guerra contra la Persia, fué en Asia un hecho de inmensa importancia que indicaba una vez mas la destreza de aquella política, cuyo principal instrumento era la religion. Echmiadzin, distante quince millas de Erivan, es la residencia del *cathólicos* ó jefe de los cristianos de Armenia; aquella reducida ciudad posee una iglesia y un convento famosos, á los cuales los sectarios del catolicismo armenio, diseminados por el Asia, acuden en peregrinacion desde las orillas del Ganges, del Indo, del Don, del Nilo y del Jordan. Al adquirir dicha ciudad que es por sí misma de muy escasa importancia, Nicolás esperaba extender su influencia sobre los *cathólicos* armenios, y particularmente sobre la Armenia turca; esta idea le hizo mostrarse muy liberal para con la iglesia de Echmiadzin; en 1843, quiso que el *cathólicos* fuese elegido por todas las congregaciones armenias del Levante, y halagado con semejante invitacion, el clero armenio de Constantinopla, que habia desconocido hasta entonces la autoridad del sínodo de Echmiadzin, envió delegados á la asamblea, manifestando desde aquel momento grande deferencia por el czar, el cual esperaba sin duda extender un dia su dominacion hasta las posesiones asiáticas de la Turquía.

El consistorio de Petersburgo dirige el culto luterano. Los Judíos son dirigidos por consistorios formados por sus rabinos; un ukase de julio de 1850 prohibió el uso del traje israelita, excepto á los judíos de mas de sesenta años, previa autorizacion del gobernador de la provincia. Con esta medida y otras semejantes, queria Nicolás pasar sobre la Rusia un duro rasero. Los judíos, tan poco aptos para el servicio militar, están sujetos á las quintas, y son enviados en su mayor parte al ejército del Cáucaso.

Los musulmanes de las costas del mar Caspio se hallan colocados bajo un jefe de la secta de Ali; los de Crimea, obedecen á sus muftis, pero mas ó menos ostensiblemente reconocen al sultan de los turcos por jefe de su religion.

La poblacion rusa, segun documentos rusos citados en el *Anuario de Ambos Mundos* de 1851-1852 es en Europa de sesenta y dos millones, cuarenta y siete mil almas, de cinco millones

doscientas mil en Asia, y de sesenta mil en América, lo que forma un total de sesenta y ocho millones para el imperio entero. Cálculos que merecen nuestra confianza, dicen los autores del Anuario, establecen que dicha población aumenta de 1 por 100 cada año; de modo que, en treinta y nueve años, se elevaría á cien millones si la guerra y las calamidades que de ella resultan no suspendiesen tan enorme progreso. La tierra se presta extraordinariamente á tal aumento de fuerzas, pues dista aun mucho para llegar al apogeo de su cultivo: considerando únicamente la Rusia europea, aquellos sesenta y dos millones de almas están repartidos en una superficie de noventa y cinco mil setecientos diez millas cuadradas geográficas, lo que da seiscientos cuarenta y ocho habitantes por milla cuadrada, número muy inferior al de la Inglaterra, de la Francia y de los demás países europeos.» La Rusia tiene espacio en Europa para una población cuádruple de la que tiene en el día.

Para la administracion de sus vastos Estados, el czar se rodea del consejo del imperio y del senado. El consejo es un cuerpo legislativo, administrativo y judicial á la vez, pues aunque en su origen sólo tenia las dos primeras atribuciones, la insuficiencia de la organizacion de los tribunales ha hecho que se le invitiese de las funciones de tribunal supremo judicial. El consejo no es otra cosa que el consejo de ministros, al cual se unen los grandes dignatarios del imperio; dicho cuerpo se divide en cinco departamentos: de las leyes, de negocios militares, de negocios civiles y eclesiásticos, de economía política y de negocios de Polonia.

Después del consejo del imperio aparece el senado director el cual está encargado de promulgar las leyes y de cuidar de su ejecucion, al mismo tiempo que es tribunal supremo de apelacion en las causas civiles y criminales. El emperador puede, empero, revocar los fallos del consejo del imperio y del senado. Las decisiones de este último cuerpo solo tienen fuerza de ley, si han obtenido las dos terceras partes de los votos; la cuestion juzgada es sometida al exámen del ministro de justicia auxiliado por un consejo consultivo, y su *reto* basta para derogar lo acordado. El senado se divide en once departamentos, seis de los cuales residen en San Petersburgo, tres en Moscou, y dos en Var-

sovia; en caso de disidencia entre el procurador general y un departamento del senado, apela aquel á la asamblea general.

Independiente del senado y del consejo del imperio, encuéntrase la comision de peticiones, encargada en su origen de recibir las reclamaciones y solicitudes dirigidas al soberano, y de examinarlas antes de presentarlas al mismo. La naturaleza de su cargo la ha conducido paulatinamente á intervenir en los asuntos judiciales, y puede suspender la ejecucion de un fallo dado por el senado, haciendo que pase la causa al consejo del imperio; determina además, los casos en que cabe la apelacion al senado de las sentencias proferidas por los jueces ordinarios.

Los tribunales de gobierno, que, en el órden gerárquico, siguen inmediatamente despues de los departamentos del senado, y los tribunales de distrito que constituyen el último grado de la categoría, se hallan organizados de un modo liberal que causa admiracion en aquel centro del despotismo y de la arbitrariedad: los miembros de dichos tribunales son electivos. En el órden judicial, la gerarquía de los poderes es la siguiente: los tribunales de distrito, las cámaras ó tribunales de gobierno, los departamentos del senado, la comision de peticiones la que puede hacer pasar la causa á la asamblea general del senado; el ministro de justicia junto con el consejo de consulta, otra vez la comision de peticiones, la cual puede trasladar la causa al consejo del imperio, el departamento del consejo del imperio, la asamblea general del consejo del imperio, y en último lugar, el emperador, quien interviene personalmente, y forma en realidad el supremo tribunal de casacion del imperio.

Para recompensar los servicios civiles y militares, existen en Rusia ocho órdenes, que son las de san Andrés, de santa Catalina, de san Alejandro Nevski, del Aguila Blanca, de San Jorge, de San Vladimiro, de santa Ana y de san Estanislao. En el curso de esta obra hemos hablado de la creacion de varias de las mismas, y dicho que la de Santa Catalina se halla exclusivamente reservada para las mujeres; las otras siete, puede una misma persona adquirir las sucesivamente, si bien para obtener alguna es preciso pertenecer á lo menos á la novena clase de los funcionarios. La condecoracion confiere la nobleza hereditaria, y los mercaderes condecorados obtienen para sí y sus sucesores el tí-

tulo de *ciudadanos honorarios*. La orden de San Andrés es la primera entre todas, y para ser admitido en ella, es fuerza pertenecer al menos á la tercera clase del tchinn; sus caballeros reciben, con el mero hecho de su nombramiento, las órdenes de San Alejandro, de Santa Ana y del Aguila Blanca, en caso de que no se encuentren con ellas investidos anteriormente. Dichas tres órdenes, lo mismo que la de San Andrés, solo cuentan una clase; la de San Jorge tiene cuatro, lo mismo que las de San Vladimiro y de Santa Catalina; la de San Estanislao tiene tres. La orden de San Jorge se halla especialmente destinada para premiar los servicios militares, la de San Vladimiro para los servicios administrativos, y las virtudes civiles; la de Santa Ana es militar, civil y eclesiástica, y la de San Estanislao tiene por objeto premiar los esfuerzos que pueden contribuir al bien del imperio ruso y del reino de Polonia.

Además de las siete ordenes que, por la subdivision de algunas de ellas en clases, forman quince modos de recompensa, existe bajo la forma de hebilla cuadrada y dorada una condecoracion para el mérito sobresaliente.

Las damas ven premiados sus méritos con la orden de Santa Catalina, y además con una distincion llamada *Señal de Maria*. Hay tambien, los sables, las espadas de honor, las medallas, y finalmente los *caftanes* de honor de paño, de terciopelo y de damasco.

Existe además otra clase de remuneracion llamada *arendes* que solo se concede á los mas grandes servicios. Los arendes consisten en tierras provistas de labradores y de todo sumaterial de explotacion, cuyo goce se concede particularmente á los grandes dignatarios del Estado. En su principio, tales concesiones son temporales y se confieren por doce años, pero si el concesionario no ha incurrido en la desgracia del emperador obtiene, expirado aquel plazo, una segunda concesion por igual tiempo. El uso de semejantes concesiones data de Alejandro I, y el usufructuario de una *arrende* puede ya administrarla por sí mismo, ya sub-arrendarla á los que se dedican á esta clase de especulacion, bajo el nombre de *arendator*.

El emperador Nicolás tenia por costumbre hacer concesiones de terrenos incultos, interesando de este modo á los grandes

dignatarios, á los opulentos empleados, en extender el cultivo á porciones del imperio improductivos hasta entonces.

La agricultura fué objeto de particular atencion por parte de Nicolás, y esto no obstante gran parte del territorio se encuentra aun sin desmontar á causa de la falta de brazos, á pesar del considerable aumento que ha tenido la poblacion en los últimos cincuenta años. Para difundir entre los campesinos de la corona los conocimientos agrícolas, el último emperador habia adoptado varias medidas, tales como la publicacion de escritos periódicos y de otras obras útiles, los establecimientos modelos destinados para la enseñanza práctica de la agronomía, las exposiciones de productos, las recompensas personales, la organizacion de sociedades agronómicas, las investigaciones científicas, y los experimentos anuales. La guerra actual ha debido ser funesta para la agricultura que se hallaba en una verdadera vía de progreso.

Lo mismo ha sucedido con el comercio y la industria; desde 1815. en tiempo de Alejandro, hasta la guerra de 1853, en tiempo de Nicolás, habíanse introducido en dichos ramos constantes y útiles reformas. Segun el *Cuadro del comercio exterior del imperio ruso en 1849*, el valor total de los artículos exportados se ha elevado á 96.088,587 rublos de plata (el rublo de plata equivale á reales 15, 20) repartidos del modo siguiente:

Con la Europa.	83,381.000
— el Asia.	9,019.195
— la Polonia.	2,286.998
— la Finlandia.	1,401.394

El valor de las mercancías importadas ha sido de 96,246.655 rublos, repartidos de esta manera:

Europa.	80,334.644
Asia.	13,806.831
Polonia.	1,521.008
Finlandia.	574.172

La exportacion de cereales tuvo grande importancia durante los años 1847, 1848, 1852 y 1853; el comercio de granos constituia la riqueza de Odessa y de varios pequeños puertos del mar Negro, arruinados completamente por la presente guerra. Lo mismo podemos decir del sebo, del cáñamo, del lino, del pelo de

cerdo, de las pieles sin adobar y de las lanas, productos que ocupan el primer lugar en el comercio exterior de la Rusia. Entre los objetos de importacion, preséntase primeramente el vino, y luego los azúcares en bruto, los frutos, las sederías, las máquinas, los instrumentos, etc.

En sus relaciones con el Asia, la Rusia ha visto aumentar constantemente las importaciones de las comarcas trancaucasia-
nas por el mar Caspio, el comercio del Asia Superior por las caravanas de Khiva y de la China por las fronteras meridionales de la Siberia y Kiachta. Finalmente, en el Asia central, en la Persia y en el Afghanistan, el comercio ruso hace desde muchos años una empeñada competencia al de la Gran Bretaña.

Las rentas de aduanas han ascendido en Rusia durante el año 1849 á 31.760,318 rublos. En enero de 1851, el sistema de aduanas que separaba la Polonia de la Rusia, y que, bajo el punto de vista administrativo, formaba la última barrera entre ambos países, quedó derogado.

El comercio interior se halla favorecido con gran número de ferias, verificadas anualmente en todas las provincias del imperio. La feria de Irbite, en el gobierno de Perm dura por espacio de un mes, y en ella figuran tejidos de lana, de algodón y de seda, pieles, vinos, té, azúcar, cueros, obras de vidrio, de loza y de porcelana. La mas concurrida entre todas las ferias es la de Nijni-Novgorod, á orillas del Volga, en cuanto es el gran mercado entre la Europa y el Asia, y á él acuden caravanas de Khiva, de la Boukharia y de la Persia.

La Rusia produce todas las materias primeras; sus productos han figurado honrosamente en la exposicion universal de Londres de 1851, y es sensible que la guerra le haya impedido ostentar sus adelantos en la exposicion francesa de 1855.

El cultivo del algodón y del añil ha adquirido grande importancia de algunos años á esta parte, pero entre las fuentes de riqueza, es la mas abundante la industria mineral. La Rusia posee minas de oro, de plata, de cobre, de hierro, de plomo, de platino, de hulla y de *anthracita*; las de oro y plata se encuentran casi exclusivamente en la parte oriental del imperio, al este del Ural, en la Siberia y en el Cáucaso, y pertenecen principalmente á los gobiernos de Perm, de Oremburgo, de Tomsk, de Ieniseisk y

de Irkoutsk ; en la vertiente occidental de la cordillera de montañas, son insignificantes. El descubrimiento del mineral de oro data del año 1743, y su explotación empezó diez años despues, si bien no se pensó en la de las arenas auríferas hasta en 1814. Desde 1840 á 1850, las arenas del Ural y de las dos Siberias oriental y occidental, han producido 12,638 pouds (el poud equivale á 16 kilos 37) ; pero esto no obstante los autores de una publicacion periódica relativa á las minas de Rusia, temen que se agote el mineral, y creen que esta industria cuenta con escaso porvenir. «Desde hace algunos años, dicen, no se han descubierto mas materias auríferas, á no ser en el distrito de las minas de Nertchinsk, en los confluentes del Schilka : el ardor de las primeras excursiones se debilita sensiblemente ; las arenas explotadas se agotan, su producto disminuye, y finalmente, en la parte oriental de Siberia, el producto de las explotaciones particulares es cada día menor.»

Las minas de plata dan resultados mas duraderos; el valor acuñado del metal extraido durante el siglo pasado de las minas de Altai y de Nertchinsk, que no constituye ni la mitad de las minas explotadas del imperio, ha ascendido á 130.000,000 de rublos. Tales beneficios son tanto mas sensibles, en cuanto los gastos de explotación apenas absorven una tercera parte del producto, á causa de la cantidad de oro contenida en el metal extraido.

Sin embargo, la mas rica entre las industrias minerales, la que desde hace algunos años ha adquirido mayor importancia, es la explotación del hierro. Las minas de la corona y las de los particulares, en el Ural, han dado grandes resultados, al mismo tiempo que las de Polonia y de Finlandia son reputadas por las mas productivas de Europa.

El platino se encuentra en las arenas del norte del Ural, y su descubrimiento data de 1824; desde aquel año hasta 1851, se han explotado 2,061 pouds de metal en bruto. El cobre es muy abundante en la Siberia oriental, y en 1850 se extrajeron cerca de 340,000 pouds de aquel mineral. La sal abunda en los gobiernos de Astrakan y de Orenburgo, en la Bessarabia, en la Crimea y en otros varios puntos del imperio.

En el Altai y en dos confluentes del Obi se ha descubierto la existencia de criaderos de hulla de extremada riqueza ; sin

embargo, hasta ahora han permanecido sin explotar á causa de la dificultad de las comunicaciones y de la espesura de los bosques. Entre el Donetz y el Don, en Europa, se ha descubierto tambien otro criadero del mismo mineral, tanto mas precioso en cuanto las regiones meridionales de la Rusia se hallan desprovistas de bosques.

El vapor y el telégrafo, los dos descubrimientos de la edad moderna, están destinados sin duda á unir mas estrechamente á la Rusia con el resto de la Europa. Los hilos del telégrafo eléctrico que salen de París llegan á San Petersburgo, y tienen ramificaciones en varias partes del imperio. El vapor tuvo su primera aplicacion en Rusia por los caminos de hierro construidos hace algunos años, primeramente entre la capital y la residencia imperial de Tsarsko-Zelo, en una distancia de veinte y dos kilómetros, y luego desde San Petersburgo á Moscou, en un espacio de setecientos cincuenta kilómetros, que se emplean veinte horas en recorrer. Esta línea quedó terminada en 1851 despues de ocho años de continuos trabajos, y el emperador Nicolás procedió á su inauguracion con grande solemnidad; dirigióse á Moscou acompañado del gran duque, en el dia emperador, de los grandes duques Nicolás y Alejandro, hijo del gran duque heredero y de los principales miembros de la familia imperial, y mandó celebrar brillantes fiestas y funciones religiosas en la segunda capital del imperio. Apenas terminado este camino, el emperador decretó una nueva línea desde Petersburgo á Varsovia, cuya importancia aumentará considerablemente al estrecharse los lazos que median entre la Polonia y la Rusia, y al unir Petersburgo á la Europa toda por Viena, Berlin, Hamburgo, Bruselas y París.

Por medio de semejantes obras, mejor que por medio de la guerra, podia esperar Nicolás conservar la influencia que debia la Rusia á un feliz conjunto de circunstancias, y elevar al mismo tiempo á su pueblo al nivel de la civilizacion europea; pero aquel espíritu infatigable aspiraba á todos los géneros de gloria y de conquista: mientras decretaba la construccion de caminos de hierro, mientras comunicaba á la industria un poderoso impulso, y favorecia las transacciones mercantiles, aumentaba con intenciones belicosas, sus recursos rentísticos y mantenía

su ejército en constante pié de guerra. Según el *Anuario de Ambos Mundos*, del que hemos tomado gran parte de las noticias que anteceden, la deuda rusa ascendía en 1853 á 401 millones de rublos de plata (6,416 millones de reales).

Además del oro y de la plata representan el numerario varias clases de papel moneda; una de ellas son los *billetes de crédito*, consistentes en una especie de billetes de banco circulando sin interés y reembolsables á la vista, estando garantido su reembolso por un fondo custodiado en la fortaleza de San Petersburgo. Los *billetes de série*, otra clase de papel moneda, son en cierto modo vales del tesoro pagaderos al cabo de ocho años, durante cuyo tiempo producen un interés anual de $4\frac{1}{3}$ p^o/. Su emision como su nombre indica, se verifica por séries de tres millones de rublos, y á las diez y nueve séries que se hallaban ya en circulacion, se han agregado en 1854 y en 1855 para subvenir á las necesidades de la guerra, otras numerosas séries, reembolsables á fechas mas ó menos remotas, causando grande baja en este papel moneda por su extremada abundancia.

« Para hácer frente á sus obligaciones, dice el Anuario de 1853, el tesoro solo cuenta con una masa de ingresos, valorada en tiempos normales en 200 millones de rublos (3,200 millones de reales. La mitad de esta suma procede de los derechos de aduana y del arriendo de los derechos impuestos á la fabricacion del aguardiente, y como la guerra hace experimentar á este doble ramo de la renta una disminucion que los cálculos mas moderados fijan, para el año actual, en 50 millones de rublos, el presupuesto ordinario de ingresos se halla reducido á 150 millones de rublos (2400 millones de reales), en una época en que los gastos todos han sufrido un considerable aumento.»

La marina rusa, condenada actualmente á una cobarde inaccion por lo que toca á los buques, pues los marinos han contribuido á la valerosa defensa de Sebastopol, se compone principalmente de las dos escuadras del Báltico y del mar Negro, formando cinco divisiones de buques de alto bordo, tres en el primer mar y dos en el segundo. La escuadra del Báltico según datos oficiales se compone de 27 navíos de línea, 18 fragatas y 15 buques de menor porte; la del mar Negro contaba 18 navíos de línea, 12 fragatas y 10 corbetas, bergantines y goletas. Añadiendo

á estas fuerzas las escuadrillas de remos y los vapores, se obtiene un total de 400 buques, tripulados por 50.000 hombres.

La escuadra del Báltico se halla aun intacta gracias á las fortificaciones de Cronstadt; pero la del mar Negro, echada á pique buque por buque, ya no existe. Sus últimos navíos han sido incendiados ó sumerjidos cuando la toma de Sebastopol. Dícese que el gran duque Constantino prepara otra mas formidable en la embocadura del Dnieper, en el puerto de Nicolaief destinada á reemplazar la ciudad y el puerto destruidos, pero ¿de qué sirve botar buques al agua para tenerlos luego al abrigo de las baterías del puerto?

Las fuerzas de tierra se dividen en ejército regular y en milicias irregulares, formadas estas con el contingente de las poblaciones cosacas. El ejército regular se compone de cuerpos de operacion y de cuerpos de reserva, estacionados los primeros en los puntos vulnerables del imperio, en Podolia, en Bessarabia y en los gobiernos ribereños del mar Negro. El ejército activo de operaciones, contaba antes de la actual guerra unos cuatrocientos cincuenta mil hombres á pesar de ser mas elevado su número segun la estadística oficial, pues sabido es que la Rusia habia adoptado para con la Europa un sistema de intimidacion consistente en exagerar sus recursos de toda clase. La reserva lleva el nombre de *landwehr*, y fué organizada por el emperador Nicolás bajo el modelo de las fuerzas prusianas. En tiempo de paz, la reserva obtiene una licencia indefinida despues de un servicio que varia entre diez y quince años; pero en tiempo de guerra es de nuevo llamada á las filas.

El ejército se constituye de tres modos distintos: por alistamiento voluntario, por los *cantonistas*, y por quinta. En Rusia los soldados se casan, y sus mujeres y sus hijos viven con ellos en los cuarteles, siendo estos educados á expensas del Estado; en cambio de los favores que de él han recibido débente el servicio militar, y aquellos soldados natos reciben el nombre de *cantonistas*. Antes de llegar á doce años, son encerrados en las casas de huérfanos; pasada dicha edad entran en las tropas de instruccion, y algunos son admitidos en las escuelas especiales.

La quinta tiene por base el número de *almas* alistadas, es decir el número total de contribuyentes que constituian los dis-

tritos ó señorías cuando el último padron. Si se decreta una quinta de cinco hombres sobre mil, el señor que posee dos mil siervos apronta diez soldados, y paga además por cada uno una suma de treinta y tres rublos, destinada á subvenir á los gastos de armamento. La suerte designa generalmente á los siervos que deben entrar en el servicio; pero esto no es de un uso absoluto, y puede ser aquella reemplazada por la arbitraria eleccion del señor.

Reconocido apto un hombre para el servicio militar, se le afeita la barba y la parte superior de la cabeza, á fin de que no pueda escaparse sin ser reconocido antes de ser incorporado á su regimiento, y luego es dirigido al depósito del cuerpo mas inmediato á su distrito. Allí, los regimientos de la guardia y los cuerpos especiales escojen á los hombres mas altos y robustos, y en seguida empieza la instruccion, cuyo instrumento es siempre el palo; á él se une el sentimiento de hallarse separado de su familia por tan largo tiempo, y esto hace que la mortandad sea muy grande entre los jóvenes reclutas. Los rusos, á quienes una dura disciplina convierte en excelentes soldados, escepto el ardor y la inteligencia, tienen naturalmente poca aficion al estado militar.

La mayor parte de las tropas activas se halla siempre dispuesta á marchar, y se aloja en las viviendas del campesino el cual aborrece aquella clase de cargas, á causa de los excesos casi siempre impunes á que se entregan los soldados para con todo lo que no es propiedad del gobierno, único ser sagrado porque á sus ojos es el único temible.

El servicio de subsistencias tiene por base el *artel* fondo comun perteneciente á los subalternos y soldados de una misma compañía, y formado con las reservas del soldado, con las dádivas del gobierno, y con el dinero que con su trabajo pueden ganar los soldados en tiempo de paz. El sueldo es muy reducido, pues el soldado solo recibe cinco ó seis rublos anuales. La duracion del servicio es de veinte y dos años en la guardia, y de veinte y cinco en los demás cuerpos, pero Nicolás habia establecido en tiempos normales un sistema de licencias indefinidas que permitia al soldado volver á sus hogares. La incorporacion en el ejército emancipa de la servidumbre.

Los nobles no están sugetos á las quintas, pero bajo pena de incurrir en una desgracia inevitable deben entrar en el ejército ó en la administracion civil al salir de las escuelas, á que quiso Nicolás que concurriesen. Los nobles obtienen, pues, la mayor parte de los grados, y los mas opulentos entran en la guardia, en la que son superiores de dos grados á los oficiales de línea.

El ejército irregular se compone de los cosacos del Don y del Dnieper; las tribus cosacas no se hallan sometidas ni á la capitacion ni á las quintas, pero en tiempo de guerra son convocadas al servicio militar. Sus soldados se equipan á sus expensas, pero los pobres son equipados á costas de la tribu. La mayor parte de ellos sirven á caballo, pero forman tambien algunos regimientos de infantería: infantes cosacos eran los que, durante la guerra de Crimea, se deslizaban hasta nuestras avanzadas, y, armados con el temible lazo que manejan con admirable destreza, arrebatában á los centinelas ó soldados aislados por el cuello ó por el cuerpo, y les arrastraban hasta el recinto de Sebastopol.

Al fijarse á la tierra, al convertirse en propietarios, dedicándose á la industria á consecuencia de los reglamentos y de la nueva organizacion que les diera Nicolás, los Cosacos han perdido parte de sus cualidades militares, sin dejar de ser rebeldes á la disciplina lo mismo que antes: esto no obstante proporcionan al ejército un contingente de cincuenta ó sesenta mil soldados, de los que pueden sacar muy buen partido los generales rusos para las escaramuzas y combates de avanzadas. Los Cosacos alijeran el servicio del ejército y lo dejan intacto para el dia de la batalla.

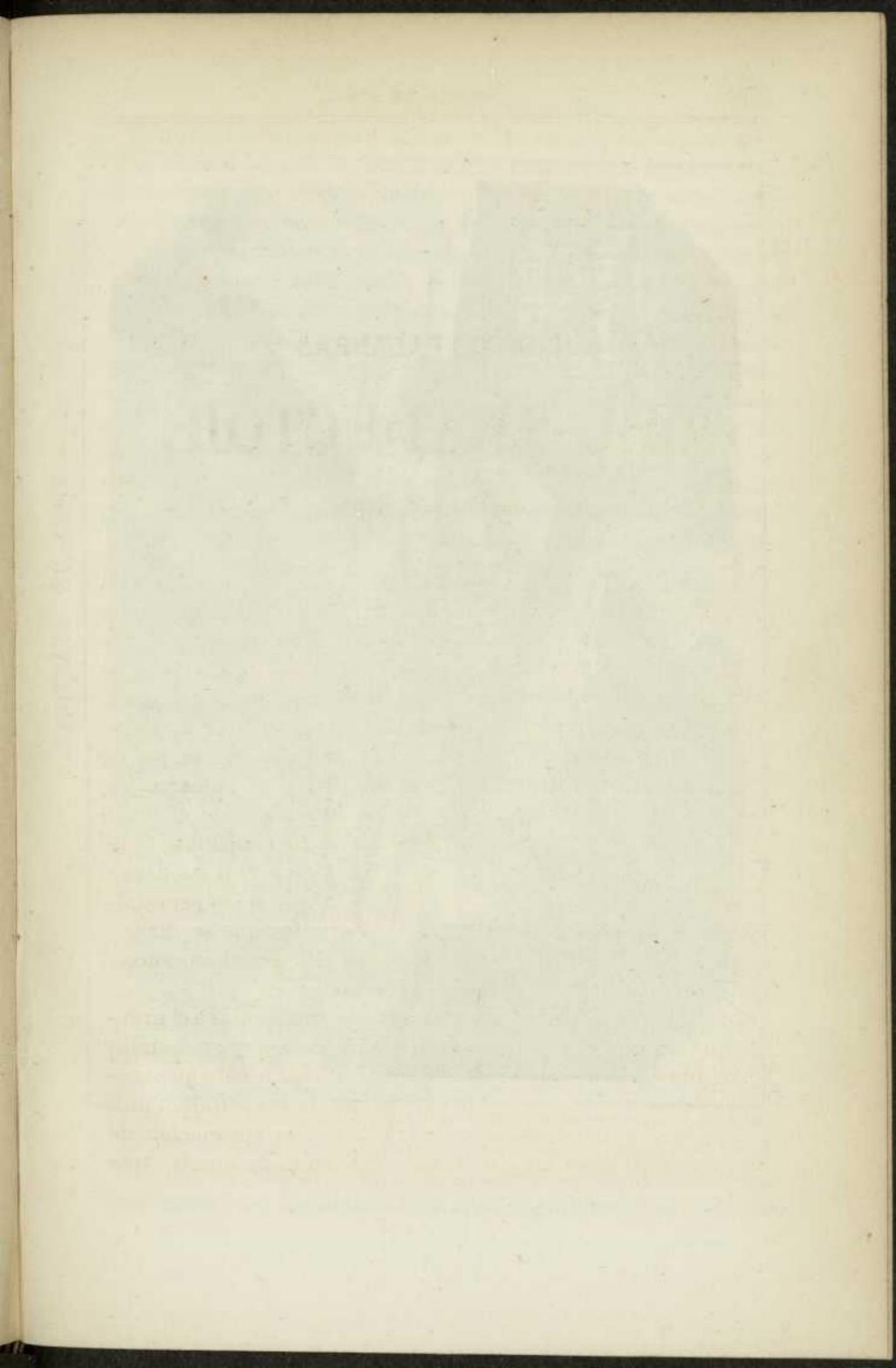
Tal es la organizacion social y militar de la Rusia, abrazando su conjunto con una rápida ojeada. Despues de haber recorrido la historia de aquel pueblo, convenia examinar someramente al menos su estado interior en el momento en que sus czares ven frustrados sus pacientes designios, en el momento en que la nacion rusa, en medio de trastornos y revoluciones fáciles de prever, debe, bajo pena de abdicar toda influencia en los destinos del mundo, romper con el pasado, entregarse á las reformas, á los pacíficos trabajos, y marchar junto con el resto de Europa por la senda de la civilizacion.

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR.

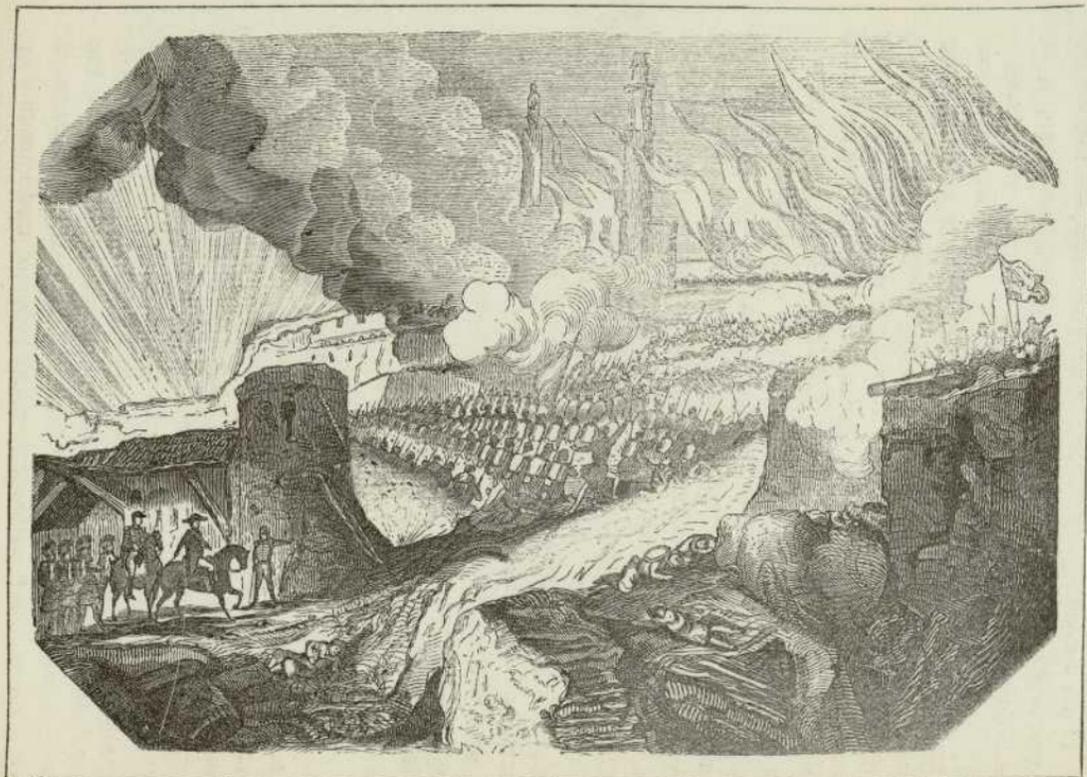
(Diciembre de 1858).

Al terminar la historia que acaba de leerse, la Rusia experimenta temibles agresiones desde el Báltico hasta sus provincias asiáticas; los ejércitos aliados son dueños de Sebastopol; el poderío marítimo de la Rusia en el mar Negro, ha dejado de existir; la Europa occidental se presenta unida y fuerte; su gran victoria no puede menos de hacer inclinar en su favor la indecision del Austria; la Alemania debe pronunciarse en pró de uno ú otro de los dos formidables enemigos, y un monarca joven y de elevados pensamientos ocupa recientemente el trono de los czares. Todo hace prever grandes acontecimientos. Continuará la guerra? Evitará el emperador Alejandro II las desastrosas consecuencias de una política de la que no es personalmente responsable? Tales eran las preguntas que se dirigia consternado el antiguo mundo despues del grandioso suceso que pone fin á la *Rusia antigua y moderna*.

Tócanos, pues, reseñar someramente lo acontecido en el grande imperio del Norte, desde aquella fecha hasta hoy, y decimos someramente, en cuanto si la magnitud de los hechos que bosquejaremos exigiria detalladas narraciones, no las permiten ni la proximidad de los sucesos que no se presta á la apreciacion de todas sus consecuencias, ni tampoco la índole de nuestro trabajo.



TOMA DE SEBASTOPOL.



TOMO II.

La toma de Sebastopol habíase verificado en una época bastante avanzada para poder emprender grandes operaciones estratégicas antes del invierno; esto no obstante, las escuadras aliadas fueron encargadas de una expedición que debía tener grande importancia en caso de que los aliados hubiesen tratado en la próxima primavera, ya de arrojar á los rusos de la Crimea, ya de encerrarles en ella, ya finalmente de dirigir un ataque contra Nicoláief. El día 17 de octubre la fortaleza de Kinburn, situada en la entrada del Dniéper y frente de Otchakof, fué bombardeada y tomada; y su guarnición, viendo cortada su retirada por las tropas establecidas en el único camino que podía seguir, vióse obligada á capitular.

En Asia las hostilidades habían tomado un carácter bastante grave; la guerra santa había cesado en el Cáucaso desde el cange del hijo de Schamil por dos princesas georgianas; Omer-Bajá, que había abandonado la Crimea algun tiempo antes de la toma de Sebastopol, no pudo restablecer la fortuna de las armas otomanas, y el general Mouravief entró por capitulación en Kars el día 25 de noviembre de 1855, despues de haber experimentado la plaza todos los sufrimientos de un prolongado sitio.

En aquel estado de cosas, cuando todas las potencias pensaban tanto en la paz como en la guerra, una potencia que, sin haber tomado parte en la lucha armada, era diplomáticamente aliada del Occidente, hizo un último esfuerzo para decidir á las partes beligerantes á negociar. En los primeros días de diciembre de 1855 el conde Esterhasy llevó á San Petersburgo un ultimatum de parte del Austria, conteniendo las bases mediante las cuales consentían la Francia y la Inglaterra entrar en negociaciones, habiéndose convenido entre ellas y la potencia mediadora, que la adhesión de la Rusia debía ser sin restricciones ni reservas.

Estas establecían la abolición completa del protectorado ruso en Moldavia, en Valaquia y en Servia, y expresaban que la Rusia no ejercería derecho alguno particular de protección ni de injerencia en los asuntos interiores de los Principados, los cuales debían conservar sus privilegios é inmunidades bajo la soberanía del Sultan, quien, de acuerdo con las potencias contratantes, les concedería una organización interior conforme

con las necesidades del país y las aspiraciones de los pueblos. Hablaban de una rectificacion de límites, ó mejor de una cesion de territorio que debia llevar la frontera de la Moldavia desde el Pruth á la cordillera de montañas que se extiende desde Chotyn al lago Salzyk; establecian la libre navegacion del Danubio; decian que las inmunidades de los rayas de la Puerta serian consagradas sin atentar en lo mas mínimo á la independencia y dignidad del sultan, conviniendo las potencias aliadas que deliberaban con aquel, para reglamentar la situacion de sus súbditos cristianos, en invitar á la Rusia á asociarse á sus deliberaciones, luego de celebrada la paz; sentábase el principio de la neutralizacion del mar Negro, y finalmente se reservaba á las potencias occidentales el derecho de presentar, en interés de la Europa, condiciones particulares independientes de las cuatro garantías.

El gabinete de San Petersburgo contestó en un principio con contraproposiciones; negábase á la rectificacion de su frontera con la Turquía de Europa; oponia algunas restricciones á la neutralizacion del mar Negro, y rechazaba absolutamente toda condicion particular independiente de los cuatro puntos; pero al ver que el Austria se disponia llamar á su embajador, tomó resueltamente un partido, y manifestó aceptar pura y sencillamente las proposiciones que le eran sometidas, y estar pronta á negociar sobre aquellas bases. El emperador Alejandro II, haciéndose superior á la oposicion que hallaban en su alrededor las ideas de paz, entraba en esta vía con una lealtad y una resolucion que honran tanto á su talento como á su valor. Obligado á sufrir el castigo de las faltas de su antecesor, reparaba, en lo que de él dependia, por su espíritu de conciliacion, las ofensas que la política agresiva de su padre habia inferido á la Europa, y hacia grandes concesiones para no tener que hacer otras mayores.

La aceptacion de la Rusia causó en Europa indecible satisfaccion; los gabinetes de Francia y de Inglaterra se adhirieron á las proposiciones del Austria, aceptadas por la Rusia, y en el protocolo firmado en Viena en 1.º de febrero de 1856 consagrandó esta adhesion, consignóse la resolucion de que las negociaciones se verificasen en Paris.

Los plenipotenciarios de las potencias se dirigieron sucesivamente á la capital de Francia; el emperador Alejandro habia elegido para tan grave y delicada mision, al personaje mas importante y popular de su imperio, al conde Orlof, y al diplomático mas enterado de la política occidental, al baron de Brunow. El congreso se abrió el dia 25 de febrero de 1856, bajo la presidencia del conde Walewski, ministro de negocios extranjeros de Francia, y en sus sesiones, que se prolongaron hasta el 30 de marzo, los plenipotenciarios rusos desplegaron las mas eminentes cualidades; salvaron cuanto era posible salvar, atendida la posicion de su gobierno en Oriente, y mostraron grande habilidad y entereza en el desempeño de la difícil tarea que les imponian las circunstancias.

Las principales extipulaciones del tratado que puso fin á la gran contienda europea, son las siguientes:

«S. M. el emperador de todas las Rusias, se obliga á restituir á S. M. el sultan la ciudad y ciudadela de Kars, así como las demás partes del territorio otomano, ocupadas por las tropas rusas.—S. S. M. M. el emperador de los franceses, la reina del reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, el rey de Cerdeña y el sultan, se obligan á restituir á S. M. el emperador de todas las Rusias, las ciudades y puertos de Sebastopol, Balacava, Kamiesch, Eupatoria, Kertch, Ieni-kalé, Kinburn y los demás territorios ocupados por las tropas aliadas.—S. S. M. M. el emperador de los franceses, el emperador de Austria, la reina del reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, el rey de Prusia, el emperador de todas las Rusias y el rey de Cerdeña, declaran á la Sublime Puerta admitida á participar de todos los beneficios del derecho público y acuerdo europeos. Sus Magestades se obligan, cada una por su parte, á respetar la independenciam é integridad del territorio otomano, garantizan en comun la estricta observancia de este pacto, y considerarán por lo tanto como cuestion de interés general todo acto contrario al mismo.—Si sobreviniera entre la Sublime Puerta y una ó varias de las potencias signatarias, un disentimiento que amenazara interrumpir sus relaciones, la Sublime Puerta y cada una de las potencias, recurrirán á la accion mediadora de las demás potencias, antes de emplear la fuerza.—S. M. I. el sultan, que en su cons-

tante solicitud para el bienestar de sus súbditos, ha dado un firman que al mejorar su suerte sin distincion de religion ni de raza, consagra sus generosas intenciones respecto de las poblaciones cristianas de su imperio, quiere ofrecer un nuevo testimonio de sus sentimientos sobre este punto, y ha resuelto comunicar á las potencias contratantes dicho firman, emanado espontáneamente de su voluntad soberana. Las potencias contratantes reconocen el alto valor de semejante comunicacion, entendiéndose que en ningun caso puede conferir á dichas potencias el derecho de mezclarse colectiva ni separadamente en las relaciones de S. M. el sultan con sus súbditos, ni en la administracion interior del imperio.—La convencion de 13 de julio de 1841, que mantiene la antigua regla del imperio otomano relativa á los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, ha sido revisada de comun acuerdo, y el acta celebrada conforme á este efecto, entre las partes contratantes, con el principio de no apertura, va anexo al presente tratado, y tiene igual fuerza y valor como si formase parte integrante del mismo.—El mar Negro es neutralizado: abiertos á la marina mercante de todas las naciones, sus aguas y sus puertos quedan cerrados al pabellon de guerra.—El comercio del mar Negro, libre de toda traba, solo estará sujeto á reglamentos de sanidad, de aduana y de policia, concebidos en sentido favorable á las transacciones mercantiles.—Neutralizado el mar Negro, se hace innecesario y sin objeto el establecimiento y la conservacion en su litoral de arsenales militares marítimos; en su consecuencia, S. M. el emperador de todas las Rusias, y S. M. I. el sultan, se obligan á no establecer ni conservar en dicho litoral ningun arsenal marítimo militar.—La navegacion del Danubio no podrá sujetarse á traba ni contribucion alguna, á no ser las extipuladas á continuacion. Una comision queda encargada de realizar los necesarios trabajos á fin de facilitar en un todo la libre navegacion, y de establecer los derechos que deben cubrir los gastos de sus trabajos.—En cambio de las ciudades, puertos y territorios devueltos á S. M. el emperador de todas las Rusias, y para asegurar mejor la libertad de la navegacion del Danubio, S. M. el emperador de todas las Rusias consiente en la rectificacion de su frontera de Besarabia.—El territorio cedido por la Rusia, se unirá al principado

de Moldavia.— Los principados de Valaquia y de Moldavia continuarán, bajo la soberanía de la Puerta, y la garantía de las potencias contratantes, en el goce de los privilegios y de las inmunidades de que se hallan en posesion. Las potencias garantes no ejercerán sobre ellos proteccion alguna exclusiva, ni se mezclarán particularmente en sus negocios.—La Sublime Puerta se obliga á conservar en dichos principados una administracion independiente y nacional, así como la plena libertad de culto, de legislacion, de comercio y de navegacion.—S. M. el sultan se obliga á convocar un divan *ad hoc*, para que exprese las aspiraciones de los pueblos, relativamente á la definitiva organizacion de los principados.—S. M. el emperador de todas las Rusias y Su Magestad el sultan, mantienen en su integridad el estado de sus posesiones del Asia, tal como existia legalmente antes de las hostilidades. Para evitar toda contienda local, la línea de la frontera será revisada y rectificada si es necesario.»

A este tratado van anexas tres convenciones relativas la primera á los estrechos del Bosphoro y de los Dardanelos, que deben continuar cerrados, la segunda al número y fuerza de los buques ligeros de guerra que las potencias ribereñas mantendrán en el mar Negro, y la tercera á la obligacion contraida por el emperador de Rusia de no fortificar las islas de Aland. Además los plenipotenciarios reunidos en congreso proclamaron y firmaron una declaracion, conteniendo los principios de derecho marítimo de la *neutralidad armada*, y estableciendo: 1.^o el corso queda abolido; 2.^o el pabellon neutral cubre la mercancía enemiga, excepto el contrabando de guerra; 3.^o las mercancías neutrales, excepto el contrabando de guerra, no pueden ser apresadas bajo pabellon enemigo; 4.^o para ser obligatorio un bloqueo debe ser efectivo, esto es, mantenido por una fuerza suficiente para impedir al enemigo el acceso del litoral.

La neutralizacion del mar Negro y el reconocimiento de la independencia de la Puerta respecto de sus súbditos cristianos, son los dos puntos mas importantes del tratado. En efecto, la influencia de la Rusia en el imperio turco ha estado siempre en razon directa de las fuerzas marítimas que ha poseido en el Euxino; en su posicion marítima de Crimea residia toda su fuerza contra el imperio otomano. Respecto del segundo punto, de la solucion

dada á la cuestion que dió origen á la guerra, es evidente que lleva consigo el abandono del derecho mas ó menos vagamente escrito en el tratado de Kainardji, y ejercido con tanta eficacia hasta el momento en que la Europa comprendió todos los peligros que llevaba consigo. Semejante sacrificio costaba sin duda á la Rusia tanto como el que le imponia la neutralizacion del mar Negro, en cuanto perdía el medio político de accion despues de los medios materiales de agresion.

La paz de Paris fué considerada á la vez como un sacrificio necesario y como un beneficio. El partido designado mas particularmente bajo el nombre de partido ruso, que habria de buen grado continuado la guerra, reconocia la imposibilidad de hacerla á no ser á costa de grandes sacrificios, y aceptó con resignacion el tratado de Paris.

La celebracion de acto tan grave para la Rusia fué seguido de un cambio importante en el personal político del imperio. El conde de Nesselrode, que dirijia hacia tantos años los negocios extranjeros, solicitó retirarse á causa de sus años, y si bien conservó el título y las funciones de canciller del imperio, fué reemplazado en las de ministro por el príncipe Gortchakof, antes embajador en Viena.

Al aceptar las condiciones que las potencias ponian á la paz, el emperador Alejandro II motivó su resolucion declarando abiertamente que queria consagrar toda la energía de su gobierno al cuidado interior del imperio, y despues de poner freno con algunos ejemplos, á la corrupcion de las costumbres administrativas, mal cuya importancia le reveló su viaje á Crimea, empezó su tarea reformadora basando la instruccion pública sobre nuevos principios (mayo de 1856), y reservando una parte directa y considerable en la suprema direccion de esta materia á la accion imperial.

Alejandro se ocupó igualmente de otro asunto no menos grave, la Polonia, durante un viaje que hizo á Varsovia; á su llegada, el Czar recibió á los mariscales de la nobleza, y les dirigió las siguientes palabras:

«Señores, he venido en medio de vosotros con el olvido del tiempo pasado. Estoy animado de las mejores intenciones hácia este país, y á vosotros toca el proporcionarme los medios de

realizarlo. Debo advertiros, empero, que ante todo deseo que se deslinden todas las posiciones. Quiero que se conserve aquí el orden establecido por mi padre, de modo, señores, que debeis rechazar toda ilusion, y si alguno se empeña en conservarlas, sabré hacer que no salgan de la esfera de su imaginacion... La Finlandia y la Polonia me son tan caras como las demás provincias de mi imperio, pero preciso es que sepais que para bien de la Polonia, para el bien de los mismos polacos, es necesario que permanezcan para siempre unidos á la gran familia de los emperadores de Rusia. Vosotros, señores, podeis hacer mucho mas fácil mi tarea, y creed que me animan muy buenas intenciones; pero os lo repito, *fuera ilusiones, fuera ilusiones!*»

Consecuente el emperador con estas palabras publicó una amnistía para los Polacos que habian emigrado á consecuencia de los sucesos de 1830 y 1831, pero no les devolvió los bienes que les habian sido confiscados, de modo que, segun se asegura, ha sido poco considerable el número de Polacos que han solicitado volver á su patria (1).

Al dirigirse á Varsovia, Alejandro juzgó conveniente llegar hasta Potsdam, y si bien causó alguna extrañeza ver al Czar salir del imperio antes de haber sido coronado, las afecciones de familia explicaban aquella derogacion de las leyes de la etiqueta. El emperador podia dar este testimonio de deferencia á su tío y á su madre, que se habia retirado á Berlín á causa de su salud; pero aquella visita tenia, empero, un motivo político. Alejandro estaba agradecido al rey Federico Guillermo por haberse mantenido hasta el último momento fiel á su alianza con la Rusia, y al visitarle verificaba un acto de reconocimiento.

Dentro de poco una gran solemnidad debia reunir á los enviados de los soberanos todos de Europa al rededor del nuevo Czar, y hacer que sucedieran suntuosas y pacíficas fiestas á los últimos ecos de guerra. El emperador iba á ser coronado en Moscou, y las grandes potencias, rivalizando en lujo, habian confiado la mision de representarlas en aquella ceremonia á los hombres que podian hacerlo con mas espléndidez. La coronacion se verificó el dia 7 de setiembre de 1856, y esta fiesta nacional fué

(1) *Anuario de Ambos Mundos* 1855-1856.

ocasion de gran número de gracias, aplicadas á todas las clases de desterrados rusos ó polacos.

La acogida que entonces dispensó el emperador á los varios embajadores extranjeros, manifestó ya su opinion acerca de los gobiernos que representaban. El enviado francés, conde de Morny, fué rodeado de toda clase de atenciones, así por la corte como por la sociedad rusa; lord Granville no fué objeto de igual distincion, y el príncipe Esterhazy debió escuchar las duras palabras siguientes: «Estoy cansado, díjole el emperador, de la política de dos caras; en adelante no prestaré fe á vuestras palabras sino á vuestros actos. En este punto sé todo lo que he de saber.—A estas horas, añadió, vuestro soberano no ignora mis ideas acerca del particular. He querido comunicárselas.» Estas palabras pronunciadas en voz bastante alta á causa de la sordera del príncipe Esterhazy, fueron oídas por muchas personas y causaron gran sensacion en Europa.

En su política exterior Alejandro no ha desmentido la conducta observada en la ceremonia de la coronacion; deseoso de bienquistarse con la Francia, colma de atenciones á la corte de las Tullerías, y no solo muestra gran deferencia hácia la opinion del Emperador en los asuntos que le interesaban directamente, relativos á la ejecucion del tratado de Paris, sino que envió para visitarle el gran duque Constantino, quien así en Paris como en las ciudades del litoral que recorrió como marino, recibió una acogida tan digna como cordial (junio de 1857). No satisfecho aun Alejandro con las repetidas pruebas de amistad que prodigaba á su antigua enemiga, dirigióse á Stuttgart (segunda quincena de setiembre de 1857) donde se encontraba Napoleon III, y tuvo con él la famosa entrevista que tanto ha dado que hablar por algun tiempo á los periódicos europeos.

No era la misma la actitud del gabinete de San Petersburgo respecto del Austria, y si habia desaparecido la acritud de sus relaciones con la Inglaterra, no abandonaba respecto de ella una especie de reserva. Estas disposiciones que el gobierno ruso no trataba de ocultar, animaban al país entero, el cual ya durante la pasada guerra habia manifestado particular animosidad contra los Ingleses.

Respecto del Austria, repetimos, ¡la Rusia conservaba todo el

rencor que manifestara desde la presentacion del famoso ultimatum que sirvió de base á las negociaciones, y el país, quizás mas aun que tocante á la Inglaterra, participa de los sentimientos de su gobierno. Este odio, estos recelos, que han encontrado ruidoso eco en la prensa moscovita, han tomado en estos últimos tiempos una forma menos viva, si bien existen como antes, y las cosas llegaron al punto de que el órgano europeo del gobierno ruso, el diario *EL Norte* vióse cerrar momentaneamente la entrada en el territorio austriaco.

La guerra de Persia, los acontecimientos de la China debian interesar á la Rusia tanto por lo menos como las cuestiones secundarias que se agitaban en Europa; el gabinete de San Petersburgo veia con sentimiento los triunfos de los Ingleses en Asia, y si bien no está próximo el día en que los ejércitos de ambas potencias se encontrarán en aquel terreno, si bien los separan inmensas distancias, un comun instinto les advierte que, con el genio invasor que les distingue, teniendo solo ante sí á pueblos degenerados, deben encontrarse precisamente en un tiempo dado. En tanto, se observan y se oponen mutuamente, sobre todo en Persia, los medios de influencia que les dá su situacion en Europa, mas por desgracia para el gabinete de San Petersburgo, despues de la guerra que acababa de terminar en detrimento suyo, hallábase en la imposibilidad de ejercer una accion decisiva en la corte de Teheran, para alentar su resistencia, pues es evidente que el gobierno ruso no podia hallar compensacion á tantas desventajas sino en la prolongacion de la guerra. En efecto, mientras los Ingleses se hubieran visto muy apurados para continuar sus conquistas, la Rusia habria tomado sin duda posesion de las provincias del norte, que la Europa, salida apenas de una guerra, no le habria reclamado. La paz de Paris entre el gobierno Británico y la corte de Persia impidió toda combinacion de esta clase, y la Rusia no pareció sentir en lo mas mínimo el perder una ocasion que sin duda se habia presentado harto pronto.

La Rusia debia tambien interesarse en la expedicion que contra la China han dirigido los gobiernos de Francia y de Inglaterra, tanto mas en cuanto debia conservar la posicion privilegiada que ocupa en Pekin. Manifestóse, pues, dispuesta á secundar los

esfuerzos de las potencias aliadas por los medios diplomáticos de que dispone en la corte del celeste Imperio, si bien no admitiendo el compromiso de una cooperacion militar eventual. En este punto tomó una actitud análoga á la de los Estados Unidos, los cuales proponiéndose en las negociaciones igual fin que la Francia y la Inglaterra, no querian obligarse á recurrir á la fuerza. El almirante Poutiatine asocióse, pues, á las negociaciones de los plenipotenciarios francés é inglés, si bien bajo la indicada reserva; con ellos dirigió una nota al gobierno de Pekin, con ellos entró en Pei-ho, y, sin haber disparado un solo cañonazo, la Rusia obtuvo, como los Estados Unidos, un tratado no menos ventajoso que la Francia y la Inglaterra. Este tratado faculta el establecimiento en Pekin de una embajada rusa permanente, y establece que los negocios y las cuestiones entre ambos países serán en adelante directamente decididos entre el representante de la Rusia en China y el gobierno de Pekin. El Cristianismo será tolerado y sus ministros protegidos en todo el imperio; además de los puertos antiguamente abiertos, ábrense otros cinco, todo sin perjuicio de las comunicaciones por tierra que son objeto de varias disposiciones especiales.

Mientras el almirante Poutiatine trataba sobre cuestiones de política general, el general Mouravief, gobernador de Siberia, celebraba por su parte (18 de mayo de 1858) un convenio territorial de una verdadera importancia. La posesion del valle del Amor era, hacia mucho tiempo, objeto de contiendas entre ambos Estados limítrofes, y aquel convenio decidia la cuestion en beneficio de la Rusia, asegurándole en toda su extension la orilla izquierda del rio.

En todas las cuestiones suscitadas últimamente en Europa, ya para la definitiva ejecucion del tratado de Paris, ya por intereses locales y secundarios, la Rusia se ha mostrado tan moderada como hábil, y en vez de dejar sentir como antes su fuerte accion en todas las luchas, en todas las contiendas, manifiesta una extrema reserva, habiendo aparecido casi siempre, así en Montenegro, como en los Principados, como en otros varios puntos, íntimamente unida con el gobierno francés.

Antes de terminar este bosquejo de la actitud tomada por la Rusia, debemos consignar la buena amistad que reina entre esta

potencia y el Piamonte, lo cual puede considerarse como otro tiro directo contra el Austria. Cuando la emperatriz viuda del emperador Nicolás ha debido buscar la salud bajo un clima mas apacible, no se ha dirigido á Palermo, donde habia pasado ya otros inviernos, sino á Niza, en territorio sardo. Todos sus hijos, excepto el emperador Alejandro, retenido por los cuidados del gobierno, visitáronla sucesivamente, y ninguno puso el pié en territorio austriaco. Todos hicieron largos rodeos para dirigirse á Niza; desde allí marcharon á Turin para cumplimentar al rey Víctor Manuel, mientras el emperador Francisco José se hallaba en Milan, y aquellos príncipes, hermanos de un monarca absoluto, prodigaban repetidas demostraciones de amistad y simpatía al rey constitucional del Piamonte. La amistad entre ambas cortes ha aumentado de este modo cada dia mas, y, por fin, la Cerdeña ha cedido á la Rusia para depósito de carbon y almacenes para su marina mercante y militar el puerto de Villafranca.

Tócanos examinar ahora el interior de la Rusia bajo los primeros actos de Alejandro II; tócanos hablar del suceso mas grande acontecido en Europa desde la revolucion de 1789, del suceso que atrae sobre el emperador las bendiciones de cuarenta millones de hombres, y del cual dependen los destinos del imperio ruso.

Al acceder Alejandro á los ardientes votos de la Europa, habia anunciado á sus súbditos su resolucion de consagrarse á las reformas interiores, y desde aquel momento esperábase con interés la realizacion de los proyectos soberanos.

El mismo dia de la coronacion, el emperador publicó un manifiesto que fué leído con viva curiosidad así en Europa como en Rusia. La primera idea del soberano en aquella solemne circunstancia era para los servicios prestados y el patriotismo desplegado durante los últimos acontecimientos. «Este recuerdo, decia, vivirá eternamente en nuestro corazon, y pasará á la mas remota posteridad; pero en este solemne momento hemos querido dar un nuevo y público testimonio de los sentimientos que nos inspira, instituyendo un signo particular de distincion expresando á todas las clases del Imperio nuestra gratitud y nuestro afecto.... Instituímos una medalla de bronce representando en una parte, bajo el ojo de la Providencia, nuestra cifra unida á la de

nuestro padre que descansa en el Señor, y en la otra estas memorables palabras: *En ti esperamos, Señor, y jamás sucumbiremos.* » Explicaba luego quienes y como debía usarse esta medalla, y añadía: «La bendicion de Dios infinitamente misericordioso descenderá sobre la patria, y con su auxilio tendremos el placer de borrar en breve hasta las huellas de los onerosos esfuerzos impuestos al Estado en general por la guerra y las calamidades acumuladas sobre ciertas provincias de Rusia en particular.»

Después de dar gracias á sus súbditos de todas clases por su adhesion á su persona y á la patria durante la última guerra, después de perpetuar el recuerdo de sus servicios confiriendo á la mayor parte conmemorativas señales de distincion, el emperador enumeraba las gracias con que trataba de solemnizar su coronacion. Concedia extraordinarias inmunidades y socorros á las provincias que mas habian sufrido durante la guerra, disponia que se procediese á un nuevo censo de la poblacion del imperio á fin de proceder á una reparticion mas equitativa del impuesto, dispensaba de toda leva de hombres para el año 1856 y los tres siguientes á menos de circunstancias extraordinarias, hacia gracia de sus atrasos á los deudores del Estado, volvia á sus hogares muchos condenados políticos, perdonaba las multas y otras varias penas, y concluía anunciando una amnistía general para aquellos que se hallaban ausentes de los lugares de su residencia sin pasaporte regular.

Este manifiesto fué seguido de varios ukases introduciendo distintas reformas en la administracion, entre otras la supresion de los derechos que debian satisfacerse para obtener la facultad de viajar por el extranjero, y la autorizacion dada á los agentes exteriores del gobierno de visar los pasaportes de los extranjeros, sin que estos debiesen obtener antes el permiso de penetrar en Rusia.

Estos varios ukases junto con las deliberaciones abiertas en San Petersburgo acerca de la gigantesca red de ferro-carriles que deben unir entre sí las partes mas remotas del imperio de Rusia, constituyen los principales actos del gobierno ruso durante el año 1856.

Los reformadores sentimientos del emperador Alejandro extendiéronse tambien á la Polonia, y así como el sistema de su prede-

cesor tendia tanto á destruir en aquel país el espíritu de nacionalidad como la fe religiosa, el nuevo emperador ha querido hacer menos hostil el clero polaco al actual órden de cosas. Con este objeto, las sedes dejadas vacantes por el emperador Nicolás han sido confiadas á obispos provistos canónicamente de bulas pontificias; el matrimonio ha recobrado su carácter exclusivamente religioso de que le despojára un ukase de 1836, y la jurisdiccion eclesiástica es la única en conocer de las causas dimanadas del mismo. Alejandro ha creado en Varsovia una facultad de medicina, ha instituido un curso de derecho en cada uno de los gimnasios escolares de Polonia, y ha autorizado la creacion de una sociedad de agricultura; en una palabra, es evidente que el actual emperador se halla dispuesto á atender mas que su padre al sentimiento nacional de los polacos, y es de creer que perseverará en esta senda alentado por la acogida que los pueblos agradecidos han dispensado á las medidas que acabamos de indicar.

Llegamos ya á la medida mas grande del emperador Alejandro, á la emancipacion de los siervos. Alejandro, despues de su entrevista en Stuttgart con Napoleon III, despues de su expedicion á Kief y á Moscou, volvia á su capital bajo el imperio de los mas generosos pensamientos. Habia tomado una resolucion vital para su imperio: la cuestion de la emancipacion de los siervos, de la que solo se hablaba como una eventualidad muy lejana, encontrábase decidida en su ánimo.

¿Quien desconoce las dificultades, los obstáculos de semejante medida? Quién no vé que de ella depende la suerte del grande imperio del Norte? Cuando la revolucion del año 89 abolió en Francia los últimos restos de la feudalidad y del servilismo, la emancipacion de las clases laboriosas habia empezado hacia mucho tiempo y hallábase en parte consumada. La propiedad territorial era accesible á todas las clases de la sociedad; la clase media era tan poderosa como ilustrada, y desde hacia dos siglos los reyes solo con ella gobernaban. Luis XIV el monarca tipo del absolutismo, tomaba sus ministros en el seno de la clase media, y todo estaba preparado para el régimen del derecho comun. Así tambien, cuando en 1848 el gobierno austriaco resolvió emancipar á los campesinos atribuyéndoles la plena propiedad de la tierra que cultivaban, el derecho comun se encontraba ya en vigor en

varias provincias del imperio, y puede decirse que la industria y el comercio habian creado en todas partes, aun en Hungría y en Galitzia, una clase intermedia numerosa y fuerte entre el campesino y el señor. De este modo se pudo pasar de un régimen á otro casi sin sacudimiento, y aquel grande acontecimiento consumado durante la insurreccion nacional de la Hungría, por una espontánea resolucion del gobierno austriaco, fué apenas observado en Europa. Pero ¿se encuentra la Rusia en igual situacion? Veámoslo. Allí, como en todas partes, los progresos de la industria y del comercio han creado por un efecto natural los elementos de una clase media entre la nobleza que posee la tierra y la clase agrícola que la cultiva. Sin embargo, esta clase media no se robustece en Rusia con igual rapidéz que en otras partes, y esto por causas inherentes á la organizacion de la nobleza rusa. Los empleos conducen casi todos á la nobleza; los grados inferiores á la nobleza personal, y los superiores á la nobleza hereditaria, de modo que cuantos pueden aspirar al servicio, pueden obtener la nobleza y los privilegios que la misma confiere.

Siendo los empleos muy numerosos como en todo país centralizado, la clase media pierde así por una parte lo que adquiere por la otra, y mientras se aumenta con extremada lentitud, las filas de la nobleza son excesivamente numerosas, siendo mayor cada dia el número de poseedores de siervos. Finalmente, la constitucion territorial de la Rusia ofrece otra dificultad á la emancipacion: el territorio, como ya hemos dicho, no guarda proporcion con el número de habitantes, y los trabajadores no bastan para la agricultura. Ahora bien, qué será del terreno bajo el régimen de la libertad de trabajo? los propietarios encontrarán aun á precio de oro brazos para reemplazar el servilismo? ¿No quedará comprometida por mucho tiempo la prosperidad del país?

Alejandro II ha pesado sin duda estas y otras consideraciones, y en su ánimo generoso las habrá encontrado insuficientes comparadas con el gran acto de justicia que podia realizar; puesta su confianza en Dios, que siempre bendice y guia á buen puerto los nobles y justicieros actos de los soberanos, aun aquellos que la prudencia humana no aconseja, lanzóse resueltamente á la reforma impulsado, además de sus generosos intentos, por elevadas

consideraciones políticas que no nos es dado todavía apreciar, y que quizás neutralizen los obstáculos que hemos indicado.

Su primer acto fué formar una junta en San Petersburgo á fin de estudiar la marcha que convenia seguir, y no tardó en saberse por un periódico conocido por hallarse bien enterado de los asuntos de Rusia (1) que dicha junta habia dado una serie de disposiciones que fueron publicadas en 20 de noviembre de 1857 bajo la forma de un rescripto imperial. Parece que la nobleza de los gobiernos de Vilna, Grodno y Kovno habia manifestado el deseo de ser autorizada para penetrar en la senda de la emancipacion, ó quizás conociendo sus disposiciones, se le habia officiosamente sugerido aquel paso; de todos modos, es lo cierto que su demanda fué muy bien acogida por el emperador, y el rescripto imperial iba dirigido al gobernador general militar de aquellas provincias. Autorizábasele con él para convocar la nobleza y proceder dentro de seis meses á la redaccion de un dictámen acerca de los medios mas convenientes para conseguir aquel objeto, debiendo tomar por base de este trabajo las reglas establecidas por la junta de San Petersburgo. El rescripto imperial iba acompañado de unas instrucciones del ministro del interior, segun las cuales los siervos quedarian libres despues de permanecer doce años mas bajo la autoridad de los propietarios, tiempo que debian emplear en librarse de las obligaciones que con los últimos hubiesen contraido para la adquisicion de su casa y de su tierra. Estas obligaciones serán extipuladas en dinero ó en trabajos, y durante los doce años de semejante estado de transicion, el señor no tendrá derecho para expulsar al siervo de su casa ni de su tierra; en caso de incumplimiento de las obligaciones contraidas por el siervo, el propietario no tendrá mas recurso que acudir á la autoridad suprema. Expirado dicho plazo, los siervos gozarán de entera libertad, habiéndose fijado de antemano su estado civil. Estas disposiciones fueron comunicadas á los gobernadores de todas las provincias, mas no se les prescribia, como á los de Vilna, Kovno y Grodno, la convocacion de la nobleza ni la instruccion de expediente; el gobierno se reservaba el dirigir en tiempo oportuno nuevas órdenes acerca de este punto; esto

(1) *El Norte de Bruselas.*

no obstante, la nobleza de San Petersburgo fué invitada casi al mismo tiempo á exponer su opinion, y alternativamente fué dirigida igual invitacion á todas las provincias del imperio.

La noticia de esta medida produjo una impresion profunda en las diferentes clases de la sociedad rusa, y si la satisfaccion fué inmensa entre los siervos, preciso es reconocer que la nobleza manifestó alguna inquietud y cierta resistencia, á pesar de haberse pronunciado en pro de la medida promulgada todos los hombres ilustrados, sobre todo los de la generacion nueva.

La nobleza de Moscou, aquella cuya adhesion deseaba con mas ardor el gobierno, decidióse muy lentamente y con alguna repugnancia á penetrar en la senda que el emperador abriera, y á que la empujaba la opinion pública, y en enero de 1858 firmó y expidió á San Petersburgo la demanda para la constitucion de la junta. Sin embargo, los firmantes, al protestar de su fidelidad y amor al soberano y de sus deseos de secundar sus intenciones, hacian acerca de la emancipacion algunas reservas que llamaron la atencion; al mismo tiempo que hablaban del interés general, invocaban las necesidades locales del gobierno de Moscou, y parecian preparar el terreno para presentar proposiciones no del todo conformes con el rescripto de 20 de noviembre de 1857. El emperador rechazó empero aquellos subterfugios, y la órden para la convocacion de la nobleza de Moscou, expedida sin dilacion á las autoridades competentes, dispone: «la formacion de una junta para ocuparse sin pérdida de tiempo en la formacion de un proyecto del todo conforme á las bases del rescripto de 20 de noviembre.»

Conviene hacer aquí una observacion que se halla justificada por lo que sucedió en otros gobiernos: no atreviéndose á atacar de frente el principio de la emancipacion é incurrir en la impopularidad de semejante actitud, la minoría de la nobleza afectaba no comprender claramente las condiciones de ejecucion. La administracion rusa comprendió semejante táctica, y á fin de oponerse á ella, procuró en un documento titulado: *Comunicacion del ministro del interior al gobernador general militar de San Petersburgo*, poner fuera de duda los principios indicados en el rescripto de 20 de noviembre, y fijar el sentido que al mismo debía atribuirse. «Ante todo, decia el ministro del interior, debo

observar que no ha de buscarse en mis anteriores comunicaciones ni en esta, un detallado programa para las deliberaciones de la junta. Ni mis ideas, ni mis miras deben considerarse como una solución de las cuestiones pendientes.» El ministro declaraba además que, si bien las juntas debían atender á las circunstancias locales, las bases del rescripto imperial, consistentes en la garantía para los propietarios de su derecho de propiedad sobre la tierra, y para los siervos de un domicilio positivo como también de los medios de existir y de llenar sus obligaciones, debían permanecer inmutables. «Solo con la realización de estos principios, añadía, tendrá la Rusia una prenda de tranquilidad y bienestar para todos y para cada, uno para el presente y para el porvenir.»

El gobierno ruso ha publicado otros varios documentos prescribiendo á las juntas establecidas los trámites que deben seguir, los trabajos á que deben consagrarse, y los períodos en que ha de dividirse su tarea, y si bien de ellos parece desprenderse alguna incertidumbre, alguna vacilación, atestiguan al mismo tiempo que, á medida que el emperador encontraba mayor oposición ó fuerza de inercia en algunos propietarios, mas se afirmaba en su resolución de llevar á cabo su idea. Al inaugurar tan grande empresa, podía vacilar en los detalles de ejecución, pero sus dudas en nada afectaban el principio. Alejandro II quiere la emancipación del campesino, de su casa y de su tierra; sobre esto es firme é inalterable la voluntad del joven soberano.

Las repetidas órdenes é instrucciones no habían logrado vencer aun todas las resistencias, especialmente en el gobierno de Moscou. Las elecciones verificadas en febrero de 1858 en los varios distritos del mismo, alcanzaron los votos de los propietarios los nombres mas conocidos por su oposición á la reforma, como Mentschikof, Metcherski y Strogonof; pero en cambio, hallaba el gobierno en el clero un decidido apoyo.

La junta de Moscou celebró su primera sesión en abril de 1858, y el metropolitano Filareto aprovechó esta circunstancia para dirigir una exhortación al desinterés y patriotismo de la nobleza.

Algunas turbulencias en la Esthonia (julio de 1858) que exigieron la intervención de la fuerza armada, proporcionaron nuevos argumentos á los enemigos de la emancipación; pero el gobier-

no ruso que, léjos de desalentarse, veía en aquellos incidentes una nueva razon de perseverar en la senda en que habia entrado, publicó un nuevo rescripto que indicaba la firme intencion que abrigaba el emperador de vencer todas las resistencias. Dicho rescripto es relativo á los campesinos de la corona, en los cuales reconoce el derecho de propiedad sin indemnizacion; las restricciones establecidas por las leyes anteriores quedan respecto de los mismos abolidas. En adelante tendrán derecho para adquirir en toda propiedad y por todos los medios legales, terrenos no habitados, pertenecientes á individuos de la misma clase ó de distinta condicion; podrán ceder sus propias tierras á quien les parezca, contraer en su nombre las obligaciones necesarias al efecto, y en general, disponer en toda propiedad de las posesiones territoriales así adquiridas, y de cuanto se encuentra en la superficie y en el seno de las tierras.

La publicacion de este ukase produjo una sensacion considerable. Los adversarios de la reforma, viendo que el emperador nada habia hecho todavía en favor de sus propios campesinos, conservaban alguna esperanza de que la medida, si no revocarse, podria á lo menos aplazarse, cuando el decreto imperial introdujo el desaliento en sus filas. El emperador se hallaba comprometido por un acto solemne; no podia retroceder ni detenerse en su camino, y comprendióse que si cierta parte de la nobleza no tomaba prontamente un partido, el gobierno se hallaria en la necesidad de resolver la cuestion sin ella. Tal es en el dia el estado de las cosas.

¿Dedúcese de la nueva actitud tomada por la Rusia en los negocios europeos, de su amistad con la Francia y de la acritud de sus relaciones con el Austria, de la reserva que demuestra en los asuntos diplomáticos, de su casi abstencion en las turbulencias que en estos últimos tiempos han puesto las armas en manos de muchos súbditos cristianos del sultán, cuando antes era la primera en dejar sentir su accion en aquellos países; dedúcese, repetimos, del grande acto de reforma que se verifica actualmente en el Norte, que Alejandro II haya repudiado definitivamente la política invasora de Pedro I, de Catalina II, y de Nicolás I. ? Solo el porvenir puede decirlo; las consecuencias de los actos del emperador Alejandro no son para apreciados hoy dia, y solo

si podemos decir con el príncipe Gortschakof en la nota circular que publicó luego de terminada la guerra y con motivo de los asuntos de Nápoles y de Grecia: « la Rusia se recoge en sí misma.»

FIN DE LA HISTORIA DE RUSIA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO VI.

Desde Catalina I hasta Catalina II.

Pág.

Usurpacion de Catalina I.—Pedro II.—Desgracia de Mentschikof.—Ana Ivanovna.—El favorito Biren.—Victorias del general Munaich en Polonia y en Crimea.—Ivan VI.—Regencias de Biren y de la duquesa Ana de Brunswick.—Isabel.—Tratado impuesto á la Suecia.—La emperatriz elige por su sucesor á su sobrino Pedro de Holstein.—Aumenta en Europa la influencia rusa.—Costumbres licenciosas de Isabel.—Pedro III.—Su matrimonio.—Ocultas intrigas de Catalina.—Revolucion de 1762.—Asesinato de Pedro III.—(Desde 1725 hasta 1762). 7

CAPÍTULO VII.

Catalina II.

Raro talento de Catalina.—Intrigas y conspiraciones.—Situacion de la Europa.—Tratado entre Catalina y Federico.—Biren entronizado en Curlandia.—Muerte de Augusto III.—Elevacion de Poniatowski al trono de Polonia. Asesinato de Ivan.—Estado interior de la Polonia.—Los disidentes.—Papel desempeñado por la Francia.—M. de Vergennes.—Mejoras y reformas en el interior del imperio.—Confederacion de Bar.—Crueldades y devastaciones de los Rusos en Polonia.—Guerra de Turquía.—Victoria de los Rusos.—Tchesmé.—Catalina y Voltaire.—Primeras proposiciones para la division de la Polonia.—Federico y María Teresa.—Ultima lucha de los patriotas polacos.—Division de 1773.—Paz de Kárnardji.—Miseria en el interior del imperio.—Rebellion de Pugatchef.—Potemkin.—Escándalos palaciegos.—Poder y grandeza exteriores.—Paz de Teschen.—Neu-

tralidad armada.—Invasion de la Crimea.—Nuevos favoritos.—Viaje a Crimea.—Nueva guerra con la Turquía.—Derrotas navales de los Suecos.—Derrotas de los Turcos.—Paz de Jassy.—Muerte de Potemkin.—Insurreccion de la Polonia.—Kosciuzsko.—Division de 1793.—Favor de Platon Zoubof.—Conquistas en Persia.—Muerte de Catalina II.—(Desde 1762 hasta 1796). 56

CAPÍTULO VIII.

Desde Pablo I hasta Alejandro I.

Feliz principio del reinado de Pablo.—Repentino cambio en su conducta.—Hácese jefe de la segunda coalicion.—Hazañas de Souvarof en Italia.—Derrota de Korsakof en Zurich.—Pablo se aparta de improviso de la coalicion y se une con Bonaparte.—Es asesinado.—Alejandro I.—Reformas administrativas.—Alejandro se une con la Inglaterra y el Austria.—Batallas de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland.—Tilsitt.—Erfurth.—Division del mundo entre Napoleón y Alejandro.—Nuevas contiendas entre ambos emperadores.—Campana de 1812.—Los Rusos asolan su territorio.—Incendio de Moscou.—Retirada del ejército francés.—Paso del Berezina.—Campanas de 1813 y 1814.—Alejandro en Paris.—La Santa Alianza.—Congreso de Viena y de Verona.—Abandono de la Grecia sublevada contra la Turquía.—Ultimos años de Alejandro.—Su muerte.—(Desde 1796 hasta 1825). 156

CAPÍTULO IX.

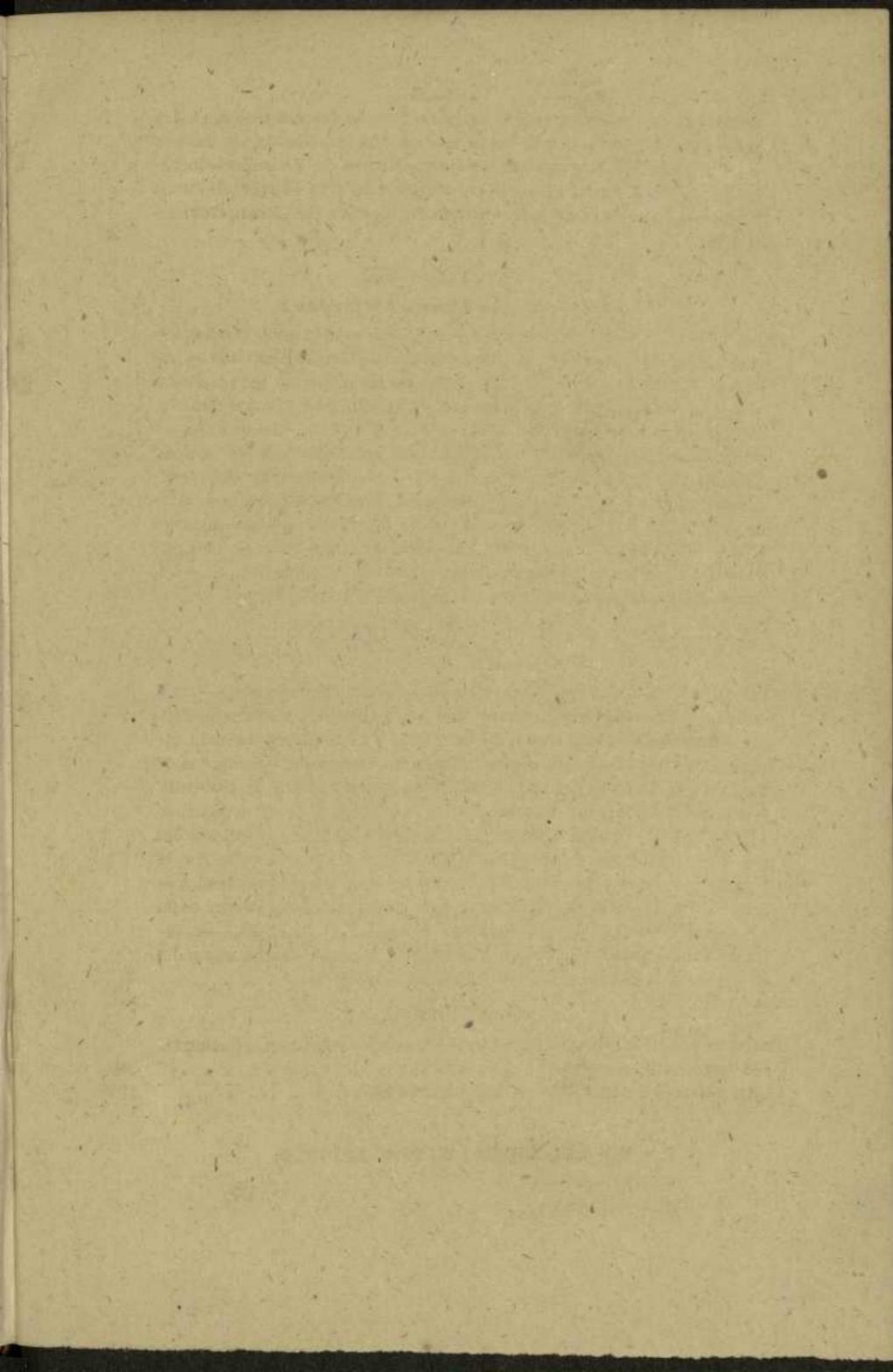
Nicolás I.—Alejandro II.

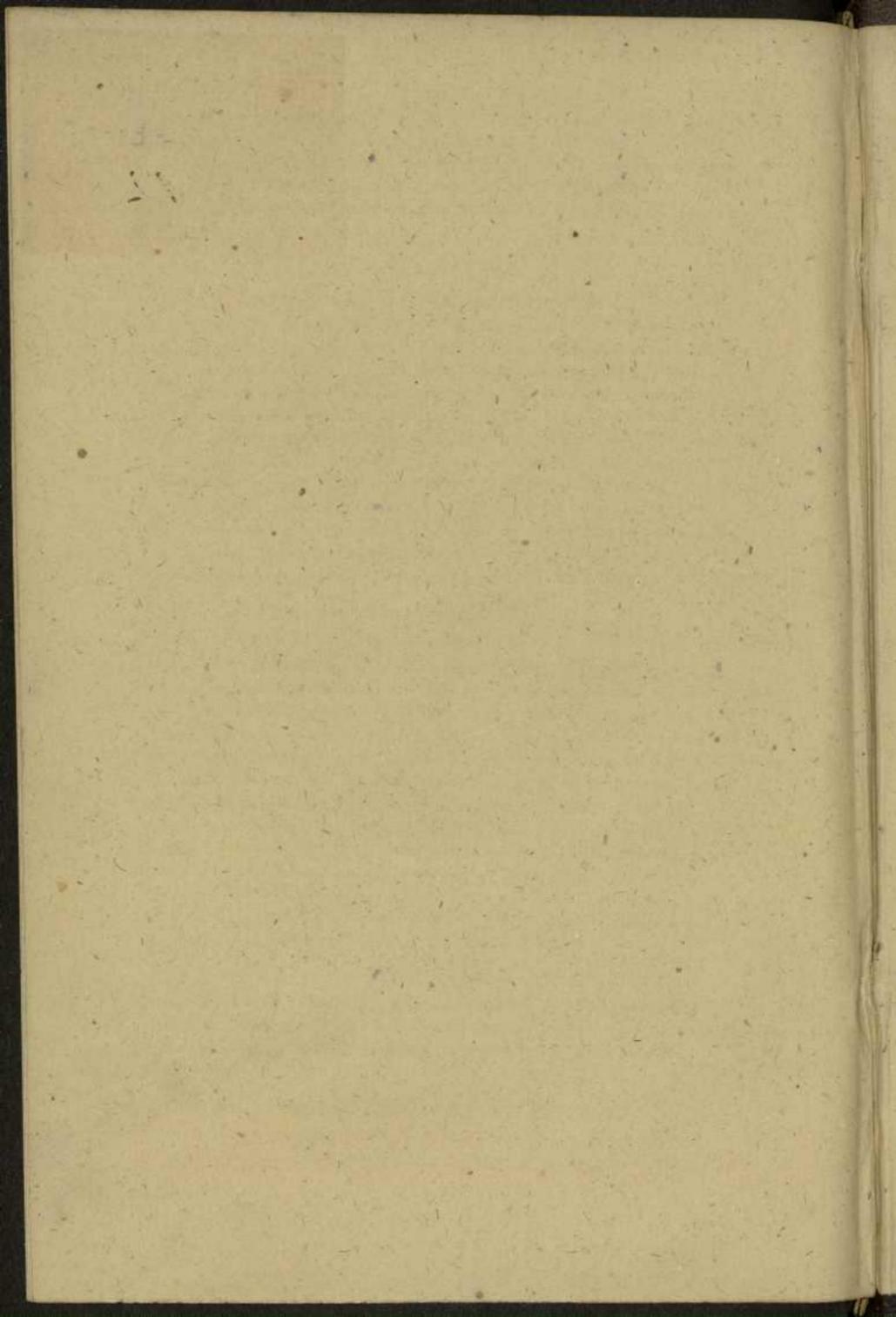
Abdicacion de Constantino.—Corto interregno.—Nicolás emperador.—Sociodades secretas.—Sedicion militar.—Trabajos legislativos.—Guerra de Persia.—Intervencion de la Rusia, de la Francia y de la Inglaterra en la insurreccion griega.—Guerra contra la Turquía.—Paskevitch.—Campanas de 1828 y 1829.—Tratado de Andrinópolis.—Revolucion polaca de 1830-1831.—Guerras del Cáucaso.—Intervencion de la Rusia en la cuestion de Oriente (1833-1840).—Preparativos de Nicolás contra la Turquía.—Mision del principe Menschikof en Constantinopla.—Negociaciones secretas con la Inglaterra.—Intervencion de la Francia.—Invasion de los Principados.—Incendio de la escuadra turca en Sinope.—Declaracion de guerra de la Francia y de la Inglaterra.—Gloriosas campanas de Omer-Bajá.—Batalla de Alma.—Sitio de Sebastopol.—Muerte de Nicolás.—Continuacion del sitio y toma de Sebastopol.—(Desde 1825 hasta 1855). 244

CAPÍTULO X.

Actual estado de la Rusia.—Literatura.—Bellas artes.—Religion.—Hacienda.—Fuerzas militares.—(1855). 340
Cuatro palabras del traductor.—(Diciembre de 1858). 370

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.





ESTANTE 17

Tabla 8.^a

N.º 12



HISTORIA
DE
RUSIA



2

16.122